

CAMMINO
A RENACER

Anabella Franco



Anabella Franco

Camino a renacer

Javier Vergara Editor

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para todas las lectoras que pidieron
esta historia cada día durante años.
Gracias por amar a estos personajes tanto como yo.*

*Para las que recién los conocen.
Ojalá que se sumen a las «Juli Lovers».*

*Y en especial para las mujeres y los hombres
que luchan por lo justo.*

*Para los que se abrazan y se aman
a pesar de los impedimentos del destino.*

*#AnabellaEntregáAJulián
Aquí lo tienen.*

Julián se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz y empezó a leer.

Todo comenzó con una mentira. ¿Qué son los libros, sino mentiras tan buenas que acabamos creyendo que todo lo que nos cuentan pasa de verdad?

Estaba sentada en el escritorio que habían colocado los dueños de la librería, firmando ejemplares de mi novela recién publicada. Me parecía que el tiempo pasaba muy rápido, pero había estado ahí más de una hora. Una firma, una foto, otra firma, otra foto, y así muchas más. Las risas y conversaciones se sucedían como el agua que corre por un manantial, y lo más gracioso de todo fue que me preguntaban si lo que contaba en el libro me había pasado de verdad. Yo me mordía la lengua, porque habíamos usado como eslogan publicitario la mentira de que tal vez la historia era real. ¡Ojalá!

—Me gustó mucho tu libro —me dijo una mujer con una sonrisa enorme—. ¿Para cuándo el próximo?

Yo me reí porque no acababa de parir el primero que ya me pedían el segundo, y estaba segura de que alguna me pediría el tercero. Pero las lectoras me hacían muy feliz, así que disfrutaba de sus preguntas.

—Ojalá haya un próximo libro. Muchas gracias por querer leer más de mí —respondí. A decir verdad, no tenía idea de si podría publicar otro. «Depende de las ventas», me había dicho la editora.

Jamás imaginé lo que sucedería después, y eso que las escritoras imaginamos todo el tiempo, incluso cosas que para cualquier persona cuerda parecerían locuras. Quizás estoy un poco loca, todos los artistas lo estamos. Lo importante es que, como dice el refrán, mi realidad superó la ficción.

Terminé de firmar el libro de la lectora que me pedía el segundo, y ella me preguntó si nos podíamos sacar una foto. Aunque nunca me gusta cómo salgo en las fotos, le dije que sí, como había hecho con las demás personas. Entonces ella le ofreció la cámara a un hombre.

¡Dios mío, qué hombre! No eran su pelo negro ni sus ojos marrones lo que lo hacía especial; eso se ve a diario. Era la energía que lo desbordaba. No era un carilindo de televisión, pero me pareció el hombre más atractivo que había visto nunca. Tenía unos cuantos años más que yo, la mirada más intensa del mundo y un porte seductor que me dejó muda. Estaba vestido con un traje negro y una camisa blanca. Llevaba una corbata con arabescos grises y dos pulseritas. ¿Dos pulseritas? Eran las cualidades de mi personaje. ¡Era mi Fabián!

Pero Fabián no existía. ¿Cómo podía pensar que se había materializado en ese desconocido? Sin dudas no era más que una coincidencia. Pero su energía, su contextura física y esas pulseritas... Hasta llevaba el mismo anillo que Fabián en el anular derecho, ese de garabatos mexicanos que a mí, en mi imaginación, me había deslumbrado cientos de veces, como el sol cuando brilla en las espadas de los libros que leo.

Apoyó el ejemplar sobre el escritorio, delante de mi cara de tonta, y se quedó mirándome. Uno, dos, tres segundos... Hasta que estiró una mano, me atrapó la nuca, se inclinó y me dio un beso.

Su lengua se introdujo entre mis dientes apretados y acarició la mía, arrebatándome el aliento. Su mano se movía contra mi cabeza y masajeaba mi cuero cabelludo, imitando los movimientos que sus labios hacían sobre los míos. No podía pensar. Fue el beso más caliente e irracional de mi vida.

Cuando se apartó, sus ojos parecían de fuego. Las personas nos aplaudían, sin dudas pensaban que ese hombre era Fabián, porque habíamos dicho que el personaje de la novela tal vez existía. ¡Pero era mentira!

—Yo no te autoricé para que hicieras pública nuestra historia —protestó él con voz tierna.

Y yo me quedé en ascuas, con el ceño fruncido. ¿De qué hablaba ese desconocido? Acababa de cruzarme con alguien más loco que yo. Teníamos que

salir de la librería y correr a un manicomio. Al menos podríamos compartir la celda.

La risa de Julián hizo que Natalia se diera vuelta.

—¿Te gustó? —indagó, ansiosa, desde la silla del escritorio. Él seguía riendo, apoyado en el respaldo de la cama, con las piernas estiradas sobre el acolchado.

—¿De verdad vas a escribir esto? —preguntó, agitando el papel.

—¿Es demasiado malo? —se preocupó ella.

—Es divertido. Pero ¿te parece que puede pasar, que es verosímil? Le diste una vuelta de tuerca a nuestra historia. Por lo que entiendo, resulta que la escritora, que era el personaje principal de tu primera novela, había escrito un libro sobre sí misma y les hizo creer a todos que quizás era autobiográfico, pero es mentira. Ahora se encuentra con su personaje en la vida real, y no lo puede creer, porque pensó que no existía, aunque la gente creyó lo contrario. No es que quiera desalentarte, tenés que escribir lo que sientas. Pero ¿no te parece muy difícil? Es una idea complicada.

Natalia abandonó el escritorio dejando la computadora encendida y se acostó boca abajo, entre las piernas de Julián.

—Ya sé que es complicada, pero ¿por qué no podría pasar? Es ficción.

—Si con tu libro anterior muchos supieron que yo era Fabián, ahora van a creer que no existo. Aunque prefiero pasar desapercibido, no quiero que me piensen como una estrategia publicitaria.

Parecía triste de transformarse en una mera maniobra, y Natalia sintió mucha ternura.

—Es la idea, porque no quiero compartirte con nadie —contestó, tratando de reanimarlo.

Julián dejó el papel a un lado y se cruzó de brazos.

—¿Me parece a mí o estás jugando? —preguntó.

—Por supuesto. Soy escritora, y los escritores jugamos.

—¿Y cómo pensás resolverlo? Me refiero a que, como lector, mi primera hipótesis es que la escritora se está imaginando toda la situación. La segunda,

que el lector es un loco que compró su libro, se enamoró de ella por la foto de la solapa y se hace pasar por Fabián, el personaje. En ese caso, no me gusta que aparezca y la bese de improviso. Hay dos posibilidades: él está loco o ella está loca, y eso tiene consecuencias.

—O simplemente es el personaje hecho carne y hueso, sin demasiadas vueltas —respondió Natalia, alzando una ceja y con tono de misterio. Rio, tentada por la expresión de desconcierto de Julián—. Todavía no tengo idea de cómo voy a resolverlo —confesó—. No importa cómo sigue, ya se me ocurrirá algo. Sabés que armo escenas sueltas y después veo si encajan. Por ahora me salió eso, me divertí escribiéndolo y te lo mostré. ¿No te gusta ir leyendo una obra mientras el autor la está construyendo?

—Me fascina —respondió él, acariciándole el cuello. Bajó un bretel de la musculosa celeste de Natalia, y la tirita cayó por debajo de su hombro. Lo acarició con un dedo—. Si querés, te puedo ayudar con la inspiración para más escenas de esas que dejaron a todo el mundo con ganas.

—¿Con ganas de qué? —bromeó Natalia, deslizándose hacia adelante hasta que sus pechos rozaron la entrepierna de Julián.

—No sé, de esas cosas que te gusta contar a vos.

Ella se mordió el labio y sonrió.

—¿Y a vos te dejaron con ganas? —indagó.

—¡Uff! —exclamó Julián, con una mirada expresiva. Natalia rio.

—Un día me retaste por decirte «¡uff!». No deberías hacer lo que no te gusta que te hagan: no le podés decir «¡uff!» a una mujer que se muere por vos y dejarla así... sin nada.

Él bajó la cabeza y le rodeó las mejillas con las manos. Su aliento suave y exquisito jugó a hacerle cosquillas en los labios a Natalia.

—¿Quién te dijo que te voy a dejar sin nada? —susurró, y la besó.

Natalia buscó el borde de su remera, una con el logo de Los Ramones que él le había prestado la primera vez que ella se había quedado a dormir en su casa. La levantó y le besó el abdomen. Amaba su piel un poco más oscura que la de ella, sus manos fuertes y expertas, su manera de acariciarla. Que entrecerrara los

ojos cada vez que la deseaba, que le susurrara que la amaba y que su alma resplandeciera tanto como la de ella cuando de sus labios también escapaban esas mágicas palabras. Adoraba su manera de tratarla, su creatividad en la intimidad, cada fantasía que él le despertaba aunque no se lo propusiera.

Mientras le desabrochaba el pantalón, recordó la primera vez que lo había visto en un bar. Había escrito su primera novela basándose en lo que imaginaba de ese hombre que la había atrapado sin remedio, y luego, en su relación.

La diferencia de edad había sido el primer obstáculo. Julián le llevaba casi veinte años, y el prejuicio social había aparecido enseguida. Pensar en ello la hacía sentir excitada. Le gustaba respetar las normas tanto como romperlas.

Por otra parte, cuando habían comenzado a salir, no sabían que ella era la profesora de la hija de quince años de Julián, y eso también trajo problemas. Finalmente, después de muchas vueltas, los dos vencieron sus temores y se atrevieron a enfrentar al mundo. Lo que sentían era más fuerte que las imposiciones sociales, y habían descubierto que el camino al placer era mucho más que bienestar sexual. Implicaba amor y lealtad. Implicaba sentir que eran más poderosos cuando estaban juntos.

—¿En qué pensás? —le preguntó Julián mientras enredaba los dedos en su largo pelo castaño.

—En la gente, en nosotros, en cuánto me gusta lo que me estás haciendo —respondió ella.

Julián le quitó la musculosa, y Natalia hizo lo mismo con su remera. Cerró los ojos y sonrió cuando él comenzó a acariciarle los pechos y le besó la línea entre ellos. Echó la cabeza atrás, entonces la boca de Julián se apoderó de su cuello de nuevo. Ella comenzó a moverse sobre sus piernas, respirando como si estuviera sufriendo. Lo deseaba tanto que así era.

—Me encanta que me hagas eso —murmuró, acariciándole la espalda.

—A mí me encanta que te pongas así para mí... por mí —respondió Julián sobre la piel sensible detrás de su oreja.

Natalia se arrodilló para quitarse el resto de la ropa. Mientras tanto, él le desprendió el corpiño y deslizó los breteles por sus brazos. Se deshizo de la

prenda arrojándola a un costado. Los pechos de Natalia, pequeños y pálidos, fueron para Julián una tentación irresistible. Los saboreó con lujuria, los veneró con su lengua mientras ella se movía sobre su miembro hasta que, de pronto, se internó en su cuerpo.

Comenzó a moverse, aferrada al respaldo de la cama. Era consciente de cuánto le gustaba a Julián que ella tomara las riendas, y eso la excitaba. No le demandó mucho tiempo llegar al final. Acabó entre besos, caricias y susurros del hombre que la amaba, y después descansó la frente sobre su hombro.

Él no le dio tiempo a pensar. La abrazó por la cintura y la recostó de espaldas. Natalia enredó las piernas en su cadera, y Julián volvió a penetrarla, incapaz de contenerse un segundo más.

—Amo tus ojos —balbuceó Natalia, agitada—. Amo tus ojos cuando me miran de esta manera, cuando me tocan, cuando me besan.

—Quiero que lo hagas de nuevo —murmuró él, mucho más directo. Su voz, poderosa por naturaleza, sonaba todavía más intensa.

Quería verla llegar al orgasmo una vez más. Si podía conducirla de nuevo al punto máximo de placer, entonces Natalia entendería por qué sus ojos la miraban de esa manera.

Volvió a besarle los pechos, el cuello, la boca roja y húmeda de pasión y deseo.

—Te amo —le dijo. Sentía que su alma explotaba cada vez que hacía el amor con ella, y no le alcanzaban los actos para demostrárselo.

La sintió temblar debajo de él, sacudida otra vez por las sensaciones que los unían más allá del acto físico. Llevaban casi un año juntos. Un año desde que se habían encontrado y habían elegido iniciar una relación que, si bien sabían que sería difícil, también valdría la pena.

Pensando en lo bien que se sentía estar con Natalia, Julián liberó sus instintos, salvajes y a la vez humanos, agradecido de que ella existiera.

La satisfacción los dejó exhaustos. Él apoyó la frente en el hombro de ella, y Natalia le tocó el pelo. Lo besó repetidas veces mientras Julián le acariciaba las mejillas tratando de reunir fuerzas para abandonar su cuerpo. Finalmente, se

tendió de costado, y Natalia giró para abrazarlo. Julián pasó un brazo por debajo de su cuello.

—Me hiciste olvidar de lo que iba a escribir —bromeó ella.

Un sonido gutural escapó de la garganta de él cuando rio.

—Por el contrario, la idea era inspirarte —replicó—. ¿Y cómo le vas a poner?

—¿A la novela?

—A tu nuevo protagonista.

—Mmm... Pensé en llamarlo Adrián.

—¿Y a ella?

—Iba a seguir siendo Nadia.

—No me gusta, no quiero que Nadia esté con otro —objetó Julián, apartándole el pelo de la frente para besarla—. Adrián ya no sería yo, y Nadia tiene que ser la novia de Fabián, es decir, mi novia.

Natalia rio y lo abrazó más fuerte.

Un rato después, un poco adormecida, sintió que él la cubría con la sábana.

—Hace calor... —murmuró, acomodando una pierna. Estaban a fines de enero, y el sol de la hora de la siesta golpeaba con fuerza en la ventana.

—El aire acondicionado está encendido, y si te quedaras dormida, con el tiempo sentirías frío —le explicó él. Terminó de cubrirla y volvió a recostarse para abrazarla—. Nati —continuó.

—Mmm...

—¿Ya le contaste a tu mamá que vamos a vivir juntos?

Natalia se espabiló de golpe.

—Todavía no —confesó, temerosa de que él se molestara creyendo que dilatava el asunto—. Ya sabés cómo es ella, tengo que encontrar el momento adecuado para que la noticia le caiga lo mejor posible.

—No te estoy presionando —contestó Julián, sorprendido al notar su preocupación—. Te lo preguntaba porque se me ocurrió una idea mejor. —Natalia se sostuvo sobre un codo para mirarlo, y él le apartó con ternura un mechón de pelo que le cubría el ojo—. Estaba pensando que quizás podríamos ir de vacaciones juntos.

Natalia frunció los labios, apenada; creía que el viaje que ella le había propuesto al publicar su primera novela era una idea que se concretaría a largo plazo.

—Para eso falta mucho —replicó—. ¿Sabés lo que van a tardar en pagarme las regalías del libro para irnos a la Polinesia, como había soñado? Y no creo que llegue tan lejos; no se gana mucho con una primera publicación. Igual, con que algún día lleguemos al Caribe, me voy a sentir satisfecha.

—No me refería a que vos me invitaras —aclaró Julián, riendo. No entendía cómo ella pensaba que él permitiría que gastara todo su dinero para pagar un viaje—. Quería invitarte yo. Hace mucho que no me voy de vacaciones, y aunque tampoco llego a la Polinesia, ni siquiera al Caribe, se me ocurrió que podríamos ir a Búzios, Brasil. ¿Te gustaría?

Los labios de Natalia se abrieron como si todavía estuviera tratando de respirar durante el sexo. ¡Un viaje! No podía creerlo. Se sintió tan agradecida y feliz que le dieron ganas de empezar a preparar la valija en ese preciso momento.

—¿Cuándo? —preguntó, con los ojos brillando de excitación.

—Estuve averiguando, y puedo conseguir dos lugares para la salida de la semana que viene. Es un viaje de diez días.

El entusiasmo de Natalia se esfumó de golpe, dando paso a la desilusión.

—No puedo —respondió—. Abarcaría la reunión de personal de principio de año del colegio.

—¿Y todos se presentan? —indagó Julián.

—No, algunos no. Pero yo nunca faltó. Yo jamás...

Ella nunca hacía nada fuera de lugar. Aunque en el fondo era rebelde, no era intrépida, y no le gustaba dar que hablar. Lo meditó un instante, y llegó a la conclusión de que en ese último tiempo había descubierto que no todas las normas eran justas. Quizás no estaba mal ser un poco irresponsable con el trabajo y empezar a ser más responsable consigo misma. Había comprobado que no estaba mal soñar.

Volvió a sonreír como por arte de magia.

—Puedo faltar por esta vez —resolvió—. Voy a avisarle a la directora que no

puedo ir, y que me descuente el día. Después de todo, volvería justo para la primera mesa de examen, y aunque yo me pierda la reunión, los chicos no perderían clases.

Se sintió tan entusiasmada con su determinación que dejó escapar un grito. Julián rio mientras la observaba extasiado; adoraba hacerla feliz.

—¡Me encanta! ¡Gracias! —exclamó ella, y lo abrazó.

No quería perderse ese viaje por nada del mundo, y nada la detendría.

Un McDonald's no era el lugar preferido de Julián para llevar a sus hijos, pero Tomás siempre insistía con la cajita feliz, y él accedía a comprársela una vez por mes. Era una desgracia. Nunca quedaba del juguete que quería, y tenía que convencerlo para que se conformara con otro. Ya no sabía qué argumentos inventar en defensa de personajes que a veces ni siquiera conocía.

—¿Te vas por mucho tiempo? —preguntó Camila, con el sorbete cerca de la boca.

—Diez días —respondió él. Hacía años que no se iba de vacaciones, y era la primera vez que se iría sin sus hijos. Temía que lo tomaran a mal.

—¿Me vas a traer algo? —indagó Tomás, investigando el personaje que le habían dado en la cajita.

—Sí, por supuesto.

—Quiero Garotos —solicitó Camila.

Julián permaneció un momento en silencio; no podía creer que su hija no estuviera haciendo un berrinche porque él se iría sin ella. Para colmo, con su nueva pareja, y como si eso fuera poco, su profesora de Literatura.

La actitud de Camila lo hizo sentir todavía más culpable.

—Les prometo que la próxima vez... —musitó.

—Está bien, papá —lo interrumpió ella con una sonrisa—. Solo no te olvides de traerme los Garotos.

—No... —murmuró Julián, todavía sin poder creer que el anuncio le hubiera caído tan bien a su hija. ¿Tomaría de la misma manera que Natalia y él hubieran decidido convivir? Preocupado porque todavía sentía culpa, intentó relegarla dando un giro a la conversación—. ¿Cómo les fue con la tía Mara en la costa?

—¡Bien! —exclamó Tomás con alegría—. El tío Sergio se compró una bicicleta para andar en la arena, y cuando se hacía tarde y ya no había gente en la playa, íbamos a dar una vuelta. ¡Está re buena la bicicleta!

—Mamá nos tiró con su hermana porque se fue de vacaciones con el tipo ese —murmuró Camila apurando las palabras.

Un silencio lapidario los envolvió por un instante.

—No le digas «el tipo ese». La gente tiene nombre —protestó Julián, relegando que su hija se refería a la nueva pareja de su ex mujer y que, a juzgar por cómo se comportaba Sabrina en ese último tiempo, seguro «el tipo» era un sujeto arrogante y soberbio. No le gustaba que sus hijos se rodearan de esa clase de personas, pero tampoco podía meterse en la vida de su ex esposa—. Además, su madre no los tiró. —Hizo un gesto disimulado con la cabeza señalando a Tomás. Camila comprendió que no debía decir esas cosas delante de su hermano y guardó silencio—. Tampoco pienses que yo...

—No pienso que vos nos estés tirando —aclaró ella, entendiendo su intención.

—Gracias. Y tu mamá tampoco —aseguró él, aunque era consciente de que quizás estuviera mintiendo. Sabrina, a veces, se comportaba de manera inexplicable.

Después del almuerzo los llevó a casa. Tomás se despidió de él con un abrazo. Hasta hacía unos meses, Camila solía esquivar sus demostraciones de afecto, pero al parecer esa etapa había terminado. No podía pretender que se colgara de él como cuando era una niña, pero al menos le dio un beso y le sonrió antes de darse la vuelta para dirigirse a la puerta.

—¡Ah, papá! —exclamó ella cuando él ya se estaba volviendo al auto—. ¿Me comprás otra saga de libros? Ya terminé la que me habías regalado.

Julián se quedó boquiabierto. Con lo que le había costado que su hija disfrutara de un libro, no había dudas de que le compraría todos los que le pidiera.

—Sí, claro —respondió, apresurado—. ¿Cuál querés?

—En el foro de literatura se la pasan recomendando *Los juegos del hambre*.

—¿Estás en un foro de literatura?

—¿Con quién querías que comentara *Hush, hush*? No podía conversarlo solo con vos.

Por un instante pensó que alguien le había arrebatado a su hija. Tal vez un espíritu la había poseído por la noche o había intercambiado el cuerpo con otra persona. O, quizás, Camila de verdad estaba definiendo sus intereses y su carácter. Estaba madurando.

Él le prometió que le conseguiría los libros y volvieron a despedirse con una sonrisa. Subió al auto y espió el asiento de atrás: el juguete de la cajita feliz estaba tirado en el suelo. Miró la ventanilla con intención de llamar a su hijo para que se lo llevara, pero la puerta de la que solía ser su casa ya se había cerrado. Tomás siempre olvidaba los juguetes a los dos minutos de que se los había comprado, y él se lamentaba por lo caros que le habían salido. Terminaba regalándoselos a su hermana Claudia para su hijo, que era un poco más chico.

Esa mañana se había reunido con sus amigos en el bar como todos los viernes y también les había contado de sus vacaciones. Estaba entusiasmado, necesitaba un descanso. Solo le quedaba organizar el trabajo en la fábrica para asegurarse de que todo marchara bien mientras no estuviera en Buenos Aires.

Cuando llegó allí, eran las dos de la tarde. Su hermana se le aproximó abrazando carpetas y lo detuvo antes de que él pudiera entrar en la oficina. Por su expresión de sufrimiento, supo que algo había pasado.

—Me quiero morir. Nos cayó la AFIP —dijo.

Julián apretó los dientes; la sigla casi le provocó un infarto. Entre la hamburguesa y la maldición que representaba un control tributario, sintió náuseas.

—¿Llamaste a Medina? —preguntó. Si podía delegar el problema en su contador, sería feliz.

—Sí, pero no estaba. Pude contactar a la hija. Me dijo que empecemos nosotros y que cuando pueda le va a pedir al padre que venga. Sospecho que no va a venir, Juli. Es viernes y son las dos de la tarde, debe estar en la pileta. Me contó que iba para la rehabilitación del nieto y que...

—Está bien, no te preocupes —la interrumpió Julián, apoyando una mano

sobre su hombro. Cuando Claudia se ponía nerviosa, hablaba sin parar, y quería que se tranquilizara—. ¿Cuántos agentes son?

—Dos.

—Bueno. Decile a Melisa que nos alcance tres cafés y alfajores. Dos de ellos, envenenados, por favor. —Claudia dio un respingo, sus ojos se abrieron de forma desmesurada. Julián rio—. ¡Es broma! Dame eso —dijo, y le quitó las carpetas.

Por fin, Claudia rio, sintiéndose una tonta. Julián le sonrió aunque su estómago continuara revuelto y se adentró en la oficina como si se sintiera seguro y autosuficiente.

—Buenas tardes —dijo—. Soy Julián Aráoz, el presidente de la fábrica.

Los agentes, que en ese momento revisaban archivos de contaduría, se levantaron para estrecharle la mano. Julián les dio un apretón firme y rápido, y se sentó a la par de ellos. Apoyó las carpetas que le había entregado Claudia en el escritorio y suspiró con resignación en la espera de los primeros latigazos.

—La facturación entre marzo y junio de 2013 no es congruente con nuestros registros de egresos, por eso le solicitamos a la mujer que nos recibió los papeles de trabajo, las facturas confeccionadas y las facturas recibidas. Además, vamos a necesitar las órdenes de pedido, las órdenes de pago, las órdenes de compra, los remitos y los resúmenes bancarios, como para empezar. Es su hermana, ¿no? — indagó uno de los inspectores, señalando la puerta.

Julián apretó los labios.

—Sí, es mi hermana —contestó, e intentó fingir estar relajado con otra sonrisa—. Mi contador no está disponible en este momento. Espero que sepan disculpar si a mí me toma un poco más encontrar algunos documentos.

Julián sabía que esos datos jamás coincidirían. De ser así, su fábrica y todas las demás PYMES del país ya se habrían fundido por la altísima presión impositiva. Prefería evadir el pago de impuestos por algunos ingresos antes que tener un solo empleado en negro. Jamás privaría a alguien de aportes y de una obra social. Sin embargo, a diferencia de muchos otros empresarios que conocía, a él nunca le gustaba afrontar la única solución que existía para esos problemas.

Odiaba las coimas, en especial, tener que ofrecerlas. Estaba tan nervioso que temía que le temblaran los dedos mientras buscaba los documentos en la carpeta.

Después de dos golpes a la puerta, Melisa, su secretaria, entró cargando una bandeja. La dejó sobre el escritorio y echó una mirada compasiva a su jefe. Julián le sonrió de manera cordial y le dio las gracias. Ella se retiró con el deseo de palmearle la espalda y decirle «mi más sentido pésame».

Había soñado con Julián mucho tiempo. Antes, cuando creía que estaba enamorada de él, lo imaginaba como su pareja, cuidándola como lo hacía aunque ella solo fuera su secretaria, y sentía que desbordaba de fantasías. Si algo la había privado de insinuarle sus intenciones era la diferencia de edad, ya que ella era mucho más joven que él. Cuando se había enterado de que su jefe estaba saliendo con una mujer diecinueve años menor, lo intentó. Por supuesto, Julián estaba enamorado de su novia y le dijo que no. Todavía se avergonzaba frente a él cuando se acordaba de lo bochornosa que había sido esa situación.

Salió cabizbaja, con el rostro contraído. Por ir enfrascada en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Fabrizio, el hermano menor de Julián, se acercaba, y chocó con él.

Fabrizio la tomó del codo para que se estabilizara, y sin querer ella alzó la cabeza. No quería que nadie la viera contrariada, pero no pudo ocultar que algo le sucedía.

—¿Estás bien? —le preguntó Fabrizio.

Su personalidad despreocupada, su cuerpo atlético y su rostro de modelo solían captar la atención de muchas chicas. Tenía éxito, y aunque siempre le había atraído Melisa, disfrutaba de las demás mientras ella solo pareciera interesada en su hermano.

—Sí —mintió la secretaria—. No entres a la oficina: tu hermano está con agentes de la AFIP y parece que tiene para rato.

—Uh, ¿en serio? Entonces me voy; cuando termine va a quedar insoportable, y si le cuento lo que pasó, me va a asesinar.

—¿Por qué decís que te va a matar? ¿Qué pasó?

Fabrizio se pasó una mano por el pelo.

—Me chocaron y me abollaron la puerta de la camioneta.

—¿Cómo que chocaste?! —bramó Claudia a su espalda. Él se dio la vuelta, y Melisa escapó antes de que se la agarraran con ella.

—¡Me chocaron! —objetó él.

—¡A mí no me vengas con ese cuento! —replicó Claudia—. ¡Pobre Julián! No termina con un problema que vos le traés otro. Andate. Andate y no le digas nada. Hoy el horno no está para bollos.

Fabrizio ni respiró. Salió corriendo, como su hermana le había pedido. A pesar de todo estaba contento; con el asunto del choque, al menos había terminado su turno más temprano.

Claudia fue al estacionamiento y revisó la camioneta. El choque estaba en la puerta delantera del lado derecho, saltaba a la vista que Fabrizio había tenido la culpa y que el seguro no cubriría el gasto. Además, quedaban cajas de alfajores en la cajuela y remitos sin entregar al comprador. Todo evidenciaba que no había cumplido con la totalidad del reparto. Había mejorado su actitud en el último tiempo, pero todavía le costaba ser responsable.

Mientras tanto, en la oficina, Julián buscaba la manera de ofrecer una solución alternativa al tema de los impuestos.

—Mmm... no —murmuró el agente—. Definitivamente los datos no coinciden. Nos va a tener que llevar a recorrer el depósito.

Julián respiró profundo, tratando de apaciguar los nervios, y dejó escapar la pregunta decisiva.

—¿Hay algo que podamos hacer al respecto, que nos ahorre tiempo a todos?

El inspector lo miró. Él le sostuvo la mirada aunque temblara por dentro.

—Retirate, por favor, que tengo que arreglar algo con el señor —ordenó el inspector a su ayudante, que en ese momento revisaba carpetas en el escritorio de Claudia. El chico salió—. Por ciento ochenta mil se lo arreglamos. O también puede pagar el impuesto, la multa y los intereses.

Julián sonrió. Ciento ochenta mil pesos. Era mejor desperdiciar ese dinero en dos corruptos antes que la multa y los intereses o, peor, ir a la quiebra y dejar a la gente sin trabajo por pagar impuestos excesivos.

—¿Más café? —preguntó.

Para cuando se despidió de los inspectores en la puerta de la fábrica, había perdido ciento ochenta mil pesos y ganado más dolor de estómago.

De regreso a su oficina, encontró a su hermana hablando por teléfono escondida en las inmediaciones de una máquina.

—La necesito para el lunes, Oscar. Te lo pido por favor, no quiero que mi hermano tenga otro disgusto con este tema. —Le tocó el hombro, y ella se dio la vuelta. Su expresión suspensa le indicó que el hermano al que pretendía ocultar alguna información era él—. Perdoname, acaba de llegar gente. Después te llamo. —Cortó y miró a Julián, procurando inventar alguna excusa de último momento—. Yo... Pasa que... —murmuró.

—Claudita, sé cuando intentás mentir desde que sos una nena. ¿Qué pasa?

Claudia se encorvó, frustrada.

—Fabrizio chocó con la camioneta.

—¡¿Qué?!

—Por eso no quería que te enteraras, sabía que te ibas a sentir defraudado.

—¡No puede ser! ¿Él está bien?

—Sí, estaba como si nada. Igual no fue mucho, solo se abolló la puerta. Es del lado derecho, el seguro se va a lavar las manos. No te preocupes, yo me encargo. ¿Cómo te fue con los inspectores?

—Ciento ochenta mil pesos.

La respuesta fue todo lo que Claudia necesitaba.

—¡Qué hijos de puta! —exclamó, boquiabierta—. Cada vez se cotizan mejor.

—Es la inflación —bromeó Julián, esforzándose para distenderse—. Hay que ver cuánto nos sale el chiste de la camioneta.

—No pienses en eso, te dije que yo me ocupo. Estaba hablando con el chapista, voy a tratar de convencerlo de que haga el arreglo el fin de semana, así tenemos la camioneta lista para el lunes. Vos relajate, que te tenés que ir de viaje. No desistas de eso.

—No desisto —respondió Julián. Claudia fue la primera persona a la que le contó de su viaje después de que Natalia hubiera aceptado—. Quería adelantar

trabajo, pero me voy a casa.

—Hacés bien. Que descanses.

Él le dio las gracias y se despidieron.

Cuando llegó a su departamento, solo pudo internarse en el baño a vomitar y después se fue a la cama.

Una hora después, sonó el teléfono. Era Natalia.

—Quería contarte que ya le avisé a la directora que no voy a ir a la reunión de personal —expuso ella—. Me dijo que era mi obligación asistir y que por mi antigüedad no tengo todavía cuarenta días de vacaciones, pero no me interesa. Yo nunca faltó, ni siquiera cuando estoy enferma.

—Lo sé.

—¿Estás bien? Tenés la voz rara. ¿Estás arreglando alguna máquina?

—No, estoy en la cama.

—¿En la cama tan temprano? ¿Qué pasa?

—Llevé a los chicos a comer hamburguesas, hicieron una inspección en la fábrica y mi hermano chocó con la camioneta. Terminé descompuesto. ¿Podés creer que hasta hace cinco años podía comer un caballo y no me pasaba nada? ¿O será que las hamburguesas de ahora son peores que las de antes?

—¿Tu hermano chocó? ¿Está bien? —preguntó Natalia. Por el tono de voz de Julián, intuía que sí.

—Sí, está bien.

—¿Por qué no me llamaste si te sentías mal? Voy a tu casa.

—No hace falta, Nati, no te preocupes. Solo quiero dormir.

—Dejame que vaya. Soy una inútil cuidando enfermos, pero por lo menos te hago compañía.

—¡No estoy enfermo! —exclamó él, riendo—. En serio, no te preocupes. Prepará la valija y soñá con el viaje. Te llamo mañana.

Natalia cortó, miró el teléfono como si Julián se escondiera allí dentro y escribió un nuevo renglón de su novela.

Ese hombre era lo que siempre había esperado. Solo él y mi personaje

encendían mi deseo.

3

—¿La va a cuidar? —interrogó Liliana, viendo a Julián cargar la valija de su hija en el auto.

Natalia se interpuso en su camino.

—Ya no tengo quince años, mamá —le recordó al tiempo que se aproximaba a su mejilla para besarla.

Julián, bastante más comprensivo, cerró el baúl y se volvió hacia Liliana con una sonrisa pacífica.

—Quédese tranquila, la cuido con mi vida —aseguró.

Natalia puso los ojos en blanco y prefirió ocultarse en el vehículo antes de que los pómulos se le tiñeran de rojo. Julián y Liliana se saludaron, y él se internó en el coche. La mujer le golpeó la ventanilla antes de que encendiera el motor. Julián la bajó mientras Natalia negaba con la cabeza.

—¿Me van a llamar cuando lleguen? —preguntó Liliana.

—Claro que sí —contestó él tomándole la mano—. No se preocupe. Todo va a estar bien.

Liliana sonrió, satisfecha, y se despidió de ellos agitando una mano. Antes de alejarse, Julián hizo sonar la bocina. Ni bien doblaron la esquina, Natalia rio, giró hacia él y le besó el hombro cubierto por la camisa.

—Te merecés el Premio Nobel a la Paciencia —bromeó.

—Es lógico que tenga miedo, sos su única hija —replicó él.

Habituada a la compasión que Julián sentía por su madre, Natalia prefirió guardar en secreto todo lo que Liliana le había dicho en cuanto ella le había comunicado que se iría de viaje. Las frases que más recordaba eran: «me dejás sola», «yo también merezco vacaciones y no me voy a ninguna parte» y «acá me

quedo, a cuidarte el gato». Ese gato que solo le prestaba atención cuando quería comer o salir de juerga.

Claudia los esperaba en la puerta del edificio de Julián para llevarlos al aeropuerto. Cambiaron la valija de Natalia a su automóvil, Julián guardó el suyo en el garaje y luego reapareció cargando su equipaje. Claudia los llevó a Ezeiza.

Hicieron el *check in*, despacharon las valijas y acudieron al control de seguridad y migraciones. Después, se sentaron a esperar en la sala de embarque.

—Creo que, mejor, los voy a llamar Pablo y Marianela —comentó Natalia.

Julián, que estaba sentado a su lado con un brazo sobre el respaldo de su asiento, la miró. Sabía que se refería a su novela.

—¿Por qué? —interrogó—. Esos son los personajes del libro *Marianela*, de Benito Pérez Galdós.

Natalia sonrió.

—A vos no te puedo mentir —respondió—. Muy pocos se van a dar cuenta, pero les voy a poner esos nombres porque, metafóricamente, se van a parecer a los personajes de Galdós. Quiero cambiar toda la novela. Prefiero que ella no sea atractiva. Él, en cambio, va a ser muy lindo, pero lo más lejano a un héroe romántico en su personalidad. Aun así, quiero que sea irresistible, ese tipo de tontos que querés comer a besos.

—¿Y Fabián, el personaje que ella creó? —interrogó Julián—. ¿Le vas a cambiar el nombre a él también?

—Sí, por supuesto —respondió Natalia con seguridad—. Es mejor alejar este libro de mi primera novela. De hecho ella ya no va a ser escritora, estaba pensando en una artista plástica que hizo una escultura de alguien imaginario. A ese nuevo Fabián podemos llamarlo... Mmm... Rafael, como el pintor.

—Me gusta —admitió Julián—. Un triángulo amoroso entre Marianela, la artista; Rafael, el hombre perfecto en todo sentido, pero de ficción; y Pablo, un hombre real y, por eso mismo, imperfecto. Podría relacionarse con el modo en que interpretamos la realidad, qué peso tiene en nosotros la imaginación y por qué vamos a optar: la imperfección del mundo real o la idealización del arte. Como Quijotes modernos.

Natalia rio.

—Tranquilo: es romance, no filosofía —bromeó.

—Pero es tu romance, y hay mucho más que eso —objetó él—. Yo creo que hacés que la gente piense y sienta, y con el miedo que tenemos hoy a reflexionar y a sentir, eso es muy bueno.

Natalia demostró su orgullo en una sonrisa.

—Gracias —contestó, y se recostó en su pecho.

Sentada allí, con la perspectiva de llegar a un lugar paradisíaco, por un instante se sintió en un sueño. Sin embargo, su humor cambió de golpe cuando olvidó lo bien que lo estaba pasando y sintió culpa. Hacía años que su madre no se iba de viaje, desde que ella tenía tres años y habían ido a Brasil con su padre. Le dio lástima, porque ni siquiera en vacaciones Liliana dejaba de trabajar. Y aunque en su interior sabía que su madre debía ser más generosa con ella y alegrarse porque su vida fuera distinta, a veces se olvidaba de eso. Como en una cadena, recordó que la directora del colegio la había llamado irresponsable cuando le había comunicado que se ausentaría de la reunión de personal, y el malestar creció.

De pronto, comenzó a sentirse molesta. No entendía por qué, para los demás, acababa siendo irresponsable y malagradecida, sin importar lo que hiciera para demostrarles lo contrario. Jamás obtenía una felicitación ni buenos deseos, solo exigencias y reclamos. Lo más angustiante era reconocer que, a pesar de ello, su inconsciente se empeñaba en hacerla sentir culpable.

Que se vayan al infierno, pensó, y apoyó una mano sobre el abdomen de Julián para abrazarlo. Siempre era reconfortante sentir que, aunque el mundo estuviera en su contra, había alguien con quien podía contar. Un hombre en el que podía confiar y que la protegería de todo sin coartar su libertad. Alguien que la hacía brillar. Eso le daba fuerzas y la llenaba de un amor profundo y sincero que necesitaba expresar.

Volvió a sentirse entusiasmada cuando los llamaron para abordar. Como nunca había viajado en avión, a medida que se acercaban a la zona de abordaje, se le aceleró el corazón. La curiosidad y la excitación la invadieron por partes iguales

en cuanto se sentó en la butaca y observó lo que había alrededor. Investigó el monitor donde se podían elegir películas y música, la revista y el folleto con indicaciones de seguridad en portugués y en inglés. Le había tocado la ventanilla, así que su ansiedad creció al pensar que podría ver la ciudad desde la altura.

Julián disfrutó de la expresión de Natalia en cuanto el avión comenzó a carretear. Ella se respaldó y contempló cómo abandonaban tierra. A varios metros, las calles se transformaban en líneas y los edificios, en puntos cada vez más pequeños, hasta que solo se avistaron cuadrados en todas las gamas del verde y el marrón.

Cuando al fin se dio la vuelta, descubrió que Julián la miraba con una sonrisa. Sus ojos brillaban de ternura, y su respiración era pausada y profunda.

—¡Me encanta! —le hizo saber ella.

—A mí también —respondió Julián. Se refería a que le encantaba admirarla a ella. Natalia lo sabía, porque amaba admirarlo también.

Llegaron a Río de Janeiro en el horario estipulado. En el aeropuerto los esperaba el traslado a Búzios.

El hotel resultó ser una posada frente al mar. Era tan hermosa que Natalia se quedó pasmada al verla.

—Cuando dijiste que no llegabas al Caribe... —susurró, mirando a Julián.

—Los lugares que puedo alcanzar, me gusta alcanzarlos bien —le hizo saber él.

Natalia se mordió el labio. ¿Quién necesitaba del Caribe, si se sentía en el paraíso solo con abrazar a Julián?

La *suite* se hallaba en el primer piso y tenía un balcón que daba al mar. Las paredes pintadas de un color almendrado brindaban un efecto cálido al cuarto, acrecentado por los rayos del sol que se filtraban hasta la cama. El respaldo de hierro negro combinaba con las lámparas y contrastaba con los almohadones marrones y rojos que se hallaban sobre el acolchado beige. Los largos y opacos cortinados al tono estaban abiertos, y a través del ventanal se avistaba un sillón de paja blanca y una mesita de madera del mismo color. Detrás de ese sitio que

se parecía a un cuadro impresionista, el inmenso mar turquesa y las colinas verdes convertían el paisaje en un sueño.

Era mucho más de lo que Natalia esperaba, no necesitaba nada fuera de esa fantasía hecha realidad. O eso creyó, hasta que Julián la abrazó por la espalda y apoyó el mentón sobre su hombro. Entonces comprendió que le hacía falta su cariño, y respondió apoyando las manos en sus antebrazos. Tantas veces había añorado disfrutar de un lugar maravilloso, acompañada de la persona correcta, que todavía le costaba creer que su sueño se había cumplido.

Giró en brazos de Julián y le rodeó el cuello.

—Me muero por ir a la playa —comentó, sonriendo—. Amo el mar.

—Ya lo sé, Sirenita —respondió él, alzándola contra su pecho. La llevó hasta la cama y la sentó en la orilla.

—No puedo ser una sirena. Ellas cantan bien, y yo, en cambio, canto muy mal.

—No te hace falta cantar bien para tenerme hechizado —contestó Julián, y le dio un beso. Natalia volvió a rodearle el cuello con los brazos, riendo—. ¿Querés ir a la playa? —Ella asintió en silencio—. Entonces vamos.

Natalia se entusiasmó tanto con la idea de bañarse en el mar que terminó de ponerse su bikini nueva antes de que Julián terminara con su traje de baño. Mientras lo esperaba, se anudó un pareo en la cadera, tomó dos toallas y el bolso de playa, y se recogió el pelo. Ni bien percibió que Julián había acabado con los preparativos, lo tomó de la mano para salir.

—Esperá —le pidió él—. Primero deberíamos llamar a tu mamá.

—¡No! —exclamó Natalia—. Olvidate de mi mamá. Te va a tener en el teléfono hasta la madrugada.

Julián no le hizo caso. Llamó a Liliana, y en cinco minutos había cortado. Natalia se mordió el labio; no se cansaba de admirar el modo en que él se las ingeniaba para hacer siempre lo correcto. Ese pensamiento la llevó a abrazarlo.

La playa los esperaba, interminable, a escasos metros de la posada. Faltaba poco para que atardeciera, pero el mar todavía no había crecido, y en la arena blanca descansaban algunos bañistas. En la orilla casi no había niños; todos

estaban en el mar. El ambiente era sereno y se podía apreciar el sonido de las olas. A lo lejos, sonaban una canción en portugués y algunas risas.

Natalia admiró la maravilla que estaba ante sus ojos y sonrió, feliz de hallarse allí. Se avergonzó de su piel pálida y de sus senos pequeños cuando una mujer muy hermosa pasó frente a ella, entonces se levantó el pareo.

—¿No querías ir al agua? —le preguntó Julián. Se había dado cuenta de que ella se sentía incómoda y quería reanimarla. Como percibió que Natalia dudaba, la enfrentó y puso las manos sobre sus hombros—. ¿Por qué te tapás, si sos hermosa? —indagó, y fue bajando las manos para apartar la fina tela de color salmón despacio.

Seducida por la caricia, Natalia olvidó que hacía un instante la avergonzaba su cuerpo. Miró a Julián y sintió que un centenar de luciérnagas revoloteaban en su vientre. Podía desearlo hasta límites que nunca había imaginado.

Cruzaron la playa de la mano y se metieron en el mar. El agua era tibia y transparente. Aun cuando le llegó a la cadera, Natalia miró hacia abajo y descubrió que todavía podía verse los pies. A unos metros, unos chicos jugaban con una enorme pelota de colores y una mujer llevaba a nadar a su pequeño con flotadores.

Julián sorprendió a Natalia rodeándole la cara con las manos y dándole un beso. Ella rio contra su boca y se dejó atrapar por su mirada intensa y seductora. En ese momento, la enorme pelota de colores se les aproximó, y Julián la hizo rebotar estirando un brazo para que no la golpeará en la cabeza.

—*Desculpe* —le dijo un chico en portugués.

—No hay problema —respondió Julián, y volvió a mirar a Natalia—. ¿Sabés nadar?

—No. Pero prefiero ahogarme antes que seguir rodeados de tanta gente —respondió ella, y le tomó la mano para avanzar un poco más.

Cuando se cansaron de estar en el agua, se sentaron en la playa y contemplaron el atardecer. Natalia se envolvió en una toalla celeste y se recostó sobre el pecho de Julián mientras él le quitaba los rastros de arena de la piel. Era una tarea interminable, pero le servía como excusa para acariciarla.

Natalia suspiró, adormecida, y sonrió sin darse cuenta. Sabía que en ese instante el alma de Julián se hallaba tan satisfecha y encendida como la de ella.

Aunque terminaron agotados, se fueron de la playa recién cuando caía el sol.

Después de ducharse, se cambiaron para ir a cenar afuera. Dieron una vuelta por el centro de calles empedradas, deteniéndose en algunos locales comerciales. Natalia se probó un sombrero blanco, y Julián le tomó una foto que puso como fondo en su celular.

Para cenar, entraron a un restaurante cerca de la playa.

—Parece que los platos son para compartir —comentó Julián, y alzó la mirada—. ¿Querés ordenar vos?

Natalia cerró el menú y lo dejó sobre la mesa. Nunca daba importancia a lo que ordenaran y, además, no tenía ganas de adivinar palabras en portugués.

Comprendiendo la respuesta silenciosa de ella, Julián eligió una variedad de pescado propia de la zona para los dos. Conocía los gustos de su pareja: el pescado tenía que ser suave y el vino, blanco dulce.

Después de cenar, dieron una vuelta por la calle aledaña a la playa y regresaron a la posada.

Mientras Natalia se quitaba las sandalias, Julián se recostó con el celular en la mano.

—Nati, voy a hablar con Cami, necesito saber cómo están mis hijos —le avisó.

Natalia se sentó a su lado y se apoyaron en el respaldo mientras él leía algunos mensajes y ella observaba las fotos que había tomado esa tarde.

Espero que hayan llegado sin problemas y que lo estén pasando bien, había escrito Claudia.

Julián, ¿por qué Natalia no responde el teléfono?, preguntaba Liliana.

—Me escribió tu mamá —le informó él.

—Sí, a mí también —replicó Natalia—. No le respondas. Yo me ocupo.

—No te enojés.

—¿No querías hablar con Camila? Hacílo. Yo me ocupo de mi mamá.

Abrió el chat, ignoró los mensajes previos de Liliana, e inició una conversación con ella.

Natalia.

Julián te avisó que estábamos bien cuando llegamos. ¿Es necesario que volvamos a comunicarnos?

Liliana.

¿Por qué no respondías? Me hacés preocupar.

Natalia.

Estoy de vacaciones y no llevo el teléfono encima. No escribas, mucho menos a Julián. Si me pasa algo, te vas a enterar de alguna manera.

Liliana.

¡Ay, Natalia! ¡No me digas eso! Yo no quiero que te pase nada.

Natalia.

No me va a pasar nada, y a vos tampoco. Dejame tranquila.

Liliana.

Estoy con mucho dolor de cintura. Me dijo una vecina que a una amiga de ella también le dolía y resultó que tenía cáncer de útero.

Asqueada de la manipulación, Natalia apagó el teléfono con irritación. Se había puesto de mal humor. Por suerte, Julián parecía estar a gusto con Camila, ya que sonreía.

—¿Todo bien? —le preguntó Natalia.

—Muy bien. Pero Cami estaba con sus amigas y no tenía ganas de conversar. Apenas alcancé a preguntarle por Tomás. ¿Qué tal vos con tu mamá?

Natalia se encogió de hombros.

—Apagué el teléfono, quizás eso te sirva como respuesta. ¡Si pudiera apagarle la ansiedad a ella!

Julián rio.

—No podés cambiarla, solo cambiar vos: tomar de manera diferente lo que tu mamá haga o diga.

—Parece que lo hiciera a propósito —masculló Natalia—. Con vos es la mujer perfecta, pero a mí me vuelve loca.

—Lo sé. Tomalo con calma. Ya se le pasará. —Natalia guardó silencio, pensando que Julián no tenía idea de cuán insistente podía ser su madre—. ¿Le contaste a tu papá que te ibas de vacaciones? —siguió interrogando él. Natalia negó con la cabeza—. ¿Le contaste de mí, aunque sea?

—¿Necesitás que le cuente?

—Quiero que hagas lo que sientas. Pero supongo que continuarás visitándolo algunas veces por año cuando vivamos juntos, y va a ser difícil ocultarle sin mentir. Además, no entiendo por qué lo harías.

—No le hablé de vos. Él puede ser muy duro a veces, y no quiero escuchar lo que me pueda decir.

Julián calló, aceptando la decisión de Natalia. No le gustaba que la relación con su padre fuera tan distante y tensa, pero no podía juzgarla. Conocía parte de su pasado por su primer libro, donde había contado veladamente su propia vida, y esperaba que algún día Daniel Escalante pudiera brindarle el cariño que Natalia necesitaba, así como él intentaba hacer con sus hijos.

Como quería que Natalia volviera a relajarse, dejó el celular sobre la mesa de luz y la abrazó por la cintura. Le dio un beso en la mejilla, otro en el hombro y un tercero sobre un pecho. Eso la hizo reír.

—¿Te gusta? —le preguntó Julián, besándole el cuello. Ella rio de nuevo—. ¿Jugamos un poco?

—¿Cuál es el juego? —interrogó Natalia, aunque presentía que ya estaba

participando.

—Vos me decís una letra y yo te beso un lugar que empiece con ella. A ver si adivino tus pensamientos.

La risa de Natalia fue tan genuina que Julián se sintió complacido solo con eso.

—Me gusta —dijo ella, acomodando las almohadas donde se respaldaba—. A ver... Mmm... B.

—¡Demasiado fácil! —exclamó él, y le dio un beso en el brazo.

—¿Cómo sabías que no era la boca?! —exclamó ella, sorprendida.

—Porque nunca sos tan obvia y te gusta ir despacio.

Natalia se mordió el labio a la vez que sonreía. No podía creer que Julián la conociera tanto.

—S —dijo.

Julián dudó un momento, pero enseguida se le ocurrió una parte del cuerpo y le besó la sien. Natalia lo retuvo sujetando el cuello de su remera.

—No podrías jugar a esto con alguien que tuviera graves errores de ortografía —bromeó.

—Por eso solo lo juego con vos —contestó él.

—B —repitió ella, y él la besó en la boca—. M —Le besó el mentón—. P.

Julián le bajó el escote del vestido y le besó un pecho. Natalia le atrapó la cara con las manos para que él la mirara a los ojos.

—Perdiste —murmuró.

—¿No eran el mentón y los pechos? —preguntó Julián.

—Eran el muslo y la pelvis —respondió Natalia, y se inclinó para besarlo.

Julián se sintió tan excitado por la actitud dominante de Natalia, que la tomó de la cintura y la sentó sobre sus piernas para demostrárselo. Buscó a tientas el cierre de su vestido y lo bajó lentamente, mientras le acariciaba las mejillas y el cuello con los labios. Ella le tocó el pelo, apretándose contra su entrepierna, y se entregó al roce de su boca con anhelo. Sintió que los dedos de Julián se escurrían entre su cabello, rozándole la cabeza. El masaje le produjo una sensación estimulante que la impulsó a mover la cadera. Sus senos se excitaron por la

fricción con la tela de su vestido, y eso le generó una electricidad en todo el cuerpo.

—Te deseo —susurró, dejando su aliento perfumado sobre la frente de Julián. Solo dos palabras, pero que tenían el poder de provocar en él las reacciones más intensas.

Le bajó el vestido y observó los pechos de Natalia, ocultos tras el *soutien* de encaje. Los abultó con las manos y extrajo uno para besarlos.

Natalia echó la cabeza atrás y percibió con los ojos cerrados que Julián le acariciaba el otro pecho por sobre la tela del corpiño. Bajó la cabeza al mismo tiempo que él alzaba la suya, y las bocas se encontraron. Por decisión unánime se hundieron en un beso húmedo y prolongado. Julián seguía provocándola y arrancándole gemidos. Adoraba explorar las reacciones del cuerpo de Natalia; sentir que tenía el poder de hacerla gozar hasta perder la razón lo estimulaba.

Terminó de quitarle el vestido y, mientras ella se quitaba también la ropa interior, Julián se deshizo de la suya.

Natalia se recostó de espaldas, y él asentó una mano caliente en su cintura. La sorprendió apoyando dos dedos sobre su clítoris y comenzó a hacer movimientos circulares. Incapaz de resistirse, ella le acunó el rostro entre las manos y elevó la cadera hacia su boca.

—C... —murmuró.

Con la esperanza de acertar esta vez, Julián le dio un beso donde antes estaban sus dedos. Un gemido escapó de la boca de Natalia junto con una sonrisa.

—Ahora decime una letra vos —solicitó ella a continuación.

—J.

—¿J? —repitió. No se le ocurría ninguna parte del cuerpo con J. Quizás se debía a que Julián había comenzado a introducir los dedos en su cavidad y eso le dificultaba pensar.

Él disfrutó de la incertidumbre que le había provocado. Gozó con sus mejillas sonrojadas, con su cadera moviéndose para que sus dedos la acariciaran más y con sus gemidos. La intimidad de Natalia latía, y le demandaba mucho esfuerzo contenerse.

Ella bajó la mirada y se contempló semidesnuda, con los dedos de Julián perdidos en su cuerpo.

—No aguanto más —susurró.

Julián se recostó sobre ella y, sosteniéndose con un codo, apenas rozó su intimidad con el miembro.

Natalia gimió. Llevó las manos hacia la cadera de Julián y la apretó.

—Ahora. Por favor... —musitó, elevando la cola.

Él se abrió paso en su interior muy despacio para provocarle más deseo. Llegó tan hondo como pudo y salió casi del todo. Bajó la cabeza y le lamió un pecho mientras volvía a penetrarla, esta vez de manera definitiva.

Lo que comenzó lentamente terminó en movimientos rápidos, y en muy poco tiempo, tan solo quedaron las extremas sensaciones que provocaba el orgasmo.

—Como la primera vez —susurró él contra su boca, y le pasó la lengua por los labios, sediento de obtener más de ella.

—Como la primera vez —repitió Natalia, recordando lo bien que se había sentido la primera noche que había tenido sexo con Julián, el hombre de sus fantasías.

Un rato después, estaban abrazados en la oscuridad de la noche, después de haber alcanzado la luz al hacer el amor.

—Me quedé pensando... ¿Cuál era la palabra con J? —preguntó Natalia.

Julián rio y la besó en la cabeza.

—Ninguna. Hice trampa. Perdón —confesó.

—¡Qué mal perdedor! —exclamó ella, golpeándolo en el pecho—. Te jugó en contra, porque solo pude pensar en dos palabras, y ninguna te conviene.

—¿Cuáles?

—Joroba y juanete.

Julián rio.

—Menos mal que no padezco nada de eso. Todavía —contestó.

Natalia alzó la cabeza y buscó sus ojos. Pensaba en cuán bien se sentía en ese momento y se preguntaba si acaso podía ser más feliz. Tal vez sí.

—¿Te acordás de cuando insinuaste que algún día querías tener un hijo

conmigo? —preguntó. Julián asintió—. ¿Todavía lo querés?

—La vida me enseñó a no decir nada que no sienta de verdad. Y lo que se siente de verdad no se olvida en dos meses —respondió él, y giró de costado para mirarla a los ojos. Le acarició una mejilla con un dedo mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara—. ¿Por qué me lo preguntás? ¿Querés tentar al destino?

—No estoy segura. ¿Pensás que sería capaz de cuidar a un bebé o que estoy capacitada para ser responsable de un niño? Por momentos me siento más hija que madre.

—Eso se aprende, nadie nace sabiendo ser padre, y cuando lo somos, maduramos en muchos aspectos.

—Lo sé. Lo que me confunde es que no me imagino embarazada. Supongo que eso es normal, ¿no?

—Tener miedo es perfectamente normal —contestó él—. Cuando Sabrina me dijo que estaba embarazada por primera vez, me asusté tanto que ella acabó pidiéndome que dejara de actuar como un pesado.

—No puedo imaginarte asustado —respondió Natalia, riendo.

—Nunca lo pasé tan bien y tan mal a la vez como en los partos —siguió contando él—. Esa mezcla de miedo, felicidad y admiración es difícil de sentir en otra situación. Es maravilloso. Ya nos va a tocar vivirlo juntos. Sos muy joven, y yo pienso vivir muchos años, así que no te preocupes por el tiempo. Tenemos todo el tiempo del mundo hasta que estés segura de que querés ser madre.

—Ya lo sé —respondió ella—. Pero aunque me sienta insegura, deseo vivir esa experiencia con vos. Por eso pensé en dejar de tomar los anticonceptivos y, si tiene que pasar, que pase. ¿Estás de acuerdo?

—Me gusta que lo hagamos así, sin presiones. Dejalos y disfrutemos el camino hasta que pase, como vinimos haciendo hasta ahora.

Natalia sonrió, feliz e ilusionada, y apoyó la mejilla en su pecho.

No pensó que despertaría en la madrugada a causa de unos gritos. Primero los escuchó desde la cama, y luego se levantó para aproximarse a la puerta. No

alcanzaba a entender qué pasaba, pero estaba segura de que se trataba de una pareja discutiendo. Podía imaginarlos gritándose frases hirientes mientras hacían ademanes, como sus padres cuando ella era chica.

«¡Levantate, hija de puta!», escuchaba desde su cuarto cuando tenía siete años. Era la voz de su padre dirigiéndose a Liliana. «¡Levantate, la puta que te parió!».

Sabía los movimientos de su madre por los sonidos que oía desde su cuarto. La cama crujía cuando ella se levantaba para darle el gusto a su marido. Natalia sabía que Liliana se dirigía a la cocina cuando escuchaba sus pasos en el piso de madera, y también que se encendía la hornalla cuando escuchaba el gas y el encendedor. Le seguía el ruido del agua entrando en la pava, y la pava sobre el fuego. «¡Quemaste la yerba!», gritaba su padre a veces. Con suerte Natalia se quedaba dormida con el sonido del hervor, pero algún que otro grito siempre la despertaba.

Nunca faltaba mucho para que su madre entrara en su cuarto y le dijera que tenía que levantarse para ir a la escuela. La ayudaba a vestirse y la peinaba mientras su padre seguía impartiendo órdenes. Si Liliana demoraba un instante más del que Daniel esperaba, entonces sobrevenía otro grito. «¡Dale, que me tengo que ir, carajo!».

La mayoría de las veces, la discusión se extendía durante algunos minutos. Cada vez que peleaban, Natalia notaba que Liliana mencionaba varias veces a «la otra», o su variante, «la mina». Un día fue testigo del momento en que su padre alzó la mano como si fuera a golpearla. El castigo no se produjo, pero en cuanto él hizo el gesto, ella se quedó sin aire.

—¿Me vas a pegar? —cuestionó Liliana—. ¿Me vas a pegar delante de la nena?

Natalia lloraba, sentada en el sillón marrón de la sala.

Daniel se volvió y salió de la casa. Liliana terminó de calzarle las zapatillas y le secó las lágrimas.

—Apurate, así tu papá te lleva al colegio —le dijo, procurando fingir una voz calmada.

—No quiero. ¡Con él no quiero! —gritó Natalia, y volvió a llorar a los gritos. El hombre acabó yéndose solo.

Desde ese entonces las situaciones de violencia la paralizaban. Por eso se sacudió cuando Julián la rodeó con los brazos desde atrás. Todavía estaba delante de la puerta, escuchando la discusión de sus vecinos. Se oyó el ruido de unos vidrios, y Natalia se tensó todavía más. Julián la apretó contra su pecho y la besó con suavidad en la mejilla.

—¿Querés que intervenga? —le preguntó al oído.

Ella negó con la cabeza; tenía miedo de que lo lastimaran. Sus vecinos podían estar ebrios o drogados. A veces, cuando la gente se entrometía en las discusiones de pareja, terminaba malherida, y no quería que Julián corriera ese riesgo. Por más que interviniera, al día siguiente esas personas se irían de allí y volverían a discutir. Solo esperaba que no fuera el destino de todas las parejas.

Con la cabeza apoyada en las rodillas de su novio y el entusiasmo de una escritora, Camila terminó de contarle a Octavio la historia de su padre y de su profesora.

—Cuando me enteré de que estaban saliendo no lo tomé muy bien. Pensaba que mis padres tenían que reconciliarse, pero estaba equivocada. Es mejor así. Nunca vi a mi papá tan feliz.

—¿Y cómo te llevás con ella? —interrogó Octavio. Conocía a Natalia. La había visto en algunas reuniones que organizaban sus padres y el de Camila, que eran amigos, pero no estaba al tanto de los pormenores de la historia.

—No volví a verla desde que terminaron las clases, pero ya no siento bronca —confesó Camila—. Supongo que sabés que, además de profesora, es escritora. Papá me llevó a comer y me preguntó si había leído su libro antes de regalárselo a él. Porque yo se lo regalé —agregó con orgullo—. No lo leí, pero quizás lo haga cuando termine la saga que le pedí que me comprara hace unos días. ¿Sabías que lo presentó en la tele?

—¡¿En la tele?! —repitió Octavio, sorprendido.

—Sí, ¡va a ser famosa! —exclamó Camila, y se sentó de golpe—. ¿No lo viste? —Octavio negó con la cabeza—. Te lo muestro.

Como no tenía permitido llevar chicos a su habitación, extrajo el celular en el living y buscó el video de su profesora en YouTube. Espió por sobre el hombro: su madre iba de un lado a otro recogiendo ropa para meter en el lavarropas y su hermano miraba televisión. Juzgó que el ambiente era seguro y activó la reproducción. Bajó el volumen para que solo pudieran oírla ella y Octavio. Algo le indicaba que ese no era el momento para que su madre se enterara de la

existencia de Natalia.

No habían transcurrido cinco minutos, que su hermano gritó: «¡La novia de papá!». Camila giró la cabeza de golpe: Tomás estaba espiando la reproducción. Le hizo un gesto para que se callara, pero fue inútil: su madre, que en ese momento cruzaba el living con ropa entre las manos, ya se había detenido detrás de ella.

Camila puso la pausa y fingió que lo que acababa de decir su hermano no tenía sentido.

—¡Callate, no inventes! —exclamó. Rogaba que él entendiera que tenía que hacer silencio.

—¡No invento! —protestó Tomás.

Camila apretó los labios, maldiciendo que su hermano siguiera al pie de la letra la regla de no mentir.

—¿Tu padre tiene novia? —preguntó Sabrina con interés—. ¿Es la del video? ¡Esa es tu profesora de Literatura!

—Es la novia de papá —la corrigió Tomás con alegría. Camila volvió a fusilarlo con la mirada.

El rostro de Sabrina se desfiguró. Sonrió con expresión de burla y dejó escapar un sonido áspero. No se lo creía.

—¿Y por qué está en YouTube? —interrogó, inclinándose para leer mejor.

Camila se apresuró a guardar el teléfono y se puso de pie, tomando la mano de Octavio.

—¿Podemos ir a la plaza? —preguntó. Por suerte, Sabrina le dio permiso enseguida.

Mientras caminaban, Camila no dejaba de pensar en lo que acababa de suceder.

—¿Por qué te preocupa que tu mamá sepa que tu papá sale con tu profesora? —le preguntó Octavio—. Según me contaste, ella tiene novio y no le importa la vida de él.

—No sé —contestó Camila, cabizbaja—. No quiero que mi mamá sepa nada de mí ni de mi papá. Hace tiempo me parece que ya no fuera ella. A veces siento

que no la conozco, que es una extraña.

—Supongo que eso es normal y que a todos nos pasa a medida que crecemos —explicó Octavio—. Yo tampoco quiero que mis padres sepan mucho de mí, a veces se ponen pesados.

—Espero que no interrogue a Tomás, porque él es muy inocente y seguro le cuenta todo. No debería haberte mostrado ese video en casa, soy una tarada. No pensé que ella se iba a dar cuenta.

—No sos una tarada —la corrigió él. Se detuvo en medio del camino y le encerró la cara entre las manos—. Que se haya enterado no tiene por qué ser malo. En algún momento iba a pasar, tu mamá iba a saber que tu papá sale con tu profe. ¿No te parece?

Camila asintió, pero aunque sabía que Octavio tenía razón, no podía evitar preocuparse.

Regresó a casa cuando atardecía; se había despedido de su novio en la esquina. Encontró a su madre en la habitación, doblando la ropa que ya estaba lavada y planchada.

—Tu hermano me contó lo de tu padre y esa chica —comentó Sabrina. Camila se preguntó qué le habría dicho Tomás. No podía creer que su madre se hubiera aprovechado de la inocencia de un niño para obtener la información que quería—. Vi el video de YouTube. ¡Qué vergüenza! Es profesora en un colegio religioso, ¿por qué habla de sexo en un programa de chimentos?

—No habla de sexo, habla de un libro —aclaró Camila.

—Pornográfico —repuso su madre mientras guardaba algunas prendas en los cajones.

—¡Como si vos no hicieras esas cosas!

Sabrina le dirigió una mirada lapidaria.

—No seas irrespetuosa. La diferencia entre esa chica y yo es que yo no expongo mi vida privada en los medios de comunicación mientras pretendo educar adolescentes en un colegio de monjas. Es inadmisibile.

—Mamá, por favor —suplicó Camila con temor. Si le ocasionaba problemas a su padre, como había hecho hacía unos meses al rogarle a Natalia que lo dejara,

no se perdonaría.

—Y tu padre... —siguió quejándose Sabrina mientras abría una de las puertas del placar—. ¡Cambió tanto! Es increíble lo que hace una pendeja con un hombre grande.

—Vos también tenés otra pareja.

—¡No se puede comparar, Camila! —exclamó Sabrina, guardando algunas prendas con gestos impulsivos—. Sos lo suficientemente grande para darte cuenta de por qué tu padre sale con esa chica. Es una putita, y yo no quiero que a mi hija la eduque una cualquiera. ¿Qué enseñanzas podría darte? ¿Que tenés que levantarte un tipo veinte años mayor? ¡Por favor!

Camila avanzó un paso. Temblaba.

—¿Qué vas a hacer? ¡No seas mala!

—Yo no soy mala —contestó Sabrina, cerrando los cajones—. Te cuido, que es distinto.

Camila pestañeó varias veces; no sabía qué hacer. Pensó en llamar a su padre en ese mismo momento, pero no podía arruinarle las vacaciones con un problema que había generado ella. Tenía que resolverlo sola.

Probó conversando con su madre durante la cena, aunque su hermano estuviera presente y por eso tuviera que ser sutil.

—Lo que escribió Natalia, mi profe, es un libro de amor —explicó. No podía siquiera tocar los cubiertos, se le había cerrado el estómago—. ¿No querés que te lo regale? Tengo unos ahorros.

—¡Ni loca leería una porquería escrita por esa! —replicó Sabrina, sirviéndose ensalada—. Tu padre tiene tiempo para perder con esas pavadas. Yo no.

—¿Y por qué juzgás algo sin leerlo? Papá me preguntó si lo había leído, porque no quiere que lo haga sin comentarlo con él. Eso significa que puedo leerlo, y si él me permite hacerlo, no debe ser tan malo.

Sabrina detuvo las manos con el tenedor sobre el plato.

—¿Tu padre no tiene problema de que leas esa basura? —interrogó, rabiosa. Camila tembló de solo pensar que con cada palabra que salía de su boca, en lugar de ayudar a su padre, lo hundía—. ¡Hasta dónde ha llegado por una

chiquilina! —exclamó, negando con la cabeza. Había evitado decir una grosería por su hijo—. Decime una cosa, ¿podría leerlo tu hermano?

Camila dudó. No sabía qué responder para no seguir embarrándolo todo.

—No creo —acabó por confesar, con el corazón anudado. No creyó que la verdad fuera perjudicial en ese caso. Había muchos libros que no eran para niños, y no por eso eran malos.

—Entonces no es digno de una docente —contestó Sabrina, volviendo la atención a la milanesa que todavía no había tocado—. Dejemos el tema y comamos.

Al día siguiente, volvió a mirar el video en la computadora del estudio de abogados donde trabajaba para su pareja. No podía creer que su ex se estuviera acostando con una mujer de veintiocho años que escribía novelas eróticas y que se vestía con una sensual camiseta violeta. Sabía su edad porque se la habían preguntado en la entrevista, y por lo que escribía y lo atractiva que era, se hacía evidente que no era más que una arrastrada. Le bastaba saber que había conquistado a su ex marido para comprobarlo, porque era sin dudas el estilo de mujer que hasta rompía matrimonios acostándose con tipos casados. En cambio él... Jamás habría apostado a que Julián podía prestarse a algo así, no tenía el perfil de un ganador en busca de jovencitas.

«¿Hay algo de realidad en lo que está escrito?», le preguntó uno de los periodistas a la profesora en la entrevista. «Creo que siempre hay algo del escritor en sus obras», contestó ella, con esa voz de arrastrada, con esa cara de puta y con esa juventud que a Sabrina le hizo hervir la sangre.

Se sentía vieja y humillada. Desde que se había divorciado, había tenido claro que Julián jamás encontraría una mujer mejor que ella, porque él siempre había sido inferior. No tenía estudios universitarios, había fracasado en su negocio propio y perdía el tiempo con sensiblerías. Jamás hubiera sido capaz de conquistar una mujer joven, linda y sin dudas experta en sexo como esa profesora, porque él podía ser muy bueno en la cama, pero no lo tenía en cuenta. Nunca se había sentido un ganador, y ella lo sabía.

Podía imaginar a la viva levantándose a su ex marido. Quizás lo había

conocido en la reunión de padres a la que habían asistido juntos el año anterior. ¡Allí, frente a ella! Se habían conocido en sus narices, y ella no se había dado cuenta. ¡Qué bien que actuaba de monjita esa cualquiera! Con la ropa que llevaba puesta aquel día, jamás hubiera apostado a que pretendía acostarse con su ex marido.

—Sabrina, ¿llamaste al abogado de la mujer de Bustamante? —le preguntó Martín, su novio, asomándose en la puerta de su oficina. Pausó el video para escucharlo—. Llamalo, por el amor de Dios, ya te lo pedí ni bien llegaste. El marido me está volviendo loco, reclamándome la perra. A ver si conseguís que la mujer se la ceda, porque me tiene podrido.

Cerró de un golpe, y Sabrina se quedó mirando la puerta.

Julián no le llevaba problemas, trataba de resolverlos él como fuera. Julián tenía la voz calmada y se expresaba con caricias. Cuando Julián le pedía algo, siempre anteponía el «por favor» y respondía con un «gracias» si ella las hacía.

Era demasiado tarde para pensar en eso. Tenía a su lado un hombre importante, y ella era una mujer igual de exitosa. No estaba enamorada de su ex marido. Nunca podría volver a estarlo, porque ella había cambiado, y jamás le atraería alguien como él. Adoraba la manera impetuosa de ser de Martín, que compartieran la profesión y que hiciera el amor de forma salvaje y apasionada.

Suspiró para relegar reflexiones inútiles y pensó en llamar al abogado de la mujer de su cliente para reclamarle la bendita perra. Sin embargo, le parecía más importante la educación de su hija, de modo que primero se dedicó a eso.

Redactó una extensa carta en la que exponía las razones por las cuales ella y los demás padres consideraban que Natalia Escalante era una mala influencia para sus hijos. Como buena abogada, investigó las lecturas que había dado al curso de Camila, buscó información en Wikipedia, y creyó dar con buenas pruebas de perversión al leer que en uno de los libros, *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, aparecían orgías sexuales, concepciones de probeta y una droga llamada *soma*, todo en contra de la religión y las buenas costumbres. Alegó aquello como prueba, y sumó el libro *Gas I*, de Georg Kaiser, como una apología del comunismo y la revolución en contra de las normas. De haber podido, también

habría criticado el *Poema del Cid* y *Romeo y Julieta*, pero no encontró razones para hacerlo. Por último, incluyó el enlace al video de la entrevista televisiva argumentando que, como los adolescentes tomaban ejemplo de sus profesores, Natalia fomentaba la sexualidad temprana y empobrecía la imagen de una educadora.

No había leído ni uno solo de los libros que criticaba, mucho menos el de Natalia, pero había visto el video de la entrevista tres veces y se había informado con Google. No hacía falta más.

Reunidas las pruebas y elaborada la nota, reorganizó la información, adecuó el lenguaje para que tuviera el efecto deseado y tomó una foto de la carta. La envió al grupo de WhatsApp de los padres del curso de su hija, anunciándoles que haría circular la versión en papel para que la firmaran. Les pidió que hicieran cadena con otros padres del colegio contándoles el grave problema y que solicitaran también sus firmas para presentarlas a las autoridades lo antes posible. Por último adjuntó el enlace al video para que comprobaran que ella no les estaba mintiendo.

Entre tanto, Martín volvió a asomarse en la puerta de su oficina.

—¿Qué te dijo el abogado de la mujer de Bustamante? —preguntó. En ese momento, Sabrina hablaba con uno de los padres que acababa de llamarla al celular, preocupado, por eso cubrió el micrófono del teléfono—. ¿Conseguiste que le ceda el animal? Me volvió a llamar, te juro que te mandaría a comprar una labradora marrón de pelo largo a vos para que se la des, fingiendo que es su Manuela. ¿Te das cuenta? ¡Me lo repitió tantas veces que ya hasta me sé el nombre de esa perra de mierda!

Volvió a encerrarse en su estudio sin esperar respuesta. Sabrina suspiró, se despidió del padre con el que hablaba por teléfono y al fin llamó al abogado de la mujer del cliente de Martín. Tal como suponía, no consiguió la perra.

6

Los días en Búzios fueron como una estadía en el paraíso. Natalia disfrutó del mar, de la posada, de las excursiones y, sobre todo, de Julián.

Una vez en la puerta de su casa, y aun antes de que él se fuera, comenzó a extrañarlo. Se había habituado a pasar tiempo con él, a que la abrazara para dormir todas las noches, a que su rostro fuera lo primero que viera al despertar, y quería que fuera así por siempre.

Liliana la recibió de buen humor, con un abrazo que ella respondió con entusiasmo. A pesar de que la relación con su madre a veces era complicada, se querían, y la extrañaría cuando se mudara a lo de Julián.

Se sentaron a la mesa, y Natalia le entregó los regalos que le había comprado: una blusa, un llavero, algunos jugos ensobrados de sabores diferentes a los que se conseguían en Argentina y Garotos. Liliana frunció los labios.

—Me hubieran gustado más unas ojotas Hawaianas —dijo con tono lastimoso.

En cualquier otra oportunidad, Natalia se hubiera enojado por la demanda de Liliana y porque ni siquiera le agradeciera los regalos que sí le había llevado; nunca estaba conforme. Le habría recordado de mala manera que ella no le había pedido nada en particular y que no podía adivinar sus deseos. Pero estaba demasiado contenta por lo que había vivido durante el viaje, entonces calló. Tenía que lograr que las reacciones de su madre le resbalaran. No importaba lo que Liliana dijera, sino qué sintiera ella al respecto.

—Te traje otras cosas lindas —argumentó—. Si no te gustan los Garotos, no te preocupes: me los como yo.

—¡Ni loca! —exclamó Liliana—. ¡Encima que no me trajiste las ojotas!

Natalia ignoró ese nuevo reclamo y le mostró las fotos que tenía en el celular. Destacó la belleza del paisaje y de la posada, y le relató algunas anécdotas del viaje. Una hora después, agotada de hablar, decidió que era el momento de contarle lo principal.

—En estos días, Juli y yo descubrimos que nos llevamos muy bien. Estoy sentada acá y ya lo extraño, ¿sabés? —confesó, sin poder ocultar una sonrisa.

—Hay que extrañarse, para eso son novios —replicó Liliana, todavía de buen humor. Ni siquiera imaginaba lo que venía.

—Lo que pasa es que nos extrañamos mucho —replicó Natalia, e hizo una pausa antes de continuar—. Por eso nos vamos a ir a vivir juntos.

Por un momento, todo quedó en silencio. Liliana se puso muy seria.

—¿No se van a casar? —preguntó—. Me hubiera gustado verte entrar a la iglesia vestida de blanco. Pero claro, él es divorciado. Se casó por iglesia, ¿no?

—Sí, con fiesta y todo —contestó Natalia—. Igual no estamos pensando en casarnos, solo en vivir juntos.

—Bueno... —balbuceó Liliana, tratando de conformarse—. Tienen el fondo de casa para construirse algo chiquito.

Natalia frunció el ceño. ¿«El fondo de casa»? ¿Cómo podía pensar Liliana que vivirían con ella?

—Me voy a mudar a su departamento —aclaró.

El rostro de su madre pasó de la tristeza al asombro.

—¿Cómo que te vas a su departamento? —preguntó, estirando el cuello—. Vos no me podés dejar sola.

—Vamos a estar a quince minutos de distancia.

—¿Y si me pasa algo? En quince minutos me muero.

Natalia abrió la boca, indignada. Por más que se esforzara, no le alcanzaba su reserva de templanza para soportar algunas respuestas de su madre. ¿Dónde estaba Julián para transmitirle más de su infinita paciencia? ¿Dónde estaba para evitar que asesinara a Liliana?

—Lo lamento, mamá, pero tengo que hacer mi vida —replicó de mala manera.

—¿Y no podés hacerla acá en el fondo?

¡Jamás! ¡Ni loca!, pensó Natalia.

—Perdoname, pero yo no tengo por qué quedarme.

—¿Qué dice Julián al respecto? ¿Por qué no le ofrecés vivir en el fondo antes de ponerte a la defensiva?

—No me importa lo que él quiera. Soy yo la que no quiere vivir en tu terreno. Punto.

—¿Te das cuenta? Gabriel sí quería construir un departamentito en el fondo, pero vos nunca lo dejaste. Si estuvieras con él y no con Julián, no solo te casarías, sino que además vivirías en la que siempre fue tu casa. Esto es tuyo, Natalia. Cuando yo me muera te pertenece. En otro lado no tenés nada.

Su madre otra vez le hablaba de su ex novio. ¿Acaso nunca acabaría? Claro que habría vivido en el fondo de esa casa, porque Gabriel no tenía carácter y se dejaba manipular por ella. No lo había dejado crecer ni mostrar sus verdaderas cualidades, y jamás repetiría ese error.

—No deberías aferrarte a mí como si yo fuera lo único que tenés en la vida —contestó—. Yo no soy tu marido. No me impongas una responsabilidad que no es mía.

—Yo te crié, dejé todo por vos, ¿y me pagás de esta manera? —protestó Liliana sin atender las razones de su hija—. Entonces me voy a mudar a un departamento de un solo ambiente, y cuando quieras volver a vivir conmigo, te vas a tener que ir a otra parte.

—Bueno. Mudate a donde quieras, como voy a hacer yo —respondió Natalia, y abandonó la mesa.

El ambiente en su casa era insoportable; por suerte no había desarmado la valija. Se quedaría en lo de Julián varios días o, mejor, para siempre.

Liliana comprendió que la amenaza no había servido y de inmediato cambió de estrategia.

—¿Estás loca? ¿Te vas a ir a vivir con Julián de repente? Todavía no alcanzan el año de novios —cuestionó, siguiendo a Natalia hasta su cuarto—. ¿Qué garantías te da si no se casan? —Natalia comenzó a reunir objetos para llevarse

sin orden ni pausa—. ¿No tenés miedo de no estar preparada? Es un hombre grande que seguro está acostumbrado a mujeres que saben ser amas de casa, y vos no sabés hacer nada. ¡No te lavás ni un pulóver, Natalia! ¿Quién le va a planchar las camisas?

—¡Callate! —gritó Natalia, fuera de sí—. ¿A quién le importan las camisas? Se las plancha la empleada doméstica.

—¡No sabés hacer un huevo frito, Natalia!

—Los hace él.

Se produjo un instante de silencio en el que Natalia guardó la *notebook* en una mochila, la cerró y se la colgó de un hombro. Al darse vuelta, descubrió que Liliana lloraba.

—¡No me dejes sola de un día para el otro! —suplicó la mujer.

Natalia suspiró. Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos mientras respiraba profundo.

—Me voy a dormir allá, nada más —mintió. Liliana negó con la cabeza, no le creía—. Mañana vuelvo, me voy a ir llevando las cosas de a poco. Tengo que conseguir cajas, cargar un montón de libros, ropa, apuntes de cuando estudiaba...

—Ni siquiera sé el teléfono de su casa. ¿Y si otra vez apagan los celulares, como en el viaje?

Natalia dejó la mochila, buscó un papel en su escritorio y le anotó el teléfono fijo y la dirección de Julián, aunque su madre ya tenía idea de dónde vivía.

—¿Esto te deja más tranquila? —preguntó con el corazón acelerado. Liliana le arrebató el papel y se ocultó en su habitación sin responder.

Natalia se sintió culpable, pero no estaba dispuesta a retroceder. Volvió a colgarse la mochila, abrió el cajón de su escritorio y buscó la llave que Julián le había dado y que nunca había usado hasta esa noche.

Se fue arrastrando la valija de rueditas junto con la mochila. Aunque pesaba bastante, consiguió cargar todo en el baúl del auto sin ayuda. Del mismo modo sacó el coche, cerró el portón y miró su casa desde afuera, pensando que a partir de ese momento estaba emprendiendo una nueva etapa de su vida.

Mientras conducía reflexionó que habría sido mejor no decir a su madre que se mudaría. Podría haberse llevado sus cosas de a poco, hasta que en su casa no quedara nada de ella. Podría haber pasado varias noches con Julián, luego una en casa de Liliana, y otras más con él hasta ya no regresar. Supuso que así habría obrado él para que el cambio no fuera tan dramático.

Era tarde para retractarse, por eso procuró no pensar y llegar rápido al departamento de Julián.

Tuvo que estacionar a una cuadra porque no había lugar. Le costó bajar la valija del maletero, caminar por las veredas desiguales hasta la reja del edificio y luego subir los escalones que conducían a la puerta de vidrio.

Hasta ese momento, solo experimentaba entusiasmo y ansiedad por el reencuentro. Sin embargo, en cuanto entró al ascensor, los nervios comenzaron a torturarla. Una vez en el piso del departamento, transitó el pasillo y colocó la llave en la cerradura. Entonces, se le anudó el estómago. Daba el salto a un universo desconocido, y eso despertaba en ella sentimientos intensos.

Al comprobar que la llave funcionaba y que la puerta se abría, una inmensa felicidad se apoderó de Natalia. Aunque todavía le transpiraban las manos, su corazón latía tan rápido que no le permitió pensar en nada más que en lo que significaban esos latidos.

Todo se volvió gris en cuanto divisó el interior de la vivienda. Ella estaba de pie en la puerta, con una mochila colgando de un hombro y una valija de rueditas, mientras que, desde la mesa, dos pares de ojos la observaban con curiosidad y asombro. Eran Tomás y Camila.

No supo qué decir.

—Perdón, no sabía que... —masculló, amontonando las palabras—. Me puedo... —ir, pensó. Pero no acabó la frase. ¿Cómo regresaría a lo de su madre después de lo que le había dicho? ¿Cómo había pensado que podía sentir el departamento de Julián como suyo? Se sintió una invasora.

Ajena a esos pensamientos de Natalia, Camila sonrió.

—Hola —dijo, y se levantó—. ¿Te ayudo?

Natalia se quedó quieta, incapaz de moverse aunque quisiera. Camila se le

aproximó y tomó el asa libre de su mochila sin problemas. Tiró un poco para que Natalia la soltara, hasta que ella reaccionó y acabó cediendo. Camila se colgó la mochila y se apartó para que Natalia pudiera ingresar al departamento con la valija.

—Mi papá se fue a la fábrica, pero ya viene —explicó, como si nada. Natalia le agradeció, todavía insegura, y llevó la valija a la habitación de Julián.

Cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama. No sabía cómo actuar. Se preguntaba cómo salir de ese cuarto y dirigirse a Camila sin sentir que era su profesora o, peor aún, una intrusa. No tenía idea de si podría acostumbrarse a que, tal vez, su alumna ya no la odiara. Se había habituado a su mirada hostil y a sus respuestas agresivas, y no sabía cómo comportarse frente a una adolescente amable y madura.

Reaccionó cuando oyó golpes a la puerta.

—¿Querés pizza? —le preguntó Camila del otro lado—. No es la de mi papá, pero zafa.

—No, gracias —se apresuró a responder Natalia, antes de que los chicos creyeran que le habían comido la lengua los ratones. No probaba bocado desde el mediodía, pero se le había cerrado el estómago.

Se dio cuenta de que estaba actuando como la primera vez que había hecho el amor con Julián: ocultándose detrás de una puerta. Comprendió que esa actitud era infantil y estúpida, entonces decidió enfrentar la realidad. Se puso de pie, salió del dormitorio y procuró ser natural, aunque todavía estuviera tensa.

Se sentó a la mesa, al lado de Tomás. Camila había quedado frente a ella, y su mochila descansaba en el sillón, junto a los objetos personales de los chicos.

—¿Qué tal las vacaciones? —interrogó Camila.

A Natalia al fin se le escapó una sonrisa.

—Hermosas —dijo.

Se arrepintió al instante. ¿Y si Camila estaba celosa porque Julián no la había llevado al viaje? Ella también era hija de padres divorciados, y la única vez que su padre la había llevado de vacaciones con su mujer había sido un desastre. Durante años se había sentido desplazada; Daniel ni siquiera recordaba pasarla a

buscar cuando le prometía que lo haría un domingo cada tanto. No podía culpar a Camila si se sentía defraudada, y encima ella acababa de enrostrarle que el viaje con su padre había sido estupendo.

—Yo también lo pasé bien —contestó Camila, como si nada. Natalia frunció el ceño, incapaz de creer que no sonara molesta—. Nos fuimos con mi tía Mara y mis primos a San Bernardo.

—¿Sabés lo que encontramos en la playa? —le preguntó Tomás con los ojos muy abiertos. Natalia lo miró y negó con la cabeza—. ¡Un cangrejo vivo!

—¿Y lo trajiste? —le preguntó ella, tratando de sonar relajada.

—No, eso no se hace —contestó Tomás. Le habría gustado tener el cangrejo de mascota, pero su tía le había dicho que no debía capturarlo—. Lo devolví al mar. Te vi en la tele.

Natalia se ruborizó; no esperaba ese último comentario. Los niños tenían la capacidad de tomar a los adultos por sorpresa.

—¿En serio no querés pizza? —intervino Camila. No quería recordar esa entrevista televisiva. Su madre parecía haber olvidado el asunto, pero ella había sentido tanto miedo que también deseaba desterrarlo de su memoria.

En ese momento se oyó la puerta de entrada, y Julián ingresó, guardando la llave del auto en el bolsillo. Al ver a Natalia, su corazón se iluminó, y manifestó esa luz en una sonrisa.

Ella lo observó desde la mesa. Se moría por decirle que lo había extrañado mucho y que por eso quería pasar allí el resto de su vida, pero debió callar por sus hijos. Ya se lo diría esa noche, cuando los chicos no oyeran.

—¡Qué sorpresa! —exclamó él, y le dio un beso en la cabeza.

A Natalia le dio un poco de vergüenza. Volvió a temer que Camila y Tomás se sintieran incómodos, como le sucedía a ella cada vez que su padre besaba a su segunda mujer en sus narices. Por suerte, las miradas de los chicos no cambiaron. Tendría que acostumbrarse a que ser la segunda mujer de un hombre no siempre tenía las connotaciones que ella les había dado a Daniel y a su esposa. Supuso que dependía de cómo fuera el padre en cuestión.

—¿Hubo algún problema? —preguntó, teniendo en cuenta que él venía de la

fábrica. Acababan de llegar de vacaciones, debió haber estado descansando.

—Como de costumbre —respondió Julián, todavía con una sonrisa, sin detenerse en el tema. Se quedó de pie detrás de Natalia, con las manos sobre sus hombros, y miró a Camila—. ¿Ya cenaron? ¿Qué quieren hacer?

—¡Mirar una película! —exclamó Camila.

—¡Jugar a la Play! —gritó Tomás.

Julián rio y miró hacia abajo.

—¿Nati? —preguntó.

Estoy cansada, solo quiero dormir, pensó ella. Pero acabó haciendo una propuesta.

—Yo puedo mirar una película con Camila en la tele de la habitación, mientras vos jugás a la Play en el living con Tomás —ofreció.

Ni bien terminó de hablar, se sintió insegura. Julián querría pasar tiempo con sus dos hijos a la vez, y ella los estaba dividiendo. Por otro lado, era lógico que Camila no tuviera ganas de pasar tiempo con ella. ¡Era su profesora, por Dios! ¿Qué adolescente querría aburrirse a su lado?

—¡Una de terror! —exclamó Camila antes de que ella pudiera retractarse.

Natalia se quedó en ascuas. No podía creer que la hija de Julián hubiera aceptado su oferta con tanto entusiasmo. No se habían visto desde el último día de clases, y por las vacaciones se había desacostumbrado, incluso, a ser su profesora. No le gustaba el terror, pero era capaz de aguantarse una de esas películas, si eso la ayudaba a forjar un lazo con ella más allá del colegio. Se sentía rara, como si tuviera que encajar y no supiera cómo.

Se quedó con Tomás mientras Camila y Julián buscaban qué mirar. El niño le mostró algunos trucos del juego FIFA y le explicó que estaba ahorrando para cuando saliera el siguiente.

—Mi papá me dijo que él me va a dar la mitad de la plata, pero que yo tengo que aprender a ahorrar para pagar lo demás —contó.

Natalia asintió en silencio al tiempo que imaginaba la conversación entre Julián y su hijo, muerta de ternura.

Un rato después, Camila regresó para avisarle que ya había elegido la película.

Natalia la acompañó a la habitación, esperando descubrir el rostro malévolo que no le permitiría dormir en toda la noche. Se sorprendió cuando en la pantalla vio el afiche de *Búsqueda implacable 2*.

—¿Y la película de terror? —preguntó.

—Mi papá no me dejó elegir una de ese género —protestó Camila, haciendo una mueca de insatisfacción—. ¡Como si me fuera a traumar por mirar a una actriz disfrazada de muerta! ¿Quién deja de dormir por eso?

Natalia se atragantó con un «yo». Julián le dedicó una mirada cómplice. No tenía dudas de que él la había salvado de las pesadillas; sabía que no le gustaba el terror.

—Seguro que esta película igual es buena —dijo ella—. Yo vi la primera hace mucho y me gustó.

—Sí, a mí también me gustó —asintió Camila—. ¡Tengo alfajores en la mochila!

—¿Tamailén? —bromeó Natalia.

—No, mi hija le compra a la competencia —replicó Julián, imitando la misma cara que Camila había puesto hacía un momento. Ella lo miró por sobre el hombro y se burló con una mueca.

Mientras miraban la película, muchos pensamientos surcaron la mente de Natalia. Hasta hacía unos meses, ese era el último lugar al que hubiera imaginado volver, y Camila, la persona con la que menos se le hubiera ocurrido estar. Sin embargo, ahora se hallaban juntas, arrojadas sobre una cama, aprovechando la excusa de una película para compartir tiempo y pensar la una en la otra.

A las once, el cansancio venció a Natalia y los párpados comenzaron a pesarle. Se había levantado a las cinco de la madrugada para ir al aeropuerto y no había dormido desde entonces. A las doce, Camila apagó el televisor, y después de chatear unos minutos con su novio por el celular, también se quedó dormida, con el teléfono sobre el abdomen.

Julián entró poco después y no se atrevió a despertarlas. Quitó el celular a su hija, lo dejó sobre la mesa de luz y las cubrió con una manta liviana. Las observó

un momento desde la puerta, pensando en lo feliz que se sentía, y luego la cerró para volver con Tomás. El niño estaba apagando el televisor porque él se lo había pedido; ya era tarde para seguir jugando. Durmieron juntos en la otra habitación.

Al despertar, Natalia se regocijó con el agradable aroma de la manta. Se acurrucó sin abrir los ojos hasta que recordó que no estaba en su cama y que no se hallaba sola. Miró alrededor, preocupada, y encontró que Camila ya no estaba. La luz del sol se filtraba a través de la cortina cerrada, y el aire acondicionado todavía estaba encendido.

Giró la cabeza para mirar su valija. Ya no se encontraba donde la había dejado. ¡Ni siquiera había podido explicarle a Julián por qué la había llevado! ¿Y si tomaba a mal que prácticamente se hubiera mudado a su departamento sin haber acordado la fecha en conjunto? ¿Le molestaría que hubiera interferido en su vida y en la de sus hijos?

Se sentó en la cama, preguntándose cómo afrontaría las consecuencias de sus actos. Halló entonces una muda de ropa que no había usado en el viaje sobre una silla.

Después de ducharse y cambiarse en el baño en *suite*, se dirigió al comedor. El sol iluminaba la mesa. Se escuchaba el ruido del lavarropas que provenía de la cocina y olía a panadería.

Julián estaba estirado en el sillón de dos cuerpos, con la espalda en el apoyabrazos y un libro abierto. Tomás se hallaba dormido a su lado, con la cabeza sobre su pecho. Natalia sintió que la imagen la llenaba de una manera inexplicable, y por primera vez pensó que de verdad podía ser madre.

Ni bien percibió que el ambiente había cambiado, Julián alzó la cabeza. Al encontrar a Natalia observándolo con la misma mirada intensa y profunda con la que alguna vez lo había contemplado en un bar, sintió que esa era una de las mañanas más hermosas de su vida. Tenía a las tres personas que más amaba en el mundo a su lado, y no podía pedir más.

Por un instante desearon tocarse, besarse, amarse. Pero el cruce de miradas se rompió cuando Camila salió de la cocina.

—Me parece que se me quemaron un poquito —dijo, mostrándoles las medialunas con jamón y queso que llevaba en un plato.

Julián la miró, estableciéndose despacio para despertar a su hijo con cuidado.

—No importa, si las raspamos un poco igual son ricas —respondió. Lo importante era que Camila misma las había relleno y puesto en el horno, y eso tenía mucho valor.

Pasaron un gran domingo, primero en el departamento, después en la plaza y, por último, en Starbucks.

Julián llevó a Camila y a Tomás a su casa cerca de las siete de la tarde. Cuando regresó a su departamento, solo halló una nota de Natalia. Ella le avisaba que había ido a ver a su madre y que regresaría cuanto antes. Se despedía con un «te amo», y solo por eso guardó el papel en su billetera, junto a una carta que Camila le había hecho cuando tenía nueve años y una foto de Tomás en un pelotero.

—¿Otra vez te vas? —se quejó Liliana mientras seguía a su hija hasta la calle—. ¿No pasaste el fin de semana con ellos? ¿No sentís que perdés el tiempo con una familia que no es tuya? Vos nunca vas a ser parte de la vida de esos chicos, ¿o acaso la mujer de tu padre es como una madre para vos? Vos no pertenecés a ese círculo, hija.

Después de cargar una caja de libros en el baúl del auto, Natalia miró a su madre e hizo un gesto de resignación con las manos.

—Todo lo que vas a conseguir con tu actitud es que te visite cada vez menos —dijo con convicción.

Solo Dios sabía cuánto le costaba dejar de actuar como una adolescente y convertirse en mujer, pero experimentaba una fuerte necesidad de desprenderse de una vez de las ataduras, los mandatos y las ideas ajenas. El amor por Julián y el deseo de emprender una nueva etapa con él eran su fortaleza.

—Después de todo lo que yo hice por vos, me decís eso —protestó Liliana.

—No sé qué esperás —respondió Natalia, cerrando el maletero—. Soy tu hija, pero desde el momento en que me pariste, no soy tuya, soy del mundo. ¿Qué querés obtener generándome miedos? ¿Que me quede acá, con vos, hasta que mueras y luego me quede sola?

—Yo no quiero que te quedes sola. Quiero que tengas a alguien.

—Lo que decís se contradice con lo que hacés.

—Basta, estamos en la calle —procuró acallarla Liliana; no soportaba escuchar verdades.

Como no quería seguir discutiendo, Natalia le dio el gusto. Subió al auto y se fue, tratando de apartar la culpa que jamás podía eludir.

Llegó a la cuadra del edificio de Julián en poco tiempo. Como esa noche funcionaba una casa de arte que se hallaba a pocos metros y estaba lleno de coches, tuvo que estacionar a dos cuadras. Caminó cargando la caja con libros, y para cuando entró en el ascensor, le pareció que la columna se le iba a partir en dos. La caja pesaba tanto que acabó arrastrándola por el pasillo hasta la puerta del departamento.

Al abrir la puerta, oyó la voz de un relator de fútbol. Siguió arrastrando la caja hasta el comedor sin mirar hacia adelante y se agachó para recogerla con intención de subirla a la mesa. Las manos de Julián se interpusieron en su camino. Alzó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—¿Por qué no me llamaste para cargar esto? —la regañó él con una sonrisa.

El corazón de Natalia vibró al verlo. Cerró la puerta con el talón y lo abrazó. Julián respondió tomándola de la cintura. La levantó sobre la caja y dio unos pasos atrás, con Natalia contra el pecho. Se sentó en el apoyabrazos del sillón mientras ella lo besaba y abrió las piernas para que se acercara.

Natalia le tomó el rostro entre las manos y siguió besándolo con pasión incontenible. Sintió que las manos de Julián se metían por debajo de su remera y le acariciaban la cintura. El roce de sus dos pulseritas de cuero sobre la piel delicada del costado la llevó a imaginarlas, y por extraño que pareciera, eso la excitó.

—Te extrañé tanto —reveló él, con la voz cargada de deseo.

Natalia lo miró con las manos sobre sus mejillas.

—Anoche volví porque sentía que no podía vivir sin vos —confesó—. Acabábamos de despedirnos, y ya me parecía que había pasado una eternidad.

Julián sonrió, y en su mirada se manifestó la felicidad que le brindaba Natalia. La forma en que ella se liberaba con él lo hacía sentir dichoso, y todo lo que deseaba era transmitirle su amor a cada segundo. Lo consiguió dándole un beso en la piel delicada del vientre mientras la abrazaba por la cadera.

—No imaginás lo que sentí anoche cuando te encontré en casa —susurró sobre su ombligo—. No puedo creer que al fin hayas tomado la determinación de vivir conmigo.

Natalia lo apretó contra su abdomen, feliz de no tener que explicarle por qué había llevado una valija la noche anterior y ahora una caja con libros. Mientras Julián le acariciaba la piel junto al borde del short con un dedo, se preguntó cómo pudo creer en algún momento que él se molestaría porque no hubieran acordado la fecha en conjunto. Le acarició el pelo y se inclinó para besarlo en la cabeza. Le gustaba sentir sus labios sobre su cuerpo, la pasión de su mirada y la calidez de sus manos.

Julián se levantó, la tomó de la cintura y la recostó en el sillón. Él se acomodó a su lado, pasó un brazo por debajo de su cuello y Natalia se acurrucó contra su costado.

—¿Quién juega? —preguntó.

—Es la repetición de un partido viejo del Liverpool —explicó él. Ella rio.

—Algún día me gustaría que me expliques por qué los hombres, con tal de ver fútbol, miran los mismos partidos aunque ya conozcan los resultados. ¿No hay tratados sobre eso?

—No sé —respondió él, riendo—. Quizás sea lo mismo que hacen ustedes cuando les gusta una película y la miran día por medio. Decime, ¿cuál es el libro que leíste más veces?

—Mmm... Los que doy en el colegio, creo. Los releo todos los años. ¿Y vos?

—El tuyo. Todos los días releo alguna escena, y si tengo tiempo, un capítulo.

Natalia rio, un poco avergonzada.

—¿Cuál es tu parte favorita? —preguntó.

—Todas menos cuando Nadia deja a Fabián.

—Sí, eso fue feo —admitió ella—. Nadia se equivocó, pero todavía era un poco inmadura en ese momento.

—Lo sé. Por eso espero que nunca pase de nuevo.

El celular de Natalia interrumpió el momento. Convencida de que se trataba de su madre para manipularla con que tenía la presión alta o que se sentía enferma, buscó el teléfono en la cartera con expresión molesta. Espió de quien se trataba, y aunque no era Liliana, lo dejó sobre la mesita.

—Es Analía, una ex compañera de la secundaria —explicó—. Me va a ofrecer

salir con su amiga, y no quiero.

—¿Por qué no? —preguntó Julián mientras ella volvía a recostar la cabeza sobre su brazo y el cuerpo contra su pecho.

—Les gusta dar vueltas por los bares cuando salen a la noche, y yo no le encuentro sentido a hacer eso como si tuviéramos quince años. La gente vive una adolescencia extendida, ¿no te parece? Además, ¿te gustaría que saliera con chicas a ese tipo de lugares?

La única experiencia que tenía en cuanto a relaciones era su ex novio, con quien había salido desde los diecisiete hasta los veinticinco años, y a Gabriel no le gustaba que ella saliera sola.

—No me molestaría —respondió Julián—. Jamás desconfiaría de vos, Nati. El que quiere engañar a su pareja lo hace donde sea. La noche no es el problema, tampoco los bares. Es el desamor. Y, por suerte, a nosotros nos sobra amor.

Natalia sonrió, complacida, y levantó la cabeza de modo que su nariz rozara el mentón de Julián. Lo observó con tanta admiración que no cabía en sí misma.

—Odio ese tipo de bares —explicó—. Si acepto volver a uno algún día, será solo para tener amigas, aunque preferiría que nos reuniéramos en sus casas o en una cafetería de día.

Julián asintió, sorprendido una vez más por lo contradictoria que podía ser Natalia. En ese momento le pareció a la vez madura e inocente.

Mientras él miraba el final del partido, ella se arrepintió de haber dejado en visto a Analía. Recogió el teléfono y se puso a chatear con su amiga. Por primera vez tenía algo para contar, aparte de asuntos de la escuela.

Natalia.

¡Hola! Me escribiste justo, tengo algo para contarte. Estoy viviendo con mi pareja.

Analía.

¡Wow! ¿Por qué no me lo contaste antes? ¡Ni siquiera sabía que tenías novio! ¿Quién es? ¿Lo conozco?

Natalia.

No. Es el hombre que está en mi foto de perfil de Facebook.

Por la demora en la respuesta de Analía, supo que estaba revisando su cuenta.

Analía.

¡Qué bueno! ¡Te felicito!

Natalia sonrió, conforme con que al fin alguien no hiciera referencia a la diferencia de edad y tan solo se alegrara por ella. Saldría con Analía algún día, aunque sea a un bar de noche.

Un rato después, dejó el teléfono a un lado. Julián, que todavía miraba el televisor, la besó en la frente.

—Acabo de recordar que mañana tengo que ir al colegio y no quiero — confesó ella—. No puedo creer que ya se hayan terminado las vacaciones y que mañana tenga la mesa de exámenes previos.

Julián sonrió y le apartó algunos cabellos de la frente con suavidad.

—Pero hacés lo que te gusta, ¿no? —indagó.

—Claro, amo enseñar. Lo que no me gusta es levantarme tan temprano y vivir presionada por el sistema. Los directivos a veces son complicados, y los padres ni te cuento. No te ofendas, vos no entrás en esa categoría. —Julián rio—. Pero por lo menos en la escuela donde trabajo los chicos son respetuosos y puedo guiarlos para que aprendan.

—Eso es lo importante: que hagas lo que te gusta y que consigas que le guste a otros. No interesa a cuántos, con que uno se enamore de los libros, ya cumpliste una tarea difícil en estos tiempos.

—Sí, lo sé, eso es lo que más me gratifica de mi trabajo. Cuando ves que los chicos mejoran, que se interesan por temas que antes no conocían o que debaten sobre algo que sacaste de un libro, es maravilloso. Los terminás queriendo a pesar de que a veces te hagan la vida imposible.

Julián asintió. Adoraba la ilusión y la pasión con que Natalia hablaba de su trabajo y de sus alumnos; se parecía al orgullo que sentía él como padre.

Siguieron hablando de la escuela hasta que decidieron continuar con la conversación en la habitación. Cada uno leyó un capítulo de los libros que tenían empezados y, poco después, se durmieron.

Como cada vez que Natalia amanecía en su cama, Julián se ocupó de apagar el despertador y luego de mirarla. Era hermosa. Cuando estaba con ella, se sentía realizado. Sonrió, feliz de estar a su lado, y la besó en la frente.

—Lo siento mucho, Sirenita, pero tenemos que ir a trabajar —le dijo.

Natalia se quejó y pretendió acurrucarse contra él de nuevo. A pesar de que Julián deseaba seguir en la cama tanto como ella, se lo impidió.

—No podemos arriesgarnos a quedarnos dormidos —le dijo.

Desayunaron juntos, y luego él la acompañó hasta su auto, que había quedado a dos cuadras.

—¿Querés que reserve una cochera? —preguntó—. Vos podrías usar la mía del edificio, y yo reservo una para mí en el estacionamiento más cercano.

Natalia se sorprendió ante la propuesta. No había pensado en su vehículo ni en muchos otros asuntos que sin duda había que arreglar a la hora de vivir con alguien.

—No vas a cederme tu cochera —respondió.

—¿Por qué no? —replicó él, encogiéndose de hombros—. No quiero que camines dos cuadras si algún día venís tarde, o si te vas muy temprano y por alguna razón no puedo acompañarte hasta el auto. Además, está el tema del granizo, y hay que tener cuidado con los robos.

—No te preocupes. Los estacionamientos siempre son reducidos y me costaría mucho acomodar el auto. Prefiero dejarlo en la calle.

No supo el motivo, pero no quiso interferir en las costumbres de Julián y mucho menos arrebatarse el lugar a su auto. Por suerte, él no insistió. La despidió con un beso y cerró la puerta del coche una vez que ella se había sentado al volante.

Natalia condujo hasta la escuela pensando en los hermosos sentimientos que la invadían. De a ratos recordaba palabras o gestos de Julián, y sonreía. Como iba escuchando A-Ha, una banda que a él le gustaba, eso también se lo recordaba. Suspiró, ya no como una tonta, sino como una completa idiota. Como una enamorada. No podía creer que su vida marchara como cualquiera de los libros que tanto amaba.

Llegó a la escuela de mejor humor que nunca. Sonrió a sus compañeros, conversó con dos o tres de los lugares a los que habían ido en las vacaciones, y hasta saludó con cariño a la directora cuando llegó para entregarles las actas volantes. La sorpresa fue que no había una para ella, y sin la lista de alumnos, no podía tomar examen.

Preguntó qué había pasado con sus actas. La directora le pidió que la esperara en la dirección hasta que organizara las mesas. Sus colegas se dirigieron a las aulas mientras ella seguía esperando. Cuando la sala quedó vacía, la directora reapareció y le pidió que la acompañara a la oficina de la representante legal.

—Nos da mucha lástima, Natalia, pero nosotras te advertimos que esto pasaría —le dijo la señora—. La semana pasada recibimos una nota firmada por los padres. Están preocupados porque tu... inclinación al sexo pueda haber interferido en la educación de sus hijos.

—¿Mi qué? —interrogó Natalia, sin entender el término.

—Esto no pasa solo por tu relación con el padre de Camila Aráoz Viera —añadió la directora—. Vimos el video de un programa de televisión al que fuiste en el verano.

—¡Qué programa vergonzoso, Natalia! —acotó la representante legal—. ¿Cómo te dejaste rebajar así? Vos, con tus conocimientos, podrías haber hecho un buen libro, no pornografía barata.

—¿Pornografía barata? —repitió Natalia, como si su título de profesora en

Letras le alcanzara apenas para repetir palabras ajenas.

Que ella supiera, no había dado ningún espectáculo triste en ningún programa. Tan solo había hablado de su libro en un magazine de entretenimiento a las diez de la noche, esquivando las preguntas personales, las que se referían al protagonista de la novela y las que profundizaban en las escenas sexuales. Porque para ella, su novela era mucho más que sexo. Era una historia de vida, de superación y de sentimientos profundos.

La representante legal depositó un papel sobre el escritorio, y Natalia se inclinó para leerlo. Era la nota de los padres.

Señora directora:

Nos dirigimos a usted para hacerle saber nuestra disconformidad con la actitud de la profesora Natalia Escalante, docente de Literatura de su institución.

Sabemos que los adolescentes son influenciables y que toman ejemplo de sus profesores. Tienen una edad en la que el adulto debe servirles como guía, y contar con una profesora que escribe libros pornográficos y que se pasea por los canales de televisión contando sus intimidades sexuales y las del padre de una de sus alumnas es, cuanto menos, escandaloso.

Consideramos que una profesional de la educación debe ser responsable con su tarea y que, en un colegio que los padres elegimos por su orientación católica, no podemos permitir este mal ejemplo. Natalia Escalante empobrece la imagen de una educadora y fomenta la sexualidad temprana e irresponsable, incluso desde las obras que propone para trabajar con los alumnos.

Como ejemplo podemos citar Un mundo feliz, de Aldous Huxley, un libro que trata acerca de orgías sexuales, concepciones de probeta y una droga llamada soma. También Gas I, de Georg Kaiser, el cual constituye una apología del comunismo y propone una revolución en contra de las normas.

Rogamos a usted que tome medidas al respecto, o los padres nos veremos obligados a acudir a la Secretaría de Inspección, e incluso al Ministerio de Educación, para proteger la integridad de nuestros hijos.

La saludamos cordialmente.

En cuanto llegó a la primera firma que suscribía la nota, los ojos se le nublaron, y no pudo seguir leyendo. Se sintió morir. Le temblaron las extremidades y un sudor frío le cubrió los dedos. Pestañeó para aclarar la vista, pero todo lo que consiguió fue un nudo en la garganta y más ardor en los ojos. El nombre que estaba debajo de la primera firma le comprimió el estómago. Se notaba que pertenecía a quien había redactado la carta, porque la aclaración era la única que estaba impresa con la misma letra. Había sido Sabrina Viera, la ex de Julián.

No se echó a llorar solo porque su orgullo herido todavía daba manotazos en medio del océano.

—*Un mundo feliz* es el libro que más les gusta a los alumnos de cuarto año —dijo—. Estoy segura de que quienes firmaron la nota ni siquiera lo leyeron, y mucho menos lo analizaron. Si esos padres estuvieran presentes en mis clases, sabrían lo que les explico a mis alumnos y el mensaje real del libro, en lugar de quedarse con fragmentos aislados. Las dos obras que mencionaron abren la mente de sus hijos. Son libros indispensables para que piensen por sí mismos.

—Lo lamentamos en el alma, pero vamos a prescindir de tus servicios —dijo la representante legal, sin atender a las explicaciones de Natalia.

—Si hubieras venido a la reunión de personal, te habrías enterado antes —añadió la directora.

—Es una lástima que hayas desperdiciado así tu carrera —agregó la señora—. Agradecé que, como estamos tomando medidas, quizás los padres no le lleven el tema a la inspectora. Hasta te podrían haber apartado del cargo y no pisabas un aula nunca más en tu vida. Solías ser una buena profesora, Natalia. Qué pena.

No podía contestar; si lo hacía, iba a llorar, y no quería darles el gusto. Prefería desmayarse, como sentía que le podía ocurrir en cualquier momento, antes que dejar escapar las lágrimas.

—Por favor, necesito que firmes acá —solicitó la representante legal, entregándole algunos recibos de sueldo—. Vamos a depositar tu indemnización

en el banco y después podés dar de baja la cuenta.

—Pero yo no quiero renunciar —tartamudeó Natalia. Se sentía tan mal que podía vomitar.

—No te estamos pidiendo que renuncies —le aclaró la directora—. Estás despedida. Y agradecé que no te labramos un acta.

—¿Por qué motivo? —preguntó, temblando—. ¿Por presentar un libro en un programa de televisión fuera de mi horario laboral?

—Por salir con el padre de una alumna, por faltar a la reunión de personal...

—Avisé que no iba a venir y no soy la única que falta —objetó.

—Y porque tu actitud no es un buen ejemplo para tus alumnos.

—¡Qué disparate! —exclamó. Era profesora de lengua y literatura, pero no sabía cómo refutar argumentos tan necios. Cuando la injusticia la sobrepasaba, todo lo que le salía eran frases que jamás surtirían efecto.

—Por eso también te podemos labrar un acta —la amenazó la directora—. Firmá y andate, por favor. No nos traigas más problemas.

Quería romper algo. Hubiera hecho un escándalo, pateado el escritorio y revoleado papeles por el aire, porque cuando se ponía nerviosa, se enceguecía y podía golpear a alguien. Hubiera deseado escupirlas en la cara y gritarles que eran lo menos cercano a Dios que había visto en su vida.

Como no podía hacer eso, tan solo recogió la lapicera y firmó con los dedos temblorosos. Cuando terminó con el papeleo, se levantó y salió sin mirar atrás.

Atravesó el pasillo de altos techos abovedados pensando que se dirigía por última vez a la salida de la escuela en la que había trabajado desde el inicio de su carrera. Estaba agitada, y aunque hacía calor y el sol se filtraba por los vidrios repartidos que daban al patio, a ella le pareció que la temperatura había descendido a cero grados.

El año anterior la habían amenazado con el despido cuando se enteraron de su relación con Julián. Por aquel entonces, ella estaba segura de que no se atreverían y se había mostrado rebelde y subversiva. «Soy buena en lo que hago, soy buena profesora», les había dicho. Estaba convencida. Ahora, no tanto.

Llegó al auto y se sentó, presa del dolor. Odiaba la injusticia y no toleraba el

fracaso. Haber sido despedida era lo más hiriente que le había pasado en su intento por ser una persona intachable, y era fácil adivinar quién tenía la culpa. En medio del asunto estaba Sabrina Viera, la madre de Camila, y sintió rencor hacia Julián por un momento.

Había perdido un trabajo que amaba por él, por su relación. Su ex mujer había intercedido para que la despidieran, y todo por el libro. El mismo libro que le había regalado hermosas horas de sueños cumplidos se había transformado en su condena. Era injusto. No se podía tener todo, eso ya lo sabía, pero perder algo se sentía devastador.

Dejó escapar un quejido, apoyó los brazos sobre el volante y lloró.

—¿Nati? —preguntó Julián.

Acababa de llegar de la fábrica y se había sorprendido al encontrar el living en penumbras. Sabía que Natalia se hallaba en el departamento; había visto su auto estacionado en la esquina. Sin embargo, el aire acondicionado estaba apagado y las cortinas se hallaban abiertas, tal como él las había dejado antes de irse al trabajo. Lo único que iluminaba el interior de la casa era la luz proveniente de la calle.

—¿Nati? —volvió a preguntar, abriendo la puerta de la habitación.

Distinguió la figura de Natalia debajo del cobertor y se tensó solo con respirar la energía que invadía la habitación. Percibía que algo había pasado y tenía miedo de lo que pudiera ser.

Se sentó en el borde de la cama, encendió la lámpara y retiró el cobertor de la cabeza de Natalia. La halló con el rostro húmedo y las mejillas sonrojadas. Tenía los labios y los ojos hinchados, señal de que había llorado.

—Nati, ¿qué pasa? —interrogó, preocupado, al tiempo que apoyaba una mano sobre su frente, creyendo que estaba enferma. En lugar de explicarse, ella se echó a llorar, desconsolada—. Nati, por favor, hablame —rogó él. Tras comprender que no obtendría respuesta, se limitó a besarla en la sien mientras le acariciaba el pelo—. Está bien —susurró, mirándola a los ojos, tan cerca que podía respirarla—. Podés llorar; yo voy a secar todas tus lágrimas. Pero quizás podría hacer algo más si me explicaras qué te pasa.

Natalia tembló, casi sin aire.

—Me echaron —declaró entre sollozos.

A Julián le tomó un momento comprender el significado de esas palabras.

—¿Qué? —dejó escapar—. ¿De manera definitiva?

—Claro que es definitivo —murmuró Natalia—. Me dijeron cosas horribles.

—¿De nosotros?

—De mí y del libro.

Julián respiró profundo, tratando de controlar la ira que le despertaba que alguien hubiera herido a Natalia.

—¿Lo leyeron? —preguntó con rudeza involuntaria.

—No —respondió ella, acongojada—. Vieron el programa de televisión al que fui en enero.

—Entonces no saben nada, tu libro es maravilloso.

—Yo no hago más que basura —objetó Natalia.

—¿Ah, sí? ¿Nuestra historia es basura? —replicó Julián, y esperó en silencio a que ella contestara. Entendió otra vez que no obtendría una respuesta, entonces su tono de voz volvió a ser tierno y comprensivo—. Nati: te puede doler mucho ahora, pero en algún momento, esto iba a pasar. ¡Vamos! Estabas trabajando en un colegio donde te llamaban irresponsable por estar enferma, eso no es justo. Yo jamás les diría eso a mis empleados. Seguro el cambio es positivo.

—Tengo que empezar de nuevo, reuniendo horas en distintos colegios y haciendo suplencias sin sueldo fijo, como una principiante —sollozó ella.

Julián bajó la mirada y sonrió con melancolía.

—Sabés que nadie puede entender ese sentimiento mejor que yo —le recordó—. Tuve que volver a la fábrica de mi padre a los cuarenta y cuatro años, cuando se fundió mi distribuidora, y en algún momento estoy seguro de que la vida me demostrará que fue para mejor.

—Vos no entendés —se ofuscó Natalia—. No sabés lo que cuesta encontrar horas de clase que me convenga tomar; conseguir escuelas donde los chicos, los padres y los directivos me dejen trabajar.

—Vas a mandar tus referencias a muchos colegios, y alguno surgirá. Mientras tanto, tenés otro trabajo. —Natalia lo miró con el ceño fruncido—. Podés escribir.

Ella soltó una risa irónica. La aclaración de Julián la ofuscó tanto como ver la

firma de su ex mujer en la carta.

—¿Quién te pensás que soy, Isabel Allende? —contestó—. ¿Sabés cuánto hay que vender para vivir de los libros? Con suerte venda lo que me dieron como adelanto por el manuscrito; no puedo depender de la escritura.

—Te llamaron de algunas escuelas cuando dejaste el currículum el año pasado —dijo él, pero Natalia tampoco aceptó ese argumento.

—Sí, de dos. Y ninguna me convenía porque eran horas a media mañana o en colegios muy alejados. Yo no pensé que esto pasaría; de haberlo imaginado, habría aceptado trabajar en cualquier parte. Hubiera preferido renunciar a que me despidan. —Se echó a llorar de nuevo, temblando de impotencia—. ¡Todo por culpa de esa nota!

—¿Qué nota?

—La de tu mujer. ¡La de Sabrina!

Julián se quedó atónito, sin comprender del todo qué tenía que ver Sabrina con el despido de Natalia. Solo sabía que, de hallarse su ex mujer en el medio, la situación cobraba matices inesperados.

—Creo que no estoy entendiendo —confesó. Su voz se había tornado dura de nuevo.

—Tu mujer redactó una carta, y al parecer convenció a muchos padres de que la firmaran, preocupados por mi «inclinación al sexo» —explicó Natalia, con resentimiento y dolor en sus palabras.

—No la llares mi mujer. Mi mujer sos vos —pidió él, con el corazón estrujado—. ¿Vos viste esa carta?

—Sí. Sabrina firmó primero, y su aclaración era la única impresa con la misma letra de la nota, por eso sé que la redactó ella. Escribió que soy un mal ejemplo para los chicos, que rebajo la figura de un docente, que escribo pornografía y que me paseo por los canales de televisión contando nuestras intimidades. ¡Hasta se quejó de los libros que leímos en el curso de Camila!

—¡Pero si ella no leyó un libro fuera del Derecho en su vida! —exclamó Julián, molesto.

No podía contener el estallido de furia que experimentaba por dentro. Sabrina

había lastimado a Natalia con acusaciones injustas, y él no sabía qué hacer para reparar el daño. Procuró serenarse y ocuparse de lo inmediato, que era hacer que Natalia dejara de llorar. No podía sanar sus heridas tan rápido.

—¿A qué hora pasó todo esto? —preguntó, tratando de sonar calmado por ella.

—A primera hora de la mañana. Ni siquiera me dejaron tomar examen. Tuve que volverme a mi casa.

—¿Y desde ese momento estás acá, llorando? ¿Por qué no me llamaste?

—Porque no —respondió Natalia, buscando un pañuelo debajo de la almohada—. Vos no me traés tus problemas, ¿por qué iba yo a traerte el mío?

—Eso no me gusta —replicó él—. Desde la mañana estás acá, en este estado, y yo sin saberlo. ¿Comiste algo en todo el día?

—No tengo hambre.

—Pero tenés que comer —determinó Julián. Volvió a inclinarse y le secó las mejillas con las manos—. Hagamos esto: vamos a la cocina, preparo algo que te guste y, después de cenar, miramos una película. Más tarde decidimos qué hacemos con lo del colegio.

—No quiero.

—Por favor, Nati... —susurró, y esperó un momento a que ella respondiera. Solo hubo silencio.

No resistió estar tan cerca de Natalia sin tratar de expresarse a través del afecto, y le acarició una mejilla. Tenía su amor para sanarla y pensaba dárselo todo, solo esperaba que fuera suficiente para ella. Le acunó el rostro entre las manos y la besó en los labios muy despacio, llevándose con él su humedad. Ojalá hubiera podido absorber también parte de su dolor. No solo la habían despedido, sino que, además, habían atacado lo que había escrito con pasión y cariño.

—Sos hermosa y todo lo que hacés también es hermoso, no importa lo que digan en el colegio. Mucha gente ama tu libro, no permitas que alguien te hiera con una opinión sin fundamento —rogó mientras le secaba las mejillas de nuevo.

Estaba convencido de que las críticas de los padres no eran más que injustas

especulaciones. También era consciente de que la carta de su ex mujer había sido la excusa que los directivos necesitaban para despedir a Natalia, pero sin dudas deseaban deshacerse de ella desde que salía con él. El libro no era el único culpable de todo eso.

La abrazó para levantarla y se puso de pie con ella. En lugar de ir a la cocina, la llevó al baño, abrió la canilla y le pidió que se lavara la cara. Natalia obedeció sin ganas.

Mientras tanto, Julián pensaba en Sabrina. No tenía derecho a herir a Natalia. No tenía derecho a juzgarla y a interferir en su vida solo porque tenía ese poder. Aunque hubieran despedido a Natalia de todas maneras, lo que había hecho su ex lo enfurecía.

Después de que secó el rostro de Natalia con una toalla, fueron a la cocina. Ella se sentó a la mesa del comedor, con un pie sobre la silla. Había dejado de llorar, pero su mirada estaba perdida en la vasija de cerámica decorativa.

Mientras colocaba algunas supremas en el horno, Julián siguió pensando en el problema. Quería solucionarlo, pero no tenía idea del modo. Si él no hubiera aparecido en la vida de Natalia, ese dolor no habría existido. Esperaba que, para ella, su relación valiera esos y más dolores, porque la experiencia le indicaba que la vida en pareja consistía en superar siempre nuevos desafíos.

Aunque sabía que no había mucho que hubiera podido hacer para evitar las acciones de Sabrina, se sentía responsable. Indirectamente, había herido a una de las personas que más amaba en el mundo, y odiaba eso.

Se sentó a la mesa y miró a Natalia. Ella no le prestó atención, ni siquiera cuando él le tomó la mano y comenzó a acariciársela. Julián suspiró, tratando de aliviar su consternación, pero solo consiguió empeorar el sentimiento.

—No sé cuándo ni cómo, pero te prometo que voy a encontrar una solución —aseguró.

No esperaba una reacción de Natalia, sin embargo, ella alzó la cabeza. Permaneció en silencio un momento, con el ceño fruncido, adivinando las emociones que él dejaba al descubierto con sus palabras.

—Vos no tenés la culpa —admitió con la voz quebrada—. Tu ex mandó la

carta, pero no es tu responsabilidad. Si tengo que ser sincera, ni bien me despidieron, me acordé de vos con rencor. Reaccioné mal, como hago siempre, pero después reflexioné y entendí que no podés hacerte cargo de las acciones de ella.

Las palabras, en lugar de hacerlo sentir mejor, profundizaron su pena. Que Natalia fuera comprensiva mientras sufría lo llenó de amor y de dolor al mismo tiempo.

Cenaron en silencio, y después Julián intentó que miraran la película, pero ninguno prestaba atención. Natalia se recostó en el sillón, con la cabeza sobre sus piernas, y él le acarició el pelo mientras daba vueltas al asunto del despido sin llegar a una solución. Bajó la cabeza y halló que Natalia tenía los ojos cerrados.

—Nati, ¿querés que vayamos a la habitación? —preguntó. Ella asintió en silencio.

En la cama, después de apagar la luz, Julián la abrazó por la espalda. Permanecieron así hasta que presintió que ella lloraba de nuevo. Se irguió sobre un codo, buscó su rostro y le acarició una mejilla. Pudo sentir la humedad de sus lágrimas en los dedos.

—Además del dolor por la injusticia, ¿hay algo más por lo que estés llorando? ¿Hay algo que te preocupe? —indagó, buscando la forma de ser útil.

—Necesito mi trabajo. Ayudaba a mi mamá con mi sueldo —explicó Natalia, con la voz entrecortada.

—El dinero no importa. La fábrica no me hace rico, pero podemos vivir bien aunque no trabajés. Y por supuesto que vamos a ayudar a tu mamá pase lo que pase.

—No hace falta que te ocupes de mis cosas, ya te dije que vos no tenés la culpa de lo que haya hecho Sabrina.

Julián sintió que estaba acumulando tanto enojo contra su ex esposa que podía estallar en cualquier momento.

—No lo hago por culpa —aclaró—. Lo hago porque te amo y quiero verte bien.

—Me conocés y sabés que no soy una persona a la que le guste quedarse en casa y vivir de su pareja. Es mi trabajo y lo quiero. Soy profesora.

—Lo sé, y lo vas a recuperar —aseguró él—. Quizás no en esa escuela, pero sé que en otra parte estarán ansiosos por contratar a una profesional tan buena como vos. —Le besó la sien y volvió a secarle la mejilla—. Te lo dije: cada una de tus lágrimas —susurró, recordándole su promesa de llevárselas—. Me tenés a mí, Nati. Seguimos siendo dos.

Por la mañana, despertó abrazándola todavía. Apagó la alarma y miró a Natalia. Se había quedado dormida después de haber llorado muchas horas, sin poder conciliar el sueño. La besó en la frente y la fue soltando despacio.

—No llores, todo va a estar bien. Te amo —susurró en su oído. Aunque ella no lo escuchaba, estaba seguro de que su inconsciente lo hacía.

Antes de irse a la fábrica, le dejó una nota sobre la mesa en la que le prometía volver para el almuerzo y se despidió con las mismas palabras que le había dicho antes de salir de la cama.

Pasó más tiempo pensando en resolver el problema de Natalia en la oficina. Su hermana, que por momentos lo observaba desde su escritorio, no se atrevió a preguntarle qué lo tenía tan preocupado. Intuía que no se trataba de asuntos de la fábrica.

Al mediodía, ella se puso de pie por centésima vez en el día. Iba a salir para llevarle a Melisa unos documentos, pero la voz y la mirada de Julián se lo impidieron.

—Claudia, ¿conocés a alguien que tenga un colegio, o alguna persona que nos pueda servir como contacto?

Claudia se cruzó de brazos, apretando los papeles contra el pecho. Hizo memoria un momento, aunque sabía que no tenía ese tipo de conocidos.

—No conozco a nadie —respondió—. ¿Por qué? ¿Querés cambiar a los chicos de escuela?

Julián volvió a mirar el escritorio mientras manipulaba distraídamente una lapicera.

—Lo haría si dependiera de mí, pero estoy seguro de que Sabrina se opondría.

—¿Entonces qué pasa? ¿Es para Natalia?

Julián dudó acerca de contarle a su hermana lo que había sucedido, pero se sentía mal y necesitaba hablar con alguien. Siempre había confiado en Claudia.

—La despidieron.

Claudia dejó los papeles sobre su escritorio y se sentó frente a su hermano.

—¡Qué locura! —exclamó—. ¿Es porque sale con vos?

—La raíz es esa, pero también fue por el libro —contestó Julián. En realidad, después de meditar muchas horas, intuía que la habían despedido porque ella había cambiado. Ya no era la profesora que habían contratado, y eso les molestaba.

—¿Cómo la van a despedir por el libro? —repitió Claudia, frunciendo el ceño—. ¿Qué tiene que ver eso con su trabajo como profesora?

—Nada —respondió Julián, reflexivo—. La vida personal de una profesora no debería ser una causa de despido. Pero parece que, en algunos colegios, todavía viven en el siglo pasado. —Guardó silencio un momento, apenado por el fragmento de la historia que todavía no se había atrevido a contar. Lo soltó sin pensar, tal como había hecho con la primera parte del relato—. Lo peor es que Sabrina inició el conflicto. Mandó una carta en contra de Natalia, alteró a los demás padres y generó la excusa perfecta para el despido.

Claudia abrió la boca y negó con la cabeza.

—¡Es imposible! —exclamó—. ¿No tiene nada que hacer esa mujer? ¿Por qué se mete en tu vida?

—Yo me pregunto lo mismo. Resulta evidente que detrás de sus acciones se esconde algo.

—¿Vos le dijiste que estabas saliendo con Natalia? —indagó Claudia.

—No. Pero de alguna manera se debe haber enterado, entonces mandó la carta.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Pero quizás lo intuyas.

Julián enterró los ojos en los de su hermana.

—No, ni siquiera lo pienses —replicó con firmeza—. Sabrina no está enamorada de mí.

—¿Y si lo estuviera? —preguntó Claudia—. No me interesa ella, sino qué sentirías vos.

Julián sonrió con el simple hecho de recordar a Natalia.

—Nada —aseguró—. Siento por Natalia lo que jamás sentí en mi vida por nadie. Por eso tengo que resolver esto como sea.

—Juli —dijo Claudia con tono compasivo, y le tomó una mano—. No es tu culpa. Lo que hizo Sabrina es responsabilidad de Sabrina.

Julián sonrió con pena. No pudo sostener la mirada de Claudia y continuó con su explicación bajando la cabeza.

—No puede herir a alguien solo porque tiene el poder de hacerlo. Ese no es el mensaje que quiero que mis hijos aprendan. Además, si persiste en seguir este rumbo, no sé qué pueda hacer en el futuro, y a la larga Natalia no será la única herida. ¿Sabés quiénes van a sufrir las consecuencias? Tomás y Camila.

Quería seguir conversando con Claudia, pero al mirar la hora en su reloj de pulsera descubrió que eran las doce y media. Se puso de pie enseguida.

—Me tengo que ir —anunció, recogiendo su saco, que descansaba en el respaldo de la silla.

Claudia se despidió de él con una mirada compasiva.

En el departamento, se enfrentó otra vez a la sensación de que Natalia no había abandonado la cama en toda la mañana. En efecto, la encontró arropada como la noche anterior, aunque despierta y sin lágrimas.

Se sentó y la besó en la mejilla.

—¿Querés ir a comer afuera? —le ofreció. Ella negó con la cabeza. Julián le sonrió aunque se desgarrara por dentro—. Entonces te preparo pollo al horno, como a vos te gusta.

A pesar de sentir que el dolor la abrumaba y que jamás abandonaría su cuerpo, Natalia se sentó, apoyó la mejilla en el pecho de Julián y lo abrazó. Él respondió rodeándole la cintura y la besó en la cabeza.

—Anoche fui muy egoísta —susurró ella—. Perdón.

Julián no quería que Natalia le pidiera disculpas cuando en realidad era él quien tenía que disculparse. El dolor y la ira se agitaban en su corazón como una tormenta que, poco a poco, se transformaba en un huracán.

En ese momento, sonó su celular. No quería saber de qué se trataba, sin embargo, se obligó a mirar la pantalla; sus hijos o su hermana podían necesitarlo. Era un mensaje de Sabrina.

Natalia percibió que Julián se tensaba, pero como estaba de espaldas a su teléfono, no tenía idea de quién le había escrito.

Julián leyó el mensaje, conteniendo la furia.

«Camila se quedó a dormir en lo de Mara. Traémela a casa ya mismo que le estoy preparando la comida».

Por un instante pensó en arrojar el teléfono por la ventana. Pensó en negarse a cumplir con la orden y en permitir de una vez que Camila se movilizara sola. Al instante decidió que no haría nada de eso. Iría a buscar a su hija, porque quería que siempre estuviera segura y porque ansiaba poner un límite a Sabrina.

—Tengo que ir a buscar a Camila —anunció con la voz endurecida.

Natalia percibió el brusco cambio de ánimo de él y se apartó para mirarlo. Julián ya había guardado el teléfono.

—Bueno —dijo, un poco desilusionada.

Pensaba que, para él, era más importante ir a buscar a su hija que almorzar con ella y tratar de hacerle olvidar la tristeza. Sus hijos siempre estarían en primer lugar, y así debía ser. Lo sabía desde que había iniciado una relación con él, por lo que tenía que aceptarlo ahora también.

Julián le dio un beso en la mejilla y se puso de pie. Natalia lo siguió a la cocina. Lo vio sacar algo de la heladera, preguntándose qué haría. Pretendía poner la comida en el horno antes de marcharse. Ella se lo impidió.

—Dejá, lo hago yo —ofreció.

Julián no se opuso a su propuesta. Se dio la vuelta sin decir más y se retiró.

Recogió a Camila en lo de la hermana de su ex esposa, y aunque intentó disimular frente a ella, le resultó imposible ocultar su enojo.

—Papá, ¿te pasa algo? —le preguntó Camila. Julián se limitó a responderle

que tenía problemas en la fábrica.

Cerca de su casa, se detuvo en un semáforo y giró para mirarla.

—Cuando lleguemos, quiero que subas las escaleras con tu hermano y te encierres con él en tu cuarto sin hacer preguntas.

Camila tragó con fuerza.

—¿Por qué? —indagó, temerosa. Jamás había visto a su padre en ese estado. No estaba acostumbrada a que fuera rudo, y así parecía.

—Porque te lo pido yo. ¿Vas a hacer lo que te digo?

Camila acabó prometiéndole lo que él quería.

En la puerta de su casa, estuvo a punto de tomarle la mano y decirle algunas palabras bonitas, pero ella no servía para esas cosas. Percibía que su padre estaba triste y enojado, y no sabía cómo hacerlo sentir mejor.

Para su sorpresa, Julián se bajó del auto con ella. La siguió y tocó el timbre.

—Hoy tengo llave —se atrevió a insinuar Camila. Julián no le prestó atención.

Sabrina abrió la puerta y saludó a su hija, sorprendida de hallar a Julián detrás de ella.

Camila casi no le prestó atención a su madre. Tal como su padre había ordenado, no hizo preguntas y fue en busca de su hermano. Lo envió arriba, pero ella se sentó en la escalera. Aunque fuera desobediente, necesitaba entender qué estaba pasando.

Sabrina intentó cerrar la puerta, pero Julián se lo impidió apoyando una mano sobre la madera. Espió la sala, y al no ver a Camila, volvió a concentrarse en Sabrina, que lo observaba a punto de lanzar una protesta.

—Si seguís actuando de esta manera, no es a mí ni a Natalia a quienes vas a terminar hiriendo. Es a ellos —dijo, y señaló el interior de la casa con la cabeza.

Sabrina rio, proyectando una imagen de superioridad. Ahora entendía qué hacía su ex marido en la puerta. Habían puesto en su lugar a la profesora. Era un alivio.

—Ya vino él a defender a su hijita nueva —ironizó.

Julián apretó los dientes. No se haría eco del sarcasmo. Conocía a Sabrina, y sabía que le encantaba ser el centro de atención. El peor castigo para ella era que

él la ignorara y siguiera con lo que lo había llevado hasta esa puerta.

—No me escribas más a último momento para que vaya a buscar a nuestros hijos —solicitó—. Si querés, prefijamos los días que tengo que ocuparme de ellos o me avisás con tiempo.

Ante la falta de efecto de su ironía, Sabrina pretendió cerrarle la puerta en la cara del mismo modo que le cortaba el teléfono, pero Julián volvió a impedirselo asentando la mano sobre la puerta. Esta vez, el golpe resonó con fuerza, y tanto Sabrina como Camila se impresionaron. Él nunca actuaba de esa manera, jamás se imponía. Algo había cambiado.

—Los estás perdiendo —masculló entre dientes.

Sabrina volvió a reír con desprecio.

—Sos vos el que los va a terminar perdiendo —replicó—. Tené cuidado con lo que hacés. Golpeá de nuevo mi puerta y te hago una denuncia por violencia de género. Soy abogada y trabajo para un estudio muy prestigioso. Puedo hacer que un juez te impida ver a mis hijos de la noche a la mañana, así que pensalo.

En contra del fuego que despedían sus ojos, Julián respondió con voz fría.

—Hay algo que está más allá de la ley, algo de lo que vos sabés muy poco: los sentimientos. Podés conseguir todas las órdenes judiciales que quieras, pero cuando Tomás y Camila ya no te reconozcan, no habrá juez que te los devuelva.

Se dio la vuelta y se encaminó al auto, consciente de que seguir enfrentando a Sabrina sería perjudicial para él y para sus hijos. No la creía capaz de concretar la amenaza, pero tampoco ansiaba provocarla.

La voz de Sabrina volvió a perturbar el falso acuerdo que habían alcanzado.

—¿A la noche le das la mamadera?

La ira estalló dentro de Julián y lo llevó a volverse con irritación. En ese momento, maldijo por dentro a su ex, y se horrorizó de sí mismo por tener un sentimiento tan ruin acerca de una mujer que alguna vez había amado. Prefirió reír ante el doble sentido y la crueldad del comentario. Se le ocurrió una larga lista de palabras hirientes que podía dedicarle a Sabrina, pero era suficiente con ver su aspecto malévolo y desabrido.

—¿Quién te transformó en un ser tan vulgar y antipático? —replicó—. Dejá,

no respondas. Igual no me interesa.

Volvió a dirigirse al auto, y si Sabrina dijo algo más, no se preocupó por entenderlo. No podía creer que esa persona caprichosa y altanera fuera la misma mujer inteligente y cautivante de la que se había enamorado hacía más de veinte años.

Se había quedado con mucho para recriminar y no había resuelto el problema de Natalia, pero prefería guardarse lo que pudiera servirle a Sabrina como triunfo. De haberle insinuado que había lastimado a Natalia con su carta, Sabrina no se habría sentido responsable, sino realizada, y él quería proteger a Natalia de todo, incluso de los pensamientos de su ex mujer.

Después de que su madre cerrara la puerta, Camila bajó las escaleras de forma irreflexiva.

—Si intentás separarnos de papá, ¡me voy de tu casa! —gritó, y corrió a ocultarse en su cuarto.

No terminaba de comprender qué había ocurrido entre sus padres, pero jamás había visto a su padre actuar de esa manera, y eso era suficiente para intuir que él no tenía la culpa.

La imagen de su madre seguía derrumbándose ante sus ojos, y eso dolía.

En el departamento, Julián encontró que Natalia ya había dispuesto la vajilla para el almuerzo. Como la comida aún no estaba lista, utilizaba su *notebook* en el extremo libre de la mesa.

—Pensé que venías con Camila —comentó. En ese momento, Julián se dio cuenta de que había preparado tres platos.

Respiró profundo y se sentó en la cabecera. Necesitaba recuperar su estabilidad emocional, y serenarse era lo primero en la lista. Se respaldó en la silla, cruzado de brazos, y dejó escapar el aire muy despacio.

—Por favor, no dejes que esta situación se convierta en tu vida —pidió con tranquilidad. Natalia lo miró atenta—. Con todo este problema, casi ni nos dimos cuenta de que estamos viviendo juntos. Tenemos que evaluar qué es lo más importante para nosotros y no perderlo de vista.

Natalia se mudó de silla para estar cerca de él y le tomó la mano.

—Vos sos lo más importante para mí —confesó con voz tímida.

Julián respiró, aliviado. Con solo tener a Natalia a su lado, comenzaba a relajarse. Mirarla lo hacía sentir mejor. Tocarla lo convertía de nuevo en el hombre que era y no en el que Sabrina lograba corromper con su actitud.

—Quiero que estés bien —le dijo, acariciándole los nudillos.

—Voy a estar bien, te lo prometo —aseguró ella—. Me siento muy mal ahora y posiblemente siga así durante algunos días. Pero con el tiempo voy a volverme más fuerte y voy a salir adelante. Ya estuve reuniendo direcciones de e-mail de varios colegios a los que no había escrito el año pasado y mañana voy a ver si se ofrecen horas en el Estado. Por suerte me inscribí en el listado el año pasado. Nadie me va a impedir trabajar de lo que amo.

Julián admiró la fortaleza de Natalia y procuró dejar de pensar en Sabrina. Almorzaron en silencio, cada uno enfrascado en sus pensamientos, y luego él volvió a la fábrica.

Aunque Natalia llamó a Liliana para ver cómo estaba, evitó contarle lo del colegio. Creía que, de explicarle a su madre que la habían despedido, ella se mostraría indignada, y lo que menos necesitaba era que avivaran su cólera. Por otra parte, si agregaba que la ex de Julián había propiciado el despido, Liliana le preguntaría qué había hecho él al respecto. Inconscientemente, trataría de desencantarla de su relación por cualquier medio para que volviera con ella, y no tenía ganas de enfrentarse a ese dilema. Que Julián estuviera atado a ser complaciente con Sabrina le molestaba, y prefería que su madre no acrecentara su descontento.

Esa noche, se fue a la cama más tranquila, y hasta se atrevió a apoyar una mano sobre el abdomen de Julián para abrazarlo. Él respondió enlazando sus dedos con los de ella y pasando el otro brazo por debajo de su cuello. Natalia apoyó la mejilla en su pecho, y así se quedaron dormidos.

Por la mañana desayunaron juntos, y después de que él se fuera a trabajar, Natalia partió rumbo a la Secretaría de Asuntos Docentes, donde se ofrecían las horas de clase de las escuelas públicas. Allí se enteró de que los actos públicos comenzaban recién en dos semanas y de que su puntaje rayaba en la miseria. Nunca había tomado horas estatales y no había hecho cursos. Había cientos de candidatos en el listado antes que ella.

Se aburrió solo con la perspectiva de tener que esperar tanto para tratar de conseguir un trabajo. Cuando no necesitaba horas con urgencia, la habían llamado de varias escuelas, y ahora que hubiera trabajado en cualquier parte, nadie la necesitaba. Siempre ocurría lo mismo, el destino solía burlarse de ella.

Volvió a casa buscando la forma de utilizar el tiempo libre. No servía para mirar televisión ni tenía ganas de escribir, así que se le ocurrió que podía aprovechar para hacer las consultas médicas que no hacía durante el año. Además, quería usar la obra social antes de quedarse sin cobertura.

Pidió turno con algunos médicos, pero después de haber ocupado un rato con

eso, volvió a sentirse aburrida. Recién eran las diez de la mañana, a esa hora debía haber estado tomando examen a los alumnos de tercer año. Como no quería pensar, se le ocurrió que podía ir a buscar más ropa a la casa de Liliana.

—¡Me viniste a visitar! —exclamó su madre ni bien la vio entrar al patio. Tenía una alegría desmedida.

Natalia recordó de pronto la injusticia que había padecido y que intentaba olvidar. Liliana la abrazó, y ella casi se echó a llorar. Ansió regresar al pasado por un instante y ser de nuevo la niña que se sentaba en las rodillas de su madre llorando y le pedía que la mimara. Así siempre se sentía mejor.

Aunque había pensado en irse muy rápido, pasó horas en la casa de Liliana. Se quedó para almorzar y buena parte de la tarde. Julián le había avisado que no podía abandonar la fábrica hasta la noche, y no quería estar sola.

Cerca de las siete, reunió la ropa que pensaba llevarse y se despidió. Liliana no opuso resistencia a su partida, se hacía evidente que estaba en uno de sus días de buen humor.

Esperó a Julián con la cena preparada, pero él llegó muy tarde y ella tuvo que recalentarla. Él le contó que había tenido varias reuniones y que estaba agotado. Natalia le explicó que había estado en casa de su madre, que había reunido más ropa para su sección del placar y que había pedido varios turnos médicos.

—Quiero aprovechar la obra social antes de quedarme sin cobertura.

—¿Por qué te quedarías sin cobertura? —indagó él.

—No puedo pagar como particular. Es muy costoso y tengo que cuidar mis ahorros por si no consigo horas titulares enseguida.

—No dije que tendríamos que pagarla con tus ahorros.

Natalia pestañeó como si acabaran de ofrecerle la luna.

—No puedo. Me da vergüenza —dijo.

—Natalia: ¿puedo pagarte la obra social?

—No.

—¿Puedo darte una extensión de mis tarjetas de crédito?

—¡No!

—Entonces me vas a obligar a hacerlo sin tu permiso —le hizo saber él. Sin

esperarlo, Natalia acabó riendo.

Esa semana fue al odontólogo y al oculista. El primero le confirmó que no tenía caries, y el segundo, que no necesitaba aumento en sus lentes de descanso. Para usar la obra social, pidió al dentista que le hiciera una limpieza bucal, y su sonrisa quedó reluciente.

La semana siguiente, le tocó el turno del médico clínico y el ginecólogo.

—No te vi el año pasado —dijo el especialista, leyendo su ficha.

Natalia le explicó que había estado muy ocupada y que ahora quería hacerse los exámenes de rutina.

—Además, mi pareja y yo no nos estamos cuidando, y quiero saber si estoy en condiciones para lograr un embarazo —manifestó. Había pensado mucho en eso durante esos días, y había llegado a la conclusión de que ni Sabrina ni las autoridades de la escuela merecían que postergara ese proyecto por ellos.

—¿Hace mucho que están buscando? —indagó el doctor.

—No, solo un mes.

—¿Cuántos años tenés?

—Mañana cumplo veintinueve.

El médico puso una expresión de indiferencia.

—Yo lo intentaría un año. Si en doce meses no quedás embarazada, podría haber algún obstáculo, y tendrías que ver a un especialista en fertilidad. Si tuvieras más de treinta y cinco, te recomendaría que lo visitaras antes del año. Por el momento, solo te voy a hacer los estudios de rutina.

Natalia asintió, conforme con la respuesta, y ese mismo día solicitó los turnos para las ecografías que le indicó el doctor. Después regresó al departamento y almorzó con el estómago cerrado por los nervios. A las dos menos cuarto corrió a su auto, antes de que se le hiciera tarde para el primer acto público al que asistiría en su vida.

Aunque había escuchado a muchos colegas quejarse del sistema para tomar horas en los colegios públicos, jamás imaginó que la descripción que solían hacer fuera literal.

Una marea de gente se agolpaba frente al mostrador. Algunos hablaban entre

sí, otros ordenaban papeles que solo unos pocos privilegiados comprendían. Estaban llenos de códigos y abreviaturas que ni siquiera Einstein memorizaría. La mayoría de las empleadas que debieran estar agilizando los trámites de la gente, tomaban mate y comían bizcochos. Una conversaba con la boca llena y otra respondía mensajes con el celular.

Cinco minutos después de la hora en la que el acto debía comenzar, una empleada con cara de pocos amigos se levantó, abrió una carpeta y gritó que comenzaba con la oferta de horas para Prácticas del Lenguaje. La marea de profesores se movió, arrastrando a Natalia hacia adelante.

—Levanten la mano los que estén anotados en el listado oficial —pidió la empleada.

Natalia se apartó de un brazo que se había enredado con el suyo y se salvó de un codazo en la cintura cuando una mujer alta de cabello negro muy abultado levantó la mano. Ella tenía título, por lo tanto pertenecía a ese listado, así que alzó la mano igual que la otra profesora.

—¿Puntajes?

—¡Cuarenta y dos! —gritó, desafortunada, una señora.

—¡Cuarenta y dos con veinticinco centésimos! —gritó otra, también con la mano levantada.

—¡Cuarenticuatro! —gritó otra.

¡Cuarenta y cuatro!, pensó Natalia con furia. ¡Estás concursando por horas de Lengua y decís «cuarenticuatro», bruta!, siguió hilando en su mente. Dejó de pensar cuando un brazo casi le arrancó la columna.

—¡Cuarenta y cuatro con sesenta! —le gritaron al oído.

Suspiró y se tomó la frente con una mano. Era una locura. Todos gritaban: las empleadas hablaban de escuelas que ella desconocía, los profesores indicaban sus puntajes. Y ella esperaba en silencio, con sus tristes treinta y tres puntos con cuarenta centésimos, obtenidos gracias a un título con promedio ocho cincuenta y siete, y a que se había inscripto en el listado todos los años, aunque jamás hubiera pensado en asistir a una de esas competencias descarnadas que ahora estaba presenciando.

El recinto se liberó poco a poco. A medida que se acercaban a su puntaje, cada vez más gente alzaba la mano; resultaba evidente que era difícil obtener más de cuarenta y cinco puntos, pero que muchas personas rondaban los treinta y pico.

De pronto oyó que una rubia gritaba «treinta y tres», entonces alzó la mano y dejó los pulmones al grito de «treinta y tres con cuarenta centésimos». La empleada la llamó con un gesto. Avanzó hasta el mostrador a los codazos, y cuando alcanzó la meta, apoyó las manos sobre la fórmica, sin saber qué hacer. La empleada la miraba por sobre sus gafas de marco dorado, haciendo muecas de impaciencia, y a Natalia se le cortó la respiración.

—¿Puedo tomar horas? —preguntó. La mujer la hizo sentir una idiota cuando alzó una ceja y señaló un papel con su larga uña roja.

—Solo queda esto —indicó.

Natalia bajó la cabeza y encontró un par de garabatos, en su mayoría tachones, hasta que dio con algo que no estaba tachado: tres horas en una escuela que no conocía, pero que al parecer estaba ubicada en calles céntricas de las afueras de Quilmes. Dedujo que nadie las había tomado porque el horario se superponía con el del acto público. Además, solo se trataba de una suplencia de dos semanas.

—Está bien. Las tomo —dijo. No estaba en condiciones de hacerse la exquisita.

En ese momento, otra mujer llegó junto a ella y sonrió a la empleada.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, ¿y vos? —respondió la de las gafas doradas. Se estiró y ambas se saludaron con un beso.

—Las tomo —insistió Natalia. No veía la hora de salir de ese sitio.

Para su sorpresa, la que acababa de llegar sonrió a la empleada sin prestarle atención a ella y señaló la hoja con los tachones.

—¡Qué bueno! Justo estaba buscando esas horas. Me las quedo.

—Son más —discutió Natalia, como si defendiera la vida. La otra la miró por sobre el hombro con expresión sobrada.

—Treinta y tres con cincuenta —pronunció. Al parecer los números eran la

carta de presentación de todos en ese recinto.

—Pero yo llegué primero —reclamó Natalia a la empleada.

—Lo siento, tiene más puntaje y todavía no firmaste —replicó la mujer.

—¡Ella no estaba cuando yo llegué al mostrador! —discutió Natalia. Todo lo que obtuvo fue miradas de desaprobación.

—Leé el reglamento, querida —le respondió la otra profesora, y dejó de prestarle atención para sacar un folleto de Avon de la cartera—. ¿Ya te dejé la revista nueva? —preguntó a la empleada de la Secretaría, y mientras comentaba las bondades de una crema, la empleada comenzó a rellenar su hoja de ruta, que era el papel donde se escribían las horas que tomaba cada docente.

Natalia giró sobre los talones y salió de la Secretaría pensando insultos. No soportaba que todo fuera tan difícil: conseguir trabajo, publicar libros, tener pareja.

Caminó hasta el auto con un nudo en la garganta y condujo a su casa, maldiciendo haber perdido el tiempo en ilusiones.

Entró al departamento, arrojó la cartera sobre el sillón y fue a la cocina por un vaso de agua. No se dio cuenta de que Julián la esperaba hasta que se dio la vuelta y lo halló de brazos cruzados, apoyado en la pared.

Tenía el saco del traje desabotonado, llevaba el cabello húmedo y se había dejado un rastro de barba que Natalia adoraba. Solía admirar su expresión madura y seductora, su cuerpo y hasta sus pulseritas. Pero en cuanto sus ojos se encontraron, esa vez, solo pudo pensar en Sabrina. Por culpa de la ex de Julián había tenido que entrar en una jungla, y no estaba preparada para sobrevivir en ella ni un día.

—¿Cómo te fue? —preguntó él, ajeno a sus pensamientos.

Enojada con el mundo, Natalia se sentó y se desquitó quejándose del acto público.

—¡Mal! —bramó—. Es imposible conseguir dos míseras horas de clase. Se supone que debería ser un proceso justo, pero hay personas que no están bien preparadas y, como todo es burocrático y tienen más puntaje, consiguen horas y yo no. Después son esas las profesoras que ocupan cargos para mirar revistas de Avon mientras los chicos juegan con el celular. ¿Sabés que cuando iba a tomar las únicas cuatro horas que quedaban, se acercó una que acababa de llegar y me las robó porque tenía más puntaje que yo? ¡Acababa de llegar! ¡Yo me aguanté una hora entre gritos y codazos para que esa me arrebatara las horas cuando terminaba de decir que las iba a tomar yo!

Calló para beber un poco de agua.

—¿Cómo te fue con el médico? —aclaró Julián, con la misma serenidad con que había hablado antes.

Natalia sintió que explotaría de rabia. No quería hablar del ginecólogo, solo le importaba su trabajo.

—¡Te estoy diciendo que me arrebataron mis horas de clase! —protestó.

—Pero lo otro me importa más que las clases —replicó Julián.

—¡A mí no!

—¿Qué quieres que te diga? Así es la realidad. Hay acomodados que no cumplen con su trabajo y desocupados que se mueren por hacer las cosas bien estando en su lugar, pero que, sin contactos, no pueden entrar. El mundo es corrupto e injusto. Pero también hay justicia, solo hay que saber esperar.

En ese momento, Natalia no necesitaba que le explicaran lo que ya sabía. Sintió la intervención de Julián como una demostración de superioridad. No quería que él hiciera alarde de su madurez ni de su templanza. Tampoco de su experiencia, diecinueve años más extensa que la de ella. En ese momento, solo quería que la ayudara a criticar las irregularidades del sistema de actos públicos, que maldijera a su ex mujer y, por sobre todas las cosas, ¡quería volver al colegio!

—¡Tu mujer me dejó sin trabajo y todo lo que me decís es que hay gente corrupta! —protestó, enojada—. Decime algo nuevo, porque eso ya lo sé y no resuelve nada.

—No puedo resolverlo —contestó Julián—. Puedo conseguirte otro trabajo, pero no ese.

—No quiero que me consigas otro trabajo, ¡quiero el que tu mujer me quitó! ¡Y vos no hiciste nada! Ella arruina mi carrera, dice cosas horribles de mí en una carta y vos la premiás obedeciendo sus órdenes cuando te manda mensajes de texto. ¡Decime qué hiciste por mí cuando supiste de esa carta!

—Nada —respondió Julián, con la voz opacada—. No hice nada.

—Entonces no finjas que te preocupa cómo me fue en el médico y ahorrarte los discursos baratos sobre cómo es el mundo.

Intentó ponerse de pie, pero Julián se lo impidió colocando las manos sobre sus hombros.

—Nati —susurró, reteniéndola en la silla.

—Dejame tranquila —ordenó ella, enojada. Quería huir, como cuando se encerraba en su cuarto para escapar de Liliana.

Julián se puso en cuclillas y la tomó de la cintura.

—Esperá. Escuchame. Perdón por no responder de la manera que necesitabas cuando me contaste lo de las horas de clase. Perdoname también por tener que callar el noventa por ciento de las cosas que quiero gritarle a Sabrina. No tenés idea de lo que siento. Estoy furioso por lo que hizo y lo lamento. Pero no voy a permitir que ella arruine lo que tenemos. Por eso te pido que no permitas que se salga con la suya. Por favor, no te rindas.

Natalia dejó ir la frustración y apoyó la cabeza en su hombro. Él se aferró a su cintura y le acarició el pelo, aliviado de que el abismo que los había separado por un instante se cerrara.

—No quise decir todo eso —confesó ella, apenada—. Es que me siento mal y tengo pensamientos feos.

—Lo sé. Quiero que me cuentes esos pensamientos.

—No puedo.

—Sé que podés. Escribiste todo lo que pensabas en tu primer libro, ahora tenés que aprender a decirlo. Quiero escucharte.

—No te va a gustar.

—También lo sé, pero no me importa. Te amo demasiado para enojarme con vos realmente. Siempre voy a estar a tu lado, sin importar lo que digas. ¿Me creés? ¿Confiás en que podés ser honesta conmigo, que nunca me voy a molestar por lo que hagas?

—Sé que nunca me fallarías —dijo.

—Entonces decime qué pensás.

Natalia dudó un momento más. Ocultar el rostro contra el cuello de Julián le permitió sentirse un poco valiente y se atrevió a murmurar:

—Pienso que soy una mujer libre y que en cambio vos tenés una carga. Eso me parece injusto. Se nota que te amo mucho, porque mi deseo de estar con vos es más fuerte que mi inseguridad y mis celos, y sigo adelante. No me imagino la vida sin vos.

»También pienso que no quiero soportar a tu ex mujer, que la odio por la nota que envió al colegio y que quisiera que vos también la odies, ya que eso me demostraría tu amor. Está mal, porque me lo demostrarás todo el tiempo y no es conveniente para tus hijos que te lleves mal con ella. Por eso, a la vez me siento culpable. Lo mismo de siempre, pero potenciado por lo que Sabrina hizo. Eso es todo. No quiero decir más.

Julián respiró profundo, dispuesto a cumplir con la promesa que le había hecho, y la apartó de su hombro para mirarla. Ella bajó la cabeza; intentaba ocultarse, avergonzada. Él consiguió que alzara los ojos tomándola de la barbilla.

—Gracias —dijo—. Así es mucho más fácil entenderte. Antes eras un libro cerrado, y aunque me duela, me gusta más cuando sos un libro abierto.

—No quiero que te duela. Perdoname —musitó ella. Él sonrió.

—No me pidas disculpas por sentir, Nati. No te voy a decir que me agrada que pienses esas cosas de mí, pero prefiero conocerlas de tu boca que estar adivinando. Suponer siempre conlleva un margen de error muy grande.

»Me gustó la parte de que me amás mucho y de que sabés que te amo. Creo que lo que dijiste no es tan malo como imaginás. No odio a Sabrina, pero estoy muy enojado con ella, y hace años que ya no la amo. En cuanto a mi pasado, entiendo que lo sientas como una carga, pero no lo es para mí. Mis hijos son lo único de lo que jamás me arrepentiría.

—No quise decir eso —musitó ella, cubriéndose el rostro—. ¿Ves? Todo se tergiversa.

Él volvió a sonreír y le apartó la mano de la cara.

—Sé que lo sentís, pero también sé que con el tiempo pasará. Lo único que me preocupa es que pienses que te amo menos porque no la odio a ella. —Se contemplaron en silencio un momento. Él le acarició una mejilla, con la mirada dulcificada—. ¿Ves? No estoy molesto por lo que dijiste. Me gusta que seamos dos. No vuelvas a alejarte de mí nunca —ordenó con voz profunda, y Natalia se estremeció.

Esa noche, cuando se fueron a la cama, ella procuró olvidarse de todo leyendo

un capítulo de la novela romántica que había dejado por la mitad. Julián, que hacía lo mismo a su lado con un libro policial, de pronto lo apoyó sobre sus piernas y se quitó las gafas para mirarla.

—Sos muy cruel —le dijo. Ella lo miró de inmediato, con el corazón estrujado. Creyó que Julián se refería a la discusión que habían tenido ese día y a que ella lo había herido con sus palabras—. Hace semanas que no me das para leer escenas nuevas de tu manuscrito.

Después de haber creído que era una harpía por haber lastimado al hombre que amaba, Natalia se sintió aliviada de que él se refiriera al manuscrito.

—No escribí nada nuevo —explicó, dejando escapar el aire que había contenido.

—Tal vez sea hora de que retomes. No soporto la intriga; quiero saber de dónde salió Pablo, cómo es Marianela ahora que en lugar de ser escritora se dedica a las artes plásticas, por qué...

—Creo que voy a abandonar esa novela —intervino ella, por si el entusiasmo de Julián por la historia de Pablo y Marianela era genuino.

—¿Es broma?! ¿Por qué?

—Porque ya no la siento. Cada vez que intento escribir algo, me parece escuchar la voz de la editora diciéndome: «inverosímil», «inverosímil», o la de alguna lectora repitiendo en todos lados: «no me gustó porque *pipipi*». Haga lo que haga, nunca falta la que critica que el collar del perro es rojo y no amarillo, y con todo eso en la cabeza, me parece que todo lo que escribo es una porquería. Ya no hay nada que tenga ganas de contar respecto de esos personajes.

Aunque a Julián le costó aceptar la decisión de Natalia, al final lo hizo.

—Bueno... —dijo—. Supongo que son los riesgos que se corren por tener el privilegio de ser el primer lector de un manuscrito. Pero vas a seguir escribiendo otra historia, ¿no?

—En algún momento, espero.

—Que sea pronto, no veo la hora de leer a Natalia Escalante de nuevo. No puedo creer que la tenga al lado mío, que comparta la cama con ella...

—¡Callate! —exclamó Natalia, avergonzada de que él hablara de ella como si

fuera una escritora famosa.

Julián rio y la abrazó. Natalia lo enternecía cuando se sonrojaba a causa de su humildad y timidez.

—¿Hay algún libro que quieras que te regale para tu cumpleaños? —preguntó—. ¿Querés pedirme uno en particular o te compro el que yo quiera? Ya estuve mirando en la librería, y creo que te podrían gustar unos cuantos.

Natalia se apartó apoyando las manos en su pecho.

—¿Cómo sabés que es mi cumpleaños? —indagó, sorprendida.

—Porque sos mi pareja. ¿Cómo no voy a saber cuándo es tu cumpleaños? ¿Acaso vos no conocés el mío? —El silencio de Natalia le dio más respuestas de las que esperaba—. ¡No me digas que pretendías que pasara por alto tu cumpleaños!

—No me gusta cumplir años —confesó ella—. Además, no tengo nada que festejar; perdí mi trabajo.

—Yo sí voy a celebrar que naciste y que estás en mi vida. Por eso invité a tu mamá a cenar afuera con nosotros.

Natalia se removió, y él tuvo que soltarla.

—No quiero que cenemos con Liliana —manifestó—. No le habrás dicho que me echaron del colegio, ¿no? Yo no se lo había contado.

—No hablamos de tu trabajo, pero podrías haberme avisado que tu madre no lo sabía. Si le hubiera comentado algo, habría sido sin malas intenciones, solo porque vos jamás me dijiste que no querías que ella lo supiera.

—Hacé tu vida mañana —pidió Natalia, para terminar con el tema de su madre y el colegio—. No te preocupes por mi cumpleaños, prefiero hacer de cuenta que no pasa nada.

—¿Por qué?

—Ya te expliqué: no me gusta cumplir años.

—Por favor, decime algo más que eso, no me dejes afuera.

La respuesta consiguió ablandar otra parte del escudo de Natalia. Suspiró, bajando la cabeza.

—La mayoría de mis cumpleaños los pasé sola —reveló—. Cuando era chica,

como las maestras escribían en mis boletines que yo lloraba mucho en clase y que no tenía amigas, mi mamá se esforzaba para cambiar la situación. Se disfrazaba de payaso e invitaba a todo el curso a mi casa para comer unos sándwiches que preparaba mi abuela. Mis compañeros iban, pero al otro día, otra vez me estaban molestando en la escuela. Me llamaban Pantera Rosa, me criticaban a mis espaldas y me ponían la traba en los recreos. Un día una chica me arrojó una bolsa de residuos diciendo: «la basura en su lugar», y así me hicieron otras crueldades, como llenarme la cartuchera de bichos bolita. ¿Qué sentido tenía invitarlos a mi casa? Lo pasaba mal con ellos, esa es la verdad. Nunca me llevé bien con la gente de mi edad.

»Con el tiempo, conseguí que mi mamá dejara de hacerme fiestas, y me quedaba sola con ella. Mi papá casi nunca llamaba. Un año se acordaba de que su hija cumplía años, al otro no, y al final, cuando fui adolescente, ya ni esperaba su llamado. Pasé muchos momentos sola con Liliana. Ella fue la única persona que siempre fue incondicional conmigo. Cada vez que cumpla años, pienso que no es un motivo de felicidad, sino de tristeza, porque mi mamá también se hace un año más grande y la voy a perder aunque no quiera. No tengo hermanos, y mi padre, que casi ni me registra, tampoco es muy joven que digamos. Me voy a quedar sola el día que mi mamá muera —dijo, y acabó con el relato, porque se le anudó la garganta—. Perdón. Siempre hago lo mismo: primero no quiero hablar y después doy discursos de media hora. No sé por qué podría interesarte todo esto.

—Te convenciste de que no te gusta festejar tus cumpleaños para no sufrirlos y te angustia no tener control sobre el futuro —interpretó él, con el corazón encogido—. Pero no estás sola. Y aunque yo no existiera, tampoco lo estarías. Siempre hay alguien.

—Tampoco me gustan las fiestas. Navidad y Año Nuevo son fechas espantosas —confesó Natalia, bajando la cabeza.

—Eso ya lo sé. La razón está en tu novela publicada. Pero no tiene por qué seguir siendo de esa manera.

—Ya no sabría cómo disfrutarlo si fuera de otra.

Julián hizo una pausa, lamentando que la vida le hubiera quitado a Natalia parte de la alegría que merecía.

—Lo siento, pero en mi familia festejamos los cumpleaños y también las fiestas —replicó—. Nos gusta ser muchos en una larga mesa, que a alguien se le vuelque el vaso de gaseosa y escuchar música hasta la madrugada. Solemos hablar, reír y acordarnos de anécdotas que pasaron hace veinte años. Cuando brindamos, lloramos a los que ya no están y reímos de lo que hacen los más chicos. Lo lamento mucho, pero no te voy a dejar afuera.

Alertada porque la voz de Julián había cambiado, Natalia alzó la cabeza y descubrió que la mirada de él había cambiado.

Ella no era la única que acababa de desnudar el alma.

Aunque no tenía ganas de salir la noche de su cumpleaños, Natalia se puso un vestido amarillo y se maquilló con colores naturales. Se dejó el pelo suelto y se pintó las uñas y los labios de rojo. Le gustó el resultado. Para haber pasado semanas muy tristes, había logrado componer una imagen agradable.

Cuando salió del baño, encontró que Julián la esperaba sentado en la orilla de la cama.

—¡Natalia! —exclamó—. ¿Cómo hago para que los treintañeros no me quieran robar a mi novia?

Natalia rio.

—Vos no te quedás atrás —replicó, señalándolo—. Ningún treintañero puede competir con un empresario de cuarenta y ocho que me va a dar de comer alfajores gratis toda la vida.

Julián soltó una carcajada mientras ella se sentaba sobre sus piernas. La sujetó de la barbilla y la besó en la mejilla, cerca de la boca, con cuidado de no arruinarle el labial. Natalia se sintió excitada con el roce de sus dedos en el cuello.

—¿Por qué mejor no nos quedamos? —preguntó, embelesada con su perfume.

—Primero, porque quiero que celebremos tu cumpleaños. Segundo, porque tu mamá me mataría. Imaginate si la dejáramos plantada después de que se preparó para ir a cenar afuera.

Natalia admitió que no era conveniente plantar a su madre y se apartó. La idea de la cena ya no le disgustaba tanto como antes.

Pasaron a buscar a Liliana, y la mujer subió al auto de muy buen humor.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó, acariciando el hombro de su hija. Natalia le

dio las gracias.

Esperaba que Julián regresara al centro de Quilmes, pero tomó la autopista para ir a Capital. Durante el viaje, Liliana habló todo el tiempo. Había comenzado terapia, y aunque no le gustaba que la psicóloga la atendiera solo una vez cada quince días durante media hora como mucho, era mejor que nada.

—¿Ya empezaron las clases? —preguntó a su hija.

—Empiezan el lunes —respondió Natalia, visiblemente incómoda.

A juzgar por su voz, Liliana dedujo que le había molestado la pregunta. Amaba a su hija, pero a veces se tornaba indescifrable. ¿Por qué se enojaba ahora? ¿Qué había dicho ella de malo?

Julián, que conocía la totalidad de la situación, reconoció que detrás de ese tono, Natalia ocultaba tristeza. Se había puesto nerviosa, y por eso parecía enojada.

—¿Aprobaron muchos chicos en las mesas de examen? —siguió interrogando Liliana.

—No quiero hablar de trabajo —respondió Natalia.

—Liliana, ¿prefiere pastas, carne o pescado? —intervino Julián, mirando a la mujer por el espejo retrovisor. Trataba de salvar a Natalia del aprieto que sin querer le imponía su madre y a Liliana de la decepción de que su hija no quisiera conversar del colegio.

—Que elija Natalia, ya que hoy es su cumpleaños —propuso Liliana.

—Me da lo mismo —respondió Natalia.

Julián acabó yendo a un tenedor libre de Puerto Madero, para que cada una pudiera elegir lo que quisiera. Entender y, sobre todo, conformar a las mujeres era un desafío que no todos los hombres querían asumir. Entendía por qué su hermano escapaba de los compromisos afectivos, aunque para él las relaciones sin sentido no fueran una opción. Elegía mil veces el desafío.

Mientras ordenaban las bebidas, apoyó un brazo en el respaldo de la silla de Natalia. Fue un gesto simple y natural que a ella le despertó emociones intensas.

Recordó su primera cita en un restaurante de la misma zona, el deseo que la desbordó cuando él le dio el primer beso en un banco junto al río, el modo en

que le dijo que quería que hicieran el amor. «Tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja». Habían recitado juntos esa frase de Cortázar. «Dijiste que los hombres son simples, pero vos no lo sos», le dijo ella. «Entonces tratame como a un hombre y quizás me convierta en alguien muy simple. Tan simple como para hacerte el amor», respondió él.

Las imágenes de la primera vez que habían tenido sexo inundaron la mente de Natalia y se sonrojó. Recordaba el momento en que Julián le cubrió la pelvis con una manta roja y la hizo mirarse en el espejo que estaba sobre la cama. «Brillás en la oscuridad», le dijo. Amaba brillar con él.

La risa de su madre la devolvió a la realidad como si acabaran de arrojarla de un edificio. Se había perdido la conversación por admirar a Julián, por vagar en sus labios, en sus ojos, en sus mejillas. Por primera vez, Liliana no había tenido un efecto represivo sobre ella. La pasión que experimentaba era incontenible, y haber dejado de vivir con su madre la ayudaba a liberarse todavía más.

—¿Quiere servirse usted primero? —preguntó Julián con amabilidad a Liliana. La mujer le agradeció y se levantó. Cuando él giró la cabeza y se concentró en Natalia, ella se mordió el labio—. ¿Qué pasa? —preguntó en voz baja—. Estabas perdida.

—Estaba perdida en vos —respondió Natalia, incapaz de contener su amor—. ¿Te acordás de lo que me dijiste en uno de esos bancos? —Señaló el exterior por la ventana—. Dijiste que querías que hiciéramos el amor. Y yo pensé que me querías para una sola noche.

—¿Eso pensaste? —musitó él, excitado al percibir el deseo de Natalia. Ella asintió—. No sé qué hombre podría pasar solo una noche con vos.

Aunque no solían demostrar su pasión en público, mucho menos cerca de Liliana, Natalia atrapó el rostro de Julián entre las manos y lo besó.

Regresaron al departamento a medianoche, después de dejar a Liliana en su casa. Antes de despedirse, ella les preguntó si llegar a esa hora al edificio en el que vivían era seguro y si tenían que abrir algún portón para entrar el auto. Conocía el lugar porque era en el centro y pasaba por allí a menudo, pero a juicio de Natalia, hacía preguntas tontas para retenerlos. Finalmente, entró a su

casa, y Julián condujo hasta el departamento.

En la cama, Natalia lo abrazó, y él a ella. Reconfortada, esbozó una sonrisa que se debatía entre la pena y la satisfacción. Había vivido semanas pésimas, sin embargo, todo mejoraba cuando estaba con Julián. Él la hacía sentir mejor.

—Gracias por la cena. Lo pasé muy bien —susurró. Quizás nunca le gustara festejar sus cumpleaños, pero valoraba el esfuerzo de Julián para que así fuera.

—Por un momento pensé que no iba a ser así —confesó él. Natalia se aferró más a su cadera y le besó el pecho.

—Me encantó todo —afirmó.

Julián esperó unos minutos mientras Natalia le acariciaba el pelo. Cuando comprendió que no obtendría lo que quería, negó con la cabeza.

—¿No me vas a reclamar tu regalo? —preguntó.

Natalia rio, sorprendida por la indignación que él dejó entrever en su voz.

—Pensé que el regalo era la cena —respondió. Creyendo que Julián se refería a tener sexo, llevó una mano a su entrepierna—. Ya lo estoy reclamando —le avisó al notar que él no se movía. Julián rio.

—Eso que estás haciendo me gusta mucho, pero en realidad me refiero a un regalo material. A un objeto.

Natalia retiró la mano y se sostuvo sobre un codo para mirarlo.

—¿El libro? —preguntó—. Me había olvidado. No estoy acostumbrada a que me hagan regalos. ¿No viste que mi mamá no me regaló nada?

—Bueno, a partir de ahora quiero que siempre me reclames tu regalo, si no te lo doy primero —replicó él.

—No gastes en mí, no necesito nada —replicó ella.

Julián rio y volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer con vos? —se preguntó—. A veces sos tan distinta de otras mujeres que conocí, que no sé cómo actuar. Creo que eso es lo que me ató irremediabilmente a vos, mantenés mis neuronas activas. —Julián dejó que Natalia riera, porque adoraba verla reír, y después le indicó—: Tu regalo está en alguna parte de esta habitación.

Natalia se sentó.

—¿Lo tengo que buscar? —preguntó, sorprendida. Él asintió—. ¿Lo puedo hacer mañana? —Un destello de incredulidad llameó en la mirada de Julián, y Natalia rio, tentada—. ¡Es broma! —aclaró antes de encender la luz—. Sos muy hábil, ¿lo sabías? No me interesan los regalos, pero soy tan curiosa que no podría dormir sin saber qué libro me compraste. —*Ojalá sea una historia de amor*, pensó.

Se levantó y espió debajo del somier. Como no lo halló, buscó en el cajón de su mesa de luz, y luego fue del otro lado de la cama para investigar en el cajón de Julián. Tampoco encontró nada que pudiera ser un libro.

Se sentó en el piso y lo miró.

—¿De qué color es? ¿Está envuelto? —preguntó.

—Es plateado —respondió Julián. Se había respaldado en los almohadones y tenía una mano detrás de la nuca.

—¿Es edición *trade* o de bolsillo? —siguió interrogando ella en busca de pistas. Julián se echó a reír.

—Es más chico.

—¿¿Más chico?! ¿Me compraste un mini libro? —indagó Natalia, poniéndose de pie.

Fue a la cómoda y abrió los cajones. Revolvió las prendas que allí se guardaban, pero seguía sin hallar un paquete que pudiera ser un libro.

—Sos un mentiroso —le dijo—. Acá no hay nada.

—Dejá de quejarte, que te vas a arrugar —replicó él.

—Después que vos —bromeó Natalia.

—Eso dolió —le hizo saber él, riendo.

Natalia revisó el placar. Tampoco halló libros, entonces giró sobre los talones.

—Me rindo —anunció—. No juego más.

—¿Tan rápido te das por vencida?

Ella se aproximó y volvió a sentarse a su lado, en el piso.

—Quiero mi libro —exigió.

Julián sonrió, satisfecho. Todo lo que deseaba era que ella reclamara su regalo, y al fin lo había conseguido.

Quitó la mano que tenía detrás de la nuca y señaló la puerta del baño en *suite*.

—¿Ya te fijaste ahí? —preguntó.

—Me dijiste en el cuarto, no en el baño —protestó ella.

De pronto, sus ojos se quedaron prendados de la mano de él. La sonrisa que había iluminado su rostro hasta ese momento se borró de sus labios, y pestañeó varias veces antes de estirarse para atraparle los dedos. Los acercó a ella y se humedeció los labios.

Un precioso anillo de oro blanco con una piedra azul relucía en el meñique. No era de Julián; él solo utilizaba la sortija con símbolos mexicanos y algún que otro anillo de plata. Además, era delicado. Era de mujer.

En ese momento, infinidad de pensamientos surcaron la mente de Natalia. Ella era injusta y estaba llena de defectos; no podía creer que la vida la hubiera premiado con Julián. Había perdido su trabajo, y una parte de ella se sentía infeliz. Sin embargo, era imposible no volver a experimentar alegría cuando estaba con él.

—¿Este es mi regalo? —preguntó, acariciando el anillo.

—Excepto que solo quieras el libro —replicó él. Natalia rio.

—Gracias. Es hermoso.

No esperó más y le robó un beso.

Camila bajó del auto de su madre despacio. Solo su hermano corría hasta las rejas del colegio, feliz de reencontrarse con su maestra del año anterior. *Lo quiero ver cuando pase a la secundaria*, pensó, viéndolo abrazar a la señorita Mónica. No entendía cómo podía quererla. Ella la había padecido en cuarto grado, tomándole las tablas de multiplicar de memoria.

Para Camila no había nada peor que el primer día de clases. El sueño se mezclaba con los nervios, y las ganas de seguir de vacaciones con la excitación de reencontrarse con sus compañeros. Había, además, otras razones que hacían de esa una mañana especial para ella. Se reencontraría con Natalia como profesora desde una perspectiva diferente a la del año anterior, y tendría que aprender a soportar las preguntas que le hicieran sus compañeros, además de esquivar las conversaciones donde se hablara mal de ella. No quería pelearse con todo el mundo por defenderla, ni soportaba que fueran injustos sin conocerla, de modo que consideró mejor quedarse afuera del conventillo. Era mejor ignorar que dejar pasar.

En la fila, no vio a Natalia entre los profesores. Sabía que iba todos los días porque tenía primero, segundo y tercero A y los tres últimos cursos de la división B, entre los que se encontraba su año, quinto B. Si bien le llamó la atención, no hizo preguntas. La había visto dos veces desde que vivía con su padre, y ninguno le había advertido nada respecto de su ausencia en el colegio el primer día de clases. *Quizás esté enferma*, pensó. *¡Qué bajón tener que faltar el primer día! Pensándolo bien, voy a ir a visitarlos, a ver si me contagia y puedo faltar yo también*, se le ocurrió después. Tuvo que sofocar la risa para que no la creyeran una loca que se reía sola a las siete y media de la mañana de un primer día de

clases.

Sus compañeros entraron al aula compitiendo por agarrar los lugares que querían. El noventa por ciento ansiaba sentarse en el fondo, y hasta el año anterior ella quedaba en el medio, del lado de la ventana. Para quinto, se había propuesto sentarse adelante, como los más estudiosos. Como su novio Octavio, que iba a otro colegio y era abanderado. Le había prometido a su padre que le iría bien ese año, y prestaba más atención adelante.

Su mejor amiga entró corriendo, como de costumbre, y consiguió el mismo sitio que habían ocupado el año anterior en el salón de cuarto año. Camila negó con la cabeza y apoyó su mochila en el que estaba frente al escritorio.

—¿Estás loca?! —le gritó Luna—. Si nos sentamos ahí, ¿cómo quieres que me copie en Geografía?

—Ponés el machete en la cartuchera.

—¿Y si nos pide que guardemos todo? El año pasado lo hacía. Dos o tres veces lo hizo.

Algunos compañeros se interpusieron entre ellas buscando sus asientos. Antes de que la tentación la venciera, Camila se acomodó en el lugar que había escogido. Sus otras dos amigas, que también querían ir al fondo, se detuvieron para tratar de convencerla.

—No puedo —les dijo Camila—. Vengan, por favor. No me dejen sola.

Las otras dos miraron a Luna. Entre la presión de Camila y la de un chico que quería que le cediera el lugar que ella había ocupado, Luna terminó levantándose y acercándose al banco que había escogido su amiga.

—Te voy a matar —le dijo, apoyando la mochila en el asiento al lado de Camila mientras sus otras dos amigas se ubicaban detrás—. Cuando la de Geografía nos haga guardar las cartucheras, el examen me lo vas a hacer vos.

Camila apenas podía con sus propias evaluaciones, pero estaba dispuesta a tratar de ayudar a Luna si le empezaba a ir mejor a ella.

La preceptora entró enseguida, tomó lista y les dictó los horarios. Junto a ella llegó la profesora de Matemática. Tenían Literatura en la segunda hora del lunes y en la cuarta del jueves, al menos por el momento. La distribución de las

materias siempre variaba con el transcurso de las semanas, y una vez hasta la habían cambiado a mitad de junio. Quizás Natalia ese año entraba recién para la segunda hora, por eso no la había visto entre los profesores en la entrada.

La primera clase pasó bastante rápido. Leyeron las expectativas de logro que la profesora había entregado en una fotocopia y conversaron de las vacaciones. Casi al final de la hora, les entregó otra copia con ejercicios que tenían que resolver para la clase siguiente.

Ni bien la profesora salió del aula, Camila se dirigió a Luna.

—Es el primer día y ya nos dio tarea hasta las vacaciones de invierno — protestó.

Por supuesto, exageraba. Eran apenas cuatro ejercicios para un repaso de temas de cuarto año, pero como pensaba estudiar mucho desde el primer día para no llevarse materias, hacer todos le resultaría bastante sacrificado. Siempre se podía saltar alguno y poner la excusa de que no lo había entendido, como hacían muchos de sus compañeros. Pero le había prometido a su padre que ese año sería responsable con el colegio y se habría sentido culpable si le mentía.

—Buenos días —dijo la directora desde la puerta. *Una materia tras otra, como si cambiáramos de canal un televisor*, pensó Camila. ¡Y recién era el primer día!

Giró la cabeza para mirar la puerta y se sorprendió de que, detrás de la directora, entrara una chica con pinta de profesora. Quien tendría que haber entrado era Natalia, ¿por qué había otra? Era una chica rubia bastante joven. Llevaba un portafolio negro y anteojos sin marco. Usaba sandalias con tacones bajos, jeans holgados y una camisa beige. Era un clon. Una imitación de Natalia cuando la había conocido en cuarto año.

El corazón de Camila comenzó a latir desbocado. Giró la cabeza de nuevo en busca de su amiga.

—¿Tenemos Literatura? —preguntó. Quizás había anotado mal los horarios.

Luna abrió el cuaderno de comunicaciones de prisa.

—Creo que sí —respondió. No encontraba la hoja donde había copiado el cronograma.

La directora cerró la puerta mientras la chica se aproximaba al escritorio para dejar el portafolio.

—Chicos, les presento a Antonella Farasi, la nueva profesora de Literatura.

Camila miró a Luna con los ojos y la boca muy abiertos. Los comentarios no se hicieron esperar; sus compañeros estaban igual de desconcertados que ella. La directora terminó con los murmullos solicitando silencio y dejó la clase en manos de la profesora.

Camila se desesperó mientras la observaba escribir en el libro de temas. Antes, cuando se sentaba en el rincón junto a la ventana, podía extraer el celular y enviar mensajes. Ahora el teléfono le quemaba en el bolsillo sin poder utilizarlo a escondidas, como en su corazón ardía la necesidad de preguntarle a su padre por qué Natalia no estaba en el aula.

La profesora guardó el libro de temas, se levantó y se instaló delante del pizarrón.

—¿Cómo están? —preguntó.

Algunos respondieron «bien». Camila percibió que otros la miraban con desconcierto y que unos pocos se reían de ella por lo bajo. La profesora no parecía darse cuenta.

Por favor, que Natalia no haya tenido problemas, pensó, y apretó las manos sobre el regazo. Oyó que la chica les comentaba cuál era su nombre mientras lo escribía en el pizarrón, aunque la directora ya lo había anunciado. *Por favor, que mi mamá no haya hecho nada.*

—Esta materia es Literatura. Por lo que estuve viendo, el programa del año pasado fue bastante intenso. El de este año es todavía más rico y amplio.

Tras escuchar esas palabras, dejó de resistir y alzó la mano tan alto que parecía que intentaba alcanzar el techo.

—¿Sí? —le dijo la profesora, sorprendida por la interrupción.

—Hola —respondió Camila. Su padre siempre le insistía con que primero tenía que saludar y luego, hacer preguntas—. ¿Y Natalia Escalante? —soltó.

La profesora dudó; en un primer momento no reconoció el nombre. Cuando recordó que Natalia Escalante era la profesora que había renunciado, se mostró

segura y amable.

—No trabaja más en el colegio —contestó.

Camila, que todavía tenía la mano en alto como una tonta, la fue bajando despacio. Acababan de arrojarla del segundo piso de la escuela, donde estaba ubicada su aula, y creyó que no podría levantarse nunca.

—Ya que estamos, ¿por qué no nos decís tu nombre y apellido? —le pidió la profesora.

—Soy Camila Aráoz Viera —respondió ella.

—¿Te gusta leer? Si es así, ¿qué lees?

—¡Mensajes de WhatsApp! —gritó un varón. Muchos rieron, otros no le prestaron atención.

Camila lo miró por sobre el hombro y luego volvió la atención a la profesora. Su compañero le parecía un idiota. Procuró concentrarse en sí misma, en ser una buena alumna y una buena persona, y aunque estaba asustada por Natalia, se esforzó por ser amable con la nueva, que no tenía la culpa de nada.

—Me gusta leer romance. Si es paranormal, mejor —contestó. Había aprendido bastante de subgéneros literarios investigando en Internet sobre las sagas en las que la había introducido su padre.

—¡Qué lindo! Es bueno que leas —replicó la profesora con una sonrisa, y siguió consultando lo mismo a otros alumnos.

Camila la observó mientras se movía entre los bancos, preguntándose qué habría sucedido con Natalia. Recordó sus clases y cuánto había aprendido gracias a ella. «La obra expresa que no debemos ser clones en un mundo al que le convienen los seres masificados», les decía mientras analizaban *Un mundo feliz* y *Gas I*. Todavía lo recordaba: masificación y alienación. «No se dejen atrapar por el sistema», les decía Natalia. «No mueran como personas para convertirse en máquinas».

Extrañó a su profesora y temió que hubiera sufrido alguna injusticia por culpa de su madre y, en parte, por culpa de ella.

Durante el recreo, se encerró en el baño y envió un mensaje a su padre.

Hola, pa. Hoy tuvimos Literatura. ¿Por qué se fue Natalia? ¿Consiguió otro colegio?

Llegó enseguida, pero su padre no lo miró tan rápido como ella quería. Alguien golpeó a la puerta, y dijo que estaba ocupado. Cuando volvió a mirar el celular, descubrió que él ya lo había leído y que estaba escribiendo. La respuesta tardó unos minutos.

Firmé en el acuerdo de convivencia que el uso del celular estaba prohibido en el colegio. Son las diez menos veinticinco, ¿desde dónde me estás escribiendo?

Contestame, por favor. ¿Por qué se fue Natalia?, insistió ella.

No te preocupes, Cami. Después hablamos. ¡GUARDÁ ESE TELÉFONO!

Aunque se sintió frustrada, le hizo caso.

A la una menos diez, salió de la escuela más rápido que nunca. Casi se arrojó dentro del automóvil de su madre, donde su hermano ya había ocupado el asiento trasero.

—¡Decime que no fue tu culpa! —exclamó sin saludar.

Sabrina frunció el ceño mientras maniobraba para salir del estacionamiento.

—No sé de qué estás hablando, Camila.

—¡De Natalia!

—¿Ahora es Natalia? ¿Ya no es «la tarada de Literatura», como solías llamarla hasta el año pasado?

Camila espió a su hermano. No quería que oyera a su madre hablar mal de la nueva pareja de su padre.

—¿Vos pediste que no fuera más mi profesora? —indagó, angustiada.

—¿No es más tu profesora? —contestó Sabrina—. ¡Qué bueno! Me das una alegría.

Camila entreabrió los labios, dolida y molesta.

—¿Por qué te alegrás de eso? Enseñaba bien, aprendí mucho de ella. Sos abogada, ¿no podés ser tan injusta!

—Qué bueno que ya no la veas en la escuela —continuó diciendo su madre, sin escucharla—. Tampoco quiero que te la cruces en la casa de tu padre. ¿Ya la encontraste ahí alguna vez? Cuando esté ella, ustedes no van.

Camila volvió a mirar a su hermano. No quería contarle a Sabrina que Natalia vivía con su padre, y esperaba que Tomás tampoco lo hiciera. El niño, aunque apenas tenía nueve años y no terminaba de comprender la situación, percibió que esa vez no convenía decir la verdad y calló. Camila se lo agradeció.

—No. No pasamos tiempo con ella —contestó con la voz ahogada.

—Mejor —replicó Sabrina.

Nadie más habló.

«Si seguís actuando de esta manera, no es a mí ni a Natalia a quienes vas a terminar hiriendo», recordó que había dicho su padre cuando discutía con su madre en la puerta de su casa. «Ya vino él a defender a su hijita nueva», respondió ella. «Defender a su hijita nueva»... De pronto todas las piezas encajaban en el rompecabezas, y le parecieron horribles. Lo más probable era que su madre hubiera hecho algo en contra de Natalia.

Una vez en casa, almorzó a las apuradas y se encerró en su cuarto con la música a un volumen que solo ella soportaba. Extrajo el celular y leyó los mensajes que sus compañeros se habían estado enviando desde que habían salido del colegio. Todos hablaban de la ausencia de Natalia, las malas lenguas decían que había sido despedida. *¿Alguien sabe el motivo?*, indagó Camila. Lautaro, un compañero, respondió: *Mi mamá me mostró una foto de una carta que mandaron nuestros padres y los de otros cursos. Ella está contenta de que se haya ido.* A continuación, adjuntó la imagen.

Camila leyó la nota con los dientes apretados, rogando que no la hubiera escrito su madre. La primera firma deshizo sus ilusiones y la hizo sentir una basura.

Permaneció sentada en la cama, con el chat abierto pero sin mover un dedo, un buen rato. Pensaba en Natalia, en su padre y en la crueldad de su madre.

También en cuán culpable era ella de todo eso. Él le había dicho hacía un tiempo: «Podés pasar la vida fundando tu felicidad sobre la infelicidad ajena, pero eso solo te va a hacer infeliz». Sabía que tenía razón y presentía que su madre estaba haciendo justamente eso.

Reaccionó cuando recibió un mensaje de su padre.

Hola, Cami. Te debo una explicación. Natalia no trabaja más en el colegio. Por favor, no uses más el teléfono en clases. No quiero que me llamen este año porque te portaste mal o porque no estudiás. ¿Te acordás de que quedamos en eso?

Le dio miedo decirle a su padre que ya estaba al tanto de la nota que había enviado su madre. Aunque intuía que él también la conocía, cabía la posibilidad de que no se hubiera enterado, y no quería enemistarlos más todavía. ¿Qué debía hacer? Callar era avalar la injusticia.

Sí, me acuerdo. Te mando un beso, respondió.

Después de meditar un rato, se levantó y se sentó frente a la computadora. Abrió el Word y se dispuso a redactar ella también una nota. El problema era que no tenía idea de cómo comenzarla. Su medio de comunicación eran los mensajes breves y desestructurados del chat, no los formatos anticuados de los padres. No podía escribir como en el celular, tenía que seguir ciertas formalidades, de modo que investigó en Internet. Pasó dos horas leyendo páginas con explicaciones de cómo redactar una carta formal.

Cuando consideró que había reunido información suficiente, volvió a leer la nota de su madre para imitar el estilo e inició la propia. La releyó y la corrigió varias veces hasta que se sintió conforme. Entonces la imprimió y la leyó en voz alta.

A las autoridades del colegio:

Los alumnos de la escuela queremos manifestar nuestro desacuerdo con el despido de la profesora de Literatura Natalia Escalante. Consideramos que es

una buena profesora, que se preocupa por nosotros y que sabe mucho de su materia, por eso pedimos su reincorporación, sin intención de ofender a la nueva.

Saludan cordialmente,

Los alumnos de la escuela.

Llevó la nota al colegio al otro día, pero no se animaba a mostrarla. Durante la hora de Físico-Química, se atrevió a sacarla de la carpeta y contarle de ella a Luna.

—¿Firmarías esto? —le preguntó en voz baja.

Le pasó el papel por debajo del banco, entre la tabla periódica y unas hojas de carpeta, y Luna lo leyó muy rápido. Al terminar, preparó la lapicera.

—Sí —respondió. Camila sonrió. No pensó que sería tan fácil.

—¿Por qué? —interrogó. Luna se encogió de hombros.

—Porque la nueva no me gusta —contestó. Camila negó con la cabeza.

—¡No! No se trata de hablar mal de la nueva, sino de hablar bien de Natalia —explicó.

—¡Trabajen! —exclamó el profesor.

Camila se disculpó y se concentró en hacer la tarea. Un momento después, Luna le devolvió la nota. Había firmado y al lado había añadido: «Firmo porque Natalia explicaba muchas veces para que entendamos».

Pasó el recreo dando vueltas, llevando el papel de un alumno a otro, hasta que se llenó de firmas y razones, y entonces tuvo que inaugurar otra hoja.

«Firmo xq hacía chistes malos en clase pero por lo menos no era como otros ortibas», escribió un chico de tercero.

«Firmo porque un día me escuchó cuando tenía un problema», escribió una chica.

«Firmo porque siempre me llevaba la materia pero ella era buena», «firmo porque sí», «firmo porque explicaba bien», y así proseguía la lista, que después de una semana había reunido en total ciento cuatro firmas.

Por último, Camila añadió su razón al lugar donde había escrito su nombre.

«Firmo por todo lo que aprendí de ella. Firmo porque me dio un abrazo cuando más lo necesitaba».

Tenía la carta y ciento cuatro firmas, pero aun así se sentía desesperanzada. Con la excusa de que eran chicos y no sabían nada de la vida, los adultos siempre tenían la razón, y los alumnos nunca eran escuchados. Mucho menos en esa escuela.

A pesar de todo, al día siguiente golpeó a la puerta de la dirección acompañada por el presidente del consejo de estudiantes. La secretaria se asomó.

—Disculpe, ¿podríamos hablar con la directora? —preguntó.

—¿Por qué asunto es?

—Queremos darle algo.

—Dejámelo a mí. Ahora está ocupada.

Camila dudó. No era su intención entregar la nota en las manos equivocadas y que se extraviara.

—¿Podemos esperarla? —pidió.

—Sí, claro. Pero va a tardar, eh —les avisó la mujer, y se volvió a la oficina.

Tuvieron que esperar casi todo el recreo. Les permitieron pasar recién un minuto antes de que tocara el timbre para regresar a clases.

—¿Qué necesitan? —les preguntó la directora, haciendo a un lado una carpeta sobre su escritorio abarrotado de objetos. En cuanto los ojos de la mujer la observaron con detenimiento, Camila se puso nerviosa.

—Queremos darle una nota —explicó, ofreciéndole los papeles.

—¿Por qué asunto es? —interrogó la directora, sin recogerlos—. ¿Me explicás un poco? No sé si hoy tengo tiempo para leerla.

Camila pestañeó. Por un instante no supo qué hacer.

—Es sobre Natalia Escalante —contestó mientras volvía a ofrecerle los

papeles.

La directora negó con la cabeza, bajó la mirada y comenzó a rellenar un formulario con el que estaba trabajando.

—Ese tema no es asunto de ustedes —replicó—. Para nosotros ya está cerrado.

—¿Ni siquiera va a leerla? —interrogó Camila, molesta. El sonido del timbre se superpuso a su pregunta.

—Tocó el timbre, vayan al aula —ordenó la directora.

—El consejo de estudiantes me respalda —le hizo saber Camila—, y es obligación que usted acepte leer sus pedidos y sugerencias.

La mujer alzó la cabeza y le dirigió una mirada reprobatoria. Enseguida se volvió hacia Ramiro, el abanderado de sexto año A.

—¿Por qué estás involucrado en esto, Ramiro? —interrogó. Antes de que el chico pudiera responder, se concentró en el pañuelo blanco con detalles negros que Camila llevaba anudado en la muñeca y en otros accesorios—. ¿Por qué te atás un pañuelo que no corresponde al uniforme, Camila? ¿Y por qué llevás esas chapitas colgando del cuello? ¿Qué sos, un soldado? Sacate todo eso. Y cortate el pelo como corresponde, ese corte que llevás es desprolijo y cuando te hacés la colita parece que abajo estuvieras rapada. En cuanto a la carta, dejala ahí si querés. —Señaló vagamente el escritorio—. Cuando pueda la leo. Ahora vayan al aula.

Camila miró la pila de hojas y carpetas que había sobre el escritorio y se negó a que la nota que tanto trabajo le había costado elaborar se perdiera en ese mundo de obligaciones. La guardó en el bolsillo del buzo y se retiró de la oficina seguida por su compañero, sin dar respuesta sobre su atuendo.

Mientras subían las escaleras, él la miró sonriente. Para ella, en ese momento Ramiro era un traidor que no se había animado a abrir la boca.

—Podrías postularte para las elecciones de este año —le sugirió él.

—¿Yo, en el consejo de estudiantes? —replicó Camila, incrédula.

—Sí, serías muy buena.

Camila hizo un gesto de desinterés y se apresuró a volver al aula. Le

molestaba que la directora se hubiera deshecho de su nota de una manera u otra y que Ramiro no se hubiera involucrado un poco más en la lucha. Por un rato, mientras el profesor de Historia hacía un resumen de la Argentina de Rosas en el pizarrón, se acordó de «Boulevard of Broken Dreams», su canción favorita, y pensó que sus sueños también se rompían y que caminaba sola por una calle vacía. Sintió que, de cualquier modo, la reincorporación de Natalia era una batalla perdida. Aunque ella llegara a entregar la carta a la directora, estaba segura de que la mujer la leería entre risas, y los papales acabarían en el cesto de basura.

Tenía que generar una acción de la que no pudiera escapar, algo grande que llamara la atención. Desistir habría significado darle la razón a su madre y a la directora, y que la nota y las firmas de los estudiantes perdieran importancia. Junto con ellas, también se menospreciarían sus ideas.

Durante el segundo recreo, se encerró en el baño, abrió el chat de su curso y escribió un mensaje:

Mañana, sentada masiva en el patio durante el primer recreo por el despido de Natalia Escalante, la profesora de Literatura. Pasen el mensaje.

Las dos últimas horas de clase escuchó las repercusiones de su propuesta. Algunos le decían que estaba loca. Otros, que era un genio. Nadie había asegurado que la apoyaría. Esperaba tener el valor de ser la primera en sentarse en el patio y que los demás la siguieran. Se podía sancionar a una alumna, pero no a la mayoría. El éxito de la campaña dependía de la cantidad de compañeros que se sumaran a la protesta.

A la una menos diez, salió del colegio y esperó a su hermano para ir con él a la parada del colectivo. Su madre le había avisado que no iría a buscarla y que no pensaba pedir a su padre que lo hiciera. Camila comprendió que a partir de ese día tendría la responsabilidad de cuidar de Tomás y de ella misma, y la asumió sin protestas.

—¿Estás segura de que queda para acá la parada? —le preguntó Tomás,

cruzando detrás de ella.

Camila lo miró por sobre el hombro. Redujo la velocidad de la caminata en cuanto notó que su hermano debía apurar el paso para seguirle el ritmo.

—Primero vamos a pasar por otro lado —explicó—. No tenés que decir nada.

—¡No quiero! —exclamó él—. Papá se va a enojar.

—Papá ni sabe que mamá ahora nos hace volver solos.

—Y no se lo tenemos que decir, ¿no?

Camila se detuvo el tiempo suficiente para que su hermano llegara junto a ella y la mirara desde su metro veinte de estatura. Se sorprendió de la claridad con la que acababa de darse cuenta de que, sin querer, Tomás estaba aprendiendo que era bueno mentir.

—Sí, por supuesto que se lo vamos a decir —contestó, tratando de contrarrestar las malas enseñanzas—. Podemos confiar en papá.

Siguió caminando y tomó del antebrazo a Tomás para cruzar una calle transitada. Lo soltó en las escaleras que conducían al edificio de la biblioteca.

—¿Vamos a la biblioteca? —preguntó el niño, frunciendo el ceño.

—No, a la librería que funciona en la planta baja —aclaró Camila, adentrándose en el lugar. Antes de dirigirse al empleado que esperaba detrás del mostrador, se inclinó hacia su hermano—. Esto sí que debe ser un secreto, sobre todo para mamá. ¿Cuento con vos?

Tomás asintió y la siguió hasta el mostrador.

—Hola —saludó Camila. El empleado dejó de prestar atención al libro que tenía entre las manos y la miró por sobre sus gafas de marco grueso—. Estoy buscando un libro. *Camino al placer*, de Natalia Escalante. Si lo tiene, me lo llevo.

Salió feliz con su libro en la mochila, y Tomás, a su lado.

—¿Lo vas a leer? —preguntó él.

—No, lo compré para hacer el asado del domingo —bromeó Camila. Al instante se arrepintió y, riendo, decidió responder en serio—. Sí, claro que lo voy a leer, Tomi.

—¿Y lo puedo leer yo también? —preguntó él, entusiasmado.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es para chicos.

Una vez en casa, cerró la puerta de su cuarto y se arrojó sobre la cama. Tenía tarea de Geografía, pero no aguantaba las ganas de leer el libro de Natalia. Hasta suspendió *Los juegos del hambre*, con lo mucho que le gustaba, para saber quiénes eran Nadia y Fabián, los protagonistas de la novela. Solo con la dedicatoria asoció a su padre con el personaje masculino, porque una energía peculiar la llevaba a ensamblarlos. Podía imaginarlo en el bar, tal como describía el libro, donde concurría todos los viernes con sus amigos. También a Natalia en una escuela, dando clases. Incluso se encontró a sí misma, y no paró de reír con lo tonta que le parecía que era el año anterior.

Dejó de imaginar a su padre y a Natalia en cuanto apareció la primera escena de sexo. Superpuso a sus caras las de dos actores que se les parecían. No quería saber nada de su padre y de Natalia en ese contexto.

Llegó hasta el capítulo diez. Suspendió la lectura a regañadientes para hacer la tarea antes de ducharse, cenar e ir a dormir. Esa noche, después de apagar la luz, envió un mensaje de texto a su padre. Quería reunirse con él para contarle que había estado leyendo el libro, tal como habían acordado. Arreglaron almorzar juntos al día siguiente.

A la mañana, en la escuela, todos hablaban de ella. Y Camila se sentía como una terrorista a punto de poner una bomba.

—¿Lo vas a hacer? —le preguntó Luna en susurros, mientras la profesora de Derecho devolvía las evaluaciones de diagnóstico. Camila asintió con la cabeza —. ¿Estás segura? ¿Y si te metés en un problema?

Camila ya había pensado en eso muchas horas. No quería que el temor la paralizara y creía que, si todos colaboraban, nadie saldría perjudicado.

—Sí, lo voy a hacer. Y espero que, como mi mejor amiga, me acompañes — replicó.

—Sí, por supuesto —prometió Luna.

Sin embargo, cuando llegó el primer recreo, puso la excusa de que tenía que ir

al baño y desapareció.

Camila estaba nerviosa, le transpiraban las manos y movía las piernas mientras esperaba a su compañera. Miró la hora en el celular a escondidas. Si su amiga no aparecía, en cinco minutos el recreo acabaría, y la sentada jamás se realizaría. Algunos compañeros que sabían que el mensaje había partido de ella le preguntaron si iba a hacerla o no. Respondió que sí, pero no se atrevió a moverse. Al parecer, si ella no iniciaba la acción, nadie se atrevía. Esperaba que alguno hiciera eco del mensaje y la siguiera.

Cansada de esperar a Luna, reunió coraje, apretó la nota y los papeles con las firmas en el bolsillo y se dirigió al medio del patio. Eligió una baldosa, dobló las rodillas y terminó sentada en el suelo.

En un principio, se sintió muy incómoda. Como no era una de las mejores estudiantes ni entraba en el grupo de los peores, solía pasar desapercibida. No estaba acostumbrada a llamar la atención. Allí, en cambio, estaba a la vista de todos. Muchos la observaban, pero nadie se acercaba, y eso la hizo sentir mal. *Por favor, no quiero ser «la loca meditando en el patio» el resto de la secundaria,* pensó.

Cuando creía que todo estaba perdido, un chico de quinto A se sentó junto a ella.

—Mi mamá leyó el libro y le gustó —explicó. Ella le sonrió. *Gracias,* pensó.

Luna fue la segunda en sentarse, del otro lado. *Menos mal. Me estaba cuestionando hasta qué punto era mi mejor amiga,* pensó Camila.

Poco a poco, más alumnos se fueron sumando, hasta que colmaron la mitad del patio, todos detrás de ella. Camila miró alrededor. Era un logro: serían al menos cien.

—¿Qué pasa? —preguntó la preceptora. El timbre se superpuso a su voz.

Nadie se movió, ni siquiera los estudiantes que no se habían sentado y observaban la escena con curiosidad, haciendo comentarios entre ellos.

—¡Al salón! —gritó el preceptor. Nadie se movió.

Unos minutos después, el patio se había llenado de profesores y alumnos, intrigados por comprender qué se traían los chicos entre manos. Aunque los

preceptores habían preguntado, solo mencionaban a Natalia y algo de una nota, sin más explicaciones. Jamás había ocurrido nada semejante en el colegio, y todo era confusión.

Las últimas en llegar fueron la secretaria, la vicedirectora y la directora.

—¿Qué está pasando acá? —preguntó la directora de mal modo—. ¡Al aula ya mismo! Si no, los sancionamos a todos.

Camila se puso de pie, y aunque estaba nerviosa, tragó con fuerza y avanzó hasta ella con los papeles en la mano.

—Solo queremos que acepte esta nota referida al despido de Natalia Escalante, la profesora de Literatura —dijo, aunque le temblara la voz.

La directora apretó los dientes. Le sostuvo la mirada un momento y le arrebató las hojas de las manos.

—Ya se salieron con la suya —masculló—. Ahora, vos vas a dirección. El resto, ¡al aula! —exclamó.

Mientras todos se levantaban, Camila suspiró. Si bien sabía que había desafiado un capricho de la directora, no había quebrado las normas. Tan solo se había sentado en el patio para que ella aceptara una nota. Recibirla con la atención que merece una propuesta de los estudiantes era su obligación.

Un chico que también se había sentado cerca de ella le pasó por al lado y le deseó suerte.

—No va a jugar un partido de fútbol, así que ahórrese el espectáculo, Giménez —le pidió la directora. Estaba que trinaba.

Lo primero que hizo cuando Camila se sentó frente al escritorio de su oficina fue solicitarle que se quitara el pañuelo de la cabeza y las chapas que colgaban de su cuello.

—También las pulseras y los aritos —dijo.

—¿Los aritos? —preguntó Camila, que ya se estaba quitando lo demás.

—Ya te expliqué que te pueden lastimar una oreja si te los ponés y alguien se engancha.

—Hoy no tenemos Educación Física.

—Una vez más que me contestes en lugar de hacer lo que te pido y llamo a tus

padres para que te vengan a buscar ahora mismo.

Camila se quitó todas sus pertenencias y contempló con disgusto cómo la directora extendía una mano para que se las entregara. Le hubiera gustado hacer unos cuantos reproches, pero su padre había sido muy estricto respecto de faltarle el respeto a los mayores, así que entregó todo sin protestar. La mujer arrojó sus objetos preciados en una bolsa y la bolsa a un cajón. Hizo fuerza para cerrarlo, las correderas necesitaban una reparación.

—¿Me podés explicar qué significa eso que hiciste en el patio? —indagó con los dedos cruzados sobre el escritorio. Camila tragó con fuerza.

—Por favor, lea la nota —se atrevió a solicitar.

La directora desplegó el papel y lo leyó en medio segundo.

—No te voy a dar explicaciones sobre el despido de Natalia Escalante, Camila —replicó.

—No le pedimos explicaciones, sino que...

—Ya te dije que para nosotros esa profesora es un asunto cerrado. ¡Marisa! —exclamó, llamando a la preceptora. La chica se asomó—. Traé el cuaderno de comunicaciones de Camila, por favor. —Volvió a dirigirse a ella en voz baja—. Quiero a tus padres mañana mismo en la escuela. A los dos. Vamos a conversar seriamente con ellos.

El alma de Camila se derrumbó. No quería llevarle problemas a su padre ni soportar a su madre. Al parecer, nada de lo que hacía era bueno, y estaba cansada de recibir dobles mensajes. Los adultos le parecían hipócritas y caprichosos, exigentes y embusteros.

Al mediodía, salió de la escuela con su hermano. Como el recreo de la primaria era en otro patio, él no tenía idea de lo que había pasado. Esperaba encontrar el auto de su padre, pero en cambio halló un mensaje suyo en el celular.

*Perdoname, Cami, pero tengo trabajo atrasado en la fábrica y no puedo salir.
¿Podemos almorzar mañana?*

No podía esperar, así que respondió:

Tiene que ser hoy. ¿Puedo ir a la fábrica?

¿Tu mamá te fue a buscar? La estoy llamando, pero no atiende.

¿Puedo ir?

Sí, claro. Te espero.

Mientras viajaba en el colectivo y su hermano hablaba del colegio, recibió dos videos de lo que había pasado en el patio. En uno, ella estaba sentada, y se sumaba el chico de quinto A. En el otro, se levantaba para darle la nota con las firmas a la directora.

Suspiró y cerró los ojos. Había actuado movida por los sentimientos, y ahora tendría que afrontar las consecuencias.

—¿Te cuento? —preguntó su hermano, jalando de la manga de su remera. En ese momento se dio cuenta de que no había escuchado nada de su relato.

—Sí, contame —respondió para ponerse al tanto.

—Ian me dijo que me la prestaba, pero a mí no me gusta su carpeta.

¿De qué hablaba? No tenía idea.

Dejó a Tomás en casa con un sándwich y un vaso de jugo y tomó el colectivo que la dejaba a unas cuadras de la fábrica.

Su padre la recibió en la oficina con un abrazo y se sentaron al escritorio. Desbordaba de papeles, como el de la directora. Ser adulto era muy pesado.

—Viniste rápido y con el uniforme. ¿Almorzaste? —le preguntó Julián. Por la expresión de Camila, intuía que estaba preocupada.

—No. ¿Y vos?

—Tampoco. No podés estar sin comer. ¿Pido una pizza?

—Esperá. Te tengo que contar algo.

Julián se puso pálido. *Por favor, que no esté embarazada*, pensó en un

microsegundo. *Que no ande en las drogas, que ningún tipo se haya propasado con ella, que no...*

—Sí... —murmuró, procurando disimular lo que estaba pensando. ¿Le saldría bien la cara de póker? Necesitaba que Camila se sintiera en confianza para que no se arrepintiera de contarle lo que le pasaba.

—Mañana tenés que ir al colegio.

Julián soltó el aire de golpe. *Gracias, Dios. Gracias.*

—¡Camila! —exclamó—. ¿Otra vez como el año pasado? Recién estamos en abril. ¿Qué me espera?

—¿Puedo seguir hablando?

—Sí, claro. ¿Qué hiciste?

Extrajo el celular del bolsillo y buscó el primer video.

—Quiero que te enteres por mí, no por la directora, porque ella va a acomodar la realidad a su conveniencia.

Julián no emitió palabra, pero le pareció que lo que estaba haciendo su hija era otro paso hacia la madurez que se vislumbraba en ella desde hacía un tiempo. Ese acto de valentía merecía el premio de la confianza, así que asintió en silencio y recogió el teléfono que Camila le ofrecía. Ella activó el video. Se notaba que había sido filmado a escondidas. Estaba sentada en el patio. Algunos alumnos la observaban, y uno se sentó a su lado. Solo eso.

—¿Qué significa esto? —preguntó Julián, frunciendo el ceño.

Camila hizo pasar dos imágenes. Se sonrojó cuando en una de ellas apareció besándose con Octavio.

—Perdón —murmuró.

Julián estaba boquiabierto.

—¿Estás saliendo con el hijo de mi amigo? —preguntó.

—Ese no es el punto —replicó Camila.

Quería que se la tragara la tierra. No era capaz de distinguir el alivio que sentía su padre al saber que al fin le gustaba un chico estudioso y responsable y no los mismos vagos de siempre.

Activó el siguiente video, el que tenía los datos contundentes. En él se la veía

ponerse de pie, dirigirse a la directora y entregarle los papeles mientras le explicaba que era la nota por el despido de Natalia.

Julián se respaldó en el asiento y se pasó una mano por la cara.

—Cami... —murmuró, descansando los codos en los apoyabrazos—. Explicame bien qué pasó.

—Mamá envió una nota al colegio para que despidieran a Natalia. Yo hice una diciendo lo que pensamos los alumnos. Conseguí más de cien firmas. La directora se negó a recibirla, entonces organicé una sentada masiva en el patio. Es su obligación recibir las sugerencias del centro de estudiantes, y el presidente me avalaba.

«Centro de estudiantes», «sentada masiva», «avalaba». No supo si estaba hablando con una adolescente o con una adulta. Supuso que así se sentía verla crecer.

—¿Puedo leer tu nota? —pidió. Necesitaba cerciorarse de que su hija no le había faltado el respeto a nadie.

Camila buscó en el celular la foto que había sacado a la nota antes de entregarla y Julián la leyó. Lo primero que hizo antes de darle una devolución fue apartar del asunto sus sentimientos por Natalia.

—Camila, lo que haya hecho tu mamá no es tu culpa —dijo, dejando caer la mano que hasta ese momento había tenido sobre el mentón.

—Sí lo es —objetó ella—. Mamá se enteró de tu relación con Natalia y del libro porque yo estaba mirando en casa el video del programa de televisión en el que lo presentó.

—Aun así, vos no tenés la culpa de lo que haya hecho tu madre con eso. En cuanto a la nota y la sentada... —Calló un instante, sin tener idea de cómo continuar. Que los alumnos de Natalia se hubieran movilizado por ella lo hacía sentirse bien, pero a la vez tenía que explicarle a su hija por qué lo que había hecho estaba mal—. ¿Qué querías lograr con eso? —indagó.

—¡Justicia! —exclamó ella—. Está mal lo que hizo mamá.

No tenía nada sólido con qué refutar ese argumento. Cualquier cosa que dijera sería una hipocresía propia del universo adulto, pero tenía que hacerlo.

—Sí, que hayan despedido a Natalia es injusto. Pero no podemos hacer nada al respecto.

—¿Cómo que no? Si mamá pudo hacer que la despidieran con una carta...

—Camila —la interrumpió—. Las autoridades de la escuela no van a modificar su decisión porque ustedes quieran que Natalia vuelva. Tenés que entender que nada de lo que hagas tendría sentido y que solo te perjudicaría.

—¿Por qué?!

—Porque así son las cosas.

—Pero está mal. Es injusto. ¡Es una dictadura!

—Te puedo garantizar que lo que está pasando en tu escuela no se acerca ni por casualidad a una dictadura. Empecé la secundaria con los militares en la puerta del colegio y profesores desaparecidos. Eso era una dictadura. Esto es solo uso de la autoridad. Y aunque se equivoquen, para eso están.

—¿Entonces qué tengo que hacer? ¿Agachar la cabeza? ¿Dejar que mamá se salga con la suya? No puede arruinar la vida de alguien solo porque se le da la gana.

—Contame: ¿solés opinar de otras personas en las redes sociales?

—¿Qué tiene que ver eso?

—¿Lo hacés? —Camila asintió—. ¿Y alguna vez te preguntaste si lo que estás diciendo, o lo que dicen los demás, será cierto? Tal vez solo sea tu opinión personal y la de muchos otros, pero puede que no sea la verdad. Lo mismo pasa en el colegio. Juzgaron para mal, y no podemos hacer nada para detenerlos.

Camila permaneció un momento en silencio, mordiéndose el lado interno de la mejilla.

—Me sacó mis cosas. Mi pañuelo, mis aros, mis chapitas...

—Mañana se las pido.

Se contemplaron un instante en silencio, tratando de llegar a un acuerdo. Finalmente, ella hurgó en la mochila y extrajo el cuaderno de comunicaciones. Se lo entregó en la página donde estaba la nota de la directora. Julián la leyó y la firmó sin objeciones.

—¿No me vas a decir nada más? —preguntó ella. Estaba esperando el reto.

—Que me debés un helado por tener que soportar la cara de vinagre de tu directora mañana por centésima vez en mi vida —contestó Julián.

Camila soltó una carcajada. Su padre jamás le había hablado mal de las autoridades del colegio, y si ella decía algo, la regañaba.

Presintiendo lo que su hija estaba pensando, él la apunto con el dedo.

—Cuidado que te vaya a oír hablando mal de ella —le advirtió. No sabía hasta qué punto podía liberarse al hablar con Camila como lo hacía con los adultos.

Camila negó con la cabeza, prometiéndole en silencio que no hablaría mal de nadie.

—Te tengo que contar otra cosa —anunció. *Dios mío, otra vez no*, pensó Julián con desesperación. Guardó silencio, mirándola sin alzar la cabeza, en espera de la siguiente confesión—. Estoy leyendo el libro de Natalia. Voy por el capítulo diez. Te aviso porque me pediste que lo hiciera. Dijiste que si lo leía, querías discutirlo conmigo.

Julián respiró profundo. Esperaba no haberse sonrojado, porque en su interior, se moría de vergüenza.

—¿Te está gustando? —preguntó.

—Sí —contestó Camila, y rio—. Es un poco... *hot*.

—Es importante que entiendas que, aunque esté basado en hechos reales, es ficción. ¿Sabés lo que significa la palabra ficción?

—Sí, Natalia nos la explicó en cuarto año. Pero se siente muy real. Me gusta cómo te describió. Me río mucho con la hija de Fabián, es igual a mí el año pasado. Una estúpida.

—No creo que sea estúpida. Tiene quince años y madura mucho a lo largo de la historia.

—¡No me hagas *spoilers*!

—¿Qué no te haga qué?

—¡Ay, papá! ¿Cómo no sabés lo que es un *spoiler*? ¿Y vos decís que sos un buen lector? Son adelantos que te arruinan la lectura, la serie o la película que estés mirando.

Julián asintió, procurando memorizar el término nuevo, y llevó la

conversación hacia el camino que le interesaba.

—Si hay algo que te disguste del libro o que te haga sentir incómoda...

—No —contestó Camila, negando con la cabeza, y volvió a reír—. Hay partes que me dan un poco de vergüenza, pero ni loca pienso que los de esas escenas son Natalia y vos. Además, creo que la historia pasa por otro lado. No sé, todavía no puedo decir mucho porque recién llevo leídos diez capítulos, pero me parece que lo más importante no es eso.

—No es eso, te lo aseguro. Aun así, si en algún momento te sentís incómoda con algo, quiero que me lo digas. También quiero que me avises cuando termines de leerlo.

—Bueno.

Julián no quería pedirle que le ocultara información a su madre, pero en ese caso le pareció lo más conveniente.

—¿Dónde lo guardás? —preguntó.

—Lo tengo en la mochila.

—Si tu mamá...

Camila comprendió la sugerencia sin que su padre tuviera que terminarla.

—Ya sé —lo interrumpió—. Voy a tener cuidado. Si veo que es peligroso tenerlo en casa, lo guardo en la tuya. Pero es mío, eh. Y quiero que Natalia me lo firme.

A la mañana siguiente, Julián estuvo en el colegio, sentado junto a Sabrina, frente a la directora y, a un costado, Camila.

—Los citamos porque ayer Camila tuvo una actitud que perjudica el desenvolvimiento de las clases en la escuela.

—No lo creo de mi hija —intervino Sabrina.

—Si me permite explicarle...

—Usted está diciendo que mi hija privó de su derecho a estudiar a los demás alumnos, y eso es un delito. Camila es menor de edad, usted no puede acusarla de un delito.

—Camila presentó esta nota e hizo que la mitad de los estudiantes se sentaran en el patio después del primer recreo para no ir a clases.

Camila levantó la cabeza de inmediato y miró a su padre. Se habían sentado antes de que tocara el timbre y no había sido para perder clases, sino porque la directora se había negado a recibir la nota antes. Julián la observó con la cabeza gacha y la frente arrugada, y ella se dio cuenta de que su padre estaba de lo más aburrido. ¿Acaso siempre se aburriría cuando tenía que ir al colegio? ¿Por qué nunca se había dado cuenta hasta ahora?

Sabrina leyó la nota y la fulminó con los ojos.

—Camila... —murmuró.

—Deberían conversar con su hija para que la vida privada de sus padres no interfiera con la escuela —solicitó la directora.

—¿Vos te metiste en un problema por defender a esa chica o para llevarme la contra? —preguntó Sabrina, sin atender el pedido de la señora.

—Exactamente —arremetió la mujer—. No queremos que los aprendizajes de

Camila se vean perjudicados por tomar partido por la novia de su padre.

—Por mi novia no —refutó Julián con serenidad, pero con firmeza—. Por su profesora.

Sabrina giró hacia él sacudiendo el papel.

—Te das cuenta de que esto es tu culpa, ¿no? —le reprochó.

—No es culpa de papá —intervino Camila—. Puedo pensar por mí misma, puedo entender por qué mandaste una nota para que despidieran a Natalia.

—Camila —intervino la directora—. El despido de Natalia Escalante no te incumbe.

—Mi educación me incumbe —replicó ella de mala manera.

—¡Ey! No —exclamó Julián, alzando el dedo índice en dirección a ella. Camila guardó silencio y bajó la cabeza, aunque se atragantara con todo lo que quería decirles a la directora y a su madre.

—No se preocupe, esto no va a quedar así —prometió Sabrina.

Julián la miró sin poder creerlo. Su ex siempre defendía a Camila frente a las autoridades del colegio, sin importar lo que hiciera. Ahora, solo porque el problema tenía que ver con Natalia, tomaba la actitud contraria.

—Yo ya hablé ayer con Camila y le garantizo que nada como esto va a volver a ocurrir —explicó Julián a la directora—. Si tiene que sancionarla por lo que hizo ayer, hágalo. Aceptamos las normas del colegio.

Camila no lo sabía, pero su padre también se atragantaba con todo lo que quería decir. Esa mujer había herido a Natalia con injustas especulaciones sobre su libro y juicios de valor sobre su persona, y tenerla delante le generaba indignación.

—La próxima vez que Camila rompa con el acuerdo de convivencia, tendremos que suspenderla.

—Eso está prohibido —discutió Sabrina.

—La escuela tiene un reglamento interno —respondió la directora—. Lo aceptó cuando firmó el acuerdo de convivencia.

Julián volvió a intervenir antes de que Sabrina la refutara otra vez sin tener razón.

—No va a ser necesario —aseguró—. Camila me dijo que ayer usted se quedó con algunas de sus pertenencias. Las necesito, por favor.

—No puede venir al colegio con *bijouterie*, se puede lastimar. En cuanto a los pañuelos, no son parte del uniforme, y están restringidos en el acuerdo de convivencia.

—Tampoco va a venir más con todo eso —prometió Julián. Camila le lanzó una mirada suplicante de la que él no se hizo eco.

La directora asintió y le solicitó a Camila que volviera al aula. Mientras esperaban que la mujer les llevara los objetos de su hija, Sabrina increpó a Julián.

—Todo es tu culpa. ¡Le estás llenando la cabeza en mi contra a mi propia hija!

—Si te preocuparas más por tus acciones que por las de los demás, entenderías que no se trata de eso.

—Tu hija se metió en un problema por culpa de tu novia.

—Por supuesto, no es culpa de tu carta y de tu actitud repulsiva —replicó él. Sabrina rio.

—Podés estar enceguecido por esa cualquiera, pero yo no.

Julián apretó los dientes. *No te enojas, es lo que ella quiere*, pensó, pero le resultaba imposible ignorar que estaba insultando a Natalia.

—Pensaba que mi vida no te importaba en lo más mínimo —soltó.

—No me importa, pero sí la de mis hijos. No quiero que la vean. No quiero que estén cerca de ella. Y si vos vas a seguir actuando como un pelotudo por esa pendeja, tampoco quiero que te vean a vos.

El regreso de la directora le impidió responder a su ex mujer. Recogió la bolsa con los objetos de Camila, le dio las gracias y se retiró, respirando con agitación.

Quería entender a Sabrina. Quería descubrir por qué se empeñaba en poner palos en la rueda como cuando él intentó abrirse camino con su propio negocio. Esa etapa marcó el declive definitivo de su matrimonio.

No estaba enceguecido por el amor que sentía por Natalia, sino que lo había estado cuando se había enamorado de Sabrina. Por primera vez se le ocurrió que el fracaso de su negocio propio no había sido solo su culpa, sino también de su

ex esposa. Ella jamás lo había apoyado, no había confiado en él y se había empeñado en repetirle cada maldito día que jamás debió haber dejado la fábrica de su padre, que estaba haciendo un mal negocio, que no era capaz de llevarlo adelante solo.

Subió a su auto y guardó los objetos de Camila en la guantera. Mientras encendía el motor, recordó otros momentos de su matrimonio, mucho antes de que se le ocurriera irse de la fábrica e intentar dirigir su distribuidora. Tal vez Sabrina siempre había sido igual, solo que él la había idealizado. Desde que era su novio la había admirado como a una mujer inalcanzable que, aun así, estaba a su lado. Tenía estudios, era inteligente, atractiva, y provenía de una familia que siempre lo había hecho sentir el chico del reparto, sin importar a qué se dedicara con el correr de los años. Y Sabrina se había sentido cómoda ocupando una posición superior a él. Era su zona de confort, y que él intentara crecer la desestabilizó. Por eso hizo hasta lo imposible para que su negocio fracasara hasta que lo consiguió.

Cuando estaba con Natalia, en cambio, se sentía importante y poderoso. Le bastaba su mirada para transformarse en una persona segura y valiente, más parecida a quien había sido a sus veinte años, cuando se había atrevido a acercarse a Sabrina, que al hombre en el que se había convertido estando casado.

Había admirado. Ahora admiraba y lo admiraban, y no cambiaría eso por nada del mundo.

Cuando salió de la escuela, Camila puso los ojos en blanco. Sabía lo que le esperaba al subir al automóvil de su madre.

—Decime una cosa, nena. ¿En qué estabas pensando?

«Nena». Así la llamaba Martín, la pareja de su madre. Odiaba que a ella se le hubiera pegado esa maldita costumbre. Primero, porque le sonaba despectivo.

Segundo, porque ella ya no era una nena.

—No me llames «nena» —pidió.

Sabrina la sorprendió dándole una bofetada. Camila se llevó la mano a la mejilla con la boca abierta, no podía creer que su madre acabara de golpearla.

—¡Me pegaste! —gritó.

—Si seguís empeñándote en faltarme el respeto, te voy a tener que acomodar como sea.

—¿Mandar una carta como hiciste vos es faltarte el respeto?

—Contestar es faltarme el respeto. Ponerte en mi contra delante de tu padre y de las autoridades del colegio es desafiarme. Lo estás haciendo a propósito, pero no te vas a salir con la tuya. ¿Quién te creés que sos? Tenés dieciséis años, ¿qué sabés de la vida? Te creés adulta y sos una inmadura caprichosa.

—¡Me pegaste! —repitió Camila, sollozando, angustiada—. No soy una nena, no podés golpearme.

—Soy tu madre, y mientras mantengas esta actitud desafiante, ya te dije que te voy a acomodar como sea. Que no me entere de que volvés a meterte en un problema o que tenés algo que ver con esa profesora.

—¡Basta! —exclamó Tomás desde el asiento de atrás—. No se peleen más.

Aunque quería seguir contestándole a su madre, Camila guardó silencio. Giró la cabeza y miró por la ventanilla mientras se escurría una lágrima. La mejilla ya no le ardía. El alma le dolía mucho más.

—¡Treinta y tres con cuarenta centésimos! —gritó Natalia con el brazo en alto, capaz de matar o morir en un nuevo intento por obtener horas de clase.

Se aproximó al mostrador y allí encontró que tenía competencia. Una rubia de cabello muy largo pretendía arrebatarse el puesto. La miró y le espetó su número. La otra retrocedió.

Bajó la mirada y leyó que las únicas horas disponibles correspondían a una escuela de un barrio que desconocía. Por la zona dedujo que era un lugar alejado y peligroso, por eso dudó. Suspiró, sin saber qué hacer.

—¿Las tomás o seguimos? —la apuró la empleada.

Natalia miró alrededor; la rubia le respiraba en la nuca, y al menos siete más esperaban su turno para conseguir un puesto. Solo por eso no se atrevió a rechazar las horas. Quizás la semana siguiente no encontrara ofertas nuevas, y ansiaba trabajar. Necesitaba dejar de sentir que había desperdiciado su carrera y, además, debía llevar algo a su madre. No quería gastar sus pocos ahorros ni aceptar dinero de Julián.

—Las tomo —dijo sin pensar más. No podía desperdiciar tres horas en un sexto año para una suplencia de cuatro meses.

Llegó a casa con mejor ánimo que los días anteriores y pasó la tarde planeando qué haría con el grupo el primer día. A las siete, Julián le avisó por mensaje que llegaría a las nueve, entonces preparó la cena.

—¡Conseguí tres horas! —exclamó ni bien lo vio entrar.

La mañana lo había desanimado, pero volver a ver a Natalia y hallarla contenta lo puso de buen humor. La alzó mientras la felicitaba entre risas y la llevó al comedor.

—¿Adónde? —preguntó.

—En el acto público. Casi le arranqué los ojos a una rubia teñida, pero las conseguí. ¡Son más por cuatro meses! —exclamó.

—¿Dónde queda la escuela?

—No sé. La verdad, con lo que cuesta conseguir horas, no me importa.

Fue a la cocina y sirvió fideos con tuco mientras Julián acomodaba las copas sobre la mesa. Espió un papel que Natalia había dejado junto a la computadora: contenía una dirección.

Cuando ella depositó los platos sobre la mesa, lo señaló.

—¿Es la dirección de la escuela? —preguntó.

—Sí.

—Es una zona peligrosa, cerca de una villa.

—Es lo que había —contestó ella, sentándose a la mesa.

—Entonces no tendrías que haberlas tomado.

Natalia lo miró con expresión molesta.

—Pensé que podíamos compartir mi alegría —protestó.

—No estamos tan desesperados como para que arriesgues tu seguridad por un trabajo de cuatro meses —expuso él—. No podés ir en tu auto, desaparecería en cuanto lo dejaras estacionado.

—Iré en transporte público —replicó ella.

—¿No puedo hacerte desistir de esas horas?

—Renunciar una vez que las acepté implicaría una reducción de puntos. Además, quiero mi plata y mi trabajo.

—En ese caso, te voy a llevar e ir a buscar yo.

El corazón de Natalia se aceleró. No quería sumar una responsabilidad más a las que Julián ya tenía y, además, pensó que él no la creía capaz de arreglárselas sola.

—¿Estás loco? En este momento te parecés a mi mamá —se quejó—. Además, los viernes a esa hora estás en el bar con tus amigos.

Él no le prestó atención. Bajó la mirada y leyó los horarios, ordenando en su mente sus días durante los siguientes cuatro meses.

—Lunes a las siete y veinte, viernes a las nueve y cuarenta...

—¡Dámelo! —rugió Natalia, y le arrancó el papel de las manos—. No me vas a llevar y traer, es mi problema. Punto.

Julián la observó en silencio. No quería que Natalia corriera riesgos; necesitaba protegerla de alguna manera. Si no podía renunciar a las horas, tendría que convencerla de que le permitiera ir con ella.

Dejó pasar un rato mientras cenaban. Cuando percibió que el ambiente ya estaba calmo, apoyó una mano en su antebrazo y la acarició.

El cariño que él le transmitió solo con ese gesto fue tan fuerte, que ella soltó el tenedor. Alzó la cabeza y se encontró con una mirada honesta y profunda que la traspasó.

—¿Qué hago si te pasa algo? —preguntó Julián con una serenidad que la

absorbió—. ¿Me dejás que te lleve y te vaya a buscar, por favor?

Si bien Natalia todavía se sentía culpable de que él se hiciera cargo de ella, negarse dejó de ser una opción. Su corazón se había ablandado, y le costaba retener una muestra de amor. Recogió el papel y se lo entregó.

—Gracias —dijo él.

Natalia ya no habló. *Gracias a vos*, pensó.

En la cama, mientras ella todavía leía el capítulo de esa noche, Julián dejó su libro sobre la mesa de luz y la miró.

—Quiero contarte algo —dijo. Natalia lo miró, intrigada—. Camila me contó que los chicos de la escuela se manifestaron en contra de tu despido.

—¿En serio? —replicó ella, boquiabierta—. ¿En esa escuela donde no pueden ni respirar que ya les están llamando la atención?

Julián asintió.

—Sabemos que no van a conseguir nada. Pero espero que, al saberlo, al menos recuperes tu autoconfianza. Estuve en tu lugar una vez. De manera diferente, pero así fue, y sé lo que se siente que otra persona te juzgue de ineficiente y te menosprecie. En mi caso, fue mi ex mujer. En el tuyo, las autoridades de la escuela. Y aunque en el fondo sabés que sos una buena profesora, es imposible que sus palabras no te hayan hecho dudar. ¿Me equivoco?

—No te equivocás —admitió Natalia—. Pasé dos días llorando, no solo porque perdí un trabajo que amaba, sino también porque me sentí muy herida. No puedo dejar de preguntarme si en realidad lo que hice sí estuvo mal: darles ciertos libros para leer a los chicos, salir con el padre de una alumna, escribir una novela erótica...

—Los libros que les diste son buenos y adecuados para la edad, teniendo en cuenta lo que reciben hoy en día de los medios y de la sociedad. En cuanto a nosotros, no sabíamos que era el padre de tu alumna cuando comenzamos una relación. Y tu novela no es erótica. Es romántica con escenas de sexo, y en cualquier romance hay vida sexual. Los chicos no tienen la misma concepción de la sexualidad que tenemos nosotros. Para ellos es más abierta. Camila está

leyendo tu libro y dice que nada la hace sentir incómoda.

Las mejillas de Natalia ardieron de golpe. Se llevó las manos a los pómulos con expresión aterrada.

—¿Se compró el libro? ¡Me muero de vergüenza! ¿Por qué la dejaste leer mi novela?

—Tiene dieciséis años, debe mirar en Internet cosas mil veces más osadas que lo que contaste ahí. Además, me gusta que aprenda que el sexo debe ser responsable y que es mejor vivirlo con amor. Bueno, al menos eso pienso yo. Le dije que la condición era que lo comentáramos, y está cumpliendo. Hay cosas que van más allá de que esté leyendo tu novela, y es que está haciendo lo que me promete, está siendo honesta conmigo y justa con vos. Creo que eso tiene mucho valor.

Natalia se convenció con esa respuesta.

Después de apagar la luz, pasó muchas horas pensando en sus alumnos. No podía creer que hubieran reclamado por su despido a pesar de las trabas que les debieron imponer los directivos. Los chicos a veces no demostraban sus emociones abiertamente, pero a la larga siempre retribuían el afecto y la dedicación de los adultos. Se sintió honrada de que la quisieran y la extrañaran, y esperaba que sucediera lo mismo en la nueva escuela a la que asistiría al día siguiente.

Hacía más de cinco años que no cambiaba de ambiente, y le constaba que en muchas escuelas la conducta de los alumnos era bastante más complicada de lo que a ella le había tocado en suerte. No tenía idea de cuán difícil podía llegar a ser el nuevo colegio. Se durmió muy tarde pensando en ello.

El despertador sonó a las seis. Julián solía levantarse a las siete y media para llegar a las ocho y media a la fábrica. Esa mañana, en cambio, apagó la alarma, se levantó a las seis y cuarto y se duchó antes de despertar a Natalia. Mientras ella se alistaba para ir a trabajar, preparó el desayuno y esperó a que se sentara para tomar su clásico té con galletitas.

Salieron a las siete. Como había dormido mal y estaba nerviosa, a Natalia le pareció que se mareaba. En el trayecto, su cuello se tensó, en especial cuando

llegaron a una zona sin cordón en las veredas. Delante y detrás de ellos, circulaban camiones desvencijados y a los lados solo había corralones, galpones y casas muy precarias.

Sintió miedo. Cerró los ojos y tragó con fuerza, pensando que todavía estaba a tiempo de pedirle a Julián que diera la vuelta. Podía regresar a casa, dormir toda la mañana y esperar hasta conseguir horas en una escuela céntrica. Pero eso no sería justo, y mucho menos un acto de valentía. Los chicos merecían educación en cualquier condición que les hubiera tocado en suerte, en especial si provenían de contextos carenciados.

—¿Estás bien? —le preguntó Julián al tiempo que le apretaba la mano. Se había puesto pálida.

Respondió con un gesto afirmativo, aunque los dos sabían que mentía.

Él se adentró por una calle de tierra, pasó unas fábricas abandonadas, la fogata de unos linyeras que todavía dormían y acabó deteniéndose frente a un edificio de rejas verdes y portón de madera.

Natalia giró la cabeza y avistó el alumnado que llegaba desde la esquina: chicos y chicas llenos de *piercings*, cortes de cabello extraños y ropa deportiva. Gorras con visera, pantalones de Nike, zapatillas llamativas y camperas de Adidas. Dos se pateaban mientras reían, una parejita se besaba contra una pared y otros dos intercambiaban algo que no llegaba a ver.

Respiró profundo, contuvo el aire y lo dejó salir muy despacio.

—No quiero dejarte acá —manifestó Julián. Observaba lo mismo que ella.

Natalia simuló una sonrisa para transmitirle seguridad.

—¿Desde cuándo somos tan cobardes? —intentó bromear.

—Desde que te amo y no quiero exponerte a nada —contestó Julián.

Natalia se quedó en silencio. Apreciaba su protección y su cariño, sin embargo, no retrocedería. Julián lo sabía, por eso la dejó ir.

—Te paso a buscar a las once menos veinte —le dijo.

Natalia asintió y le dio un beso antes de abrir la puerta.

Julián la miró alejarse, sintiéndose impotente. De haber sido por él, habría cruzado la calle con ella, habría entrado al colegio y la habría acompañado al

aula, dispuesto a enfrentar a cualquiera que intentara hacerle daño. Jamás había dejado a alguien que le importara en un lugar del que sin dudas saldría herido, y dejar allí a Natalia lo hacía sentir intranquilo.

Extrajo el celular cuando lo sintió vibrar en el bolsillo. Acababa de recibir un mensaje de Camila.

Mamá no está y tenemos que ir al colegio. ¿Vamos en colectivo?

¿Cómo que Sabrina no estaba? Todavía no eran las siete y media de la mañana. Cayó en la cuenta de que hacía semanas que su ex no le pedía que fuera a buscar a los chicos al colegio, y supuso que quizás estaban volviendo solos.

Esperen, ahora voy, contestó. Aunque llegaran tarde, no quería que caminaran hasta la parada del colectivo sin un adulto a esa hora.

En cuanto hizo sonar la bocina, Camila y Tomás salieron corriendo con las mochilas a medio colgar. Se sentaron en el auto y lo saludaron con un beso.

—¿Dónde está tu mamá? —le preguntó a Camila, echándose a andar.

—Salió anoche. Me dijo que venía para llevarnos a la escuela, pero me acaba de avisar que no llega. ¿Tenés mis cosas?

—¿Qué cosas?

—Las que le pediste a la directora.

—Sí, pero no te las vas a poner para ir al colegio.

—¡¿Por qué no?! —exclamó ella—. Me gustan, es mi estilo. No me pueden prohibir ser yo misma.

—Camila, ¿sabés cuál es mi estilo? —Camila pestañeó rápido varias veces, desconcertada por la pregunta—. ¿Vos te pensás que me gusta usar traje y corbata cinco o seis días a la semana? Sobre todo en verano. ¡No hay padecimiento más terrible que los días de más de treinta grados! Pero ¿qué pensarían mis clientes y proveedores si apareciera en una reunión con los jeans gastados, una remera de The Smiths y una campera de cuero, lleno de pulseras y anillos?

Camila sonrió.

—¿Así te vestías cuando eras joven? —preguntó.

—Soy joven —la corrigió su padre.

—Me olvidé la lámina —intervino Tomás, asomándose por entre los asientos de adelante. Camila y Julián lo miraron al mismo tiempo.

—¿Qué lámina? —le preguntó Julián.

—La que nos pidió la seño de Naturales. Si no la llevo, nos va a retar a todo el equipo. Mis compañeros me van a matar.

—¿Por qué aceptaste llevártela vos si era de todos? ¡Nunca tenés que hacerte cargo de los trabajos en grupo! —protestó Camila, que tenía mucha más experiencia que él en eso—. Estamos llegando re tarde.

—Por favor, me va a ir mal si no la llevo —suplicó el niño, al borde del llanto.

Julián respiró profundo, procurando conservar la paciencia, y dobló en U para regresar.

Con todo, dejó a sus hijos en la escuela a las ocho y cuarto y llegó a la fábrica después de las ocho y media.

Natalia estaba acostumbrada a la organización del colegio religioso. Llegaba a las siete y cuarto, completaba el libro de firmas, recogía la carpeta de calificaciones y esperaba a que izaran la bandera antes de dirigirse al aula. Los estudiantes se concentraban en el patio techado antes de la primera hora, y durante los recreos, lo más común era hallarlos al aire libre, siempre vigilados por las celadoras.

La escuela nueva, en cambio, era un caos. Había alumnos en los pasillos, dos estudiantes besándose sin que ninguna autoridad les dijera nada y un grupo escuchando cumbia cerca de unas puertas vaivén. Comprobó que eran baños cuando pasó junto a ellas y el olor fuerte del orín penetró en sus fosas nasales.

Notó que un par de chicas con minifaldas la miraban de arriba abajo. Aunque no pasaban los trece años, una tenía un escote que ella no se habría puesto ni para ir a bailar a los veinte. Bajó la cabeza y observó sus propios zapatos de tacón, su pantalón de vestir y su camisa. Apostaba a que allí nadie le llamaría la atención si se le desprendía el segundo botón, como hacía la directora del colegio religioso. Se sintió un sapo de otro pozo.

—Disculpen —dijo a unos alumnos que le parecieron más tranquilos que el resto—. ¿Me podrían indicar dónde queda la dirección?

Uno de los chicos se le acercó y le sonrió. Tenía los ojos irritados y los párpados caídos. Señaló hacia el fondo del pasillo.

—Aquella puerta de allá —dijo con voz calmada.

—Gracias —contestó Natalia, y se dirigió hacia donde él le había indicado.

Mientras caminaba cayó en la cuenta de que no se trataba de un alumno tranquilo. Estaba drogado.

Dudó de que el chico le hubiera indicado bien, porque el cuarto que había referido como la dirección estaba a oscuras. Por suerte encontró un cartel en la puerta que anunciaba que se hallaba en el sitio correcto. Miró la hora en su reloj de pulsera plateado. ¿Por qué no había nadie, si eran las siete y veinte y las clases comenzaban a las siete y veinticinco?

Siguió caminando por el pasillo, leyendo los carteles de las puertas. La bedelía también estaba a oscuras, solo halló la luz encendida en la sala de profesores. Entró y observó el recinto. Había varias mesas unidas para formar una sola, algunos armarios y una mesita con una pava eléctrica. En medio de los pupitres unidos estaba el libro de firmas. Se aproximó y buscó su nombre. No había sido agregado todavía, así que no pudo dejar una prueba fehaciente de que había asistido a cubrir las horas.

Volvió a la dirección y, esta vez, encontró a una señora.

—Disculpe —dijo—. Soy Natalia Escalante, la suplente de sexto D.

La mujer, bastante entrada en años, frunció el entrecejo.

—¿De qué materia? —preguntó.

—Literatura.

—Ah, sí, la suplente de Medina. —Se acercó a Natalia. Despedía un perfume fuerte y tenía los párpados pintados de verde, como la camisa y el saco—. El aula queda en el segundo piso, es la última del pasillo que vas a encontrar subiendo las escaleras y doblando a la izquierda. El libro de temas debería estar en el salón. En un rato le pido al preceptor que te alcance la planificación de Paula Medina, pero podés fijarte qué estuvieron haciendo en el libro.

Puso una mano en su brazo y comenzó a conducirla a la salida. Natalia no tuvo más remedio que abandonar la dirección con los mismos interrogantes que tenía al ingresar y más aún.

—¿Puedo hacerle una consulta? —indagó.

—Después hablamos, tengo que hacer algo —respondió la directora—. Andá al salón tranquila. —Y se alejó.

¿*Dónde quedaba el aula?*, pensó Natalia. Estaba tan nerviosa, y la directora hablaba tan rápido, que no había entendido casi nada.

Preguntó a cualquier adulto que se cruzó en el camino dónde quedaba sexto D. El hombre de su edad le explicó cómo llegar, y Natalia le dio las gracias.

—¿Sos nueva? —indagó él.

—Soy la suplente de Medina —respondió ella.

—¡Ah, Paulita! Pobre, se fue de vacaciones y se quebró la muñeca. Soy Ignacio, enseño Historia. Suerte.

Natalia volvió a agradecer y fue a buscar el aula.

No imaginó que, en el lugar donde tenía que estar el salón, no había una puerta, sino dos sin cartel indicador. Se asomó en el salón de la derecha. Los alumnos estaban sentados sobre los bancos, mascando chicle y revoleándose una zapatilla.

—Perdón, ¿esto es sexto D? —preguntó.

Una chica que estaba sentada sobre un pupitre, de espaldas al pizarrón, giró la cabeza con expresión desinteresada y asintió.

Natalia entró, dejó su portafolio sobre el escritorio y buscó el libro de temas en el estante que estaba debajo. No lo encontró.

Volvió a mirar a los alumnos.

—¿Alguien vio el libro de temas? —preguntó. Nadie respondió—. ¿Nos podemos sentar, por favor? —Nadie le hizo caso—. ¡Chicos! —exclamó. Era como si nada.

—Hola —dijo un hombre canoso desde la puerta. Natalia lo miró.

—¿Usted es el preceptor? —preguntó.

—Soy el profesor de Matemática. ¿Cambiaron los horarios?

—N... no —balbuceó ella—. ¿Esto no es sexto D?

El señor se aproximó al escritorio.

—Es quinto A. Sexto D es al lado.

Natalia miró a la chica que le había respondido y la encontró riéndose de ella con su compañera. Los demás entendieron rápido el chiste e hicieron lo mismo.

Respiró profundo, reunió sus cosas, pidió disculpas al profesor y salió del aula como si acabaran de patearla en el trasero. Así era.

No se atrevió a entrar a sexto D. Se respaldó en la pared, cerró los ojos e

intentó recuperar el amor propio. *No quiero estar acá*, pensó, aguantándose las ganas de llorar. *No estudié para que veinte adolescentes me maltraten, no merezco que me humillen cuando vengo a enseñarles*. Quería salir corriendo.

Al instante pensó que, si renunciaba, perdería preciados puntos para conseguir horas en otro lado. Un lugar mejor; en el centro, al menos. No tenía médicos amigos ni la irresponsabilidad necesaria para conseguir una licencia falsa, como hacían algunos colegas que siempre criticaba. No le quedaba más remedio que afrontar el problema en el que se había metido.

Entró al aula, segura de que era sexto D, y se sentó al escritorio.

—Buen día —dijo con la voz entrecortada. Nadie respondió. El clima era similar al que se vivía en el salón contiguo.

Al menos allí sí había libro de temas. Buscó la parte de Literatura y leyó lo que habían estado haciendo. En el primer mes de clases habían repasado mito y leyenda y habían leído un cuento de Borges. No tenía idea de qué seguía, pero a juzgar por el programa que manejaban en el colegio religioso, debía ser literatura precolombina. Ella ya no explicaba mito y leyenda en sexto año, en la escuela privada ese era un tema de primero y segundo.

Completó el libro con una actividad de diagnóstico. Había planeado un cuestionario sobre los movimientos literarios más importantes, temas trascendentales para la literatura y autores reconocidos. Era imposible largarse a explicar cualquier asunto sin conocer primero a los estudiantes.

Se levantó y volvió a pedir que se sentaran y que hicieran silencio. Ante la falta de atención que los estudiantes le brindaban, apeló a un recurso que odiaba: golpear el pizarrón con el borrador.

—¡Aiaaa! —gritó una chica que estaba de espaldas, conversando con una compañera. Mientras se quejaba había girado la cabeza para mirar a Natalia de mala manera.

—Sentate, por favor —le pidió ella—. Tenemos que comenzar la clase.

La chica se rio al tiempo que la miraba despectivamente y se sentó en su banco haciendo mucho ruido. Natalia decidió ignorar que lo había hecho a propósito y giró para escribir su nombre en el pizarrón, que en realidad era una

pizarra blanca rajada. No había marcadores.

—¿Alguien sabe dónde está el fibrón? —preguntó. Los chicos siguieron hablando entre ellos. Ella suspiró—. Bueno —dijo—. Me llamo Natalia Escalante y soy la suplente de Literatura. Pongamos la fecha y el título: «Cuestionario de diagnóstico». Vamos a...

Calló cuando una cumbia comenzó a sonar casi al mismo volumen que su voz. Observó los bancos del fondo. Entonces se dio cuenta de que un alumno tenía los auriculares puestos y una chica apoyaba las piernas sobre las del compañero que ocupaba la silla de al lado. No pudo distinguir quién reproducía la música.

—¿Podemos sentarnos como corresponde y apagar el celular, por favor? —solicitó.

Algunos empezaron a reír. Le hubiera gustado entender el motivo. Solo quería enseñarles, ¿por qué tanto odio? ¿Por qué el desprecio? ¿Por qué recibía miradas sobradoras y actitudes despectivas?

Un chico levantó la mano.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó.

—No se puede ir al baño en clase —respondió ella.

—Pero me estoy meando —replicó. Los demás rieron.

Natalia contuvo la respiración, procurando contener también un estallido. No estaba acostumbrada a ese vocabulario ni a que mandaran los chicos.

—Existe un seguro escolar que te cubre solo si estás en el lugar donde tenés que estar —explicó—. Por eso no puedo permitir que vayas al baño.

—Paula nos deja —intervino una chica. Mascaba chicle con la boca abierta. Estaba peinada con un rodete alto y tenía piercings en la boca y en las cejas.

—No puedo —contestó Natalia—. Copien, por favor. «Respondan, dos puntos».

Solo cuatro comenzaron a copiar en una hoja nueva. Uno era un chico que había estado cabizbajo todo el tiempo. Por sus rasgos, dedujo que era boliviano o del norte argentino. Las otras eran tres chicas que se sentaban adelante.

—¿Podemos silenciar el teléfono, por favor? —pidió. La cumbia seguía sonando, y la estaba enloqueciendo.

En ese momento vio que la chica que tenía los pies sobre su compañero se estiró y le dio un beso en la boca. Así, delante de todos, en plena clase, como si ella, que era la profesora, no existiera.

—Disculpame —le dijo—. Eso lo podés hacer afuera. No es momento.

—¿A vos qué te importa? —le contestó la chica—. Metete en lo tuyo. Si no te gusta, no mires.

—Soy tu profesora y estoy a cargo de la clase, así que te pido por favor que no... —Calló cuando el chico que le había pedido ir al baño se levantó, fue al fondo del salón, se puso de espaldas y abrió las piernas—. ¿Qué hacés? —le preguntó—. Vos, el del fondo, ¿qué estás haciendo?

El chico giró la cabeza y rio.

—Estoy meando —respondió. Los demás estallaron en carcajadas.

No era cierto, pero imitaba el gesto.

El corazón de Natalia comenzó a latir desbocado. Nunca extrañó tanto el colegio religioso como en ese momento. Hasta comenzó a extrañar a la representante legal y a la directora.

Bajó la cabeza, respiró profundo y siguió dictando solo para cuatro.

Julián casi no trabajó por pensar en Natalia. Cometió dos errores en el control de producción, y eso generó un altercado entre un repartidor y el encargado. Por suerte Claudia resolvió el problema y regresó a la oficina para cuando Julián tenía que ir a buscar a Natalia.

—¿Estás bien? —le preguntó antes de que cruzara la puerta.

—No —confesó él—. Pero voy a estar mejor.

Claudia le sonrió y lo saludó con un gesto de la mano.

El tránsito de camiones desvencijados era caótico. Julián descubrió que se había atrasado dos minutos, entonces llamó a Natalia para avisarle que estaba en

camino. Ella no contestó, y eso lo preocupó. Volvió a llamar. Como no atendió, sintió terror. Se puso impaciente, tocó la bocina aunque sabía que el tránsito no avanzaría con eso, y acabó metiéndose por calles desconocidas para llegar lo más rápido posible, aunque fuera más peligroso. Terminó en la puerta de la escuela diez minutos después del horario acordado.

En el interior del colegio, ella intentaba dar con la directora. Como no consiguió hablar con la señora, golpeó a la puerta de la oficina de la vice.

—Disculpe, soy Natalia Escalante, la suplente de Paula Medina —explicó—. No pude acceder al programa de la profesora todavía y no sé cómo continuar con las clases.

La vicedirectora, una señora de pelo enrulado, buscó la planificación en varias carpetas. Estuvo diez minutos para terminar diciéndole que no sabía por qué no aparecía y que se la daba en otro momento.

Comprendiendo que tendría que arreglárselas sola, Natalia no le permitió que la despachara como había hecho la directora más temprano. No se quedaría de nuevo con preguntas.

—¿Los chicos compran libros? —indagó.

—No, querida. Con suerte vienen a la escuela.

—¿Hay material en el colegio? Los conté, son veintitrés alumnos. ¿Habría esa cantidad de un mismo libro en la biblioteca de la escuela para que se los puedan llevar a la casa? ¿Hay proyector, equipo de audio?

La mujer rio.

—Esto es el Estado, linda. Hace unos años el gobierno repartió *netbooks*, pero la mayoría se rompió o se perdieron. Además, hace rato que la conexión a Internet no funciona.

—¿Hay fotocopidora?

—El colegio no se hace cargo de las fotocopias, los chicos no pagan.

—Pero si las saco yo, se me va el sueldo. ¿Cómo se supone que les enseñe literatura si no hay material para leer?

—No sé, yo soy profesora de Matemática, vos sos la experta en tu área. Pensá en algo. Trabajá con diarios, revistas...

Natalia asintió, sintiendo por primera vez en carne propia el desamparo del sistema educativo, y se retiró.

Golpeó la ventanilla del auto de Julián justo cuando él volvía a llamarla. Se apresuró a dejarla entrar y, en cuanto estuvo dentro del coche, trabó las puertas.

—¿Por qué no atendías? —preguntó, preocupado.

En lugar de responder, Natalia se echó a llorar.

—Me tratan como basura —balbuceó, cabizbaja—. Me equivoqué... Yo no sirvo para esto, no puedo enseñarles.

Julián tragó con fuerza y, mientras la observaba, pensó en la escuela de Camila, en el sufrimiento de Natalia y en Sabrina. *Maldita*, pensó. No tenía idea del daño que había causado.

Apretó los puños para descargar la tensión y para que Natalia no se diera cuenta de lo que sentía. Después se quitó el cinturón de seguridad y la abrazó.

—No digas eso —pidió, procurando conservar la calma—. Sos una excelente profesora y nadie merece que lo maltraten. No vuelvas.

Natalia se apartó y se secó las mejillas.

—Por supuesto que voy a volver —replicó—. No sería una buena profesional si no enfrentara este desafío.

—Es un desafío para profesores con otra personalidad —defendió él—. Desde que paramos en la puerta esta mañana supe que esto, en lugar de ayudarte, te haría mal. No tenés por qué ser el tipo de docente que funciona bien en contextos como este. Que no puedas dar clases en una escuela con estas características no te hace mejor ni peor profesora que la que sí puede, solo te hace distinta. Por favor, no vuelvas. No quiero verte llorar, no quiero que nadie te haga sufrir.

Natalia se miró las manos, no sabía qué hacer. La idea de abandonar esa escuela donde la humillaban y la despreciaban era tentadora, pero a la vez algo la impulsaba a seguir adelante. No podía renunciar, y a la vez no sabía si era capaz de resistir.

—Lo voy a pensar —prometió.

Julián no insistió. Al menos la había hecho dudar.

Aprovechando que Camila se iba a almorzar a la casa de una amiga para hacer un trabajo, Sabrina llevó a Tomás a comer hamburguesas. Mientras ella ingería una ensalada, lo observó un rato disfrutar del juguete de la cajita feliz. Sabía que le encantaban, aunque los olvidaba rápido. Tomás devoró la hamburguesa y luego comenzó a ingerir lentamente las papas fritas.

—Te gusta mucho venir acá, ¿no? —le preguntó Sabrina. Tomás asintió—. Qué mal que tu papá no quiera traerte más seguido.

—Papá dice que si como muchas hamburguesas cuando soy chico, el día de mañana me va a subir el colesterol.

Sabrina soltó una carcajada.

—¿Esa frase te enseñó tu padre?

—Lo dice siempre que venimos.

Sabrina hizo una pausa. También quería que Tomás llevara una dieta equilibrada, pero estaba desesperada y necesitaba que el niño creyera en ella de alguna manera. Julián estaba poniendo en su contra a Camila, y como no había modo de llegar a su hija, no quería que a la larga le sucediera lo mismo con su hijo. Necesitaba ponerlo de su parte antes de que Julián lograra enfrentarlo a ella como había hecho con Camila. Darle todo era un buen modo de asegurarse su cariño. Quería que fuera feliz gracias a ella.

—Eso no es cierto, Tomi —dijo—. El día de mañana podés tener colesterol aunque nunca hayas probado una hamburguesa. Lo que pasa es que tu papá en este momento necesita la plata para otras cosas, entonces les niega los gustos a sus hijos. —Tomás la observó, atento. El juguete dormía, quieto, entre sus dedos—. Sus hijos pasaron a segundo plano desde que sale con esa chica. Por eso me

enojo con ella. Es muy feo que los hijos pierdan al padre porque una mujer se entrometió. No le digas que hablamos de esto, no quiero que se enoje conmigo por decírtelo. ¿Me lo prometés? —Tomás asintió, y ella sonrió, cambiando su expresión—. ¿Qué te parece si vamos a la juguetería y elegís lo que más te guste?

Tomás gritó que sí con entusiasmo.

Esa mañana, como Natalia no trabajaba, preparó el desayuno mientras Julián se alistaba para ir a la fábrica.

—¿Vos no desayunás? —le preguntó él cuando notó que había una taza de café y tostadas de su lado de la mesa, pero no el té y las galletitas de ella.

—No —contestó Natalia, en pijama y con un pie sobre la silla—. Ni bien te vayas, vuelvo a la cama.

Aunque no parecía malhumorada, Julián se dio cuenta de que no estaba contenta, y podía adivinar el motivo. Aunque él luchaba para que las acciones de Sabrina no interfirieran en su pareja, su ex había logrado crear una pequeña grieta entre él y Natalia. Tenía miedo de que los problemas les hicieran perder de vista cuánto habían luchado para ser felices. Sentía que las dificultades no les habían permitido disfrutar los logros.

Se despidieron con un beso, y ni bien Julián cruzó la puerta, Natalia volvió a la cama, tal como había prometido. Tenía que pensar estrategias para trabajar con los chicos, pero no tenía ganas. Supuso que gastaría algo de los ahorros que tanto necesitaba para sacar fotocopias de «Casa tomada», un cuento de Cortázar.

A las once fue a la librería, donde además compró un marcador para pizarra, y luego a la casa de su madre.

—¿Hoy no había clases? —interrogó Liliana en la puerta. Apenas eran las doce y media; su hija solía llegar a la una y cuarto.

—Ya no trabajo en el colegio religioso —contestó Natalia.

—¡¿Cómo que no estás más en el colegio?!

Mientras Natalia reunía libros y ropa que todavía no había llevado al departamento, su madre la llenó de preguntas. Se atrevió a contar muy poco y no dio detalles. Mintió diciéndole que había renunciado porque estaba cansada de que se entrometieran en su vida privada y que por eso estaba trabajando en una escuela pública.

—¿Y está en una buena zona? ¿Son buenos los chicos? —indagó Liliana, hecha un manojito de nervios—. ¿Te acordás de que huiste despavorida del colegio donde diste las prácticas porque los chicos eran terribles?

¡Ja! ¡Terribles!, rio Natalia. En comparación con sus alumnos actuales, esos adolescentes eran un lujo.

Incapaz de decir más mentiras, probó con disfraces.

—Me lleva y me trae Juli. Y los chicos son como todos los adolescentes... rebeldes.

—¿A vos te parece bien haber dejado un trabajo tranquilo para irte a una escuela pública? —preguntó Liliana con tono de reproche—. ¿Por qué tenías que cambiar tu vida tan rotundamente? Te fuiste a vivir con un hombre, dejaste tu trabajo... ¿Se van a casar? ¿Te va a dar hijos, al menos?

La última pregunta la hizo enojarse. Cerró los ojos y pensó cómo conformar a su madre, cómo conformar a todo el mundo.

—No sé si me quiero casar. Y no sé si vamos a tener hijos. ¿Podemos cambiar de tema?

—Bueno... Tu papá me estuvo llamando —dijo Liliana. Natalia se preguntó si su madre se lo hacía a propósito o si solo tenía la habilidad de generar conversaciones incómodas—. ¿Vas a ir a su casa en estos días? Como nunca te encontraba, le tuve que decir que estabas en la casa de tu novio. No lo podía creer, dice que no le habías contado nada.

—¡No! ¿Por qué le dijiste eso? —exclamó Natalia—. ¿Por qué no me llama al celular? ¿Qué obsesión tiene con el teléfono fijo?

—Me volvió loca con preguntas sobre Julián, pero como vos siempre tenés

problemas con lo que yo cuento, no quise decirle nada.

—Hiciste bien, gracias. ¿Qué te preguntaba?

—Dónde lo conociste, si sé a qué se dedica, cuántos años tiene...

—¿Y a él qué le importa? ¿Por qué le interesan mis cosas ahora?

—Es tu padre. Nunca le importó mucho de nosotras, pero cuando empezaste a salir con Gabriel se lo presentaste enseguida. Es sospechoso que ahora no lo hagas.

—¡Tenía diecisiete años! Ahora tengo veintinueve.

—Andá a su casa... Está la otra, pero capaz le podés pedir que te lleve a comer a algún lado.

Aunque tuvo ganas de desacreditar la idea de su madre, Natalia se guardó el deseo. Su padre nunca quería salir, y menos con ella. No le gustaba ir a la casa que él compartía con la mujer que había sido su amante, pero un rincón de ella siempre volvía, porque a fin de cuentas era la persona que le había dado la vida. Siempre había deseado que tuvieran una relación más estrecha.

—Estoy mal de los intestinos —siguió contándole Liliana—. Voy a tener que ir a la gastroenteróloga, pero los turnos de PAMI son para dentro de cuatro meses, y nunca tienen abierta la agenda. Si tuviera plata...

—Siempre estás hablando de cosas negativas —la interrumpió Natalia—. Contame algo lindo.

—¿Y qué querés, si me siento mal?

Natalia respiró profundo. Su madre siempre se colocaba en una posición débil para que ella sintiera culpa de irse, culpa de pensar diferente, culpa de hacer su vida, y permaneciera con ella.

—¿Podés contarme algo lindo? —repitió, desgastada.

—Estoy yendo a clases de tango. ¿Querés que te cuente de eso? No sé qué hacer con vos, sos tan cambiante. Todo te molesta.

Aunque el tema no le pareciera interesante, Natalia aceptó que le contara de las clases, esperanzada con que fueran para su madre algo positivo. En un comienzo del relato, así parecía, pero a la larga terminó quejándose de una amiga a la que había invitado y ahora la hacía pasar vergüenza. Siempre una queja,

siempre un reclamo. Liliana era la mujer más buena del mundo, pero jamás aprendía a canalizar las frustraciones sin arrastrar a los demás en su descontento. Tendría que aprender a poner una barrera más gruesa e infranqueable si no quería perder la paciencia.

Salió junto con su madre cuando ella se fue a hacer el reparto de comidas caseras que preparaba para sus vecinos. Pensaba volver al departamento, pero Julián le avisó que llevaría a sus hijos a almorzar, así que reunió coraje y fue a lo de su padre.

Allí, como de costumbre, el ambiente era serio y frío. «La otra», como la llamaba Liliana, no estaba, pero podía llegar en cualquier momento.

—No venís nunca —protestó Daniel. *¿Te preguntaste alguna vez por qué?*, pensó Natalia.

—No tengo tiempo.

—¿Cómo que no tenés tiempo? —se burló él—. ¿Qué tenés que hacer?

—Trabajo. Y estoy viviendo con alguien. —Lo mencionó con firmeza, apelando a la coraza que intentaba formar para conocer sus verdaderos deseos y apartarse de los de sus padres.

—Ah, sí. Me dijo tu madre que tenías novio. No me contaste que estabas saliendo con alguien. ¿Lo conocés hace mucho? ¿Trabaja, estudia? Hoy en día hay muchos vagos.

Natalia bajó la cabeza, ahogando la risa. Cuando decía que estaba en pareja, todos asumían que tenía su edad o que era un poco menor. Quizás se debía a que, por su personalidad y su apariencia, ella aparentaba menos de veintinueve años.

—Tiene una fábrica —contestó.

—¿De su propiedad?

—Sí. Y de sus hermanos.

—Entonces tiene auto también.

—Sí.

—Está bien. ¿Para qué querés un vago?

En ese momento, se oyó la puerta. Era Estela, la mujer de su padre. También se sorprendió de hallar a Natalia allí, y la saludó diciéndole «tanto tiempo».

—Natalia está viviendo con alguien —le contó él enseguida.

Natalia lo fulminó con la mirada. ¿Por qué nada quedaba entre ellos dos? ¿Por qué tenía que rendir cuentas de todo a su mujer, incluso de lo que conversaban como padre e hija? Estela no hacía lo mismo cuando hablaba con sus hijos, y Julián tampoco le contaba a ella lo que hablaba con Tomás y Camila. Su padre, en cambio, siempre había desnudado su intimidad, como si lo que ella contaba no tuviera importancia o estuviera obligada a confiar en «la otra».

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! Ya me estaba preocupando —replicó Estela, dejando la cartera en una silla.

—¿Preocupando por qué? —indagó Natalia.

—No es normal que una chica de veintinueve años no tenga novio.

—Tal vez no quería tener uno —argumentó ella.

—¡Más preocupante todavía! ¿Por qué no querías?

Comprendiendo que la coraza se estaba quebrando y que la paciencia se le agotaba, Natalia se levantó y recogió su bolso.

—Me voy —anunció.

—¿No te quedás a comer? —preguntó su padre—. No venís nunca, y cuando venís, te vas a los dos minutos.

—Sería bueno que te preguntaras por qué —se atrevió a responder, y se fue.

—Avancé con el libro de Natalia —contó Camila a su padre mientras Tomás jugaba con una máquina en el cuarto para niños del restaurante.

—¿Y qué te parece? —preguntó él.

—Es entretenido. La madre de Nadia es una pesada, y Nadia es muy insegura. Fabián es igual a vos. ¡Cómo te conoce la escritora! —exclamó, guiñándole un ojo. Julián rio con ella—. Me voy a postular para el consejo de estudiantes —contó a continuación—. No estaba muy convencida, pero me gusta. Además, si

me votan, la directora se va a querer morir.

Por extraño que pareciera, su padre volvió a reír con ella de la directora. A Camila le gustaba que él a veces fuera su cómplice, eso no sucedía antes.

—También sería bueno que vayas pensando qué querés estudiar cuando termines el colegio —le sugirió Julián—. ¿Hay algo que te guste?

—No me gusta nada —replicó Camila, frunciendo los labios.

—Si querés ir a orientación vocacional, solo tenés que avisarme.

Camila sonrió, agradecida, pero no quería usar su tiempo libre para elegir una carrera.

Por la forma en que ella bajó la mirada, Julián supo que iba a decir algo desagradable.

—Quería contarte que mamá nos hace volver solos del colegio. Te aviso porque sé que no querías que anduviéramos solos por la calle, pero no me gustaría que esto los haga pelear de nuevo.

Julián frunció el ceño.

—¿«De nuevo»? —repitió. Camila se removió en el asiento.

—Escuché la pelea de la otra vez en la puerta de casa. Seguro fue porque ella mandó la nota al colegio. No me gusta que discutan.

—A mí tampoco.

—Ya lo sé.

Tomás se les acercó, riendo.

—¡Gané todo! —exclamó.

—¡Muy bien! —exclamó Julián, y lo abrazó.

—Voy a jugar de nuevo. ¿Puedo?

Julián asintió y lo observó con ternura mientras se alejaba. Después volvió a mirar a Camila. No le gustaba que sus hijos corrieran riesgos, pero ella ya tenía dieciséis años, y no podía sobreprotegerla. No quería que se transformara en una chica que no sabía desenvolverse sola. En menos de dos años tendría que ir a la universidad, y quería que supiera resolver problemas. Para eso necesitaba cierta independencia.

—Cami. No me gusta que vuelvan solos, pero ¿cómo te sentís vos respecto de

eso?

—Me da lo mismo —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Me aburro cuando tengo que esperar a Tomás y él se aburre cuando me tiene que esperar a mí si tenemos horarios de salida distintos. Pero nos arreglamos.

—Por favor, si alguien intenta asaltarlos por la calle, dale todo —le pidió él, comprendiendo que era hora de dejar que su hija se desarrollara un poco sola—. Si te quitan el celular, te compro el que quieras, no te preocupes por eso.

—Entonces voy a decir que me lo robaron para que me compres el último iPhone —bromeó Camila—. ¿Te acordás cuando se me cayó al inodoro? Me querías matar.

Julián rio, recordando la anécdota.

Mientras los llevaba a casa en el auto, pusieron una canción y empezaron a cantar cambiándole la letra, como hacían siempre como un juego. Por primera vez en unos años, Camila se sumó al pasatiempo.

De pronto, Tomás dejó de divertirse.

—¿La próxima podemos ir a McDonald's? —preguntó—. No me gustan los restaurantes.

—Todavía no pasó el mes desde la última vez que fuimos —le recordó Julián.

—¿Y qué? No quiero ir a otro restaurante, quiero comer hamburguesas.

—Ya sabés: si comés muchas hamburguesas ahora...

—Eso es mentira —lo interrumpió el niño, de mala manera—. Lo que pasa es que no me querés llevar.

Julián se quedó atónito. Su hijo jamás había reaccionado de forma agresiva. No hizo a tiempo a explicarle que no debía contestarles así a los adultos, porque Camila se dio la vuelta.

—El mes se cumple en dos semanas. La que viene vamos al restaurante y la siguiente a comer hamburguesas. Sos el único que solo quiere comer eso. Hasta a mí me tienen podrida.

—Vos porque vas todas las semanas con tus amigas cuando tenés Educación Física.

Julián la miró. Camila negó con la cabeza. Al final, terminó mirando el suelo.

—Ellas no quieren ir a otro lado —confesó.

Julián se rindió. No tenía armas para luchar contra las hamburguesas.

La casilla de e-mail y las redes sociales de Natalia estaban bastante activas desde que había publicado un libro. Esa mañana encontró algunos mensajes de lectoras con palabras maravillosas acerca de Nadia y Fabián y una crítica que la acusaba de haber escrito una historia de cuento de hadas. Frunció el ceño, pensando qué tenía Nadia de princesa, y se contentó con que, de hecho, no tenía nada. Sin embargo, debió reconocer que Fabián, a pesar de su cotidianidad, tenía mucho de príncipe. Sonrió como una tonta, porque cuando pensaba en su personaje, recordaba a Julián, y claro que él sí era de Disney. *A mucha honra*, defendió en su mente, e ignoró el mensaje.

Entre los mails de concursos y publicidades que no le interesaban, había uno de su editora.

Hola, Natalia. ¿Qué estas escribiendo?

Siempre directa y expeditiva. Lo triste era pensar que no estaba escribiendo nada. Había comenzado la historia de Marianela y Pablo, pero la había abandonado en el tercer capítulo. Se le había ocurrido una frase para una historia romántica triste y por eso mismo impublicable, de modo que tendría que seguir pensando algún argumento que le interesase o forzar la historia que se le había ocurrido primero. Estaba seca. Llena de problemas, pero sin ideas.

¡Hola! Todavía no me decido por un nuevo proyecto. ¿Vamos a seguir trabajando juntas? ¡Qué alegría! ¿Hay alguna fecha de entrega?

Quizás, si le pedían el manuscrito para una fecha específica, se sintiera motivada para inventar una nueva historia. No recibió respuesta.

Trató de forzar otras ideas, pero no se le ocurrían. No estaba atravesando una época fácil, y la inspiración parecía haberla abandonado como la habían abandonado el buen humor y el deseo sexual. ¿Cómo podía pasar tantos días sin llenarse del remedio más efectivo contra todos los males, que era Julián? Reflexionó mucho al respecto, y concluyó en que los problemas matan el espíritu.

Para empeorarlo todo, a la mañana siguiente tendría que enfrentar de nuevo la clase de Literatura. No sabía si su coraza era lo suficientemente fuerte como para resistir la falta de respeto de los alumnos y las desidias del sistema.

El viernes, Julián la dejó en la esquina del colegio a las nueve y media y de allí se fue, un poco tarde, al bar con sus amigos.

Cuando Natalia entró a la escuela, los chicos todavía estaban en el recreo. Aunque ella saludó a la portera, la mujer ni se enteró; conversaba con una empleada de maestranza. Ignoró su falta de educación y se encaminó al aula. Esperó en la puerta a que tocara el timbre y entró.

Sus estudiantes no ocuparon sus asientos hasta diez minutos después de que debía comenzar la clase. *No te alteres, aquí a nadie le interesan los horarios*, pensó. *Hoy tenés material para trabajar, todo va a salir mejor.*

Cuando la mayoría ya estaba en el aula, aunque solo los cuatro de adelante prestaban atención, se levantó del escritorio con las fotocopias.

—Hoy vamos a leer un cuento de uno de los autores más famosos de la literatura argentina: Julio Cortázar.

Repartió las copias, creyendo que obtendría la atención de los estudiantes, pero el deseo se vio frustrado cuando terminó de entregarlas y la mayoría continuaba en lo suyo. Conversaban entre ellos, y el mismo de la clase anterior puso a sonar otra vez una cumbia.

—¿Podés empezar a leer, por favor? —le pidió.

—No —contestó él.

—¿Por qué no? ¿Estás mal de la garganta?

—Porque no quiero.

Natalia respiró profundo. No le gustaba tomar medidas que apartaran a los chicos de la clase, pero ya había dejado pasar muchas faltas de respeto el primer día. Si no ponía orden, pronto terminaría entregándoles la clase.

—Retirate —solicitó—. Quiero que vayas a dirección y expliques por qué te hice salir del salón.

—Andate vos —contestó el chico, desafiante.

—Me parece que no estás entendiendo quién guía la clase —arremetió—. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué te empeñas en desautorizarme?

Una chica se levantó de repente y comenzó a bailar moviendo las manos mientras cantaba a los gritos: «Que tienes la piel más clara, paseas en auto por la ciudad. Yo vivo en barrio pobre donde se aguanta a mate y pan. No sé quién te dio derecho para decirme negro del plan. Ya sabes que a este negro donde tú quieras lo podés probar. ¡Meta Guacha!»

Los demás aplaudieron y gritaron mientras golpeaban los bancos. Natalia respiró profundo y bajó la cabeza. Tuvo miedo de que alguna autoridad del colegio se acercara y le llamara la atención por permitir tanto barullo en clase. En el colegio religioso, la directora o la vice entraban al aula por ruidos mucho menores que ese escándalo. Por supuesto, nadie apareció.

Esperó en silencio a que los estudiantes se cansaran y se callaran solos. Nunca terminaron las conversaciones, pero al menos la cumbia ya no sonaba desde el celular y tampoco golpeaban los bancos. No había nadie de pie, aunque muy pocos la miraban. Era suficiente para seguir con la clase.

—Vamos a leer a Cortázar —dijo, quebrada, y miró a una de las chicas de adelante—. ¿Podés empezar? En voz alta y clara.

Para cuando terminó la especie de clase que había tratado de dar, los alumnos habían hecho dibujos en las fotocopias que ella les había entregado e incluso algunas hojas se habían convertido en avioncitos y bolas de papel que yacían en el suelo. Se las habían arrojado durante la hora.

No merecen que gaste un solo centavo en ellos, pensó Natalia, recogiendo los papeles para arrojarlos en el cesto de basura del pasillo. No había uno en cada

salón, como en la escuela privada. *Como si a mí el dinero me lo regalaran.*

Se dirigió a la dirección. Esta vez, solo consiguió hablar con una preceptora.

—¿Qué sanciones disciplinarias utilizan? ¿Qué acuerdos tienen entre los profesores? Hoy envié a un chico a dirección y se rio en mi cara.

La preceptora también rio.

—No podés sacar a un alumno de la clase —contestó—. ¿A quién le pediste que se fuera?

—No sé. Es un chico con un corte raro que se sienta en el fondo. El del *piercing* junto a la boca. —La preceptora enarcó las cejas poniendo cara de «no sé de quién me estás hablando». Casi todos los alumnos tenían perforaciones—. Hoy estaba vestido con una camiseta de fútbol de Boca.

—¡Ah, debe ser Santana! —exclamó—. El hermano va a uno de los cursos de primer año que me toca a mí. No te metas con él. ¿Querés que la madre te espere a la salida? Le dicen la Gina, vende falopa. Estuvo presa y cada tanto viene a hacer quilombo, como si acá se enfrentara con las reclusas. Debe extrañar eso.

—Entonces no existen las sanciones disciplinarias —concluyó.

—La educación debe ser inclusiva.

Natalia puso el cerebro en *off* mientras la preceptora le daba un discurso político y se retiró dándole las gracias. *Gracias por nada*, pensó. Se preguntó qué tenía eso de inclusivo, si se les daba dinero pero no se les enseñaba que la escuela significaba la oportunidad de salir del mundo que conocían. No quiso entrar en polémicas. La política tal como se manejaba en su país no le interesaba y trataba de rescatar lo mejor de todos los gobiernos. Al menos estaban en la escuela y no en la calle. Apostaba a que más de uno de esos chicos robaba y se drogaba, y la escuela era su espacio de contención.

Subir al auto fue como refugiarse en un lugar cálido y seguro. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la canción que había entonado su alumna. Aunque no estuviera compuesta con el típico vocabulario literario, se puso a analizarla. Sin dudas la chica había querido señalar las diferencias entre ella y los estudiantes. El viejo y querido tema de la alteridad trabajado en muchas obras hispanoamericanas. Además, implicaba una condena a su actitud de querer

retirar al alumno de la clase. «No sé quién te dio derecho para decirme negro del plan. Ya sabes que a este negro donde tú quieras lo podés probar». La estaba desafiando, y quizás también amenazando. «No te metas con él. ¿Querés que la madre te espere a la salida?». Sería mejor que desistiera de enseñar algo a chicos que solo querían agredirla.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Julián. Aunque Natalia, al menos, ya no lloraba, se la notaba disconforme. Su expresión estaba llena de frustración y desencanto.

—Mal —respondió—. Pero no te preocupes. Voy a venir cuatro meses a calentar la silla solo para que me paguen, como hacen los alumnos y otros profesores.

La clase siguiente fue con la ropa más deplorable que tenía. No se maquilló e hizo exactamente lo que había prometido. Se sentó en el escritorio, completó el libro de temas y pidió a los únicos cuatro alumnos que le prestaban atención que terminaran de leer el cuento de Cortázar. Agregó que, si tenían alguna duda, se acercaran para hacerle consultas.

Casi al final de la primera hora, un preceptor abrió la puerta del salón sin golpear. Natalia se irguió de pronto, temerosa de que le llamaran la atención porque la mayoría de los alumnos estaba perdiendo el tiempo. En el colegio religioso, una vez la directora la había regañado hasta porque les había pedido a los estudiantes que se aproximaran al escritorio para revisar las tareas en lugar de ir ella banco por banco. Aquel día estaba resfriada y se sentía muy mal, pero a la directora no le había importado. Como sea, había que trabajar.

Para su sorpresa, el preceptor ni siquiera miró qué estaban haciendo los chicos. Se dirigió a ella solo para pedirle que firmara una nueva versión del parte diario del viernes, porque el original se había extraviado y habían tenido que confeccionarlo de nuevo.

En cuanto él salió, Natalia miró el salón y luego el reloj. La hora transcurría con tortuosa lentitud cuando no daba clases. Se preguntó si acaso tenía sentido estar ahí sin hacer nada. No quería que los alumnos la maltrataran, pero tampoco se sentía bien traicionando su vocación y sus convicciones. Dejar transcurrir la

hora era sencillamente una falta de respeto a los años que había estudiado para ser profesora y a su pasión por la docencia.

—Profesora —dijo una de las alumnas que le prestaban atención—. ¿Le puedo hacer una pregunta? —Ella asintió y le indicó que se acercara con un gesto. La chica se aproximó con la fotocopia y un lápiz—. No entiendo qué significa «sucumben», «necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa», «encrespada»... Y bueno, muchas palabras más.

Natalia sintió que su corazón brillaba con la perspectiva de ayudar a alguien.

—¿Tenés idea de si tus compañeros, los que están leyendo, las entienden? —preguntó.

—Ramón no creo. Vino de un pueblo de Bolivia el año pasado y solo habla un idioma indígena. Le cuesta entender las clases, porque todos hablamos en castellano.

Natalia observó al chico que, cabizbajo, trataba de leer el cuento de Cortázar. Recién en ese momento se dio cuenta de que hacía cuarenta minutos que estaba en la misma página.

—¿Tenés un celular con Internet? —indagó. La chica asintió—. Traelo.

Su alumna le entregó el teléfono, y Natalia abrió el navegador. Fue a la página de la Real Academia Española y abrió el diccionario.

—Buscá las palabras que no entendés acá y anotá el significado en la fotocopia. Si son frases, me preguntás cuando termines con las palabras. Deciles a tus compañeras que hagan lo mismo.

La chica asintió y se fue a su pupitre. Ella se aproximó a Ramón y golpeó el banco con el dedo para que la mirara.

—Dejá de leer —pidió—. Quiero que tomes una hoja y escribas las palabras en tu idioma que sepas traducir al castellano. Al lado ponés la palabra en español. ¿Entendés la consigna? —El chico solo la miraba, sin moverse. Natalia tomó las fotocopias y usó la última página en blanco para escribir un ejemplo. Hizo un garabato a la izquierda y escribió «casa» a la derecha. Luego señaló cada lado indicando—: Tu idioma. Mi idioma. ¿Entendés?

El chico asintió.

La clase siguiente repitió el método. Le llevó a Ramón ejercicios de alfabetización para que aprendiera vocabulario en español y continuaron leyendo a Cortázar con las chicas. El problema era que cuatro estaban aprendiendo mientras diecinueve escuchaban cumbia, conversaban entre ellos y soltaban, cada tanto, risotadas. No había modo de llegar a ellos si no ponían un mínimo de voluntad.

Melisa se acercó a la barra y solicitó otro trago. Era la primera vez que iba a bailar a Puerto Madero y quería pasarlo bien con sus amigas.

«¿Meli?», escuchó a su espalda. En ese momento sonaba un *remix trance* de Tiësto de la canción «Silence», un éxito de Delerium y Sarah McLachlan.

Giró sobre los talones con la copa en la mano y dio un respingo al hallar a Fabrizio, uno de sus jefes, observándola con su enorme y atractiva sonrisa.

—¡Fabrizio! —exclamó, y se abrazaron. El ambiente distendido y la cercanía de edad ayudaban a que dejaran de lado la relación laboral.

—¿Qué hacés acá?

—Estoy con amigas. Es la primera vez que vengo. ¿Vos venís siempre?

—Sí, es uno de mis lugares favoritos. Yo estoy con algunos amigos en aquella mesa —señaló—. ¿Se quieren sumar?

—¿No te molesta?

—¡Para nada! Vengan.

Melisa se aproximó a sus amigas y les dijo que su jefe las invitaba a su mesa.

—¿El tipo ese que te gusta está acá? —indagó una de ellas, sorprendida.

—¡No! Callate, es el hermano. Además, ya no me gusta Julián.

—Sí, claro —se burló otra.

—Físicamente, el que nos invitó a su mesa es más lindo —arguyó Melisa, como si eso pudiera convencer a sus amigas.

Terminaron cambiándose de mesa para darle el gusto y para comprobar si el jefe era tan atractivo como Melisa describía. Se sorprendieron de que fuera cierto.

—¿Por qué te gusta un tipo grande cuando este pibe está que se parte? —

preguntó una de las chicas. Melisa le dirigió una mirada colérica.

—Este tiente. El otro seduce. Pero ya no me gusta, te lo juro —dijo. Y ni bien terminó de pronunciar esas palabras, se sintió orgullosa de la frase genial que había inventado.

No le costó olvidar que estaba sentada junto a su jefe. Fabrizio y ella tenían muchos códigos en común, y descubrió que con él se divertía y reía hasta que le dolía la panza. La invitó con más tragos, y terminaron bailando «Sweet dreams», una canción de Eurythmics que los dos adoraban.

Un poco por efecto del alcohol, y otro poco porque era imposible no sentir atracción por Fabrizio, cuando él ponía la mano en su cadera, Melisa sentía que lo deseaba. Terminó de dar una vuelta sobre su eje y descubrió que él la observaba de una manera muy diferente a como la miraba en la fábrica. Por un instante, sus ojos ardieron. Avanzó un paso y pegó su abdomen al pecho de ella. Le llevaba una cabeza.

—Me gusta la ropa que te pusiste —le dijo.

—Gracias —contestó Melisa, riendo. Por supuesto, no utilizaba minifaldas y escotes pronunciados para ir a trabajar; era lógico que Fabrizio la encontrara más atractiva.

—¿Querés que vayamos a dar una vuelta?

Los pensamientos de Melisa se dispararon. *¿Por qué quiere que salgamos de la discoteca? ¿Me estará insinuando que nos acostemos o solo quiere lo que dijo: dar una vuelta? ¿Qué me pasa a mí con eso? ¿Qué es lo que yo quiero?*

El alcohol le había regalado, además de alegría, coraje. Así que se puso de pie, abrazó a Fabrizio por el cuello y lo besó.

Él no perdió el tiempo y respondió apoyando las manos en la cadera de ella. Su lengua buscó los rincones de la boca que muchas veces había deseado sin que su dueña lo supiera, y su cuerpo se excitó mientras descubría la humedad de sus labios. No hacía falta una respuesta: era evidente que Melisa, como él, ansiaba «dar una vuelta».

Terminaron en el hotel que estaba a unos metros. Siguieron besándose en el ascensor y en el pasillo. Se quitaron la ropa en cuanto entraron a la habitación.

Fabrizio no recordaba haber tenido tan buen sexo en mucho tiempo. No era lo mismo acostarse con una chica que recién conocía que con una que lo había atraído durante mucho tiempo. Supuso que, para Melisa, la experiencia también señalaría un antes y un después, y que se olvidaría por completo de su hermano. No tenía pensado comenzar una relación con ella, pero si Melisa quería, tal vez pudiera hacer una excepción. Hacía años que no tenía novia. Desde que tenía dieciocho y la había engañado en el viaje de egresados. No quería ni recordar el momento en que Bárbara —así se llamaba su compañera— le había arrojado un vaso de cerveza en la cara porque le habían contado que él se había acostado con Cecilia. Las novias siempre significaban ataduras y problemas.

Cuando despertó en la cama del hotel, Melisa se llevó una mano a la cabeza y se revolvió el pelo. Le dolía hasta el cerebro, y tenía un gusto amargo en la boca. El alcohol había hecho estragos con ella.

Se sentó y miró a un costado. Dio un respingo cuando vio la espalda tatuada y el cabello rubio de Fabrizio.

¡Me acosté con mi jefe!, recordó, aterrada. ¡Con el equivocado!

—Si va esa chica, me lo tenés que contar —indicó Sabrina a Tomás mientras le acomodaba un buzo de Los Vengadores—. Mamá no quiere que te sientas desplazado.

—¿Papá y vos se separaron por culpa de Natalia? —preguntó Tomás. Sabrina deseó responder que sí, pero no quería sentirse una mentirosa.

—Nos separamos porque tu papá empezó a ser egoísta. Se olvidó de que era tu padre y puso en peligro a toda la familia. No era necesario que se fuera de la fábrica de tu abuelo. Le advertí que gastar todos nuestros ahorros en un negocio podía ser peligroso, pero él insistió, y así le fue. Casi nos quedamos en la calle por su culpa.

—Pero papá sabe mucho.

Sabrina rio. Le dio ternura que Tomás idealizara a Julián, pero él no era lo que su hijo suponía. No podía serlo.

—Mi amor, si tu papá fuera inteligente, no estaríamos hablando de esto. Tu papá es muy egoísta. ¿No me decís que hasta te hace pagar la mitad de los juguetes que le pedís? Solo te regala cosas para tu cumpleaños, para Reyes y para Navidad. Yo quiero que se lleven bien, Tomi. Es tu papá, y tenés que ser respetuoso con él. Pero no voy a permitir que sufras por su culpa.

La bocina del auto de Julián interrumpió la conversación. Sabrina bajó las escaleras con su hijo y se encontraron con Camila en el living. Ella le colgó la mochila y salieron. Sabrina los observó ir al vehículo mientras Julián les abría la puerta. Él la saludó con un «hola» pronunciado con tono seco. Ella respondió con un simple movimiento de la cabeza.

—Los necesito en casa a las seis —ordenó.

Julián no respondió. Le hubiera gustado decirle que a esa hora recién podían estar saliendo de El Pato. Tendría que irse más temprano de la quinta de su amigo si no quería seguir enfrentándose con Sabrina. Camila se lo había pedido, y jamás ignoraba los mensajes sinceros de sus hijos.

No me los vas a quitar, pensó Sabrina, viendo a su hijo subir al asiento de atrás. Pondría todas las trabas posibles para que Julián no se saliera con la suya, incluso si eso suponía truncar sus actividades. Todos los días buscaba un momento a solas con Tomás para conversar. Estaba convencida de que podría revertir lo que Julián había generado en Camila si su hija veía que su hermano escuchaba la otra campana. Se aseguraría por todos los medios que sus hijos la eligieran. Ella los había llevado en el vientre, ella los había parido, y no permitiría que Julián, y mucho menos Natalia, se los arrebatara.

Cuando Natalia subió al coche en el departamento de Julián, la actitud de Tomás cambió de repente. Comenzó a sentirse incómodo, e ignoró a todos perdiéndose en su *tablet*.

—¿Qué canción querés cantar? —le preguntó Julián, que se había dado cuenta

del cambio brusco en su temperamento.

—Ninguna —respondió Tomás.

—¿Estás bien? —insistió él. Tomás se encogió de hombros.

Desde que llegaron a la quinta de Cristian, Julián observó la reacción de Camila en presencia de Octavio. Aunque se saludaron con un beso en la mejilla, por las miradas se hacía evidente que pasaba mucho más entre ellos: lo que había visto en la foto que ella le mostró por accidente. Se preguntó por qué preferirían conservar su relación en secreto y decidió que no intervendría, sin importar sus miedos. Sabía que Octavio era un buen chico, y Camila ya había madurado lo suficiente para que él confiara en su capacidad de tomar buenas decisiones.

En lugar de ponerse a jugar al fútbol con sus amigos como solía hacer siempre que se reunían en la quinta, buscó un momento a solas con su hijo.

—¡Campeón! —le dijo, tocándole la cabeza. Tomás se apartó.

Esa actitud lo preocupó. Se sentó a su lado y le pidió que dejara la *tablet*, donde parecía haberse refugiado desde que Natalia había subido al auto.

—¿Querés contarme algo? —preguntó.

Tomás le dijo que no. Julián pensó que tal vez estaba entrando en la etapa que Camila ya había atravesado. Sin embargo, todavía no cumplía los diez años, y le pareció muy pequeño para alejarse de sus padres en busca de su autonomía. Tal vez el divorcio lo había afectado tardíamente. Si la actitud persistía, lo conversaría con la psicóloga infantil a la que su hijo asistía.

Después de almorzar, Natalia dio una vuelta por la quinta. Pensaba en el colegio y en lo mal que se sentía al no poder ser profesora, como ella había soñado desde niña. Caminando entre los árboles, su mente se trasladó a las conversaciones de las que había escapado hacía un rato y se acordó de algunas palabras de su madre. «¿No sentís que perdés el tiempo con una familia que no es tuya? Vos no pertenecés a ese círculo, hija».

Sacudió la cabeza; no quería retroceder y dudar de su relación, a pesar de que había perdido el trabajo que tanto amaba por ella. Tampoco terminaba de encajar con las esposas de los amigos de Julián. Aunque le dolía que algunas todavía la miraran como si a ella solo le interesara su dinero, se propuso una vez más

ignorarlas. Nadie tenía derecho a juzgarla.

En ese momento, escuchó música. Espió por entre unos troncos y divisó a Camila con el celular. Octavio se estaba alejando, entonces sintió que podía acercarse a ella.

—Hola —le dijo. Camila le sonrió, y Natalia se acuclilló—. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando el teléfono del que provenía la música.

—Es Green Day. ¿Te gusta?

—Sí. ¿Qué más tenés?

Camila se entusiasmó, amaba hablar de música.

—Linkin Park, Limp Bizkit, música de Octavio... Le gusta el rock nacional.

—¿Por ejemplo? —indagó Natalia, cada vez más interesada.

—Los Redondos, Callejeros, La Beriso...

Hacía meses que Natalia no podía escribir una palabra, pero encontrar una alternativa para dar clases se asemejaba a hallar el argumento ideal para una novela.

—Gracias —dijo—. Me diste una idea.

—¿Vas a escribir sobre música? —interrogó Camila con una sonrisa.

—No. Pero eso también sería bueno.

De pronto, el ánimo de Camila decayó y bajó la cabeza.

—No estás más en el colegio —murmuró—. Mi papá no me dio muchas explicaciones, pero espero que no haya sido por mi culpa.

—¿Cómo va a ser por tu culpa? —replicó Natalia—. ¡De ninguna manera! Además, me contó tu papá que ustedes, mis alumnos, se manifestaron en contra de mi despido. Gracias por eso.

—Entonces es verdad que te despidieron.

—Pensé que lo sabían. —Camila negó con la cabeza—. No te preocupes, vos no tenés nada que ver con eso.

—Te quería pedir disculpas por lo del año pasado. Pensaba cosas que no eran ciertas y me comporté como una nena. Como la hija de Fabián en tu libro.

—Me da vergüenza que estés leyendo el libro —confesó Natalia, sonrojada. Camila rio y se encogió de hombros.

—Me gusta, está bueno.

—Gracias. Y respecto del año pasado, no te hagas problema. No quiero *spoilearte* nada, pero ya te vas a dar cuenta por qué te entiendo leyendo el libro.

—¡Qué bueno! Vos sí sabés lo que es un *spoiler*. Mi papá no sabía. Y te gusta Green Day... Nunca lo hubiera apostado.

—¿Qué pensaban ustedes que escuchaba yo cuando era su profesora? —le preguntó Natalia, intrigada.

—Música clásica.

Natalia soltó una carcajada.

—No entiendo nada de música clásica —reveló.

En cuanto llegó al departamento, se puso ropa cómoda y encendió la computadora. Tenía que realizar una minuciosa investigación, y quería avanzar lo máximo posible antes de que Julián regresara de dejar a sus hijos en lo de Sabrina.

Cuando él volvió, ella todavía estaba trabajando.

—¿Podés cocinar vos? —preguntó—. Tengo mucho que hacer.

—Sí, claro —respondió él, acariciándole el pelo—. ¿Estás escribiendo? —preguntó con entusiasmo. Ella negó con la cabeza.

Cenó frente a la computadora, y no se ofreció para lavar los platos. Imprimió algunas imágenes, copió la letra de «Vencedores vencidos» y llenó los márgenes de anotaciones mientras escuchaba la canción una y otra vez.

Media hora después, Julián supo que seguir intentando leer en el sofá era en vano. Resultaba evidente que Natalia se traía algo entre manos, y admiraba su concentración. Sus ojos brillaban, sus pechos se movían cuando se mecía casi imperceptiblemente al ritmo de la música, y se pasaba la lengua por los labios. Se veía hermosa, y había comenzado a desearla.

—¿Vas a escuchar la misma canción muchas veces más? —preguntó en broma.

—Tantas veces como sea necesario hasta que me apasione igual que Cortázar —explicó Natalia.

Comprendiendo que ella no cedería, se levantó, la tomó de la cintura y en un

segundo la sentó en la mesa.

—Mientras no te apasione tanto como yo —contestó, y metió una mano por debajo de su pantalón deportivo hasta alcanzar su rodilla. Fue lo más lejos que pudo llegar ingresando desde el talón.

Natalia lo abrazó y lo besó. Terminaron haciendo el amor sobre la mesa.

Para la clase del lunes, Natalia abandonó la ropa vieja que no la representaba y se vistió de nuevo como los últimos meses que había trabajado en el colegio religioso. Se maquilló y se peinó con esmero, y volvió a sentir que era ella misma.

Una vez en el aula, se sentó en el escritorio, completó el libro de temas, y mientras sus estudiantes conversaban, reían y se arrojaban una campera deportiva, ella extrajo el celular.

—Alto celu —se burló un chico, formando una L con el pulgar y el índice debajo del mentón.

Natalia no sabía que su Samsung comprado hacía tres años todavía pudiera ser considerado un teléfono de categoría, pero decidió tomar la crítica como un halago.

—Gracias —dijo.

—El mío es afanado —siguió explicando el chico, con toda la intención de asustarla.

—Mientras no me «afanes» el mío —replicó ella.

Una de las chicas que cumplía con las consignas rio, agachando la cabeza. Natalia sintió que su autoestima se fortalecía solo con que su respuesta le hubiera caído bien a una alumna y se atrevió a encender la música.

La cumbia que siempre sonaba por lo bajo se silenció. En cuanto la chica que había cantado y bailado el lunes anterior distinguió de qué se trataba, se levantó, gritó «esaaa» y alzó los brazos. Dos se pusieron a bailar en el fondo del salón. Natalia los dejó hacer.

Cuando la canción terminó, se levantó y pegó en el pizarrón una de las

imágenes que había impreso la noche anterior.

—Le pongo un diez al que me diga quién es el hombre de anteojos oscuros que está en esta foto —dijo.

—¿Un diez? —repitió un alumno. Natalia asintió.

El silencio fue absoluto. No lo podía creer. Como nadie respondía, arremetió:

—Entonces, un diez para el que me diga quién es el tipo que está al lado, el de las patillas.

—Menem —dijo una chica.

—Muy bien. Es Menem —replicó ella—. Decime tu apellido.

—Ojeda.

Natalia buscó el apellido en la lista y le puso un diez, tal como había prometido.

—¿Entonces es verdad lo de la nota? —preguntó otro chico.

—¿Por qué les mentaría? Ojeda ya no puede participar. El próximo diez es para el que me diga a qué se dedica el hombre de anteojos.

—Tiene una gorra y uniforme. Parece militar —propuso un chico.

—Apellido.

—Mamani.

—Excelente —dijo, y escribió otro diez junto al apellido del chico—. Sí, era militar. Se llamaba Isaac Rojas, y fue vicepresidente de facto en la Argentina después del derrocamiento de Perón en el 55. ¿Todos saben lo que significa de facto? —Se hizo silencio. Por las dudas, aclaró—: Significa «de hecho». Eso quiere decir que las personas que ocupan un cargo de facto lo hacen sin reconocimiento judicial, por los hechos. Es lo que pasa cuando hay una dictadura.

»Otro diez para quien me diga qué relación tiene esta imagen con la canción de los Redondos. —Otra vez hubo silencio—. ¡Vamos! No es difícil. Yo sé que pueden decirlo.

—¿El año? —preguntó un chico. Ella negó con la cabeza.

—Los anteojos —dijo otro alumno.

—¡Los Ray Ban que aparecen en la letra! —exclamó una chica.

—¡Muy bien! Apellidos —pidió Natalia.

—Ramos.

—Espinoza.

Siguió haciendo preguntas hasta que todos menos el chico que casi no entendía castellano tuvieron un diez. Para entonces habían analizado casi todos los versos de la canción.

—Teniendo en cuenta lo que estuvimos explicando, ¿a qué se refiere cuando la letra menciona que es un ciego? ¿Es un ciego de verdad?

—Es porque no ve —aportó alguien.

—¿Qué es lo que no ve?

—La realidad. Si es una dictadura, no se la dejan ver —contestó otro.

—Esa es la clave —contestó ella—. No habla de un ciego de verdad, habla de lo que pasaba en el 56. Es una metáfora. Una metáfora consiste en usar un elemento figurado, en este caso el ciego, en lugar de un elemento real que queremos representar. Aquí, el elemento real sería la realidad de los reprimidos durante la dictadura de esos años. La letra no es clara, está hecha para construir sentido. Y se parece a como escribían los vanguardistas: buscando una manera nueva de decir ideas que para la sociedad de una época pueden resultar controversiales. Controversial significa problemático y, por lo tanto, censurable. Ahora díganme: ¿por qué comienza diciendo «ahora tiro yo porque me toca»?

—Es un juego —respondió una chica. Había conseguido que siguieran enganchados con la clase sin una nota de por medio.

—¡Exacto! Es el juego del poder que da título a la canción. Los vencedores de hoy son los vencidos de mañana y los vencidos de hoy pueden ser vencedores después, porque el poder es un juego de azar. Hoy es de uno, mañana es de otro... —*Hoy en esta clase es mío*, pensó como si fuera magia—. Díganme lo primero que se les venga a la cabeza cuando escuchan la palabra «poder».

Tomó el marcador y se acercó al pizarrón para escribir la lluvia de ideas.

—Militares —dijo una chica.

—Policía —dijo un chico.

—Profesores —aportó Ramos.

—Gobernantes.

—Mi poronga —dijo Santana, el estudiante cuya madre había estado en la cárcel. Los demás rieron.

Natalia se negó a permitir que tomara el control de la clase una vez más y escribió también su propuesta, solo que cambió «poronga» por «pene».

—¿Todo esto es cierto? —indagó ella, señalando las palabras.

—Lo de la poronga no —contestó una compañera, y miró al que acababa de mencionarla—. No es tan poderosa.

—¿Quieres verla de nuevo? —replicó el chico, sujetándose los genitales por encima del pantalón.

—Entonces, como hay dudas, borramos el pene —determinó Natalia, decidida a que la clase no se dispersara.

Todos rieron, menos Santana. Le pareció increíble que los alumnos hubieran disfrutado con su broma. Volvió a girar y los miró. Otra vez se hizo silencio. *Me dieron autoridad, pensó. Lo hice bien.*

—Retomo la pregunta: ¿es cierto que las figuras de poder son las que ustedes mencionaron? La canción lo expresa muy bien: «un mudo con tu voz». Puede que signifique que, aun los que se supone que tenemos voz, también somos oprimidos. Todos somos víctimas del sistema: el policía que tiene que reprimir aunque no le guste, el militar que tiene que matar al soldado del bando contrario aunque en otro tiempo haya sido su amigo, el profesor que tiene que entrar a un aula para que veinte estudiantes intenten humillarlo porque creen que los oprime. —Negó con la cabeza—. Eso no es rebelarse, es enterrarse en lo que el sistema quiere: ignorancia, sumisión, personas conformes con la marginación social. La verdadera rebeldía está en la inteligencia. —Pegó otra imagen en el pizarrón—. Este hombre se llamaba Foucault. Entre muchos otros temas, habló del poder, de las escuelas y de la cárcel. Si les interesa podemos hablar de él en otra clase. Lo elegí para cerrar esta porque quiero que nos quedemos con una de sus frases: «El poder, en suma, se ejerce más que se posee». Un título no nos hace poderosos, mucho menos uno obtenido con violencia, como ocurre en una dictadura. El poder es un sistema de dominación que se nutre de insertar las ideas equivocadas

en las personas más vulnerables. Si no saben lo que significa «vulnerable», la tarea para la próxima clase es buscar en el diccionario esa palabra.

Ramírez, la chica a la que evidentemente le gustaba bailar, levantó la mano. Natalia le cedió la palabra.

—¿Podemos escuchar otra? —preguntó.

Natalia miró la hora. Faltaban siete minutos para que terminara la clase. En el colegio religioso habría tenido que decir que no, y a cambio dictar algunas preguntas. Pero tampoco habría podido hablar de Foucault, ni de «Vencedores vencidos», y mucho menos escribir «el pene de Santana» en el pizarrón. Aquí era libre. En esa escuela pública no existía la represión.

Recogió el celular, buscó cualquier canción de los Redondos y terminó reproduciendo «La bestia pop». La mayoría se puso a bailar, y ella los dejó.

—¡Eh! ¡No se ponga la gorra! —le gritó un alumno—. ¿Por qué no baila?

Porque soy la profesora, se le ocurrió a Natalia, pero ese argumento no tenía lógica. ¿Por qué había creído que la tenía cuando trabajaba en el colegio religioso? Le gustaba bailar. Le gustaba pasarlo bien. ¿Por qué seguir reprimiendo sus deseos? Había encontrado algo que la apasionaba tanto como a sus alumnos, un punto de unión entre todas sus diferencias. Estaba segura de que había más, solo tenía que salir de la zona de confort. Tenía que enseñar literatura de manera diferente.

Bailó con ellos y consiguió que Ramón, el único que todavía estaba sentado, también se levantara. Por haberse animado a levantar la cabeza, salir de sí mismo y unirse a los demás, también le puso el diez que se había llevado el resto.

Subió al auto de Julián sin poder borrar la sonrisa y volvió a poner rock nacional en el estéreo.

—Parece que hoy te fue bien —dedujo él.

—Muy bien —respondió Natalia, aferrándose a su brazo—. Para el viernes necesito una caja de alfajores. ¿Me la podés donar? —Él rio por la última palabra. Podía darle todos los alfajores que quisiera.

—Sí, por supuesto —respondió.

Natalia apoyó la cabeza en su hombro y le contó la gran experiencia que había vivido esa mañana en clase.

Después de muchas semanas, Julián respiró aliviado. Sabía mejor que nadie lo que significaba el trabajo para una persona, por eso para él era tan importante que Natalia se sintiera satisfecha en el aspecto profesional. Mucho más teniendo en cuenta que Sabrina había colaborado para que sufriera. Quería verla feliz en todo sentido.

Melisa llegó a las nueve en punto a la fábrica, rogando que Fabrizio no apareciera. Se metió en la recepción y dejó su cartera sobre el escritorio. Lo primero que tenía que hacer en la mañana implicaba ir a la oficina, así que respiró profundo para reunir coraje y atravesó la puerta que llevaba a la sala de máquinas. Caminó con paso presuroso sin alzar la cabeza y entró en la oficina. Cerró los ojos cuando creyó que había evitado a Fabrizio con éxito.

«Hola», escuchó, y dio un respingo. Era Julián.

Lo miró con expresión aterrada. Lo único que le faltaba era que su jefe la creyera una loca.

—¿Te sentís bien? —le preguntó él con el ceño fruncido.

—Sí —respondió Melisa, aproximándose al escritorio de Claudia de forma atolondrada—. Tengo que hacer unas llamadas.

—Acabás de llegar.

—Me quedaron pendientes de ayer —explicó, llevándose unos papeles, y se retiró.

Se ocultó en la recepción, donde estaba su escritorio, y se tomó la cabeza entre las manos. Después de que había despertado en una cama con Fabrizio el domingo, no dejaba de pensar en él. No quiso desayunar y le pidió que la llevara a su casa. Desde entonces se preguntaba cómo lo miraría a los ojos cuando lo

conocía desnudo y él la conocía desnuda, se habían practicado sexo oral mutuamente y se habían dicho obscenidades mientras tenían relaciones en la postura del galgo.

Estúpida, pensó para sus adentros. No salís de un problema que te metés en otro. Te insinuaste al hermano mayor, te acostaste con el menor... ¡Solo te falta la del medio!

La voz de Fabrizio la sacó de sus pensamientos. «¡Buenas, buenas!», oyó, y alzó la cabeza de inmediato. ¿Por qué entraba a la recepción? Usaban esa entrada para los visitantes, el resto entraba por el portón que daba a la otra calle.

Se puso tan nerviosa que casi lo echó. Fabrizio se aproximó, miró por sobre el hombro, y al descubrir que nadie los estaba viendo, intentó darle un beso en la boca. Melisa lo apartó colocando las manos sobre su pecho.

—¿Qué hacés? —rugió.

—Pensé que... —comenzó a decir él.

—Olvidate. Lo que pasó el sábado fue un momento de calentura, nada más. No quiero hablar de eso acá, estoy trabajando.

Fabrizio nunca pensó que el rechazo de una chica podía provocarle una sensación tan desagradable. Se sintió desvalido y desconcertado. Apenas tuvo orgullo para darse la vuelta y alejarse de la recepción lo más rápido posible.

«Queremos seguir publicándote, Natalia. Tu libro vendió muy bien. Avisame cuando tengas algo nuevo y conversamos. Besos. Isabel.»

Natalia saltó de alegría al recibir la respuesta de su editora. Se había hecho esperar, pero traía excelentes noticias. Por la liquidación que había recibido en concepto de regalías, no creyó que hubiera vendido tanto, pero era novata en el universo de los libros, así que al parecer se había equivocado.

El entusiasmo brotó de ella como un manantial de inspiración, y se le ocurrieron un montón de escenas para la historia de Pablo y Marianela. Le estaba yendo mejor en todo sentido, y eso le devolvió la inspiración.

El viernes inició la clase con «Corazón delator», una de las canciones más famosas de Soda Stereo. Después de analizar la mayoría de los versos, les pidió a sus alumnos que buscaran en los celulares el video y la traducción de la canción «Strangelove», de Depeche Mode.

—Al primero que me diga qué relaciones podemos establecer entre ese tema de Depeche Mode y el de Soda Stereo le doy un premio —dijo.

—¿Otro diez? —preguntó Ramírez.

—No, es otra cosa. Tenemos que variar para que no sea aburrido.

Era la primera vez que los chicos trabajaban solos a partir de una consigna y, para colmo, con los teléfonos. Se sorprendió de que la mayoría estuviera cumpliendo con la propuesta y de que nadie estuviera respondiendo mensajes de WhatsApp.

—¿Es verdad que escribís? —le preguntó una alumna cuando pasó junto a su pupitre.

Natalia se puso nerviosa; en el colegio religioso había sido un pecado escribir una novela erótica, y temía que los chicos en ese colegio lo aprovecharan para burlarse de ella. Con Internet, todos sabían todo. Debió intuir que se enterarían tarde o temprano.

—Sí —dijo, tratando de sonar segura.

—¡Esaaa! ¡Qué grossa! —le dijo la chica.

Entonces, ¿eso era todo? ¡Por supuesto! Incluso sus alumnos del colegio religioso se habían manifestado en contra de su despido sin importar el libro que hubiera escrito. Era tal como expresaba Julián: a los jóvenes no les importaba que se hablara de sexualidad. Ellos no ocultaban esos temas, eran los adultos.

Aprovechó que todos trabajaban para acercarse a Ramón y corregir los ejercicios que le había enviado como tarea. Después de que constató que había adquirido suficiente vocabulario como para avanzar con gramática, le dio para trabajar unas páginas con estructuras sintácticas.

—¿Y bien? —preguntó al resto de la clase—. ¿Qué pueden decir de la relación entre las canciones?

Santana, que ese día se había sentado unos bancos más adelante, detrás de Ramón, la señaló.

—¿Por qué te vestís como cheta? —preguntó.

En otro momento, Natalia se hubiera tomado a mal la pregunta, pero entendió que al fin sus estudiantes estaban verbalizando sus pensamientos. La clase anterior les había generado confianza, era lógico que comenzaran a indagar desde la verdad de ellos mismos y no desde la rebeldía.

—Por la misma razón que vos te vestís con ropa deportiva —respondió—. La moda nos sirve para expresarnos, ¿por qué debería expresar lo mismo que vos, si soy otra persona? Volviendo al tema, recuerden que tengo un premio para el que me diga alguna conexión entre «Corazón delator» y «Strangelove».

—La época —dijo una de las chicas que se sentaban adelante.

—Muy bien —respondió Natalia, y le arrojó un alfajor. La alumna lo atrapó en el aire.

—¡Un Tamailén! —exclamó con alegría.

—La época de composición de una obra se llama contexto de producción — explicó Natalia—. Más conexiones.

—La onda —dijo otro chico. Y ella le arrojó un alfajor.

—¡Excelente! Eso que definiste como «onda», en realidad se llama estética. Las dos bandas tienen una estética similar.

»Para el que me diga la conexión más difícil, la más sutil, hay dos Tamailén en lugar de uno.

Fue un deleite ver cómo se rompían la cabeza compitiendo entre ellos para descubrir la tercera conexión. Como nadie pudo decirla, Natalia reunió coraje y la mencionó ella.

—El sadismo. —De haber dicho esa palabra en el colegio religioso, le habrían hecho un escándalo. Allí, en cambio, no despertó más que un pequeño alboroto momentáneo entre los chicos—. Entiendo que les llame la atención la idea que implica la palabra, pero existió un escritor llamado Marqués de Sade para el que esa práctica era algo natural. Además, a lo que apuntamos en realidad es a que me cuenten por qué creen que dos canciones que fueron compuestas con un año de diferencia y en lugares distintos hacen referencia a lo mismo.

—¿Dónde? —indagó una alumna—. Yo no lo encuentro.

—«Se abren mis esposas. Un suave látigo» —le indicó un compañero, citando dos versos de «Corazón delator».

—Pero eso puede querer decir otra cosa. ¿No puede ser... metafórico?

Natalia disfrutó que su alumna utilizara un término que ella les había enseñado la clase anterior.

—Sí, por supuesto. Pero existen teorías de que también puede referir sencillamente a lo que menciona: esposas y látigos. El erotismo existió en la literatura desde tiempos inmemoriales, pero se omite en la escuela cuando se la enseña. Se reprime.

»Esto que acaban de hacer se llama establecer relaciones de intertextualidad. Bajtín, un filólogo ruso, la define como la relación que existe entre un texto y otros, del mismo género o no. Un filólogo es alguien que estudia los textos y, con ellos, el lenguaje y la cultura del pueblo que les dio origen. Anoten, son

respuestas para preguntas de examen.

Por primera vez consiguió que escribieran lo que ella quería. Con el corazón henchido de alegría, la hora se le pasó muy rápido, y terminó dando las últimas indicaciones un minuto antes de que sonara el timbre.

—El título fue tomado de un cuento de un autor estadounidense llamado Edgar Allan Poe: «El corazón delator». La clase que viene lo vamos a leer y vamos a establecer las relaciones de intertextualidad con la canción. Además, tienen que buscar una canción y analizarla con las estrategias que trabajamos estas dos clases. Por favor, eviten el reggaetón y las canciones de cumbia villera que traten sobre mujeres en la posición del perrito, colas al aire y varones que expresan que eso es una buena manera de provocarlos.

—¿Por qué?! —exclamó un chico a la defensiva—. Si hoy nombramos el sadomasoquismo.

—Porque vamos a evitar que la mujer sea tomada como un objeto. Ley 26.485 del año 2009.

El timbre sonó y, agitada, Natalia calló. Antes de irse, se llevó las prácticas que había resuelto Ramón.

Julián no lo estaba pasando tan bien como ella. Otra vez se hallaba sentado en el colegio junto a Sabrina, esperando descubrir qué había hecho Camila esta vez y por qué no se lo había contado antes.

Para su sorpresa, no fue la directora de la secundaria la que apareció, sino una maestra del nivel primario. Sabrina solo le había informado por mensaje de texto esa misma mañana que tenía que presentarse en la escuela, no que quien tenía algún problema era Tomás. Jamás lo hubiera apostado, había dado por sentado que el problema era Camila.

La maestra los saludó y se sentó frente a ellos con una carpeta. Julián la reconoció: era la que usaba su hijo en Ciencias Naturales y Matemática. Se la había comprado él porque le gustaban los Transformers.

—Desde hace un tiempo notamos que Tomás cambió. Perdió autonomía, confianza y sentido de la responsabilidad.

—Por favor, explíquemelo con algún ejemplo concreto —solicitó Julián.

La maestra abrió la carpeta y le fue mostrando algunas hojas mientras hablaba.

—Por ejemplo, hace muchas preguntas durante las evaluaciones y duda al resolver ejercicios como los que puede ver acá; son problemas de matemáticas. Si no lo autorizo, no resuelve cosas sencillas como el color del subrayado de su propia carpeta. El otro día, jugando a la pelota en la clase de Educación Física, sin querer lastimó a un compañero. Le sugerimos que le pidiera disculpas y dijo que no había motivo, que él no tenía la culpa de que el chico se hubiera cruzado en su camino. Lo que nos llama la atención es que Tomás no era así. Era un chico seguro de sí mismo, alegre y, sobre todo, muy respetuoso. No quiero sonar entrometida, pero ¿hay algún problema en casa que lo esté afectando? Entre todos podemos ayudarlo.

Julián miró a Sabrina. Ella siguió concentrada en la maestra.

—Está creciendo, eso pasa —determinó Sabrina—. No se puede pretender que un nene sea idéntico de un año a otro.

—¿No te parecen cambios muy drásticos? —interrogó Julián.

—No fue drástico. Lo sé porque convivo con él, vos no. Yo voy a hablar con Tomás. Ya se le va a pasar.

Julián no invirtió tiempo en tratar de dialogar con Sabrina. Fue a su auto y llamó a la psicóloga de Tomás. Cuando la mujer le informó que hacía varias semanas que la madre había avisado que el niño no asistiría más a la consulta, le hirvió la sangre. ¿Desde cuándo era excluido de decisiones tan importantes sobre sus hijos?

Llamó a su ex, pero ella no atendió. Tuvo que aguantarse la bronca si no quería enfrentarla en el trabajo. Si no hubiera tenido tanto sentido del respeto, habría ido al estudio de abogados donde trabajaba sin dudar.

Miró la hora en el panel del auto: se le había hecho tarde para ir a buscar a Natalia. La llamó por teléfono para que lo esperara en el colegio, pero ella no atendió. Le había dejado un mensaje antes explicándole que tenía una reunión de último momento en el colegio y que quizás no llegara a buscarla. Temía que se

hubiera ido sola, así que se puso en marcha cuanto antes.

Quince minutos después, recibió una llamada de ella.

—Nati. Estoy a mitad de camino. ¿Estás en el colegio o tomaste el colectivo?

—Estoy en el colectivo —contestó ella. Su tono de voz lo asustó—. Una madre me pegó.

—¿Cómo que te pegó? ¿Estás bien?

—Sí. Una alumna que pasaba la vio y le gritó, entonces se alejó.

—Te espero en casa. No vas a volver ahí, ¿me escuchaste? ¡No vas a volver a ese colegio!

Natalia guardó el teléfono y se secó las lágrimas. Todavía estaba temblando; si Luciana Ramírez no hubiera aparecido para detener a la madre de Jonathan Santana, no sabía qué pudiera haber sucedido.

Cuando llegó al departamento, Julián la estaba esperando. La abrazó, y ella estalló en llanto. Después de un rato en el que intentó tranquilizarla con caricias, le pidió que se sentara y observó la herida que tenía junto al labio.

—Todavía no llevás un mes en esa escuela, ¿por qué te golpeó? —preguntó, y abrió la caja de primeros auxilios que había preparado. Le dolía en el alma ver a Natalia asustada y herida, física y espiritualmente.

—Hace algunas clases le pedí a su hijo que se retirara del salón. Supongo que me habrá estado esperando todos estos lunes y viernes, pero como me íbas a buscar vos, no pudo atacarme. Me agarró en una calle desolada, jamás se pondría en evidencia en la escuela.

—Tenemos que denunciarla.

Natalia negó con la cabeza y ahogó una protesta ante el ardor del algodón que Julián acababa de apoyar junto a sus labios.

—No tendría sentido, los profesores nunca tenemos la razón. Así de justo es el sistema.

Él no insistió. Era inútil cuando a Natalia se le ponía una idea en la cabeza.

Terminó de higienizarle la herida y, mientras buscaba en la caja un antiinflamatorio, sintió que, desde que Sabrina había enviado la nota al colegio religioso, sus vidas se derrumbaban como piezas de dominó. Su ex había

arrojado la primera, y el resto solo seguía cayendo por inercia. Volvió a sentirse culpable y furioso. Lo peor era que no sabía cómo detener la avalancha.

Fue por un vaso de agua y se lo entregó a Natalia.

—No vas a volver a esa escuela —decretó mientras ella ingería la píldora.

—¿Sabés por qué estamos juntos? —respondió Natalia—. Porque parezco sumisa y obediente, pero en el fondo soy rebelde y terca, y aun con todo el mundo en mi contra, me puse firme en mis convicciones y seguí adelante con nuestra relación.

—No es lo mismo. Nuestra relación no podía lastimarte.

—¿Estás seguro? —preguntó, alzando una ceja—. Voy a volver al colegio, te guste o no —determinó—. Me costó mucho establecer una relación con los chicos, y ahora que la tengo, no voy a perderla por una madre agresiva. No le pienso dar el gusto a esa mujer de que su hijo siga siendo un violento sin futuro como ella.

—¡Natalia! —exclamó él, liberando la ira que acumulaba desde que Sabrina había enviado la carta—. Sos más caprichosa que mi hija a los quince años.

—¿Caprichosa? —replicó Natalia, molesta—. En tal caso, vos sos un dominado. Evité decírtelo, ni siquiera quería pensarlo, pero no hay oportunidad en la que Sabrina te pida algo y vos no salgas corriendo para darle el gusto. Lo que pasó hoy es un ejemplo de eso. Te avisa a las nueve de la mañana que tenés que ir a una reunión al colegio a las nueve y media y ahí vas, como si fueras el lacayo de ella.

—Lo hice por mi hijo, no por Sabrina.

—¡Da lo mismo! Ella quiere verde, hay verde. Ella quiere rojo, todo es rojo. ¿Así era también cuando estaban casados? ¿Hacías siempre lo que ella quería?

—¡Sí! Me di cuenta de que sí. La única vez que me puse firme e hice lo que quise terminamos divorciados. Desde que lo sé no hay día en el que no me cuestione por qué fui tan estúpido.

—Bueno, para que lo sepas: seguís siéndolo —bramó ella, y se refugió en el dormitorio.

Se sentó en la cama y contuvo las lágrimas. Se sentía culpable por lo que

había dicho, pero estaba cansada de hacer de cuenta que no le molestaba el tipo de relación que Julián tenía con Sabrina. Por otra parte, había dicho que volvería al colegio, pero no podía negar que estaba aterrada de hacerlo. Si esa madre aparecía de nuevo, temía que ya no se conformara con las manos y decidiera usar un cuchillo. La había amenazado con hacerle algo más si seguía metiéndose con su hijo. No podía hablar con la madre y hacer una denuncia era en vano. Aunque corriera riesgos, tenía que intentarlo con el chico.

Un rato después, oyó la puerta del departamento y supo que Julián se había ido. En un rincón de su corazón había esperado que él se acercara para reconciliarse, y su partida le indicaba que la ilusión se había frustrado. Se acostó rogando que el sueño la atrapara enseguida; necesitaba reponer energías.

En la oficina, Julián repasó una y otra vez lo que le había dicho Natalia. En parte tenía razón, pero por otro lado sabía a ciencia cierta que, desde que se había divorciado, no era el mismo hombre que vivía con Sabrina. Si respondía a sus llamadas de último momento, era porque Tomás y Camila eran una prioridad en su vida. Era consciente de que Sabrina le enviaba avisos de última hora porque era egoísta y porque trataba de complicarle la existencia, pero aun así no podía ignorarla si se refería a sus hijos. Tenía que hacer todo de su parte para llevarse bien con ella por ellos. Aunque él quedara en la posición de un dominado y eso enfadara a Natalia, las cosas tendrían que seguir funcionando de esa manera, porque no había modo de cambiar a Sabrina. La diferencia era que, ahora, él podía elegir cuándo, cómo y por qué comportarse de esa manera. Antes ni siquiera se daba cuenta de que lo hacía.

Esa noche preparó la cena y se asomó al cuarto para ofrecerle a Natalia ir a la mesa. Aunque se dirigió a ella con la misma ternura de siempre, como si la discusión no hubiera existido, Natalia le respondió que no tenía hambre.

Había pensado en Julián toda la tarde, y no quería que su fantasía, su príncipe azul, se transformara en un sapo. La convivencia sacaba a la luz los conflictos de cada persona, y aunque ella sabía que sus propios defectos podían ser muy molestos, los de él le parecían difíciles de afrontar.

Ella podía ser infantil y terca a veces, pero Julián era servil a su ex esposa. Por

otra parte, lo mismo que la enamoraba de él la exasperaba: su experiencia. No le gustaba sentir que diecinueve años los separaban, y eso sucedía a veces cuando él hablaba y, aunque no fuera su intención, ella creía que le estaba dando lecciones. También cuando toleraba situaciones que a ella la hubieran hecho rezongar y maldecir hasta el hartazgo. La templanza de Julián era un bálsamo para su actitud explosiva y desafiante, pero ¿tenía que conservarla con Sabrina? ¿Tenía que ser comprensivo con sus demandas y hasta con que hubiera ocasionado que a ella la despidieran de su trabajo? Ella sufría la manipulación de Liliana y había creído que Julián, un hombre fuerte y autosuficiente, no la había padecido y que por eso podía ayudarla a salir de ese laberinto. Ahora resultaba que se parecían en eso, porque él había sido manipulado por Sabrina, y le dolía reconocer que lo había idealizado.

«¿Qué valor tiene cuando se ama lo perfecto? Eso es fácil, lo valioso es amar lo imperfecto». Ella misma le había dicho eso. Pero en aquel momento no tenía idea de cuán difícil sería sostener esas convicciones a lo largo del tiempo. No tenía idea de lo complicada que podía resultar la vida en pareja cuando los problemas los ahogaban y las debilidades más profundas aparecían.

Había vivido en una caja de cristal. Había sufrido, pero también había sido sobreprotegida. Por Liliana, por la escuela de monjas en la que había estudiado toda la vida, por el colegio religioso en el que había trabajado toda su carrera. Ahora tenía que enfrentar la realidad de manera adulta, y dudaba de ser capaz de resistir los embates del destino.

Dos horas después, escuchó que Julián entraba en la habitación y que se desvestía. En pocos minutos estuvo acostado junto a ella. Esa noche apagó la luz enseguida. Al parecer no tenía ánimo de leer, y tampoco ella.

Su voz le provocó una sensación muy intensa.

—¿Estás dormida? —preguntó.

—No —respondió ella.

—Estuve releendo una parte de tu libro: «¿Qué valor tiene cuando se ama lo perfecto?».

El corazón de Natalia se estrujó. No podía creer que a pesar de todo siempre

estuvieran conectados. Ella también se había acordado de esa frase, pero no por el libro. Se la había dicho en la vida real.

Giró sobre sí misma y lo abrazó sin mediar palabras. Julián respiró profundo y la rodeó con los brazos, aliviado de que ella ya no estuviera enojada. Siempre buscaba la unidad, y no resistía estar enemistado con la gente; mucho menos con la mujer que amaba.

Le apartó el flequillo y le dio un beso en la frente.

—¿Te duele el golpe? —le preguntó con suavidad.

—Un poco —susurró Natalia.

—Perdoname por no haber ido a buscarte hoy.

—No fue tu culpa.

—Por no ser perfecto, por no poder librarme de Sabrina, por solo tener problemas para ofrecerte...

—No pienso que seas un estúpido —lo interrumpió Natalia—. Perdoname por haber dicho eso. Para mí sos todo lo que describí en mi libro. Pase lo que pase, y aunque aparezcan todos los defectos y problemas del mundo, jamás dejarás de ser el hombre seductor y lleno de bondad que se convirtió en mi fantasía hecha realidad. La persona que me enamoró en un bar.

—Quiero que me expliques por qué Tomás no está yendo a terapia —solicitó Julián en el teléfono. Había aprovechado que su hermana había salido a hacer trámites y la oficina estaba tranquila.

—Me estás intimidando —replicó Sabrina—. La próxima vez que me hables así, te grabo y te denuncio.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Sabrina? ¿No te das cuenta de que Tomás lo está pasando mal? ¿Cómo podés ser tan egoísta?

—Será tu culpa. No es tonto y se da cuenta de que cambiaste desde que salís con esa cualquiera.

—La próxima vez que insultes a Natalia...

—¿Qué? ¿La vas a venir a defender, como hiciste cuando mandé la carta? Si la echaron del colegio, por algo es. La nota de unos padres no tiene tanto peso si la docente es buena. Lo que pasa es que vos no lo ves porque estás ciego por ella.

—No te llamé para hablar de Natalia, sino para avisarte que voy a llevar a Tomás a terapia todos los jueves, como iba antes de que se te ocurriera decirle a la psicóloga que no lo ibas a llevar más.

—Olvidate. Y también de verlos cualquier día de la semana según tu conveniencia. El régimen de visitas está pautado para que los tengas con vos un fin de semana por medio, diez días de las vacaciones de verano y en una de las fiestas.

—No me podés hacer esto.

—Mientras vos sigas actuando de esta manera, soy capaz de esto y mucho más. Por Tomás y Camila hago lo que sea.

—Tocás mi relación con mis hijos y te mato.

—Gracias. Me acabás de dar buen material para mi grabación. Tengo que cortar, estoy trabajando. Lo mismo deberías hacer vos. —Y colgó.

No pensaba retractarse de su determinación. Desde que Tomás había dejado de ir a terapia y ella pasaba tiempo con él, su relación estaba mejor que nunca. Apostaba a que su ex marido envidiaba eso y se desesperaba porque no le funcionaban sus artimañas con él, como sí habían resultado con Camila, que la desafiaba cada día más.

Julián arrojó el celular sobre el escritorio, tragándose un insulto. Ya le parecía raro que Sabrina no cortara antes y lo dejara hablar. Era hábil, y quizás él sí era un estúpido. Con toda la tranquilidad del mundo, ella había logrado colarse en su vida y en su relación con Natalia, y la maldecía por eso como por tantas otras cosas. No dejaba de pensar en su matrimonio y no paraba de reconocer situaciones y actitudes que le demostraban que Sabrina siempre había sido igual. Debió haberse dado cuenta antes.

Melisa lo sacó de sus elucubraciones golpeando a la puerta. Entró cuando él le dio permiso.

—Perdón —dijo—. Llamó el proveedor de harina, dice que esta semana está complicado y que no va a poder llegar hasta esta zona. ¿Querés que haga el pedido a otro o le digo que lo esperamos?

—Pedí presupuesto a la distribuidora Domínguez y avisame. Gracias.

Melisa asintió y salió de la oficina cerrando la puerta. Cuando giró para volver a su escritorio, se encontró con Fabrizioo.

—Hola —le dijo él.

—Hola —respondió ella—. Tu hermana salió, pero me dejó tus órdenes de reparto para hoy. Ya sé que sos mi jefe, pero me dijo también que si llegabas después de las nueve y media te dijera que es tarde y que te lo va a descontar del sueldo. Perdón, no lo digo yo, lo dice ella pero puso las palabras en mi boca.

Fabrizio rio.

—Siento que últimamente me estás evitando —dijo. Le importaba poco el asunto del sueldo.

—¿Evitando? Te estoy diciendo que tu hermana...

—Me refiero a nuestra vida fuera de la fábrica.

Melisa rio, todavía más tentada que él.

—No tenemos una vida fuera de la fábrica, eso es lo que pasa.

—¿No te gustaría que saliéramos el sábado? Podemos volver a la disco.

—No, gracias.

—Meli... ¿No te gustó?

Melisa volvió a reír.

—No te preocupes, sí que me gustó. —Miró alrededor y bajó la voz para expresar—: Que yo sepa, estuve gritando, y nunca grito orgasmos falsos. Es solo que todo quedó en eso: un par de orgasmos. Para vos también, imagino. No hablemos más de eso acá, me hace sentir incómoda. Estamos trabajando.

Fabrizio no supo qué hacer con esa respuesta. Estaba acostumbrado a cambiar de chica cada fin de semana. Lo máximo que duraba con la misma eran unos quince días. ¿Por qué no se podía quitar de la cabeza a la secretaria? Lo peor era que, con sus respuestas, en lugar de alejarlo, ella lo atraía más. ¿Acaso podía tomar con tanta naturalidad que había dormido con él y que ahora tenían que actuar en la fábrica como si eso no hubiera pasado? ¿Por qué no deseaba repetir el encuentro, si había sido provechoso para ambos? Temía que estuviera mintiendo y que, en realidad, no le hubiera gustado el sexo. O, peor, que no le gustara él.

—Si no lo hablamos acá, ¿dónde? Si no querés que salgamos de nuevo.

—¿Por qué tendríamos que hablar de eso?

—No tengas miedo, no te voy a echar ni nada por el estilo.

Melisa volvió a reír, más tentada que antes.

—¡Como si pudieras! —exclamó—. El único que podría es Julián, y sé que no lo va a hacer porque soy efectiva. —Le guiñó el ojo, y Fabrizio sintió que le arrebatában la respiración—. ¡A trabajar! —exclamó ella, y se fue a la recepción.

Fabrizio la siguió.

—Por favor, necesito saber por qué no te gusto —solicitó. Melisa suspiró.

—Para empezar, sos demasiado lindo.

—¡Eso no tiene sentido!

—Tiene todo el sentido del mundo: los lindos son muy creídos. ¿Me equivoco? Segundo: sos demasiado egoísta. Engancharme con vos sería suicida. Buen sexo se consigue en cualquier parte, Fabrizio. Un hombre con todas las letras, no.

Confundido por la forma que cobraba la verdad en los labios de Melisa, Fabrizio agachó la cabeza.

—¿Tenés las órdenes de reparto? —preguntó.

Ella buscó entre los papeles que poblaban su escritorio y le entregó los que le correspondían. Fabrizio le dio las gracias y se retiró.

Melisa se quedó viendo el rincón por el que él había desaparecido, pensando si acaso haber dejado el tema del sexo de lado no hacía de Fabrizio una persona un poco menos egoísta y arrogante. Sacudió la cabeza antes de empezar a confundirse, como le había sucedido con el hermano mayor. ¡Había tantos chicos sobre la Tierra! ¿Para qué fijarse en el irresponsable de Fabrizio Aráoz?

En cuanto la clase terminó, Natalia le pidió a Jonathan Santana que aguardara un momento en el salón. Primero él se mostró reticente a hacerle caso. Cuando ella le dijo que no le convenía que hablara delante de sus compañeros, se quedó.

—¿Ves esto? —le preguntó Natalia, señalando el moretón del labio. Sus alumnos le habían preguntado qué le había pasado, pero, sospechando que en realidad ya lo sabían, ella había esquivado la pregunta—. Me lo hizo tu mamá.

—Ya sé que fue ella.

—¿Podés pedirle que no me moleste más? No vengo acá a enfrentarme con nadie, solo quiero cumplir con mi trabajo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque me caga a palos a mí también.

La respuesta inesperada la sacudió. Jamás hubiera imaginado que un chico como Jonathan podría confesarle algo así a ella. Permaneció un momento en silencio, evaluando la mejor solución para el conflicto.

—Pero le dijiste que te había pedido que salieras del aula y eso generó su reacción —replicó.

—No fui yo, fueron unas compañeras en mi casa —contestó Jonathan—. No te pongás la gorra, no la denuncies. Ella ya estuvo adentro. Si querés te acompaño a la parada cuando salís para que no te haga nada.

Natalia se alejó del banco donde estaba sentado su alumno y se apoyó en el escritorio. Sabía que de algún rincón del interior de Jonathan Santana también podía extraer algo bueno.

—Mi pareja me viene a buscar, pero si algún día no puede llegar, te aviso para que me acompañes. Gracias, Jonathan. Lo que acabás de hacer es muy valioso.

Él chasqueó la lengua, encogiéndose de hombros.

—No hagás quilombo.

—Sí, lo hago porque de verdad es muy valioso. Vos estás preparado para la bondad, como todos los seres humanos. Con esta actitud en lugar de la que mostrás siempre, llegarías muy lejos.

—¿Qué lejos? Acá no hay futuro. Vos porque sos una cheta que pasea en auto.

—Sí, paseo en auto. ¿Qué tiene de malo? ¿Por qué no podrías pasear vos también? ¿Sabés por qué sentís que no tenés futuro? Porque eso le conviene al sistema. Algunas personas quieren que creas que ser pobre, negro, villero, chorro, lo que sea, es un orgullo, y que por eso te conformes con el lugar que a los oligarcas les conviene que tengas. ¿Sabías que muchos de los que ocupan cargos en el poder son los mismos que necesitan mucha gente marginal que salga a robar para que se gasten lo que obtuvieron en una noche en drogas que ellos mismos venden? ¿Robás?

—Más vale.

—¿Por qué?

—Porque quiero mi plata y porque me gusta. No quiero un trabajo, ¿qué

ganás? Dos, tres pesos.

—Sé de tu mamá. ¿Y tu papá?

—No sé. Era barrabrava, pero no lo veo más. No sé dónde está.

—¿Con quién vivís mientras tu mamá está presa?

—Con mi abuela. A mí me crio mi abuela.

—¿Te drogás? —Hubo silencio—. Si yo fuera caminando por la calle, me asaltaras y te llevaras el sueldo que tengo para vivir todo el mes, ¿te parecería justo?

—No, a las mujeres no se les roba. Yo robo a los chabones. No te gastés, no voy a dejar de robar. Nunca voy a ser un cheto.

—Trabajar no te hace un cheto, y no hace falta que lo seas. Pero sí que quieras salir de ese lugar que a las instituciones de poder les conviene que tengas. Sabés mejor que nadie cómo terminan las personas que no se rescatan. Como tu mamá: entrando y saliendo de la cárcel, golpeando o quizás matando a otras personas para obtener un respeto que nunca llega. Pero vos no sos ella. Todavía no. Además, tan lejos de los chetos no estás. Que yo sepa, tenés un nombre en inglés. No sé. Fijate.

Recogió sus objetos personales y salió del aula para ir a la biblioteca. Además de que había dejado a Jonathan sin palabras, no había una sola fotocopia del cuento de Poe en el suelo, convertida en un avión o una bola de papel, es decir, en basura. Quizás los chicos podían valorar la literatura, aunque sea un poco.

Logró encontrar la biblioteca, que estaba en el subsuelo, pero se hallaba cerrada. Buscó a una preceptora y le preguntó dónde podía hallar a la bibliotecaria.

—No tenemos —dijo—. ¿Querés la llave y buscás los libros vos?

Las estanterías tenían polvo y algunas, telarañas. Investigó los títulos y descubrió que había allí algunas reliquias. Era una pena que estuvieran desperdiciadas; pensaba que los libros viven siempre que encuentren un lector.

En unos muebles encontró cajas. Las abrió y halló decenas de libros idénticos. Eran colecciones que enviaba el gobierno para utilizar con los alumnos. A la escuela le faltaban muchas cosas, pero no podía creer que los directivos

desaprovecharan los recursos que sí tenían. Se llevó un ejemplar de cada colección para leer los textos en su casa y guardó todo en su lugar para salir a la hora que había acordado con Julián.

Ahora que había conseguido habituarse a otro contexto de enseñanza y aprendizaje y que se sentía más segura, pensó en volver al acto público para tomar más horas. Sin embargo, el e-mail de su editora palpitaba en su conciencia y tenía que resolver el asunto de su novela. No podía descuidar su incipiente carrera.

Decidió esperar a que la llamaran de una escuela privada y a terminar la suplencia para buscar otra en alguna escuela pública. Ocuparía el resto del tiempo en su nueva novela.

Descartó la idea original de la escritora que encontraba a su personaje en la vida real, pero no la del chico lindo que era un idiota querible y la de la artista que no se sentía precisamente una modelo. Lo que más le gustaba de su estilo de novela romántica era que sus personajes no estaban tan idealizados y que podían existir en alguna parte. Quizás en un bar, como ella había conocido a Julián.

Los meses siguientes, llegó a trabajar con sus alumnos ideas de Foucault y Freire, y leyeron un compilado de cuentos que incluía grandes autores como Lugones, Borges, Bioy Casares y Gambaro.

Cuando tomó la evaluación, disfrutó de los resultados. Los errores de ortografía eran catastróficos, pero el contenido había alcanzado sus expectativas. No todos habían aprobado, sin embargo, los resultados no diferían de los que pudiera haber obtenido en el colegio religioso con otro temario. Para Ramón preparó otro examen, y descubrió que ya podía redactar un párrafo con menos errores que sus compañeros. Fue un gran logro, y le demostró que la base estaba en el nivel anterior: el que se preparaba bien desde un comienzo, alcanzaba mejores resultados en el camino de sus aprendizajes. Por eso era tan importante el jardín de infantes para la primaria, la primaria para la secundaria y la secundaria para la universidad.

En una oportunidad, Julián le avisó que no podía ir a buscarla y le ofreció enviarle un remís. Natalia se negó.

—Me acompaña un alumno a la parada —explicó.

—¿Y eso te parece seguro? Prefiero que el remis te esté esperando en la puerta.

—Confiá en mí. Mi alumno tiene poder en este barrio, en especial con la mujer que me atacó.

—¿Es el hijo?

—Sí.

—¿Conseguiste la protección del hijo? —repitió él, asombrado.

—Sí. ¿No me creés capaz?

—Sos capaz de eso y mucho más. Pero no creí que... —Natalia rio.

—Parece que puedo caerle bien a la gente de vez en cuando. Andá a trabajar, o vas a llegar para la medianoche y te extraño. Nos vemos.

Habiendo comprobado que era seguro que Natalia volviera sola, en otra oportunidad en que no pudo ir a buscarla, Julián ni siquiera le ofreció la posibilidad del remis.

Esa segunda vez, Jonathan también la acompañó a la parada, y siguieron hablando de su vida y de los robos. Natalia descubrió un mundo que jamás hubiera imaginado y que solo juzgaba desde afuera, como la mayoría de las personas.

—Pensalo, Jony —le dijo. Era la última semana que sería su profesora—. Sabés que no te digo esto como una cheta ni como alguien que te esté juzgando. Te lo digo porque te aprecio. Un trabajo nunca te va a dar la cantidad de dinero que hacés robando, es cierto. Pero al menos vas a vivir tranquilo. Todavía no mataste a nadie. Por favor, no lo hagas. Una vez que mates no habrá retorno. Nunca vas a dejar de ser un asesino, y tu vida pasará a valer nada para vos también. Si pudieras volver a nacer, ¿elegirías esta vida? ¿Cómo te hubiera gustado vivir? —La ausencia de respuesta fue una respuesta en sí misma—. Entonces pensalo. Todavía podés renacer.

Después del largo discurso lo abrazó, aunque temiera que él la rechazara con algún movimiento brusco. Lo más probable era que Jonathan no le diera «ni cabida», como él mismo solía decir cuando le contaba que algunos amigos le

pedían que dejara los robos. Si no les había prestado atención a ellos, ¿por qué a ella?

La última clase devolvió los exámenes, felicitó a sus estudiantes y le regaló un alfajor a cada uno. Por último, les anunció que esa sería la última hora que compartirían, ya que la profesora titular volvía el lunes.

—¿No se puede quedar? —preguntó una alumna.

—¿Les gustaría que me quedara? —interrogó ella. Nadie contestó, pero teniendo en cuenta que había ingresado a ese salón al ritmo de una cumbia, con mochilas volando, gritos y risotadas, el silencio era una respuesta formidable—. No puedo quedarme, pero ustedes sí tienen ese derecho. Háganlo valer. Por lo que vi en sus evaluaciones, entendieron muy bien lo que debatimos en este tiempo. Sí: el sistema es pésimo. Las paredes de este colegio están descascaradas y no hay estufas. Porque las estructuras de poder quieren que ustedes crean que solo merecen esto. ¿Cuál es el modo de vencerlos?

—¡Tírarlas abajo! —gritó una chica.

—Pintarlas —la corrigió Natalia—. Porque lo que tenemos es mejor que nada, y si las derribáramos, tendríamos que empezar de nuevo o quedarnos en la calle. Trabajamos mucho sobre el concepto de metáfora: espero que estén entendiendo esta. Pinten paredes. Y demuestren a todos que son capaces de mucho más de lo que les hicieron creer.

Se fue sin aplausos ni estridencias, pero conforme con la tarea realizada. Había cumplido con su deber, había aprendido tanto como había enseñado y, sobre todo, había vuelto a sentir pasión y a disfrutar de ser profesora. Sus alumnos habían aprendido que eran capaces de mucho más de lo que creían, pero ella también. Jamás se enteraría de que, dentro del aula, los chicos comentaban que habían aprendido más de literatura en esos cuatro meses que en los cinco años anteriores de la secundaria.

Esa misma tarde acudió a una entrevista en un colegio privado. La docente que tenía a cargo los cursos de primero a tercero acababa de jubilarse y estaban desesperados por encontrar a una profesora con título, buena preparación y experiencia para que comenzara después de las vacaciones de invierno, ya que

eran horas titulares. Le dieron el trabajo enseguida, sin embargo, Natalia decidió que seguiría concursando por horas en escuelas públicas.

—¿Es necesario que te metas en otro barrio peligroso? —le preguntó Julián, presintiendo que pasaría la vida temeroso de que a ella le ocurriera algo.

—La escuela privada es un sueldo seguro, por eso acepté las horas. En el Estado todavía ni siquiera me pagaron la suplencia —explicó Natalia—. Es cierto que la escuela privada cuenta con más recursos, pero la pública puede darme una libertad que la otra no. Sería cómodo para mí quedarme solo con el ámbito privado, pero los otros chicos me necesitan más. Así que sí: siempre voy a trabajar en alguna escuela pública, sin importar dónde esté ubicada, porque sacude mis estructuras y ahí puedo sacudir las de los demás.

Estoy contenta. Mi papá me contó que trabajar en la escuela pública fue un horror para Natalia al principio, pero que ahora es feliz. Me siento aliviada. Pensé que lo que había hecho mi mamá y que se hubiera enterado de su relación por mi culpa era malo. Pero fue bueno. Menos mal. Ahora me siento mejor.

Sabrina dejó de leer el último mensaje que su hija le había enviado a «Octa» y se preocupó más por eso que por la conversación con contenido sexual que habían sostenido antes. «Ahora es feliz». Esa frase le molestaba tanto como que su hija se sintiera contenta porque a la otra, a la segunda, le estuviera yendo bien. ¿Por qué la prefería antes que a ella? Sentía que había perdido una batalla, que Julián y Natalia le estaban arrebatando a su hija.

Dejó el celular sobre la mesa de luz cuando escuchó que la ducha se había cerrado y salió de la habitación. No quería que Camila sospechara que conocía la contraseña de su teléfono y que lo revisaba cada vez que tenía oportunidad.

Cuando Julián vio que solo Camila salía de la casa de su ex esposa, temió perder los estribos. Ella se sentó en el lugar del acompañante y se saludaron con un beso.

—¿Por qué no viene tu hermano? —preguntó.

—Mamá dice que este fin de semana tenemos que ir con ella al cumpleaños de mi primo Joaquín.

—Eso te incluía a vos.

—Sí, pero le dije que no quería ir.

—Es la tercera vez que por alguna razón no veo a Tomás.

Encima que ahora Sabrina solo le permitía pasar con sus hijos un fin de semana por medio, obstaculizaba el encuentro. La primera vez le había dicho que los chicos estaban enfermos y que no les convenía salir. La segunda, que Tomás se iba a la costa con ella. Y ahora, que tenían un cumpleaños.

Decidido a terminar con las excusas, le ordenó a Camila que se quedara en el auto y abrió la puerta.

—Por favor, no peleen —le pidió ella.

—Camila, hace más de un mes que no veo a tu hermano. Por favor, no me pidas que no discuta con tu mamá cuando ella ya está discutiendo, solo que de manera sutil. ¿Tengo razón? Si estoy equivocado, demostrámelo. Sabés que te escucho y que sé reconocer cuando me equivoco.

—No estás equivocado. Pero Tomás tampoco quiere venir.

—Eso lo vamos a ver.

Bajó del auto y tocó el timbre de la casa de Sabrina. Esperó dos, tres minutos, pero ella no abría. Volvió al auto y golpeó la ventanilla con el dedo para que

Camila la abriera.

—¿Están adentro? —preguntó. Camila asintió.

Volvió a tocar el timbre con insistencia hasta que Sabrina no tuvo más remedio que aparecer.

—¿Podés dejar de actuar como un violento? —bramó.

—Violento es que no me dejes ver a mi hijo. ¿Dónde está?

—Está en su cuarto. ¿No te explicó Camila que tenemos un cumpleaños?

—Es mi día de visita. Si me permitieras verlo otro día, hoy iba con vos al cumpleaños. Pero como no me dejás, viene conmigo. Lo lamento.

Sabrina soltó una carcajada.

—¿Quién te creés que sos? No tenés poder sobre el cuerpo de tus hijos. Si él no quiere ir con vos, se queda en casa, en un lugar seguro.

—¿De qué estás hablando? ¿Te volviste loca?

—No quiere ir con vos. No podés obligarlo.

—Llamalo. —Sabrina no se movió—. ¡Quiero hablar con él! Llamalo.

—Por esto te tiene miedo —dijo Sabrina, señalándolo—. Desde que vivís con esa chica sos agresivo.

Julián respiró profundo.

—¿Podés llamarlo, por favor? Necesito verlo —susurró, temblando.

Sabrina suspiró, haciéndolo padecer algunos segundos más. Finalmente, puso cara de resignación, cerró la puerta y se volvió en dirección a las escaleras.

Julián tuvo que dar una vuelta en el lugar respirando profundo para lograr contener la furia que lo invadía. Se sentía impotente y confundido. No entendía si él tenía de verdad la culpa o si Sabrina lograba torcer las situaciones a su conveniencia.

Cuando escuchó que la puerta se abría, giró con el corazón latiendo acelerado. Tragó con fuerza, ansioso por ver a su hijo. En cuanto apareció, sintió un gran alivio. Se agachó y le sonrió. De pronto, la ira y el rencor habían desaparecido. Solo sentía ternura.

—Hola —le dijo—. ¿Cómo estás, campeón?

—Bien —respondió el niño.

Como Tomás no lo abrazaba, hábito que había perdido hacía unos meses, lo hizo él. Su hijo permaneció quieto. Un instante después, lo liberó y le sujetó las manos.

—Hace mucho que no nos vemos. ¿Vamos a casa? —preguntó.

—Hoy es el cumpleaños de Joaquín —explicó Tomás.

—Sí, pero hace más de un mes que no pasamos tiempo juntos.

—No quiero ir con vos.

Las palabras se le enterraron en el pecho como un cuchillo. Volvió a respirar profundo, incapaz de disimular que estaba agitado.

—Bueno —dijo—. ¿Te parece bien si el fin de semana que viene vamos los dos solos a algún lado?

—No sé —contestó el niño—. ¿Me puedo ir? Estaba viendo videos.

Julián lo acercó y le dio un beso prolongado en la mejilla. No hizo a tiempo a levantarse que Tomás ya estaba de espaldas, emprendiendo el regreso a su dormitorio.

Sabrina lo miró con expresión triunfante.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él, asustado de la mujer que ella siempre había sido.

—¿Por qué mejor no te preguntás que estás haciendo vos? —respondió Sabrina—. Andá, ahí tenés a Camila. O, si querés, podés seguir actuando como un violento delante de ella. Quizás así se dé cuenta de quién sos en realidad y se quite la venda de los ojos, como sucedió con Tomás.

—Por favor, hablemos.

—No tengo nada que hablar con vos. No sé qué esperás: tu hijo ya te dijo todo. Y yo no voy a hacer nada para convencerlo de algo que vos no te ganás. No voy a engañarlo.

—Llévalo a la psicóloga o dejá que lo lleve yo, por favor. No es sano que tengamos esta relación.

—Es la que vos propiciaste. Tu relación con tu hijo va a volver a ser como antes cuando vuelvas a ser el padre que conoció.

—Sabrina...

—Disculpame, si sigo hablando con vos, voy a llegar tarde al cumpleaños. Camila sabe el horario al que tiene que volver mañana. Chau.

Y desapareció.

Julián se pasó una mano por el pelo y se quedó mirando la puerta cerrada. No entendía qué tenía que hacer. ¿Debía soportar cualquier cosa que Sabrina le dijera sin pestañear? ¿Debía permitir que ella comandara su vida, aunque ya no fuera su esposa?

Reaccionó cuando Camila se aferró a sus dedos.

—¿Vamos, pa? —le preguntó.

La forma en que lo sujetaba le recordó el modo en que lo hacían ella y Tomás cuando eran bebés, y por un instante deseó volver el tiempo atrás.

Mientras iban en el auto, escuchó un poco ausente el relato de Camila sobre cómo habían acordado con sus compañeros el diseño del buzo de egresados.

—Habría que empezar a pagarlo. Y también el viaje de egresados. Mamá fue a las reuniones y ya votaron la empresa que nosotros queríamos. La seña para el buzo hay que pagarla en la semana y la primera cuota del viaje se paga el mes que viene. Me dijo mamá que lo hablara con vos porque ella no tiene plata.

Julián ahogó la frustración de sentir que de pronto Sabrina lo había transformado solo en un proveedor de dinero. Dudaba de que su ex no pudiera pagar siquiera el buzo, así él solo se hacía cargo del viaje, que era mucho más caro, pero no quería discutir con Sabrina por eso. Además, Camila no tenía la culpa de que su madre quisiera reducirlo a ser una billetera, así que le dijo que estaba bien sin vueltas.

—Gracias —respondió ella.

—Solo tenés que prometerme que vas a tener cuidado en Bariloche. Podés ir a bailar todas las noches, como van a hacer tus compañeros, pero no quiero que te emborraches ni que te drogues ni que tengas sexo con cualquiera sin estar en tus cabales. Por favor, Cami, es importante que...

Ella lo interrumpió con su risa.

—No te gastes, ya sé todo el discurso, y pienso que tenés razón. Como imaginarás por lo que viste la otra vez, estoy saliendo con Octa. Va a otro

colegio, y no estoy pensando en engañarlo, así que por el tema de las relaciones sexuales con cualquiera podés quedarte tranquilo.

—Aunque eso estuviera descartado, todavía quedan otras diez mil cosas que me preocupan.

—No me gusta tomar, y mucho menos drogarme. Es triste ver a algunas compañeras del colegio tiradas en el suelo a la salida de los bares o vomitando en los baños.

Sin haberlo premeditado, Julián volvió a sentirse relajado y esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo creciste tanto? —se preguntó en voz alta.

—¡Ay, no empieces a largar frases de viejos! —protestó Camila.

Cuando llegaron al departamento, Natalia se sorprendió de que otra vez faltara Tomás. Aprovechando que Julián había ido a la cocina para preparar leche chocolatada y que Camila estaba en el living, se acercó a él y se apoyó en la mesada.

—¿Otra vez puso alguna excusa para que no puedas traer al nene? —indagó.

—Tenían un cumpleaños. Lo que más me dolió es que le exigí verlo, y cuando Tomás se acercó, me dijo que no quería venir conmigo.

—¡Qué injusto! —exclamó Natalia—. No es su culpa, ella le debe llenar la cabeza. Mi mamá hacía lo mismo conmigo, y aunque ella tenía razón, hizo mal. Sabrina no la tiene. Debe haber algo que puedas hacer.

—El lunes le pregunto a mi abogado.

Natalia lo abrazó mientras le besaba el hombro y después le acarició la mejilla.

—Me voy a lo de mi mamá para que puedan estar solos —ofreció.

—No hace falta. Paso tiempo con Camila a solas los demás fines de semana.

—Sí, hace falta. Cada vez que iba a lo de mi papá, y aún hoy cada vez que lo hago, no soporto que su mujer esté siempre en el medio. Nos vemos a la noche.

En el cumpleaños, Sabrina se ocupó de alertar a su familia sobre la situación que estaba atravesando.

—Lo que más me preocupa son mis hijos —declaró—. Camila está completamente descarriada, me contesta mal y no me hace caso. Tomás, en cambio, no quiere saber nada con el padre. Por algo es.

—¿Pero qué hace? —le preguntó su tía—. Parecía un buen tipo.

—Alguna vez lo fue. Para mí lo transformó la minita esa. Sale con una piba veinte años menor.

—¡¿Julián?! —exclamó su prima—. ¡No lo puedo creer!

—Creelo. Está transformado, es otro hombre. Manipulador, caprichoso, agresivo...

—Te llega a poner una mano encima y lo mato, Sabri —añadió Mara, su hermana.

—No creo que llegue a tanto, pero la presión psicológica que ejerce sobre mí y sobre los chicos es terrible.

—Tenés que denunciarlo —sugirió su madre.

—Espero que recapacite —contestó Sabrina.

Tomás había dejado de jugar con los demás niños y escuchaba, atento, el triste relato de su madre.

Natalia trataba de escribir, pero Liliana seguía contándole la historia de un compañero de tango, y así, era imposible concentrarse.

—Me dijo que si me tenía en una cama no sabría por dónde empezar a lamerme. ¿A vos te parece? ¿Cómo me va a decir eso? ¿Qué clase de mujer se cree que soy? Encima él es un viejo que no tiene ni dientes.

Le pasó un mate hasta el otro extremo de la mesa mientras Natalia reía a carcajadas. Lo tomó releendo la última oración de *Como un sueño*, la novela de Marianela y Pablo.

—No lo tomes como algo personal —respondió—. Es un guarango, pero veo que, sin importar la edad, ahora todos los hombres les dicen esas cosas sin pudor a mujeres que acaban de conocer.

—¿A vos Julián te dijo esas cosas? ¿Así te conquistó?

Natalia la miró por encima del monitor de su *notebook* con una expresión de horror.

—No. Julián es distinto. Por eso me conquistó.

Entonces se le ocurrió otro párrafo.

—*Hoy en día nadie te conquista, a nadie le gusta perder el tiempo* —protestó Marianela.

—¿Por qué pensás eso? —respondió Pablo.

—*Porque hay tanta oferta de mujeres dispuestas a tener sexo que ningún hombre espera a una que no se anima a ir a la cama en la primera cita.*

—*Estás prejuizando.*

—*Eso es lo que la sociedad me demuestra. Las relaciones modernas son el reflejo del narcisismo.*

—*Bajá un poco la guardia, Marianela. Si no te animás con uno porque pensás que está de joda, con el otro porque es demasiado lindo y seguro no te quiere en serio, ni con el otro porque te parece narcisista, ¿cómo querés enamorarte?*

—Van tres oportunidades que no me deja llevarme a mi hijo —explicó Julián a su abogado por teléfono.

—¿Pudiste verlo?

—La última vez sí, pero el nene no quiso venir conmigo. Él no era así, Ricardo. Algo está pasando.

—Si obstaculiza también la próxima visita, si querés, la denunciamos.

—No quiero llegar a eso. Es la madre de mis hijos, no quiero que tenga problemas legales y, encima, quedar como un maldito delante de los chicos. ¿No se la puede llamar para forzarla a cumplir con el régimen de visitas o algo por el estilo?

—Julián: si me decís que la última vez te permitió verlo pero fue el chico el que no quiso irse con vos, estamos atados de pies y manos. Ella puede decir que sí te permite verlo, pero que el menor se niega a salir de la casa. Si el nene no quiere, no quiere y punto. Hacé eso: esperá a ver qué pasa la próxima visita, y cualquier cosa llamame de nuevo.

Julián le agradeció y se despidieron.

El siguiente fin de semana que le tocaba pasar con su hijo, Sabrina se lo entregó bañado, cambiado y peinado, como si las tres negativas anteriores no hubieran existido. Lo malo fue que Tomás estaba a disgusto en el restaurante al que fueron con Camila y también en el cine. Camila se la pasó chateando con sus amigas, las películas infantiles le aburrían.

—¿Me llevás a casa? —pidió Tomás ni bien salieron de la sala. Julián intentó tomarle la mano, pero el niño lo esquivó—. No me gusta que me den la mano, ya tengo nueve años —explicó—. ¿Me llevás a casa?

—No.

Cuando llegaron al departamento y se encontraron con Natalia, la postura de Tomás empeoró. Se hundió en el sillón a jugar con la PlayStation, mientras que Camila fue a la cocina a donde estaba Natalia y buscó conversación.

—¿Te molesta si te hablo del colegio? —preguntó. Mientras ponía una fuente en el horno, Natalia dijo que no—. La tarada de... Perdón. La profesora de Literatura nos mandó a hacer un trabajo práctico de mil carillas sobre *El sí de las niñas*. No sé qué más escribir. Es el libro más llano que leí en mi vida. Paquita es insoportable. Si mi mamá me dice que me case con un viejo de cincuenta y seis años, la mando a que se case ella.

—¿Mil carillas? —repitió Natalia, sorprendida. ¿Qué clase de profesora mandaba a un chico de quinto año a escribir mil carillas sobre *El sí de las niñas*? Camila rio.

—Es una manera de decir. Pidió diez páginas con ciertas condiciones de tipografía e interlineado. No sé qué me falta... Me quedan dos carillas en blanco y no tengo idea de qué poner.

—¿Querés que lo lea y te dé alguna idea?

—¿Harías eso? ¡Gracias! —exclamó. Era lo que esperaba—. En la semana te lo mando por WhatsApp. ¿Me das tu número? —Natalia le dijo el teléfono, y Camila lo guardó en la agenda—. Ya elegimos el diseño del buzo de egresados. ¿Querés verlo?

Mientras tanto, Julián se sentó en el sillón y trató de restablecer el vínculo con su hijo.

—¿Puedo jugar con vos? —preguntó.

Tomás se encogió de hombros. Él aprovechó que el niño dudaba para recoger el *joystick* y programar el juego para que funcionara como una competencia. Lo dejó ganar el primer tiempo del partido, pero esta vez, Tomás no festejó.

No podía describir el dolor que le provocaba notar que había perdido el entusiasmo y la alegría. Se preguntó si solo se comportaría así cuando estaba con él o si sería su conducta habitual. Le hubiera gustado poder conversar con Sabrina al respecto. No quería meter a Camila en el medio y ya no tenía a la psicóloga, entonces se le ocurrió que podía ir al colegio. Al instante siguiente creyó que quizás era mejor no hacerlo. Era probable que Sabrina se enterara de algún modo y que le molestase. Tenía que evitar los problemas.

—¿Hay algo que quieras preguntarme, Tomi? —dijo. El niño no respondió—. Tal vez algo que quieras contarme... ¿Cómo te está yendo en el colegio?

—Bien. El otro día la seño de Matemática me felicitó porque hice bien toda la tarea.

—¡Qué bueno! —exclamó Julián, feliz de que, aunque sea por un momento, su hijo hubiera vuelto a conversar en él.

Camila puso la mesa mientras Natalia sacaba la carne del horno y la

depositaba en una bandeja. Julián solía hacer las tareas a la par de los demás y hacía que Tomás imitara esa actitud, pero esta vez relegó eso para continuar conversando con él.

—¿Estás entendiendo todo? —interrogó—. ¿Te sigue resultando fácil Ciencias Naturales?

—Más o menos. Me gusta cuando hacemos experimentos.

—Ya está lista la cena —les avisó Natalia, sentándose a la mesa con Camila.

—Vamos, campeón —le dijo Julián a Tomás, tocándole el brazo.

Tomás se levantó y se sentó en su lugar habitual. Como era el más chico, fue el primero en recibir su porción de carne y verduras.

—No me gusta —dijo antes de que Natalia terminara de apoyar el plato en su individual azul.

—Se ve buenísimo, Nati —intervino Julián—. Gracias.

—A mí no me gusta. No lo quiero —repitió Tomás. Julián lo miró.

—Es lo que hay —respondió.

—¿Desde cuándo no te gusta la carne? —le preguntó Camila, sirviéndose gaseosa.

—No te preocupes, me fijo si hay otra cosa —propuso Natalia, retirándole el plato.

—No quiero nada tuyo —replicó Tomás.

—Comportate, Tomás —le indicó Julián. Su hijo lo miró.

—¡No quiero nada! Llévame a casa.

—¿Por qué no te calmas y conversamos un poco?

—¡Me quiero ir con mamá!

Natalia giró sobre los talones y se ocultó en la cocina. Quizás, si desaparecía, Tomás se comportara mejor. Camila estaba boquiabierta, con los ojos clavados en su hermano. Julián respiró profundo, conteniendo el dolor y la frustración que lo invadían.

—Juntá tus cosas. Te llevo —determinó con tono duro.

En pocos minutos, estaban en el auto, camino a la casa de Sabrina. Tomás se había cruzado de brazos y miraba por la ventanilla.

—Tomi... No entiendo qué está pasando —le dijo Julián—. Por favor, necesito que hables conmigo.

—Quiero que vuelvas a ser como eras antes —sollozó el niño.

—¿Y cómo era antes?

—Mi papá.

—Soy tu papá.

—Antes sí. Ahora no.

—¿Por qué sentís que ahora no? ¿Cuándo es «antes»?

—Cuando no salías con Natalia.

—Cuando empecé a salir con Natalia seguíamos llevándonos bien. Es más, a vos ella te gustaba. Le dijiste que era linda el día que la conociste, ¿te acordás? ¿Por qué ahora no seguimos llevándonos bien? —Hubo silencio—. ¿Por qué sentís que ya no soy tu papá? —Más silencio.

Aunque no sabía si Sabrina le permitiría ver a Tomás en la siguiente oportunidad y tenía que aprovechar el tiempo con él al máximo, respetó su necesidad de callar. La situación lo desesperaba. No se había sentido así ni siquiera cuando Camila estaba en contra de su relación con Natalia, porque entonces sabía que partía de la inmadurez de una adolescente, y estaba capacitado para lidiar con eso. Ahora sentía que estaba atado; era difícil revertir los mensajes de Sabrina si ni siquiera podía pasar tiempo con su hijo.

Volvió a casa apesadumbrado. Encontró a Camila mirando televisión en el living. Al parecer, Natalia se había ido a la cama. Por la cantidad de carne que quedaba en la bandeja, intuyó que solo su hija había cenado.

—Cami —dijo, sentándose a su lado. Ella pausó lo que estaba mirando—. No quiero meterte en esto, pero necesito que me ayudes. ¿Sabés por qué tu hermano reacciona de esta manera, qué le pasa?

—No —contestó Camila—. En casa es diferente.

—¿Diferente cómo?

—Más parecido a como era siempre.

Julián respiró profundo.

—Dijiste parecido, no igual. ¿En qué lo notás diferente?

Camila bajó la cabeza.

—No habla de vos. Antes hablaba siempre.

—¿Por qué pensás que no habla más de mí?

—No sé... Supongo que porque las últimas veces que lo hizo, mamá se rio. — Alzó la cabeza y lo miró con expresión apenada—. Perdoname, no quería que supieras eso.

—Terminá la explicación, por favor. No podés pensar que a esta altura me duele lo que tu mamá diga de mí.

Camila suspiró, dándose ánimo para continuar.

—No sé. Por ejemplo, si él decía que jugás bien al fútbol, ella se reía y le decía que Maradona jugaba bien, que vos solo te hacés. O si Tomi decía que tus alfajores eran los más ricos del mundo, ella le contestaba que estaban llenos de grasa. Cualquier cosa, papá. Yo al principio te defendía, pero no puedo pasar el día discutiendo con ella. No la soporto, me la paso encerrada en mi cuarto para no verla.

En cualquier otra oportunidad, Julián habría intentado hacer que Camila comprendiera y perdonara a su madre, y que se acercara a ella. Sabrina era la que convivía con sus hijos, necesitaba que confiaran en ella para que estuvieran protegidos. Esta vez no lo hizo. Estaba demasiado ocupado en tratar de salvar su vínculo con Tomás como para ocuparse de la relación de Camila con su madre. Solo le importaba que su hija no lo pasara tan mal.

—Cami, no quiero que estés enojada ni que te sientas sola —dijo. Ella rio.

—¡No lo estoy! Existen Octa y mis amigas. Además, estoy ocupada; tengo mucho para hacer del colegio. ¿Viste que el primer trimestre aprobé todo? Y tengo un nueve en Derecho y en Política y Ciudadanía.

—Sí. Yo sabía que te podía ir muy bien. Sos muy inteligente y capaz. —Se levantó y le dio un beso en la cabeza—. Me voy a dormir. No te quedes hasta tan tarde mirando películas de terror.

—No. Estoy viendo una serie: *The Walking Dead*.

—¿Y eso no es de terror?

—*Nah*.

Aunque no le creyó, le dio libertad y se fue a la habitación.

Natalia estaba leyendo en la cama. Ni bien lo vio entrar, apoyó el libro sobre las piernas.

—¿Lograste tranquilizar a Tomás? —preguntó—. ¿Cómo se quedó?

Él se sentó en la orilla, junto a sus piernas, y le apartó el pelo de la frente con suavidad. La miró un instante a los ojos antes de contestar.

—Perdón —dijo—. Jamás hubiera querido que pasaras un mal momento. Por favor, decime que sos consciente de que no fue Tomás el que te trató tan mal, sino Sabrina obrando a través de él.

Natalia se quedó perpleja. Desde que Tomás se había ido, había pensado en su reacción y se había sentido culpable por haberla provocado. Miles de pensamientos surcaron su mente mientras trataba de concentrarse en el libro. El principal, si podía resistir que un niño la mirara como si ella fuera una bruja. Lamentaba que su presencia en la vida de Julián, en lugar de ser un alivio para él, se transformara en un calvario por las reacciones de Tomás.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente —respondió—. Pero, por el momento, me parece que va a ser mejor que no nos encontremos. Al menos hasta que él se tranquilice, o hasta que entendamos qué problema tiene Sabrina conmigo y logremos resolverlo.

—Sabrina no tiene un problema con vos —aclaró él—. No es personal, Nati. Si te llamaras María, tuvieras mi edad, no escribieras novelas románticas y no fueras la profesora de Camila, de todos modos habría encontrado algo para criticar.

—¿Pensás que todavía está enamorada de vos? —preguntó Natalia, ocultando el temor que la sola idea le provocaba.

—No. Está enojada con ella misma y conmigo, pero no soy el único que paga las consecuencias.

—¿Por qué podría enojarse con vos?

—Porque no soy el mismo. ¿No se enojaron en el colegio con vos porque ya no sos la profesora tímida y reprimida que contrataron? Lo mismo pasa con Sabrina. Ya no soy el hombre que podía manejar a su antojo, y eso la saca de

quicio. No hablemos más de ella, por favor; se me parte la cabeza. Vi que había mucha carne, seguro no cenaste.

—Se me fue el hambre.

Él puso una mano sobre su vientre y le hizo cosquillas.

—Si hubo hambre en algún momento, tiene que seguir ahí, escondido en alguna parte —bromeó. Natalia se encorvó y rio.

—Ya no —aseguró.

Le atrapó el brazo, tiró de él y lo acercó con la intención de quedar a milímetros de sus labios. Su corazón se aceleró cuando sintió la respiración de Julián tan cerca. El hambre resurgió, voraz, cuando él le acarició una mejilla con el dorso de los dedos, y aumentó cuando le dio un beso suave en la comisura de los labios.

Tenía hambre de él.

Tomás golpeó a la puerta de la habitación de su hermana y esperó a que Camila le diera permiso para entrar. Como no respondía, abrió igual.

Camila ocultó rápidamente el libro de Natalia debajo de la almohada y se sentó, quitándose los auriculares.

—¿Qué pasa? ¡Me asustaste! —protestó. Creyó que la que entraba era su madre para avisarle que había llegado de trabajar.

—Cami, ¿me prestás el *liquid*? Lo perdí de nuevo, si le digo a mamá me mata. Este año ya me compró dos.

—¿Cómo que lo perdiste otra vez? —se quejó Camila, levantándose de la cama para ir a buscar la cartuchera—. Para mí que te lo robó el chico con el que te sentás. Siempre te faltan cosas.

Extrajo la cartuchera de la mochila que descansaba sobre la silla de su escritorio y la abrió para buscar el corrector. En lugar de entregárselo a su hermano, se sentó sobre la cama.

—Vení. Cerrá la puerta y sentate —pidió.

—Estoy haciendo la tarea.

—Es un ratito. Vení, sentate. —Tomás le hizo caso—. ¿Me podés contar por qué contestaste tan mal en lo de papá el otro día?

—Vos siempre contestás mal.

—¿Yo? ¿Cuándo? —replicó ella. Intuyendo que no le convenía la respuesta, prosiguió—: ¿Qué te pasa con papá? A mí me lo podés contar.

—No sé.

—¡Dale!

—No me gusta Natalia.

—A mí tampoco me gustaba, pero estaba equivocada. A vos te caía bien, ¿por qué de repente no?

—Porque papá es malo.

—¡No es malo! ¿Por qué decís eso? A ver, ¿qué te hizo?

—No sé, Cami. Dejame tranquilo.

—El once de octubre es mi cumpleaños. Quería que fuéramos a cenar todos. Ya que el viernes me quedo acá para festejar con mamá y el sábado salgo con mis amigos, pensé que el domingo podíamos ir a comer con papá.

—Si para vos es importante, voy. Pero con la novia de él no.

—Si yo te prometo que le pido a papá que no esté Natalia, ¿vos me prometés que vas a tratar de llevarte bien con él?

Tomás asintió.

Melisa abrió el primer cajón del escritorio para buscar la engrampadora y a cambio perdió el habla. Sobre todas las chucherías que guardaba desde hacía años, había un alfajor Havanna de nuez.

Miró hacia los costados, temerosa de que alguien viera semejante traición. Las paredes la protegían de los indiscretos, pero la puerta que comunicaba con la zona de producción siempre debía estar abierta, y nunca se sabía quién podía estar espionando. Trabajaba en una fábrica de alfajores, ¡y sus favoritos eran de la competencia! Ella no lo había dejado allí. Había abierto el cajón el día anterior para buscar clips y no lo había visto. ¿Quién lo había puesto en ese sitio? ¿Por qué en su cajón? ¿Por qué su alfajor favorito? ¿Acaso querían meterla en un problema?

Volvió a mirar la puerta, temiendo que alguien se aproximara, y extrajo la golosina con disimulo. Le pareció sentir otra textura en el envoltorio del otro lado. Lo dio vuelta debajo del escritorio. Había una nota adherida al paquete.

Que tengas un buen día. F.

Casi dejó escapar un grito. Sus labios se abrieron, y sus ojos adquirieron una dimensión desmesurada. No tenía dudas de que la F significaba Fabrizio.

¿Por qué le había dejado su alfajor favorito, si ella nunca le había dicho a nadie en esa fábrica que lo era? ¿Cómo sabía? ¿Por qué le deseaba un buen día?

Claudia se asomó. El alfajor tembló entre las manos de Melisa y acabó en el suelo. Lo ocultó colocándole el pie encima para que su jefa no lo viera.

—Meli, ¿me decís el teléfono de Garmendia? No sé por qué todavía no vino a traernos el dulce de leche.

—¿Querés que lo llame yo? —ofreció Melisa, tratando de disimular que se había puesto nerviosa.

—No, lo voy a llamar yo porque es la tercera vez que se atrasa. Parece mentira: nosotros por culpa de Fabrizio nos la pasamos llegando tarde a todas partes, pero no podemos permitir que un proveedor nuestro se atrase. ¡Qué ironía! Dame el teléfono cuando puedas, estoy en la oficina.

Melisa asintió moviendo la cabeza muy rápido. Suspiró, aliviada, cuando Claudia se retiró. Guardó el alfajor un poco aplastado en la cartera y la cerró. Buscó el teléfono de Garmendia y salió para entregárselo a su jefa.

Fabrizio estaba con el encargado, controlando los pedidos acomodados en la camioneta. Cuando vio que Melisa salía de su rincón de la fábrica, perdió el hilo de la conversación por mirarla.

—Una caja de fruta, dos de nieve, tres de chocolate —dijo el empleado. Él estaba callado, mirando la puerta de la oficina de sus hermanos, por donde Melisa había desaparecido—. ¡Fabrizio! ¿Dice eso el remito del kiosco Los Patitos?

—Sí, sí —contestó, mirando rápido el pedido—. Está perfecto. Seguí vos. Ya vuelvo.

Le entregó todos los remitos y fue en busca de Melisa cuando la vio salir de la oficina.

—¡Meli! —exclamó. Ella se dio la vuelta—. ¿Y?

—¿Y qué?

—¿Abriste el primer cajón de tu escritorio?

El corazón de Melisa se contrajo de ternura.

—No —contestó, conteniendo una sonrisa.

—Ah... Abrilo después.

—Sí, en algún momento, cuando necesite algo. ¿Por?

—Por nada... Yo...

Melisa estalló en carcajadas.

—¡Ya lo vi! ¡Gracias! —soltó—. ¿Cómo sabías?

Fabrizio sonrió, con una mezcla de nervios y alegría que hacía tiempo no sentía. Lo entusiasmaba que ella hubiera encontrado el alfajor.

—Te sigo en Instagram, y el otro día pusiste que habías ido a Havanna con una amiga y que esos alfajores eran tus favoritos.

Melisa se sonrojó.

—¡Ay, qué vergüenza! —exclamó, acercándose a Fabrizio—. No pienses que no me gustan los Tamailén —susurró—. Eran mis favoritos cuando era chica. Lo que pasa es que cuando entré a trabajar acá los empecé a comer todos los días y me cansaron. Además, tu hermano siempre pone un montón en la caja navideña.

Fabrizio rio.

—No te preocupes, yo no quiero ver un alfajor a tres metros a la redonda. De ninguna marca.

—Ay, qué alivio. Gracias. Esta tarde, cuando llegue a casa, me lo como.

Y así fue. Esa tarde, mientras comía el alfajor que le había regalado Fabrizio, lo buscó entre sus seguidores de Instagram y empezó a seguirlo también. Era lindo... muy lindo. En sus fotos parecía un modelo. De hecho tenía algunas que parecían sacadas por un fotógrafo. Había imágenes en escala de grises, otras con tonos *vintage* y en otras aparecía haciendo caras divertidas. La variedad era impresionante: con el torso desnudo, con el tatuaje del omóplato a la vista, con el pelo desordenado, con sus amigos, con una chica...

Suspiró y se permitió sonreír como si Fabrizio la atrajera. Quizás aceptara

alguna otra salida y un poco más de sexo. *Buen sexo se consigue en cualquier parte, pero chicos tan lindos no*, pensó.

Julián entró al hogar de ancianos, saludó a la cuidadora que había abierto la puerta y fue al jardín de invierno. Un abuelo con el que a veces conversaba de fútbol se le acercó enseguida.

—¿Cómo anda, don Braulio? Mire lo que le traje —le dijo Julián, y le entregó tres alfajores, uno de cada sabor.

—¡Oh! ¡Pero muchas gracias! Hoy su mamá está radiante, eh. ¿Vio que ganó Boca?

Julián rio por la mezcla de temas, que era una tradición en ese hombre.

—Sí, uno a cero con gol de Tomassini —respondió.

—¡Qué partido! ¡Cómo se sufre con el fútbol!

—Usted tenga cuidado que está operado del corazón.

Don Braulio rio y se alejó despacio, haciendo un gesto con la mano.

Julián encontró a su mamá enseguida: ese día, de verdad estaba radiante. Acomodó una silla a su lado, le dio un beso en la frente y se sentó.

—Hola, mami —le dijo—. ¿Cómo estás?

Su madre no respondió. Miraba la nada en una maceta que estaba en el centro de la mesa. Julián hizo de cuenta que escuchaba su voz, la voz de su mamá cuando él era un niño, diciéndole que dejara de jugar a la pelota y se pusiera a hacer la tarea. Soñaba con el día en que el Alzheimer tuviera una cura y pudieran recordar juntos esas anécdotas.

Abrió el libro de Natalia en la página 177 y sonrió.

—Hoy nos toca el final del capítulo 15 —anunció—. El otro día tuve que suspender la lectura en la mejor parte, perdón. Pero como sos una buena lectora, seguro te acordás en qué dejamos a los personajes. En la parte de hoy hay una

gran revelación, pero no quiero adelantarte nada. Te la leo.

—Sos hermosa, Nadu —susurró Fabián contra mi columna, también agitado, todavía dentro de mí—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondí sin pensarlo siquiera. Las palabras brotaron de mi boca como de mis pulmones brotaba el aliento—. Te quiero mucho —dije mientras en mi mente gritaba un sonoro «te amo» que llenó mi ser hasta inundarme los ojos de lágrimas. Él me besó un hombro.

—¿Te asusta si te digo que te amo?

—Juli.

Julián alzó la mirada de inmediato; le pareció que acababan de sacudirle la silla. Los ojos se le llenaron de lágrimas en un microsegundo. Le temblaban las manos.

—Mami —dijo con una sonrisa.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Eso fue todo. La mente de su madre volvió a extraviarse, como su infancia perdida en el tiempo, pero lo había reconocido. Por un segundo lo había reconocido, y fue suficiente para remover todos sus sentimientos.

Cerró el libro, lo dejó sobre la mesa y la abrazó. Permaneció un momento acariciándole el pelo, y le dio un beso en la cabeza antes de separarse de ella.

Después de terminar la lectura del capítulo 15, se despidió y le prometió volver lo antes posible. Solía pasar por el asilo los sábados por la mañana, pero a veces las obligaciones se lo impedían. Lamentaba las veces que le fallaba.

Desde allí condujo hasta lo de Liliana, como hacía a veces para el completo desconcierto de Natalia. Ella solía preguntarle por qué iba a visitar a su madre, incapaz de creer que le gustara conversar con Liliana. Creía que su madre solo se quejaba, pero Julián le contaba que hablaban de los hijos, de la vida y del pasado. Hasta el asunto de las clases de tango le parecía interesante, y le divertía que Liliana no se cansara de invitarlo. Natalia nunca quería ir, aducía que

prefería que sus espacios de esparcimiento y los de su madre fueran separados, y a él le parecía bien.

Entró a su casa, se sentó a la mesa de la pequeña cocina donde Natalia había vivido desde que era una niña, y aceptó un café.

—Le traje algo —anunció, buscando un alfajor en el bolsillo del saco—. Pagué una fortuna a un chef italiano por una receta para elaborar un nuevo relleno, y quiero que usted sea la primera en probarlo.

La sonrisa de Liliana no lo sorprendió. Había descubierto que a ella le gustaba sentirse importante, y en ese momento lo era para él. Nadie sería más crítico que Liliana.

—¿Yo? ¿En serio? —preguntó ella, sin poder creerlo—. ¿Natalia lo sabe? A ver si se enoja.

—Nadie lo sabe, solo mi hermana, pero ella todavía no lo probó. Pruebe usted y dígame si sabe de qué está relleno —solicitó, entregándole el alfajor.

Liliana lo desenvolvió con entusiasmo y se preparó para degustarlo como si fuera a plantar una bandera en la luna. Primero lo observó: estaba cubierto de chocolate blanco. Eso le disgustó. Esa variedad tenía mucha grasa, aunque era más sabroso que el chocolate con leche.

Mordió con cuidado, mientras Julián la observaba con atención.

—Hmm... —murmuró Liliana.

—¿Le gusta? —indagó él.

—Sí... ¡qué rico!

Julián sonrió. Había pasado la prueba de fuego.

—¡Lo sabía! —exclamó—. Con esto Tamailén se transforma en líder. Dígame: ¿de qué está relleno?

—¿Mousse de chocolate?

—No.

Gozaba que ella no adivinara y rogaba que nadie lo hiciera, porque eso significaría que su inversión había valido la pena. Habría generado un producto único y a la vez conocido. Un producto sabroso e inimitable.

—¿Pasta de Bon o Bon con chocolate?

—No. Más sencillo: Nutella.

—¡Nutella! —exclamó ella.

—Bueno, una imitación. Para eso le pagué al chef italiano. Solo me vendió la receta del relleno. Las tapas las fabricamos con la misma fórmula de siempre, solo que las cubrimos con chocolate blanco en lugar de chocolate con leche o nieve. ¿Y? ¿Qué le parece?

—¡Se va a hacer millonario! —exclamó Liliana. Julián rio.

—Ojalá. ¿Qué quiere que le regale si me hago rico?

Liliana hizo una mueca de incredulidad. Al final, la sonrisa compradora de Julián y sus ojos expresivos la convencieron de sumarse a la fantasía de que él le regalaría lo que quisiera si, en efecto, llevaba su fábrica al nivel más alto.

—Mmm... A ver, déjeme pensar. Una casa, así la alquilo para tener un sueldo y dejo de trabajar en la cocina. Estoy cansada ya.

Julián asintió, secretamente conmovido por la situación de Liliana.

—Hecho —respondió.

El domingo fue a cenar con Tomás, Octavio y Camila. Por increíble que pareciera, el niño asumió una actitud mucho más abierta, y aunque no se acercó a su padre como antes, al menos conversó sobre la escuela y demostró entusiasmo cuando descubrió que las papas fritas del menú infantil tenían forma de Minions.

Cuando se fue a jugar con unas máquinas de *pinball* que estaban en el salón para chicos, Julián aprovechó para comentarle los cambios que había notado a Camila.

—Estoy tratando de conversar con él siempre que puedo —explicó ella—. Cuando volvemos solos del colegio y cuando mamá no está en casa, por ejemplo. Yo también lo veo mejor.

—Gracias —replicó él. Camila sonrió.

Cuando llegó a casa después de la medianoche, se acostó sin hacer ruido para no despertar a Natalia. Ella estaba tumbada de costado, un poco destapada. Le besó el hombro y la cubrió mejor con la manta para que no sintiera frío.

—Hubiera querido que cenaras con nosotros—susurró, acariciándole el pelo. Como siempre, creía que su inconsciente lo escuchaba aun si estaba dormida—. No merecés que nadie te haga sentir la segunda. Por favor, nunca pienses que lo sos, porque sos mi vida. Te amo.

Mientras Julián leía el manuscrito de Natalia y hacía anotaciones en los márgenes de las hojas, ella recorría páginas de Internet y comparaba imágenes de Google con el boceto de una publicidad de Tamailén.

—No sé... —dijo—. Si es la primera pieza gráfica que van a publicar en su vida como empresa, tiene que generar impacto. Tiene que ser diferente, y esto es lo mismo de siempre.

—Yo les di los lineamientos al diseñador gráfico —respondió Julián—. Gracias.

—Tengo que ser sincera, como vos lo sos con mi manuscrito —replicó Natalia, riendo con ternura. Como estaban sentados en la cama, se hallaban muy cerca, y pudo acariciar la mejilla de Julián fácilmente.

—Quiero que lo seas. No tengas piedad, los receptores no la tendrán. ¿Qué no te gusta?

—Me gusta, pero no es original. Mirá —giró la computadora para mostrarle las imágenes que había recolectado—. Todas tienen el alfajor como figura, el fondo es de un color llamativo o cálido y las letras son blancas. Todas dicen casi lo mismo. «Fábrica de alfajores», «calidad premium» o una descripción interminable del producto que nadie lee. ¿A quién le importa la trayectoria de la fábrica? Además, en tu caso, eso la gente ya lo sabe.

—Okay, ya entendí que mi idea fue pésima. Ahora decime cómo te gustaría que fuera.

—Para empezar, pondría por primera vez en la historia de las publicidades de alfajores (al menos por lo que aparenta según Google), personajes en alguna situación, no solo el producto en primer plano.

—¿Cómo hago para que los que no conocen la marca sepan que es un alfajor y no cualquier otra golosina?

—Arriba va una frase y abajo, el logo, donde ya dice «alfajores».

—Bien. ¿Qué diría la frase? ¿Algo así como «un *shock* de sabor», y esas cosas?

—No. Eso también está trillado, ya nadie se lo cree. En nuestra primera cita te dije que me sentía como en el *backstage* de mi artista favorito. ¡Tu fábrica es un mito! La existencia de tu producto se viralizó de boca en boca durante décadas, y hasta que no ampliaste la producción y el reparto, incluso en Capital Federal había gente que quería conseguir tus alfajores y no tenía manera. Tenés que explotar eso: el deseo de la gente, la fama y los secretos. Prometerles revelaciones que no se revelan, entonces siempre querrán descubrirlas. Yo utilizaría una pregunta con intriga. Por ejemplo: «¿Ya probaste el mito?», y una modelo o un modelo mordiendo un alfajor con cara de que es lo mejor que comió en su vida. Si vas a publicitar en redes sociales, haría bocetos diferentes, que abarquen todo tipo de público. Un nene, una adolescente, un anciano...

—¡Me gusta! —exclamó él—. El problema es el presupuesto. No puedo pagar modelos, solo un diseñador gráfico y, a lo sumo, un fotógrafo.

—¿Y pedirles el favor a gente amiga? No sería muy profesional que digamos, pero hay personas que tiene el don del modelaje innato. Después de todo, ¿qué determina que yo soy escritora? ¿Haber publicado? Supongo que lo era desde antes de que una editorial aceptara mi manuscrito, pero nadie se había enterado. Lo mismo pasa con los modelos.

—Puede ser. Voy a ver si encuentro la forma de probar bocetos con tu idea. Gracias.

—De nada. ¿Y cómo viene mi manuscrito? ¿Muy desastroso?

—Me gusta. Solo no entiendo algunas reacciones de Marianela. ¿Por qué todas tus protagonistas parecen tan asustadas del amor? Bueno, al menos las dos que me permitiste conocer.

—Supongo que la respuesta está implícita en la primera página.

Julián rio. Amaba las contestaciones perspicaces de Natalia.

—¿Todavía estás asustada del amor, por eso las hacés así? —indagó, entendiendo que lo único que había en la primera página eran el título de la obra y su nombre.

—Siempre. El amor tiene el poder de salvar y de destruir.

—Deberías usar esa frase en un libro.

—Imposible. Ya está trillada. Como tu publicidad de alfajores.

Julián apoyó la pila de papeles sobre la mesa de luz y le hizo cosquillas. Natalia gritó y apartó la computadora para acostarse, tratando de protegerse entre risas.

—Además, tus protagonistas son crueles como vos —protestó él, sin desistir del ataque.

—¡Basta! —suplicó Natalia, casi sin aire—. La hago un poco menos cruel. Señalá las partes donde te desagrada. Por favor. ¡Por favor!

—¿Me lo prometés? —preguntó Julián sobre su boca, su cuerpo apenas separado del de ella.

Natalia asintió, agitada, y mientras recuperaba el aliento, dejó que su mirada y la de Julián se unificaran. Él le acarició una mejilla, y por la frialdad de su anillo de plata, ella se dio cuenta de que su propia temperatura corporal estaba muy alta. Julián le rozó los labios con el pulgar despacio, convirtiendo su pelvis en un río de deseo, y ella se los humedeció.

El gesto fue suficiente para terminar de excitarlo; era increíble el poder que la lengua de Natalia tenía sobre su autocontrol. Le dio un beso lento y tortuoso, capaz de aniquilar cualquier vestigio de temor.

Natalia le rodeó las muñecas, sintió la textura de las pulseras del lado derecho y la presión del cuerpo de él sobre el suyo. Con dificultad alzó los brazos y Julián le quitó la blusa. Le desprendió el pantalón y lo deslizó por sus piernas junto con la ropa interior. Respiró profundo al contemplar la pelvis de Natalia y la hizo darse la vuelta. Ella metió las manos debajo de la almohada y se aferró al borde del colchón mientras él le besaba la espalda y le desprendía el corpiño. La prenda acabó junto a la cama.

Julián tardó un poco en volver a tocarla, ella supuso que se estaba desnudando

también. Cuando regresó, comenzó a masajearle la espalda.

—Estás muy tensa, estuviste escribiendo sin parar toda la semana —comentó.

Natalia sonrió, atrapada en el placer de sentir que sus músculos se relajaban con el masaje. Al mismo tiempo, la sensualidad de las caricias la introdujeron en un espiral de deseo sexual.

—En realidad tenía que entregar el manuscrito el viernes y hoy es domingo. Si no lo envió mañana, la editora me mata. Ahí. Me gusta eso que estás haciendo. Me dijo que me van a llevar a presentarlo a la Feria del Libro. ¡¿Podés creerlo?! ¡Yo en la Feria del Libro!

Julián se inclinó y le recorrió la columna con la lengua. Le abrió las piernas, la tocó íntimamente y volvió a masajearle los hombros como si nada hubiera pasado.

—No veo la hora de verte ahí —dijo con voz ronca.

—¿Ahí dónde? —preguntó Natalia. Él le había hecho olvidar lo que estaba diciendo.

—En el orgasmo y en la Feria del Libro —contestó Julián, deslizando las manos hacia los costados para rozarle los pechos, abultados contra la sábana.

Natalia se movió bajo el efecto de sus estímulos, y entonces él volvió al masaje tradicional. Se ocupó de un nudo que encontró en una zona del cuello y luego bajó hasta la cintura. Al volver a subir, se detuvo en otro que estaba en mitad de la espalda. Por último, se encaminó al cuello y lo presionó con delicadeza.

—Me gusta cuando te relajás —susurró, y recorrió sus piernas desde las pantorrillas hasta la ingle. Le introdujo un dedo en su intimidad, y eso la hizo gemir.

Se aferró a sus piernas y se inclinó para besarle el lugar que acababa de tocar. Luego introdujo dos dedos. Ella gimió y se removió contra el colchón mientras él le acariciaba el muslo con los labios. La besó detrás de las rodillas y volvió a subir.

De golpe retiró los dedos y se colocó sobre ella, sosteniéndose con los codos. Natalia jadeó, esperando que él entrara en su cuerpo. Las manos de Julián se

abrieron paso entre la sábana y su piel, y comenzó a acariciarle los pechos.

—¿Sigo con el masaje? —preguntó, agitado.

—Nunca pares —replicó ella, en una ensoñación.

Julián entró en su cuerpo con calma, y aunque en un primer momento intentó ir despacio, pronto acabó moviéndose con ímpetu. La posición hacía que los pechos de Natalia se estimularan con el roce de la sábana, y eso acrecentaba el placer. Podía sentir las contracciones de su cuerpo y sabía que estaba a punto de terminar.

Le besó un hombro mientras acababan a la par. Deslizó la lengua por su columna y le lamió la nuca. La besó en la mejilla y en la comisura de los labios, y siguió el camino hasta el lóbulo de su oreja. Natalia sonrió, disfrutando de la respiración de él en la piel sensible de su cuello, y de los latidos que todavía experimentaba en el interior de su pelvis.

—Me relajaste por completo —susurró.

—Vos, en cambio, me ponés muy tenso —bromeó él.

Natalia giró más la cabeza y acabaron dándose un beso profundo.

Julián pasó los brazos por debajo de su cuerpo y la abrazó.

—¿Te molesta mi peso? —preguntó. Su torso descansaba sobre la espalda de Natalia, y sus piernas estaban enredadas.

—No —contestó ella—. No me dejes dormir, por favor. Tengo que corregir el manuscrito con tus comentarios.

Era difícil mantenerse despierta si Julián le daba besos suaves en la mejilla y conservaba el calor con su cuerpo sobre el de ella.

Cuando despertó, estaba cubierta por la sábana, acurrucada contra las piernas de Julián, y una mano de él estaba sobre su cabeza. Abrió los ojos y lo encontró sentado a su lado, leyendo el manuscrito.

—¡Me dejaste dormir! —protestó.

—No me interrumpas, estoy en la mejor parte —contestó él—. Te voy a matar. ¿Cómo se te ocurrió hacer que Pablo se mudara a España?

—Ella no se decidía, y él acá no tenía futuro.

—Sos la escritora. ¡Inventáselo!

Natalia rio, sentándose en la cama.

—Te faltan solo unos capítulos, vas a ver que el reencuentro te va a gustar más que si él se hubiera quedado.

—Que fuera el culpable del escándalo en la carrera de Marianela es doloroso. Pobre Pablo, no te cansás de castigarlo.

—Lo hizo sin querer. Fue por ayudarla. A las mujeres nos gusta eso.

—¿Que los protagonistas sufran?

—Sí... Un poco. Nos hace encariñarnos más con ellos. Además, si la novela no estuviera llena de conflictos, ¿a quién le interesaría leerla? Si no hubiera ninguna barrera que superar, ningún valor profundo que trabajar, no tendría sentido escribirla siquiera. ¿Me das el manuscrito que ya comentaste y te quedás solo con los capítulos que te faltan? Si no empiezo a trabajar ahora, no voy a dormir en toda la noche —pidió, saliendo de la cama.

—Mañana tenés que ir al colegio, no es bueno que no descanses. Ya pasaste así toda la semana pasada.

—Es un tiempo, después todo se tranquiliza —prometió Natalia, poniéndose la remera y un saco. Julián le entregó la mayoría de las hojas—. Gracias —le dijo ella, y lo besó en la mejilla.

Se sentó con la computadora en el comedor, ansiosa por leer los comentarios de Julián. Aunque él era muy respetuoso, ella era autoexigente hasta el extremo, y algunas observaciones le resultaron dolorosas. En especial las que referían a rasgos de la personalidad de Marianela que podía reconocer como propios. «Prejuza demasiado a la gente», «a veces es hiriente con sus palabras», «¿por qué se siente tan diferente de todo el mundo?». Respiró profundo, tratando de asimilar las críticas con objetividad, y comenzó con la ardua tarea de reformular la personalidad de la protagonista femenina, que parecía ser el problema principal del manuscrito.

Cuando Julián le alcanzó el resto de la novela, lo miró con expresión angustiada.

—Decime la verdad: no te gustó, ¿no? —indagó.

Él pensaba alejarse lo antes posible para dejarla trabajar tranquila, pero ante

su duda, se sentó.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

—Tus comentarios.

—¿Algo te lastimó?

—Todo. Pero no importa, siempre pasa eso. Cuando la editora me pidió que modificara algunas palabras de mi manuscrito anterior, casi salgo corriendo a la editorial para decirle de todo. Con el tiempo me di cuenta de que tenía razón. Así que supongo que, aunque ahora no quiera reconocerlo, vos también la tenés.

—No sé si tengo razón, solo escribí lo que sentí. Eso no significa que el libro no me haya gustado. Si fuera así, habría dejado de leer.

—Capaz lo terminaste solo porque es mío.

—No des vueltas como Marianela, Nati —rio él—. Me encantó tu novela, y creo que va a ser un éxito, igual o más que la anterior. ¿Querés un té?

Aunque Natalia lo notaba menos entusiasmado que antes respecto de su novela y no terminaba de convencerse de que tuviera fe en su manuscrito, intentó confiar.

—¿Vas a comprar facturas? —interrogó, con una sonrisa simpática. Julián aceptó, riendo de nuevo.

Natalia llegó a enviar el manuscrito antes de que sonara la alarma de su teléfono. No había dormido en toda la noche, pero al menos creía que la novela había quedado mejor.

Querida Isabel:

Te adjunto el manuscrito de Marianela y Pablo, deseando que lo disfrutes tanto como yo.

Un abrazo,

Natalia.

—¡No dormiste! —exclamó Julián, apareciendo en la sala.

Natalia cerró la *notebook* y se levantó enseguida.

—No estoy cansada —mintió, encaminándose al baño para ducharse.

Ese mediodía salió del colegio casi arrastrándose. Era una suerte que la segunda suplencia que había tomado en un primer año de un colegio público, mucho más ordenado y con directivos más responsables que el anterior, ya hubiera terminado y pudiera volver a casa para almorzar y dormir una siesta.

Mientras comía un sándwich, encontró que su editora había respondido el mail agradeciéndole el envío. Le prometió que le contaría las novedades en cuanto leyera el manuscrito. Se acostó más tranquila, y se quedó dormida enseguida.

Cuando despertó y fue al baño, encontró que estaba indispuesta. Era la octava vez desde que había dejado las píldoras anticonceptivas, y aunque siempre había sido bastante irregular, era la tercera oportunidad en la que pensaba que, tal vez, alguna semana de atraso representaba que se hallaba embarazada.

A decir verdad, no tenía prisa por convertirse en madre, pero sintió miedo de que jamás pudiera serlo. El ginecólogo le había recomendado que esperara un año antes de ver a un especialista en fertilidad, sin embargo, comenzó a considerar la idea de ir antes.

Esa noche, mientras Julián y ella leían en la cama, decidió hacerle una pregunta que había rondado su mente desde hacía un tiempo.

—¿Cuánto tardó tu ex mujer en quedar embarazada cuando quisieron tener un hijo?

Julián abandonó el libro sobre sus piernas para mirarla. Presentía por qué lo preguntaba, y no creía que responder fuera una buena opción.

—El tiempo de cada pareja es distinto —replicó.

—Ya lo sé. No estoy apurada por cambiar pañales, pero me da miedo que nunca pase. ¿No te parece raro? Desde febrero no nos cuidamos. Estamos en noviembre, y hoy otra vez me vino.

—¿Por qué no pasaría?

—Siempre fui muy irregular. —*¿Y si tengo algún problema?*, pensó, pero no se atrevió a verbalizarlo.

—Con más razón, puede que pase cuando menos lo esperes.

Natalia asintió, aunque se quedó inconforme. Trató de relegar la negatividad volviendo al libro. Aunque lo intentó, su mente no podía callar como sí lo hacía su boca.

Al día siguiente, cuando salió del colegio, pasó por el instituto de fertilidad de su zona y pidió un turno con un especialista.

—No hay turnos disponibles hasta dentro de dos semanas —le avisó la recepcionista.

—No importa —replicó Natalia. No tenía prisa.

Concurrió a la cita dos semanas después y explicó el motivo por el que había ido a la consulta.

—Hace un año que mi pareja y yo intentamos tener un hijo, pero no lo conseguimos.

—¿Se hizo algunos estudios ginecológicos este año? —consultó el

profesional.

Natalia le entregó lo que su médico le había solicitado en marzo, y el especialista lo estudió con detenimiento.

—¿Sufre de dolor al menstruar o de menstruaciones irregulares? —preguntó.

—Soy bastante irregular. Algunos meses del año pasado ni siquiera me vino. Por lo general tengo retrasos de una o dos semanas. El período es doloroso, pero con ibuprofeno se me pasa.

—¿Cuántos días le dura?

—Cuatro o cinco.

—¿Sufre de ascenso y descenso de peso?

—No. Siempre fui muy delgada.

—¿Tiene acné o vello excesivo en alguna parte del cuerpo? ¿Manchas marrones en la zona de las axilas? En el cuello veo que no.

—No —respondió ella.

—De todas formas, es probable que tenga ovarios poliquísticos y un poco de endometriosis.

Natalia frunció el ceño. No sabía si creerle, jamás le habían dicho eso. Además, ¿se podía diagnosticar así? ¿Acaso no requería de estudios complementarios?

—¿Qué enfermedades son esas? —preguntó.

—La endometriosis es la aparición y el crecimiento de tejido endometrial fuera del útero. A veces complica la concepción, porque puede crecer en los ovarios, en la vejiga o en el revestimiento de la zona pélvica, entre otros lados.

—Yo siempre me sentí bien, y el ginecólogo nunca me lo dijo —argumentó.

—Por algo le llaman «la enfermedad silenciosa». En cuanto al síndrome, tampoco presenta muchos síntomas, más allá de los que estuve mencionando en las preguntas que le hice —explicó el médico—. ¿Ve esto? —Señaló un resultado dentro del análisis de sangre—. Es indicio de insulinoresistencia, una patología asociada al ovario poliquístico. También lo delata la ecografía: «múltiples imágenes foliculares». Con este síndrome, varios óvulos maduran al mismo tiempo, pero no se liberan; permanecen en los ovarios circundados por

líquido. Si no hay ovulación, no se puede producir el embarazo. En cuanto a la endometriosis, también es probable por las características ecográficas y el resultado del análisis de sangre, pero para confirmarla convendría hacer un examen pélvico y una histerosalpingografía.

—¿Tiene cura?

—No tiene cura. Pero existen tratamientos. Lo primero que debería hacer es consultar con un endocrinólogo para evaluar una medicación, en caso de que compruebe la resistencia a la insulina. Paralelamente, tendríamos que comenzar con los estudios que requiere la obra social para los tratamientos de fertilización asistida. La histerosalpingografía es uno de ellos.

—Me gustaría quedar embarazada de forma natural —explicó Natalia.

—Es difícil que logre un embarazo sin tratamiento, pero pueden seguir intentando. No es imposible.

Para ella, fue como si le dijera que lo era. Se agitó y le pareció que se había metido en un gran túnel helado. No podía ser cierto que tuviera un impedimento para concebir hijos, no quería aceptarlo.

—¿Y qué implican los tratamientos de fertilización asistida? —indagó.

—Eso depende del caso. Van desde la estimulación a la ovulación con coitos programados y la inseminación artificial con o sin donación de gametos masculinos hasta la fecundación in vitro con o sin ovodonación. Si quisieran comenzar, debería volver al consultorio con su pareja. Tenemos que hacerles una serie de estudios a los dos para descartar otros problemas.

—¿Por ejemplo? —interrogó ella. Lo único que le faltaba era estar todavía más enferma.

—Deficiencias en el esperma, obstrucción de las trompas... entre muchas otras causas de infertilidad.

—Él no tiene ningún problema —aseguró.

—Eso no lo sabemos hasta que...

—Lo sé porque ya tiene hijos.

—Si quisieran empezar el tratamiento, deberíamos hacer esos estudios de todas formas —explicó el médico—. No se preocupe. Es un proceso largo, pero

con el tratamiento adecuado, tarde o temprano, va a ser madre.

Natalia supo en ese preciso momento que no quería involucrar a Julián en ese asunto. Él no tenía necesidad de someterse a estudios médicos, y hasta la avergonzaba tener que pedírselo cuando estaba segura de que era ella la del problema.

Salió del consultorio muy molesta. No creía en el diagnóstico, y pidió un turno con otro especialista en un centro médico de Capital Federal.

Cuando asistió a la consulta, recibió la misma respuesta.

—¿Está seguro? —preguntó—. No puede ser, ¿por qué nunca me lo diagnosticaron antes?

—¿Ya había hecho consultas de fertilidad? El cuerpo cambia, las patologías avanzan... —explicó el médico.

—No.

Esta vez se quedó preocupada y dolida. Ya no había dudas de que tenía problemas.

No entendía por qué todo le costaba el doble que a las demás mujeres, incluso lo más simple para cualquiera, como tener un hijo. Cientos de mujeres quedaban embarazadas sin buscarlo, y ella que quería, no podía. Tampoco comprendía por qué, si obtenía algo, debía resignar otra cosa, o por qué de pronto se sentía la mujer menos femenina del mundo.

Como había ido a Capital en colectivo y no había dejado el auto cerca de la parada, caminó. Pensó que el aire la despejaría, sin embargo, no dejaba de pensar que todo en su vida era cuesta arriba. De niña había sufrido la violencia de su padre y la depresión de su madre. No había sido igual que las demás en la adolescencia, y siempre se había sentido incómoda entre sus compañeras, por eso casi no había tenido amigas. Más tarde, no había sido feliz con su novio y se había enamorado de un hombre diecinueve años mayor, cuya ex esposa les hacía la vida imposible. No había escrito algo que nadie prejuzgaría, sino literatura controversial que le había costado su trabajo como profesora. Y ahora ni siquiera podía embarazarse como cualquiera. Por alguna razón, siempre le tocaba escalar montañas hasta alcanzar sus metas, y estaba cansada de eso.

Tampoco pudo evitar compararse. Estaba segura de que a Sabrina no le había dado trabajo tener hijos. En cambio, ella lo complicaba todo. No quería sentirse menos que la ex mujer de Julián porque su cuerpo no actuaba con normalidad.

Movida por la ansiedad, el miedo y la angustia, cuando llegó a casa abrió el navegador y buscó en Google «endometriosis» y «ovarios poliquísticos».

Una hora después, se arrepintió.

«Hace diez años que intentamos embarazarnos. Por favor, que alguien me diga qué tratamiento le dio resultado».

«Me dieron anticonceptivos orales por un tiempo, pero luego lo intentamos y no conseguimos el embarazo. Tengo miedo de que él se vaya para tener un hijo con otra».

«Perdí un embarazo de ocho semanas por los ovarios poliquísticos y tenía miedo de volver a intentarlo, pero igual lo hicimos y ya no quedo. Veo que el tiempo pasa y me desespero».

Dejó de leer sobre su condición y buscó información acerca de los tratamientos de fertilidad. Había muchas descripciones técnicas de los procedimientos, pero lo que más le interesaban eran las experiencias. Las halló ingresando a algunos grupos de Facebook.

Según lo que contaban las participantes, el camino hasta la maternidad podía ser largo y doloroso. Recordó las palabras del médico: «Es difícil que logre un embarazo sin tratamiento». ¿Entonces ese era su destino? ¿Tenía el coraje suficiente para enfrentar a Julián y decirle lo que les esperaba si querían tener un hijo? ¿Estaba preparada para afrontar un proceso que podía ser frustrante y prolongado? Por lo que estaba pasando en ese último tiempo, no sabía si su pareja estaba lo suficientemente consolidada para resistirlo.

Cerró las pestañas del navegador y limpió el historial cuando Julián le avisó por mensaje que ya estaba llegando y que él llevaba la cena. Apareció con pastas del negocio de enfrente y helado.

Durante la cena, Natalia no pudo dejar de pensar en el problema que tenía

entre manos.

—¿Me vas a decir cuánto tardó Sabrina en quedar embarazada? —preguntó.

Julián la miró, entre sorprendido y frustrado.

—¿Tengo que responder a eso? —replicó.

—¿Por qué no?

—¿Qué diferencia hace en nuestra pareja?

—Necesito saber.

—No, no lo necesitás: querés hablar de eso, pero yo no. Odio las comparaciones.

—¿Me lo vas a decir? No entiendo por qué te negás a responder una pregunta tan sencilla.

—Tres meses. ¿Satisfecha? ¿Qué logramos con esa respuesta? ¿Qué cambia?

—Nada.

—¿Entonces para qué la querías?

Natalia dejó de comer.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Por qué te enoja que hablemos de Sabrina?

—Porque no quiero saber nada con ella, no quiero que siga entrometiéndose en mi vida. Casi no me deja ver a mi hijo, y cuando lo veo, él me desconoce. No sé qué vamos a hacer para Navidad, si no puedo reunirme con Tomás, y eso también es obra de mi ex mujer. Lo que menos quiero es que ahora empieces a compararte con Sabrina porque esperábamos un hijo a los tres meses de buscarlo y con vos llevamos diez.

—No te preocupes por Navidad, me iré con mi mamá. Y no te lo pregunto porque me esté comparando.

—A mí me suena a que sí.

—Estás insoportable.

—Vos también.

Se quedaron callados, mirándose un rato.

—¿Y ahora qué? —preguntó Natalia.

—No sé. Es la primera vez que discutimos y no intentás escapar. No sé qué hacer.

Se quedaron un momento callados, mirándose a los ojos.

—¿Qué hacen los demás? —preguntó Natalia, sofocando la risa—. ¿Qué hacías con Sabrina?

—¡Y dale con Sabrina!

Natalia rio.

—Esta vez te juro que solamente quería hacerte enojar —confesó.

—¿Qué harían los personajes de tu primera novela?

—No sé... Supongo que harían el amor.

Se levantó de la silla, lo tomó del cuello y lo besó. Julián respondió rápido, acariciándole las mejillas mientras su lengua se abría paso para saciar el deseo.

Se puso de pie, fue del otro lado de la mesa y tomó a Natalia de la cintura. En una fracción de segundo la sentó sobre la mesa. Ella abrió las piernas para que él pudiera acercarse y continuaron besándose mientras le desprendía el pantalón y Julián le acariciaba los pechos por sobre la tela de la remera.

La besó en la mejilla, en la comisura de los labios y en el cuello. Natalia introdujo las manos dentro de su camisa para acariciarle el abdomen, y mientras él le bajaba el pantalón y la ropa interior, sintió que estaban hechos el uno para el otro. Era una pena que los demás no pensarán lo mismo, ni siquiera el destino que le había dado un cuerpo imperfecto.

—¿Estás conmigo? —susurró Julián contra su sien. Percibía que Natalia estaba ahí, pero a la vez se hallaba muy lejos.

Le acarició el cuello con una mano mientras sus labios recorrían su frente y su mejilla. Se bajó el pantalón y el boxer. Entonces hizo que Natalia le rodeara el miembro con una mano.

—Esto es lo que provocás en mí —le dijo con los ojos entrecerrados—. Mostrame lo que yo provooco en vos.

Ella bajó la cabeza y sus ojos se apoderaron de una imagen íntima y sensual que logró hacerle olvidar todo lo demás. Julián se dio cuenta, y pensó que al fin había regresado su Natalia, la chica que lo consideraba una fantasía hecha realidad.

La tomó de la cintura y la arrastró hacia adelante para penetrarla. Bajó la

cabeza para ver sus cuerpos unidos, y Natalia se aferró a sus hombros. Admiraba su rostro y su cuerpo. Sus pestañas largas y negras la hicieron humedecerse los labios; su mirada cuando él la elevó le arrancó el aliento.

Víctima del apetito que Natalia le despertaba, Julián metió una mano por dentro de su remera. Llegó al *soutien* de encaje y bajó una copa para acariciarle un pecho con el pulgar sin dejar de mirarla a los ojos. La piel de ella se estremeció con su caricia y el pezón se endureció. Le levantó la remera, y Natalia elevó el torso hacia su boca. Deseaba tanto que Julián la lamiera, que se aferró a su cabeza y lo obligó a bajarla, hasta que él hizo el resto.

Echó la cabeza atrás, y sus ojos se nublaban de satisfacción. ¿Podría quedar embarazada esa vez? ¿Acaso importaba?

El miembro se alejó.

—Amame —pidió, agitada, sin conciencia de lo que decía.

Julián la miró a los ojos, y al notar que los de ella lo anhelaban, volvió a entrar en su cuerpo.

—Te amo —le aseguró con voz profunda.

Natalia apoyó las manos sobre la mesa. Bajó la cabeza y vio uno de sus pechos desnudos, danzando al ritmo de sus movimientos. Entonces su mirada se convirtió en un pantano de lujuria. Julián comprendió su deseo y lo satisfizo acariciándola. Quería darle todo.

Natalia jadeó, y sus gemidos los acercaron al final. Julián se inclinó hacia adelante y apoyó la frente en la de ella. Se miraron a los ojos, se desearon en silencio, y en medio de una marea de sentimientos, los azotó la tempestad del orgasmo.

No tenía sentido negar la realidad. Si existía un problema de fertilidad, debía afrontarlo con la convicción de que en algún momento se resolvería.

Fue a una endocrinóloga y se realizó un estudio de laboratorio para determinar factores hormonales complejos que un análisis común no abarcaba. La doctora le dijo que, si bien había indicios de insulinoresistencia, no era conveniente medicarla, dado que aún no padecía diabetes. Quizás nunca la hubiera si seguía una dieta equilibrada y hacía ejercicio.

—Entonces, ¿qué hago para resolver el ovario poliquístico? —indagó Natalia.

—Es una condición que no tiene cura. Podés usar anticonceptivos; ayudan a regular el ciclo menstrual. En términos simples, digamos que ponen los ovarios a «descansar».

—Pero estoy buscando un hijo.

—En ese caso, te sugiero que consultes con un médico especialista en fertilización asistida.

Después de algunos minutos más, salió del consultorio resignada. Todo conducía al mismo puerto, y como no podría tener un hijo sin Julián, no le quedaba más remedio que involucrarlo.

Esa noche, después de cenar, le pidió que se sentaran en la sala. Aunque estaba nerviosa, trató de ser directa.

—Como estuvimos ocho meses sin cuidarnos y no quedé embarazada, consulté con especialistas. Parece que tengo una condición que se llama síndrome de ovario poliquístico y, quizás, endometriosis. Lo primero que mencioné significa que cada mes muchos óvulos quieren salir a la vez y ninguno logra hacerlo, entonces al final no ovulo. La endometriosis es el crecimiento de

tejido endometrial fuera del útero. Todo eso implica que, si queremos tener un hijo, tengo que hacer un tratamiento. Y como estoy en pareja, tenemos que ir juntos.

El silencio que siguió a la explicación la puso todavía más nerviosa. No encontró indicios de nada bueno en la mirada de Julián, y eso la asustó.

—¿Hiciste todo eso sin que me enterara? —preguntó él en voz baja.

—Sí. Sospechaba que tenía un problema y quería enterarme de cuál era.

—¿Y decís que estás en pareja? Ya que se supone que soy esa pareja y que el hijo lo tendrías conmigo, me gustaría haberme enterado de todo eso que pasaba por tu cabeza.

Natalia tragó con fuerza. Él mantenía un tono sereno, pero no parecía a gusto con la conversación.

—Parecés enojado.

—Lo estoy. Creí que habíamos dejado atrás tu incapacidad para comunicar sentimientos difíciles y mi deber de adivinarlos.

Natalia se echó atrás en el asiento.

—No entiendo tu reacción —protestó.

—Y yo no entiendo por qué me dejaste afuera.

—¿Eso importa? Tengo un problema que me angustia, y vos te preocupás porque no te pedí que me acompañaras a las primeras consultas.

—¿Entonces para qué me necesitás ahora? Parece que solo fuera tu donante de esperma.

Natalia apretó los puños con los labios entreabiertos. Nunca. Jamás hubiera esperado una respuesta tan hiriente y poco comprensiva por parte de Julián. Podía esperarla de cualquiera, pero no de él.

—Este sería el momento en el que Nadia le pegaría una cachetada a Fabián —le hizo saber.

Julián bajó la cabeza y respiró profundo, tratando de perdonarse por lo que había dicho.

—Tenés razón —determinó, y volvió a mirarla—. Hacelo. Dame el cachetazo.

—No voy a hacer eso.

—Lo merezco. No debí decir esa barbaridad. Lo hice porque desde hace unos meses siento que Sabrina me redujo a ser solo un proveedor para mis hijos y pensé lo mismo de vos, pero no es así. Perdoname.

»¿Ves? Eso fue muy difícil de decir para mí, pero aun así lo hice.

—Te felicito. Disculpame por no ser igual a vos —ironizó Natalia. Estaba temblando. Le hubiera gustado huir, pero desde hacía un tiempo, una parte de ella la aplastaba en el lugar de la discusión, como si le hubieran atado una bolsa de piedras.

—No uses la ironía, por favor. Me trae malos recuerdos y me saca de quicio.

—Siento que estás evitando el tema.

—No termino de entender por qué querés iniciar un tratamiento.

—Pensé que estábamos buscando un hijo.

—Y yo creo que te parece que diez meses de espera es mucho en comparación con tres.

Natalia negó con la cabeza.

—No pasa por hacer comparaciones —aseguró.

—Sos muy joven, tenemos tiempo.

—Seguiría siendo muy joven si quedara embarazada mañana de forma natural, ¿no?

—Sí, por supuesto. Pero no sé si es momento de someternos a un tratamiento.

—Entonces estás diciendo que no.

—Estoy diciendo que no por el momento.

Natalia sintió que desfallecía. Una mezcla de impotencia e incredulidad creció en su interior. No esperaba que Julián se negara.

—¿Por qué no? —indagó—. ¿Dudás de nuestra relación?

—¿Eso pensás?

—¿Por qué, entonces, me dirías que no?

—Si dudara de nuestra relación, nunca te habría propuesto que dejáramos de cuidarnos cuando quisieras.

—¿Entonces?

—Entonces, que un tratamiento de fertilización asistida consume mucha

energía, y las mías están en otra parte en este momento. Estoy tratando de salvar la relación con mi hijo, de no perder la que logré establecer con mi hija y de hacer crecer mi fábrica.

—Entiendo. Entonces, como vos ya tenés hijos, no te importa tenerlos conmigo.

—Sí. Sí me importa. Pero no sos una mujer de cuarenta y cinco años que si no se embaraza mañana, no lo hará nunca. Tenés veintinueve. Podemos acomodar las cosas, disfrutar de nuestra relación así como está unos años más y luego abocarnos al tratamiento.

—Parece que tus tiempos son diferentes de los míos. Vas a tener que empezar a cuidarte, no vaya a ser cosa que por esas casualidades me quede embarazada mañana.

—Lo viviría con felicidad. Solo estoy diciendo que no tengo fuerzas para iniciar un tratamiento ahora.

—¿Y si nunca es el momento?

—Sé que algún día lo será. Y cuando sea, quiero que estemos juntos en el proyecto al cien por ciento.

Natalia no pudo evitar los malos pensamientos. Evidentemente, Julián no era el mismo que se había casado con Sabrina, o tal vez no era el mismo solo con ella. Estaba segura de que, si se hubiera tratado de su ex mujer, le habría dado el gusto. En cambio a ella sí podía decirle que no. Pero, ¿acaso quería que fuera como había sido con Sabrina? ¿Quería que relegara sus deseos? No. Pero aun así, no podía negar que su negativa la había desanimado y que se sentía molesta.

Se levantó sin decir más y pretendió ir a la habitación. Julián la detuvo tomándola de la cintura y la sentó sobre sus piernas. Pensaba que Natalia no tenía idea de cuánto le costaba decirle que no a una persona que amaba.

—No te enojés, Nati, por favor —suplicó.

—Si tuviera la capacidad de embarazarme sin un tratamiento, ya lo habría hecho. Parece que estuvieras castigándome porque no puedo —contestó ella, angustiada.

—¿De verdad pensás eso? —respondió Julián, secándole las lágrimas que

rodaban por sus mejillas—. No es un castigo, ¿cómo podés creer algo así? Por favor, no permitas que tener un hijo se convierta en nuestro único objetivo o en una emergencia. Creo que no lo es para ninguno de los dos. ¿Lo es para vos? Decime la verdad, con completa honestidad. Si en serio es urgente porque sentís que tenés que ser madre ya...

—¡Quiero ser normal!

—Qué mal, porque nadie lo es.

Natalia apoyó las manos en su pecho para apartarse y se levantó. Terminó en la habitación, como era su intención desde un comienzo.

Julián pensó mucho tiempo en lo que había pasado. Más allá del exabrupto cruel e injusto que había tenido al comienzo, estaba seguro de que su determinación había sido fiel a sus sentimientos. Lo único que le preocupaba era que su negativa se transformara en una piedra demasiado pesada para Natalia, y que esa conversación hubiera quebrado un poco más su relación. El espejo, que era su vínculo de pareja, ya había comenzado a romperse con la nota de Sabrina y el despido.

Natalia creyó que nada podía ir peor, pero se equivocó.

Natalia:

Te adjunto la devolución de tu editora externa y la novela con nuestros comentarios para que la reveas.

Besos, I.

Descargó el archivo del manuscrito y la evaluación de quien lo editaría con ella. Abrió primero la devolución, y se encontró con dos páginas de argumentos duros y dolorosos acerca de su novela. Decenas de motivos por los que las lectoras

rechazarían a los personajes y sucesos inverosímiles que había que revisar si no quería arruinar su carrera con la segunda publicación.

Apretó las manos con un nivel de agresividad que hacía tiempo no sentía. ¿Por qué, de pronto, todo en su vida iba mal? ¿Por qué todos parecían estar en su contra? ¿O acaso ella se había puesto en contra de todos?

¿Qué diferencia había entre Marianela, una mujer dura e impulsiva, y Nadia, una chica tímida y reprimida? Las dos eran igual de complejas, aunque de manera distinta. Costaba mirarse en un espejo y aceptar los defectos propios, por eso a la gente le caería mal Marianela. No podía clonar personajes. Ella misma había cambiado, ¿por qué no cambiarían los seres de ficción? ¿Había que caerles bien a todos? Era un trabajo agotador y sin sentido. Un imposible.

No quería escribir una historia de romance adulto. Resultaba evidente que no estaba en su mejor época en lo personal en cuanto al amor, y cualquier cosa que reprodujera en ese momento solo trataría de relaciones quebradas, desilusiones y desengaños. Prefería volver a aquel tiempo en el que todo era esperanzador y podía soñar con un amor eterno.

La ficción siempre había sido para ella un puente y un refugio. Sentía que el mundo estaba en su contra y quería patearlo a través de una novela. Que los personajes se enfrentaran a algo mucho más grande que ellos mismos, como ella se estaba enfrentando al destino. Una historia que dejara un mensaje, no sobre las relaciones de pareja, sino sobre el universo; sobre los seres humanos. No podía escribir sobre el amor, pero necesitaba trabajarlo de otra manera, porque no concebía una novela sin ese valor, que era el motor de su propia existencia.

Fue en busca de una caja que había armado en lo de su madre y nunca había abierto desde que se había mudado. Había allí quince carpetas con hojas cuadriculadas número tres escritas con lapicera negra. Unas veinte novelas que había producido desde que tenía trece años hasta que había decidido usar la computadora. Entre ellas, la única de ciencia ficción que había inventado hacía nueve años. Iba a ser una trilogía, pero no la había terminado. Tenía solo el primer libro, un poco del segundo y unas páginas del tercero. Los personajes eran adultos... Eso le disgustaba.

Leyó algunas hojas y su corazón se inundó de entusiasmo. Sintió que estaba llamada a escribir acerca de ese mundo. Un mundo en contra de los protagonistas. Los adultos no tenían fuerzas para luchar contra tanto, porque se resignaban y aceptaban lo que fuera para no perder lo poco o mucho que habían alcanzado. Los jóvenes, en cambio, tenían menos conciencia del peligro y se atrevían a enfrentarlo. Decidió en ese momento que los protagonistas de su nuevo manuscrito serían adolescentes, porque los adolescentes podían cambiar el mundo.

Decidida, envió un mail a su editora.

Hola, Isabel, ¿cómo estás?

¿Podríamos reunirnos?

Gracias.

El jueves por la tarde estuvo sentada en la oficina de su editora.

—No quiero trabajar en el manuscrito de Pablo y Marianela —expuso—. Debí haberlo abandonado desde un comienzo, cuando sentí que no tenía ganas de dedicarme a esa historia. Cuando me escribiste para seguir publicando, me entusiasmé, aunque nunca terminé de sentirla en el fondo, y eso se nota.

—Creo que te estás ahogando en un vaso de agua —opinó la editora—. Es normal que el autor escriba de forma visceral, y que eso no coincida con la perspectiva del editor, que lee pensando en el público.

—No es eso. Quiero escribir otra cosa.

—Natalia: la idea de que te presentes en la Feria del Libro sigue firme, y si te diera seis meses para escribir otra cosa, ya habríamos pasado mayo. La idea es lanzar el libro en abril.

—¿Cuánto tiempo tengo para escribir?

—En marzo tendría que enviarlo a la imprenta. Un mes para editarlo... El límite es el primer día de febrero. Pero insisto: no me parece necesario. La historia de Pablo y Marianela se puede reescribir.

—No. Tendría que cambiar completamente la personalidad de los dos, y mi

historia ya no sería mi historia. No tendría sentido. En este momento no puedo. Sería traicionarme a mí misma. Quiero escribir otra cosa.

—¿A qué te referís con «otra cosa»?

—Ciencia ficción para jóvenes.

—¡Pero ese es un cambio muy drástico!

—Contendría una historia de amor, porque no me interesa escribir si no hay romance, aunque sea un poco. El amor es el motor de la vida.

Isabel suspiró, respaldándose en el sillón.

—Con gusto voy a leer lo que sea que escribas, pero te pido que, paralelamente, igual trabajes en la historia de Pablo y Marianela. El primer día de febrero, cuando me envíes el manuscrito de la novela juvenil, vemos con qué nos quedamos. Si me lo podés mandar antes, mejor.

Natalia se comprometió a escribir sin parar para entregar a fines de enero. No le costaría trabajo; la historia latía en lo más profundo de sus entrañas y necesitaba liberarla.

Escribir un libro lleno de acción, traiciones y peleas le sirvió para descargar la ira, la frustración y el enojo. Y también para relegar el asunto de tener un hijo. Estaba creando uno, su libro. Poco le preocupaban sus ovarios si podía soñar con un amor puro e inocente, mezclado con un incipiente erotismo, típico de la adolescencia. No tenía tiempo de pensar en los problemas si pasaba el día y la noche entre armas, conceptos filosóficos y explosiones.

Pasó noches sin dormir por escribir eso que pugnaba por salir de su mente y de su alma a través de la ficción. Por suerte, en diciembre solo se tomaban mesas de examen, y eso le permitió quedarse hasta muy tarde volcando anhelos, frustraciones y rebeldía en su manuscrito.

Ni siquiera tuvo tiempo de pensar que estaba pasando Navidad en casa de su madre, las dos solas, como antes de que existiera Julián. Él la llamó después de la medianoche, pero para entonces Liliana se había ido a dormir y ella estaba enfrascada contando que sus personajes llegaban a la tierra de una comunidad exiliada. No escuchó el teléfono. Extrañaba escribir así, completamente absorbida por la historia, como cuando Julián se había convertido en su fantasía.

A las dos de la madrugada, el teléfono volvió a sonar. Como justo había terminado un capítulo, pudo atender.

—Nati. Feliz Navidad. Me preocupé; no atendías. ¿Estás bien? Por favor, no estés enojada. Quiero que sepas que...

—Estoy escribiendo —lo interrumpió Natalia—. Gracias. Feliz Navidad.

Julián titubeó. Esperaba que Natalia estuviera enojada, que creyera que él había elegido a Tomás en lugar de a ella y que le dijera que era injusto estar en una relación así, etcétera, etcétera. Y si lo hacía, tendría razón. Por eso, su

actitud despreocupada lo desconcertó. Un poco confundido, siguió el curso de la conversación.

—¿Cuánto te falta para terminar el manuscrito? —preguntó.

—Voy por el capítulo veintiséis. Me falta poco. Mi cabeza explota, es increíble. Tengo tantas ideas, tanto para decir...

—¿Me vas a permitir leerlo?

—Sí, por supuesto. No podría entregar el manuscrito sin saber primero tu opinión.

Julián se sorprendió de nuevo; creyó que ella le diría que no. Tenía que haber algún castigo por haberla dejado afuera esa noche. O quizás era cierto que las fiestas no le interesaban en lo más mínimo.

—¿Entonces no estás enojada? —preguntó.

—¿Enojada? ¿Por qué? ¿Te molesta si sigo escribiendo? Dejé a los personajes atados en una hoguera y tengo miedo de que se quemen.

Julián no quería cortar. La extrañaba demasiado, pero aun así respetó su necesidad y se despidió.

—No vas a ir a lo de tu papá —determinó Sabrina—. Ya estuviste con él en Navidad, Año Nuevo es mío.

—No tengo ganas de estar acá —protestó Camila. No soportaba a Martín, el novio de su madre, y tampoco a ella—. No me importa lo que vos quieras, no podés retenerme. Quiero pasar Año Nuevo con papá.

—Tenés diecisiete años, vas a hacer lo que yo diga.

—¿Por qué? Para tu información, tengo voz y voto, y me quiero ir con papá.

—¿Qué te pasa, Camila? ¿Por qué permitís que te llene la cabeza en mi contra?

—Eso es mentira.

—Vos no te das cuenta.

Cansada de discutir, Camila subió las escaleras y se encerró en su habitación. No había modo de que su madre respetara sus deseos. Había pasado una Navidad genial en la casa de su tía Claudia, y hasta su hermano lo había pasado bien jugando con su primo. No entendía por qué debía cambiar los buenos momentos por una mesa compartida con el novio de su madre, un hombre que hacía chistes malos y se comportaba como un engreído.

Sabrina abrió la puerta sin esperar su permiso y se metió en su habitación. Camila odiaba que su madre no golpeará antes de invadirla.

—Camila, ¿no querías ir a bailar con tus amigas después de la medianoche?

—Sí, ¿y eso qué? —replicó de mala manera.

—¿Te pensás que tu papá te va a dejar ir? Ya sabés lo que piensa del peligro de salir en las fiestas. En cambio, yo no pienso lo mismo. Yo te entiendo. Y si me asegurás que vas y venís en un remis, te dejo ir a donde quieras. Es hora de que valores un poco la madre que tenés y dejes de pensar que soy la peor del mundo. —Se le anudó la garganta y no pudo evitar que algunas lágrimas escaparan de sus ojos—. Yo te amo, hija, y quiero lo mejor para vos.

Se fue cerrando la puerta.

Camila apretó los ojos. Estaba cansada de que su madre intentara convencerla de que su padre la influenciaba en su contra. Cuando no lo conseguía con firmeza, probaba dando lástima, y estaba harta de sus estrategias. La enfurecía que intentaran tomarla por idiota.

Oyó nuevos golpes a la puerta.

—¿Y ahora qué pasa?! —preguntó, creyendo que se trataba de su madre de nuevo.

Se sorprendió cuando Tomás se asomó.

—¿Puedo pasar? —preguntó. Camila asintió, y él se sentó frente a ella—. No te vayas en Año Nuevo —suplicó.

—¿No querés venir conmigo?

—¿A lo de papá? ¡No!

—¿Hasta cuándo vas a seguir con eso de que Natalia y él son malos? ¿Ahora

de pronto te cae bien el novio de mamá y mal ellos dos? No tiene sentido, Tomi.

—Al novio de mamá tampoco me lo banco. Pero por lo menos ella es buena. No seas mala, vos la tratás mal.

—¡Ella me trata mal a mí!

—Dale, no te vayas. Por favor.

—Lo voy a pensar —prometió Camila.

En cuanto su hermano salió de su cuarto, llamó a su padre.

—Discutí con mamá de nuevo —le contó.

—¿Por qué?

—No me quiere dejar pasar Año Nuevo con vos.

El instante de silencio que siguió a su anuncio la tomó por sorpresa.

—Sabés que me encantaría pasar cada día de mi vida con vos, pero eso no es posible, Cami —contestó Julián—. Para empezar, porque tu mamá seguro te necesita con ella en Año Nuevo.

—Lo mismo me dijiste el año pasado.

—Y lo sostengo. Además, tuve que separarme de Natalia en Navidad por tu hermano, y eso me pareció injusto para ella.

—¿Se enojó?

—No. Pero no por eso deja de ser injusto. Quiero recompensarla, y le preparé una sorpresa. Espero que no te enojés vos.

Si algo admiraba de su padre era que siempre se comportaba de manera honesta y jamás sentía que tratara de engañarla. No podía enojarse si, para colmo, tenía razón.

—Bueno —dijo.

—¡Te enojaste! —exclamó él.

—No. Te juro que no. ¿Qué van a hacer?

—Si te lo contara, dejaría de ser sorpresa, y la primera que tiene que enterarse es ella.

Camila se mordió el labio. Le quedaba un día para hacerse a la idea de que tendría que pasar Año Nuevo con Martín y con su madre, aun cuando se llevaran tan mal.

—¿A dónde vamos? —preguntó Natalia, girando la cabeza.

—Te va a gustar, vas a ver —respondió Julián.

Natalia rio con entusiasmo. El intento por leer el cartel que estaba junto a la autopista había sido en vano. Cada vez se alejaban más de la ciudad, y se moría de intriga por saber en dónde iban a terminar. Eran las seis de la tarde. Esperaba que no se les hiciera la medianoche en el auto.

Era la primera vez que se apartaba de su madre en una noche que para la gente era especial, y el primer día que no escribía desde que se había reunido con la editora.

Cuando vio que abandonaban la autopista, su intriga creció de forma desmesurada.

—¿Me vas a decir a dónde vamos? —insistió.

—¿Qué imaginás?

—No sé... Que vas a matarme y ocultar mi cuerpo —respondió en broma. Él rio.

—Tus pensamientos de escritora son siempre sorprendentes —replicó.

El misterioso lugar al que se dirigían resultó ser un barrio parque de Pilar al que solo se podía ingresar atravesando un control de seguridad.

Preciosas filas de árboles bordeaban los caminos y daban una agradable sensación de intimidad. Se adentraron en un predio protegido por una ligustrina: ocultaba una preciosa cabaña en un jardín cuidado. Había una piscina, una parrilla techada y bancos de madera. Flores, árboles y arbustos. Las paredes externas estaban recubiertas de troncos y había grandes ventanales sin persianas ni rejas.

Natalia bajó del auto riendo y subió los escalones que llevaban a una bella puerta labrada. Julián abrió, e ingresaron a un bello salón. Los pisos eran de

madera lustrada y las paredes estaban pintadas de rojo. Había un hogar, sillones blancos mullidos y alfombras. El decorado incluía jarrones, cuadros y una biblioteca con libros antiguos.

La cocina era acogedora, y la habitación con cama matrimonial tenía un acolchado precioso. Lo mejor fue que en un cuarto contiguo al baño, había un jacuzzi rodeado de dos ventanales de vidrio y una pared revestida con troncos. Detrás de los ventanales, algunos árboles y arbustos brindaban la sensación de que se estaba en medio de un bosque.

Natalia giró para mirar a Julián mientras reía, boquiabierta.

—¿Cómo se te ocurrió esto? —preguntó con entusiasmo.

—No sirvo para escribir, pero soy bueno para imaginar —respondió él.

Cenaron pastas a la luz de las velas y a las doce brindaron con champán. Mientras hacían el amor en el jacuzzi, en la alfombra de la habitación y en la ducha, Natalia pensó que estaba pasando una de las mejores noches de su vida. «Podemos disfrutar de nuestra relación así como está unos años más», le había propuesto Julián. Si se estancaba en esa madrugada, podía pasar así el resto de su vida.

—Volviste —dijo Fabrizio, viendo la espalda de Melisa junto a la barra de tragos. Podría reconocerla aunque la mezclaran con todas las espaldas del mundo.

Ella se dio la vuelta haciéndose la sorprendida. Jamás iba a confesar que había regresado a la discoteca a propósito.

—¡Fabrizio! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! No sabía que venías siempre. —*¡Mentirosa!*, gritaba su conciencia.

—¿Estás con tus amigas?

—Estaba con una, pero se fue con un chico.

—¿Querés que conversemos en algún lugar más tranquilo?

Melisa aceptó, feliz de que hubiera resultado tan sencillo que Fabrizio quisiera tener sexo de nuevo.

Para su sorpresa, en lugar de pedir una habitación en el hotel, la llevó a la cafetería.

Le resultó imposible salir de la perplejidad cuando, en vez de pedir alguna bebida alcohólica, él solicitó un simple y mundano café doble.

—¿Te sentís bien? —le preguntó.

—Perfectamente —contestó él—. ¿Con quién pasaste Año Nuevo?

—Con mis padres y mis hermanos.

—¿Tenés hermanos?

—Sí, dos varones más grandes. ¿Estás seguro de que te sentís bien?

—¿Estudiás? Me dijo Claudia que estabas haciendo el profesorado de Inglés.

Melisa entreabrió los labios, todavía más sorprendida de que él conociera ese dato.

—Cuando entré a trabajar en la fábrica, sí. Pero lo dejé.

—¿Por qué?

—Había que cursar todos los días y no tenía tiempo. ¿Y vos? ¿Estudiaste alguna vez?

—Capaz empiezo el profesorado de Educación Física.

—¡¿En serio?!

—No me gusta trabajar en la fábrica. Cuando era adolescente, quería ser modelo. Me gustan los deportes, la vida al aire libre...

—Me imaginaba. Tus fotos de Instagram son buenísimas, sos muy fotogénico. ¿Sabías que tu hermano está buscando modelos para la campaña de Tamailén? ¿Por qué no te ofrecés?

—¿Yo, en una campaña para la fábrica? ¡Ni loco!

—No es para la fábrica. Es para una marca. Tu marca. Es tu familia, Fabrizio. Cuando mi papá se quedó sin trabajo en 2001, mi mamá salió a limpiar casas. La familia es lo único incondicional que tenemos. ¿Y si probás siéndolo vos?

Aunque en el momento fingió que las palabras de Melisa no tenían sentido, el

lunes, cuando terminó de hacer el reparto, golpeó a la puerta de la oficina de Julián e intentó ser un poco más incondicional.

—Ey —dijo al ingresar. Julián se respaldó en el sillón del escritorio y se agarró la cabeza.

—No me digas que chocaste de nuevo, que dejaste de hacer el reparto porque se largó a llover o que te peleaste otra vez con el dueño de algún supermercado chino.

—Bueno, si siempre pensás lo peor de mí, me voy —replicó Fabrizio, volviéndose hacia la puerta.

—No, esperá. Ahora que entraste, quedate. ¿Qué pasa? ¿Qué hiciste?

—Nada. Me dijo Melisa que estabas buscando modelos para la campaña esa que querés poner en las redes sociales.

—Sí. La suspendí porque surgieron otros problemas más urgentes. Pero decime, ¿qué pasa con eso?

—Si querés, si no conseguís a nadie... yo puedo hacer de modelo.

Julián descartó la idea enseguida y volvió a los papeles que estaba revisando antes de que entrara su hermano.

—No te preocupes, no quiero exponer a mi familia.

—Nadie sabe que soy tu hermano.

—Todas las personas a las que les vas a repartir saben que somos hermanos y que, por lo tanto, también sos dueño de la fábrica. Tengo miedo de los secuestros, de los asaltos...

—Mirá —lo interrumpió Fabrizio, ofreciéndole su teléfono. Julián miró la primera foto del perfil de Instagram frunciendo el ceño.

—¿Sos vos? —preguntó, sorprendido—. Sí, sos vos —certificó por el tatuaje del omóplato, y bajó para mirar más imágenes—. Ahora entiendo por qué a tu edad yo casi no tenía éxito con las chicas y vos, en cambio, sos un *playboy*. Te deben venir a buscar. ¡Ni tenés que hacer el trabajo!

—Callate. ¿Necesitás un modelo o no?

Julián le devolvió el celular y se cruzó de brazos. Fabrizio solía llevar problemas. Nunca procuraba ayudarlo con nada, escapaba de las obligaciones y

jamás agradecía que el trabajo de los demás le llenara la cuenta bancaria. No valoraba el esfuerzo de su padre para haber creado una empresa de la nada, y como cuando era chico el mundo ya había cambiado, no apreciaba lo que para Julián formaba parte de su infancia y adolescencia. No sentía apego por la fábrica ni por su familia. Por eso, que estuviera ofreciéndose para colaborar en algo lo alegró. Tal vez habían hallado un punto interesante para ambos, y eso hiciera que Fabrizio se encariñara un poco con su trabajo.

—Preguntale a Natalia —respondió.

—¿A Natalia? —repitió Fabrizio, con el ceño fruncido.

—Sí. A ella se le ocurrió la idea de los modelos, y es mil veces mejor que yo ideando campañas. Si dice que serías el indicado, confío en ella y en vos.

Fabrizio salió de la oficina contento. No se sentía útil ni valioso cuando repartía alfajores en kioscos, almacenes y supermercados chinos. Pero se divertía siempre que enfrentaba una cámara y le encantaba resultar atractivo. Estaba seguro de que Natalia aceptaría su propuesta, porque tenían una buena relación. Y no se equivocó. Como si eso fuera poco, ella le pidió ayuda para encontrar a los demás modelos. Si Julián había dejado la campaña en sus manos, haría lo mejor.

Por primera vez en años, Fabrizio sintió que había nacido para algo.

Julián rescató las tres primeras páginas de la impresora y se respaldó en el sillón de su oficina para leer tranquilo. La que había escrito ese primer párrafo no parecía Natalia. El vocabulario era neutro, y estaba redactado en primera persona del presente. Nada tenía que ver con su primera novela, pero aun así lo atrapó irremediablemente, incluso más que la historia de Marianela y Pablo.

Le había prometido que no lo leería hasta que ella no se lo pidiera, pero devoró los tres primeros capítulos hasta que el teléfono sonó y tuvo que relegar el manuscrito para volver a las obligaciones de la fábrica.

Esa noche, Natalia controló que las páginas estuvieran en orden y depositó la parva de papeles delante de Camila.

—Esto es lo que te pedí que leyeras —anunció—. Tenés tres días.

—¿Tres días?! —exclamó Camila—. Nunca leí un libro tan rápido ni para el colegio. El tuyo me llevó meses, porque lo intercalé con otros libros.

—Mejor. Si podés terminarlo en tres días, quiere decir que te atrapó. Quiero tu opinión sincera. Nada de ser buena para quedar bien. ¿Estamos de acuerdo?

Camila le prometió que iba a ser crítica.

Natalia se sentía feliz. Era la tercera semana de enero, y ya tenía el manuscrito listo. Estar de vacaciones le había servido para acelerar la escritura y la relectura, proceso en el que siempre modificaba palabras, reformaba diálogos y recortaba descripciones innecesarias.

Esa noche, después de cenar, Camila se encerró en su habitación y comenzó con la lectura. No pudo parar hasta terminarlo y sin siquiera guardarlo, se quedó dormida

Despertó con el sonido de la puerta de su habitación. Intentó ocultar el

manuscrito debajo de la almohada, pero no hizo a tiempo. Su madre entró y le avisó que el desayuno estaba listo y que tenía que ir al supermercado. Sabrina notó que su hija intentaba esconderle algo, pero no pudo averiguar qué era. Camila no salió esos días, pasó la mayor parte del tiempo aislada en su cuarto.

Encontró la oportunidad cuando salió con Octavio. Se metió en la habitación y revisó debajo de la almohada. No había nada. Tampoco en el cajón de su escritorio ni en la cómoda. Miró la hora: el placar desbordaba de ropa y de cajas con carpetas viejas, revisar todo le demandaría mucho tiempo. Aun así, hizo el intento, y halló lo que buscaba en una caja con apuntes del año anterior.

No solo encontró un manuscrito de Natalia Escalante, sino además su primer libro, «Camino al placer», con una dedicatoria.

Para Camila, una persona maravillosa, que espero brille siempre con la luz de su sonrisa. Con cariño. Natalia.

Se levantó como si la arrastrara un huracán y salió de la habitación echando chispas. Temblaba de impotencia y de resentimiento. ¿Cómo podía su hija preferir a la cualquiera que se acostaba con su ex marido? ¿Por qué estaba leyendo otra de sus inmundicias?

Espiaba el celular de su hija cada vez que podía, y estaba cansada de leer mensajes en los que hablaba mal de ella con su novio y con sus amigas. Con su padre, en cambio, parecía llevarse de maravillas. ¡Y hasta chateaba con Natalia! Pocas veces, pero lo había hecho. Todo había comenzado con el envío de un trabajo práctico y había seguido con un par de preguntas sobre el colegio. Otra vez le había preguntado por su padre, ya que no podía ubicarlo. ¡Y le había deseado Feliz Navidad!

Aprovechando que esa noche Tomás dormía en la casa de un amigo, esperó a Camila sentada en el living. Cuando ella llegó y pretendió ir a su cuarto, la obligó a quedarse allí.

—¿No tenés nada para contarme? —indagó.

Por el tono de su madre, Camila se puso a la defensiva.

—No —contestó.

—¿Y qué es esto? —dijo Sabrina, levantando el libro y el manuscrito.

Camila avanzó un paso con expresión molesta.

—¿Estuviste revisando mis cosas?! —protestó.

—Soy yo la que hace las preguntas —replicó su madre—. ¿Por qué leíste esta basura? ¿Por qué no me hiciste caso?

—Todo eso es mío, dámelo —ordenó Camila, estirando la mano para arrebatarse el libro y los papeles.

Sabrina la esquivó y se encaminó al fondo. Camila la siguió.

—¿Qué hacés? —preguntó—. ¡Dame! ¡Esas cosas son mías! No quiero que entres a mi cuarto cuando no estoy. ¡No quiero que revises mis pertenencias! ¡No tengo privacidad! ¡No tengo derechos!

Sabrina arrojó el libro y los papeles a la parrilla que hacía años no se usaba, los roció con combustible y encendió un fósforo.

—¡No! —gritó Camila, tratando de abalanzarse sobre sus cosas.

Sabrina la retuvo apoyando una mano en su pecho y arrojó el fósforo. El fuego se inició con un suave estallido y las llamas comenzaron a consumir ideas y sentimientos.

Camila corrió al lavadero, se hizo de un balde con agua y regresó para apagar el fuego. Aunque lo consiguió, el papel ya había sido consumido, y solo quedaban cenizas.

—Que no me entere de que te compraste ese libro de mierda de nuevo —ordenó Sabrina—. ¡Y menos de que te lo dedicó esa puta! Te está engañando igual que a tu padre.

—¿Qué sabés?! —gritó Camila—. ¡Si ni siquiera la conocés!

—No me grites.

—Vos podés quemar libros, ¿y yo no tengo que gritarte? Decís que una mujer que ni siquiera conocés es una puta, ¿y yo tengo que escucharte?

—¡No la defiendas!

—¡No la defiendo! Defiendo mi derecho a pensar y a sentir lo que yo quiera y no lo que vos querés que sienta.

—Callate, Camila, o no respondo de mí.

—¡No me callo nada!

—Sos una mocosa irrespetuosa.

—Y vos sos una mala madre. ¡No te soporto!

Antes de que su madre le diera un cachetazo, como había hecho hacía unos meses en el auto, Camila huyó a su cuarto. Hacía años que no tenía llave, y se propuso que destinaría parte de sus ahorros a conseguir una. Ansiaba todo cuanto pudiera apartarla de su madre.

Mientras su hija lloraba sobre la cama, Sabrina se sentó a llorar en el sillón. Estaba angustiada y dolorida; no tenía idea de cómo ni cuándo la relación con Camila se había ido por un barranco. Recordaba que mientras Natalia Escalante trabajaba en el colegio, Camila solía hablar mal de ella. Sus comentarios despectivos acerca de «la tarada de Literatura» aumentaron cuando, según sus cálculos, su ex había comenzado la relación con ella. Posiblemente, Camila lo sabía en ese momento y se lo había ocultado.

Sentía que su preciosa hija se le escapaba de las manos, y no tenía idea de cómo retroceder el tiempo. Le hubiera gustado abrazarla y sentir que ella la admiraba y la quería como cuando era una niña. No soportaba que la hubiera cambiado por la segunda de su ex marido. No podía olvidar lo que había oído el mismo día que se había enterado de que Natalia Escalante salía con Julián. «Es escritora», «¿sabías que lo presentó en la tele?» En ese momento, no sabía de quién hablaba Camila con tanta admiración, pero en cuanto se enteró, se quiso morir.

Tenía que poner fin a esa situación. Hablar con Julián era impensado, hacía mucho que no lo reconocía; se había transformado en otra persona. También le hubiera gustado retroceder el tiempo para llevarse bien con ese hombre recién divorciado que todavía anhelaba la sensación de hogar y la protección afectiva de una familia. Por eso se había dejado engañar por esa. Era una mujer hábil.

Al día siguiente, Camila le avisó a Natalia que iría al departamento aunque fuera mediodía y su padre estuviera en la fábrica. No le interesaba hablar con él, sino con ella.

—Me da mucha vergüenza decirte esto, pero no puedo mentirte —dijo.

—¿Qué pasa? ¿No te gustó el manuscrito? —interrogó Natalia—. No te preocupes, no me ofendo. Te lo di para leer justamente porque necesito lectores cero que sean completamente honestos.

—No es eso... —replicó Camila, y guardó silencio un momento—. Mi mamá lo descubrió, y quemó tu libro y tu manuscrito.

Un pinzamiento atenazó el pecho de Natalia. Si bien sabía que podía esperar cualquier cosa de Sabrina, que hubiera quemado un libro y un manuscrito de ella se sentía peor que recibir una crítica agresiva. Su libro no podía gustar a todo el mundo, pero jamás imaginó que en el siglo XXI todavía se quemaran ideas como en la dictadura o en *Fahrenheit 451*.

Aunque le dolió imaginar su trabajo ardiendo en el fuego, tuvo que ser fuerte por Camila.

—¿Entonces no pudiste leer el manuscrito? —indagó—. No te preocupes. Esto nos atrasa un poco, pero le puedo pedir a tu papá que lo imprima de nuevo.

—No hace falta. Lo había terminado unas horas antes.

Natalia relegó de golpe el dolor, abriendo paso al entusiasmo.

—¿Entonces lo terminaste en menos de tres días? —preguntó. Su actitud genuina consiguió mejorar también el humor de Camila.

—Sí.

—¿Te gustó?

—¡Me encantó! Quiero un chico como ese protagonista en mi vida.

—No seas buena. Decime la verdad.

—¿Por qué te mentiría? ¡Es la verdad! Me encantó. Quiero leer la segunda parte ya. ¿La puedo guardar en el celular? Así mi mamá no se entera.

Natalia rio.

—Todavía no escribí la segunda parte.

—¿Cómo que no? ¿Y qué estás esperando?

—Descansar un poco.

—¡Descansá rápido! No me podés pedir que lea el libro en tres días y no tener la segunda parte. ¿Y ahora qué hago con la intriga?

—No sé. Escribí algo vos.

Natalia no podía creer que de verdad a Camila le hubiera gustado tanto el libro. Se sintió feliz de que así fuese. Quizás, aunque se sentía vieja a veces, tenía bastante en común con los jóvenes. Estaba en contacto con chicos todo el tiempo porque era profesora y en una parte de sí misma seguía siendo un poco adolescente. Les interesaba el mundo hipócrita y destruido del libro, porque para ellos el mundo que los rodeaba también se veía de ese modo.

Camila se fue temprano, antes de que su madre volviera del trabajo y le preguntara a dónde había ido. Natalia llamó a Julián.

—¿Podés imprimir el archivo de nuevo? —solicitó—. Sabrina lo descubrió y lo quemó junto con mi primer libro.

—¿Los quemó? —repitió Julián, indignado.

—Sí, no te preocupes. Lo importante es que Camila había llegado a leerlo y que le gustó. Ahora te toca leerlo a vos.

—Me vas a matar.

—¿Por qué?

—Porque te prometí que no lo iba a tocar hasta que me autorizaras, pero el día que lo imprimí me enganché y leí tres capítulos. Como quería seguir, hice una copia y ya voy por la mitad. Pensé que no me iba a gustar, porque los personajes son muy jóvenes y me cuesta sentirme identificado con ellos, pero el planteo del mundo es tan interesante que quiero saber más. Por favor, decime que no te enojaste. ¿Nati? ¿Qué pasa? ¿Por qué no respondés?

—Porque me estoy riendo.

—¿De mi ansiedad de lector?

—De felicidad.

Esa semana hizo algunos cambios en función de dos comentarios que le hizo Julián, y la siguiente, envió el manuscrito a su editora. Recibió una respuesta en cinco días.

Me encantó. Vamos con este. ¿Para cuándo podés terminar los otros dos de la trilogía? La idea es sacar el primero en abril, el segundo en julio y el tercero en

diciembre. Cuento con vos.

Natalia estiró los brazos y gritó. Enseguida se acordó de Sabrina.

Podés quemar todos los libros que quieras, pensó. Pero las ideas no se queman. Nuestra felicidad no se quema. Tu odio tampoco. El odio te quema a vos.

El mes de marzo vino con el lanzamiento del nuevo alfajor y la campaña publicitaria. Los modelos terminaron siendo Fabrizio, una amiga suya, un compañero del colegio del hijo de Claudia al que la madre había anotado como modelo en una agencia, una compañera de Camila y el abuelo que solía hablar de fútbol con Julián en el asilo.

Natalia no sabía dibujar para armar bocetos, pero sí recrear ideas simbólicas y profundas. Reunió al hombre mayor con el niño para que parecieran un abuelo y su nieto. Los sentó en un escalón, delante de una puerta vieja de madera, al lado de un kiosco. Evocaba la infancia de los años 60 y a la vez la modernidad. La frase seleccionada para la parte superior fue: «Elegí compartir. ¿Ya probaste el mito?»

También reunió a Fabrizio y a su amiga con la frase: «Elegí disfrutar. ¿Ya probaste el mito?». Estaban riendo junto al kiosco y se convidaban un alfajor entrecruzando los brazos, como los novios que bebían champán en los casamientos después del brindis.

A la adolescente la ubicó sola, con ropa que imitaba el uniforme de una escuela y una mochila, pasando por la vereda del kiosco repleto de Tamailén. Mientras caminaba, daba una mordida al suyo. «Elegí soñar. ¿Ya probaste el mito?», escribió para la frase de la cabecera.

Por supuesto, todos estaban disfrutando la nueva variedad de alfajor, y los kioscos amigos que habían elegido para la campaña habían llenado las estanterías de los otros sabores.

Fue un éxito. Los «me gusta» y los comentarios favorables hicieron estallar las redes sociales de la fábrica, y las ventas aumentaron en las zonas donde

dominaban otras marcas. Fue tan bueno el impacto, que decidieron publicar los anuncios en diarios y revistas al mes siguiente. La nueva variedad se vendía tanto como los alfajores de chocolate rellenos con dulce de leche que habían liderado su marca siempre, y eso era un gran logro.

Un día antes de su presentación en la Feria del Libro, Natalia recibió un mensaje directo en Instagram.

Profesora, ¿cómo le va? Espero que se acuerde de mí. Soy Luciana Ramírez, fui su alumna por cuatro meses el año pasado.

Quería contarle que gracias a usted decidí estudiar. Estoy yendo a la universidad desde febrero. Aprobé el curso de ingreso y ya estoy en la carrera. Voy a ser enfermera.

¿Usted cómo anda? Veo que le va re bien con el tema de los libros. ¡La felicito!

¿Supo lo que le pasó a Joni? Apenas cumplió dieciocho cayó preso. Mató al encargado de una estación de servicio. Es una pena, era un buen pibe.

No la molesto más. Que tenga éxito en su presentación. No soy de ir a ferias del libro, pero si puedo voy a ir para saludarla. Un beso.

La noticia acerca de Jonathan la dejó perpleja. Le alegraba que Luciana hubiera decidido estudiar y no podía creer que dijera que había sido gracias a ella, pero el resto del mensaje la entristecía.

Hola, Luciana, ¿cómo estás? ¡Qué gusto saber de vos!

Te felicito por tu elección. Estudiar es sacrificado, pero hermoso, y la carrera que elegiste es de servicio al prójimo. Sos una persona alegre y solidaria. Vas a ser una excelente enfermera.

Me dejaste helada con lo de Joni. Me da mucha tristeza.

Te mando un beso.

Esa noche, cuando se acostó, pasó un rato mirando el techo. Poco a poco, dejó

de pensar en Jonathan y empezó a pensar en la presentación.

—Nati —le dijo Julián, apoyándose en un codo para buscar sus ojos—. ¿Qué pasa?

—Estoy nerviosa.

—¿Por la presentación de mañana? No te preocupes, el público te ama.

—¿Y si no lleno la sala y la editorial piensa que invirtió en mí y no valgo la pena?

Julián rio.

—Estuve en tu firma de libros cuando salió el primero, y fue mucha gente. ¿Por qué no irían ahora?

—Es otro público. No habrá tantas lectoras de novela romántica. Es casi como empezar de nuevo.

—Hace un mes estabas de la misma manera antes de que saliera el libro, con miedo de que no les gustara. Pero les gustó. El noventa por ciento de los comentarios que lees son positivos.

—Y por el otro diez me dan ganas de tirar mi incipiente carrera a la alcantarilla.

Él volvió a reír.

—Es imposible gustarle a todo el mundo.

—Solo tus alfajores lo logran.

—¡Ni siquiera! Estoy seguro de que más de uno andará diciendo, como tu mamá, que le dan acidez o alergia.

—Por lo menos no te enterás. Hay gente que me escribe solo para decirme que mi libro le pareció una basura. ¿A vos te parece? Existen personas que tienen tiempo de sentarse a redactar un mensaje con la intención de herir a otro. Porque se sabe que para un escritor el libro es su hijo y que esos comentarios lo lastiman.

—Pero mañana no habrá ninguno de esos que solo buscan canalizar sus frustraciones criticando un libro que capaz ni siquiera leyeron o un autor con éxito que envidian. Solo van a ser tus seguidores o personas que quieren saber de qué se trata tu obra.

»Dicen que no tenés éxito hasta que alguien te odia y otro te imita. Eso es excelente: significa que estás en la mente de las personas, y cuanto más te piensen y te nombren, más te benefician. Sobre todo si se nota que son comentarios falsos hechos con saña. Generan el efecto contrario: que el que se da cuenta te quiera. Dejá de pensar en lo negativo y mirá el lado bueno. Estoy seguro de que la sala va a estar llena. Y si no, salgo a invitar a cualquiera que pase.

Natalia rio y le apretó el brazo.

—No digas eso, no funciona de esa manera.

—Me voy a reír mucho cuando vea que tienen que dejar gente afuera. ¿Qué apostamos a que se llena?

—Un libro.

—Un libro. Hecho.

Al día siguiente, los nervios se triplicaron. Mientras iban en el auto, giró la cabeza y miró a su madre, que compartía el asiento de atrás con Camila.

—¿No trajiste por casualidad algunas de esas pastillas que te dieron para la ansiedad?

—¡No tomes eso! —exclamó Julián.

—Solo una, por esta vez...

Liliana comenzó a hurgar en la cartera. Camila se mataba de risa.

—Liliana, por favor, no le dé eso —suplicó Julián, mirándola por el espejo retrovisor.

—No pasa nada, es muy suave —argumentó Liliana.

Camila seguía riendo.

Al final, Natalia desistió de automedicarse e intentó conformarse. *No importa si la sala no está llena. Se sabe que soy una escritora relativamente nueva. Lo importante es ser feliz por el que fue.*

Una vez que llegó a la feria, no volvió a ver a su familia. La llevaron a un cuarto en el stand, y luego a la sala por la puerta de atrás. Para entonces, no se sentía ella. Era como si hubiera tomado el sedante: los nervios la habían agotado, y se sentía relajada, como si no tuviera músculos.

Oyó la voz de su editora. Habló acerca del libro, de la estructura de la presentación y por último dijo su nombre. Mientras escuchaba los aplausos, se acordó de cuando era chica y sus compañeros le hacían *bullying* en la escuela. Recordó lo vergonzosa que era y que, a pesar de la cantidad de aplausos, todavía tenía miedo de que la sala no estuviera llena. *No seas tan insegura, pensó. Estás acostumbrada a ser el centro de atención de Liliana desde que eras chica. Naciste para esto. Naciste para ser feliz a tu manera.*

Cuando salió y vio a sus presentadores, tanta gente, luces y energía, su nivel de excitación subió a las nubes. Jamás hubiera soñado siquiera con todo eso. Siempre había pensado que lo que escribía moriría en un mueble o en su computadora. Sonrió, preguntándose cuánto duraría. Sin dudas muy poco, porque el éxito era una nube pasajera, así que tenía que disfrutarlo mientras pudiera.

Se sentó, y aunque trató de ubicar a su familia, no lo consiguió. Era difícil individualizar a las personas desde el escenario. Reconoció a una o dos lectoras que había visto en la firma y le pareció ver a una chica que siempre le escribía en las redes sociales. Su foto de perfil en Instagram era fiel a la persona que ahora estaba en la segunda fila.

Mientras respondía preguntas, no parecía ella. Era como si otra persona tomara posesión de su boca y respondiera en su lugar con bromas y simpatía. Las personas se reían. Con ella, no de ella, y eso se sentía muy bien. Era parecido a cuando daba clases, pero más intenso. Era como estar en la televisión.

La presentación duró menos de lo que esperaba y muy pronto se encontró firmando libros. Para su sorpresa, estuvo haciéndolo cinco horas. «¡Te amo!», le gritó un niño desde la soga que separaba su pequeño lugar en el stand del pasillo. Lo saludó con una sonrisa, y él lo celebró.

Los lectores, hombres y mujeres, chicas y chicos de todas las edades, le dijeron que habían disfrutado su libro, que no veían la hora de leer el siguiente, que habían amado a los personajes. Muchos le llevaron regalos, y todos quisieron sacarse fotos.

Luciana fue a saludarla, tal como había prometido, y hasta había comprado el

libro. Natalia vivió el encuentro con emoción, y le regaló un ejemplar para que le llevara a Jonathan a la cárcel. «Decile que leer es ser libre», le pidió.

Cuando terminó, su editora la felicitó y le pidió que no tardara mucho en enviarle el segundo tomo de la saga. La primera que se le acercó corriendo en cuanto la mujer se alejó fue Camila. Estaba tan excitada como el resto de los chicos.

—¡Sos famosa! —gritó—. Les voy a contar a todos que sos la novia de mi papá y que fuiste mi profesora. Todavía guardo el cuaderno de comunicaciones de cuarto con las carpetas. Voy a vender tus firmas de la hoja de calificaciones y de las pruebas. ¿Nos podemos sacar una *selfie*?

Natalia no dejaba de reír con las ocurrencias de Camila.

Liliana habló de las fotos que había tomado y de la presentación todo el viaje. Estaba todavía más excitada que su hija. Después de dejarla en su casa, Julián llevó a Natalia al departamento y a Camila a lo de su madre. Cuando regresó, encontró a Natalia en pijama, respondiendo mensajes en sus redes sociales. Ni bien lo vio, ella se levantó, y él la abrazó.

—¡Felicitaciones! —exclamó—. Lo digo para mí, no para vos. Me gané un libro. Conté solo diez asientos vacíos. Diez. Había ciento noventa personas.

Natalia lo miró sin retirar los brazos de sus hombros.

—¿Las contaste?

—Vos vivís de las letras, yo vivo de los números —bromeó él.

—Aunque me esforcé por encontrarte, no te vi durante la presentación.

—Me senté en el fondo, un poco escondido. Aunque no lo parezca, soy muy tímido; jamás podría hablar en un escenario como hacés vos. Me oculté porque tenía miedo de que alguna lectora me reconociera de la otra vez.

—¿Y? ¿Alguna te reconoció? —indagó Natalia, divertida.

—Un par de señoras. Me llamaron Fabián y todo. Estuvimos conversando un rato. También escuché algunos comentarios. Todos hablaban muy bien de vos y de tus libros.

—¿En serio? —Natalia no podía creerlo.

Julián, que se había dado cuenta, le apartó el flequillo de la frente y le dio un

beso. La miró a los ojos, dejando las manos en sus mejillas.

—Estoy orgulloso de vos, Nati —le dijo.

—No puedo creerlo. ¿Qué hice para que me pase todo esto?

—Apasionarte. Proyectar. Perseverar.

Natalia lo abrazó. No podía pedir más a la vida. Ese día había sido feliz.

Melisa suspiró, girando la revista para admirar la publicidad de Tamailén desde otro ángulo. Los ojos claros de Fabrizio, entre miel y verdes, se robaban la atención de cualquiera. Su cabello de color rubio oscuro, peinado con un estilo moderno y desprolijo, competía con su sonrisa de dientes perfectos y tentadoras líneas de expresión junto a la boca. Esa boca, la que había recorrido su cuerpo y se había detenido mucho tiempo en su entrepierna.

—Meli. —Saltó del susto y cerró la revista como si se hubiera tratado de pornografía. Alzó la cabeza para mirar a Claudia—. ¿Por casualidad nos mandaron la nueva lista de precios de Garmendia? Estoy cansada de los cambios. Todas las semanas hay aumentos. Así, es imposible prever nada. Julián se está volviendo loco.

—No revisé la casilla de e-mail todavía.

—¿Todavía no? ¡Qué raro en vos! Son las once de la mañana.

—Sí, ya sé. Perdón.

—No te preocupes. Si no te mandó la lista, llámalo, por favor. Tenemos que fijar el precio de nuestros productos hoy sin falta.

Melisa asintió. Como no encontró el mail del proveedor, lo llamó y le pidió la actualización. No entendía qué le pasaba, nunca había sido tan distraída. Ni siquiera cuando fantaseaba con Julián.

No dejaba de pensar en las últimas veces que había visto a Fabrizio fuera de la oficina. Él ni siquiera había insinuado la idea de tener sexo, que era lo que ella quería. Tan solo la había invitado al bar del hotel y habían conversado. De sus vidas, sus expectativas y sus frustraciones. De sus familias, sus estudios abandonados, sus experiencias con el sexo opuesto. Las cuatro veces que habían

salido, se había divertido, había comprendido y se había sentido comprendida. Por culpa de esas salidas, ahora se sentía unida a Fabrizio.

Sabrina reprodujo el video por tercera vez. *¿Qué se siente terminar un libro?*, preguntó el presentador. *Para mí, alegría y tristeza, es una mezcla de sensaciones. Para los demás, supongo que alivio*, respondió Natalia. El auditorio rio. *¿Cómo alivio?*, insistió el presentador. *Sí, alivio. Mientras escribo escucho siempre la misma música. Imaginate convivir con alguien que no cambia de repertorio durante uno, tres, seis meses. Acabás volviéndote loco*. La gente rio de nuevo.

¡Estúpida! No entendía cómo una mujer tonta e infantil se acostaba con su ex marido. Debía chuparla muy bien.

Lo peor era que el video no le había llegado a su hija por un mensaje de WhatsApp. Estaba en la carpeta que correspondía a la cámara, de modo que lo había filmado ella. Como si eso fuera poco, había una prueba irrefutable de que Camila había concurrido a admirar a esa estúpida: una *selfie* que había tomado ella misma. Sonreía junto a la cualquiera que había enceguecido a su padre y, al parecer, también a ella.

Dejó el teléfono sobre la mesa de luz en cuanto percibió que su hija salía del baño. La voz de la ira le había impedido advertir que la canilla de la ducha ya se había cerrado.

Salió de la habitación apresurada, pero Camila la vio en el pasillo.

—¿Qué hacías en mi cuarto? —preguntó.

—Fui a dejarte ropa limpia —contestó Sabrina—. Porque para vos no soy más que una sirvienta.

—Por favor, mamá, no empieces —pidió ella, y se encerró en su dormitorio.

Se vistió y, mientras se calzaba, su celular vibró. Alzó la cabeza para mirar la

pantalla. Lo encontró en una posición en la que ella jamás lo dejaba. Lo recogió y se quedó mirando el mensaje de Luna sin responder. Lo desbloqueó y buscó las aplicaciones abiertas. Se sorprendió al hallar el video que había hecho en la presentación de Natalia, la *selfie* que se había tomado con ella y WhatsApp. Antes de ducharse había cerrado todo; tenía la manía de hacerlo desde que había leído que así se ahorra batería. No tuvo dudas de que su madre no estaba guardando ropa en su cuarto: estaba espiando su teléfono.

Salió de su habitación con la garganta cerrada, bajó las escaleras a velocidad relámpago y enfrentó a Sabrina en la cocina.

—¿Estuviste espiando mi teléfono? —preguntó, indignada.

—¿Cómo se te ocurre? —replicó Sabrina, riendo.

—Sos la peor abogada del mundo, ni siquiera sabés mentir.

Sabrina giró sobre los talones con una bandeja en la mano.

—Permiso, tengo que guardar esto en la heladera.

—¡Es mi intimidad! ¡Son mis cosas! No tenés derecho —le gritó Camila, angustiada—. ¿Qué conversaciones leíste? ¿Leíste lo que hablo con mi novio?

—Dejame pasar, Camila.

—¡Contestame!

Sabrina abandonó la bandeja en la mesada y se cruzó de brazos.

—¿Quién paga la cuenta de tu teléfono? —indagó.

—¿Eso qué tiene que ver?

—La pago yo, así que lo que llamás tu teléfono, en realidad es mío. Tengo todo el derecho del mundo a cuidarte.

—¡A cuidarme! ¡No a revisar mis cosas! Son mis conversaciones, mis fotos, mi privacidad —protestó Camila, presa de un ataque de llanto.

No podía creer que su madre hubiera hurgado en algo tan íntimo como su teléfono. Una de las últimas conversaciones que había tenido con Octavio era acerca de su primera vez, la cual había acontecido el viernes. Pensar que su madre había leído que él le decía que estar con ella era lo más lindo que le había pasado en la vida y que ella le respondía lo mismo la horrorizó.

—¡Te odio! —le gritó—. ¡Sos una basura! Me quiero ir de esta casa. Me

quiero ir a vivir con papá.

—Callate la boca, Camila —ordenó Sabrina de mal modo—. Nadie revisó tu teléfono.

—¡Mentirosa!

Comprendiendo que no tenía escapatoria, Sabrina cambió de estrategia.

—Calmate un poco. Está bien, es cierto: hace meses que lo reviso. Pero, ¿alguna vez te dije algo? ¿Te reté por alguna cosa? Te cansaste de hablar mal de mí con tu novio y con tus amigas, y yo calladita, amándote incondicionalmente, como hacemos todas las madres.

—¡No tenés vergüenza!

—No me importan tus conversaciones de chiquilina, Camila. Para vos pueden ser importantes, pero para mí no. Lo único que me interesa es protegerte.

—¡Me quiero proteger de vos!

—De lo que tenés que cuidarte es de la mala influencia de tu papá y de la mujer que vive con él.

—Prefiero vivir con ella antes que con vos. ¡Me quiero ir!

—Vos no te vas a ir a ninguna parte, porque la custodia la tengo yo. Así que calmate y aceptá las cosas como son. Mostrá que sos una chica madura e inteligente, y voy a confiar en vos.

—¿Qué sería maduro? ¿No ver a papá nunca más? ¿Pedirle a Natalia que lo deje, como hice al comienzo de su relación?

—¿Le pediste que lo dejara? ¡Qué bien, Camila! En esa época se nota que estabas en tus cabales.

Camila negó con la cabeza, se dio la vuelta y corrió a su habitación. Tomás, que había escuchado la pelea, rompía un trozo de plástico detrás del sillón.

Sabrina cerró los ojos y susurró un insulto. No tenía idea de cómo Camila se había dado cuenta de que ella revisaba su teléfono, y supo que había cometido un error. Ser madre no era igual que ser abogada, y menos con una hija rebelde y engañada como Camila. Por suerte Tomás era más dócil y confiaba en ella. Confiaba en su amor y en sus buenas intenciones.

Esa noche, mientras cenaba con su pareja, no podía dejar de pensar en las

palabras de su hija.

—¿Le preguntaste al abogado de Medina si la mujer va a firmar el divorcio?

—indagó Martín—. Mirá que si no firma, tenemos que ir a otra audiencia.

—¿Podemos dejar de hablar de trabajo? —pidió ella.

—¿Qué te pasa? ¿Estás de mal humor?

—Estoy cansada. Cada vez que nos vemos, solo hablamos de la oficina. Hablemos de nosotros.

—¿Qué querés que te diga? No te entiendo, Sabrina. Ya nos conocemos. Somos grandes, ¿necesitás que nos digamos piropos como dos chicos de secundaria?

Sabrina pensó que hacer eso no estaría tan mal. Martín nunca le decía lo que le gustaba de ella, ni ella le contaba qué le gustaba de él. Era un hombre muy caliente en la cama, y a veces le susurraba frases excitantes, pero no era romántico, y a veces extrañaba oír palabras de amor.

—¿Qué te gusta de mí? —preguntó.

—Ese culo precioso que tenés —contestó él, con una sonrisa.

—Me refiero a por qué me amás.

Martín rio, echando la cabeza atrás.

—Ya sabés lo que siento, Sabrina —manifestó—. Nunca me preguntaste eso. Si no estuviera enamorado de vos, ya me habría ido a la mierda hace rato a buscar a otra. ¿Vos te pensás que los tipos son fieles, que les gusta estar con una sola mujer? Estamos cansados de ver casos de infidelidad y parejas que se rompen en el estudio. Eso pasa porque aguantan cuando ya no se soportan. Yo jamás haría lo mismo. Si estoy con vos es porque quiero, y lo mismo espero de vos. No frases de novelitas baratas y todas esas mentiras que se lleva el viento. Así es una relación adulta, ¿no te parece?

—Sí, por supuesto —respondió Sabrina, convencida de que su relación era madura, pero no tanto de que nunca fuera necesario manifestarse cosas bonitas.

Se acordó de la tarde en la que sus compañeras de la facultad le habían fallado y se quedó estudiando sola en la plaza. Se acordó de Julián sentándose en el banco donde se encontraba ella y de sus ojos cuando le dijo que ella tenía una

mirada hermosa. Nunca le había dicho que, para ella, él también tenía una mirada hermosa. Sus ojos eran los más comunes del mundo y a la vez los más tiernos, cálidos y seductores que había visto nunca. Tal vez había fallado en eso, en no decirle lo bueno que veía en él y no solo destacar sus defectos. Pero su intención había sido ayudarlo a mejorar. Él debió haber valorado eso.

—¿Qué pasa? —insistió Martín, molesto—. También es adulto decir lo que uno piensa y no pretender que el otro lo adivine.

—Dejá de darme clase, por favor —replicó ella. La tristeza y la impotencia se mezclaron, y pensó que si no actuaba, lo perdería todo—. Disculpame, estoy de mal humor.

—¿Se puede saber el motivo?

—Solo si me ayudás.

—¿Cuál es el problema?

—La relación con mi hija está en la cuerda floja, y es culpa del padre. El nene no lo quiere ni ver, desde que Julián vive con esa chica se convirtió en otra persona. A juzgar por cómo se comportó las últimas veces que nos vimos, tengo miedo de que le haya hecho algo al nene.

—¿Algo como qué?

—Golpearlo o maltratarlo verbalmente.

—¿A vos te pegó o te maltrató de alguna manera?

—No me golpeó, pero ganas no le faltaron. Y sí, fue agresivo. Golpeó la puerta de casa, me llamó para ordenarme lo que tengo que hacer con el nene, me dijo que me iba a matar...

—¡¿Eso te dijo?! Tenés que denunciarlo, Sabrina. Te amenazó.

—No quiero. Antes era una buena persona.

—Pero ahora no. Por lo que estás contando, no cabe duda de que le llenó la cabeza a tu hija en tu contra. Esa clase de tipos son así: aparentan que son los mejores del mundo para los de afuera, pero de las puertas para adentro son los peores. Proyectan una imagen tan perfecta de sí mismos que, cuando se esparce el rumor de que le pegan a la mujer, nadie lo cree.

—Me da miedo hacer una denuncia.

—¿Miedo de qué? Es la única manera de que le pongan una perimetral y estar protegida. No solo vos, sino también tus hijos. Pensá en Camila y en Tomás, hacelo por ellos. Claro que te ayudo, Sabrina. Contá conmigo.

—¿Acá vive Julián Aráoz? —preguntó el policía en la puerta del edificio de Julián.

—En este momento no está.

—¿Quién es usted?

—Soy la empleada doméstica. ¿Necesita que le diga algo?

—Es para dejarle una notificación.

A Mirta no le agradaba firmar la recepción de documentos ajenos, y menos de manos de la policía. Si Natalia hubiera estado en casa, podría haberla llamado a ella. Pero, según le había contado, además del colegio privado donde tenía horas titulares había conseguido una suplencia en una escuela pública, y no regresaba hasta las cinco de la tarde. Al final decidió que la recibiría. Trabajaba para Julián desde hacía años, primero en la fábrica, donde limpiaba todas las tardes, luego también en su casa los martes y jueves por la mañana, y le pareció descortés negarse.

Subió por el ascensor enviándole un mensaje.

Cuando Julián lo leyó, estaba en la oficina de un proveedor, negociando el precio del chocolate.

Julián, la policía me acaba de entregar una notificación para usted. ¿Se la dejo sobre la mesa o se la llevo a la fábrica?

Dejala sobre la mesa. Gracias, respondió. Pensaba pasar por su departamento para un almuerzo tardío antes de volver a la fábrica.

Si bien disimuló delante del proveedor, ni bien leyó el mensaje pensó que se había metido en un problema por haber pagado una coima a los agentes que habían hecho una inspección en su fábrica. Había pasado mucho tiempo de eso,

pero quizás alguien había descubierto pruebas de las transacciones ilegales que esos hombres habían llevado a cabo, y él caía junto con ellos. Era lo único que le faltaba. Por algo se ponía tan nervioso cuando tenía que arreglar las cosas por fuera de la ley. La próxima vez que tuviera que pagar una multa, aceptaría que debía fundir su fábrica antes que volver a entrar en el juego de las coimas.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue leer la notificación que su empleada le había dejado sobre la mesa. Al terminar, solo pudo pensar la idiotez de que se habían equivocado de persona.

Volvió a leer. La última parte era la peor.

Se lo notifica de la prohibición:

De acercarse a las personas de Sabrina Inés Viera DNI..., Tomás Aráoz Viera, DNI... y Camila Aráoz Viera, DNI... en un radio inferior a 300 metros.

De acercarse al domicilio, sito en... en un radio inferior a 300 metros.

De mantener con las personas de Sabrina Inés Viera, Tomás Aráoz Viera y Camila Aráoz Viera cualquier tipo de comunicación personal, por correo, telefónica o por cualquier otro medio de telecomunicación o comunicación electrónica.

Todo esto por un lapso de noventa días.

El incumplimiento de las medidas restrictivas acordadas podrá dar lugar, teniendo en cuenta la incidencia del incumplimiento, sus motivos, gravedad y circunstancias, a medidas cautelares que impliquen una mayor limitación de su libertad personal, sin perjuicio de las responsabilidades penales que del incumplimiento pudieran resultar.

Por supuesto que no había un error. Las personas que se mencionaban en la notificación eran su ex esposa y sus hijos, y ahora resultaba que no podía acercárseles.

Una mezcla de incredulidad y desazón se apoderó de él y se reflejó en los acelerados latidos de su corazón. Llamó al instante a Sabrina. Por suerte, ella atendió enseguida.

—Sabrina, ¿qué significa esta basura que me trajo la policía? —preguntó.

—Es una restricción perimetral que estás incumpliendo —respondió ella con un tono mortecino.

—¿Restricción perimetral de qué? ¿Por qué?

—Si volvés a incumplirla, va a ser peor —aseguró, y colgó.

La furia y la impotencia sacudieron a Julián por partes iguales. Si no explotó en insultos fue porque lo que decía esa notificación era ridículo, y lo ridículo podía ser refutado con facilidad.

Llamó a su abogado y le pidió una reunión urgente. Le avisó a Melisa que no lo esperaran en la fábrica y se dirigió al estudio.

Después de leer la notificación, el letrado se quitó los anteojos y los abandonó sobre el escritorio junto a la nota.

—Es una restricción perimetral —explicó—. Básicamente, dice que no podés acercarte a menos de trescientos metros de tu ex, tus hijos o su casa durante noventa días.

—Ya sé lo que dice. Pero es ridículo.

—¿Qué pasó?

—¿Qué pasó con qué?

—¿Qué hiciste?

—¡Nada!

El abogado respiró hondo.

—Las perimetrales no se ordenan porque sí —replicó—. Surgen de una denuncia que tu ex tiene que haber hecho en tu contra, y para eso necesita argumentos.

—No hice nada.

—A mí tenés que decirme la verdad. Yo no te voy a juzgar, solo necesito saber qué pasó exactamente para estar preparado.

La actitud del abogado aumentó la sensación de desesperación de Julián.

—Parece que no me creyeras —protestó—. No tengo idea de qué puede haber dicho porque no hice nada. Te dije que hace meses que apenas puedo ver a mi hijo, y que, cuando nos vemos, no es el mismo. Te conté lo que me explicó mi

hija sobre lo que le decía de mí la madre... No veo a Sabrina desde hace quince días, cuando me dejó llevarme al nene por última vez. No sé qué pudo haber denunciado, pero te aseguro que es mentira.

El abogado asintió con la cabeza.

—Lamento decirte que no hay mucho que podamos hacer en estos casos.

—¿Cómo que no? Es una denuncia falsa. Tiene que haber algún modo de demostrar que lo que sea que haya dicho es mentira. Cuando hace la denuncia, ¿no tiene que presentar pruebas? Supongamos que fue a decir que la golpeé o lo que sea, ¿cómo comprueba que las lesiones se las hice yo?

—Justamente, como no se puede probar, se le cree a la víctima.

—¡Pero ella no es una víctima!

—Para la justicia, por el momento, lo es. Mirá, te voy a ser sincero: podemos pedir una audiencia con el juez, presentar un escrito, ofrecerte voluntariamente para una pericia psicológica... Pero si tenés la suerte de que te reciba o lea el escrito, hasta que te llama, se pasaron los tres meses. Yo te sugeriría que ni te acerques. Capaz en noventa días se le pasa y todo queda en la nada.

Julián rio, conteniendo el dolor.

—No se le va a pasar —replicó—. En noventa días va a ser peor. Dejé pasar todo lo anterior, y su furia aumentó. En tres meses va a inventar otra cosa, y voy a perder a mis hijos. No puedo pasar tres meses sin verlos, sin escucharlos, sin ellos. Es injusto para mí y es malo para los chicos.

—Si querés, intentamos lo del escrito.

—¡Pero claro que quiero! Quiero que su mentira se caiga, porque si este juego perverso le sale bien, siempre va a tomar a mis hijos de rehenes para conseguir que yo haga lo que ella desea.

—Yo hago el escrito, pero lo más probable es que el juez ni lo lea.

—No me podés decir que me quede de brazos cruzados, Ricardo.

—Te conozco desde hace veinte años, no te puedo mentir. La justicia está sobrecargada, tiene mucho para resolver y nadie quiere correr riesgos si no conoce bien el caso. No creo que levanten la perimetral, hasta puede que la renueven. Tenés las de perder.

Salió del estudio ausente del mundo, sintiendo que estaba en una pesadilla. Eran las cuatro de la tarde. No pudo regresar a su casa, donde en poco tiempo se reencontraría con Natalia. Necesitaba estar solo, por eso fue a una cafetería, se sentó en una mesa apartada y ordenó un café doble.

«Se le cree a la víctima», «ni te acerques», «yo hago el escrito, pero lo más probable es que el juez ni lo lea». Las frases daban vueltas por su cabeza como trompos erráticos. Se sentía impotente y desesperado. Era imposible que Sabrina hubiera llegado tan lejos, que se hubiera atrevido a mentir para hacer realidad sus caprichos. ¿Tanto le molestaba que él rehiciera su vida? ¿Tan mal le caía que hubiera salido del rol que ella le había adjudicado durante más de veinte años? Supuso que lo que más le desagradaba era, en realidad, que eso la desplazaba a ella del lugar en el que se sentía cómoda.

Bajó la cabeza y apoyó la frente en las manos. Esas últimas horas lo habían agotado. Lo que estaba viviendo era peor que cualquier problema de la fábrica, incluso que el quiebre de su distribuidora. Parecía que un tren le había pasado por encima, y lo peor era que no quería volver a su casa. Inconscientemente, aunque sabía que Natalia no tenía la culpa de las acciones de Sabrina, no pudo evitar relacionarlas.

Si el problema era que estaba en pareja, tal vez lo mejor era desistir de esa relación que le traía tantos problemas. Si él dejaba a Natalia, quizás Sabrina se tranquilizara. Después de todo, las mujeres podían ser las más buenas y comprensivas un día, y al otro, las más despiadadas. Natalia también tenía sus días despiadados, y nada le garantizaba que no se transformara en una Sabrina en el futuro. Tal vez debía empezar a tomar las relaciones como algo pasajero, imitando el modo en que se conducían otros hombres, como su hermano. Nada más que goce transitorio, sin ataduras ni compromisos. En ese momento lamentó no sentirse completo solo con el placer carnal e incluso haber crecido en un ambiente donde la familia era lo primero, por lo que siempre anhelaba la sensación de hogar.

No. Dejar a Natalia no resolvería nada, solo lo hundiría más en la desesperación. Corría el riesgo de perder a sus hijos, no resistiría si también

perdía a la mujer que amaba. Porque estaba enamorado de ella, y en el fondo tenía la esperanza de que no todas las mujeres fueran como Sabrina. Esperaba que esta vez, con Natalia, el hogar sí durara para siempre.

Volver a ser el hombre que a Sabrina le convenía no estaba en los planes; tampoco podía. Había avanzado de posición, y no había modo de volver atrás. El juez no lo escucharía, porque por culpa de muchos de sus congéneres, ser hombre se había convertido en un delito. Todo lo que podía hacer era apelar a la sensatez que alguna vez había encontrado en su ex mujer o a ese lado bueno de ella que hacía veinte años lo había enamorado.

Eran las siete de la tarde. El sol ya casi se había ocultado, y las luces de la calle se habían encendido. Era miércoles; Sabrina ya debía haber regresado para retirar a Camila y a Tomás del instituto de inglés a las siete y media. Tenía treinta minutos para llegar a un acuerdo con ella.

Estacionó frente a su casa y caminó hasta la puerta, convencido de que todavía le restaba cordura para dialogar con su ex mujer. Tocó el timbre. La ausencia de respuesta no lo acobardó e insistió. Oyó pasos, presintió que ella se acercaba a la mirilla y luego, otra vez vació.

—¡Sabrina! —exclamó—. Abrí, por favor. Dialoguemos.

—Si no te vas, llamo a la policía —respondió ella desde adentro.

—No me podés hacer esto, te lo pido por favor. Tenemos que hablar. Decime qué te pasa. Si no te comunicás, no puedo entender cuál es el problema. Tratemos de resolverlo. Lo que hiciste no ayuda en nada. Nuestros hijos van a sufrir, Sabrina, te lo ruego. Pensá en ellos. Vos sabés que los amo con todo mi ser, que moriría por ellos. Y sé que vos también. No es justo que nos llevemos mal, que no podamos dialogar y resolver nuestros conflictos. No me hagas esto. La solución no es apartarme de ellos. No sé qué más hacer para que me digas qué te pasa y encontrar una solución. Sabrina... ¡Sabrina, por favor!

El silencio lo atormentó, la apatía de su ex lo enfureció, y pateó la puerta para no morir de frustración. En ese momento, oyó el motor de un auto y un sonido breve de sirena. Apoyó la frente y las palmas de las manos contra la puerta. Las luces roja y azul se reflejaron en el muro.

—Sabrina... —susurró, resignado—. Sabrina, por favor...

—Señor —dijo una voz femenina. Julián se dio la vuelta y observó a la agente de policía. Su compañero se acercaba, unos pasos detrás de ella—. ¿Usted tiene una perimetral por la cual no puede acercarse a este domicilio?

—Sí, pero eso es ridículo —respondió Julián.

—¿Y le parece que pateando una puerta se soluciona?

—No es lo que parece —dijo él, casi sin fuerzas.

—Nos va a tener que acompañar —intervino el agente masculino.

Sin ánimos para dar argumentos, que de todos modos nadie le creería, Julián respiró profundo y comenzó a caminar hacia el patrullero sin intención de resistirse. Acabó sentado en el coche, mirando la casa por la ventanilla, preguntándose qué había hecho para merecer solo fracasos y problemas. Si existían las vidas pasadas, en la anterior él debió haber sido un maldito.

A pesar de que todavía tenía puestos un pantalón de vestir, una camisa blanca, una corbata negra con el nudo flojo y un saco, sintió que lo miraban como a un delincuente que arrebatara carteras.

—¿Usted sabía que tenía la perimetral? —indagó el comisario, delante de la computadora.

—Sí —contestó, casi sin voz; de hecho tenía la notificación en el bolsillo. Estaba aplastado frente al escritorio del oficial, como si el mundo se le hubiera caído encima.

—¿Y por qué no la respetó?

—Quería hablar con mi ex mujer. Lo que hizo no tiene sentido. Tenemos que llegar a un acuerdo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para nuestros hijos. Ellos están sufriendo, y yo también.

—No puede ir a la casa de su ex mujer y patearle la puerta.

—Estuve mal, lo sé. Lo curioso es que ella sí puede hacer una denuncia falsa y privarme del contacto con mis hijos todo el tiempo que quiera, impunemente.

—Si es falsa o no, lo determinará el juez. Pero usted no puede ir a su casa y patearle la puerta. Tiene prohibido acercarse, ¿entiende o se lo dibujo? Necesito

sus pertenencias, incluido el celular. Va a pasar la noche acá. ¿Quiere hacer algún llamado? Uno solo.

—No me puede retener toda la noche acá, mañana tengo que trabajar.

—Lo hubiera pensado antes de romper la perimetral. Sus cosas —repitió, ofreciéndole un canasto.

Julián extrajo la billetera y el celular del bolsillo, lo apagó y entregó sus pertenencias al oficial. Una agente lo acompañó para que usara el teléfono. Podía hacer un llamado. Lo más sensato era comunicarse con su abogado, pero no resistía más el peso de la vida, y si no buscaba un refugio, acabaría destruido. Entonces llamó a Natalia.

—¡Hola! —exclamó ella. Estaba de buen humor, supuso que le había ido bien con la suplencia.

—Hola, Nati. ¿Cómo estás? —preguntó con un tono sereno.

—Bien. ¿De dónde me estás llamando? No tengo registrado este número. ¿Ya venís? Compré dos opciones: pollo o sorrentinos. Es lo único que me sale más o menos bien —rio—. ¿Qué preferís?

—Quería avisarte que no voy a ir a cenar hoy.

—¿Por qué? ¿Tenés una cena de trabajo?

—No te asustes, pero no voy a volver en toda la noche.

El instante de silencio que siguió a ese anuncio le indicó que, a pesar de que se había mantenido lo más calmado posible, Natalia no lo tomó de la misma manera.

—¿Qué pasa? —indagó—. ¿En dónde estás?

—Estoy en la comisaría.

—¡¿En la comisaría?! ¿Por qué? ¿Te asaltaron? ¿Atropellaste a alguien?

—No. No importa, mañana te cuento. Por favor, quedate tranquila.

—¿En qué comisaría estás?

—No te preocupes, de verdad. Está todo bien. Descansá. —La agente cruzó los dedos delante de su rostro, indicándole que cortara—. Me tengo que ir.

—No, por favor, ¡esperá! Decime en qué comisaría estás. Solo eso, por favor. Dónde estás.

—No sé. —Miró a la agente—. ¿Qué comisaría es esta? —La mujer dijo un número, y él se lo repitió a Natalia—. Por favor, no vengas —solicitó—. Nos vemos mañana. Te amo.

Lo llevaron a una celda donde, por lo menos, estaba solo. En la de al lado había dos hombres muy jóvenes que se rieron de él y empezaron a hacer chistes entre ellos en cuanto el policía se alejó. Hablaban de una forma que le costaba entender.

Se recostó en un banco de cemento que estaba contra la pared y se aflojó más la corbata. Mirando el cielorraso húmedo y descascarado de la comisaría, empezó a pensar en todo lo que había pasado. Le parecía que el día había sido muy largo. Hubiera deseado seguir negociando el precio del chocolate.

Con el correr de las horas, se acordó del momento en que dio el sí delante de un sacerdote para unirse en matrimonio con Sabrina, de la primera vez que su hija lo llamó «papá», de las tardes que pasó con Tomás enseñándole a jugar a la pelota. Hubiera dado todo por volver el tiempo atrás y estancarse en el punto en el que había sido más feliz: una mañana en la que leía sobre el sillón, con su hijo recostado a su lado, mientras Camila preparaba medialunas con jamón y queso y Natalia dormía en su habitación.

Ojalá su vida hubiera sido así para siempre.

Lo hicieron salir de la celda por la mañana, cuando llevaron a un hombre esposado que vociferaba insultos contra los policías. Le devolvieron sus pertenencias en una oficina, le hicieron firmar unos papeles y lo dejaron ir.

Cerca de la puerta de entrada, sentada en una hilera de sillas de plástico, divisó a Natalia. Estaba vestida con un pantalón de gimnasia, un buzo gris y zapatillas, y tenía el pelo desordenado en una coleta. Resultaba evidente que había salido del departamento tal como estaba, y encima, desabrigada.

—Nati. ¿Qué hacés acá? —preguntó, preocupado.

En cuanto oyó la voz de Julián, Natalia creyó que el corazón se le saldría del pecho. Se levantó de inmediato y se acercó.

—¿Estás bien? —preguntó—. No me querían decir por qué te detuvieron. ¿Qué pasó?

—Después te cuento. ¿Pasaste la noche acá?

—Claro que pasé la noche acá. No sabía a quién llamar y no quería preocupar a tu hermana. Pensaba quedarme hasta que te soltaran o me explicaran qué había pasado y pudiera buscar ayuda. ¿Estás bien? Contame qué pasó, por favor.

Él le tocó el pelo, tratando de tranquilizarla.

—Te prometo que en cuanto lleguemos a casa te cuento —juró, mirándola a los ojos—. ¿Viniste en tu auto? —Natalia asintió—. Tenés que hacerme un favor.

En cuanto subieron al Chevrolet Celta de Natalia, le pidió que condujera en dirección a la casa de Sabrina y que se detuviera a tres cuadras.

—Mi auto está en la puerta —explicó, entregándole la llave—. Necesito que subas y lo lleves a casa. Yo me llevo el tuyo.

—No quiero conducir tu auto, ¿y si choco? —replicó Natalia.

—No vas a chocar. ¿Podemos hacer eso?

Aunque no le agradaba la idea y no entendía qué estaba pasando, Natalia aceptó. Mientras ella conducía, Julián se dio cuenta de que estaba nerviosa, y lamentó tener que involucrarla en un problema. Le acarició el pelo de nuevo.

—No me gusta que no duermas —dijo—. En cuanto lleguemos a casa, te vas a la cama.

—En cuanto lleguemos a casa me vas a explicar qué pasó —replicó ella. Él calló.

Natalia cumplió con el pedido de detenerse a tres cuadras. Bajó de su auto y caminó hasta la casa de Sabrina. En efecto, halló el automóvil de Julián estacionado en la puerta. Observó las ventanas de vidrios repartidos, los arbustos de la entrada, la puerta de madera pintada de blanco. Era una vivienda preciosa que la llevó a imaginar una familia perfecta.

Subió al automóvil y se lo llevó, tratando de habituarse a conducirlo. Ni siquiera sabía dónde estaban las luces de giro.

Estacionó a dos cuadras del edificio, en un espacio junto a un garaje, y caminó. Su coche estaba enfrente del departamento, en un lugar milimétrico, y Julián la esperaba en la puerta.

En cuanto entraron al departamento, Natalia se instaló en el sofá. Él pretendió que fueran a la habitación para que ella se acostara. Natalia tiró de su mano y lo obligó a sentarse.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Julián respiró profundo, metió la mano en el bolsillo interno del saco y le entregó la notificación. Natalia abrió el papel con temor y lo leyó. Una angustia descomunal se apoderó de su interior.

—Es una hija de puta —murmuró. Cuando miró a Julián, él descubrió que de sus ojos brotaban llamaradas de enojo—. ¿Por esto pueden detenerte?

—No.

—¿Qué hiciste?

—La llamé, colgó. Consulté con mi abogado. Fui a su casa.

—¿Tu abogado te recomendó que fueras a su casa?

—No. Me pidió todo lo contrario. Pero no puedo soportar tres meses sin mis hijos, no puedo aceptar que Sabrina se esté comportando como si jamás nos hubiéramos amado. —Bajó la cabeza al instante—. Perdón. No quiero que te sientas mal por lo que dije. Te juro que...

—Es una hija de puta —repitió Natalia—. La odio. La odio con toda mi alma. Vos no podés hacer nada, pero yo sí. Quiero ir y cagarla a trompadas.

Julián alzó la mirada de inmediato. Natalia nunca se expresaba de esa manera; se dio cuenta de que, hasta ese día, no la conocía enojada.

—Cualquier cosa que hagas solo empeoraría todo —dijo—. Tengo que ser cauto, no puedo volver a cometer errores. Lo que ella quiere es verme desesperado. Aunque lo esté, no tengo que demostrárselo. No otra vez.

—¿Y qué hago? ¿Qué puedo hacer?

—No tenés que hacer nada, Nati. Solo abrazame. Abrazame, por favor.

Natalia lo estrujó contra su pecho tan rápido como pudo.

Camila miró por sobre el hombro y, al ver que la profesora estaba respondiendo una pregunta a otro alumno, espió el celular debajo del banco. No había nuevas notificaciones. Releyó el mensaje que había enviado a su padre la noche anterior y que jamás le había llegado.

Pa, ¿por qué está tu auto en la puerta? Mamá me dijo que viniste a traer algo y se rompió. ¿Es verdad?

Estuvo preocupada toda la mañana hasta que volvió a su casa y encontró que el automóvil había sido removido. Volvió a revisar el chat. Encontró que el mensaje había sido leído, pero no había respuesta.

Pa, respondeme. ¿A qué hora pasás a buscarme el sábado?

Su corazón comenzó a latir con fuerza cuando vio que el mensaje había llegado casi al mismo tiempo que lo había enviado. Esperó tocando la pantalla para que no se oscureciera hasta que las tildes azules le indicaron que el mensaje había sido leído. Respiró aliviada en cuanto vio la leyenda «escribiendo».

Hola, Cami. No voy a poder verte el sábado. Tampoco responderte mensajes. Te amo, hija. Pase lo que pase, no olvides que te amo igual que a tu hermano.

¿Qué? ¿Por qué su padre no podía responderle mensajes, por qué no se verían el sábado? Algo estaba muy mal, ya lo suponía, pero no imaginó que sería para tanto.

Llamó a su madre enseguida. Olvidó las reglas de buena conducta que a su padre tanto le había costado que respetara y ni siquiera la saludó cuando Sabrina respondió el llamado.

—¿Por qué dice papá que no puede venir a verme el sábado y que no me puede responder mensajes?

—¿Te escribió?

—Siempre nos escribimos.

—Esta noche hablamos.

—No, hablemos ahora. ¿Por qué me dijo eso? ¿Qué le hiciste? Estoy segura de que le hiciste algo.

—Hasta luego, Camila. Estoy trabajando.

En ese instante, aborreció a su madre y fue víctima de todos los temores del mundo. Se quitó el buzo de egresados para aliviar el calor que de pronto invadía su cuerpo y volvió a escribir a su padre.

¿Estás en la fábrica? ¿Puedo ir a verte?

No.

Aguantó hasta la noche hablando con Octavio y con sus amigas de lo que podía estar pasando. A todos les sonaba muy extraño.

En cuanto su madre llegó, bajó corriendo las escaleras y se encontró con ella en el comedor. Su hermano hacía la tarea sobre la mesa.

—Tenemos que hablar —dijo Sabrina, quitándose el abrigo, y se sentó frente a sus hijos—. Tristemente, su padre se transformó en una persona agresiva, en una mala influencia para ustedes, y tuve que tomar medidas.

—¡Mentira! —profirió Camila.

—No es mentira, lo que pasa es que vos no te das cuenta. Aunque me odies, soy tu mamá, y tengo que protegerte tanto como a tu hermano.

—¿Otra vez con eso? ¿Protegerme de papá? ¿Por qué?

—Por lo que te acabo de explicar. —Miró a Tomás—. Hijo, ¿vos qué opinás? ¿Tenías ganas de seguir viendo a tu papá?

Tomás se quedó callado. Pestañeó, apretó los labios, y al final negó con la cabeza.

—¡Eso te hizo creer ella! —exclamó Camila—. Claro que querés seguir viendo a papá.

—No —dijo Tomás con miedo.

—¡No te dejes engañar!

—Aquí la única engañada sos vos —intervino Sabrina—. Lamento mucho que tu papá y esa profesora te hayan embaucado de esta manera. Pero no te preocupes. Quizás ahora que él está obligado a mantenerse alejado puedas respirar y te des cuenta.

—¿De qué estás hablando?

—A diferencia de vos, un juez sí consideró que lo que estaba haciendo tu papá era peligroso y dispuso una restricción perimetral. Eso significa que no puede acercarse a nosotros en un rango de trescientos metros. Estamos protegidos por la justicia.

—¡Estás loca! —bramó Camila, agitada y con los ojos húmedos—. ¡Vos no me vas a prohibir ver a mi papá!

—Te estoy cuidando, Camila.

—¡No me estás cuidando! ¡Me estás arruinando la vida!

Tomás se puso a llorar.

—Pará un poco, mirá cómo pusiste tu hermano —le recriminó Sabrina.
Camila se levantó con un movimiento brusco.

—¡Me voy! —anunció.

—¿A dónde? —preguntó Sabrina, sin perder la calma. Por su tono, Camila creyó que gozaba de la situación.

—¡A lo de mi papá! ¿A dónde voy a ir? —respondió ella.

—Si te acercás, termina en la cárcel. ¿Sabés a dónde pasó la noche? En la comisaría. No quiero eso para él. Solo quiero que esté lejos de nosotros hasta que vuelva a ser como antes.

Los ojos de Tomás se transformaron en dos círculos inmensos. Camila tembló, sin saber qué hacer.

—No podés ser tan mala... —sollozó.

—Ya te dije que los estoy protegiendo.

—¡Te odio! —exclamó, y huyó a su cuarto.

Lloró desconsolada sobre su cama durante al menos una hora. Buscaba el modo de resolver el problema, pero le resultaba imposible sin conocimientos legales y con apenas diecisiete años. Releyó el chat con su padre, anhelando poder contarle de nuevo lo bien que le había ido en el colegio, cosas graciosas que le pasaban con sus amigas o los preparativos para el viaje de egresados. Deseó simplemente decirle «hola» y que él le respondiera lo mismo.

«No voy a poder verte el sábado. Tampoco responderte mensajes», le había escrito su padre. «Si te acercás, termina en la cárcel», dijo su madre. Como siempre, le creyó más a él, y decidió que, quizás si ella le escribía pero él no contestaba, no estuviera quebrando ninguna disposición del juez. Tenía sentido, así que escribió «te amo», al lado puso un emoticón de un corazón rojo y lo envió, implicando allí todo su cariño y su dolor.

Que las tildes se pusieran azules la hizo sentir cerca de su padre, aunque él no enviara una respuesta. De todos modos, ya sabía cuál era.

—Te cité porque tuve acceso a lo que dijo tu ex mujer —explicó el abogado a Julián en su estudio—. Quizás reconozcas algo. En ese caso, necesitaría que me lo dijeras.

»Para ser breve, expuso que tenés conductas agresivas con ella y con tus hijos. Que golpeaste la puerta de su casa en una discusión muy violenta en la que ella fue completamente amedrentada por vos y que en un llamado telefónico, también violento, la amenazaste de muerte.

»Dice que tu hijo está aterrado de vos y que tu hija sufre una especie de síndrome de Estocolmo porque te defiende a ciegas y la trata mal a ella porque vos le hablás mal de su mamá. Arguye que intentás rebajarla, y que eso es violencia de género, no solo en contra de ella, sino, además, de tu hija, que también es mujer.

—¿Qué? —murmuró Julián, sin poder creer lo que oía. Parecía un tralenguas.

—¿Reconocés algo de todo esto? —insistió el abogado.

—Reconozco todo, pero no fue como ella dice. Eso que define como un golpe durante una discusión, en realidad sucedió porque ella pretendía dejarme con la palabra en la boca, como hace siempre, y esa vez sostuve la puerta para que me escuchara. Había hecho echar a mi pareja del trabajo, tenía que hacer algo. Y te aseguro que no se amedrentó en lo más mínimo, todo lo que decía era irónico y con doble sentido.

»La amenaza de muerte no fue tal. Yo le dije «si tocás la relación con mis hijos, te voy a matar», o algo similar, pero es una frase hecha. Todo el tiempo decimos «me quiero morir», «me pego un tiro», «te mato», y no tiene un sentido literal. Yo jamás le hice nada, te lo juro. Ni siquiera me gusta discutir, por eso siempre trato de mantenerme calmado. Tengo miles de defectos, pero si poseo

una virtud es la templanza.

»Ya sé que los jueces deben escuchar esto mismo de miles de tipos que son potenciales asesinos y que, por su culpa, yo ahora estoy en este lugar. Pero en mi caso, te juro por Dios que jamás se me ocurriría ni por casualidad golpear a una mujer o maltratarla de alguna manera.

»Si mi hijo no quiere verme, es por ella. Y Camila no tiene ningún síndrome de Estocolmo conmigo. Hace dos años logramos estrechar nuestro vínculo, nada más. Maduró, y tenemos códigos en común. Yo no tengo la culpa de la relación que haya construido con su madre. Siempre le hablé bien de Sabrina e intenté por todos los medios que la respetara y se llevara bien con ella.

—Entiendo. Hay situaciones que se pueden tergiversar con facilidad, y no tengo dudas de que eso hizo Sabrina.

»Ya dejé el escrito en el juzgado. Con suerte lo lean. Esperemos que la citen a ella y a los chicos para una pericia psicológica. Propuse que también te citaran a vos.

—Gracias.

—Quedate tranquilo, y no vuelvas a contactarlos, por el amor de Dios. No quiero que pases otra noche en la comisaría. Eso nos juega en contra.

—Lo sé. Perdón.

Cuando subió al auto después de salir del estudio de su abogado, su celular vibró. Era un mensaje de Camila. Desde hacía tres días le enviaba a diario y sin falta un «te amo» con un corazón rojo. Solo dos palabras y una imagen a las que no podía dar respuesta, pero que para él lo encerraban todo y que le daban fuerzas para seguir adelante.

Jamás dejaré de luchar por ustedes, pensó. Ustedes son todo.

Al cabo de dos meses, Camila había reunido sesenta «te amo» con un corazón rojo en el chat. Su padre había visto todos, pero no había respondido ninguno. Aun así, lo sentía presente; las tildes azules se habían convertido en una caricia. Esperaba terminar con la pesadilla de la lejanía esa mañana en la primera entrevista con la psicóloga.

Después de algunas preguntas sobre temas intrascendentes para Camila, la profesional le ofreció comenzar diciendo lo que quisiera.

—No quiero estar más en mi casa, me quiero ir a vivir con mi papá — manifestó Camila, convencida de que era su gran oportunidad—. Mi mamá miente, la persona que describe no es mi papá. Además, no me deja en paz. Lo que más me molestó fue que la encontré revisando mi celular. Revisó mi teléfono durante meses sin que yo me diera cuenta. Leía todas mis conversaciones con mi familia, con mis amigas, con mi novio... Yo sé que soy una persona difícil, pero nunca le di motivos para hacer eso. Salgo solo los fines de semana y nunca miento acerca de a dónde voy y con quién. No me drogo, no tomé de más, no fumo. No me llevo ninguna materia y soy la presidente del centro de estudiantes del colegio. ¿Sabe gracias a quién? A mi papá.

—¿Por qué decís que es gracias a él? ¿No te parece que es un mérito tuyo?

—Sí, por supuesto que es un mérito mío. Pero él siempre me pidió que estudiara y tuvo confianza en mi capacidad, incluso cuando yo no hacía nada y desaprobaba. ¿Sabe qué hacía mi mamá mientras tanto? Nada.

»Ella dice que mi papá es agresivo, pero es mentira. Nunca nos pegó, ni a mí ni a mi hermano. Ni siquiera cuando éramos chicos y nos portábamos mal.

—Existen otros modos de agresividad.

—Sí. Le dije que soy la presidente del centro de estudiantes. El otro día resolvimos un conflicto entre dos chicos de segundo año. Uno dibujaba al otro en el pizarrón con los dientes para afuera y anteojos gruesos. También lo molestaba con cargadas en los recreos. Quiero decir que ya sé que existen otras formas de agresividad que no implican la violencia física.

»Cuando mis padres se divorciaron, mi hermano tenía seis años. Era chico, y no debe recordar mucho. Pero yo ya tenía trece, y me acuerdo de todo. Mi mamá era agresiva. Mi papá no.

—¿Agresiva cómo? ¿Qué querés decir con eso?

Camila guardó silencio un momento. Aunque no quería llorar, las lágrimas la traicionaron.

—No sé explicarlo. Era irónica cuando discutían. A él, por lo general, no se lo escuchaba. Pero ella tiene un tono de voz más alto, y yo la oía.

»Por ejemplo, cuando el negocio de mi papá se fundió, la escuché decirle que él no servía para nada. A veces, cuando él nos retaba o nos decía que no a algo, ella nos defendía. Una vez le dijo: «Sí, porque vos sabés tanto que casi nos dejás en la calle». Delante de nosotros, mi papá se quedó callado, pero a la noche pasé por la puerta de su cuarto y le estaba pidiendo que conversaran antes de atacarse frente a mi hermano y yo. Mi mamá negó haber hecho eso, dijo que él tomaba a mal cualquier cosa que ella dijera.

»En ese momento, me sentí bien. Yo quería ir a dormir a lo de una amiga el fin de semana, él no me dejaba porque la maestra me había puesto una mala nota por hablar en clase, y mi mamá me estaba defendiendo. Ahora entiendo que, en realidad, lo hacía para contradecirlo. Si en ese momento hubiera sabido todo lo que sé ahora, si hubiera sido quien soy hoy en día, habría entendido que eso era violencia y no me habría puesto contenta porque mi mamá me defendiera.

—Entiendo. ¿Cómo es tu papá con vos?

—Bueno —respondió Camila, y ya no pudo hablar durante un rato. Se echó a llorar, desconsolada.

Cuando la entrevista terminó y subió al automóvil de su madre, se sentía mejor. Se había liberado del peso del silencio.

—Espero que, ahora que me escucharon, levanten esa prohibición estúpida que hiciste poner vos —dijo. Sabrina sonrió con amargura.

—¿Levantarla? Al contrario. Lo más probable es que acepten la renovación. El alma de Camila se estremeció.

—No van a renovarla —afirmó—. Les dije la verdad. No puede ser que no me escuchen.

—Te escucharon atentamente, Camila. Tu discurso no es más que el de una adolescente engañada por el agresor.

—¿Vos qué sabés? Si vos no estabas mientras hablaba con la psicóloga.

—Si yo no tuviera razón, levantarían la restricción. Tienen veinticuatro horas para enviar los informes y que el juez tome una decisión. Quizás, cuando veas que nada cambia, empieces a darte cuenta de que estás equivocada.

—Yo no estoy equivocada.

—Sos terca como él, que por seguir un capricho casi nos dejó en la calle.

Camila hizo como su padre, y dejó de responder.

Esperó dos días, convencida de que su sinceridad habría servido para que cancelaran la medida. Se desilusionó cuando, con el transcurso de las horas, nada cambió. Solo su hermano y su madre tenían que volver para una segunda entrevista.

—Cami —le dijo Tomás mientras volvían de la escuela en el colectivo—. Yo también quiero ver a papá. Lo extraño.

Camila se estremeció.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —preguntó.

—No sé —respondió Tomás—. La señora del otro día me hizo preguntas, y me acordé de cosas.

—¿Qué cosas?

—Cuando jugábamos a la pelota, cuando hacíamos competencias de Play o cuando cambiábamos la letra de las canciones. Era divertido.

—Tomi, es necesario que le digas eso a mamá.

—No puedo. Se va a enojar.

Por primera vez en mucho tiempo, Camila colocó un brazo sobre los hombros

de su hermano y lo estrechó contra su costado. No podía obligarlo a confesar sus verdaderos sentimientos. Quizás, incluso, conviniera que los guardara en secreto y que su madre siguiera creyendo que lo tenía de su parte para que no intentara persuadirlo de nuevo.

Camila se dio cuenta de que se estaba transformando en una estratega. Tal vez se parecía un poco a su madre aunque no quisiera.

En cuanto llegaron a casa, recibió la desagradable sorpresa de que ella estaba preparándoles la comida. No le importó desafiarla. Cambió de mochila y volvió a acercarse a la puerta para salir, tal como tenía planeado.

—¿A dónde vas? —le preguntó Sabrina, sirviendo la comida.

—A ver a la tía Claudia —respondió. El rostro de su madre se desfiguró. Camila rio, gozando de su rebeldía—. Es la quinta vez que nos vamos a encontrar desde que nos prohibiste ver a papá, y te lo oculté. ¿Qué? ¿A ella también la vas a amenazar con que va a terminar presa?

—¿Puedo ir con vos? —preguntó Tomás.

Sabrina lo miró como si acabara de decir una grosería y apoyó una mano sobre su hombro. ¡Que ni se le ocurriera correr detrás de su hermana!

Camila no intentó rescatarlo y huyó. Apenas podía consigo misma.

Se encontró con su tía en una cafetería frente a la plaza a la que solía ir con sus amigas. Se abrazaron con fuerza y entraron para elegir una mesa.

Camila le contó de la entrevista con la perito psicóloga y preguntó por su papá. Claudia le resumió algunas novedades y le pidió otras de Tomás. Cuando llegó la hora de despedirse, Camila vació el contenido de su mochila sobre la mesa.

—Llévale esto a papá —solicitó.

Había fotocopiado su cuaderno de comunicaciones para que él se quedara tranquilo de que estaba obteniendo excelentes calificaciones y le había escrito una carta.

—Tu papá también te manda algo —dijo Claudia, buscando en su bolso. Le entregó libros. Camila sonrió y acarició la tapa del primer título—. Sabés que él no puede enviarte nada que delate que se comunica con vos, pero cada vez que le

cuento que nos vamos a encontrar, me pide que te diga que te ama y que te agradece los mensajes. Y que cualquier cosa que necesites, me escribas para que él te la haga llegar a través de mí. ¿Ya tienen la fecha del viaje de egresados?

—Parece que es a fines de agosto. Pero no quiero ir.

—¿Por qué no? Ya casi termina de pagarlo, no le va a gustar que no lo disfrutes.

—Porque no me siento bien.

—Cami, vos no tenés que pensar en cosas tristes en este momento. Yo sé que no te tocó vivir el mejor último año de la secundaria, pero tenés que hacer el intento. ¿Me lo prometés? Hacé de cuenta que se lo estás prometiendo a él.

Camila dijo que sí, aunque no estaba convencida de poder cumplir.

Al día siguiente, decidió poner en práctica una idea que había estado posponiendo. Ni bien tocó el timbre del primer recreo, corrió a la puerta del aula de quinto año y esperó a la profesora de Derecho.

—Disculpe, ¿puedo hablar con usted? —preguntó.

—Camila, ¿cómo estás? —interrogó la profesora con alegría. Camila era una de las mejores alumnas que había tenido—. Perdoname, pero este es el único momento que tengo para ir al baño, y si me quedo hablando, después no puedo. ¿De qué se trata? ¿Es muy urgente?

—Sí... Bueno, más o menos.

—Decime.

—Acá no. ¿Podemos entrar a un aula?

La profesora volvió a entrar a quinto año y se sentó al escritorio. Camila acercó una silla mientras un conocido de ella salía y le tocaba el hombro. Se saludaron con un gesto de la mano.

Acabada la distracción, procuró ser valiente. Le daba mucha vergüenza hablar de asuntos personales con los adultos del colegio.

—Le quiero hacer una consulta —dijo—. Si una persona tiene una restricción perimetral...

—Esperá —intervino la profesora, alzando una mano—. ¿De dónde sacaste ese vocabulario? ¿Es una consulta legal de un caso real?

—Sí. De mi papá.

—¿Tu papá tiene una restricción perimetral?

—Sí. Pero es injusta. Fue por mentiras de mi mamá.

—¿Lo hablaste con la directora? ¿Están al tanto en el colegio?

—Profe, yo sé que esto le puede traer problemas, por eso usted preferiría que yo no le hiciera esta pregunta. Pero no tengo otra opción. No puedo pagar un abogado y nadie me respondería gratis.

—Está bien, ¿qué querés saber? Pero, por favor, no digas nada de que te contesté. Si tu mamá se entera y se queja...

—No se preocupe. Ya sé que ella hizo echar a Natalia Escalante y no voy a poner en riesgo a otra profesora.

»Fui a una entrevista con una perito psicóloga, pero no sacaron la prohibición de que mi papá se acerque a nosotros. ¿Qué puedo hacer?

—Poco. Pero, si querés, podés ir a hablar con el juez.

—¿Usted cree que me recibiría?

—Probar no cuesta nada. ¿Sabés a dónde ir?

—Sí. Creo que sí.

—Hacelo. Después contame.

Camila le agradeció y se retiró.

Esa tarde hizo averiguaciones, y a la mañana siguiente, cuando su madre la dejó en la esquina del colegio, se despidió como siempre. Tenía decidido que no entraría a la escuela.

—¿Te vas a hacer la rata? —le preguntó Tomás—. No seas tonta, mamá te va a matar. ¿No ves que está rara?

—Voy a tratar de resolver las cosas para que podamos ver a papá. Así que te pido por favor que, si la directora te pregunta por mí, le digas que falté porque estaba descompuesta.

—¿Y cómo vas a hacer con la inasistencia en el cuaderno de comunicaciones cuando la tenga que firmar mamá?

—Voy a falsificar la firma. Jurame que no vas a decir nada. A la una menos diez te paso a buscar para volver a casa. ¿Me lo prometés?

Tomás se lo juró.

Aunque se puso nerviosa, trató de recordar que solía ser muy valiente para resolver problemas en el colegio como presidente del centro de estudiantes. Tanto, que incluso le había perdido el miedo a la directora. Cuando se respetaba la autoridad y se asumía con responsabilidad la propia, no había nada que temer. Quizás con un juez era igual.

Se dirigió a la mesa de entradas y esperó su turno para hablar con una recepcionista.

—Mi papá tiene una restricción perimetral, pero yo le quiero explicar al juez que es injusta, que se la pusieron por una mentira de mi mamá.

La chica enarcó las cejas.

—El juez está ocupado y no puede recibir a nadie en este momento. Vas a tener que volver otro día.

—Pero no puedo volver otro día. Tengo que ir al colegio, y a la tarde corro el riesgo de que mi mamá me descubra.

—Me gustaría poder decirte otra cosa, pero esa es la orden. Disculpame.

Camila suspiró, desencantada de la vida adulta. En el colegio, cuando solicitaba hablar con alguien, solían recibirla en el momento. De verdad no podía faltar de nuevo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección a la puerta, cuando una señora robusta la detuvo. Estaba bien vestida y tenía unas carpetas en la mano; supuso que era una abogada que estaba esperando que la atendieran.

—Querida, escuché lo que decías —le dijo—. Está mal que yo me entrometa, pero no puedo dejar de advertirte. ¿Estás segura de que querés decirle al juez que tu mamá hizo una denuncia falsa? ¿Sabés que eso es un delito? Le puede traer problemas. Sos chica, si estás vestida con un buzo de egresados y una pollera tableada. No creo que quieras ponerte a favor ni en contra de ninguno de tus padres, y ellos no deberían permitir que su hija quede en medio de sus problemas. Vos hacé lo que quieras, pero te aconsejo que no te metas en esto. Podés terminar muy lastimada.

—Ya estoy lastimada —respondió Camila, y se fue sin dar explicaciones.

Secretamente, la desesperación hizo presa de ella: no había pensado que, si hablaba, su madre podía tener serios problemas, y sabía que jamás podría acusarla de un delito. Se dio cuenta de que ya lo había hecho cuando conversó con la psicóloga, y se sintió responsable. No era abogada, pero convivía con una y había cursado Derecho; sabía que los delitos se pagaban con la cárcel, multas e inhabilitaciones. Quizás hasta podía ocasionar que su madre no pudiera ejercer más la abogacía. Entonces, ¿tenía que permitir la injusticia para no delatarla? ¿Debía aceptar que su padre pagara una culpa que no tenía para que su madre se ahorrara el pago de la suya?

Convertirse en una adulta expuesta a decisiones morales era doloroso y frustrante. Hubiera preferido seguir siendo una niña.

—Es la decimoquinta vez que vengo —explicó Julián a la secretaria del juzgado —. Necesito que el juez me reciba.

—Ya le dije que está ocupado. No es personal, no puede recibir a nadie. ¿Ya hizo la apelación?

—Sí, pero nadie la leyó. Si lo hubieran hecho, me habrían dado una respuesta. Hace dos meses que no veo a mis hijos, se lo pido por favor. Para cuando el juez lea mi apelación, van a haber pasado los tres que impone la restricción. ¿Y si la renuevan? Necesito que me reciba antes de los noventa días.

—Yo entiendo, pero usted entienda que su caso no es el único que tenemos, y que los trámites judiciales llevan tiempo.

—¡Pero soy yo el que no ve a mis hijos! No le pido que levante la restricción sin asegurarse de que jamás haría nada en contra de mi ex mujer o de mis hijos. Solo le pido que me reciba.

—Puede dejar un escrito.

—¿Para qué, si nadie lo lee? Necesito verle la cara, hablar con él. Quiero que me conozca, que compruebe que sería incapaz de hacer todo lo que dice en este expediente —indicó, mostrándole la carpeta que cargaba cada vez que iba a chocar contra la pared de la indiferencia judicial.

—No le puedo decir nada más. Tengo que seguir atendiendo. Disculpe.

Aceptó por decimoquinta vez las mismas palabras de la recepcionista y salió del juzgado con ganas de romper todo. El expediente, el edificio, su auto. Estaba acumulando tanta ira que temía transformarse en un ser violento de verdad.

Hacía dos meses que, poco a poco, había dejado de ser él mismo. Era como un títere que trabajaba, comía y dormía siempre con dolor adentro. No tenía ganas

de divertirse, de ir al bar con sus amigos y mucho menos de hacer el amor con Natalia. No tenía ganas de nada, y la nada estaba destruyendo su vida.

A veces, durante la cena, único momento que compartía con Natalia, la contemplaba y lamentaba que ya casi ni conversaran. No quería ser tan poco para ella, quería darle todo, como le había prometido. Pero una maldición más fuerte que él lo dominaba y lo había convertido en un hombre silencioso, malhumorado y taciturno. En un fantasma.

A pesar de todo, ella no se quejaba. Intentaba relatarle algo de su día, aunque sabía que a él no le interesaba, y convivía con su indiferencia. No daba resultado; que Natalia aceptara su nuevo y despreciable ser con altruismo lo hacía sentir culpable y presionado. Quería ser Julián, el hombre pasional y cálido, y no le salía ni ensayándolo.

Se fue a su casa manejando en silencio. Antes, siempre solía escuchar música, pero ahora no tenía ánimo para eso. Al menos se consolaba con la tranquilidad de que Natalia no estaría en casa a esa hora para ser testigo de su decepción después de que el juez se hubiera negado a recibirlo de nuevo.

Almorzó un sándwich y fue al baño. Se estaba lavando las manos cuando oyó el timbre.

Se dirigió al portero eléctrico y miró la pantalla. Se quedó congelado frente a la imagen que se reflejaba en el monitor. Creyó que el dolor le provocaba espejismos, y se acercó para ver mejor. No se equivocaba: era Camila. Estaba vestida con el uniforme del colegio y llevaba la mochila. ¿Qué estaba haciendo en su casa? ¿Podía recibirla? No quería pasar otra noche en la comisaría.

Empezó a temblar con los ojos húmedos. Teniendo a su hija tan cerca, no podía resistir la tentación de abrazarla. Supo entonces que un minuto con ella bien valía otra noche en una celda.

Por cuestiones de seguridad, desde hacía un tiempo ya no se podía abrir la reja ni la puerta de calle desde el portero eléctrico. Tampoco quería arriesgarse a que alguien lo viera abrir e ingresar con su hija. Si ella entraba por su cuenta, quizás el incumplimiento de la restricción se atenuara.

Se asomó por el balcón y le arrojó un juego de llaves. Camila no lo vio, solo

oyó el choque del objeto contra el suelo y lo halló junto a sus pies. Lo recogió de inmediato y abrió rápido, asegurándose de que ningún vecino la viera. Ni siquiera esperó el ascensor; tenía tanta prisa que corrió por las escaleras.

Su padre la esperaba en la puerta de su departamento. La hizo entrar tomándola de la mano, cerró la puerta para que nadie los viera y la abrazó con tanta fuerza que pareció concentrar en esa acción todos los instantes que se debían.

Camila se echó a llorar sobre su hombro. No quería irse, no quería que volvieran a separarlos. Se aferró a las mangas del pulóver de su padre y rogó que todo volviera a ser como antes.

Aunque todavía temblaba, Julián la apartó rodeándole los brazos con las manos. El rostro mojado y los ojos irritados de su padre impactaron a Camila. Nunca lo había visto de ese modo.

—¡Te extraño! —sollozó ella.

—Y yo a ustedes. Muchísimo. No imaginás cuánto.

—Nadie me cree. Yo les dije la verdad, pero no me escuchan, y no puedo repetirla. No puedo.

Julián comprendió de golpe cuánto estaba sufriendo Camila y supo que tenía que mostrarse fuerte para que ella no se quebrara, si no lo estaba ya. Sacudió la cabeza y apretó los ojos para que se le secaran.

—Está bien, Cami —dijo con seguridad.

—¡Perdoname! —exclamó ella—. Yo le dije a la psicóloga que lo que dice mamá es mentira, pero al juez no puedo.

—Cami, escuchame. —Ella al fin guardó silencio. Trataba de respirar a pesar de la congoja—. No tenés que hacer nada.

—¡No es justo!

—Ya sé que no es justo, pero no es tu culpa. Tranquilizate.

La miró a los ojos y le acarició el pelo. Tenía tanto miedo de que esa fuera la última vez que pudiera tocarla, que le temblaban los dedos.

—Yo quiero que todo vuelva a ser como antes —siguió sollozando ella—. Quiero que mamá sea como era, quiero que pases a buscarme...

—Estoy haciendo todo para que así sea. Mientras tanto, vos tenés que seguir con tu vida. Me dijo Claudia que no querés ir al viaje de egresados.

—No, no quiero.

—Quiero que vayas y que te diviertas.

—No me interesa el viaje. Yo quiero poder verte.

—Lo sé, pero por ahora no es posible. Si no viniste a mi casa hasta hoy y no esperaste respuesta a los mensajes que me enviabas, sabés el motivo. —El silencio de Camila sirvió como respuesta afirmativa—. Tenemos que aguantar. Te prometo... No, te juro por mi vida que no voy a desistir hasta que seamos libres de pasar juntos todo el tiempo que queramos.

—Te amo...

—Yo también te amo. Y cada mensaje que me enviás con esas dos palabras y un corazón rojo es una inyección de fuerza para que no me rinda. Me estás dando mucha energía, así que quiero que ahora te vayas a tu casa a recuperar la tuya.

Camila bajó la cabeza y se limpió las mejillas con una mano.

—Quiero que sepas que ya elegí una carrera —dijo—. Voy a ser abogada. Quiero defenderte y defender a todos los que estén pasando por lo mismo que vos.

Aunque el corazón de Julián se encogió de agradecimiento, no podía ser tan egoísta.

—No tenés que hacer eso —respondió—. Tenés que estudiar lo que te guste.

—Me gusta el derecho. Terminé con diez esa materia el año pasado.

—Si es lo que querés, adelante. Voy a estar orgulloso de vos, hagas lo que hagas. —Volvió a acariciarle el pelo y la mejilla, con una sonrisa entre lágrimas. ¿Y si no volvía a verla? ¿Y si esa era la despedida?—. Andá a casa, Cami. Volvé a tu vida y sé una buena estudiante, una buena hija y, sobre todo, una buena persona.

Se abrazaron de nuevo y se contuvieron uno al otro durante algunos segundos que deseaban hacer eternos. Se dieron fuerzas para seguir adelante, y con todo el dolor del alma, se despidieron.

Julián la espío por el balcón. Se dio cuenta de que no había hecho a tiempo a preguntarle por Tomás. Por suerte Claudia le había contado que estaba bien.

Cuando Camila desapareció del alcance de su vista, se sintió más enojado que nunca con Sabrina. Jamás hubiera querido que su hija aprendiera a ser adulta a fuerza de tanto dolor.

El mes siguiente se esfumó entre el trabajo y las visitas al juzgado. Jamás consiguió que el juez lo recibiera ni obtuvo respuesta a sus escritos. Desistió cuando faltaban cinco días para que la restricción caducara, y la esperanza de que esos tres meses pasaran al olvido mejoró su humor.

Durante la cena, mientras Natalia le contaba la agenda que la editorial había preparado para el lanzamiento de su segundo libro de la saga juvenil, por primera vez la escuchó con verdadero interés. Se alegró de reencontrarse con el hombre que solía ser. La perspectiva de que su vida se reacomodara lo ayudó a trazar planes. Lo primero que haría sería ir en busca de sus hijos. Luego intentaría llegar a un acuerdo con Sabrina.

Natalia no llegó a advertir su leve mejoría. El segundo libro de su saga era su favorito, y le hubiera gustado compartir con su primer lector la pasión que le despertaba. Pero jamás le ofreció leerlo, y él tampoco se lo pidió. Poco a poco, desde hacía tres meses, Julián se había ido encerrando en sí mismo. Su alma parecía haber muerto.

Lo abrazaba por las noches y le preguntaba si quería desahogarse. Julián estaba agotado de pensar durante el día, y lo que menos quería era reproducir los sentimientos horribles que lo atravesaban a cada momento. Prefería el silencio.

Un mediodía, mientras Natalia preparaba el almuerzo después de haber vuelto del colegio, sonó el timbre. Se acercó al portero eléctrico y observó el monitor: la presencia de dos agentes de policía le anudó el estómago.

Bajó por el ascensor, preguntándose si el fin de las restricciones perimetrales también requería una notificación. Le preguntaron si allí vivía Julián Aráoz y le pidieron que firmara la recepción del documento. No quiso leerlo. Lo dejó sobre la mesita del living, tal como se lo habían entregado, y llamó a Julián.

Él estuvo en su casa en menos de media hora. Recogió el papel de la mesita y

lo leyó de pie, mientras Natalia lo observaba desde el sillón. *Por favor, que sean buenas noticias*, pensó. Aunque sabía que lo más probable era que estuviera engañándose.

La reacción de él la tomó por sorpresa. Arrojó el papel sobre la mesa y se dirigió a una ventana. Natalia se inclinó para leer. Era otra restricción.

El ruido seco de un golpe la sobresaltó. Miró a Julián con los puños apretados: acababa de golpear la pared. El miedo hizo estragos en su interior. Cuando él arrojó todo lo que estaba sobre un mueble de un manotazo, una decena de imágenes se agolparon en la memoria de Natalia. Su padre gritándole a Liliana, el día que había roto uno de sus juguetes a propósito arrojándolo contra el piso, discusiones.

Mientras Julián gruñía y rompía su casa como si así pudiera quebrar la injusticia, sintió el impulso de salir corriendo. La violencia le provocaba sensaciones parecidas a un ataque de pánico. Se cubrió la boca con una mano, temblando. Jamás hubiera imaginado que él pudiera actuar de esa manera.

La determinación surgió en un segundo. Se levantó, pero en lugar de huir para ocultarse de la escena, se acercó. A pesar de sus propios miedos, el dolor de él era mayor, y tenía que ayudarlo como fuera.

Se interpuso entre el cuerpo de Julián y el mueble y levantó los brazos para abrazarlo. El brusco movimiento de él que ya estaba en marcha arrastró la mano de Natalia, y esta chocó contra el mueble. El golpe le provocó un dolor intenso que la hizo soltar un quejido. Sin embargo, lo relegó muy rápido y se abrazó al cuello de Julián para contenerlo.

Empujó hacia abajo, y cayeron de rodillas. No lo soltó mientras él intentaba recuperar la cordura. Estaba agitado y temblaba, todavía fuera de sí. Lo contuvo acariciándole el pelo un rato.

Poco a poco, Julián fue tomando conciencia de dónde y con quién se encontraba. No resolvería nada destruyendo su casa. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se apartó y apoyó una mano en la mejilla de Natalia.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado. Natalia estaba pálida, y temía haberla herido.

Como ella no respondía, buscó sus manos; sabía que una se había golpeado contra el mueble cuando se la había llevado por delante con la suya. A juzgar por una marca roja y porque temblaba, no tenía dudas de que había sido la derecha. La tocó con delicadeza, sin fuerzas para luchar contra la culpa y la impotencia que lo carcomían por dentro. No se reconocía. Él no era ese hombre que perdía los estribos y dañaba a las personas que amaba.

—No quise lastimarte. Perdoname —le dijo. Le costaba encontrar su propia voz después de haberse convertido en un monstruo por un instante.

—Ya lo sé. No te preocupes —respondió ella, y volvió a abrazarlo.

Julián apoyó la cabeza en su pecho y estrujó su pulóver de hilo negro. No solo sentía que se había despedido de su hija hacía un mes, sino que, además, se estaba despidiendo de Natalia. Lo mejor era que ella se alejara de él mientras no pudiera reencontrarse consigo mismo. En esas circunstancias, todo lo que podía hacer era lastimarla.

Cuando consiguió recuperar algo de fuerzas, le pidió que se sentara en el sillón y le preparó una bolsa de hielo. La cubrió con un trapo de cocina y regresó al living. Se sentó en la mesita, tomó la mano de Natalia con suavidad y apoyó el elemento frío sobre la marca roja. Lo retiró unos segundos después, temeroso de quemarle la piel, y volvió a asentarla. La tarea mecánica, además de proteger a Natalia, lo ayudaba a serenarse.

—Tenemos que evitar que se hinche —explicó en voz baja—. ¿Te duele mucho? Si te duele, quizás sea mejor que vayamos a la clínica.

—No es nada —replicó Natalia.

Quería decir muchas cosas, pero para ninguna hallaba palabras. Aunque podía escribir novelas, expresarse verbalmente a veces seguía siendo un problema. En ese caso, no podía decirle que sentía que Sabrina había arruinado sus vidas, que quería matarla por herirlo sin piedad durante meses y que le deseaba lo peor por ser tan cruel con él. Todo eso solo lo habría lastimado más, así que era mejor callar y consolar.

Julián pasó la peor noche de su vida, cuestionándose las pérdidas, las injusticias y las frustraciones. La ferocidad de Sabrina lo había tomado

desprevenido; cuando eran novios, e incluso esposos, jamás hubiera imaginado que podía albergar tanta perversidad. A la distancia se daba cuenta de que siempre había sido manipuladora y sádica, pero sus nuevas actitudes excedían sus previsiones.

La justicia no lo escucharía, así que empezó a trazar planes. La única que podía poner fin a esa pesadilla era la mujer que la había ocasionado, el problema era descubrir por qué persistía con su actitud combativa. Lo había acusado de poner a Camila en su contra. Si su hija se comportaba bien con ella, quizás cediera. Pero, ¿cómo obligarla a fingir algo que no sentía? No podía presionar a su propia hija. En cuanto a Tomás, era impensado siquiera acercarse a él a través de un mensaje.

Encerrado en elucubraciones, se durmió muy tarde.

Por la mañana, se levantó a la hora de siempre, se duchó, se puso el traje y preparó el desayuno. Como esa mañana Natalia no trabajaba, se sentó a beber un café a solas en la cocina. Era mejor, porque no tenía ganas de verla. Estaba cabizbajo y taciturno; el humo de la taza ascendía hasta su nariz, matizando la amargura de su alma con el aroma de la infusión.

Natalia se asomó y observó al hombre que amaba. Mejor dicho, a sus despojos. Ella también había pensado mucho. Cuando él levantó la vista, sintió que le enterraban un cuchillo. Los ojos cálidos y seductores del color de las manchas de los leopardos estaban tristes y apagados. Estaban ausentes.

—Siento que desde que tenemos una relación, poco a poco, lo estamos perdiendo todo —susurró con la garganta cerrada—. Mi trabajo, mi fertilidad, tus hijos...

—Tu fertilidad no se vio afectada por nuestra relación —discutió él en un momento de cordura.

Natalia admitió ese argumento, aunque no la hizo desistir de los demás.

—¿Creés que vale la pena? —indagó.

Julián bajó la cabeza. Por primera vez dudaba de todo, en especial de sí mismo.

—No lo sé —respondió con amargura.

Natalia aceptó la estocada con entereza, pero no por eso se sintió menos dolida. Las lágrimas brotaron de sus ojos como de su corazón desgarrado caía la sangre que manchaba sus fantasías y sus sueños, sus ilusiones y sus anhelos. Si Julián no sabía si seguir juntos valía la pena, entonces todo estaba perdido.

Tuvo que reconocer lo que había negado todo ese tiempo: él ya la había dejado. La había dejado hacía tres meses, pero no se atrevía a decírselo. Julián ya no estaba en la relación.

Lo contempló por última vez y trató de retener la mayor cantidad de detalles posibles. Las pulseritas y el anillo que tanto la excitaban, la forma de sus ojos ligeramente prominentes, las líneas de expresión que se formaban junto a su boca cuando reía y que hacía tres meses que no veía. Con todo eso en mente, se dio la vuelta y regresó a la habitación.

Después de que Julián se fuera a la fábrica sin despedirse, Natalia se preparó para irse. Mientras guardaba su ropa en dos valijas, sus libros en cajas y sus objetos personales en la mochila, se acordó de muchas vivencias inconexas. Gestos, situaciones, frases. Julián acercándose a su mesa en el bar de Alsina y Brown, Julián diciéndole que la amaba por primera vez, Julián cambiando las letras de las canciones con su hijo. «Es importante que entiendas que a partir de este momento, lo más probable es que seamos dos contra el mundo. Pero también es importante que recuerdes que jamás dejaremos de ser dos». Él le había dicho eso cuando habían decidido hacer pública su relación. ¡Le habría gustado tanto que la frase pudiera concretarse para siempre en la realidad!

Llevó sus pertenencias a su auto, que estaba estacionado a dos cuadras, en varios viajes. Antes de hacer el último, se detuvo a observar el departamento desde la puerta. Se acordó de cuando Julián y ella hacían el amor en la cocina, en la mesa del comedor y en el sillón. Recordó conversaciones, risas y momentos cotidianos. Por último, tuvo en mente a Tomás y a Camila, y entendió que Julián, forzado por las circunstancias, los había elegido por sobre cualquier otra cosa. Lo increíble era que no se sentía ofendida por su elección. Hubiera deseado que su padre la prefiriera alguna vez en la vida. Julián era un buen padre, era un verdadero hombre, y se sentía orgullosa de él aunque el dolor de la pérdida

amenazara con destruirla.

Cuando llegó a la casa de su madre, Liliana no estaba. Descargó sus cosas del auto y se sentó sobre la cama de la que solía ser su habitación. El acolchado rosa seguía intacto, pero Liliana había guardado los ositos de peluche que databan de su adolescencia y que, hasta que se había ido a vivir con Julián, todavía poblaban su cama. Acarició la almohada pensando que quizás él fuera a buscarla. Le parecía increíble que la única alternativa que les quedaba por intentar para que él pudiera recuperar a sus hijos fuera separarse. Estaba en crisis, sin embargo, no derramó una sola lágrima. De algún modo, se negaba a aceptar que habían terminado.

Julián regresó tarde de trabajar, como sucedía desde hacía un mes. No le gustaba estar en su casa, sentía que todo lo ligaba a una etapa de su vida que ya no regresaría y a una felicidad que, al parecer, no merecía. Se sentía incómodo cuando estaba con Natalia; sabía que no podía brindarle nada, porque él se había transformado en la nada misma.

El silencio y la oscuridad lo hicieron estremecer. No sabía que Natalia tuviera algo que hacer a las ocho y media de la noche. Si iba a la casa de alguno de sus padres o se veía con alguna amiga, le avisaba por mensaje de texto para que no la esperara para cenar. Presintió que algo pasaba, y fue a la habitación.

El lado derecho del placar vacío lo hizo sentir desolado. Se sentó sobre la cama, preguntándose por qué, si ella había decidido irse, no le había dejado, aunque sea, una nota. Siempre había pensado que las parejas se disolvían después de meses de discusiones, como había sucedido con Sabrina. No imaginó que se terminaban aun cuando las dos personas se amaban, pero una de ellas se sentía vacía.

Le dolía el resultado, pero él no había hecho nada para seguir en la relación. Por el contrario, se había distanciado. Había dejado morir el vínculo, sin fuerzas para disfrutarlo, y eso lo había matado. Porque a veces el amor no basta.

Pensó que, aunque muriera sin Natalia, no podía ir a buscarla. No mientras fuera incapaz de ofrecerle lo más importante: sus ganas. Deseo, interés y proyectos se habían esfumado, y no era capaz de condenarla a una vida sin

emociones, sin propósitos. Él se había transformado en un ser incompleto, y Natalia merecía algo mejor. Por eso la había echado. Silenciosamente, la había excluido, y ella había entendido el mensaje.

Aunque se desgarrara por dentro, aunque la amara más de lo que alguna vez había imaginado, no podía ir a buscarla. No le restaban fuerzas.

Después de una semana, Natalia comprendió que Julián no se comunicaría con ella, y la angustia la sobrepasó. Empezó a llorar. Las vacaciones de invierno le permitían quedarse en la cama casi todo el día, así que con suerte se levantaba para ir al baño y alimentarse.

El lanzamiento de su segundo libro de la saga juvenil pasó inadvertido para ella, y también los dos eventos a los que tuvo que concurrir según la agenda que había programado la editorial. Lo pasó bien mientras firmaba ejemplares y se sacaba fotos. Cada halago de sus lectores le daba ánimos y le aportaba alegría. Sin embargo, al llegar a casa, todo se oscurecía. Había vuelto a sentirse una anciana en el cuerpo de una mujer de treinta años, como le sucedía antes de conocer a Julián.

Liliana se sentó en la orilla de la cama y trató de ayudarla con deducciones y palabras tranquilizadoras.

—Julián no es el único hombre en el mundo —le dijo—. Vas a ver que encontrás a otro. Quizás uno de tu edad, que quiera casarse y tener hijos.

—No hay muchos hombres, solo abundan «chongos». Y yo no lo paso bien acostándome con cualquiera. Si tengo que andar de cama en cama hasta ver quién se quiere quedar conmigo, me voy a sentir abusada. No tengo ganas de acostarme porque sí. Quiero que, cuando un hombre me mire, me venere, que sienta amor por mí, y venerarlo y amarlo yo a él. No puedo pasar de ese tipo de relación, a sexo vacío. Me incomoda que solo me vean como un pedazo de carne, porque yo no puedo ver a la gente así.

—Pero si Julián apareció y era diferente, puede haber otro —defendió Liliana.

—Vos no querés que yo conozca a otro. A vos te conviene que haya vuelto

acá, con vos. Siento que retrocedí a mis quince años.

—¡No digas pavadas, Natalia! ¿Ahora resulta que la culpa de todo siempre la tengo yo? ¿Sabés las veces que me sentí mal y no te llamé para que no dijeras que no te dejaba vivir tu vida con Julián? Los padres no tenemos la culpa de la soledad de los hijos.

—Depende... En mi caso, un poco sí. Pero no te estoy culpando del final de nuestra relación. —La garganta se le anudó, y volvió a llorar—. No entiendo por qué no me llama. ¿Cómo puede seguir adelante como si no me quisiera más? ¿Tan poco importante fui para él? ¿Acaso lo que teníamos solo fue único para mí? Debe haber dejado de amarme hace meses, cuando perdió a sus hijos, por eso ahora le resulta fácil estar sin mí.

—No creo que hayas sido poco importante para él, pero no todas las personas son como vos. Vos te encariñás demasiado con la gente, sos leal. Tenés muchas cualidades, Nati. Sos linda, joven... Seguro encontrás a alguien mejor o igual que él. Se terminó una relación, no tu vida.

Natalia entendía que, objetivamente, quizás su madre tuviera razón. El problema era que ella sentía que esa relación había sido el amor de su vida, y sabía que no volvería a encontrar un vínculo así fácilmente. No quería conformarse, como hacían muchas parejas. Quería un amor real. Sentir que admiraba y que su corazón explotaba cuando la otra persona la contemplaba de la misma manera.

Con Julián había descubierto que, en realidad, ella era una persona dulce y tierna, con mucho amor para dar. Ahora, toda esa dulzura, el cariño y la ternura morirían en ella, porque nadie querría recibirlos, ni le resultaría fácil encontrar a un hombre que se entregara en la misma medida y que le despertara el deseo de brindárselos. Pensó que ninguno la trataría como Julián, y paradójicamente se sintió traicionada y herida por él. La había dejado a la deriva. Sus proyectos personales se habían derrumbado de la noche a la mañana, y sintió un terror descomunal al futuro.

La ira apareció en su rescate y la llenó de una aparente fuerza. Aunque ella no se sintiera joven y bonita, quizás sí lo era. Tenía éxito como profesora y como

escritora. Cientos de jóvenes y mujeres adultas amaban sus libros y la apreciaban en los encuentros literarios y en las redes sociales. ¿Por qué no podía quererla un hombre que no fuera Julián? Después de todo, casi no tenía experiencia con el sexo opuesto. Todo lo que pensaba, lo pensaba por lo que su prima, sus amigas, su madre y sus conocidas le decían. Que los hombres engañaban, que eran fríos y desaprensivos, que solo les interesaba una mujer en la medida en que quisieran llevársela a la cama, porque pensaban con el pene. Creía que eran como su padre, pero Julián le había demostrado que algunos podían ser diferentes.

Si iba un poco más allá, en realidad ninguna de sus experiencias con hombres había sido tan negativa. Aunque nunca había estado enamorada de Gabriel, su ex novio, no podía negar que era un buen chico. *Era bueno porque apenas pasaba los veinte años y era otra época*, reflexionó. *Cuando empezamos a salir, éramos dos chicos, y los tiempos que corren no son los comienzos de 2000*. Sin embargo, Julián tenía diecinueve años más que ella y también era bueno. ¿Por qué ahora creía fervientemente que no podía haber otro hombre que, además de pensar con el pene, pensara también con el cerebro y, más importante, con el alma?

El día que puso punto final a su trilogía, una angustia descomunal la invadió. Estalló en llanto como si se acabara el mundo. ¿Con qué llenaría el vacío por la ausencia de amor romántico en su vida, si ya ni siquiera tenía la ficción?

—¿Qué te pasa? —le preguntó Liliana enseguida.

—Terminé la novela —respondió Natalia, con el rostro desfigurado.

—Pero tenés que estar contenta por eso, no triste —contestó su madre.

Natalia volvió a encerrarse con su manuscrito, pensando que solo entre lectores y escritores se entendían. No todos comprendían el poder de la ficción.

El mismo día que envió el manuscrito a su editora, Analía la invitó a salir. Para no seguir encerrada llorando, aceptó.

Mientras cenaban en un bar donde sonaba la música a todo volumen, se desquitó criticando a los hombres y quejándose por su incapacidad para conocer a uno que la rescatara del recuerdo de su última relación.

—¿De qué signo sos? —le preguntó Analía.

—De Piscis.

—¿Y Julián de qué signo es?

—De Aries. ¿Eso qué tiene que ver?

—Es un signo de fuego. El planeta que lo rige es Marte, el dios de la guerra, temido pero a la vez atractivo; era un seductor en el Olimpo. Por algo era el amante favorito de Venus. Los hombres de Aries tienen un carácter guerrero, pero eso es porque en realidad son muy sensibles. Tienen una actitud amistosa y honesta, y en el amor son pasionales, generosos, románticos y soñadores. ¿Es así tu Julián?

Natalia se encogió de hombros.

—Sí. Pero no creo en los signos del zodiaco. ¿Vos sí?

—Ahora sí. ¡No sabés! Desde que una astróloga me hizo la carta natal, no paro de investigar, y me sorprende cada vez más.

Analía se explayó media hora contándole todo lo que había descubierto sobre las personas gracias a su investigación basada en los signos del zodiaco. Al final le comentó que estaba saliendo con un chico. Uno de Tauro. Para ella, el hombre perfecto. Invertió otra media hora en contarle con lujos de detalles la historia de su amor reciente.

—Esto te tiene que dar la esperanza de que vos también podés encontrar a alguien mejor —le dijo a Natalia.

Pero, en lugar de alegrarse, ella se deprimió. ¿Alguien mejor que Julián? ¿Una relación más intensa y profunda de la que había vivido? Para ella, una chica tan complicada, era difícil que eso sucediera.

Ni bien entró a su casa, Liliana le preguntó cómo le había ido; tenía la esperanza de percibir algo de alegría en su hija. Natalia se negó a contarle poniendo la excusa de que estaba cansada y se encerró en su cuarto.

Odiaba verse en esa cama con el acolchado rosa, con un pijama que se parecía a los que usaba cuando era niña y una biblioteca llena de fantasías que nunca terminaban bien en la vida real. Esos hombres fuertes, seguros de sí mismos, exultantes de adrenalina de las novelas románticas eran una mentira. No existían en la cotidianidad. ¡Pero le gustaban tanto!

Se dio cuenta de que, encerrada en ese cuarto, saliendo con la única amiga que

tenía, jamás conocería a alguien que pudiera destronar a Julián. No había chicos que valieran la pena en el entorno de sus conocidas, así que debía inventar algo más para no pensar que sin él su vida amorosa estaba acabada. Disfrutaba del trabajo y del éxito profesional, pero no concebía su vida sin amor romántico, y si no salía al mundo, la frustración la acompañaría para siempre. Necesitaba seguridad, o al menos un salvavidas.

Pensando en el modo de conocer hombres, descargó una aplicación en su celular. La última vez que había usado el chat para conocer personas todavía existía el MSN, así que sus códigos estaban bastante oxidados. Para empezar, no quería iniciar conversaciones; esperaba que un hombre se acercara a ella, como había hecho Julián en el bar. Por otra parte, elegir personas por el aspecto físico era traicionero. Primero, porque no le gustaba casi nadie. Segundo, porque en el fondo, el parámetro de comparación siempre era Julián, y él era para ella el hombre de sus fantasías. Esperaba de una relación reciente el mismo nivel de conexión y veneración que sentían con él, y eso era imposible.

El primero que le escribió fue un médico. Conversaron un rato durante dos días. Como le pareció pasable, se citaron en una cafetería.

Regresó a casa pensando en hacer un cuadro para probar su teoría. Imaginó dos columnas: una que dijera hombres y la otra, «chongos». Por el momento, el marcador iba: «chongos» 1 – hombres 0.

Entró a su habitación, arrojó el abrigo y la cartera sobre la cama y se sentó delante del escritorio. Abrió la *notebook*, la encendió y contuvo las lágrimas mientras esperaba a que se cargaran los programas. Estaba cansada de llorar y de sentirse frustrada. Necesitaba canalizar sus emociones de otra manera.

Abrió el procesador de textos, eligió la tipografía que siempre utilizaba para los títulos de sus manuscritos y escribió: «Natalia Escalante. Chinder».

Chinder. Una buena combinación entre una famosa aplicación de citas y el verbo «chingar», que tenía varios significados, entre ellos, «estropear». Y sí. Tenía la intuición de que insistir con esas citas sería estropearse las ilusiones cada día un poco más.

Suspiró, sus dedos vibraron sobre el teclado, y se largó a escribir como afuera

se largaba la lluvia.

Cuando viviste una relación feliz y plena que acabó sin que lo quisieras, te sentís sola y llena de ira. Tenés ganas de demostrarte que podés salir adelante, que no es tan difícil encontrar otro hombre que te ame y a quien ames. Por eso empieza la búsqueda.

Casi al mismo tiempo surge el primer problema: ¿dónde conocer a alguien? Tus círculos sociales son insuficientes, entonces pensás en Internet como una posible fuente.

Sabés que usar una aplicación o página web de citas es como ir a un bar: te vas a cruzar con un centenar de bagres hasta que capaz, por esas casualidades, surge algún salmón rosado, o al menos un filet de merluza. Entiéndase por «salmón» aquel que todavía guarda algo de cordura, caballerosidad y aplomo. Es un «salmón» aquel que se toma la molestia de cruzar un par de palabras antes de invitarte a tomar algo (eufemismo de ir a la cama) o, mejor aún, aquel que es original en cuanto a la forma de obtener información, ofrecer la suya e invitarte a cenar sin intenciones carnales inmediatas.

Aun con todas esas advertencias, buscás algunas páginas recomendadas, descargás alguna aplicación, creás un usuario... Dudás acerca de poner tu foto. ¿Y si me ve algún conocido? ¿Y si me prejuza? Finalmente, entendés que sin foto casi no hay posibilidades y que el que no pone la foto esconde algo (matrimonio, ejem), entonces la terminás poniendo.

¡Alegría! Acaba de llegar el primer mensaje.

Ah, no. Es la bienvenida al «bar».

Cuando llega el primer mensaje real, normalmente es un bagre. Sí, están al salto de nuevos perfiles (será que ya agotaron sus posibilidades con los que ya existían o que hay más bagres que otra cosa). El éxito en la cantidad de mensajes que recibas dependerá de la foto. La calidad de los especímenes es otro asunto.

A medida que llegan mensajes nos vamos habituando a ese mundo virtual y empezamos a entender cómo funciona. En definitiva, aprendemos a reconocer

pescados.

¿Cómo reconocer un bagre?

- *Tiene una foto mostrando el torso desnudo, por lo general sosteniendo el celular frente a un espejo en modo selfie.*
- *Suele comenzar los chats con: «hola linda», «hola reina», «hola hermosa» y sus variantes.*
- *Usa frases del estilo «sos muy linda», «que haces por aca?», «que estas buscando» (ni una tilde ni una coma, con suerte un signo de interrogación).*
- *Inevitablemente pregunta «salis hoy?» (sigue sin usar tilde).*
- *Te invita a «tomar algo» (nótese las comillas) al instante.*
- *Si le clavás el visto, el bagre más bagre (es decir, sin orgullo) entra en desesperación y lo hace notar con frases del estilo: «que te cuesta un hola?».*

(¡Advertencia! Estas cláusulas no son infalibles y hay muchos tipos de bagres, cada uno con su manual. Cabe aclarar que con «bagre» no nos referimos al aspecto físico, sino a la forma de actuar).

En fin. Aguantás, descartás, aguantás... Hasta que al fin surge alguien decente (o semidecente, a esta altura te conformás). Conversan del clima, de sus trabajos, del mundo virtual, y entre charla y charla en distintos días, te invita a algún lugar.

¡Listo! Tenés tu primera cita. Pero la cosa recién empieza y, lamentablemente, es probable que no vaya a funcionar.

Se quedó con ganas de exclamar: «¡Nada! ¡Nada funcionará jamás!», pero había descubierto que el humor era una buena manera de combatir la tristeza, y eligió seguir ese rumbo.

*Todavía no se sentía mejor, así que siguió escribiendo. «Capítulo 1. Cita N° 1: El médico apaleado». Rio de su propia ocurrencia, el juego de palabras con el título de la famosa obra de Molière: *El médico a palos*.*

Médico terminando la especialidad. Separado, sin hijos. Casi de tu edad. ¿Qué puede salir mal?

Fue la primera cita que aceptaste porque, entre tantos bagres, este parecía un filet de merluza con posibilidades de convertirse en salmón rosado. Respetuoso, tranquilo, hasta parecía que había cierta conexión. Sin embargo, en cuanto comienzan los arreglos del lugar de encuentro, propone una cafetería de adolescentes donde se paga al entrar. Una muy top, si estás en Estados Unidos, pero a la que en Buenos Aires vas con tus amigas. No sabés si es el lugar ideal para una primera cita, pero aun así aceptás, solo para demostrarte que no sos la misma caprichosa de cuando tenías diecisiete años y querías que tu novio hiciera siempre lo que vos querías.

Viernes, cuatro de la tarde. Se acerca el momento de la verdad. Llegás a la puerta de la cafetería, pero el filet no está. Te sentás en la plaza que está enfrente, le mandás un whatsapp. Te dice que ya está ahí. Volvés a mirar: está. Es puntual. Un paso más cerca de mejorar en la escala de los pescados.

Está vestido de azul, con un jean y una chomba a rayas. Cruzás la calle, lo saludás. Sonríe, te pregunta cómo andás. ¿Y qué se le ocurre soltar? «Ni siquiera me cambié, vine así como salí de trabajar». Pobre, todo bien, no tiene tiempo; la vida de los médicos es complicada. Podría haber propuesto otro horario... No importa, ya está.

Alrededor bailan adolescentes cuasi floggers, gritando y riendo sin parar. Volvés a pensar que ese no es el mejor sitio para una primera cita, y mirando a los púberes dudás de que ese hombre que lidera la marcha tenga training en citas. De lo contrario, ¿no podría haber propuesto otro lugar?

Segundo round: entran a la cafetería. Acostumbrada a ir ahí con tus amigas, te acercás a la caja y hacés tu pedido mientras el filet pide en la otra caja. El cajero le pregunta si les cobra por separado. Mirás al filet. El filet mira la pizarra con los precios. Vale menos de cien pesos cada bebida. Estás metiendo la mano en la cartera para pagar, pero al mismo tiempo esperás que el filet dé otro paso en la cadena evolutiva y ofrezca invitar. Empezás a dudar cuando notás que el filet sigue mirando la pizarra, y de repente contesta: «Eeeeh... y... bueno, sí». Lo dudó. ¡Dudó de pagar!

Guardás la billetera solo porque te da rabia que tenga dudas de una atención

tan simple y grata, y te hacés la boluda. Por dentro pensás: «¡Rata coluda!».

Avanzan hacia la zona de despacho de bebidas. Mientras esperan, te dice: «Me tenés que contar cómo es eso de tu trabajo», en relación con algo que le dijiste por chat. Sonreís pensando: «Bueno, duda ante la atención de pagar, pero al menos le gusta escuchar».

Tercer round: les entregan las bebidas, se sientan a la mesa, él empieza a hablar. Y hablar, y hablar, y hablar. De su ex, de su trabajo, de su ex, de su trabajo, de su ex, de su trabajo. Le contás un poco de tu ex, porque no te queda otra. De tu trabajo no le interesa hablar (¿no había dicho que sí, que quería que le ampliaras lo que le habías dicho en el chat?)

Con la cuasi charla te enterás de que la cuenta en la app se la hicieron los amigos y te preguntás si no serás la primera cita desde que se separó, como él es la tuya. Te cuenta vicisitudes de las clínicas, de los médicos, de su ex, de su ex, de su ex. Se separó hace nada, y si habla tanto de ella, es evidente que todavía no la pudo superar. Vos tampoco, pero por lo menos no hablás de la relación de tus fantasías y tratás de pensar que alguien te puede demostrar que te podés volver a enamorar. El filet empieza a convertirse en bagre. Habla tanto que de pronto comprendés que necesita más terapia (dijo que va), no una novia.

De pronto larga: «¿Qué hora es?». Saca el celular, mira la pantalla, responde un mensajito. Tus cejas se enarcan, te preguntás qué onda con eso del horario. Te mira como si percibiera tus tribulaciones y suelta: «Es que les prometí a mis viejos que los iba a llevar a cenar. A las seis los tengo que pasar a buscar». ¡Chan! Vino a las 16 para irse a las 18. ¡Pedazo de galán!

Al final se hacen las 18.30 y salen del lugar. Se despiden en la puerta: «Fue un gusto conocerte», te dice. «Lo mismo digo. Chau».

Te vas pensando que, aunque no fue lo que esperabas, no te salió tan mal. Podría haber sido un loco de morondanga. Aun así, no lo vas a volver a contactar. Pasan los días, y él tampoco te vuelve a hablar.

Con el tiempo atás cabos y te das cuenta de que quizás esperaba volver a compartir la cama con alguien después de un par de meses de soledad, y vos no tenés pinta de andar buscando sexo. Que ni siquiera está divorciado todavía,

que sigue atado a la ex en todo sentido y que perdiste dos horas y media de tu vida, pero al menos ahora sabés en qué clínicas pagan poco y en cuáles las médicas son «tremendos gatos», según sus propias palabras. Info superútil, obvio (?).

Apretás next y esperás. En menos de lo que imaginabas, llega el siguiente filet de merluza. ¿Vendrá con fritas?

Releyó lo que había escrito, y entonces, al fin sintió que, al menos, podía respirar.

Julián. Solo necesito a Julián, pensó. Era una lástima que no se pudiera volver atrás.

—Lo que le informó su abogado, lamentablemente, es cierto —dijo el letrado especializado en casos de impedimento de contacto—. Si no fuera así, nuestra asociación no tendría sentido. La justicia de nuestro país funciona mal en varios aspectos, y este es uno de ellos.

—No puedo seguir así —expresó Julián—. El juez se niega a recibirme, nadie lee mis escritos, jamás me citaron para la pericia psicológica.

—Es común que eso pase.

—Entonces ¿para qué ofrecen esas posibilidades, si en realidad son una mentira?

—Por esa razón marchamos en defensa de los derechos de los padres que están impedidos del contacto con sus hijos. Usted no es el único. Sucede que el grupo afectado está invisibilizado.

—Tiene que haber una manera. Le prometí a mi hija que no desistiría. Todos los días me envía el mismo mensaje, ella no se olvidó de mí. Y yo no voy a resignarme.

—La lucha es larga y difícil, pero en algunos casos da frutos. Cuente con nosotros y con nuestro equipo de psicólogos. Estamos para apoyarlo.

Julián le agradeció, pero no solo necesitaba apoyo. Necesitaba una solución.

Regresó a la fábrica con las manos vacías y sin ganas de nada. Ni siquiera le importaba haber faltado a una reunión y que el papelerío se acumulara en su escritorio, llenándolo de obligaciones que le importaban un comino.

Se sentó y empezó a jugar con una lapicera. No quería trabajar. Solo quería poner una bomba en el juzgado y morir entre sus paredes, como un kamikaze.

Claudia se preocupó cuando entró a la oficina y lo encontró sentado sin hacer

nada.

—¿Cómo te fue? —preguntó.

—Igual que siempre —respondió Julián.

—¿Qué te dijeron? ¿A ellos, como asociación, no les resulta más fácil llegar al juez?

Julián negó con la cabeza.

—No hay nada que hacer. Estamos sometidos a la impunidad de Sabrina. — Soltó la lapicera y miró a su hermana sin levantar la cabeza—. Estuve pensando. No quiero trabajar más, voy a renunciar.

Claudia dejó la carpeta que tenía en las manos y se sentó con urgencia delante de su hermano.

—¿Cómo se te ocurre? —replicó—. No podés irte. Estás haciendo crecer esta fábrica como nunca antes, gracias a tu liderazgo tenemos buenas ganancias en una época de crisis. ¿Te das cuenta de lo que sos capaz? Además, ¿para qué renunciarías? ¿Para quedarte encerrado en tu casa, metido en la cama, permitiendo que Sabrina te destruya? Aunque estés cansado, esta fábrica es lo único que te obliga a levantarte. Todavía no entiendo por qué dejaste ir a Natalia, ella también te daba motivos para seguir adelante. No me explico cómo pudieron pensar que separarse haría que Sabrina se retractara de lo que está haciendo. Por favor, no caigas en depresión. Yo sería la única tratando de sacarte, y no sé si pueda.

—No la dejé ir solo por eso —contestó.

Claudia esperó a que añadiera alguna explicación. Comprendiendo que no sucedería, intentó con algo que podía inyectarle un poco de optimismo.

—Camila me mandó más fotos del viaje de egresados. ¿Querés verlas?

Julián aceptó enseguida, aunque sin entusiasmo. Escuchó el audio en el que Camila le relataba a Claudia que la noche anterior habían ido a la disco ByPass y que la consigna era ir vestidos de rojo. A continuación vio las fotos: en una, Camila estaba sola, posando sonriente delante de un cartel con el logo del local. En la otra se hallaba con sus compañeros. Sonrió, aunque en realidad tenía ganas de llorar. Hacía meses que no tenía noticias de su hijo si no era por lo que

Camila le contaba a Claudia o algunas fotos que le enviaba, y se estaba perdiendo momentos importantes de la vida de ambos por culpa de Sabrina.

El viernes, antes de dormir, leyó las últimas páginas del nuevo libro de Natalia. Lo había comprado, y le había parecido todavía mejor que el primero. Le hubiera gustado leerlo cuando aún era un manuscrito, pero por aquel entonces ya se sentía destruido y, consciente de ello, Natalia no se lo había ofrecido. Él tampoco se lo pidió; cualquier devolución que pudiera haberle hecho habría sido vacía y sin el interés que su obra merecía.

Le parecía increíble que, después de haber leído un libro de Natalia donde podía reconocerse y reconocer su relación, lo nuevo no tuviera nada ni remotamente parecido a lo que habían vivido o a cualquier persona que conocieran. Admiraba su capacidad para imaginar historias, su inteligencia para construir ficción y entrecruzarla con teorías filosóficas.

El sábado por la mañana, despertó con el sonido del teléfono. Era Claudia.

«Se nos fue mamá, Juli.»

La frase lo dejó perplejo. Sabía que la muerte llegaría en algún momento, pero nunca era esperada. *Mamá, ¿por qué no esperaste unas horas más?*, pensó. *Hoy iba a ir a verte.*

No fue consciente de la sensación de orfandad que lo invadía hasta que salió de la funeraria. Su padre había muerto hacía algunos años, y aunque su madre se hallaba perdida a causa del Alzheimer, saber que estaba viva lo hacía sentir protegido. Todavía podía leer para ella, buscar su caricia cuando se sentía abatido y contarle sus cosas. Su muerte se sentía como haber perdido el abrigo.

Pasó la tarde recibiendo familiares que hacía años no veía, amigos que pasaban a dar sus condolencias y conocidos que preguntaban por sus hijos.

—Camila está en el viaje de egresados, y no nos pareció apropiado que, por su edad, viniera mi hijo —respondió.

Explicar lo que había hecho Sabrina le parecía innecesario y, además, la gente nunca terminaba de creerle. Sentía que su palabra siempre era puesta en duda, que las personas pensaban «si un juez le impide ver a los hijos, algo habrá hecho». No tenía ganas de lidiar con eso en el funeral de su madre.

Cerca de las ocho de la noche, cuando los últimos asistentes se retiraron, se sentó en un sillón con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en el respaldo. Abrió la billetera. Conservaba allí las fotos de sus hijos, su imagen con Natalia y la nota que ella había escrito y él había guardado solo porque decía «te amo». Acarició el compartimento transparente con el pulgar, buscando sentirse menos solo, y se preguntó cuántos años desperdiciaría en una realidad que no había elegido y que no quería.

Claudia llegó para sacarlo una vez más del ensimismamiento. Se sentó a su lado y lo tomó del brazo. Estaban solos. Fabrizio había salido para acompañar a Melisa a la parada del colectivo, y el esposo de Claudia había ido a buscar a su hijo, al que habían dejado con un matrimonio amigo. Lo poco que quedaba de su madre descansaba en otra habitación, y la chica que servía café se había retirado a la recepción.

—¿Creés que mamá y papá ya se habrán encontrado en el cielo? —preguntó Claudia, secándose una lágrima.

—Quizás. Si es así, él se debe estar quejando de nosotros. Era cascarrabias.

Claudia rio con los ojos todavía húmedos.

—Sí. ¡Y mamá era tan dulce! ¿Te acordás cuando Fabrizio tenía ocho años y recogió una colilla de cigarrillo de la calle? Como mamá justo salió a llamarlo, se la metió en el bolsillo del pantalón por miedo a que ella lo retara, y cuando llegó a casa le salía humo. —Los dos rieron—. Vos saliste corriendo a buscar un balde, lo llenaste con agua mientras mamá le daba chirlos en la cola para apagarle el bolsillo, y cuando les tiraste el líquido, los mojaste a los dos. Al final, por apagarle la colilla, Fabrizio igual terminó recibiendo una paliza, aunque no fuera la intención de mamá. ¿Te diste cuenta? Naciste para resolver problemas.

—Los de los demás. No puedo con los míos —replicó Julián, con un rastro de humor negro.

Claudia le acarició el brazo.

—Todo se va a solucionar. Mamá te va a ayudar desde el cielo. Lo que no puede hacer la justicia humana, lo hace la divina.

—Gracias. Pero sabés que no creo mucho en esas cosas. Lamentablemente,

necesito de la justicia humana.

—La divina la va a hacer funcionar. Yo sé que sí. Por cierto, no le avisé a Camila lo que pasó. ¿Querés que lo haga?

—No, prefiero que siga disfrutando en Bariloche. Decíselo unos días después de que haya vuelto. No iba a visitar a su abuela seguido, pero sufriría estando lejos, y no hay manera de que vuelva tan rápido. No tiene sentido arruinarle el viaje con esto.

—¿Qué hacemos con Tomás? Si querés, yo voy a lo de Sabrina para avisar. De paso la mato.

—Tampoco le digas nada. No llevaría a un nene a un entierro.

—¿Venís a dormir a casa?

—No. ¿Por qué?

—¿Estás bien?

—Sí.

—No mientas. Decís que me conocés desde que intentaba ocultar una travesura cuando era chica, pero yo también te conozco. Dale, vení a dormir a casa.

—No. Quiero ir a la mía. En cuanto llegue tu marido me voy. Mañana tenemos que levantarnos temprano para el entierro.

—¿Estás seguro de que vas a estar bien?

Julián sonrió y le acarició el pelo. La atrajo apoyando una mano en su cabeza y le dio un beso en la sien.

—Te quiero, Claudita. Gracias.

En la parada del colectivo, Melisa se humedeció los labios y se encontró con la mirada penetrante de Fabrizio.

—Gracias por acompañarme —dijo.

—Te hubiera llevado a tu casa, pero tengo que volver con mis hermanos —expresó él.

—¡No tenés que llevarme! Y ya sabés: cualquier cosa que necesites, llamame. ¿Te quedás a dormir en lo de tu hermana?

—No, prefiero ir a mi departamento.

Melisa espió la calle para ver si venía el colectivo. La noche había traído el frío, pero de día había estado cálido. Se hallaba un poco desabrigada, y daba saltitos tratando de entrar en calor.

De pronto, las manos de Fabrizio la atraparón, y él la abrazó. Melisa no supo qué hacer, su corazón comenzó a latir muy rápido. Sintió el deseo de responder, y le rodeó la cadera. Su torso firme junto al de ella la llevó a imaginar escenas que, en ese contexto de duelo, resultaban vergonzosas.

—Este colectivo es una porquería, siempre tarda mucho, y más los sábados a la noche —protestó, tratando de olvidar que de pronto tenía ganas de besarlo. El costado de la boca de Melisa rozaba el pecho de Fabrizio, y el perfume masculino llenaba sus sentidos.

—¿Qué línea me dijiste que era? —indagó él.

Melisa levantó la cabeza para responderle justo cuando Fabrizio bajaba la suya. Entonces, la mente de los dos se nubló. Los labios habían quedado muy cerca, y la respiración de uno se confundió con la del otro. Melisa tragó con fuerza, y cuando Fabrizio inclinó un poco más el rostro, se apartó. No quería ilusionarse con un chico que era pan para hoy y hambre para mañana. No quería enamorarse por equivocación.

—Ahí viene mi colectivo —dijo, y estiró el brazo para que se detuviera.

Fabrizio vio a Melisa subir al ómnibus, y ella lo saludó desde arriba. Después regresó a la funeraria con las manos en los bolsillos de la campera, pensando en cuánto rechazaba esa situación. Nunca le habían gustado los problemas, y mucho menos las situaciones tristes. Se acordó de golpe y sin buscarlo de un abrazo que le dio su mamá una vez que él se había caído de la bicicleta. Por aquel entonces debía tener unos seis o siete años. Deseaba que lo abrazara ahora, que pudiera consolarlo por su propia muerte. Con ese anhelo, se le escapó una lágrima.

Cuando llegó, el marido de su hermana estaba dentro de su Kangoo bordó, con su hijo en el asiento de atrás.

—¿Llamás a Claudia? —le pidió—. Estoy tocando bocina, pero no sale. No quiero dejar al nene solo para ir a buscarla.

Fabrizio entró con intención de llamar a su hermana, pero tanto ella como Julián ya se estaban acercando a la puerta. Claudia los saludó y se fue enseguida. Julián y Fabrizio se quedaron quietos en la vereda, mirándose un momento. Ninguno lo confesaba, pero aunque habían dicho lo contrario, no tenían ganas de quedarse en la soledad de sus departamentos. Finalmente, Julián aceptó que por siempre sería el hermano mayor y cedió primero.

—Te invito a tomar algo —dijo.

Como era sábado, los bares del centro de Quilmes estaban llenos. Consiguieron una mesa en uno que se hallaba a una cuadra del departamento de Julián. La música sonaba muy fuerte y había alrededor personas que reían y conversaban en voz muy alta. Nadie hubiera apostado a que ellos dos estaban de duelo. Un duelo posmoderno.

Pidieron cerveza y maní salado mientras se relajaban en los asientos.

—¿Cuándo viste a mamá por última vez? —indagó Fabrizio.

—El sábado pasado. ¿Vos?

—El miércoles.

—No sabía que ibas los miércoles.

—Iba cuando podía. —Fabrizio calló un momento. Estaba acostumbrado a usar una máscara, pero de pronto dejó de encontrarle sentido—. La verdad, iba poco porque no me gustaba que no me reconociera. Me dolía verla perdida. Para mí murió el día que el Alzheimer se apoderó de su cabeza.

Julián respiró profundo, hallando por primera vez algo diferente en la mirada de su hermano.

—Me gusta esta canción —dijo, y cerró los ojos apoyando la cabeza en el respaldo.

Respiró profundo y descansó una muñeca en su frente para reposar el brazo mientras la voz de la cantante de «Sleeping Satellite» llenaba su vacío, aunque sea por un momento.

—A mí también —apuntó Fabrizio, y bebió de golpe la mitad de su cerveza.

—Hace poco, mamá me reconoció por un segundo —contó Julián.

—¿En serio? ¿Qué te dijo?

Julián sonrió.

—Dijo mi nombre y que me amaba.

El rostro de Fabrizio se iluminó.

—Debe haber sido lindo —opinó. Julián sonrió de nuevo, asintiendo—. ¿No viste más a Natalia?

Julián negó con la cabeza, se irguió y bebió su cerveza. Para cuando volvió a respaldarse en el sillón, su hermano levantó la mano y ordenó otras dos bebidas a la camarera.

—¿Te puedo preguntar algo? —arremetió. La mirada inquisitiva de su hermano mayor le dio permiso para continuar—. ¿Cómo hiciste para que te diera bola?

Por primera vez en esos meses y en la noche menos esperada, a Julián se le escapó la risa.

—¿Por qué me preguntás eso? —replicó—. ¡Como si tuvieras problemas para levantarte mujeres! ¿Por qué, mejor, no me aconsejás vos a mí? ¿O te referís a cómo me dio bola siendo que yo soy más grande que ella?

Fabrizio negó con la cabeza.

—Lo que pasa es que las chicas que gustan de mí, a mí en realidad no me gustan. O sea, me atraen, pero solo para pasar el rato. La que me gusta de verdad no me da bola.

—¡No te creo!

Debieron suspender la conversación porque dos chicas se acercaron a la mesa. Ambas miraron a Fabrizio.

—¿Vos sos el modelo de la publicidad de Tamailén? —preguntó una.

—Sí —contestó él sin entusiasmo. Desde que su interés por Melisa había aumentado, no disfrutaba de la misma manera hacer alarde de sus atributos.

—¿Vos también hacés publicidades? —indagó la otra, mirando a Julián. Él rio.

—No, yo estoy enterrado en un escritorio —bromeó, olvidándose de todo. Se sentía bien volver a ser él mismo, aunque sea por un segundo.

—Mmm... para mí que sí y no me querés decir la verdad —contestó la chica,

risueña—. ¿Me invitás a tomar algo?

Julián se quedó paralizado. No estaba acostumbrado a las formas modernas de relacionarse y, además, apostaba a que la chica era más joven que Natalia. Podía pagarle un trago, pero no quería siquiera darle a entender por accidente que deseaba algo más con ella. En realidad, por el momento no quería saber nada con nadie.

Fabrizio se dio cuenta de que su hermano no quería ser descortés, y casi se burló de él.

—¿Ustedes en qué mesa están? —preguntó para salvarlo del aprieto.

—En aquella de allá —señaló la que le había hablado a él.

—Dale, después vamos.

—¿Van a venir?

—Sí. Terminamos de conversar de algo y vamos. Nos vemos después.

Las chicas se alejaron conversando entre ellas.

—No voy a ir a su mesa —protestó Julián, con ganas de matar a su hermano. Fabrizio dejó de contener la risa.

—Yo tampoco. Voy a tomar lo suficiente para que me dé sueño y me voy a ir a dormir —dijo, y volvió a levantar la mano para ordenar más cerveza.

—Le dijiste que...

—Le dije eso para sacárnoslas de encima. ¡Me extraña! ¿Julián, sin saber resolver un problema?

—En mi época las chicas no venían a pedirme que las invitara a tomar tragos. Por lo menos a mí. Siempre fui yo el que inició la conversación, remó y con suerte llegó al puerto deseado, ya sea una relación circunstancial o algo serio.

—¿Entonces ese es el secreto? —indagó Fabrizio—. ¿Así consigo que me dé bola la chica que me gusta? ¿Encarándola yo?

—No sé cómo se conquista ahora. Por lo que veo, supongo que yo me quedé en el tiempo, y cuando conocí a Natalia, encontré a alguien que justo esperaba lo que yo sabía dar. Pero estoy seguro de que hay algo que nunca debe cambiar. Hay algo que no es negociable, sin importar la época. —La mirada interesada de Fabrizio lo animó a continuar—. El respeto. Una mujer tiene que sentirse

valorada, y para eso debemos ser honestos. Dar sin miedo a no recibir a cambio. Si me preguntás cuál fue mi secreto con Natalia, no sabría decírtelo, pero creo que fui generoso. No pensé solo en mí, sino principalmente en ella. Ocuparme de sus miedos me sirvió para olvidar los míos. Conocer sus deseos me hizo descubrir nuevos deseos que no sabía que estaban en mí.

—¿Tenías miedo?

—Mucho miedo. Hacía veinte años que no me acercaba a una mujer que no fuera Sabrina. Ahora que soy capaz de analizarlo desde otra perspectiva, ella nunca me trató bien, y eso me había hecho sentir inseguro. Creía que todas eran como ella. Por eso, después del divorcio, pasé dos años sin atreverme a mirar a otra mujer. Natalia despertó la valentía dormida en mí. Fue tan fuerte la conexión que sentí con ella, que me olvidé de mis temores y tuve que acercarme. Y vos, ¿tenés miedo? —Fabrizio asintió mientras tragaba cerveza—. Nunca lo hubiera imaginado. Sos lindo, joven, seguro de vos mismo...

—Ni yo de vos. Siempre fuiste inteligente, autosuficiente y poderoso.

—No discuto lo de inteligente, porque sé que no soy un tonto. Pero no me siento tan autosuficiente, y mucho menos poderoso. ¿De qué tenés miedo?

—Yo solo sé tener sexo. Tengo miedo de cagarla.

—¿Te referís a engañarla con otra chica?

—No necesariamente. Tengo miedo de no saber sostener una relación. De aburrirme enseguida y querer salir corriendo. No puedo arriesgarme a que ella se enamore y yo me canse rápido. Dejarla en esas circunstancias sería muy problemático, y creo que ella saldría perdiendo.

—¿Vos sentís que estás enamorado?

Fabrizio se quedó callado. No sabía definirlo.

—Solo sé que es la chica que más me atrae de todas.

—¿De todas las que conociste y seguís conociendo? —indagó Julián—. Son muchas. Entonces sí, es probable que estés enamorado. Pero, por una u otra razón, los dos somos cobardes. Hay algo que no me quedó claro, ¿por qué decís que ella saldría perdiendo?

—Porque si ella se enamorara de mí y yo me aburriera de la relación, la haría

sufrir.

—¿Y si terminás sufriendo vos? Las relaciones siempre son un arma de doble filo. Me parece que estás cómodo en el lugar de ganador, y aunque ya no te agrade, no te animás a moverte en el tablero. Tenés más miedo de salir herido vos que de herir a esa chica que te gusta.

Fabrizio enarcó las cejas. No podía creer que su hermano de verdad tuviera mucha experiencia y hubiera llegado a una conclusión tan acertada en tan poco tiempo. De todos modos, Julián ignoraba que Melisa era la chica que le gustaba. Tenía que aclarar eso.

—Es verdad lo que decís —admitió—. Pero ella trabaja con nosotros, y yo sé que si la lastimara, quizás hasta renunciaría.

Julián se pasó una mano por la cara. No había muchas mujeres trabajando en la fábrica: solo Claudia, Melisa, la empleada de limpieza y dos operarias. Se sintió un idiota por no haberse dado cuenta antes de lo que pasaba. ¡Con razón Melisa había dejado de sentirse avergonzada delante de él hacía meses! Ya no gustaba de él, sino de su hermano.

—¡Es Melisa! —exclamó—. Sabés que la quiero muchísimo y que no me gustaría verla sufrir por culpa de nadie. Pero creo que ella también se siente atraída por vos, y nunca te escuché hablar así. Aunque esto que voy a decirte te lleve a acusarme de que intento ser tu padre, como hiciste hace tiempo, creo que maduraste. Ya que tenés tanta seguridad para conquistas de una noche, confiá en vos para avanzar hacia algo que te haga mejor en este momento de tu vida. Todos nos cansamos de la soltería y, en algún momento, necesitamos un hogar. Quizás hasta te hagas un adicto a eso, como yo. Creo que podrías ser un buen partido.

Al ritmo de «It's my life» de Talk Talk, Fabrizio sintió que por primera vez su hermano confiaba plenamente en él. No es que necesitara su aprobación, pero... Pero, a decir verdad, sí la necesitaba, porque no era tan seguro de sí mismo para ser adulto como para ser un niño.

Después de un par de cervezas más, los dos convinieron en que era mejor irse si querían madrugar. Pidieron una última bebida y la cuenta.

—Por mamá —dijo Fabrizio, levantando el vaso con los ojos húmedos.

—Por mamá —replicó Julián, haciendo lo mismo.

Diez minutos después, se levantaron y se pusieron las camperas. Cuando Julián giró para dirigirse a la puerta, sus emociones colapsaron. Natalia estaba sentada en una mesa, con un vestido violeta y el pelo recogido en una media cola. Le pareció más hermosa que nunca, y que el corazón se le partía en dos. Por un instante, el deseo dominó sus sentidos. Ansió besarla, abrazarla y acariciarla hasta que entrar en ella fuera el único camino.

Todo se derrumbó en cuanto distinguió a un hombre sentado frente a ella. Aunque estaba de espaldas, por el porte, le resultó sencillo deducir que tendría la edad de Natalia. ¿Qué podía hacer? ¿Acercarse, intervenir y decirle que él todavía se sentía su pareja, aunque la hubiera forzado a una separación? ¿Que todavía leía su libro sin parar para sentirla cerca, que acariciaba su foto y el papel que tenía en la billetera, que la extrañaba tanto que a veces sentía que no podía vivir sin ella?

Enseguida se descubrió mirando la espalda del extraño con una sensación de estrujamiento en el pecho y el pensamiento más doloroso que había tenido nunca.

Por favor, tratala bien. Es una gran mujer, pero a veces lo olvida; hacela sentir valiosa. Mirala con el mismo amor con que yo la miro, sentí que su cuerpo es un templo precioso, como yo lo siento. Y recordá siempre que, si la hacés sufrir, aquí hay alguien dispuesto a morir por ella.

Con una mano debajo del mentón y tratando de no quedarse dormida, Natalia escuchaba el relato del ingeniero con el que se había citado en un bar de Quilmes. Mientras él hablaba, ella pensaba en cómo escribiría sobre esa nueva cita fallida en *Chinder*.

Cuando llegó a casa, estaba tan cansada y triste que se acostó a dormir. Se levantaba muy temprano toda la semana para ir al colegio. Por la tarde corregía trabajos y evaluaciones de sus alumnos, y por las noches editaba hasta la medianoche la última entrega de la trilogía. Si había un rato libre, usaba la aplicación de citas y pensaba en el futuro soñado que jamás llegaría. Por eso no pudo escribir el capítulo del ingeniero enseguida.

Encontró tiempo para volcar todo en el procesador de textos recién unos días después de la cita.

Chinder. Capítulo 2. Cita N° 2: El ingeniero robótico.

Aprendiste la lección y elegís volver en el tiempo. Después de todo, aunque no quieras, sos millennial, y te toca salir con millennials. ¿Qué significa eso? Que WhatsApp es demasiado moderno y expeditivo: ¿por qué no retroceder al viejo y querido e-mail, el mejor amigo de tus tiempos? (¡Que no escuche el MSN!)

Empezás a dar tu dirección electrónica en lugar de tu número de teléfono. Algunos se ríen, otros te dicen: «¿Mail? ¿En serio?». Pensás: «Sííí, ¡en serio! ¿O te asusta escribir mucho y con menos emoticones? ¿Tenés miedo de escribir “burro” con ve corta?».

Entre el mar de millennials whatsapperos aparece un valiente que no le teme a la vieja usanza y, por poco, no pide escribirte una carta con envío postal. Te cae

bien en el chat: no tiene faltas de ortografía, escribe con respeto y usa tildes. El súmmum llega cuando pone el signo de interrogación al comienzo de las frases. ¡Aaaaah! ¡Éxtasis total! Le das el mail y comienza el intercambio.

Kilómetros y kilómetros de palabras escritas. Relatos de su familia, de su trabajo, de sus ideas sobre la vida contemporánea. No le gustan los modelos de hombre y de mujer delineados por la sociedad patriarcal, le gusta hacer «las cosas de la casa», tiene un título universitario, ejerce su profesión y, además, tiene otro emprendimiento. Te gusta. Te gusta mucho. Es todo corrección y, encima, coinciden en muchos pensamientos.

Mail va, mail viene, en lugar de pedirte tu teléfono con el típico «¿tenés WhatsApp?», te ofrece el de él, «por si algún día tenés ganas de contactarme por ese medio». ¡Faaaah! ¡Este promete!

No lo dudás y lo agregás. Al rato, le mandás: «Hola, Juan (llamémoslo Juan). Acá estoy, este es mi número. ¡Besos!». «Juan» contesta: «¡Qué gusto saludarte también por acá», y sigue sumando puntos para pasar de filet a salmón rosado.

Te llama la atención su foto. Stalkeás. Te tiemblan los dedos, no vayas a ser cosa que, queriendo agrandar la foto, lo vayas a llamar. Finalmente, cuando la imagen adquiere un tamaño razonable, te llama la atención la seriedad. Está en un auto, con lentes de sol puestos, y una cara seria (completamente seria) que no le veías ni a tu papá cuando eras chica y el hombre estaba enojado. ¡Wow! No sabés qué pensar. ¿Por qué no se reirá? ¿Quién no sonrío, aunque sea para las fotos? ¿Tendrá algún problema en los dientes?

En el siguiente mail le comentás al pasar el asunto de la foto de WhatsApp. Te dice que no se halla sonriente, que prefiere la seriedad, pero que suele reírse. Menos mal. Sin embargo, te queda la duda de si tendrá algún temita con los dientes.

El día que te invita a salir, como él vive en la otra punta del mapa, le ofrecés ir a Capital. Te responde que no, que prefiere que no tengas que moverte tanto e ir él a tu zona. ¡Aaaaah! Estás a punto de caer rendida a sus pies, sin importar los dientes. Quedan para un viernes a la noche, y no en la cafetería que te trae recuerdos flogger, sino en un restaurante con onda para millennials con onda,

como no sos vos y como, creés, no es él.

El día del encuentro, te cae tan bien que hasta volvés a sentir un poco de cosquillas en la panza antes de salir de tu casa. Te cae un mensaje al celular justo cuando estás subiendo al auto: «Llegué temprano. Te espero». ¡Aaawww!

Manejás escuchando Metallica (¡algo que te ponga bien up!) y estacionás cerca de la plaza (sí, la misma plaza del primer encuentro, pero vas a un lado distinto). Bajás del auto, caminás... ahí está. Jean y remera. Buzo en la mano (hace un calor que mata) y zapatos. No lleva lentes oscuros, y cuando llegás al lado, descubrís que tiene ojos verdes o turquesa. Lindos ojos. Sonríe (¡tenía dientes!, y están bastante buenos). Es un chico atractivo. Es un poco más bajo que vos y muy delgadito para tu gusto, pero te puede llegar a gustar más. Después de todo, te interesa más la personalidad, y creés con firmeza que te podés enamorar de un físico que mucho no te atrae si te gusta lo demás.

Van al restaurante. La música está un poco fuerte, lo mirás. «Si no te gusta, podemos ir a otro lado», soltás. «Como vos quieras», responde. Entonces, por una cuestión de que ya conocés el lugar y sabés que la comida va a estar OK, te quedás.

Se sientan a la mesa. Le dice al camarero que no van a comer, solo tomar. No querés pensar que estás frente a otra rata: son las nueve de la noche, pensaste que algo iban a cenar. Mientras no te haga ruido la panza... Finalmente, pide una tablita de quesos y dos gaseosas. Lo notás un poco rígido, un poco robótico, pero lo atribuí a los nervios y esperás a que se suelte; hacés lo posible para que se sienta cómodo.

A medida que transcurre la charla, te das cuenta de que el momento de liberación nunca llegará. Sigue rígido, estructurado, mecánico. Cuando te pregunta, no pregunta: te sentís en una declaración indagatoria. Y de pronto, cuando menos lo esperás, te empieza a contar por qué todas sus relaciones murieron al año y por qué lo dejaron todas las otras. «Me dicen que soy un robot, que no tengo sentimientos. Y sí, yo necesito datos». Por dentro pensás: «¿Querés que te inserte un pendrive?». Se te empieza a caer el ídolo (y la libido, y todo lo que una seguidilla de mails te había subido).

Tratás de sobrellevar el tema: «Pero tu ex capaz que tenía algo de razón», decís. «Sí, seguramente algo de razón tenía», admite. «Pero yo no quería conocer a sus hijos. ¿Para qué iban a conocer a alguien si la relación en dos meses se podía terminar?». Contestás: «Pero hacía un año que salían, ¿y todavía tenías dudas de si la relación iba a continuar?». «Había discusiones», argumenta. Soltás: «Vos debés ser difícil de convencer». Te dice: «Sí, muy difícil. Debería aprender a dar la razón aunque el otro no la tenga y decir: “Bueno, como quieras”».

Ladeás la cabeza. Comenzás a imaginar un futuro con esa persona y pensás que, ante una discusión, jamás reconocería nada, o lo haría de la boca para afuera. Empezás a atar cabos y te das cuenta de que, si todas lo dejaron por «robótico», entonces nunca te va a abrazar, ni a seducir, ni a comprender desde lo afectivo y no solo desde lo intelectual.

«Yo sé por qué se terminan mis noviazgos», agrega. «Yo escucho, establezco relaciones, hago conexiones, y saco los trapitos al sol. Eso no les gusta, no les gusta que con mis decisiones les haga ver lo peor de ellas mismas». Say no more.

Le pedís irte por el volumen alto de la música y porque no soportás más el cumpleaños de veinte personas que se desarrolla en la mesa de al lado entre gritos y risotadas propias de Bob Patiño. Pide la cuenta, le ofrecés pagarle la mitad, te dice que no. Eso es bueno.

Te invita a tomar un café a otro lado. Como todavía no aprendiste a cortar a tiempo con citas que no son lo que esperabas, te sentás en la plaza, pensando que en la cafetería tendrías que aguantar una hora más, en cambio en la plaza podés irte más rápido. Boludeces que piensa una en tiempos de desesperación, bah.

Siguen hablando otro poco. Te parece un toque menos robótico, pero nada borra todo lo que ya dijo. Le hacés un par de preguntas, te cuenta un par de cosas, mirás la hora... «¡Uh, la una!». Bye, bye.

Volvés a casa preguntándote cómo lo vas a patear, segura de que te va a escribir de nuevo. Habría sido un buen partido... Lástima que no te interesaba

saber desde la primera cita por qué lo habían pateado las otras. No te interesaba que te interrogara sobre tus cosas, que «estableciera relaciones e hiciera conexiones», y mucho menos que sacara tus trapitos al sol. Solo que te hiciera pasar un buen rato.

Qué le vamos a hacer, al menos era una buena persona. Un filet crudo, pero vos lo querés frito. Y comenzar una relación sabiendo que desde el vamos vas a tener que freír a alguien no está bueno. Nunca llegan a quedar lo suficientemente cocidos como para que nos contentemos, y así, cualquier vínculo fracasa.

Incapaz de darse por vencida, las semanas siguientes continuó experimentando la frustración de las citas fallidas.

Chinder. Capítulo 3. Cita N° 3: El lagarto.

Después de unos cuantos días de sequía conversacional chinderiana, medio que te viene bien lo que sea. Aparece un hombre Equis, rellenito, alto, pelado. Como nunca te guiás mucho por lo físico, salvo casos irremontables, le regalás un «me gusta».

Empieza la charla. Parece divertido y relajado. Fuiste criada con estructuras bastante fijas, y valorás mucho la risa. No hay como divertirte con alguien.

Aceptás darle tu teléfono para conversar por WhatsApp. Te manda audios. Te cuenta de una tía que está «hecha mierda» (sic), que tuvo un lagarto que «parecía humano», que todavía tiene otro lagarto y que le encantan las tortugas, las serpientes, las arañas... En fin, un espécimen raro. Pero te hace reír.

Trabaja en logística, y va a la oficina a Capital en moto. Te invita a tomar algo. Es domingo a la tarde y, del embole, le decís que sí.

Se encuentran por tu zona (los dos viven más o menos cerca), van a tomar algo. Se sienta en las mesas de afuera sin siquiera preguntarte si estás de acuerdo. Ordenan una bebida para cada uno. Y empieza a hablar. Hablar, hablar, hablar. El tema principal es su viaje a Japón (el único que hizo, capaz). Cuando se toma un microsegundo para respirar, tratás de meter un bocado:

«Me encantaría ir a Japón». Pensás que capaz te pregunta a dónde te vas en el verano o si estás planeando concretar ese viaje que acabás de decir que te gustaría hacer. ¡Ilusa! Prosigue con sus relatos como si vos no hubieras hablado.

Pasados cuarenta minutos comprendés que estás perdiendo el tiempo y lo demostrás colocando una mano debajo del mentón para que no se te caiga la cabeza y se note que te estás comiendo el embole de tu vida. No para de hablar. ¿Cuándo se callará? ¿Todavía le queda algo más para contar de Japón? ¿Ese mosquito que está en el vidrio del local será «un Dengue»? ¿Qué estará haciendo el papa Francisco en este momento?

Volvés a la realidad cuando, de pronto, guarda silencio. Uno, dos, tres segundos...

«¡Es mi turno!», pensás, como una tonta.

«El año pasado fui a Brasil...», empezás, ya que parece que la onda es hablar de viajes. Y entonces, ocurre lo inesperado. Ni te mira, mira por sobre tu hombro. Alza la mano. ¿Estará haciendo lo que creés? Sí: al toque se les acerca el mozo.

«Otro café, capo», dice el lagartólogo.

Y en cuanto el mozo se aleja, prosigue hablando.

No le importó nada lo que ibas a decirle. No le importó que le hagas de oreja durante dos horas y no aguantás más las ganas de irte. Encima, te estás muriendo de frío. Hace rato que estás cruzada de brazos, encorvada sobre vos misma, tiritando en el asiento. No aguantás más y le pedís prestada la campera que no usa. «Sí, obvio», te dice, y más o menos te la tira. «Por lo menos eso lo escuchó», pensás con alegría. No sabés en qué momento de la posmodernidad se perdieron las atenciones, el salir de uno mismo y darse cuenta de que enfrente hay «otro».

Esperás a que se termine el segundo café (no tenés idea de cómo hace para beber y hablar al mismo tiempo). Encima tenés la amabilidad de no clavarlo con la infusión a medias. Ni bien sorbe la última gota, mirás el celular. «¡Uh, se me hizo re tarde! Perdón, me tengo que ir», largás.

«Dale, no hay problema», te dice.

¡Menos mal! Estaba esperando tu aprobación. Gracias.

Se levantan, caminan hasta la esquina y se saludan con amabilidad.

Lagartos, nunca más.

Chinder. Capítulo 4. Cita N° 4: El abogado mudo.

Llegó la hora de salir al ruedo de nuevo. Sábado a la tarde, quedaste en encontrarte con otro de tu zona que, al menos por chat, parece decente. Dice que es abogado. En la foto se parece a Thor. Sí, a Chris Hemsworth, pero con camisa. Bah, apenas tiene un aire, tampoco es la gran cosa, pero está bien para conocerse en persona.

Primer problema: llega un poco tarde. Decidís que eso no te importa y, cuando aparece, sonreís para ponerle onda. ¡Uff! En el chat no parecía tan serio y... ¿cómo se dice...? ¿«Planta»? No es como el ingeniero robótico. Es raro. Como si le hubiera faltado un toque de horno.

Se sientan en el bar. Él pide un café y vos, un licuado. Está mudo. ¡Mudo! Nunca imaginaste que extrañarías al lagartólogo. Si el abogado tuviera un 1% de la labia del otro...

Mientras remás en dulce de leche para sacarle una palabra, empezás a preguntarte cómo corno se recibió de abogado. Entonces, tus preguntas van para ese lado. «¿Dónde te recibiste?», «¿cuánto tardaste en estudiar?», «¿dónde estás trabajando?». De pronto te sentís la reclutadora de una consultora de Recursos Humanos. Pero te intriga. Te intriga mucho, porque todos los abogados y las abogadas que conocés hablan hasta por los codos. Encima, por una razón particular de tu última relación, no querés saber nada con abogados. Nunca se te hubiera ocurrido que un letrado no tuviera inventiva ni para continuar una conversación que le servís en bandeja.

Resulta que, al final, no trabaja como abogado, porque no consigue laburo en ningún lado. Está tratando de ejercer como freelance, y su único caso por el momento es una escritura de la madrina. Tardó muchos años en recibirse, de

hecho solo tiene el título desde el año pasado. Ahora te cierra todo.

Cuando los brazos te duelen ya de remar tanto y, si seguís tratando, vas a terminar con los músculos de Stallone, le decís que te tenés que ir. Salen, se despiden, se van uno para un lado y otro para el otro. Subís al auto, andás un poco... Cuando llegás a un semáforo descubrís que él está en el coche de al lado. Un coche idéntico al tuyo, ¡hasta del mismo color!

Y, sí. Lo único que tenían en común era el auto.

Chinder. Capítulo 5. Cita N° 5: Lechuguita.

«Tienes un nuevo match».

Abrís la aplicación, revisás. Un hombre pasable. Te ponés a hablar. Como parece respetuoso, aceptás darle tu número de WhatsApp.

¿Te aburre el relato hasta ahora? ¡Imaginate lo que aburre usar la app! Todas las conversaciones comienzan igual, casi parece un currículum vitae: «¿De dónde sos?», «¿cuántos años tenés?» (en los perfiles, se ve que solo miran la imagen, porque al lado suele aparecer la edad), «¿a qué te dedicás?». Y nunca falta el salame que se queja de que estás muy lejos, aunque él viva en Avellaneda y vos, en Quilmes. Pará, porque ya estaba agarrando la cartera para ir a tu cama, digo, casa, galán.

Volviendo al meollo que nos incumbe, después de las preguntas de rigor, el nuevo ejemplar chinderiano te cuenta que es vegetariano. ¡Ufa! Con las ganas que tenías de que alguien hiciera bailar la parrilla que tenés oxidándose en la terraza. Pero bueno, podés relegar el asado si la persona es buena. Mientras no te obligue a vos a comer solo vegetales...

Le decís: «Para mí, la carne es necesaria. En su justa medida, es necesaria». Te sale con toda una historieta de que el hombre primitivo no comía carne y otras teorías que muy bien no entendés, pero bueno, debés ser medio lela. Entonces te cuenta que él lee mucho sobre filosofía y que tiene un emprendimiento editorial (además de su trabajo habitual, que nunca entendiste bien cuál era) para imprimir libros de filósofos del exterior poco conocidos. Ajá.

Guardás silencio respecto de la carne, dudosa acerca de creer que de verdad el hombre primitivo era una especie de Brachiosaurus, ese dinosaurio herbívoro súper tierno que aparece en Jurassic Park.

En eso, te pide hablar por teléfono. No sabés por qué, pero una intuición extraña te impide aceptar. Insiste. Le explicás que en ese instante justo no estás sola, que en otro momento será.

Al día siguiente, otra vez te pide hablar. «¿Tenés miedo de que me coma las eses?», le preguntás. Menos mal que el autocorrector no te traicionó y escribió «heces», jajaja. Ante la falta de comprensión, le traducís el «no estoy sola» para que textualmente diga «no quiero hablar». «No me gusta hablar por teléfono», soltás. Te ofrece un encuentro en persona. Aceptás. Te pide que no sea de tarde o de noche, que vayan a desayunar. «¡Recórcholis!», pensás. «¡Qué cosa rara! ¿Quién prefiere ir a desayunar?». No tenés ganas de levantarte temprano un sábado, así que le pedís que sea tipo diez. «Bueno, pero antes tenemos que hablar, ¿sí?», responde. Re podrida de explicarle en vano que te pone nerviosa hablar por teléfono con un desconocido, terminás aceptando, porque... bueno, ¿qué loca no quiere hablar?

Te llama. Tiene linda voz. Ojalá tuviera linda también la capacidad de entender al otro y de respetar tus ganas y tu falta de ganas, en su defecto. El llamado transcurre sin mayores sobresaltos. La expectativa está en cero, pero es un buen punto de partida. Podría estar en menos diez.

Llega la mañana del encuentro. El ejemplar parece respetuoso, todo bien con eso. ¿A dónde decide ir? A la bendita cafetería de adolescentes a la que fuiste con el médico (menos mal que a esa hora los pibes duermen). ¿Por qué nadie se juega con nada? ¿Por qué invertir en una cita parece cosa de otros tiempos? Sabés la respuesta, pero no querés aceptarla: «Hoy en día nadie quiere establecer vínculos profundos. Pocos hombres invierten solo en las citas que realmente les interesan; se quedan en la superficialidad de un encuentro con alguien diferente cada fin de semana, y claro que no vale la pena invertir en eso». Por lo menos, delante de la caja, te avisa: «Pago yo, eh».

El encuentro es un EMBOLE. No, no estoy gritando, es que es un embole con

mayúsculas. Habla de filosofía, de filosofía, de filosofía... ¿Platón? ¿Kant? ¿Sartre? No, ninguno de ellos. Si te hablara de Foucault, estarías en la gloria. Pero no. Habla de teorías sin mencionar autores, teorías que solo él conoce. Es tan aburrido todo que no retenés nada y, de pronto, podés mechar que vos escribís ficción. Le mostrás las tapas de tus libros. Te dice que él grabó discos, pero que no tiene ninguno. «¿Cómo que no tenés ninguno?», preguntás, «¿no te quedaste con ninguna copia?». Te responde: «No, los hice para los demás». «Mmm...», murmurás, afirmando con la cabeza como si entendieras, mientras que por dentro pensás: «What the fuck???»», «yo también escribo», dice. «Poemas».

Conocés el paño. No todos los poetas son iguales, por supuesto, pero la mayoría se parecen y no te gustan mucho que digamos. Suelen etiquetarte en Facebook junto a otras noventa y nueve personas en extensos poemas, y te vuelven loca las notificaciones de los otros poetas que les dejan comentarios. Cuando ellos comentan algo tuyo, siempre tienen algo para criticar: que el título es cliché, que la imagen de la portada es inadecuada, que en la sinopsis quedaría mejor tal o cual palabra. Son una especie de profesores o jueces literarios.

Le pedís ver algo de lo que hace aunque él no haya dado la menor importancia a lo tuyo. Como sigue hablando, le preguntás si le da vergüenza mostrarte su trabajo. Dice que no, y busca en el teléfono letras de canciones de su autoría que supuestamente su público subió a la web (¡wenaaa!)

¡Santa Madre de la Papaya! ¡Qué bodrio! No se entiende una jota y encima te pide que interpretes qué quiso expresar. Tirás fruta. La pegás. Te sentís Borges.

Tratás de ponerle un poco de onda a la cosa, porque te estás muriendo del embole, y querés hacer algún chiste. El filósofo no sigue la broma y vuelve a hablar de asuntos elevados. Elevados a un centímetro del suelo, pero que para él son Platón y Aristóteles. La cuestión es que siempre, como sea, se sale con la suya y consigue llevarte a donde él quiere, a la conversación que él prefiere, al estado de ánimo que a él le viene en gana.

Se termina la cita con un «gracias, nos vemos», pero por dentro algo todavía

no te cierra. Llegás a tu casa y te dice por mensaje que para él fue un éxito el encuentro. Te da pena cortarle el rostro, así que le decís que bueno, que gracias, y que pueden volver a verse en otro momento.

Al día siguiente, te cuenta que se va a comer a lo de unos amigos, que por eso está preparando una ensalada rusa. Aunque sabés que él es vegetariano, como es domingo, se te viene a la mente que seguro van a hacer un asado. Se lo preguntás. Responde: «No, son vegetarianos como yo». Respondés: «Aaah, jajaja». Y entonces, llega lo inesperado.

(Transcripción textual)

Él: Es gracioso?

Vos: Sí, porque conocés mucha gente que no come carne, parece que se hacen amigos a propósito, jajaja. Siempre me cortás el mambo de la risa, eso no me gusta.

Él: Ah, OK, tranqui. Es como que me digas «me voy a comer una picada porque mi familia también come picada» y yo me ría.

Vos: No entiendo lo que querés decir. La mayoría come picadas, por eso si se juntaran no ameritaría un chiste como cuando se reúnen personas con gustos o costumbres particulares. Pero, ¿por qué tengo que terminar hablando seriamente si solo era un simple chiste que habría que pasar por alto?

Él: Eso no otorga ningún derecho. Pero tranqui. Be smart. Tratá de reírte con alguien y no de alguien. Fuerza. Se puede.

Vos: Es que no me podés estar pidiendo explicaciones por un «jajaja». Capaz no estás habituado a este medio y sobreinterpretás. Pero no se puede conversar todo el tiempo seriamente.

Él: Yo no estoy serio. Creeme. Solo me llamó la atención la risa simbólica por hacer algo que no estás acostumbrada. En la vida las cosas que hacemos no son pavadas. Se ve que tenés ganas de reírte de cualquier cosa.

Vos: Disculpame, pero no puedo ser «elevada» todo el tiempo, y si no puedo poner ni un «jajaja», no está funcionando.

Él: No está funcionando... si aún no empezó.

Vos: La conversación no está funcionando, disculpame por omitir el sujeto. La verdad, no la estoy pasando bien en esta conversación. No quiero que cambie mi humor, y vos hacés que cambie.

Él: Está bien. Tranqui.

Vos: Sí, yo estoy «tranqui», pero traté de ponerle onda, de ser libre, de reír un poco y salir de las estructuras, y no funciona.

Te ponés a repasar la conversación desde el inicio. Y entonces te das cuenta de que siempre fue igual: el patético uso de «tranqui» y «fuerza» todo el tiempo, como si vos fueras una loca histérica; la habilidad para cambiar tu estado de ánimo para el lado que él quiere, la estrategia para conseguir siempre lo que él desea, sin importar lo que desees vos.

Decidís poner punto final: «La verdad, repasé la conversación y encontré un tipo de comunicación del que no me gusta formar parte, por eso no me interesa continuar. Aun así, de mi parte está todo más que bien. Muchas gracias por lo bueno que nos dejaron un par de charlas y un café, y ojalá encuentres el tipo de mujer y de relación que estás buscando. ¡Te mando un abrazo!».

Lo eliminás de WhatsApp y lo bloqueás, porque no querés que te manipule más.

No contento con ello, te envía un mensaje de texto: «Ante todo somos personas y merecemos respeto. Ojalá puedas trabajar eso feo que se asoma en el interior. Fuerza!».

¿Eso feo que se asoma en el interior? ¿¿¿O sea que VOOOS tenés «oscuridad» adentro??? ¡Ahora resulta que sos Darth Vader!

Tengan cuidado, mis hermosas compañeras: los manipuladores son muy inteligentes y tienen una gran habilidad para colocarte en la posición de loca, histérica, desubicada, o en cualquier otra que les convenga para tomar el poder de la relación y de tu persona. Así que huyan despavoridas de este tipo de hombres con un buen dominio del vocabulario y de las estructuras lingüísticas en pos de dominarte sin que te des cuenta.

Que le vaya bien a Lechuguita, ojalá le haya salido rica la ensalada rusa. Y, como dijo una amiga: «Que Dios lo tenga en su Santa Huerta».

Camila regresó del viaje con mucho para contar. Se reunió con su tía, y se echó a llorar cuando Claudia le contó que su abuela había muerto.

—¿Por qué no me lo dijeron antes? —preguntó.

—Tu papá no quería arruinarte el viaje. ¿Qué sentido tenía, Cami? La muerte es inevitable y que estuvieras presente en el entierro no cambiaba nada. Por algo ni siquiera ibas mucho al asilo. Es mejor que la recuerdes como era antes, cuando nos reconocía, cuando contaba anécdotas...

Camila aceptó la decisión de su familia, pero por dentro siguió lamentándose por no haber podido acompañar a su padre. Ese día, además del «te amo» y el corazón de siempre, agregó «un abrazo».

En ese tiempo había aprendido que convenía estar alerta con su madre, pero de manera diferente a como lo había hecho en un comienzo. Evitar las discusiones, dejar de enfrentarla y que su hermano ocultara sus verdaderos sentimientos sirvió para que ella bajara la guardia. Dejó de hablar mal de su padre, y empezó a pensar que sus hijos al fin habían comprendido quién tenía la razón.

El plan de Camila corría por un carril oculto. Había estado leyendo mucho, pero quiso asesorarse con su profesora de Derecho. No podía arriesgarse a cometer errores, por eso le pidió conversar en un recreo.

—El año pasado usted nos explicó la diferencia entre patria potestad y tenencia. Estuve investigando más al respecto, y necesito constatar la información —explicó—. Según entendí, la patria potestad son los derechos y obligaciones que tienen ambos padres con los hijos hasta que son mayores de edad o se emancipan. La tenencia es la custodia, es decir, la guarda de ese hijo, y

la ejerce el progenitor con el que vive.

—Es correcto.

—La patria potestad la ejerce el custodio, presuponiéndose que el otro progenitor está al tanto de las decisiones que se tomen sobre el menor.

—También es correcto.

—Eso significa que, si la mayoría de edad en nuestro país comienza a los dieciocho años, el custodio en ese momento pierde la patria potestad.

—Depende. Si el hijo todavía está estudiando, por ejemplo, debería pagarle los estudios unos años más.

—Pero si el hijo quisiera emanciparse, podría hacerlo sin que el custodio lo obligue a nada.

La profesora se acomodó en el asiento, preocupada.

—Camila... Entiendo que te sientas grande y que en tu casa estés atravesando una época difícil. Pero me parece que pensar en irte a vivir sola a los dieciocho años es muy arriesgado.

—No me voy a ir a vivir sola —respondió Camila riendo. Por las dudas, no agregé explicaciones—. También estuve averiguando sobre las restricciones perimetrales, y si la persona protegida por la medida fuera a la casa del denunciado, él no estaría rompiendo la restricción, porque es su domicilio. Eso, sumado a que a los dieciocho años la hija es libre de decidir por su cuenta y a que la madre perdería la patria potestad y la custodia si se fuera de la casa, significa que podría vivir con el padre sin que la madre pudiera hacer nada. ¿Es correcto?

—Camila...

—¿Es correcto?

—Sí, es correcto —respondió la profesora, resignada.

Camila sonrió y le dio las gracias.

El diez de octubre terminó de cenar escuchando anécdotas de su hermano sobre un compañero del colegio al que había logrado ganarle a un juego de PlayStation.

—¿No salís hoy a festejar tu cumpleaños? —le preguntó su madre.

—No —contestó ella.

Tomás volvió a hablar del juego. A pesar de que el relato no le interesaba, Camila trató de retener cada tono de voz, cada palabra, cada gesto. Si había heredado algo de su padre, al parecer, era la templanza. O quizás en realidad era más bien fría como su madre. Como fuera, logró fingir que nada pasaba y hasta se ofreció a lavar los platos aunque esa noche no le tocara a ella.

—Así me gusta, Camila —le dijo su madre, que secaba la vajilla a su lado—. Me gusta que nos llevemos bien, que seamos compañeras.

Camila sonrió.

Antes de encerrarse en su cuarto, pasó por el de su hermano y le preguntó qué estaba haciendo. Tomás se hallaba sentado frente al escritorio con una carpeta abierta. Ella se sentó en orilla de la cama.

—Me olvidé de que tenía tarea de Matemática. No le digas a mamá porque me mata. La tenía que hacer a la tarde.

Camila sonrió. El amor que sentía por su hermano era tan inmenso que lo hubiera arrancado de esa casa con ella.

—Sabés que te quiero mucho, ¿no? —preguntó. Tomás se dio vuelta con el ceño fruncido.

—Yo también. ¿Por qué me decís eso?

—Porque te quiero. No tiene que haber una razón.

—Bueno —replicó el niño, y volvió a girar para seguir haciendo la tarea.

Camila se acercó, le dio un beso en la cabeza y abandonó la habitación.

Se encerró en su cuarto y miró la hora. Se le anudó el estómago al ver que eran las once de la noche. Extrajo la enorme valija que había llevado a Bariloche y la llenó con su ropa favorita. No olvidó el uniforme del colegio, el de gimnasia y el buzo de egresados. Cuando estaba tan llena que explotaba, la cerró con esfuerzo y cargó una mochila. Su computadora, el cargador del teléfono, sus alhajas, regalos de su novio, algunos libros... Abandonó en el placar una caja con cartas de sus compañeras y una campera que estimaba mucho. No podía con todo.

Una vez que terminó, se sentó en la orilla de la cama y volvió a mirar la hora.

Los nervios se apretaron en su garganta cuando vio que eran las doce menos cinco.

Abrió el chat de Octavio y escribió: *¿Todo bien?*

Sí. Te aviso, como quedamos, respondió él.

Cerca de las doce, empezó a contar los segundos. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... A las cero en punto recibió otro mensaje de su novio.

Estoy en la puerta.

Camila se levantó, se colgó la mochila de un hombro y sujetó la valija de rueditas con la otra mano. Abrió la puerta y salió al pasillo. Le temblaban las piernas, pero no el coraje ni su convicción.

Arrastró la valija escaleras abajo con dificultad. Casi se le cayó dos veces, pero al final se salió con la suya y terminó en el recibidor. Los ruidos alertaron a su hermano, que salió de su habitación y se asomó con los ojos muy abiertos. También a su madre, que hasta ese momento miraba televisión en el living.

—¿Qué haces, Camila? —preguntó Sabrina, observando la valija.

—Me voy —respondió ella con frialdad.

—¿A dónde? —indagó Sabrina, riendo con incredulidad. Tenía casi la misma voz de su hija.

Camila se plantó muy erguida.

—Acabo de cumplir dieciocho años y tengo derecho a hacer lo que quiera sin que intervengas en mi decisión.

Los músculos de Sabrina se contrajeron, por primera vez sintió verdadero miedo.

—¿De qué hablás? —replicó, procurando mantener una actitud dominante. Camila podía ser una chica madura, pero seguía siendo una adolescente, y no iba a permitir que se apoderara de la situación—. No seas inconsciente. Son las doce de la noche, ¿a dónde vas con esa valija?

—Mi paradero ya no te incumbe. Solo te estoy avisando que me voy.

Preparó su llave y se acercó a la puerta.

—¡No podés hacer esto, Camila! —exclamó Sabrina. Como su hija seguía manipulando la llave, arremetió—: ¡No seas ridícula! ¿A dónde pretendés ir? ¿Te

vas a vivir con Octavio? ¿Te pensás que es fácil? ¡Camila, contestame! ¡No seas insolente, sos mi hija!

Camila giró sobre los talones con expresión marchita.

—Tenías la custodia hasta hoy —musitó—. Sigo siendo tu hija, pero como ya soy mayor de edad, decido que la patria potestad no la tengas vos. Me estoy emancipando de tu control.

El vocabulario logró desconcertar a Sabrina. Sabía que su hija se había anotado en la facultad para el CBC de la carrera de Derecho, pero no que sabía tanto al respecto. ¿Por qué nunca habían hablado de casos judiciales, si a ella también le interesaban? ¿Por qué no habían aprovechado esos últimos meses acercándose en lugar de discutir? ¡Julián! ¡Todo era culpa de su ex!

—Si estás pensando en ir a lo de tu padre, te advierto que lo vas a meter en un problema —la amenazó, esforzándose para sonar convincente.

—¿Por qué, si la que está rompiendo con la restricción perimetral soy yo? —replicó Camila, sin amedrentarse—. No intentes engañarme, ya no te tengo miedo. Y voy a hacer que él tampoco lo tenga. ¿No te das cuenta de que nadie te respeta? Solamente estábamos asustados de vos porque tenías el poder. Pero el poder es un juego que cambia de manos, y hoy empezás a perderlo.

Tomás bajó las escaleras corriendo.

—¡No te vayas, Cami! —gritó, llorando con desesperación—. ¡No te vayas, por favor!

—Perdoname, pero no puedo escucharte —respondió ella—. No lo hago solo por mí. También lo hago por vos.

Abrió la puerta. Estaba nerviosa y asustada, pero igual sujetó la valija con fuerza.

—¿Qué vas a hacer cuando te des cuenta de que yo tenía razón? ¿Con qué cara vas a volver a casa? —continuó Sabrina—. Ya me vas a pedir perdón con la cabeza gacha.

Camila la miró.

—No voy a volver —respondió, y arrojó la llave al suelo.

Se dio la vuelta y, aunque su madre siguió con sus estrategias para retenerla,

no le hizo caso. Mientras ella cruzaba la vereda hasta el auto donde la esperaba su novio, él abrió el baúl y bajó para ayudarla a cargar la valija.

—¿Sos cómplice de esto, Octavio? —cuestionó Sabrina—. Te abrí las puertas de mi casa, compartiste conmigo almuerzos y cenas, ¿y llevás a mi hija con una persona que la puede poner en peligro? Sos un año más grande que ella, no puedo creer que también te comportes como un inmaduro.

—Disculpe —le dijo Octavio, y cerró el baúl para volver al asiento del conductor.

Las puertas del vehículo se cerraron, y él arrancó. Camila temblaba, entonces le sujetó la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó. Ella asintió con los ojos húmedos—. ¿Estás segura de que querés hacer esto?

—Sí.

Se dio vuelta para mirar atrás: su madre y su hermano continuaban en la vereda, viendo el coche alejarse. La imagen le partió el corazón. Hubiera deseado que todo fuera diferente. Irse de su casa como una fugitiva no era lo que soñaba, pero tampoco había soñado con perder la comunicación con su padre, ni con tener que verlo una sola vez a escondidas como si fuera un delito. Nunca hubiera querido dejar a su hermano llorando, ni a su madre sufriendo por su partida, ni la habitación en la que había dormido desde que era una niña. Tan solo quería ser justa.

Por milagro, había un lugar para estacionar casi en la puerta del edificio de Julián. Camila descendió preparando la llave que conservaba de la vez que su padre se la había arrojado por el balcón. Octavio llevó la valija hasta el ascensor y se despidió.

Para Camila, el elevador se movía demasiado despacio. Cuando llegó al piso del departamento de su padre, corrió arrastrando la valija y tocó el timbre con desesperación. Hubiera deseado abrir con la llave, como había hecho con la reja y la puerta de la planta baja, pero temía invadir su intimidad.

Julián espío por la mirilla. Cuando vio a su hija del otro lado, sintió al mismo tiempo alegría y terror. Si había roto la perimetral a pesar de que él le había

pedido que no volviera a hacerlo y tocaba el timbre con tanta desesperación, tenía que haber ocurrido algo. Temió que Tomás hubiera sufrido un accidente o que ella misma se encontrara en peligro. Además, era su cumpleaños.

Quiso abrir rápido, pero la ansiedad le impidió ser preciso al colocar la llave y perdió preciados segundos. Cuando al fin tuvo a Camila ante sus ojos, ella se arrojó a sus brazos. Recién entonces vio la valija.

—Cami... —murmuró. Si eso era lo que imaginaba, no le alcanzaría la vida para agradecer la oportunidad que se le brindaba.

Ella lo miró a los ojos llorando.

—Tengo dieciocho, mi mamá ya no puede obligarme a vivir con ella. Y como soy yo la que está en tu casa por decisión propia, nadie te puede hacer nada. Estuve esperando meses este momento. Meses contando los días, las horas y por último los segundos para venir a vivir con vos.

Julián dudó de que su alma pudiera resistir tanta gratitud repentina. Se había sentido vacío y sin fuerzas durante mucho tiempo. Había estado ahogándose, y jamás imaginó que volvería a respirar de golpe.

Se sentía feliz de que su hija hubiera decidido ir a vivir a su departamento, pero también sabía que estaba sufriendo. Dudaba que una chica de dieciocho años pudiera sentirse tranquila cuando acababa de abandonar a su madre y a su hermano, posiblemente de forma violenta. Él no sentía nada por Sabrina, pero su hija debía amarla a pesar de lo mal que se llevaban. Tampoco era bueno que los hermanos vivieran separados. Tenía que relegar su felicidad y sus miedos por el bienestar de Camila, pero en ese momento no fue capaz de hacerlo. Si no se aferraba a ella, moriría.

Volvió a abrazarla con fuerza; si hubiera podido, habría cargado él con su dolor. Ver sufrir a un hijo era lo peor que le podía pasar a una persona.

Hundió la nariz en su pelo y recordó cuánto había extrañado su aroma, su voz, sus bromas. Todavía le parecía que era una niña, aunque ya era casi una mujer. Las mismas manos que habían rodeado su dedo ahora se aferraban a su pulóver como si fuera el último bastión del mundo.

—No sufras, Cami —murmuró, acariciándole el pelo—. Te prometo que todo

se va a solucionar. Tarde o temprano, vamos a recuperar todo lo que teníamos. Nuestro tiempo, nuestras risas, nuestra capacidad para crear todos los días una anécdota.

Camila sonrió, aunque continuaba llorando. Se apartó para mirarlo sin soltarle los brazos.

—¿Te acordás cuando me caí en un desfile de la escuela a los seis años? — preguntó. Julián rio entre lágrimas, igual que ella.

—Lloraste todo el camino a casa. Te dio mucha vergüenza, pero la gente te aplaudió porque te levantaste y seguiste caminando como si nada hubiera pasado, y eso hacen las profesionales.

—Me dijiste que, cuando sintiera que me caía, no tenía que desesperarme, que tenía que pisar con firmeza. Y que si igual me caía, tenía que levantarme, así como había hecho en el desfile. Quiero que sepas que todo este tiempo tuve eso en mente, porque cuando lo dijiste, sé que no solo te referías a tropezarse en una pasarela. Hablabas de la vida. ¿Y vos? ¿Te acordabas de que había que levantarse?

Julián se quedó atónito, preguntándose cómo Camila había pasado de ser una recién nacida a una adulta. Se sintió orgulloso de su hija, todavía más de lo que se sentía cada día de su vida, y también avergonzado. Admitió, cabizbajo y para sus adentros, que había olvidado su propio consejo.

—Gracias por recordármelo.

—Es la tercera vez que vengo —protestó Sabrina—. Soy abogada, y mi pareja también.

—Doctora, acá son todos abogados —replicó la recepcionista de la mesa de entradas del juzgado, inclinando la cabeza hacia un costado.

—Necesito que el juez me reciba —insistió. No le gustaba contar sus

intimidadas a cualquiera, pero ante la expresión indiferente de la chica, no tuvo más remedio. Era el último recurso para que el juez la recibiera—. Mi ex marido tiene una restricción perimetral desde hace casi seis meses y mi hija se fue a vivir con él. ¡Está en peligro!

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Acaba de cumplir dieciocho.

—¿Tiene dieciocho años y se fue a vivir a la casa del que tiene una restricción perimetral contra ella? —Ahogó la risa—. ¿Qué quiere que hagamos? Es su hija la que se está metiendo en el domicilio del denunciado. Me extraña, doctora. Si usted es abogada y su pareja también, debería saber que no se puede hacer nada. Si quiere vaya a la policía, pero le van a decir lo mismo. No se puede arrestar al denunciado por incumplimiento de la restricción perimetral si está en su domicilio y la que se metió ahí fue su hija por voluntad propia.

—Pero ella tiene un síndrome de Estocolmo con el padre. Lo defiende a ciegas, porque él es violento pero con ella finge que es bueno.

—Háblelo con un psiquiatra. ¿La estuvo llevando todo este tiempo?

—No necesito que me enseñes a ser madre, querida, necesito ver al juez.

—Ya le expliqué que en este momento no se encuentra en el juzgado. Deje un escrito si quiere.

—No te voy a dejar un escrito, voy a exigir que el juez me reciba con los amigos de mi pareja. Tiene conocidos en la intendencia.

—Haga como quiera, doctora. ¿Quién sigue?

Hola, Natalia.

¡Qué emoción! Ya se acerca tu nuevo lanzamiento.

Quería comentarte que programamos una presentación en una librería con posterior firma de libros. En breve te confirmo el día, el horario y la dirección.

¡Nos vemos!

Estefanía Mariani

Jefa de prensa

Natalia escribió en la agenda la información que acababa de recibir de la editorial y revisó qué tenía que hacer al día siguiente. Había pautado una evaluación con tercer año, así que se ocupó de preparar el examen y después se entretuvo un rato mirando Facebook.

Cuando no tenía nada que escribir o editar, se sentía bastante perdida. No había día que no pensara en su futuro sombrío. Si antes creía que cuando sus padres murieran estaría sola, ahora ya podía verse en un limbo de desamor y aislamiento eterno. Tenía conocidos, pero le costaba hacer amigos, y mucho más encontrar pareja. Además, los treinta la sumían en una crisis. Por ahora se entretenía con el éxito de los libros, pero estaba segura de que eso era pasajero. ¿Qué haría cuando los eventos literarios y el cariño de la multitud desaparecieran? ¿Con qué llenaría su insaciable necesidad de amor?

Al menos supe qué se siente ser feliz. Algunas personas pasan por este mundo y mueren sin haber conocido la felicidad, reflexionaba. Pero no servía como consuelo. Quería sentirse feliz de nuevo aquí y ahora.

En eso pensaba mientras movía el *scroll* del *mouse* y pasaba sin mirar

publicaciones de Facebook. No alcanzaba a leer estados, pero las fotos retrataban la vida feliz de la gente. Madres con sus hijos, libros, viajes, parejas... Lamentó no poder mostrarles lo mismo. De los 4238 contactos que tenía, solo conocía desde antes de ser una escritora publicada a cincuenta. Los 4188 restantes la olvidarían tarde o temprano, a excepción de unas pocas personas con las que se relacionaba a menudo, aunque sea por chat.

Dejó de mover el dedo cuando divisó la foto de un cachorro. «Necesita tránsito urgente», había escrito la dueña de la publicación. Era una rescatista de Quilmes. No existía ser más fiel que un perro, y pensó que le haría bien recibir y dar amor. Estaba desesperada por sentir ternura, por eso le escribió.

Cuatro horas después, una chica detuvo un viejo automóvil blanco en la puerta de su casa. Natalia salió contenta a recibir al cachorrito que llenaría de amor y ternura sus días, y, a cambio, lo primero que recibió fue una bolsa de medicamentos.

—Hola. Gracias por ocuparte estos diez días. Lo encontramos abandonado en una esquina, pobrecito, y se ve que pasó mucho frío porque tiene tos. Le tenés que dar este antibiótico cada ocho horas con esta jeringa y este jarabe con esta otra. El horario de toma es a las tres de la tarde y a las tres de la madrugada. También te dejo un shampoo especial para que lo bañes, porque se rasca mucho, y las pastillas desparasitantes. No lo dejes salir, como está resfriado, tiene que quedarse siempre adentro. Si podés, preparale comidita. El alimento balanceado no le gusta mucho. El viernes vuelvo para llevarlo al veterinario.

Natalia se había perdido en la primera oración.

—¿Está todo anotado? —preguntó.

—Sí, la veterinaria me lo anotó en un papel que te puse adentro de la bolsa.

Aun con tantas indicaciones que nadie le había comunicado antes de entregarle el perro, Natalia aceptó el reto. No tenía ganas de poner el despertador a las tres de la madrugada, levantarse a meterle dos jeringas en la boca a un perro y procurar volver a dormirse, con lo que le costaba desde el comienzo. Tampoco era fanática de limpiar pis y caca del suelo de la cocina, preparar mejunjes con olor a pollo hervido y acabar con alergia porque el animal, si se

rascaba mucho, podía tener hongos, pulgas o incluso sarna. Sin embargo, su necesidad de amar y ser amada era más grande que los miedos, y se convenció de que no sería tan difícil.

En cuanto tuvo al cachorrito entre los brazos, le dio un beso en la cabeza. Olía muy mal, y le quedó la sensación de que había apoyado los labios en una capa de polvo, pero se sintió colmada de afecto. Lo llevó a la cocina, que estaba conectada con el pequeño living. Cerró la puerta de las habitaciones, del baño y del lavadero, y colocó una sábana vieja en el suelo para que el perro se acostara. Por supuesto, el animal siguió su instinto y, en lugar de quedarse quieto en un sitio, comenzó a recorrer la casa.

Natalia se sentó y abrió la bolsa en busca de las indicaciones. La letra de la veterinaria era peor que la de unos cuantos de sus alumnos. Para cuando adivinó la primera oración, sintió mal olor. Se levantó y descubrió que el perro había hecho sus necesidades delante de la puerta.

En cuanto Liliana llegó, el animal corrió a olerle las piernas.

—¿Qué hace este perro acá? —preguntó.

Había regresado de su clase de folclore. Desde que Natalia se había ido a vivir con Julián, salía mucho. Se había buscado actividades por consejo de la psicóloga que la atendía por PAMI, y se sentía mejor.

—Es un rescatadito —respondió Natalia.

—¿Trajiste un perro?! ¿Estás loca, Natalia?! ¿Quién lo va a cuidar?

—Yo.

—¿Vos? ¡Si no hacés nada! Después te reconciliás con Julián, te vas a vivir de nuevo con él y me lo clavás a mí. Ya me clavaste el gato.

—No me voy a reconciliar. ¿No ves que ni se acuerda de mí?

—Por favor, devolvé este perro ya.

—Se queda por diez días nada más.

Liliana sintió cierto alivio, aunque aún le desagradaba la idea de convivir con el perro. Tenía miedo de que su gato asesino se lo devorara.

—Olvidate de que yo le haga de comer y limpie sus necesidades, eh. Y no quiero ver ninguna en el suelo. No quiero caminar en un campo minado de

soretas —le advirtió.

—Ya te dije que lo voy a cuidar yo. ¿Qué te pensás? ¿Que no puedo cuidar un perro?

Al quinto día de dormir poco y mal por el horario de los medicamentos y porque el cachorro no paraba de llorar, cocinar arroz con pollo y limpiar pis y caca a toda hora, creyó que moriría. Estaba cansada, estresada y malhumorada. No terminaba de limpiar el pis que el cachorrito había hecho junto a la puerta, que el animal ya se agachaba a defecar cerca de la biblioteca.

—¡¿Podés dejar de cagar por un segundo?! —le gritó.

¿Y ella quería tener un hijo? ¡Si ni siquiera podía con un perro! Si algún día tenía pareja de nuevo —lo cual jamás sucedería—, no permitiría que le tocara un pelo sin preservativo.

Esa noche, después de secarse el pelo, descubrió que tenía un manojito de canas. Se acercó al espejo, sujetando los cinco o seis cabellos blancos que invadían su flequillo. Abrió la boca y los ojos como si le hubieran dicho que debajo de su casa se escondía un cementerio.

¿Por qué a mí?, pensó. ¿Por qué todo junto? ¿No le bastaba al universo con haberme condenado a ser soltera que también me tenía que envejecer de golpe? Corrió a la farmacia a comprar una tintura en aerosol, porque ni loca se hacía el color en todo el pelo solo por cinco canas.

Los días pasaban, y ya no sabía qué hacer para sentir que su vida tenía un propósito. ¿Por qué le resultaba tan difícil concebir su nueva existencia sin amor romántico? ¿Por qué sentía que, después de Julián, no había nada mejor esperándola?

—Ya no quedan hombres —se quejó en el recreo de la escuela privada. La mayoría de sus colegas eran personas casadas, y sus matrimonios databan de otra época. Una en la que era más fácil sentirse querida por un hombre antes de que pretendiera llevársela a la cama.

—Yo tengo un amigo separado que es buenísimo y se queja de que ninguna mujer lo quiere en serio —le dijo una colega—. Lo único, es un poco más grande que vos. ¿Te molesta la diferencia de edad? Si no te molesta, le doy tu

teléfono.

Natalia no se echó a reír porque todavía estaba muy enojada con Sabrina, con Julián, con las aplicaciones de citas del celular, con ella misma, con el perro y con la vida. *¿A vos te molesta la diferencia de edad?* Ja-ja.

Fue la peor cita de su vida.

Chinder. Capítulo 7. Cita N° 6: El «rico» apurado.

De nuevo seguía en Chinder (y también en Cagadoo), así que prestás atención a una compañera de trabajo que te dice que tiene un amigo buenísimo, separado, que se queja de que no encuentra mujeres que lo quieran en serio. Según él, como tiene mucho dinero, todas lo quieren por interés y no por su interior.

Accedés a que le dé tu teléfono. Al otro día te escribe un mensaje. Espiás la foto: ¡uff! No te gusta ni medio. Parece muy grande en comparación con vos, pero bueno, capaz es un hombre serio, con buenas intenciones, con ganas de algo lindo. Al menos eso te dijo tu compañera, y sabés por tus propias vivencias que los hombres grandes saben cómo tratar a una mujer. Por lo menos lo sabía el que conociste, así que te refugiás en la fantasía de que este también va a ser un experto.

Es el candidato que más ilusiones te despierta. Sin embargo, como físicamente no te gusta, lo bicicleteás a ver si te decidís a conocerlo en persona. No es tu intención parecer «histérica», pero en este caso es inevitable. Le pedís seguir hablando por WhatsApp un tiempo con la excusa de que estás muy ocupada. En parte es verdad, pero podrías hacerte un tiempito. La cuestión es que él respete los tuyos, y parece bastante apurado por el encuentro. Tratás de comprenderlo: te lleva veinte años y viene de otra época, el celular no es su medio favorito.

Un día te saluda con un: «Buen día, bebé». Cae otro mensaje: «Perdón, el “bebé” no va». Sospechoso. No te gustan esos apelativos, te hacen sentir incómoda. Para tu mala suerte, sabés de lingüística, y entendés que, en ese contexto, encierran un pensamiento libidinoso sobre tu cuerpo, una intención

meramente sexual. Tratás de pensar que el autocorrector lo traicionó y capaz quiso escribir tu nombre. Ni vos te la creés, pero bueno, se retractó. Ya pasó.

Después de otra decepción con la aplicación para encontrar pareja, decidís darle una oportunidad. ¿Y si me enamora con su conversación? ¿Si no me atrae para nada físicamente, pero va de a poco y me termina atrapando de algún modo? Cuando te propone salir de nuevo, al final le decís que sí. Como si eso fuera poco, ya que viene de parte de una conocida, por primera vez permitís que un «candidato» te pase a buscar por tu casa y que sea una cena. Estás tranquila, tenés la garantía de que tu colega te habló de él y a él de vos, así que seguro sabe cómo llevar adelante la situación para que los dos lo pasen bien en el encuentro.

Se hacen las nueve, no llega. Te avisa que recién salió a la hora que tendría que estar en la puerta de tu casa. No importa; tiene un trabajo que a veces puede retenerlo un tiempo extra, así que te tirás en la cama y boludeás hasta que llega otro mensaje media hora después y te avisa que está cerca de tu casa, pero que no la encuentra. El número es bastante grande y la calle tiene un cartel con el nombre, pero no importa. Le avisás que ya salís y vas a la puerta.

En la esquina hay un auto blanco hermoso. Hermoso de verdad, una nave espacial. Cerrás con llave y te largás a caminar. Subís. ¡Wow! Nada que ver con la foto de WhatsApp. Si tuvieras confianza le dirías que la cambie ya, porque lo hace diez años mayor. No es hermoso, pero zafa. Empieza a andar y buscás conversación. Que el clima, que el trabajo, que la autopista... No habla mucho, pero al menos contesta lo que le preguntás. No te pregunta nada a vos. Eso es un poco incómodo, lo mismo cuando hay silencio y jamás lo rompe si no ayudás. No importa; estás ahí para pasarlo bien y confiás en que ya mejorará. Capaz está nervioso.

Ya en Capital, en los semáforos pone una mano en el respaldo de tu asiento. ¿Querrá comodidad? Te sentís un poco «esposa de repente», pero te la aguantás. Como no hay dónde estacionar en Puerto Madero, decide meterse por Corrientes. Terminan en un estacionamiento y salen para ir a cenar.

Llovizna. Tratás de ir por debajo de los techos. Él va a tres metros, delante de

vos, debajo de la llovizna, sin detenerse siquiera a comprobar si te mataste con los taquitos o estás viva. «¡Qué poco caballero!», pensás. «Podríamos caminar uno al lado del otro, si igual se está mojando». Lo dejás pasar.

Durante la cena, se suelta un poco más cuando habla de sus bienes materiales. Le resulta mucho más fácil conversar de plata que de su vida personal.

Cuando salen, ya no llovizna. Otra vez el mismo rollo: camina tres metros delante de vos, por cualquier lado, sin mirar atrás.

Llegás más tarde que él al estacionamiento y esperás que pague a un costado. Van al auto y salen. Se producen silencios incómodos, ya no sabés qué preguntar. Terminás interrogando un poco sobre música y le contás, sin que te lo pida, algo de lo que te gusta a vos.

Una vez que toman la autopista, todo marcha normal. De pronto, te dice: «Voy a cargar nafta», y abandona los carriles para meterse en la estación de servicio. Se detiene junto al surtidor. Mientras habla con playero de la estación aprovechás para mirar un mensaje que te llegó al celular. Y de pronto, sin aviso previo, sin conexión y mucho menos ganas, te agarra de la cabeza, te lleva contra su costado y te encaja un beso en la boca.

No sabés qué hacer. Alejarlo con la misma brutalidad con que te atrapó él sería un poco exagerado. Te mete la lengua. Es un asco. La mueve rápido y te babea, un perro debe besar mejor. Querés que pare, pero estás en el medio de la autopista. ¿Cómo vas a volver a casa desde ese lugar si te bajás y lo dejás plantado?

De repente, un montón de posteos de Facebook pasan por tu cabeza; es la pobre aproximación que tenés al feminismo. ¿A partir de qué punto se considera un abuso? ¿Le tengo que ceder una parte de mi cuerpo para volver sana y salva a mi casa? ¿Tengo que sentir algo sí o sí solo porque me está besando?

Te salva el chico de la estación de servicio, que vuelve para cobrarle. Paga y te mira. «Hmm, qué lindo beso», te tira. «Me vas a dar otro, ¿no?».

No contestás. Arranca. Te querés morir, vas rezando para llegar enseguida a tu casa. Y entonces, se detiene de nuevo. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué para en este

rincón oscuro de la estación de servicio, lejos de los surtidores, lejos de las personas?! Te quiere agarrar la cabeza de nuevo, y al fin le decís que no. «Dale, ¿por qué no? Dame otro beso», insiste. «Porque no. No quiero. Me gusta ir más despacio», le explicás vos. «Ya vamos a ir más despacio», responde, y se ríe. Qué asco. «No. Quiero ir más despacio». «Dale, vamos a tomar un helado», dice.

Ya no sabés qué pensar. Helado... Helado... Quiere ir al telo. «No, quiero ir a mi casa», contestás. Se ríe de nuevo y al fin arranca. Te da la mano. Convenís con vos misma y con el feminismo que es preferible ceder una parte de tu cuerpo (la mano es mejor que la boca) con tal de volver a tu casa. Sigue insistiendo con el helado. Tenés ganas de decirle que se lo meta en el culo al helado, pero a cambio le acariciás la mano.

Volvés a respirar recién cuando se detiene en la puerta de tu casa. Te quiere besar de nuevo. Le decís que no, que gracias por la cena, pero que no le vas a dar otro beso. (Sí, parece que hablaran dos niños de seis años, pero son una mujer de treinta y un pelotudo de cincuenta.)

Te bajás y entrás a tu casa. ¡Menos mal que era el amigo de una conocida, una buena persona, un pobre hombre al que ninguna mina quiere por quién es él, sino por lo que tiene! Con esa actitud, por algo solo lo siguen los gatos.

Cuando ves a tu mamá, que está mirando la tele, sentís ganas de llorar. Te la aguantás. La sacaste barata. Pelotudos va a haber siempre.

El martes, cuando se lo contás a una amiga, te dice: «Pobre hombre, estaba apurado, pero tampoco fue para tanto, solo fue un beso. No lo veas así, no te estaba usando. Fue un beso mal dado, nada más».

Volvés a tu casa preguntándote si estarás loca, si pensar que por un momento usó tu cuerpo en contra de tu voluntad será exagerado, hasta qué punto tenía derecho de sentir que tu boca era suya y que debía servirlo porque pagó una cena. La boca y otra cosa que zafaste de darle, pero que te dijo que quería con un eufemismo. Seguro sos vos la loca, la que debe estar exagerando... Vos provocaste el abuso (que en realidad no fue abuso) aceptando que te lleve en el auto. Capaz también tuvo la culpa el pantalón (porque ni pollera te pusiste), o la

remera con mangas, o el brillito en los labios. Y sí, siempre tenemos la culpa nosotras, no los «ricos apurados».

Natalia dejó de escribir cuando las lágrimas le nublaron la mirada. *Julián. Solo quiero a Julián, pensó. Él jamás me habría besado en contra de mi voluntad. Jamás se habría detenido en una estación de servicio para convencerme de ir a un hotel alojamiento, y si se enterara de que este tipo me hizo eso, lo mataría.*

¿Por qué me veo obligada a llevar una vida que no elegí? ¿Por qué tengo que buscar un proyecto personal como una desquiciada, para no sentir que estoy a la deriva? No hago lo que quiero. No me siento como quiero. No estoy con quien quiero. Y me cansé de esto.

Eliminó las aplicaciones que había descargado, llamó a la rescatista para que se llevara el perro y se echó a llorar desconsolada.

El tercer día que desperdició entre lágrimas y pañuelos, entendió que la ira se había disipado y que había avanzado un estadio más del duelo. La parte más larga y dura había comenzado, la depresión era el peor de los estados. Solo esperaba salir fortalecida.

Camila salió del baño en pijama, frotándose los ojos. Se había lavado la cara, pero acababa de levantarse y todavía tenía sueño.

El sol del primer domingo de diciembre iluminaba el living y el comedor a través de la ventana. Su padre estaba sentado a la mesa, leyendo el primer libro de Natalia. Había una taza y un plato vacíos a un costado. Apostaba a que había desayunado con el libro en la mano.

Se sentó en el lugar de enfrente, se descalzó y dobló una rodilla para apoyar el pie en el borde del asiento. Observó un momento a su padre, muerta de ternura.

—¿Otra vez estás leyendo ese libro? —preguntó, sofocando la risa—. ¿Cuántas veces lo leíste desde que se publicó?

Julián alzó la mirada sin cerrar el libro.

—No sé. Perdí la cuenta. Me gusta.

—Ya sé que te gusta. Pero te gustaba más cuando era real, ¿no?

Él se quedó pensando. No estaba seguro de lo que significaba la mirada pícaro de Camila en ese momento, pero aun así decidió ser honesto.

—La parte que está contada en el libro me gustaba más cuando era real. Pero a causa de lo que no se cuenta en los libros, siempre es mejor la ficción. Descubrí que cuando terminás de leer una novela romántica, te queda la sensación de que todo es posible y de que el amor es suficiente para luchar contra el mundo. Cerrás el libro y los personajes se estancan en una felicidad eterna. —Hizo una pausa—. Es mentira. La vida real no es así. La felicidad solo son momentos, y el amor no siempre basta.

—¡Ay, qué horror! —exclamó Camila con una expresión exagerada—. Eso no suena a vos.

—¿Y cómo debería sonar?

Camila bajó el pie de la silla y se irguió con entusiasmo para imitarlo.

—«Camila, no es fácil, pero siempre tenés que luchar para alcanzar tus metas»
—dijo, tratando de imitar la voz de su padre. Julián rio—. «No importa lo que digan o hagan los demás, vos tenés que ser fiel a tus valores y convicciones». «El amor es lo más importante del mundo».

—¡Yo nunca dije eso último! —exclamó él.

—No hace falta que lo digas. Lo demostrarás. —Julián se quedó sin palabras, con la sonrisa suspendida en los labios y una increíble sensación de gratitud en el alma. No podía creer que esa fuera su hija, y que su hija le estuviera diciendo eso—. Es que no entiendo —continuó Camila—. De verdad no entiendo por qué los adultos a veces dan tantas vueltas. ¿La edad los hace cobardes? La escritora que basó esa historia en vos y en ella está a veinte cuadras de tu casa, apuesto a que sufriendo porque se dejaron, igual que vos. Y vos estás acá, conformándote con la ficción. Es patético. Por si te sirve, te cuento que la última parte de su trilogía, que seguro querés leer y yo también, ya salió, y que Natalia la va a presentar en una librería de Capital el sábado. Deberías tener alguna red social, si no, no te enterás de nada. Yo voy a ir con Octa. Si querés, vamos los tres. Tengo que aprovechar a leer ahora, me contó él que cuando empiece la facultad no voy a tener tiempo. —Se levantó y enfiló hacia la habitación—. Bueno, estás invitado —soltó, y se alejó.

Los libros le habían enseñado a dejar a la gente intrigada. Si alguien quería conocer el final de una historia, no tenía más que avanzar por los capítulos sin detenerse. Estaba segura de que su padre avanzaría, porque era un buen lector.

Julián pensó toda la semana qué iba a hacer con el asunto de la presentación. Se preguntaba si estaba listo para proponerle volver a Natalia, porque no iría si no fuera así. Se moría de ganas de conversar con ella, de abrazarla y reír juntos como si esos meses separados no hubieran existido. Sin embargo, su vida no era precisamente un lecho de rosas, y temía que otra vez no lo resistieran.

Además, no podía ignorar que la había visto en el bar con otro hombre. ¿Y si en la presentación también se encontraba ese chico? ¿Sería solo una cita o

estarían saliendo? Procuró pensar de acuerdo con su edad y su experiencia, y no motivado por celos de veinteañero. Tenía que ser un intento, no una pareja. Le resultaba imposible creer que, mientras él no podía sacársela de la cabeza, Natalia ya lo hubiera olvidado con otra persona. Estaba seguro de que la historia que habían compartido no había sido pasajera. Había sido muy intensa. Y ningún sentimiento profundo se terminaba tan rápido; los sueños no se desvanecían en un par de meses.

Tenía cierto entrenamiento para pasar desapercibido, así que decidió que iría a la librería. Se sentaría en el fondo de la sala, espiaría a Natalia desde lejos mientras firmaba libros, y si al verla todavía no se sentía el hombre entero que ella merecía, sería como si nunca hubiera estado allí, ya que Natalia jamás lo notaría.

El viernes, mientras cenaban, interrogó a Camila.

—¿A qué hora tendríamos que salir mañana para ir a la presentación?

Camila evitó que su rostro delatara sus emociones, pero celebró por dentro. Sabía que su padre querría ir a la presentación desde que ella se la había mencionado.

—Depende —respondió, haciéndose la misteriosa—. Si vamos en tu auto, a las tres está bien. Si nos lleva Octa en el auto del padre, tendríamos que salir a las dos y media.

—¿Por qué la diferencia? —indagó él por mera curiosidad.

—Vos manejas más rápido.

Julián sonrió, sintiéndose un idiota porque un dato tan tonto lo pusiera de buen humor. Le gustaba que Octavio condujera despacio, no quería que nada ni nadie pusiera en peligro a su hija.

—Vamos en el mío —determinó.

—¿Entonces venís? ¿Le vas a llevar rosas rojas? —bromeó Camila.

—Eso sería demasiado anticuado. Además, tengo miedo de que me las tire por la cabeza.

Camila rio.

—No te preocupes, está tu hija para defenderte —dijo, e hizo un gesto con el

brazo, como si le mostrara los músculos.

Julián no creyó que el sábado, mientras conducía para ir a la librería, se pondría tan nervioso. Camila, que estaba sentada a su lado, conversaba con Octavio, que iba en el asiento de atrás, como si nada estuviera pasando. De pronto lo miró y le hizo una pregunta, pero justo en ese momento Julián estaba distraído pensando qué actitud tomaría si Natalia lo descubría y no la escuchó.

—¿Puedo? —insistió Camila.

—¿Si podés qué?

—Cambiar la música. Si escuchamos otra canción de A-ha o The Smiths, me tiro por la ventanilla.

—Sí, cambiá —aceptó Julián—. Pero no pongas esos que gritan siempre lo mismo sobre una música estruendosa.

Su hija era tan obediente que lo torturó todo el camino con Limp Bizkit.

Mientras apagaba el estéreo en un estacionamiento, Julián la observó bajar del auto y pensó que los chicos eran un fenómeno curioso. Camila había sufrido buena parte de la secundaria porque la directora no la dejaba usar las chapas de soldado colgando del cuello y el pañuelo en la cabeza. Ahora que podía usar todo eso con libertad, solo se había anudado uno en la muñeca y prefería una cadenita con un dije que le había regalado Octavio para su cumpleaños.

Desde que llegaron a la librería y vio la fila de lectores, quiso que se lo tragara la tierra. Si él podía reconocer a algunas personas de las firmas anteriores, no quería imaginar cuántas serían capaces de reconocerlo a él. En el último evento al que había asistido, las señoras incluso lo habían llamado Fabián. Acostumbrado a pasar desapercibido, convertirse en el centro de atención, aunque fuera por un rato, le causaba terror.

—Hagan ustedes la fila —pidió a su hija—. Yo espero por ahí y vengo a la hora en punto, cuando hayan abierto la puerta.

—Te guardo un asiento. Pero no llegues tarde —respondió Camila.

—¿Cómo voy a llegar tarde? Lo que menos quiero es llamar la atención. Por favor, sentate en el fondo. En el fondo, Camila, eh.

—Sí, me siento en el fondo —replicó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Quiero entrar y deslizarme en el asiento.

—No te preocupes, confiá en mí.

Salió de la librería y recorrió la calle Florida hasta que se hicieron las cuatro de la tarde. Cuando regresó, el público ya había ingresado a la sala. Respiró profundo antes de atravesar la puerta; esperaba que Camila hubiera cumplido con su acuerdo. Si lo obligaba a sentarse en la primera fila, la haría volver caminando.

Por suerte la encontró en el tercer asiento de la anteúltima fila, de modo que su plan de ingresar y deslizarse en la butaca se concretó. El lugar que estaba a su izquierda quedó libre; Octavio se hallaba a la derecha de Camila.

—¿Qué tal estaba la calle? —le preguntó ella—. Mirá lo que compré mientras Octa hacía la fila. —Le mostró el último libro de Natalia—. También traje para que me firme los otros dos de la saga. Mientras esperaba, ya leí el primer capítulo. Empieza con una frase que me encantó. Por tu culpa me convertí en una señaladora compulsiva de frases de libros.

En otro momento, Julián hubiera disfrutado esos comentarios de Camila, pero no era capaz de prestar atención a la conversación en ese contexto. Miraba el escenario, donde había una mesa cubierta con una tela negra, tres sillas, tres micrófonos y dos *banners*: uno de la editorial y otro de la saga.

Solo ver el nombre de Natalia en el cartel le provocó un vuelco en el corazón. Era una sensación extraña, más intensa que cualquiera que hubiera experimentado nunca. Quizás se debía a que siempre se había sentido seguro de que estarían juntos, en cambio ahora tenía miedo de que el daño en su relación fuera irreparable. Haber estado lejos de Natalia y sentirse de pronto tan cerca removi6 sus sentimientos, y descubrió que eran más intensos y profundos que antes. No entendía cómo había resistido esos meses sin ella.

Procuró distraer la atención contando cabezas. Se perdió. Miró la hora: llevaban cinco minutos de retraso. Volvió a contar y, esta vez, tuvo éxito. Su método era sencillo: como desconocía la capacidad de la sala, contaba solo las cabezas de la primera hilera, las multiplicaba por la cantidad de filas y restaba los asientos vacíos, que siempre eran pocos. Ciento treinta y siete asistentes. No

estaba mal. Lo más importante fue que no le pareció reconocer la espalda que había visto en el bar.

Escuchó sin querer la conversación que sostenían dos chicas que estaban sentadas delante de él. Hablaban de lo que más les había gustado de la saga y de lo que esperaban para el final. Deseó poder contarle a Natalia lo que oía. Estaba seguro de que ella disfrutaría conociendo las emociones que despertaba en las personas mientras la esperaban. Lo que le decían a ella como escritora no siempre abarcaba todo lo que comentaban entre lectores.

Alguien apareció en el escenario, y por un instante creyó que todo se resumía a ese momento. Se desilusionó cuando descubrió que solo se trataba de los presentadores —un chico y una chica poco mayores que su hija— y la editora. Cuando la mujer se hizo de un micrófono inalámbrico, las conversaciones en el público cesaron. Les dio la bienvenida, contó lo entusiasmados que estaban en la editorial con la saga y presentó a Natalia.

Cuando la escritora apareció, para Julián llenó todo el espacio, el de la librería y el de su interior. Sonrió, admirando la simpatía y la ternura que emanaba Natalia con cada uno de sus gestos. Para él era hermosa, aunque ella no se sintiera de esa manera. No podía creer que tuviera el privilegio de conocer en profundidad a esa persona que la gente admiraba. Pensó que, si la hubieran conocido mejor, la admirarían todavía más, tanto como él.

No distinguió rastro alguno de tristeza o melancolía en sus actitudes. Resultaba evidente que compartir tiempo con sus lectores le gustaba, que los aplausos la animaban y que los libros la hacían feliz. Quería que siempre tuviera mucho de todo eso para verla brillar, como brillaba allí.

La mayor parte de la entrevista giró en torno a la saga. Luego, a su experiencia como escritora.

—¿Qué significa para vos escribir? —le preguntó el presentador.

—Significa ser yo misma —respondió Natalia—. Es un método de liberación y una forma de sobrevivir. Siento que, mientras escribo, vuelco sentimientos y transmito ideas, y que la ficción es un refugio. Estos libros, por ejemplo, me salvaron de muchos momentos tristes de este último tiempo de mi vida. Por eso,

cuando un lector me cuenta que alguna de mis historias lo ayudó a superar algún problema, me siento feliz y agradecida.

Perdoname, Nati, pensó Julián al oír la respuesta que ella había dado, emocionada. *Perdoname por haber ocasionado esos momentos tristes. Yo solo quiero hacerte feliz.*

—Ahora vamos a dar lugar a las preguntas del público —anunció la presentadora.

Una chica la interrogó acerca de una posible continuación con la historia de un personaje secundario. Otra le pidió que diera tres consejos para escritores noveles. Un muchacho la felicitó por lo atrapante que le habían parecido los libros y le hizo una pregunta rara que casi nadie entendió. Natalia la respondió como pudo, aunque no parecía segura de haber conformado al lector.

—Si tuvieras que pedir un deseo, como hace tu personaje en un momento de la historia —dijo una chica—. ¿Qué pedirías?

Natalia reflexionó un momento; no sabía si podía contestar sin demostrar cuán triste se sentía. No quería llorar, y ese día sus emociones estaban a flor de piel. Finalmente, decidió decir la verdad. Siempre era honesta con sus lectores, y no quería cambiar porque se tratara de una pregunta personal.

—Pediría volver a ser tan feliz como lo fui una vez. Quiero decir, completamente feliz —respondió, con los ojos húmedos.

Julián sintió una necesidad feroz de abrazarla. Sobre el escenario, las mejores cualidades de Natalia relucían. Su dulzura y su simpleza, su ternura y su inteligencia. Para él, ella era magnética, y no entendía cómo había podido dudar de cuánto la necesitaba a su lado para que sus mejores cualidades también relucieran.

«¿Creés que vale la pena?», le había preguntado ella. Y él había contestado «no lo sé».

—¿Alguna pregunta más antes de que pasemos a la firma? —indagó el presentador.

El corazón de Julián palpitaba con furia. Cada latido lo impulsaba a levantar la mano, mientras que su cerebro lo retenía enterrado en la silla. No podía hablar en

público si no era de alfajores, paquetes y máquinas, y siempre para hacer negocios. Cuando iba a la escuela, odiaba las lecciones orales. Al final, sus compañeros siempre lo cargaban, porque cuando se ponía nervioso se olvidaba la mitad de las cosas.

—¿Alguien más...?

Corazón, cerebro. Corazón, cerebro. Corazón.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya tenía el brazo levantado. Camila lo miró con los ojos muy abiertos. Una asistente le alcanzó el micrófono.

Desde el escenario, Natalia no distinguía a nadie; la gente se veía como un bulto. Había cabezas, pero no era posible focalizar en alguien en particular, mucho menos del fondo. Ni siquiera entendía quién tenía el micrófono.

—¿Podrías levantarte? No te vemos —solicitó la editora.

Julián sintió que toda la librería se le caía encima. ¿Levantarse? ¡Ni se le hubiera ocurrido! Los hombres no estaban preparados para develar sus sentimientos, mucho menos en público. Eran educados para ser siempre fuertes, para no llorar, para parecer fríos y racionales en toda ocasión. Él no tenía problemas para manifestar sus emociones en privado, pero así, frente a tanta gente...

¿Qué tiene de malo?, pensó en un microsegundo. Hice el diez por ciento de esto una vez en una librería, cuando Natalia y yo delatamos que éramos los personajes de su primer libro besándonos en público. ¿Qué mensaje quiero dejar a mi hija? ¿«Sé cobarde, que siempre te importe el qué dirán antes que tus sentimientos» o «sé libre y amá sin restricciones»? «El amor es lo más importante del mundo». Sí, claro que lo es. Si no lo fuera, no estaría acá, porque mi hija no habría aparecido en mi departamento, y yo no habría venido a esta librería.

Se levantó temblando, y Natalia casi colapsó en el escenario. Las lectoras que ya lo conocían también. Se oyó una exclamación bastante generalizada.

—No tengo una pregunta, tengo una respuesta —dijo él.

Sostenía el micrófono con firmeza, pero los dedos del brazo que colgaba junto a su cuerpo estaban temblando. Camila lo notó y le tomó la mano. En ese

momento, Natalia notó su presencia, y se cubrió la boca con los dedos. No podía creer lo que estaba ocurriendo, ni tenía idea de cómo resistía todavía en ese escenario sin desmayarse.

Julián respiró profundo y, gracias al gesto de su hija, reunió fuerzas para seguir hablando.

—La respuesta es sí. Vale la pena. Vale todo.

Natalia tragó con fuerza un nudo de lágrimas. Se descubrió la boca con la mano temblorosa y permaneció en silencio un instante, sin saber qué hacer. Mejor dicho, no sabía cómo liberar todo lo que quería decir.

—Quiero que sepas que sos mi escritora favorita —continuó Julián, y rio, más relajado. Tenía un aire simpático y dulce cuando reía—. Creeme cuando te digo que soy tu fan número uno.

Las emociones de Natalia se dispararon en todas direcciones. «Vale la pena. Vale todo». Sabía muy bien a qué se refería. ¡Había esperado tanto esa respuesta! Era injusto ser tan vulnerable cuando se trataba de sentimientos profundos y ponerse tan nerviosa frente a la persona que amaba. ¿Qué significaban esas palabras? ¿Era una propuesta de reconciliación o una disculpa?

Pasó la mirada por la multitud. Todos la observaban, a la expectativa de su reacción. Alcanzó a ver que unos pocos filmaban la insólita situación. Otros buscaban una explicación, y muchos creían comprender de qué iba la misteriosa declaración.

No sabía qué hacer. Si la respuesta de Julián hubiera llegado al día siguiente que ella se había ido de su casa, no habría tenido dudas en hacer de cuenta que en el medio no había pasado nada. Ahora, en cambio, no se atrevía.

Tenía claro que estaba enamorada y que su vida era mejor a su lado, pero también estaba muy asustada. Temía que retomar su relación no resultara y volver a salir herida. Aunque había conseguido liberarse con él en el pasado, sentía que, después de la separación, había retrocedido mil casilleros en sus mecanismos de autodefensa. No podía tomar una decisión a la ligera. Menos sin saber qué quería él concretamente, si había resuelto el problema con Sabrina y si, de no ser así, lo resistirían. Tenía que protegerse.

—Quiero hablar con vos. No te atrevas a irte de esta librería sin haber hablado conmigo —respondió. La gente creyó que estaba relajada, y rio.

La editora retomó el curso de la presentación para la despedida. Julián aprovechó a sentarse y miró a Camila.

—Tengo que salir —susurró. No podía creer lo que acababa de hacer, y quería que una nave espacial lo abdujera. Si una sola persona se le acercaba para felicitarlo o llamarlo Fabián, moriría de vergüenza.

—¿Te sentís bien? —indagó Camila.

—Sí. Quedate para la firma. Te escribo en un rato.

Camila asintió, y él aprovechó que nadie lo miraba para escabullirse por la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó la editora a Natalia—. Es el mismo hombre de la otra vez. ¿Te está acosando?

—¡No! —exclamó Natalia—. No es un acosador, está todo bien.

—Bueno... ¡Estuviste perfecta! Dulce, cálida, graciosa... La gente te adora. ¿Lista para firmar libros?

Natalia asintió.

Mientras tanto, Julián bebía un café a unas cuadras de la librería. No dejaba de pensar en lo que había hecho. Se sentía un idiota, pero al mismo tiempo estaba orgulloso de sí mismo. Había actuado según el veredicto de su corazón, sin interferencia de la razón, y a pesar del pudor, se sentía bien.

Extrajo el teléfono cuando lo sintió vibrar en el bolsillo. Era un mensaje de Camila.

Sos el mejor. Te amo, pa.

A continuación había adjuntado un enlace. Lo abrió: llevaba a una publicación de Facebook. Era pública, por lo tanto podía verla sin tener una cuenta. Había sido realizada por una persona que no conocía, pero había mencionado a Natalia, quizás por eso su hija la había encontrado. Aunque no tenía redes sociales, entendía un poco por lo que ella le contaba.

La conexión a Internet funcionaba con lentitud, así que vio un cuadrado negro hasta que, de pronto, un video cobró vida. Se trataba de una filmación de él en la librería, mientras se dirigía a Natalia.

«No tengo una pregunta, tengo una respuesta».

Lo pausó antes de sonrojarse, aunque no pudo evitar sentir mucho calor. Para colmo, los usuarios lo estaban viralizando. La publicación había alcanzado trescientos me gusta y cuarenta compartidos en... Miró el reloj del celular: una hora.

Algunos de los ciento veinte comentarios le provocaron palpitaciones.

¡Diossss! Quiero un hombre así.

¿Es el esposo de la escritora? ¿Qué le quiso decir?

Mi Fabián, y tres emoticones de rostros con corazones en los ojos.

Cuando había consentido que Natalia publicara un libro en el que se contaba su historia, jamás imaginó que terminaría besándola en una librería frente a todos y que, así, se delataría. Mucho menos que la gente se pasaría el dato de ese beso, y que ahora él se dirigiría a ella en público en una especie de código, revitalizando sin intención el mito de Fabián, el personaje del libro hecho realidad.

Tenía dos caminos: sentirlo como un bochorno o disfrutarlo. Eligió el segundo.

Mientras reía leyendo más comentarios, pensó que hubiera querido mostrarles esas reacciones de las lectoras a todos los idiotas que se creían unos ganadores cuando él era muy joven. Por aquel entonces, conquistar a una chica le costaba el doble que a los carilindos cancheros como su hermano. Sin duda los años y la fantasía que Natalia había creado en torno a su personaje lo habían beneficiado.

Natalia... ¿Qué estaría haciendo en ese momento? La imaginó firmando libros y sacándose fotos, y su sonrisa auténtica llenó su corazón como el más bello de los recuerdos.

Respondió el mensaje de su hija.

Gracias, ya estoy listo para firmar un contrato y actuar en televisión.

Por favor, avísame cuando Natalia esté por terminar de firmar para que vuelva a la librería. Si espero en algún rincón, ¿la llevás conmigo?

Camila solo respondió *OK* y le adjuntó una imagen. Había capturado a Natalia en el escritorio desde lejos, entre algunas personas, conversando con un lector.

Mientras firmaba libros, Natalia pensaba en sus lectores, pero en un rincón de su mente recordaba a Julián. Se preguntaba qué lo habría motivado a ir a la presentación, cómo es que Camila se hallaba a su lado, y si eso significaba que finalmente Sabrina había desistido con el asunto de la restricción. Tenía miedo de ilusionarse y acabar todavía más herida, si acaso era posible. Podía suceder, si Julián y ella volvían y su ex insistía con hacerles la vida imposible.

—No es Mariela, es Daniela —le dijo la chica cuyo libro estaba firmando en ese momento. En su mente resonaba «no tengo una pregunta, tengo una respuesta».

—¡Oh! —exclamó Natalia, cubriéndose los labios—. ¡Perdón! —Y corrigió la dedicatoria, cubriendo el error con un corazón con relleno. Era cierto que por momentos se distraía, pero la chica casi no abría la boca para modular, y le costaba entender lo que decía.

Dos horas después de que había comenzado la firma, un rostro conocido asentó con entusiasmo su trilogía sobre la mesa. Volver a tener a Camila tan cerca la llenó de una emoción que no pensó que sentiría. Jamás hubiera imaginado que la hija de Julián podía despertarle tanto cariño.

Se levantó y le dio un abrazo que Camila respondió enseguida. Durante los segundos que permanecieron unidas, Natalia se acordó de los primeros días que la había tenido como alumna cuando cursaba cuarto año. Por aquel entonces, la hija de Julián estaba triste y enojada, y cuando se enteró de que ella salía con su padre, fue peor. En quinto se produjo un gran cambio, y ahora sentía que estaba frente a una joven mujer, llena de energía y madurez. Pensar que había sido testigo de su proceso de crecimiento personal la emocionó.

—Espero que puedas firmarme los tres libros —dijo Camila, mientras ella volvía a sentarse y se apoderaba del primero.

—Por supuesto —respondió Natalia, bajando la cabeza.

En un microsegundo, pensó qué escribir en la dedicatoria. Tenía mucho para

decirle a Camila. Lo sintetizó pensando: «Soy feliz de haberte conocido. Te quiero mucho». Comenzó a volcarlo en el papel con letra de profesora.

—También espero que mi papá y vos vuelvan —continuó Camila—. Tenés que acompañarlo a mi fiesta de egresados el sábado que viene. Se va a aburrir si va solo. No puedo pasar toda la noche con él. También quiero estar con mi novio, con mis amigas, con mis compañeros...

Las manos de Natalia temblaban desde que Camila había dicho «mi papá y vos». Como no podía seguir escribiendo, la miró.

—Gracias, Cami, pero no puedo ir a tu fiesta de egresados —contestó—. Primero, porque tu papá y yo... —se interrumpió. No sabía qué decir. «No estamos juntos», «no vamos a volver», «no sé qué vamos a hacer»... Ante la imposibilidad de decidirse por una opción, hizo de cuenta que no había comenzado la oración anterior y prosiguió—: Seguro va tu...

—Mi mamá no está invitada. Pero a vos te estoy invitando —la interrumpió Camila, intuyendo lo que iba a decir.

Natalia respiró profundo mientras procuraba poner en orden sus sentimientos. Estaba agradecida, pero también muy asustada y confundida.

—Gracias, pero... No puedo pasar la noche con los padres que firmaron una nota para que me echaran del colegio —explicó.

—¿Porque te duele a vos o porque a ellos les molestaría verte? Te aseguro que mis compañeros se pondrían contentos de que nos acompañes. Y los más importantes esa noche somos nosotros, no nuestros padres.

Natalia reflexionó un momento. A decir verdad, le importaban muy poco los padres del colegio. Si bien todavía no había conseguido recuperar la cantidad de horas titulares que le permitieran completar el sueldo y por eso pasaba algunas necesidades, estaba a gusto en la nueva escuela privada en la que trabajaba y con las suplencias en los colegios públicos. No les debía nada a esos padres, ni ellos a ella.

—Tenés razón —admitió—. No debería importarme lo que piensen los padres de tus compañeros. Pero no puedo prometerte nada porque no sé qué vamos a hacer tu papá y yo.

Dado que esa respuesta sí tenía lógica, Camila la aceptó sin objeciones. Natalia bajó la cabeza para completar la dedicatoria, y luego se apoderó del segundo tomo.

—Mi papá me pidió que le avise cuando estés terminando. Ya lo hice. Me pidió también que te lleve con él cuando quieras irte, así que te espero.

Las manos de Natalia temblaron de nuevo. Se le anudó el estómago de solo pensar que volvería a estar cerca de Julián. Empezó a preocuparse por la futura conversación. Supuso que él esperaría que ella se expresara acerca de lo que él le había dicho en la sala. ¿Qué tenía que responder? ¿Sería capaz de manifestarle sus dudas y temores? ¿Acaso debía?

Cuando terminó de dedicarle los tres libros, la miró. Camila los recogió y los apoyó contra su pecho. Natalia esperaba que le pidiera una foto o que la saludara para irse, pero ella no se movió.

—Nunca te lo dije, pero quiero que sepas que estoy orgullosa de que hayas sido mi profesora y que aprendí mucho de vos —confesó, mirándola a los ojos.

—Gracias. Yo también estoy orgullosa de que hayas sido mi alumna —dijo Natalia, llena de emoción.

—También quiero que sepas que cuando mi papá te dijo que es tu fan número uno, es cierto. Se la pasa leyendo tu primer libro y, cuando lo hace, se nota cuánto extraña lo que inspiró esa ficción.

»No sé qué pasó para que lo dejaras. Por lo que me dijo, tiene que haber hecho algo mal. Pero después de que dejé de ser una caprichosa, pude ver la realidad, y siendo sincera, nunca lo vi tan feliz como cuando estaba con vos. Aunque solo te conozco como profesora y escritora, porque no tuvimos mucho tiempo de conocernos de otra manera, puedo adivinar el momento en el que empezaste a salir con él, porque siendo tu alumna, noté que tu forma de ser en clase cambió. Te volviste más linda, más simpática... estabas de buen humor.

»Estoy tardando mucho, ¿no? Por eso esperé hasta el final, para ser la última. En conclusión: quiero que sepas que me pondría muy contenta volver a ver a mi papá feliz. Por eso, si a vos él también te hace feliz, ojalá que aceptes mi invitación. ¿Nos podemos sacar una foto?

Con el corazón encogido, Natalia se preguntó cómo se hacía para sonreír en una foto si escondía tantas lágrimas por dentro. Asintió en silencio, y Camila giró para hacer una seña a Octavio. El chico se acercó y saludó a Natalia. Los tres posaron para la foto.

Cuando se alejó, Camila revisó el mensaje que le había llegado al celular mientras conversaba con Natalia. Era su padre.

Estoy en la sección de filosofía. Lamentablemente, parece que nadie quiere leer este tipo de libros y es un rincón bastante solitario. Espero acá.

Camila giró sobre su eje para leer los carteles indicadores hasta hallar el que le interesaba. Una vez que lo encontró, continuó esperando a Natalia mientras ella respondía una entrevista, se sacaba algunas fotos y filmaba un video para la librería.

Mientras tanto, Julián se entretuvo leyendo un libro que había sacado de la estantería.

—¡Lo busqué por todos lados! ¿Acá se había metido? —dijo alguien a su espalda.

Dejó el libro en su lugar y giró para mirar a Liliana. Tenerla enfrente le arrancó una sonrisa. Había extrañado sus conversaciones sobre los hijos, el trabajo y la vida misma. La quería, y al parecer ella también se había encariñado con él, porque se aproximó y lo abrazó sin mediar palabras. Julián le devolvió la muestra de afecto, con el alivio de sentirse bienvenido por la madre de Natalia. Era un gran paso.

—Lo voy a matar —le dijo Liliana—. Usted sabe que yo lo quiero muchísimo y sé que tenía sus razones, pero ¡cómo me la hizo sufrir a Natalia!

Julián se quedó paralizado, con el corazón hecho un puño. No hizo a tiempo a responder. Camila apareció, seguida de Natalia y Octavio.

Ni bien tuvo a Natalia tan cerca, el deseo de abrazarla resurgió. Debía contenerse; después de todo lo que había pasado, no tenía claro en qué estado se encontraba su relación, y ella no parecía muy cómoda con la situación. Se mantenía cabizbaja y seria, y eso lo llevó a pensar que quizás le había pedido

conversar solo porque él la había puesto en un aprieto delante del público.

—Bueno, te traje a la escritora —dijo Camila con naturalidad—. Nosotros volvemos en colectivo. —Miró a Liliana—. ¿Usted quiere volver con nosotros?

—¿Por qué no vuelven ustedes conmigo? La editorial contrató un remis para nosotras —propuso Liliana.

—¡Genial! —exclamó Camila, feliz de salvarse del colectivo, y se acercó a su padre para saludarlo con un beso.

En menos de dos minutos, solo quedaron allí, entre libros de filosofía, Julián y Natalia.

Por el pecho de ella pasaban todo tipo de sentimientos: dolor, miedo, furia, rencor. Pero también amor. Sobre todo amor.

—¿Hay alguna salida alternativa? —preguntó él.

—No —respondió Natalia, alzando la cabeza. Cuando se encontró con la mirada de Julián, su alma trepidó. Los ojos de él seguían siendo intensos y profundos, seductores y cálidos. Seguían siendo como las manchas de los leopardos—. Pero no hay de qué preocuparse. Todos ya se retiraron, y fuera del ambiente del género de libros que escribo, nadie nos reconocería.

Él se sintió tranquilo con esa respuesta, y emprendieron la caminata hacia la puerta principal de la librería. Se moría por hacer caso a sus impulsos y tan solo abrazar a Natalia hasta que su dolor desapareciera. Sin embargo, no podía pasar por alto sus emociones, y la notaba nerviosa y asustada. Quizás, para ella la separación trazaba un surco demasiado profundo, y por más que lo amara, su relación ya no podía tener un futuro. Debía ir con cuidado, a pesar de que se sintiera aterrado de perderla y eso lo llevara a comportarse de manera egoísta.

Salieron a la calle, y él le indicó hacia dónde quedaba el estacionamiento.

—En caso de que te interese el dato, había ciento treinta y siete personas en la sala —dijo, tratando de encontrar una conversación que los hiciera entrar en confianza. Lo animó percibir que el comentario tuvo un efecto positivo en Natalia.

—Me interesa. Gracias. ¿Te gustó la presentación?

—Sí. ¿A vos?

—Sí. La disfruté. No sé qué voy a hacer cuando no pueda publicar más libros. Con ellos vivo una realidad que ni siquiera soñé, pero que, ahora que conozco, me dolería perder.

Julián percibió que la conversación tenía un trasfondo inconsciente. Si bien Natalia hablaba de los libros, le pareció que la frase bien podía aplicarse a su vínculo. Habían vivido una realidad que ninguno de los dos había soñado y habían sufrido innecesariamente separados.

—¿Por qué no podrías publicar más libros? —preguntó con cuidado.

—Es un mercado muy complicado. Cuando un autor pasa de moda, no hay forma de sostenerlo.

—Podés convertirte en una autora con una base de lectores a la que siempre convenga publicar —respondió—. Así funciona cualquier empresa, y aunque intentemos llegar a más clientes, la base es la que nos mantiene a flote. Si esa base se amplía, mejor. Si no, igual conviene.

Natalia sonrió, dando su conformidad a la teoría. Hasta ahora, nunca había comprendido con tanta claridad por qué cuando salía con Julián tenía menos pensamientos negativos. Con él era menos represiva y más abierta, menos temerosa y más osada. Julián le despertaba seguridad y confianza.

Una vez en el auto, él tamborileó los dedos sobre el volante. No sabía a dónde ir, y la única opción que se le ocurría podía echar atrás los progresos que había hecho tratando de volver a entrar en confianza con Natalia. Además, tenía que asegurarse de que su respuesta no hubiera sido solo una forma de quedar bien ante el público por el aprieto en que él la había metido. No quería obligarla a nada.

—Natalia... ¿quierés conversar conmigo? —preguntó en voz baja.

—Te lo dije desde el escenario —respondió ella.

—Tal vez lo dijiste, pero no es cierto. En ese momento hice lo que sentí; no medí que podía ponerte en un aprieto. Necesito que me digas la verdad.

Aunque Natalia se moría de miedo y le preocupaba el devenir de esa futura conversación, no se echó atrás.

—Es la verdad —aseguró.

Julián asintió, sintiéndose un poco más valiente gracias a esa respuesta.

—En ese caso, no quisiera ir a mi departamento. Nos traería demasiados recuerdos, y creo que interferirían en lo que tenemos para decirnos. Además, no sé si irán Camila y Octavio.

—¿Ahora ella puede ir a tu casa? —interrogó Natalia, un poco desconcertada.

—Está viviendo conmigo.

El rostro de Natalia evidenció una gran sorpresa. Un instante después, una sonrisa delató alivio y satisfacción, aunque en su mirada hubiera dolor.

—Me alegra que nuestra separación haya servido para que Sabrina retirara la restricción perimetral —manifestó.

Julián negó con la cabeza, esbozando una sonrisa amarga.

—La restricción sigue existiendo. Hace seis meses y cinco días que no veo a mi hijo. Camila cumplió dieciocho años y se fue de su casa, lo cual tampoco me parece lo más apropiado. Amo que esté viviendo conmigo; su presencia en mi departamento fue una inyección de vida para mí, porque me sentía muerto, Natalia. Muerto. Pero sé que ella está sufriendo. Sabrina es su madre, y sabemos lo importantes que son las madres para cualquier hija. Tengo que resolver eso, pero decidí tomarme un descanso por un tiempo. La necesito conmigo.

El corazón de Natalia se estrujó hasta anudarse la garganta. El dolor en la voz y en la mirada de Julián cuando le relataba lo sucedido no pasó desapercibido para ella, y aunque se moría por abrazarlo, se contuvo temiendo recibir nuevas heridas. Si la restricción perimetral seguía existiendo, nada le garantizaba que él volviera a apartarse de la relación en otro momento. No le extrañaría que haber ido a su presentación fuera producto de sus vaivenes anímicos. Lo más lógico era que cambiara de parecer a cada rato, dada la situación que estaba atravesando.

—Como te decía —continuó él—. No quisiera ir a mi departamento y tampoco a un bar. Quiero que hablemos tranquilos, y en un lugar público nos inhibiría la gente. ¿Confiás en mí si voy a un hotel y pido una habitación? —Ni bien terminó de hacer la propuesta, aclaró—: A un hotel, no a uno por hora.

El sonido de una risa contenida en la garganta de Natalia lo obligó a callar.

Ella lo miró en silencio un momento, incapaz de creer que él le estuviera pidiendo permiso para llevarla a un hotel, y que encima se preocupara por aclarar que no se refería a un hotel alojamiento. Había salido con tipos que no la tenían en cuenta en lo más mínimo, que la forzaban a besarlos e intentaban manipularla. El hombre que amaba no tenía que darle tantas explicaciones.

—Claro que confío en vos —respondió, sin aclarar más.

Julián soltó el aire que había estado conteniendo.

—Gracias —contestó, y encendió el motor.

Natalia nunca se había sentido más extraña que entrando a un hotel solo para conversar con un hombre sin tener claro qué era de ella, pero que a la vez lo era todo. Si hubiera planteado esa situación en una novela, su editora se la habría señalado como inverosímil. La vida real no dejaba de sorprenderla.

—Gracias —dijo Julián al recepcionista, y recogió la llave magnética.

Fueron al ascensor, y mientras subían al tercer piso, Natalia comentó algo acerca de una enredadera que decoraba el techo del cubículo. Era la típica conversación que se omitía en las novelas, llena de esas cosas sin importancia que se dicen para disimular un momento incómodo.

En la habitación solo estaban encendidos los veladores que pendían de una pared revestida en madera detrás de la cama. Ni ella ni Julián se ocuparon de encender las demás lámparas, era más cómodo estar a media luz.

Se sentaron en la parte de atrás de la cama, a unos cuantos centímetros de distancia. Para mirarse tenían que girar la cabeza, y aunque era un poco atípico, era mucho más cómodo que cualquier sitio público.

—¿Pido algo para tomar? ¿Qué quieres? —le ofreció él.

—Solo quiero agua. Debe haber ahí —respondió Natalia, señalando un mueble en el que, supuso, se ocultaba el frigobar.

Amagó a levantarse, pero Julián extendió un brazo para que ella se quedara sentada y se apresuró a llegar primero. Extrajo una botella, la destapó y se la entregó a Natalia. Ella comenzó a beber antes de que él pudiera ofrecerle un vaso. Para cuando Julián se sentó de nuevo, se había terminado la mitad del envase.

Soltó el aire que había contenido mientras bebía y lo miró. Había añorado un

poco de líquido desde que había terminado la presentación.

—¿Estás cansada? —interrogó él en voz baja. Percibía en la mirada de Natalia que sus niveles de energía se iban consumiendo. Podía imaginar lo agotador que debía resultar convertirse en el centro de atención durante horas.

—Los eventos literarios son excitantes, pero me dejan exhausta —respondió ella, y le mostró un dedo que servía como metáfora de cómo se sentía. Estaba colorado de apretar la lapicera.

Julián contuvo la reacción natural de acariciarlo. Ella bajó la mano despacio y volvió a depositarla sobre su regazo, percibiendo que él estaba pensando en algo. Permanecieron un momento en silencio. Natalia miraba la alfombra, y Julián la contemplaba a ella.

—Quiero pedirte perdón, Natalia —dijo de repente, con un tono sereno. Natalia alzó los ojos. ¿Entonces Julián no esperaba que ella respondiera a su intervención en la sala? ¿Iba a hablar él?—. Me aparté de nuestra relación de una forma muy injusta. No voy a excusarme: te excluí de lo que me pasaba, me concentré solo en mis circunstancias y, en el fondo, creí que la solución para mis problemas era que nos separáramos. Sin embargo, no me atreví a proponértelo. Hice algo peor: te lo demostré durante meses, y no me perdono por haberte hecho sufrir en cuentagotas. Tampoco me lo habría perdonado si hubiera sido abrupto; no soy el tipo de persona a la que le guste lastimar a otros. Por eso, cuando te fuiste, no hice nada para retenerte: sabía que te estaba lastimando, y en ese momento era mejor que estuvieras lejos.

»Perdón, dije que no me excusaría y parece que estuviera haciéndolo. Cuando decidimos por primera vez que seguiríamos adelante con nuestra relación, te dije: «Sé que otro podría ofrecerte mucho más que yo, pero lo que yo te daría es todo lo que tengo». Te había prometido eso, y no estaba cumpliendo, porque sentía que no quedaba nada de mí que valiera la pena ofrecerte.

»No sé cómo demostrarte que me arrepiento de haber sido tan estúpido, de haberme dejado manipular una vez más. Pero sí puedo asegurarte que fue la última.

»Estás callada, no sé qué estarás pensando. Seguramente, que soy un estúpido.

Que tengo diecinueve años más que vos, y en este momento parezco un veinteañero. Bienvenida a mi mundo: aunque soy maduro, a veces también puedo ser un poco infantil. Me siento inseguro, y ante los problemas, oculto mis sentimientos. No tengo reparos en decirte que te amo, pero si tengo que confesar que me siento triste o sobrepasado, me encierro en mí mismo.

»Por eso quiero que sepas que todavía estoy muy triste, Natalia. Que extraño a mi hijo a cada segundo, que mi mamá murió y me siento desprotegido, que todavía tengo mucha oscuridad adentro. Pero mi hija me dio algo de luz, y en cuanto esa luz se encendió, corrí a buscarte. Sé que es muy poco, y quiero ofrecerte más, pero estaría cumpliendo mi promesa, porque por ahora es todo lo que tengo.

»Es curioso. Pensar que comencé siendo para vos una fantasía, y poco a poco me fui transformando en nada más que un hombre. Es raro ser protagonista y testigo de cómo sigue cayendo ese personaje idealizado. Supongo que está bien: no soy más que un ser humano. Cometo errores, me enoja y a veces me siento frustrado. Si aun así podés amarme, qué bueno, porque si hay algo que nunca cambió es que yo te amo.

»Hablá, Nati. Por favor, decime algo. Aunque sea, que soy un estúpido y que puedo ir sacando un pasaje fuera de tu vida.

Natalia tragó con fuerza. Aguantaba el llanto desde que él había dicho «quiero pedirte perdón». Como ella también estaba acostumbrada a reprimir sentimientos, en lugar de liberar las lágrimas, rio.

—¿Qué pasa? —preguntó él, preocupado.

—Nunca lo vas a entender, ¿no? Decís que sí, pero no —contestó ella. Ante la expresión de confusión de él, aclaró—: Nunca vas a entender lo que significás para mí, la forma en que yo te miro. Sos inseguro, y tus ojos son tu propio espejo. Todo eso que dijiste también lo hubiera dicho mi personaje. Porque en mi fantasía no sos perfecto. Sos vos mismo.

El silencio los envolvió sin pedirles permiso. Se contemplaron buscando el pasado, pero a cambio hallaron algo distinto. No se equivocaban: la separación había transformado su relación; nada salía indemne del dolor. El deseo seguía

existiendo, pero tenía una forma que ninguno de los dos había experimentado antes.

—¿Puedo darte la mano? —preguntó Julián con los ojos entrecerrados.

El contraste entre la ingenuidad de la pregunta y el tono sugerente de su voz estremeció a Natalia. Movi6 la mano para ofrecérsela sobre el muslo, y 6l acerc6 la suya. Comenz6 acariciándole un dedo muy despacio. Poco a poco fue incorporando los suyos hasta que termin6 sosteniendo los de ella por debajo mientras los acariciaba con el pulgar a la altura de los nudillos. Mir6 la mano de Natalia y sonri6 al descubrir que todavía llevaba el anillo que 6l le había regalado. Sintió que amaba cada detalle de ella: sus uñas, las arruguitas de sus nudillos, la imperceptible y pequeña cicatriz que tenía entre el dedo índice y el mayor. Pens6 que era una mano preciosa, y se sintió agradecido solo por poder tomarla.

Descubrió que Natalia estaba disfrutando de la caricia cuando la vio apretar ligeramente las piernas. Al saber que ella lo deseaba, su respiración se volvió más profunda. Alzó la cabeza y le sonrió. Natalia lo miraba con una expresión difícil de descifrar; percibía que debajo del deseo había mucho más.

Traslad6 las manos por sus antebrazos hasta sus hombros y le quit6 el saquito negro de hilo. Estaba vestida con un estilo juvenil. Le gustaba la musculosa que había elegido, blanca y con el dibujo de unas estrellas. Acarici6 sus brazos de arriba abajo e hizo el camino inverso. Para cuando lleg6 a su cuello, Natalia respiraba de la misma forma que 6l.

—¿Puedo besarte, Nati? —pregunt6—. ¿Puedo amarte hasta que me perdones?

—No tengo nada que perdonarte —respondió ella, y se arrim6 a 6l para apoyar una mejilla en su pecho.

Julián sintió que por dentro lo recorría un tsunami. La abraz6 y la bes6 en la cabeza mientras le acariciaba el pelo. Ella alz6 la cabeza con lentitud, y 6l baj6 la suya. Se miraron a los ojos un momento. Julián le acarici6 el pómulo y le roz6 los labios con los de 6l, cerrando los ojos para internarse en sus sentimientos. Le encerr6 la cara entre las manos e introdujo la lengua en su boca, ansioso por el

sabor que tanto había extrañado.

Las sensaciones que los labios y las caricias de Julián le provocaban llevaron a Natalia a apoyar las manos en su pecho. Sus dedos viajaron solos hasta los botones de su camisa. Él le acarició una pierna y le levantó la pollera cuadrillé para palpar la parte interna de sus muslos, suave y cálida como la promesa de su cuerpo.

Natalia gimió en su boca, y le temblaron los labios. Julián no resistió la necesidad de amarla hasta el límite que le había prometido y la impulsó a retroceder sobre la cama. La recostó conduciéndola con su propio cuerpo y siguió besándola cuando ella ya había apoyado la cabeza en la almohada.

Sus labios recorrieron sus mejillas, su cuello y su clavícula. No se dio cuenta de cuánto había extrañado el aroma de Natalia hasta que se sintió todavía más excitado al percibirlo detrás de su oreja. Le quitó la bombacha y se desprendió el pantalón muy rápido. Natalia movió la cadera contra su entrepierna y se aferró a sus hombros, ocultando el rostro contra su cuello.

La respiración cálida y agitada de ella, sus movimientos y las contracciones de sus piernas le indicaron que estaba lista para recibirlo. Los mullidos labios femeninos le humedecieron la piel, dilapidando su autocontrol, y comenzó a imaginar sus cuerpos como si los estuviera contemplando desde otro ángulo. Podía verse entre las piernas de Natalia, y luego admirando el rostro rebotante de placer de ella: las mejillas sonrojadas, la boca entreabierta, la mirada más hermosa que había disfrutado nunca.

Dejó de imaginar y la penetró con urgencia, anhelando llenarla de todo el amor que tenía para darle.

Para su sorpresa, ella estalló en llanto.

Se quedó quieto de inmediato, aterrado de haberla lastimado. Había pensado en su propio placer por un momento, creyendo que Natalia también ansiaba sentirlo dentro de su cuerpo. Conocía sus reacciones de memoria, y no imaginó que se hubiera equivocado. Se sintió culpable y apenado.

—Nati... —susurró, y sin salir de su interior se sostuvo sobre los codos para mirarla. Apoyó las palmas de las manos en sus mejillas y le acarició las sienes

con los pulgares—. Perdoname, ¿fui muy bruto? No quería provocarte dolor, te lo juro.

Esclava del llanto, Natalia lo golpeó en el brazo con el puño.

—¿Sabés cuánto tiempo esperé por esto? —sollozó—. Pasaron solo un par de meses, pero para mí fue una eternidad.

Al comprender lo que sucedía en realidad, Julián sintió que le arrancaban el alma.

—Perdoname, Nati, por favor —susurró contra su frente, apretando los ojos.

—Mi vida era un caos.

—La mía también.

—Estaba desesperada, buscando sentirme amada.

Julián volvió a mirarla y dejó al descubierto su propio dolor. Los ojos se le humedecieron, y pronto una lágrima cayó sobre las de ella.

—Te amo, Nati —le dijo, y la besó en la frente sin dejar de acariciarle las sienes—. Te amo como no imaginé que era capaz de amar. Nunca me sentí de esta manera. Te amo de una forma intensa, profunda e infinita.

En lugar de calmarse, Natalia siguió liberando el dolor que había reprimido durante meses, o quizás durante años. Julián continuó acariciándola y besándola con suavidad en la frente y en las mejillas. Él tampoco podía impedir que sus ojos siguieran humedeciéndose. También tenía mucho dolor para liberar, y Natalia era la persona con la que se sentía más comprendido. La persona con la que podía ser al cien por ciento él mismo.

Cuando su erección se evaporó, salió de ella y arrastró el acolchado y la sábana por debajo de su cuerpo. Se tumbó de costado y la impulsó a hacer lo mismo. Los cubrió con las mantas y la abrazó. Natalia apoyó los costados de los puños en su pecho, sin poder acallar su llanto.

—Te admiro, Nati —le dijo él con una sonrisa, y la besó en la cabeza. Sus brazos la apretaban contra su torso, como si quisiera internarla dentro de sí mismo, y sus dedos le acariciaban el pelo—. Admiro que subas a un escenario a pesar de tu timidez y le hagas pasar un buen rato a la gente con tus respuestas. Admiro que seas capaz de liderar un aula con treinta adolescentes, con todos los

problemas que por culpa de esta sociedad tienen. Que escribas, que seas tan creativa y tantas cosas que no me alcanzaría la noche para decírtelas.

—Yo también te admiro, y no puedo creerlo, porque en el fondo siempre creí que todos los hombres eran como mi papá.

—No lo somos.

—Y que ninguno me podía amar.

—Yo te amo. Y estoy seguro de que te amarían, o quizás te aman, muchos más. El problema es que la gente no se atreve a amar. —Sonrió entre lágrimas—. Es gracioso. Nunca me pregunté por qué nos enamoramos a pesar de la diferencia de edad hasta que la respuesta empezó a develarse por sí sola. ¿Sabés qué pensaba yo? Que todas las mujeres eran como Sabrina. Sos tímida y soy tímido, aunque aprendimos a ocultarlo. Nos gusta amar y sentirnos amados, creemos que el sexo es más que placer superficial, o por lo menos lo disfrutamos más cuando se transforma en una expresión de sentimientos. Tenemos mucho más en común de lo que imaginábamos, Nati. Y estoy agradecido de que hayas pasado por esa esquina y me hayas visto en ese bar. Ese día me cambió la vida, y quiero que sepas que no me arrepiento de nada. Creí que te amaba en toda mi capacidad cuando nos fuimos a vivir juntos. Aunque ni siquiera yo entienda cómo es posible, ahora te amo mucho más.

—Yo también te amo más —respondió Natalia, temblando acongojada.

Julián sonrió y le dio otro beso en la frente a la vez que le acariciaba el pelo.

Cuando el llanto de Natalia se aplacó y ella se quedó dormida, Julián pensó que hacer el amor no siempre implicaba sexo. A veces se hacía de otra manera, una que marcaba el resto de sus vidas. A veces se renacía. Y el renacimiento tenía más fuerza que la misma muerte.

Cuando Natalia despertó, todavía se hallaba contra el pecho de Julián, y él continuaba abrazándola. Ya era de día; la claridad que se filtraba a través del cortinado de color crema le permitió distinguir su piel. Estiró un dedo y lo acarició sin mover los puños. No podía creer que estuvieran juntos, y quería comprobar que no era una fantasía.

En ese momento, él la besó con suavidad en la frente, y ella pensó que se echaría a llorar otra vez.

—Buen día —le dijo Julián—. ¿Descansaste?

Su voz protectora y cálida la envolvió. Se sintió emocionada y pensó que debía tomar una decisión. Podía pasar el día llorando, dejando salir las penas del pasado y el miedo al futuro, o disfrutar el presente. Había aprendido cuánto dolía perder algo que la hacía feliz, y temía que volviera a suceder. Estaba segura de que ocurriría alguna vez con la publicación de libros, por ejemplo. Añoraba que, al menos en el amor de pareja, sí existiera el «para siempre», como existía en cuanto al amor de los padres. Por las dudas decidió vivir el presente, con la certeza de que los dos se comprometerían de cara al futuro.

—Sí —respondió. El evento del día anterior había sido agotador y, además, había llorado mucho. No había recuperado sus fuerzas, aunque se sentía mejor.

—Son las nueve. ¿Preferís que vayamos al comedor o pido que nos traigan el desayuno a la habitación?

—Mejor a la habitación.

Julián se levantó, pidió el desayuno por teléfono y, mientras lo esperaban, se duchó.

Cuando salió del baño, encontró a Natalia sentada a la mesa, de espaldas a él y

de frente a la ventana. Revisaba, entretenida, las notificaciones en el celular. Se había puesto una de las batas que ofrecían en el placar como invitación al spa del hotel, y su largo pelo castaño caía como lluvia, cubriendo parte del respaldo con diseños dorados.

La contempló un momento, y le pareció todavía más hermosa que la primera vez que la había visto. Sintió que la fuerza de su amor lo llenaba y que su corazón devastado resucitaba un poco más. No quería renunciar a ella. No quería vivir sin Natalia.

Se aproximó y la abrazó por la espalda. Ella se apresuró a apoyar el teléfono en su pecho, ocultando la pantalla, alzó una mano y le acarició el pelo. Julián le dio un beso en la mejilla y le habló al oído.

—¿Me estás ocultando a tu otro novio? —susurró—. Si tengo que convertirme en tu amante, estoy dispuesto a hacerlo, porque no quiero vivir sin vos.

—¿Estás loco? ¿Qué otro novio? —preguntó Natalia, riendo. Con suerte había conseguido uno, ¿de dónde sacaría un segundo?

Él se enderezó y le masajeó los hombros.

—La noche que murió mi mamá, Fabrizio y yo fuimos a un bar que está a una cuadra de mi casa. Te vi cuando me iba. Estabas sentada a una mesa, conversando con alguien.

En menos de un segundo, las mejillas de Natalia se convirtieron en un incendio. Giró la cabeza para mirar a Julián con los labios entreabiertos.

—No es lo que parece —replicó—. Cuando nos dejamos yo... bajé una aplicación...

—Está bien, Nati —la interrumpió Julián, riendo, y le dio otro beso en la mejilla—. Me basta con saber que me amás.

—No estoy saliendo con nadie —aclaró ella.

Julián rodeó la mesa y se sentó del otro lado. Estiró las piernas y se cruzó de brazos. Natalia seguía nerviosa, en cambio él se había relajado. No tenía dudas de que no había otro hombre. Acababa de comprobar que ella nunca lo había olvidado, y lo enternecía que la incomodara confesarle que había intentado conocer a otros hombres. Para él daba lo mismo, mientras que siguiera amándolo

y ahora fuera el único. Sabía de su naturaleza romántica desde que la había conocido y de su miedo a la soledad, era lógico que se hubiera sentido desesperada por enamorarse de nuevo. Ella misma se lo había confesado llorando la noche anterior.

—Estuve escribiendo sobre esa aplicación y esas citas fallidas —comentó Natalia, creyendo que él necesitaba más explicaciones—. No sé si quieres leer esos textos. Entendería si no, dado que refieren a mis intentos para resignarme a que ya no teníamos una relación conociendo a otros hombres.

—Por supuesto que quiero leerlos. Quiero leer todo lo que escribas —contestó él, e intentó poner fin a la incomodidad de Natalia con una conversación relajada—. En especial tu lista del supermercado antes de que hagas las compras. Nunca te lo dije, pero cuando vivíamos juntos, cada vez que te tocaba hacer los mandados, traías lavandina. Llegamos a tener tres guardadas en el mueble del lavadero. ¿Para qué queríamos tantas? ¿Tenés alguna obsesión con eso?

Natalia se echó a reír, tal como él quería.

—Tengo que confesar que nunca anotaba lavandina en la lista, porque tu empleada se olvidaba la mitad de las cosas que tenía que encargarme. Entonces, cuando estaba en el supermercado, no sabía si teníamos, y como mi mamá siempre dice que la lavandina es esencial en una casa, prefería que sobre y no que falte.

Julián asintió con una sonrisa.

—Si volvemos a vivir juntos, yo me ocupo de la lavandina —propuso.

Natalia se puso nerviosa de nuevo; se preguntaba si la mirada vivaz de Julián significaba que le estaba proponiendo volver a vivir juntos o simplemente que bromeaba. Justo en ese momento, golpearon a la puerta, y él se levantó para recibir el desayuno, dejándola con la duda.

Mientras el chico de servicio a la habitación acomodaba los platos y tazas sobre la mesa, Natalia volvió a sumergirse en el celular. Julián se preguntó si habría captado su mensaje y si aceptaría. Ya no vivía solo, y debía respetar a Natalia si ella no se sentía a gusto compartiendo el departamento con su hija. Supuso que se enteraría en el transcurso de la conversación.

Después de que el empleado se retiró, él se sentó. Preparó el té para Natalia y untó dos tostadas. Luego endulzó su café.

De pronto, ella se cubrió la boca con una mano. Por su expresión, Julián dedujo que algo no marchaba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Natalia alzó la mirada con expresión preocupada.

—Lo que te oculté hoy cuando saliste del baño se pone cada vez peor —confesó.

—Nati, ¿cuándo vas a aprender a no usar técnicas de escritora conmigo? —protestó él, riendo—. No me generes intriga, decime qué pasa directamente.

—No te va a gustar.

—¿Cómo sabés?

Natalia respiró profundo y reunió valor para decirle la verdad.

—Alguien te filmó en la sala de la librería mientras hablabas. El video se compartió 132 veces, tiene 1708 me gusta y 420 comentarios.

—Ya lo sabía —respondió él, para sorpresa de Natalia—. Mi hija me lo envió ayer mientras te esperaba. Para ese entonces ya tenía muchas reacciones. No te voy a decir que me encanta, pero asumo las consecuencias de lo que hice.

Gracias a la voz calmada de él, Natalia se atrevió a relajarse también.

—Te aman —dijo con una sonrisa de lectora enamorada—. Si seguís haciendo este tipo de cosas, te vas a hacer más conocido que la escritora.

—¡No, gracias! —exclamó Julián, respaldándose en la silla—. Estoy bien en las sombras.

—Es un poco tarde para eso, Fabián —bromeó ella.

—No si a partir de ahora me escondo y te admiro desde lejos. Tu función es seguir asegurando que Fabián es ficción y todo eso que dicen los escritores para no confesar cuánto depositan de sí mismos en sus obras.

—No se puede negar la evidencia —replicó Natalia, mostrándole el celular. La pantalla ya se había apagado.

—Hagamos un trato: vos conservás el secreto de que Fabián existe, y yo te cuento uno de tus alfajores favoritos —propuso él, y le ofreció su mano por

encima de la tetera.

Natalia se la estrechó con entusiasmo. En cuanto se soltaron, rio.

—¡Qué bueno! ¡No sabía que tenías secretos de Terrabusi! —exclamó.

Julián fingió que ella acababa de herirlo con un falso gesto de dolor y rieron juntos. Sabía que sus alfajores favoritos desde la infancia eran los de su marca.

La curva en los labios de Natalia fue desapareciendo despacio, mientras pensaba cuánto había extrañado los códigos en común con Julián y las risas. Le daba la impresión de que, estando en ese lugar, los dos solos, se habían desconectado del mundo. Temía lo que pudiera suceder una vez que atravesaran la puerta y la realidad se les viniera encima como un alud.

—¿Qué pasa? —indagó él, percibiendo su cambio de ánimo.

—¿Qué vamos a hacer cuando salgamos de este cuarto?

—Luchar en la vida, como hicimos siempre.

—¿Qué somos?

—Dos personas que se comprenden y se aman profundamente.

—¿Me vas a llevar a mi casa o a la tuya?

—Te voy a llevar a donde quieras, Nati. Quiero abrazarte todas las noches y despertar a tu lado, como antes. Pero también quiero que te sientas cómoda y segura. Si querés que volvamos a vivir juntos, me haría muy feliz. Si preferís vivir en otra parte, también está bien. Me tendrás contando las horas para verte.

—No es que no quiera que vivamos juntos. Pero, considerando que Camila ahora está en tu casa, no sé si ella quiera que yo...

—En este momento no importa lo que Camila prefiera. Solo lo que prefieras vos.

Natalia tragó con fuerza. Quería todo, pero no estaba segura de que fuera una buena idea.

—Esta vez, prefiero ir más despacio —concluyó. Él asintió.

—Me parece bien —respondió.

Cuarenta minutos después, se hallaban en el auto, volviendo a Quilmes. Julián la dejó en la puerta de su casa, donde se despidieron con un beso y un abrazo, como las primeras veces que habían salido juntos.

Ni bien Natalia entró, Liliana la acosó a preguntas.

—¿Se reconciliaron? ¿Te vas a vivir con él de nuevo? En el remís volví conversando con la hija. Me dijo que está viviendo en el departamento de Julián. Parece una buena chica. Se nota que admira al padre. ¡Qué pena la madre loca que le tocó, pobrecita!

Natalia se sentó en la cama, buscando asimilar todavía que su vida había cambiado otra vez de la noche a la mañana. Miró su computadora y se acordó de *Chinder*. Todo lo que había vivido en ese último tiempo hizo estragos en sus emociones y estuvo a punto de llorar de nuevo.

—¿Me oís? —indagó Liliana—. ¿En qué quedaron? ¿Se van a ir a vivir juntos de nuevo? ¿Qué son, Natalia?

—Dos personas que nos comprendemos y nos amamos profundamente —repitió, como en trance.

—¿Y eso implica vivir juntos?

—No lo sé.

—Pensá que ahora está la hija en el medio. La convivencia en estas circunstancias puede ser difícil.

—Sí. Por eso voy a ver cómo se desarrolla todo antes de tomar una decisión.

—La miró, alertada por su actitud—. Por favor, no dejes de ir a terapia. Te estaba haciendo bien. Estabas menos ansiosa, más respetuosa de mis decisiones.

—No me gusta mucho esa psicóloga, pero si vos decís que me ves bien...

—Te veo mejor. Mucho mejor que antes.

—Gracias. Yo quiero que seas feliz. Y no me gustaría que te quedes sola cuando me muera.

Natalia sonrió, y Liliana comprendió que la conversación había llegado a su fin. Se fue de la habitación cerrando la puerta.

Aunque era mediodía, Natalia se puso el pijama, dispuesta a pasar un domingo a pura reflexión y descanso. Cuando extrajo el celular de la cartera para revisarlo, encontró un mensaje de Julián.

Acabo de llegar. ¿Cómo estás?

Estoy bien, respondió. Espero que vos también. No te lo dije personalmente, pero lamento mucho lo de tu mamá.

Lo sé. Ya voy a mejorar. Entendemos que es la ley de la vida, pero no queremos que se cumpla. Supongo que es inevitable sentirnos desamparados cuando nuestros padres se van, sin importar la edad que tengamos.

Me cuesta dar el pésame en persona. Nunca sé qué decir en esas circunstancias, para mí es más fácil escribir.

A continuación le adjuntó una imagen con un poema de San Agustín que trataba el tema de la muerte y que siempre la emocionaba. Él se lo agradeció y le dijo que la amaba.

El lunes, cuando salió de tomar examen en el colegio, encontró otro mensaje de Julián. Se lo había enviado a las ocho de la mañana.

Te pienso todo el tiempo.

Sonrió con ilusiones renovadas. Por momentos le parecía que habían retrocedido a los primeros meses de su relación, incluso antes de saber que era la profesora de Camila. A la vez sabía que ni Julián ni ella eran los mismos, y que aunque la cotidianidad lo velara, todo había evolucionado a un estado superior.

¡Hola! Perdón. Acabo de salir del colegio. Aprobaron siete de dieciséis alumnos. Una tristeza, contestó.

Jaja. Más triste es recibir informes contables y tener que tomar decisiones en función de ellos. Es lo que estoy haciendo en este momento.

¿Querés que intercambiamos lugares por un día?

Retiro lo dicho. Solo media hora con treinta adolescentes me mataría.

Natalia rio.

Esa noche, ella le escribió el mensaje del final del día. Dudaba de que Julián hubiera trazado algún plan; hacía lo que le demandaba su naturaleza, y sin dudas estaba dando resultado. Apenas habían pasado dos días desde que se habían reconciliado, y ya lo extrañaba tanto que le daban ganas de ir a su casa y darle una sorpresa. Si se contuvo, fue solo porque todavía tenía miedo de que Sabrina se las ingeniara para que él volviera a apartarse de ella, y porque ya no vivía solo. En el departamento también estaba Camila.

El martes, encontró el mensaje de Julián ni bien despertó a las diez de la mañana. No tenía que tomar examen, por eso pensaba dedicarse a responder comentarios de sus lectores después de desayunar.

Buen día, mi Nati. Te amo. A ver si hoy me mandás esos textos que me dijiste que habías escrito. Me muero de la curiosidad.

Creyó que Julián se había olvidado de lo que había escrito sobre las citas fallidas. No estaba segura de enviarle los capítulos. Temía que se enojara o que algo de lo que había escrito le cayera mal.

En lugar de responder mensajes de sus seguidores, releyó los textos e intentó cambiar algunas frases para que sonaran menos duras. Se arrepintió en mitad del segundo capítulo; si los modificaba, dejaba de sentir que eran fieles a lo que había vivido, y perdían fuerza.

Se los envió por mail con una sola palabra en el asunto y en el cuerpo: «perdón».

Él la llamó al instante.

—¿Estás loca, Nati? ¿Por qué me pedís perdón?

—Por lo que dicen los textos —respondió ella—. Intenté modificarlos, pero sería mentirme a mí misma.

Julián suspiró, creyendo que en los textos hallaría que ella había tenido relaciones con alguno de los hombres de sus citas o que incluso alguno podía haberle atraído mucho. Estaba preparado para leer eso manteniendo a raya los celos. Después de todo, la separación había sucedido por su culpa, y ella había intentado atenuar un sufrimiento profundo con esas citas.

—Te dije hace mucho que nada de lo que hagas o digas podría hacerme enojar con vos —le recordó—. Te agradezco que seas honesta conmigo. Tenés que saber que siempre voy a honrar eso tomando la mejor actitud que sea capaz.

—Lo sé —respondió ella con un hilo de voz.

Mientras imprimía el archivo que Natalia le había enviado, Julián procuró apartarla del temor cambiando de tema.

—Nati, Cami me está volviendo loco con el asunto de la fiesta de egresados. Dice que te invitó, pero que le respondiste que no sabías si ibas a ir porque no tenías idea de lo que iba a pasar conmigo. Cuando llegué a casa el domingo me preguntó si nos habíamos reconciliado y, sin saber en lo que me metía, cometí el error de decirle que sí. Desde entonces me pregunta tres veces por día si ya te decidiste a venir, porque por las dudas reservó tu lugar. No quería preguntarte si no me lo decías vos, pero no soporto más su insistencia. ¿Le digo que sí o que no?

Natalia se mordió el labio.

—¿Vos pensás que me está invitando de verdad? —preguntó.

—No tengo dudas. Camila no hace lo que no quiere.

—¿Y qué querés vos?

—Quiero verte feliz. Si tenés ganas de venir, lo vamos a pasar muy bien. Si no, nos vemos el domingo, y también lo vamos a pasar muy bien. —Recogió la primera página del manuscrito de Natalia y leyó el título—. ¡¿Chinder?! —exclamó, y soltó una carcajada.

—¿Ya estás leyendo? —replicó Natalia—. ¡Ay, qué vergüenza! Te respondo después lo de la fiesta de egresados. Voy a cortar.

—¡No, esperá! Presiento que con este manuscrito me voy a reír mucho. Sos increíble, cambiás de género como de camiseta. Te amo.

—Yo también te amo. No leas más. Me arrepentí, no quiero.

—«Cuando viviste una relación feliz y plena que acabó sin que lo quisieras»...

—¡Basta! —exclamó Natalia, riendo con las mejillas al rojo vivo, y cortó.

Esa noche, mientras Natalia daba vueltas al asunto de la fiesta de egresados de Camila, Julián terminó de leer las veintitrés páginas que componían la obra inconclusa de su escritora favorita.

De modo que no se había acostado con nadie, ni siquiera se había sentido atraída. Nunca había dejado de estar enamorada de él, como él de ella.

Miró la hora y, aunque eran las once de la noche, la llamó. Le preguntó si estaba durmiendo, y Natalia respondió que no.

—Terminé de leer *Chinder* —contó—. Me reí muchísimo. Sin embargo, también me generó angustia. Subyace en el texto, a pesar de lo cómico. ¿Así te sentías en esas citas fallidas?

—Así me sentía por nuestra separación.

—Es cierto, formulé mal la pregunta —admitió—. Lo que te pasó es increíble. ¡Qué bajo caímos los hombres!

—Supongo que no es solo un problema de los hombres. Todos nos estamos volviendo demasiado individualistas y superficiales.

—Sí. Al punto de no notar que una chica tiene frío, que estamos hablando solos o que la otra persona no quiere que la besemos. ¿De verdad ese hombre del último capítulo que escribiste te hizo eso? No puedo creer que, a pesar de que le estabas diciendo que no querías ir tan rápido, se encerró en su egoísmo. Solo le importaba satisfacer sus deseos, sin importar los tuyos. ¿Cómo puede disfrutar si el otro no lo hace? No me explico.

—Todo lo que conté es cierto.

—Lo lamento mucho —dijo Julián, y suspiró—. Necesito seguir leyendo. ¿Vas a escribir más?

—Tendría que salir con otros hombres —explicó Natalia.

—Conmigo como guardaespaldas —replicó él, bromeando a pesar de los celos.

Natalia rio. Le encantaba que compartieran el sentido del humor.

—No voy a escribir más por esa razón —declaró—. Por suerte no necesito seguir con las citas de Internet, porque el amor de mi vida volvió. De hecho había eliminado las aplicaciones antes de la presentación. Mi idea era que la historia terminara bien: la chica conocía a su salmón rosado por Internet, después de todos esos bagres, aunque más bien fuera un filet. Su filet.

—Todavía podés escribir este libro. ¿No pensaste en entrevistar a otras mujeres? Seguro tienen anécdotas como las tuyas para contar. Conozco a una que se casó con un hombre que conoció por Internet. Llevan diez años juntos y tienen un hijo de cinco.

—¿De verdad?! —exclamó Natalia, entusiasmada.

—Sí. Es una amiga de mi hermana.

—Es buena idea. Voy a pedirles a Analía y a mi prima Minna que me cuenten sus experiencias. Si podés, preguntale a tu hermana por su amiga.

—Contá con eso —respondió Julián, y tras una pausa, agregó—: Perdoname que cambie de tema, pero Camila volvió a preguntarme por el sábado. Apiadate de mí y dame una respuesta, la que sea.

—Decile que sí.

—¿Vas a venir?

—¿Te gustaría?

—Repito la pregunta: ¿vas a venir?

—Sí.

Al día siguiente, se probó el único vestido de fiesta que tenía. Databa de un casamiento al que había asistido hacía más de diez años, cuando todavía estaba saliendo con su primer novio. Ya no le entraba, sus caderas se habían ensanchado, y estaba un poco más rellenita. *De gusto, pensó. Como si los ovarios me funcionaran bien. Lo único que jamás me va a crecer es el busto, con lo que me gustaría.*

El viernes se compró un vestido nuevo, mucho más lindo que el otro. El viejo era negro sin mangas, con un tajo hasta la mitad del muslo y un aplique brillante que le había colocado Liliana. Por aquel entonces, no tenía dinero para gastar en una fiesta.

Este, en cambio, combinaba el color negro con el salmón, tenía una faja en la cintura con un moño de raso y la tela era de una calidad superior. Lo había pagado caro para tratarse de una prenda que utilizaría una sola noche, pero podía darse el gusto después de haber cobrado las regalías por el primer tomo de su saga.

El sábado esperó a que Julián pasara a buscarla sentada en el apoyabrazos del sofá.

—¿No te pone incómoda ver a las personas que te dejaron sin trabajo? —interrogó Liliana. Natalia se encogió de hombros—. ¿No te da miedo cómo te puedan mirar o lo que te puedan decir?

Natalia negó con la cabeza. A decir verdad, su único temor era que alguien les hiciera pasar un mal momento a Camila o a Julián. A ella le habían quitado el trabajo; no podían hacerla sufrir más.

Miró a su madre y se cuestionó si acaso no estaba haciendo las mismas preguntas de siempre. Entonces descubrió que, posiblemente, Liliana no hubiera cambiado tanto. La que había cambiado era ella.

Supo que Julián había llegado desde que oyó el motor del auto. La bocina terminó de confirmárselo. Se levantó, besó a su madre y se fue escuchando el coro de sus advertencias.

—Cuidado cuando vuelvan, que va a ser tarde. Si alguien te dice algo, ponelo en su lugar. Que no te hagan sentir mal, Natalia.

Subió al auto, un poco nerviosa por la noche que se avecinaba. Dentro del vehículo había mucho olor a perfume, y Julián le pareció tan atractivo que le hubiera arrancado el traje. Se besaron de manera fugaz; ella tenía miedo de incomodar a Camila. La había visto en el asiento de atrás, tomada de la mano de Octavio.

—Hola —le dijo.

—Hola. ¡Estás re linda! —respondió Camila.

—Vos también —contestó Natalia, sonriente—. Gracias por la invitación.

—A vos por aceptarla.

Cuando Julián tomó la avenida Dardo Rocha, ella le preguntó dónde quedaba la fiesta. Se sorprendió de que, siendo de Quilmes, los chicos hubieran contratado un salón en Avellaneda. Camila le explicó que el dueño era el tío de una compañera y que les había regalado el alquiler. Solo habían tenido que pagar el disc jockey, el alquiler de la vajilla y el menú.

Julián estacionó a tres cuadras, donde había lugar, y les pidió a Camila y a Octavio que se adelantaran. Quería hablar a solas con Natalia.

—Estás preciosa —le dijo, y le dio un beso muy suave en la comisura de los labios mientras le acariciaba la mejilla.

—Vos también —respondió Natalia. Se miraron a los ojos a centímetros de distancia.

—¿Vas a estar bien? —interrogó él. Los dos sabían que se refería a los padres.

—Sí —aseguró ella—. Como vos seguro tuviste que mentalizarte a la hora de leer mi último manuscrito, yo lo hice para venir.

—No quiero que te preocupes por nada. Si a alguien se le ocurre ser grosero con vos, nos vamos de inmediato.

—No quiero que le arruinemos la noche a tu hija.

—Ella ya conoce mi determinación y está de acuerdo.

Natalia se lo agradeció con una sonrisa.

Entrar al salón fue menos dramático de lo que esperaba. En un principio, nadie la reconoció. No era para menos: había cambiado los jeans dos tallas más grandes que la suya, las camisas de colores claros y el cabello recogido en una cola por un vestido de fiesta, sandalias de tacón y un peinado suelto. Por otra parte, el aire juvenil de Julián hacía que la diferencia de edad pasara desapercibida. No había nada que llamara la atención, más allá de la energía que los envolvía.

Miró al hombre que la llevaba de la mano y sintió que formaban una hermosa pareja. Si no se hubieran hallado delante de tanta gente, le habría gustado

besarlo. No habían tenido sexo en meses, y sentir que el deseo resucitaba igual que el sábado anterior le dio calor.

El primero en darse cuenta de que ella se hallaba allí fue un compañero de Camila que se aproximó para saludarla. Estaba sorprendido y contento por el reencuentro. Natalia lo felicitó por haber egresado y le preguntó qué iba a estudiar. Muy pronto, algunos chicos más se sumaron a la conversación, y sin darse cuenta, terminó rodeada de jóvenes que le decían que la habían extrañado, que nunca olvidarían el libro *Un mundo feliz* y que estaban por llegar algunos profesores más. Una chica, incluso, le comentó que había leído su saga, y otra, que su hermanita estaba ahorrando dinero para comprar el tercer tomo.

Con el pequeño alboroto, algunos padres comenzaron a murmurar. Aunque Natalia lo notó, cuando los chicos se alejaron, se entretuvo intercambiando algunas palabras con sus ex colegas sin prestar atención a los demás. Por suerte, las autoridades nunca iban a las fiestas de egresados, y no pasaría un mal momento frente a la directora o la representante legal. Eran las únicas que no quería volver a ver jamás.

Cuando les permitieron ingresar al salón para ocupar las mesas, se sintió un poco extraña ubicándose en el sector de las familias y no en el de los docentes. Como Camila estaba sentada con sus compañeros, Julián y ella compartían el lugar con Octavio y otra familia.

Acostumbrada a tantear los ambientes antes de lanzarse a hacer comentarios, Natalia esperó en silencio a que se entablara alguna conversación. Percibía que la mujer la miraba con el rabillo del ojo mientras regañaba a su hijo de tres años para que se quedara quieto. El hombre, en cambio, observaba una pantalla gigante en la que se proyectaban imágenes del viaje a Bariloche de los chicos. El hijo de unos trece o catorce años jugaba con el celular.

—¿Sos el padre del chico con camisa azul? —preguntó Julián al hombre, con toda la intención de buscar conversación. Él asintió con la cabeza—. ¡Son idénticos! ¿Cómo se llama?

—Lautaro. ¿Y el tuyo?

—Es el padre de Camila Aráoz Viera —soltó la mujer, mirando a Natalia.

Resultaba evidente por qué lo había reconocido.

—Ah, sí... —masculló el hombre—. ¡Qué chica inteligente Camila!

Después de que los egresados ingresaran al salón al son del aplauso de sus familiares, Julián continuó conversando con el padre de Lautaro. Su mujer, en cambio, evitaba incluirse mirando la mesa de los chicos y conversando con una madre de la mesa de al lado. Natalia se sintió incómoda, y comenzó a pensar con tristeza que las mujeres podían ser mucho más venenosas que los hombres.

Presintiendo sus sensaciones, Julián apoyó un brazo en el respaldo de su silla mientras seguía escuchando relajadamente al hombre. Su esposa observó la escena de reojo, y Natalia se apegó más a él a propósito, de modo que su costado quedara resguardado por el suyo.

—¿Se llevó materias Lautaro? —preguntó a la mujer. Los hombres callaron.

—Solo Matemática —contestó ella.

—¡Estamos celebrando el egreso y todavía debe una! —exclamó el padre.

—Seguro hay otros que adeudan más —lo consoló Natalia—. No se preocupe, Lautaro siempre fue muy inteligente y seguro la aprueba antes de entrar a la facultad.

—Más le vale, porque encima se anotó para Medicina. Yo le dije que no iba a poder, que mejor estudiara otra cosa.

—Cómo confiás en tu hijo vos, eh —objetó la madre.

Poco a poco, la conversación fluyó como si Natalia no hubiera sido la profesora que había que echar de la escuela.

Después de la entrada y antes del plato principal, hubo una tanda de cumbia y reggaetón. Octavio salió a bailar con Camila, al igual que el matrimonio que compartía la mesa con ellos. Sus hijos se pusieron a jugar con otros chicos en un rincón. Julián aprovechó para preguntarle a Natalia si se sentía cómoda, y ella aseguró que sí.

Después del plato principal, pusieron rock and roll.

—¿Querés bailar? —le preguntó Julián.

Natalia asintió con entusiasmo. Una de sus actividades favoritas cuando habían comenzado a salir era asistir a clases de americano rock.

Bailaron tres canciones hasta que el disc jockey cambió el rock and roll por música nacional. Antes de retirarse de la pista, se abrazaron instintivamente, y Julián la besó en la sien con naturalidad. Los dos habían olvidado dónde se encontraban, y eran incapaces de notar si acaso los miraba o cuestionaba alguien.

—¡Ey! —exclamó Camila, y se volvieron para mirarla. Les mostró el celular, y entendieron que quería tomarles una foto.

Julián apoyó un brazo sobre los hombros de Natalia.

—Le vas a hacer Photoshop, ¿no? —bromeó ella.

Él la miró mientras hacía el comentario. Como Camila sacó la foto muy rápido, salió viendo a Natalia mientras que ella sonreía a la cámara. Camila no le dio tiempo a pedirle que la tomara de nuevo: se alejó enseguida, como un torbellino que dejaba atrás momentos que jamás se repetirían.

—Se la ve feliz —concluyó Natalia antes de volver a la mesa.

Para la hora de las fotografías familiares, intentó pasar desapercibida. Se acomodó junto al fotógrafo para retratar con el celular a Camila, Julián y Octavio delante del decorado y detrás de la torta, como hacían los invitados de las demás familias. Camila pidió que esperaran y la llamó con un gesto. Ella se negó a participar moviendo la cabeza. Un ex alumno casi le arrancó el celular de las manos con una sonrisa y le indicó que fuera del otro lado de la mesa. Natalia dudó, pero Camila siguió insistiendo, y al final se sumó a la foto.

También intentó mantenerse al margen mientras los chicos posaban con los profesores. Fue otro intento fallido. Comenzaron a gritar su nombre, y acabó en el medio de la imagen, sosteniendo con los brazos en alto un buzo de egresados que alguien le cedió mientras gritaba igual que el resto.

Para entonces, los padres habían olvidado que alguna vez habían creído que ella no merecía educar a sus hijos, y se había transformado en alguien del montón. Era lo que Natalia había soñado.

Esa noche durmió en el departamento de Julián, y completaron lo que habían dejado inconcluso el sábado anterior.

—¿Lo pasaste bien? —le preguntó Julián, mientras la mantenía abrazada.

—¿Cuándo? —preguntó Natalia, adormecida. Él rio.

—En el momento en que estés pensando.

Natalia no sabía si se refería a que habían hecho el amor o a la fiesta. De cualquier manera, la respuesta era la misma.

—Sí. ¿Y vos?

—También. Gracias por haber venido. Gracias por estar en mi vida.

Camila... ¿Cuántas veces más vas a ignorarme?

Sabrina envió el mensaje y esperó. En línea. Visto. Última conexión.

—¡Otra vez! —exclamó, golpeando el escritorio con el puño.

Tenía trabajo atrasado, pero no podía concentrarse en escritos y documentos legales si nunca conseguía que su hija le respondiera.

Al principio la había amenazado. Le enviaba mensajes del estilo: «Si persistís en esta actitud infantil y egoísta, vas a causar problemas», «estás angustiando a tu hermano», «estoy yendo a ver al juez para que te saque ya mismo de esa casa».

Cuando se cansó de insistir en el juzgado y en la comisaría, y comprendió que no había nada que hacer, su tono cambió. «Te extraño, hija», «te guste o no, soy tu mamá, y no podés apartarte de mí como si nada», «¿cuándo vas a volver a casa?». No había obtenido nada. Ni siquiera un «dejame en paz» o «no me escribas más». Habría sido mejor que su hija la tratara mal y no que la ignorara.

Hacía mucho que no entraba a su cuenta de Facebook. Sabía que Camila casi no usaba la suya, pero ante la falta de noticias, sucumbió y abrió el navegador. Hizo un esfuerzo para recordar su contraseña. Probó con una, y como era incorrecta, intentó con otra.

Al ingresar, se sintió extrañamente cerca de su hija. No perdió el tiempo revisando las notificaciones ni el inicio. Buscó el perfil de Camila, rogando que todavía existiera y que no la hubiera eliminado. No la había bloqueado de WhatsApp; esperaba que siguieran siendo amigas en la otra red social.

A simple vista, nada había cambiado desde la última vez que había entrado,

cuando su hija todavía vivía con ella. Como foto de perfil tenía su rostro duplicado, al igual que en la portada, donde estaba haciendo un gesto con la boca y las cejas.

Movió el *scroll* para trasladarse por la página. Cuando la primera fotografía apareció, su corazón galopó. Era nueva, databa del sábado. En ella, Camila estaba en la pista de baile de algún lado, con la frente apoyada en la de Octavio. Los dos sonreían, mirándose a los ojos. Ella tenía los brazos en el cuello de él, y él, en su cintura. Estaban vestidos de gala.

Al parecer la había compartido desde Instagram, que era la red que más usaba. Los únicos comentarios en Facebook eran de adultos. Quizás todavía compartía algunas imágenes allí para no perder el contacto con parientes lejanos y amigos de la familia. «¡Hermosos! ¡Los quiero!», había escrito Claudia, la hermana de su ex marido. «¡Felicidades, Cami!», había escrito el padrino de Camila. Era un amigo de Julián que se había mudado al sur hacía varios años.

Leyó los nombres de los demás usuarios que habían escrito algo. No halló ninguno que le interesara demasiado, pero sí una deducción del conjunto. ¿Por qué la felicitaban? Sacó cálculos y dedujo que se trataba de la fiesta de egresados.

Se sobresaltó cuando alguien abrió la puerta de su oficina.

—Sabrina, necesito la copia de la demanda de Ortega urgente —indicó Martín, y se fue.

Sabrina suspiró, harta de que su pareja no pidiera permiso para meterse en su oficina. Bajó otro poco en la página sin hacerle caso. Otra imagen la paralizó: en ella aparecían Julián y esa profesora maldita. Su hija había escrito una descripción: «Quedate con quien te mire como mi papá mira a su novia», y había cerrado el comentario con dos emoticones: uno de una carita llorando de risa y otro de una carita con corazones en lugar de ojos.

Sintió que le estrujaban el corazón. Lo que decía su hija era cierto: conocía la mirada de Julián, sabía cuánto amor podía transmitir, y no tenía dudas de que estaba enamorado de esa profesora.

Entonces, ¿seguían juntos? ¿Su hija vivía con la persona que ella se había

ocupado de alejar? Había evitado que compartieran dos o tres horas por semana en el colegio, y ahora el destino la castigaba haciendo que compartieran la vida. Para colmo, Claudia había comentado: «¡La pareja más linda!». El padrino de Camila había escrito: «¡Julián! ¡Está igual que la última vez que nos vimos! El tiempo no pasa para él. ¿Hizo un pacto con el diablo?».

Bajó un poco más. En la siguiente foto, Camila se hallaba con todos sus compañeros y los profesores que habían ido a la fiesta. En el centro de la foto, sosteniendo el buzo de egresados de sus estudiantes con una enorme sonrisa, estaba Natalia.

¡Caradura!, pensó. ¿Cómo tenía el coraje de meterse en una fiesta con las personas que se habían manifestado en su contra? *¡Infantil, descarada! Con razón Julián se enamoró de ella. Son tal para cual.*

La última foto nueva la dejó atónita, aplastada en el asiento como una mariposa atropellada. En ella se encontraban su hija, el novio, el padre y Natalia detrás de una torta. Todos parecían felices, todos sonreían. «¡Hermosa familia!», había comentado Claudia.

¡Esa no es una familia!, bramó en su mente Sabrina. La familia de su hija era ella. Quien tenía que aparecer en esa foto era Sabrina Viera, no una intrusa.

Apretó el puño, temblando de ira. Lo primero que se le cruzó por la mente fue que quería destruir esas sonrisas como fuera. No iba a permitir que Camila siguiera engañada por su padre. No podría dormir tranquila si a cada segundo pensaba que compartía la vivienda con una cualquiera.

Su arrebato se extinguió de golpe. Se concentró en la mirada de su hija, y fue como si la arrojaran de un edificio. Descubrió que todo lo que pensaba carecía de sentido. Había luchado con todas las armas legales disponibles para que no le arrebataran a sus hijos, y nada de lo que había hecho servía. Su peor pesadilla se había hecho realidad, sin importar cuánto se hubiera esforzado. La vida seguía a pesar de ella. Nadie lamentaba que no estuviera presente en la fiesta de egresados de su hija, y todos tenían la capacidad de ser felices, aun con las enormes piedras que ella les había puesto en el camino.

¿Por qué lo hice?, pensó. *¿Por qué me duele que Julián esté bien, por qué me*

molesta?

La respuesta la horrorizó.

Se levantó y recogió su cartera. Salió y se encontró con Martín, que pretendía volver a abrir la puerta de su oficina.

—¿A dónde vas? —preguntó, desconcertado.

—Tengo que salir —respondió ella.

—¿Pasó algo?

Se fue sin dar explicaciones.

En su casa, pensó toda la tarde en su situación personal.

A las siete retiró a Tomás de la última clase de inglés. Le entregaron el boletín y el certificado de que había completado un nuevo nivel, y lo despidieron hasta el año siguiente.

Esa noche, mientras preparaba la cena, lo observó sentado a la mesa, y se consoló pensando que al menos le quedaba su hijo. Él sí creía en ella, sí la comprendía. Poco después, otro lado de su cerebro despertó, y se preguntó por qué Tomás estaba en silencio, mirando la mesa, en lugar de hallarse jugando a la Play.

Dejó los fideos en la olla y se acercó. Le acarició el pelo, y el niño la miró.

—¿Te aburriste ya de los juegos que tenés? ¿Querés que te compre otro? —preguntó.

Tomás negó con la cabeza, y el pecho de Sabrina otra vez se consternó. ¿Qué le pasaba a su hijo? ¿Por qué se negaba a que le hiciera un regalo que en otra oportunidad lo habría hecho saltar de emoción? No se atrevió a preguntarle qué le ocurría, tenía miedo de lo que pudiera oír.

—¿Estás así porque vas a extrañar a tus compañeros de inglés y del colegio? —indagó—. No te preocupes, podemos hacer un *pijama party* con tus amigos en el verano. ¿Qué te parece la idea?

Inesperadamente, Tomás estalló en llanto.

—¡Extraño a Cami! ¡Extraño a mi papá! —gritó.

Sabrina se quedó perpleja.

—Ya hablamos de esto, Tomi —manifestó, procurando ocultar el dolor que

surcaba su pecho.

—¡No quiero estar más acá! ¡Me quiero ir con ellos! —prorrumpió Tomás, y corrió a su cuarto.

Sabrina se quedó helada, con la mano quieta donde antes estaba la cabeza de su hijo. Miró sus dedos temblorosos, y por primera vez sintió el vacío de la ausencia. No era la primera vez que percibía que Tomás se sentía triste y nostálgico, solo que lo había negado. ¡Qué ironía! ¡Un niño con melancolía! Tal vez su peor miedo se había hecho realidad mucho antes de lo que imaginaba. Quizás estaba sola desde hacía mucho tiempo.

No se atrevió a ir a la habitación de su hijo. No quería escuchar reproches, y la lastimaba su llanto. Ansiaba consolarlo, pero su abrazo era insuficiente para contener lo que ella misma había provocado.

Nunca se sintió más culpable y atormentada que esa noche. No durmió pensando en sus hijos y en la pesadilla que la aquejaba.

«Los estás perdiendo». «Hay algo que está más allá de la ley, algo de lo que vos sabés muy poco: los sentimientos. Podés conseguir todas las órdenes judiciales que quieras, pero cuando Tomás y Camila ya no te reconozcan, no habrá juez que te los devuelva».

¿Y si Julián tenía razón? ¿Y si había perdido a sus hijos y no había retorno?

A la mañana siguiente, llevó a Tomás a la casa de su hermana, quien lo cuidaba mientras ella trabajaba ahora que él no tenía que ir a la escuela. Sin embargo, llamó a Martín para avisarle que no iría a la oficina.

—¿Estás enferma? —indagó él—. ¿No podés venir un rato, aunque sea? Ayer te fuiste y no me dejaste la copia de la demanda de Olmedo.

—¡Me importa un carajo la demanda de Olmedo! —exclamó Sabrina. Por lo que le había preguntado Martín, él intuía que estaba enferma, pero en lugar de preocuparse por ella, le pedía que fuera a trabajar. ¿Le costaba mucho ser más atento?

—Pará un poco, ¿qué te pasa? —se ofuscó él—. ¿Estás con los cambios de humor de la menopausia?

La frase la sacó de las casillas y cortó el teléfono. Apretó el volante con furia

contenida, guardó el teléfono en la cartera y se largó a conducir hacia el centro de Quilmes. Había anotado en un papel la dirección que su hermana le había dado hacía unos meses, cuando ella le había contado que estaba viviendo una situación de violencia de género.

Tocó el timbre en el piso correspondiente, y una recepcionista le preguntó qué necesitaba.

—Me dijeron que acá atienden varios psicólogos. Estoy en crisis, necesito que alguno me reciba ahora mismo.

La hicieron pasar enseguida.

Tuvo que esperar dos horas, pero pudieron asignarle un turno de cincuenta minutos con una terapeuta. Se sentó al escritorio y trató de abreviar su historia hasta llegar a la parte que más le interesaba.

—Lo perdí todo —lamentó, llorando—. Mi hija, mi hijo, mi vida...

—Está siendo un poco drástica —señaló la psicóloga.

—Llevo dos meses sin recibir una respuesta de Camila. Lo peor es que, si bien estuve convencida de que hice lo correcto, ahora tengo dudas. Analizo una y otra vez las situaciones que me llevaron a pedir la restricción perimetral y quizás solo miré mi conveniencia, no la de mis hijos. Tengo miedo de haberme dejado llevar por mis miedos y no por la realidad.

—Quizás sí hubo algo de violencia, por eso denunció a su ex marido en su momento. Ocurre que, por la situación que está atravesando ahora, la niega.

—No... —replicó, cabizbaja—. En el fondo, yo sé que él no es violento.

—En ese caso, ¿por qué un juez renovarían la orden?

Sabrina sonrió entre lágrimas.

—Soy abogada, conozco las debilidades del sistema —confesó—. Hay jueces que tratan con liviandad los casos de violencia de género, y así tenemos mujeres que terminan asesinadas por sus parejas. Pero también hay otros que no quieren correr riesgos, y como no tienen tiempo de adentrarse bien en cada caso, prefieren renovar las perimetrales por las dudas, sin importar si el hombre está siendo acusado injustamente. Tuve suerte, y me tocó un juez del segundo tipo. Yo sabía que ese doctor era así. En el estudio tenemos un caso parecido que

recae en su juzgado, y ese juez nunca deja sin efecto las perimetrales si la mujer solicita que las renueven.

»Comprendo que usted quiera hacerme sentir mejor, pero no es la manera. No hay forma de transformar lo que hice en un acto bondadoso. Soy mala.

—Tiene que ser más flexible consigo misma: si todo sucedió tal como lo describe, el acto no fue bueno, pero eso no significa que usted sea mala.

—Es que yo no era así, o nunca me di cuenta. No entiendo qué me pasa, por qué no puedo pensar de otra manera. Por qué, aunque sé que lo que hice estuvo mal, sigo deseosa de sostenerlo.

—Quizás sí entienda. Sea sincera consigo misma: ¿está enamorada de su ex marido?

—No —respondió Sabrina con honestidad, negando con la cabeza—. Lo estuve una vez, desde el día que se sentó en el banco de una plaza y me dijo que tenía una mirada hermosa. Cuando nos casamos, cuando decidimos tener un hijo, cuando nació Camila... Incluso cuando nació Tomás todavía lo quería. Sí... estuve muy enamorada de él, pero cambié. Julián es el hombre más íntegro y sensible que conocí en mi vida, pero no es el hombre para mí. El problema soy yo. Hice lo que hice por mí, no por él.

—¿Y cuál es ese problema que, según refiere, le pertenece a usted?

Sabrina apretó los labios y se secó una lágrima de las tantas que humedecían sus mejillas.

—Esa chica... —sollozó—. Cuando empezaron a salir, ¡ella tenía veintiocho años! Ahora tiene treinta. Es joven, es bonita... En cambio yo... Mientras que la vida de Julián está recomenzando, la mía se acaba. Con ella, él va a poder tener hijos. Yo ya no puedo. Con suerte menstrúo una vez cada dos o tres meses, y embarazarme a esta edad sería muy peligroso.

—¿Usted necesita tener otro hijo? ¿Ese es su deseo?

—No. No quiero tener más hijos. ¡Pero siento que mi vida se termina!

El llanto de Sabrina colmó el consultorio. La psicóloga le ofreció una caja con pañuelos descartables, y ella recogió uno para limpiarse la nariz y cubrirse la cara.

—Su vida no se termina, Sabrina —replicó la analista con un tono de voz muy suave—. Es cierto que el tiempo biológico de los hombres es más amplio, pero la vida no solo consiste en formar pareja y tener hijos. Además, usted me dijo que también está en pareja. ¿No es feliz con él?

—A veces. Un poco.

—Entonces ese es un problema. ¿Por qué sigue en una relación que no la satisface?

—Porque lo quiero. Aun con todos sus defectos, Martín es el tipo de hombre que me gusta.

—Entonces quizás sería bueno que trabaje para reforzar ese vínculo en lugar de luchar contra la biología. Su edad es maravillosa, está en la plenitud femenina. Su concepto de mujer es arcaico, Sabrina. No se es más o menos mujer por la capacidad fértil que una tenga. Hay muchas formas de ser mujer: trabajar, criar hijos, viajar, sostener un vínculo de pareja, generar proyectos personales y profesionales...

—Siento que me muero sin mi hija —sollozó Sabrina con desconsuelo.

—¿Por qué no se lo dice? Dígale la verdad.

—Porque no quiere escucharme. ¿No le expliqué que ni siquiera responde mis mensajes? La única forma de que ella me escuche sería a través de mi ex. Adora al padre.

—Entonces hable con él. Tenemos que dejar acá la sesión por hoy. La espero el martes que viene. ¿A la misma hora le parece bien?

Sabrina se secó las lágrimas con otro pañuelo.

—No puedo, en realidad a esta hora trabajo. ¿Atiende algún otro día después de las seis de la tarde?

—Sí. Pídale turno a la secretaria para el jueves a las siete.

Tras oír el segundo sollozo, Fabrizio abrió la puerta del comedor de la fábrica. Se encontró con la imagen más conmovedora de su vida. Melisa lloraba, sentada en una de las sillas, con tanta congoja que le anudó el pecho.

Se aproximó y se sentó a su lado, sin importar que ella tratara de ocultar unos papeles que estaba leyendo.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupado.

—Nada —respondió Melisa, secándose las lágrimas.

—Nadie llora así por nada. Por favor, confiá en mí, ¿qué pasa?

La mirada llena de miedo de Melisa lo hizo sentir incómodo.

—No digas nada... —murmuró ella, apretando los papeles—. Encontré esto en el escritorio de tu hermano. Como me llamó la atención el título, lo leí. Creo que es parte de un manuscrito de su novia.

Le enseñó las copias. Fabrizio ahogó la risa al leer la palabra «Chinder». No tuvo dudas de que se refería a una aplicación que él usaba y en la que tenía mucho éxito.

—Leíste un manuscrito inédito a escondidas. ¿Cuál es el problema?

—Cuenta cosas que me pasaron y me hizo poner muy triste —confesó Melisa—. El desinterés de los hombres por una es espantoso. Se siente así, tal cual lo cuenta Natalia en el libro.

—No entiendo, ¿de qué se trata?

—De primeras citas que son un fracaso. De hombres a los que no les importa la mujer que tienen enfrente y hablan solos, manipulan y acosan. La protagonista de estas citas, por lo menos, no llegó a la cama de ninguno por ahora.

—¿Qué querés decir con eso?

—Que yo sí paso por sus camas, Fabrizio. Y que cuando nos levantamos y nos vamos cada uno por su lado, a ninguno le importo. Solo fingen que están interesados hasta que pueden acostarse conmigo. Después, si te he visto no me acuerdo.

Calló, en espera de una sensación de incomodidad que nunca llegó. Jamás le hubiera dicho a otro hombre que andaba de cama en cama buscando el amor. ¿Por qué podía ser tan honesta con Fabrizio? ¿Por qué, cuando estaba con él, podía ser ella misma aunque él le gustaba? Normalmente, cuando un hombre la atraía, se colocaba una máscara.

—Yo creí que lo pasaba bien así, pero ahora me parece que no —confesó—. Me engañé. Dejé de esperar romanticismo porque creí que ya no existía, pero eso no significa que no haya sido mi sueño. ¿Por qué me adapté a los deseos ajenos? ¿Por qué me conformé con migajas en lugar de esperar que me dieran todo? No me refiero a lo material. Me refiero a honestidad, a preocupación genuina, a amor.

Fabrizio la escuchaba con atención. No entendía mucho de libros, pero sí de la vida que Melisa describía, y temió ser uno de esos hombres por los que lloraba, abrazada a un manuscrito.

—¿Y vos pensás que ninguno de esos hombres con los que te acostaste se quedó pensando en vos? —preguntó—. Deberías mirar mejor alrededor.

—Yo miro, pero a mí nadie me mira —replicó Melisa con pena.

Las palabras de Julián resonaron en la mente de Fabrizio mientras luchaba contra sus miedos para darle una respuesta. «Ya que tenés tanta seguridad para conquistas de una noche, confiá en vos para avanzar hacia algo que te haga mejor en este momento de tu vida. Todos nos cansamos de la soltería y, en algún momento, necesitamos un hogar».

—Yo sí te miro —dijo con un tono de voz que Melisa jamás le había oído.

«Una mujer tiene que sentirse valorada, y para eso debemos ser honestos. Dar sin miedo a no recibir a cambio».

—Yo te miro, Melisa —repitió—. Y aunque no puedo prometerte que voy a ser un galán de novela romántica, sí quiero ser honesto. Nunca le dije a una

chica que la quería, y me levanté de muchas camas sabiendo que no iba a volver a verlas. Posiblemente haya sido siempre uno de esos mamarrachos que decís que aparecen en ese manuscrito de la novia de mi hermano. Pero con vos es distinto. A vos te quiero. Y si me das una oportunidad, voy a tratar de salir de las páginas de *Chinder* y convertirme en el personaje de *Camino al placer*.

—¿Lo leíste?! —se sorprendió Melisa.

—¡Ni loco! No me gusta leer. Pero vi los comentarios del video de mi hermano, y todas aman a ese tal Fabián, al que asocian con él.

Melisa sonrió, enternecida.

—No quiero que seas Fabián —contestó—. Me gustaría que fueras la mejor versión de vos mismo.

—¿Eso significa que podemos intentarlo?

—No me lastimes.

—Vos a mí tampoco.

—Entonces sí, podemos.

Cuando Julián vio que el nombre «Sabrina» llenaba la pantalla de su celular, sintió ganas de romperlo. Hizo cálculos, tratando de dilucidar si acaso lo llamaba porque necesitaba que le diera una excusa para extender la restricción perimetral. Se debatió entre ignorar el llamado o atenderlo. Concluyó en que, cuando no había hecho nada, de todos modos su ex mujer había conseguido una extensión de la orden, así que daba lo mismo.

Aprovechando que estaba solo en la oficina, deslizó el ícono verde para responder.

—¿Qué querés? —preguntó.

—Hola. ¿Podemos hablar?

Julián rio, apretando el puño para liberar la ira contenida.

—¿Necesitás una excusa para que el juez renueve la perimetral? —preguntó, aunque en realidad quería mandarla a la mierda. Literalmente, con esas palabras, sin pelos en la lengua.

Sabrina hizo una pausa. En cualquier otra oportunidad habría salido al ruedo con alguna ironía, pero su corazón estaba demasiado herido, y por una vez consideró injusto comportarse como de costumbre.

—Si me lo permitís, voy a la fábrica para que no corras riesgos. Si yo invado tu espacio, nadie puede denunciarte —respondió, conservando la calma.

Julián entrecerró los ojos, más deseoso de vomitar que de volver a ver a su ex esposa. Solo escuchar su voz avivaba en él el dolor que con creces trataba de sobrellevar. No quería imaginar cómo se sentiría teniéndola enfrente.

Al mismo tiempo, pensó en su hijo, y en cuánto necesitaba volver a abrazarlo. Decidió ceder solo por eso.

—Puedo disponer de media hora entre las doce y las doce y media. A las doce y media me voy —anunció, y colgó. Tenía una hora para prepararse.

Cuando Claudia entró quejándose por los aumentos en el chocolate, Julián la interrumpió.

—Necesito que te vayas. Sabrina me pidió venir.

—¿Sabrina? —repitió Claudia—. ¿A qué viene esa basura?

—No sé, pero tengo que escucharla. Me muero por volver a ver a mi hijo, Claudia.

Claudia cerró los ojos y asintió con la cabeza. Aborrecía a Sabrina, pero también sabía que Julián estaba sufriendo por la distancia con Tomás, y cualquier hecho que pudiera propiciar un acercamiento sería bienvenido por él.

—Cualquier cosa, no dudes en llamarme —pidió, y lo besó en la cabeza antes de retirarse.

Cuando Melisa vio por la cámara de seguridad que Sabrina acababa de tocar el timbre, contuvo las ganas de matarla. Cuando ella entró a trabajar en la fábrica, esa mujer todavía era la esposa de Julián, y le había caído mal desde el primer momento. Era llamativa, y siempre parecía estar en un pedestal. Le caía peor desde que sabía lo que le estaba haciendo a su jefe, el hombre más bueno

del mundo, por sus conversaciones con Fabrizioo.

—¿Sí? —preguntó por el portero eléctrico.

—Soy Sabrina, Julián me espera en su oficina.

Melisa dudó. No entendía por qué motivo Julián se encontraría con su ex en la fábrica. Temió que ella mintiera, y de paso decidió darle un poco de su propia medicina.

—Espere que le consulto —respondió.

Dejó descolgado el portero mientras marcaba el interno de la oficina de Julián en el teléfono. Le avisó que estaba su ex esposa, y él le pidió que la hiciera pasar. Recién entonces le abrió la puerta. Esperaba que se hubiera calcinado un poco a causa del agobiante calor del mediodía.

Cuando Sabrina entró, le pareció mucho menos altiva de lo que recordaba. No hizo falta que le indicara el camino a la oficina de su ex marido. Lo realizó sola, e incluso saludó a dos empleados con los que se cruzó de frente. Golpeó a la puerta y esperó a que Julián la autorizara a entrar.

Mientras ella se sentaba, Julián se respaldó y se cruzó de brazos. No podía creer que la misma mujer que alguna vez le había despertado amor y deseo, ahora le generara asco. Por su culpa se había convertido en un hombre oscuro, capaz de albergar resentimiento.

—Renovaste algunas máquinas —comentó ella; las había visto al pasar. Julián no se involucró en la conversación casual, y hasta le molestó que Sabrina pretendiera fingir que no había ocurrido nada—. También probé el nuevo sabor de Tamailén. Es muy rico. ¿Se te ocurrió a vos?

—Sé breve —solicitó él con voz gélida—. ¿Qué querés?

Sabrina se armó de paciencia. Desde que había decidido seguir el consejo de la psicóloga, sabía que sería muy duro. No estaba acostumbrada a no llevar el control, ni a que su ex no fuera condescendiente con ella. Lo que tenía para ofrecer le convenía, así que supuso que él cedería con el devenir de la conversación.

—Vi en el Facebook de Camila las fotos de la fiesta de egresados. No me invitó. Ni siquiera me responde mensajes. —Hizo una pausa en espera de alguna

respuesta por parte de Julián. Como él no se movió, no tuvo más remedio que continuar—. La extraño mucho, es mi hija. Imagino que te debe pasar lo mismo con Tomás. Por eso se me ocurrió que podíamos llegar a un acuerdo: vos la convencés a Camila de que restablezca su relación conmigo, y yo hago lo mismo con el nene para vos.

El único gesto que delató la ira de Julián fue que se tomó un momento antes de contestar. Respiró profundo y se inclinó hacia adelante para apoyar los antebrazos en el escritorio. Con todo el dolor de su alma, tuvo que resignar a su hijo una vez más.

—No —respondió.

—¿Por qué no? —indagó ella, procurando controlar la sangre caprichosa que la recorría.

—Porque no voy a entrar en ese juego. Por si no te diste cuenta, nuestra hija es una persona, no una muñeca. Vos manipulás, yo no. No puedo hacer que quiera pasar tiempo con vos.

—Ella te escucha. Si le pedís que me responda, seguro que...

—Ya te dije que no —la interrumpió—. Por más que converse con Camila, nunca voy a obligarla a nada con estrategias perversas. ¿Sabés cuándo se va a acercar a vos sin necesidad de intermediarios? Cuando vea que su madre es honesta con ella. —Río con resignación—. Parece mentira. La pariste y la conocés menos que cualquiera. Que yo sepa, va a estudiar abogacía, no está pensando en ponerse un negocio propio o manejar una fábrica de alfajores. Tiene más que ver con vos que conmigo. Ustedes se parecen. O al menos se parece a quien eras cuando tenías pocos años más que ella. Por eso chocan, por eso se fue de tu casa cuando sintió que lo que veía en su madre la asustaba. Que sienta miedo de vos es igual a tener miedo de sí misma o de quien puede llegar a convertirse. ¿Pensás que yo puedo con todo eso? No soy tan poderoso. La única capaz de resolver sus problemas con su hija sos vos.

»Si eso es todo, prefiero seguir trabajando. Gracias por el intento, Sabrina.

Sabrina apretó los dientes, desconcertada por la actitud de su ex marido. Sabía que sus hijos eran lo más preciado para él, ¿por qué, entonces, no estaba

suplicándole que le permitiera ver a Tomás? ¿Por qué no hacía lo que ella quería?

Salió ofuscada de la oficina. Cuando pasó por la recepción, ni siquiera se despidió de Melisa.

Julián apoyó los codos en el escritorio y descansó la frente en las manos. Solo Dios sabía cuánto añoraba abrazar a su hijo, pero no lo haría a costa de la salud mental de su hija ni de que el niño siguiera siendo manipulado. Tampoco de continuar cediendo a los caprichos de Sabrina, poniendo en riesgo la promesa que le había hecho a Natalia.

No iba a darle el gusto a su ex. Sin embargo, la fortaleza que había sostenido mientras conversaba con ella le demostró que ya estaba preparado para dar el siguiente paso. Había evitado conversar con Camila, porque la necesitaba a su lado para recargarse de energía. Era hora de dejar el egoísmo y volver a pensar solo en ella.

Esa noche, aprovechando que estaban solos, la abordó después de lavar los platos, mientras ella miraba una serie en el living. Comenzó tocándole un hombro, y Camila lo miró con una sonrisa.

—¿Todavía estás mirando muertos vivos? —le preguntó él—. ¿Cuántas temporadas tiene esa cosa?

—Por ahora, seis —contestó ella, riendo.

Se sentó en el sofá, a su lado, y apoyó un brazo en el respaldo. Pensaba en cuánto le hubiera gustado detener el tiempo en ese momento, antes de remover el dolor que en esas semanas se había asentado. Era motivador contar con Camila, pero su hija no era un trofeo de guerra, y debía procurar su bienestar.

Camila siguió mirando el programa, hasta que se dio cuenta de que su padre no apartaba los ojos de ella. Puso la pausa y se volvió hacia él.

—¿Pasa algo? —preguntó. Julián reunió coraje, decidido a ser honesto.

—Tu mamá vino a verme hoy a la fábrica —explicó.

La incomodidad de Camila se esparció por el aire.

—¿Te trató mal? ¿Te amenazó? No le hagas caso, papá. No soporta haber perdido poder.

Julián se asombró por el nivel de análisis de la situación que había alcanzado su hija. Camila no dejaba de sorprenderlo, y la admiraba más a cada segundo. No tenía dudas de que sería una gran abogada.

—No me interesa cómo se sienta ella. Me importa cómo te sentís vos —aclaró—. Nunca hablamos de la noche que te fuiste de tu casa. Tiene que haber sido muy duro.

—Sí, lo fue. Lo que más me dolió fue que Tomás lloraba, rogándome que me quedara. —Julián imaginó la situación, y su corazón se oprimió por el sufrimiento de sus hijos—. Y también la ilusión.

—¿«La ilusión»? —repitió.

—La ilusión de que mi mamá fuera lo que yo pensaba. Cuando era chica, creía que ella era de otra manera.

—Quizás lo era.

—No. Siempre fue así, o muy parecida. Pero yo no me daba cuenta.

—No todo en tu mamá es malo. Si fuera así, no me habría enamorado de ella.

Camila lo observó un momento, procurando adivinar el motivo por el que, de pronto, su padre estaba defendiendo a la mujer que lo había destrozado.

—¿Necesitás que me vaya? —preguntó—. Si querés volver a vivir con Natalia y yo estoy interfiriendo...

—Ni se te ocurra pensar eso —intervino él, antes de que Camila lo malinterpretara—. No quiero que vivas en otra parte, quiero que estés donde tengas ganas. Tu actitud con Natalia es mejor de lo que alguna vez había soñado. Así que, si ella me ama como sé qué lo hace, vos jamás serías un impedimento para que viviéramos juntos de nuevo. Solo quiero que estés bien, y me parece que seguir distanciada de tu mamá puede lastimarte.

—Me lastimaba vivir en su casa —contestó Camila, más calmada—. Y aunque extraño a mi hermano, acá encontré paz. No digo que nunca vuelva a contestarle un mensaje, pero por ahora no quiero. Prefiero estar tranquila. ¿Puedo?

Julián asintió, respetuoso de la decisión de Camila.

Esa Navidad y Año Nuevo fueron distintos para Natalia. Desde que era chica había aprendido a ignorar esas fechas; era un mecanismo de defensa para no sentir que el día de mañana, cuando le faltara su madre, se quedaría completamente sola.

Ese año cambió su casa por la de Claudia, el sonido del televisor por conversaciones y risas, y empacharse comiendo garrapiñadas por un brindis que, para ella, resultó multitudinario. Tal como Julián le había predicho, ese momento se sentía muy extraño. Claudia había llorado por su madre, que por primera vez faltaba, y quince minutos después estaban riendo al recordar la oportunidad en la que su padre le había dado un chirlo a Julián por haber hecho garabatos en unos documentos de la fábrica.

Liliana los acompañó en ambas ocasiones, muy a gusto. Allí tenía con quien conversar de política, de artículos que leía en Internet y hasta de baile. A diferencia de Natalia, disfrutaba mucho las reuniones sociales.

A las dos de la madrugada del primero de enero, mientras Claudia, la familia de su esposo, Fabrizio, Liliana y Camila seguían conversando en el quincho, Natalia se perdió por pasillo del costado de la casa. Pasó junto a los rosales que servían de terapia a su cuñada los fines de semana y se detuvo en el jardín de adelante para mirar la calle. Necesitaba un poco de silencio.

A través de la reja distinguió parte de la calle, repleta de automóviles estacionados. Un grupo de chicos pasó escuchando música y hablando a los gritos. Había acordado que al día siguiente iría con Julián a almorzar a la casa de su padre, y la perspectiva de la situación la ponía nerviosa.

No se dio cuenta de que él se le acercaba hasta que la abrazó por la espalda y

le dio un beso en la mejilla.

—Te extraño —le dijo.

Natalia sonrió, acariciándole los antebrazos, y giró la cabeza para ofrecerle los labios. No hizo falta mucho para que Julián terminara cumpliendo su deseo de recibir un beso.

Sabrina, en cambio, no estaba en su mejor noche. Había llevado a Tomás a la casa de Martín, y desde antes de salir, el niño protestaba, diciendo que no quería ir allí. La madre de su pareja intentó conversar de la escuela con él, pero Tomás solo se encogió de hombros y negó con la cabeza ante cada pregunta, demostrando su desinterés. Cuando la hermana de Martín le ofreció helado, dijo que no le gustaba. Era fanático de los postres, Sabrina no podía creer que se estuviera comportando de una forma tan inapropiada.

La gota que rebalsó el vaso cayó después de la medianoche. Ella le pidió que se cambiara de asiento para que Martín pudiera sentarse un rato a su lado, y Tomás le respondió que no de mala manera. La madre de Martín la miró con la típica expresión de las viejas cuando quieren hacer alguna crítica, y Sabrina se sintió descubierta.

—Tiene carácter, ¿no? —preguntó la señora—. ¿Salió a vos o al padre?

Sabrina se limitó a sonreír con los labios apretados y le pidió a Tomás que la siguiera. Lo apartó de la mesa y se inclinó para estar a su altura.

—¿Qué significa el espectáculo que estás dando? —lo regañó—. Cambiá la cara y sé respetuoso con la gente. No me hagas quedar mal.

—Te dije que no quería venir acá —replicó Tomás.

Sabrina miró la mesa; su hijo había elevado la voz, y temía que alguien hubiera oído. Volvió su atención a él después de comprobar que seguían pasando desapercibidos.

—No me importa lo que quieras. Sos chico y tenés que respetar las decisiones de los adultos. ¿Desde cuándo lo pasás mal en las fiestas?

—Quiero hablar con Cami.

—Sabés que no atiende el teléfono. Tu padre...

—¡Quiero hablar con mi hermana!

Tras el nuevo grito, Sabrina volvió a mirar la mesa. Esta vez, había atraído la atención de su cuñado y de su suegra. Apretó el brazo de Tomás y lo sacudió para hacerlo entrar en razón. Si no podía con palabras, se desesperaba y apelaba a la fuerza.

—Terminala —ordenó.

—¡Soltame! —reclamó Tomás, y empezó a forcejear.

—¡Callate la boca si no querés que te dé un sopapo!

—¡Soltame, hija de puta!

La desesperación y el dolor la llevaron a darle un cachetazo que le dolió más a ella que a su hijo. Tomás estalló en llanto. Sabrina lo soltó de repente, y él salió corriendo.

Las conversaciones en la mesa se habían acallado. Martín apareció y apoyó una mano en su cintura.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Nos vamos —contestó Sabrina, avergonzada.

Martín la siguió hasta el living, donde ella recogió sus pertenencias y se reencontró con su hijo, que se había acostado a llorar en el sillón. Él no insistió para que se quedaran.

Ella condujo un par de cuadras y se detuvo cerca de una estación de policía. Miró el asiento de atrás: Tomás estaba cruzado de brazos, con el rostro inclinado hacia abajo. Todavía lagrimeaba.

Se preguntó qué hacer. No soportaba más ver a su hijo convertirse en un niño malhumorado e irrespetuoso. Prefería que riera y que jugara, lleno de inocencia, como antes. ¿Cuándo le había enseñado ella que la manera correcta de comportarse era esa? Si ya no veía al padre, ¿por qué había llegado al extremo de insultarla, como si alguien lo adoctrinara en su contra? ¿Acaso haber perdido la influencia paterna lo había transformado en un chico con emociones violentas? Entonces, ¿era ella la mala influencia? Jamás hubiera querido eso para sus hijos. Tan solo había tratado de preservarlos, de mantenerlos con ella.

No podía seguir negando la realidad. Por una vez, tenía que hacer caso a los demás y salir de sí misma.

—Tengo una idea —dijo—. Podemos llamar a tu hermana desde un teléfono público. ¿Todavía querés hablar con ella?

Tomás alzó la cabeza de inmediato e hizo un gesto afirmativo. Sabrina suspiró, temiendo perder lo único que le quedaba, que era su hijo, pero aun así cumplió con su propuesta.

A las dos de la madrugada, mientras su padre y Natalia habían desaparecido, Camila recibió un llamado de un número desconocido. Dudó de atender, pero finalmente lo hizo, creyendo que tal vez Octavio estaba usando otro teléfono. Habían acordado que él pasaría a buscarla para ir a un bar donde los esperaban sus amigos.

En cuanto escuchó la voz de su hermano, se emocionó.

—Te extraño. ¿Cuándo vas a volver, Cami? —le preguntó el niño, llorando.

—No voy a volver, Tomi —respondió ella—. Pero quiero verte. ¿Por qué no me avisás cuando estés en lo de la tía Mara y yo voy ahí?

—Bueno.

—¿Cómo estás? Por favor, no estés triste.

—¿Está papá? Quiero hablar con él.

Sabrina apretó los dientes; quería arrebatarse el teléfono de las manos. Después de todo lo que ella había hecho por sus hijos, ¿por qué preferían al padre? Si cabía la posibilidad que él no los pusiera en su contra, ¿por qué sabía relacionarse con ellos mejor que ella? Presintió que, de seguir su instinto y cortar el llamado, su hijo se molestaría de nuevo. Entonces se la aguantó.

—No se puede, Tomi —replicó Camila con resignación. No quiso recordarle el asunto de la restricción, pero temía que, de hablar con Tomás, su padre se metiera en un problema.

—¿Él no quiere hablar conmigo?

—Claro que sí. Se muere por escuchar tu voz y por volver a verte, pero por ahora no se puede. Avisame cuando estés en lo de la tía Mara, ¿sí? Te prometo que voy a ir a visitarte. Yo tampoco veo la hora de que nos encontremos. Te extraño mucho.

Tomás le prometió que le avisaría, y cortó. Camila corrió a contarle a su padre

que acababa de hablar con su hermano.

Al día siguiente, Julián por fin conoció al padre de Natalia. Se había desacostumbrado a las expresiones de sorpresa en el entorno de su pareja, que esperaban un muchacho de la edad de ella, cuando lo conocían. Le resultó gracioso reencontrarse con ese tipo de curiosidad en el rostro de Daniel y su mujer, pero se sintió bien recibido a pesar de eso.

Mientras almorzaban, procuró olvidar lo que sabía de la infancia y la adolescencia de Natalia y mirar al hombre sin prejuicios, aunque internamente los tuviera. Con él se podía conversar de negocios, política y economía. Era una persona interesante, aunque saltaba a la vista que era bastante frío, y daba la impresión de que bien podía ser tan cruel como describía Natalia.

Después de ese día, poco a poco, ella comenzó a pasar más tiempo en su departamento que en la casa de Liliana. Para fines de enero, casi toda su ropa se encontraba en el placar de Julián y no en el que había dejado en su cuarto de la adolescencia. No habían acordado que volverían a vivir juntos, se había dado de manera natural, como así también la convivencia con Camila.

Liliana no protestó ni cuestionó el alejamiento de Natalia. Con ayuda de la terapia y de su agenda colmada de actividades, había comprendido que, si quería el bien de su hija, tenía que soltarla. Tenía que estar presente en su vida de otra manera.

No tenía tiempo de sentirse sola. Se había hecho de nuevos amigos, lo pasaba bien en las clases de tango y folclore, y disfrutaba bailando en varios centros de jubilados. Además, su hija la visitaba algunas veces por semana, y Julián algunos sábados. La invitaban a comer a su departamento o a restaurantes, y la incluyeron en el cumpleaños del hijo de Claudia. Sin querer, se hizo de una familia después de muchos años de haberse sentido desamparada tras la ausencia de su marido. La soledad había sido siempre un fantasma para ella, pero tal vez vivir sola no significaba estarlo.

Mientras tanto, Sabrina también continuaba con su tratamiento.

—Yo siempre pensé que Julián les hablaba mal de mí a Tomás y a Camila —expresó—. Pero mi propio hijo llegó a insultarme, y hacía meses que no veía al

padre. Nunca antes había hecho eso. ¿Cómo es posible, si el padre no puede haberle hablado mal de mí en este tiempo?

—Por lo que usted viene describiendo en estas sesiones, Julián era... —dijo la psicóloga, y leyó de sus apuntes—. Cito sus palabras: un hombre íntegro, sensible, responsable, generoso, protector, compañero, buen amante, buen padre... Más allá de algunas acciones de su ex que a usted no le gustaron, o de sospechas sobre su influencia en sus hijos, nunca me habló mal de él.

—Pero a mis hijos sí —replicó ella—. Porque lo prefieren, y eso me da bronca. Yo vivo con ellos, yo los parí. ¿Por qué lo preferirían a él?

—¿Qué les decía?

—Últimamente, que el padre se había transformado en alguien agresivo, egoísta, que los ponía en peligro...

—¿Y antes? Cuando vivían juntos, ¿usted les hablaba mal de él?

Sabrina se encogió de hombros.

—No directamente. Pero sí. Sobre todo después de que decidió irse de la fábrica del padre y abrir su propio negocio, ese que fracasó y por el que casi nos quedamos en la calle.

—¿A usted le molestó eso? Me refiero a que él abriera su negocio.

—Sí. Sentí que no tenía en cuenta mi opinión. Le pedí que no lo hiciera. No entiendo por qué necesitaba ponerse a prueba. ¿Qué tenía de malo la fábrica?, si era un sueldo bueno y seguro. Vivíamos bien. Además, después de que la distribuidora fracasó, él cambió también. Creo que no supimos reencontrarnos. ¡Si me hubiera hecho caso!

—Lo que pasa, Sabrina, es que no podemos controlar todo. El otro también tiene sus deseos, sus inquietudes y sus procesos internos. Usted me contó que la idea del negocio propio surgió en él a eso de los cuarenta años. ¿Sabía que los hombres, como las mujeres, viven una crisis a esa edad? La mitad de la vida de una persona supone un momento de evaluación, y toda evaluación genera cambios.

—Ahora lo veo claro, pero en el momento fue imposible analizarlo de esa manera. Solo sabía que mis hijos y yo podíamos perder nuestro nivel de vida, y

esa preocupación me engegueció. No es para menos, me parece. No había necesidad de correr tantos riesgos.

»Igual, ya no me importa eso. No me siento triste por haberme divorciado. Julián y yo llevábamos bastante tiempo distanciados emocionalmente antes de que se le ocurriera eso del negocio propio, el fracaso de la distribuidora solo fue la gota que colmó el vaso. Lo que me interesa ahora es que mis hijos lo prefieren y no sé cómo, aun a la distancia, él logra lo que quiere.

—Lo que le interesa ahora tiene raíces en el pasado. Cargarse con la responsabilidad de controlar todo es angustiante, Sabrina —indicó la psicóloga, dispuesta a terminar la idea que quería transmitirle—. Por otro lado, eso de la preferencia es una sensación, no una realidad. Por lo menos, no creo que lo sea en sus hijos. La familia que usted describe, incluso en los últimos tiempos antes del divorcio, era, con sus defectos, bastante sana. ¡Si supiera las historias que escucho en el consultorio! ¿Por qué usted piensa que su ex les hablaría mal a sus hijos de su madre, como usted les hablaba mal de él? Nos cuesta ver la realidad desde la perspectiva ajena, y tendemos a proyectar nuestros defectos en el otro. ¿Qué piensa que Julián cree de usted? Si él estuviera acá, ¿cómo piensa que la describiría?

Sabrina meditó un momento.

—Supongo que diría que yo era caprichosa. Que lo trataba mal, que no lo acompañé en sus proyectos, que no supe contenerlo en el fracaso... ¡Pero no es así! Él nunca entendió mis razones. Yo quería que fuera fuerte.

—Entonces, usted no solo es exigente consigo misma, sino también con los demás.

—Puede ser.

—¿Él no es fuerte?

—Sí. Pero en ese momento no.

—Sus conceptos de feminidad y masculinidad siguen en el siglo pasado. Por mi experiencia como analista de muchos varones, le puedo asegurar que, aunque ellos aparentan ser muy fuertes, solo se debe a que fueron criados para ocultar sus emociones. Enmascaran su inseguridad con actitudes consideradas

tradicionalmente viriles.

»En nuestro país hay 19 millones de hombres y 20 millones de mujeres. El año pasado se suicidaron 3202 personas. ¿Sabe cuántas eran mujeres? Solo 625. Significa que 2577 suicidas, es decir, la gran mayoría de los que terminaron con su vida, fueron hombres. Eso dice algo, ¿no? La presión social para que oculten sus sentimientos y la exigencia de ser siempre fuertes hacen estragos con ellos. Los estereotipos de género no solo afectan negativamente a las mujeres.

»Volviendo al asunto de la descripción, según lo que usted refiere, digamos que ese hombre que señala como íntegro, sensible, etcétera, etcétera, se enamoró de una mujer caprichosa, maltratadora y egoísta. ¿Le parece posible?

—No. Eso creyó él de mí después. Cuando éramos novios y mientras fuimos un verdadero matrimonio, Julián siempre fue muy demostrativo. Me hacía sentir amada todo el tiempo. Yo, en cambio, nunca le dije qué me había enamorado de él. Siempre fui soberbia y remilgada, y de cierta manera tenía miedo de que decirle cosas positivas lo hiciera desplegar alas. No quería que se sintiera superior a mí.

—Creo que usted tiene un concepto errado de sí misma y muy baja autoestima, por eso toma una actitud opresiva. La primera vez que vino me dijo: «Soy mala». Usted piensa eso, entonces cree que Julián lo piensa también, y que se lo transmite a sus hijos. ¿No cree que podría ser una fantasía suya? ¿No cree que, quizás, se comió el papel de ser mala, pero en realidad no lo es?

»Dígame la verdad, sea sincera conmigo y, sobre todo, con usted misma: ¿cuándo vio mejor a sus hijos? ¿Cuando estaba casada con Julián, cuando se divorciaron y se cumplía el régimen de visitas, o ahora con la restricción perimetral?

Sabrina se tomó un momento para poner en orden sus emociones contradictorias y dolorosas.

—A Camila la veía mejor cuando era chica. Julián y yo estábamos casados, pero por aquel entonces todavía nos elegíamos como pareja. A Tomás lo noté mejor después del divorcio, porque a él le tocó vivir desde chico los peores años de nuestro matrimonio.

—Cuando le pedí que me hablara de su hija, me dijo que era inteligente, luchadora y hábil. De hecho mantuvo en secreto que se iba de su casa hasta el momento de concretarlo. Me contó que era la presidente del centro de estudiantes del colegio y que a partir de quinto año le iba muy bien en las materias. —Sabrina asintió, sin terminar de entender el giro de la conversación—. La veo parecida a usted. Y tal vez no se dio cuenta, pero Camila también estuvo mejor después del divorcio, como lo está usted.

—No. Al comienzo nos ignorábamos, y después nos llevábamos muy mal. Todo lo que yo hacía o decía, para ella estaba mal. Se puso en mi contra.

No quería admitir que su hija y ella se parecían. Julián se lo había dicho, y no podía creer que él se hubiera dado cuenta y ella, que era la madre, no.

—Justamente: es parecida a usted, por eso les cuesta encontrarse —insistió la analista—. Además, los adolescentes ignoran y le llevan la contra a todos los adultos.

—Camila, al padre, no.

—Estoy segura de que más de una vez le habrá llevado la contra a él también. Y si no lo hizo, quizás fue por el complejo de Edipo o porque su ex encontró la manera de establecer una conexión con ella. Usted también, en algún momento, tuvo esa unión con su hija. Es una buena madre. Si no lo fuera, no estaría acá, preocupada por restablecer el vínculo con sus hijos. Eso sí: no es perfecta. Porque nadie lo es, ni siquiera su ex al que usted describe con todas esas buenas cualidades que en su momento la enamoraron de él.

»Salga de esa posición en la que tiene que controlarlo todo y ser la mujer y la madre ideal: fértil hasta los cien años, con una pareja importante, una profesional exitosa, preferida por sus hijos, adorada por su ex marido... el centro de atención. Por ocupar ese lugar, cuando sintió que el centro pasaba a ser la nueva pareja de su ex, usted colapsó.

»Salga. No por los demás, por usted. Es frustrante y agotador ponerse en esa posición, porque nunca, créame, nunca alcanzamos la perfección. Los demás no van a hacer siempre lo que queremos, y si lo hacen sin un acuerdo verdadero con nosotros, en el que cada parte sea capaz de comprender y ceder, solo están

reprimiendo sus verdaderos deseos. La represión funciona como una olla a presión: en algún momento, todo lo contenido explota, y así es como se rompen los vínculos.

Junto con su psicóloga, llegó a la conclusión de que era mejor poner fin a la distancia entre padre e hijo, aunque todavía estuviera en vigencia la restricción perimetral.

La mañana en que Julián volvió a ver el nombre de Sabrina en la pantalla de su celular, se resignó a que por siempre se le revolvería el estómago de manera abrupta y espontánea al saber de ella. Respondió con frialdad, tratando de relegar los malos recuerdos que la voz de su ex mujer le provocaba.

—¿Qué necesitas?

—Hola, Julián. Quiero proponerte algo. Si bien faltan veinte días para que quede sin efecto la restricción perimetral, no voy a pedir la renovación. Tampoco voy a denunciarte si la rompemos —expresó—. Es viernes. Tomás sale de la colonia de vacaciones a las cinco y media. ¿Querés que nos encontremos en la puerta para retirarlo juntos?

Julián apretó una lapicera, esforzándose para canalizar sus sentimientos y seguir mostrándose frío con su ex mujer. Si hubiera sido por él, habría salido corriendo en ese preciso instante en busca de su hijo. Sin embargo, a juzgar por las últimas veces que lo había visto, no tenía idea de cómo podía reaccionar el niño, y no quería exponerlo.

—Me parecería mejor ir a la puerta de tu casa. No me gustaría que se sintiera incómodo o cohibido durante el reencuentro por la presencia de sus compañeros. ¿Te parece bien si paso a las seis? —ofreció. Sabrina aceptó sin objeciones.

Al cortar, Julián pensó que ella todavía le revolvía el estómago, pero al menos por unos segundos habían recuperado la relación adecuada para dos padres divorciados. Rogaba tener la fuerza necesaria para sostenerla a pesar de que por dentro prefiriera jamás volver a saber de ella.

Si bien se moría por contarles a Natalia y a Claudia que volvería a ver a su hijo, lo conservó en secreto, temiendo que Sabrina se arrepintiera a último

momento o que lo estuviera engañando.

Salió de la fábrica a las seis menos cuarto, cuando solo quedaban allí un par de empleados. Condujo nervioso y en silencio. Aunque procuraba prepararse mentalmente para el hipotético caso de que su hijo lo rechazara, sabía que igual le dolería. Él se moría por abrazarlo, en cambio Tomás todavía debía estar influenciado por el miedo.

Estacionó en la puerta de la casa de Sabrina a las seis en punto. Le traía malos recuerdos; la última vez que había estado allí, había terminado en la comisaría. Descendió del auto rogando que la propuesta no hubiera sido una mentira. Podía esperar cualquier cosa de Sabrina.

Tocó el timbre. Los segundos hasta que escuchó el cerrojo le parecieron eternos. Su corazón latía deprisa, y tuvo que transformar las manos en puños para que no se notara que le temblaban los dedos.

Cuando la puerta se abrió, la primera que apareció fue Sabrina. No tenía ganas de verla, y mucho menos de escucharla. Si todo había sido una trampa e insistía con que tratara de convencer a Camila, temía acabar insultándola.

Por suerte no hizo a tiempo a decir nada. Por detrás de sus piernas apareció Tomás, con una expresión que oscilaba entre la felicidad y la desconfianza.

Julián se puso en cuclillas, haciendo uso de todo su autocontrol para no estrujarlo contra su pecho y lagrimear de emoción. Sabía que en la fantasía de su hijo había pasado de ser un superhéroe a un monstruo. Tal vez era hora de convertirse en tan solo un hombre.

—Hola —le dijo.

Mientras el niño se acercaba, él midió sus reacciones. Tomás no respondió al saludo; parecía tímido cuando nunca lo había sido. Aunque había crecido algún centímetro, no encontró variaciones visibles en el peso. Su cuerpo no había cambiado mucho, el problema estaba en su mente. Todo lo que quería era que sus ojos volvieran a reflejar inocencia y alegría.

Cuando notó que el miedo iba cediendo espacio a la confianza en la mirada de su hijo, le tomó la mano. Fue como si se hubiera trasladado de nuevo a la sala de partos, al momento en que lo había visto por primera vez y a la primera

oportunidad en que lo había acunado entre sus brazos. No había conocido un amor tan puro e infinito hasta que se había convertido en padre.

Como vio que Tomás respondía bien al primer contacto, sonrió y le dio un abrazo. Respiró profundo para capturar el aroma de su hijo y sintió que una parte de su alma marchita revivía con ese reencuentro. Había suplicado tanto por ese momento con la fotografía de su hijo en la mano, se había perdido en la imagen que llevaba de él en la billetera a la hora de pagar en estaciones de servicio y supermercados tantas veces, que abrazarlo le parecía un sueño. Jamás hubiera esperado terminar ese viernes cumpliendo un anhelo que lo había desvelado noches enteras.

—Te extrañé —le dijo, sin poder disimular la emoción, y le acarició el pelo.

—Yo también —respondió Tomás, aferrándose a sus hombros.

Fue suficiente para que Julián entendiera que el amor tiene mucho más poder que cualquier emoción impuesta, que cualquier mentira o injusticia. Ni siquiera le importó que Sabrina no le pidiera disculpas y la certeza de que jamás pagaría por sus acciones. Le dolía su propio sufrimiento, pero más el que habían atravesado sus hijos por culpa de ella. Esos meses los marcarían de por vida, quizás más que el divorcio. Por eso decidió que era mejor perdonar a Sabrina, aunque ella jamás admitiera que se había equivocado. Era mejor seguir adelante. Solo si volvía a ser fuerte podría fortalecer a sus hijos y, quizás, volver a verlos felices algún día.

El sábado fueron a almorzar junto con Camila. Julián fue testigo del sentido abrazo que se dieron cuando pasó a buscarla por su departamento después de haber retirado a Tomás de su casa.

Durante el almuerzo, casi no comió por mirarlos. No podía creer que sus hijos estuvieran frente a él, conversando y riendo como antes de que a su madre se le ocurriera separarlos. Si no hubiera sido porque la distancia los había transformado internamente, parecía que el tiempo no había pasado.

Se sintió bien de reconocer en ellos el mismo amor de hermanos que él tenía con Claudia y Fabrizio. Aunque sabía que no debía pensar en lo inevitable, se sintió tranquilo con la certeza de que, cuando él muriera, ellos estarían unidos.

Jamás se sentirían desamparados.

Después del almuerzo, que duró varias horas, Camila regresó sola al departamento; no quería pasar por la puerta de su casa, y mucho menos ver a su madre. Julián llevó a Tomás, y aprovechó que Sabrina salió a recibirlo para proponerle que el niño retomara terapia. Como ella había comprobado que podía ser muy útil, aceptó. Julián no era el único que necesitaba que las emociones de Tomás se equilibraran. Si el niño volvía a faltarle el respeto con tanto dolor una vez más, nunca se perdonaría.

—Julián —le dijo ella antes de que él volviera al auto—. ¿Cómo está Camila?

Julián respiró profundo, comprendiendo que tenía un poder que jamás había pedido. Podía usarlo del mismo modo en que lo había hecho Sabrina o pensar primero en sus hijos. Aunque le doliera que Camila se fuera de su casa, era consciente de que ella necesitaba a su madre a pesar de que lo negaba. Además, para él, los hermanos no tenían que vivir separados, al menos no de la manera en que se habían distanciado.

—Está bien —replicó—. Hablé con ella, pero no quiero forzarla. Tenemos que darle tiempo.

Sabrina le agradeció, y él se fue sin indagar en los motivos por los que ella había asumido una actitud tan calmada. Solo esperaba que fuera duradera.

Quería que algún día Camila se reencontrara con su madre y también que Tomás pudiera reunirse de nuevo con Natalia; solo así terminaría de sentir que todos tenían una relación sana. Para eso empezó a pasear y a conversar con él a solas. Con ayuda de la terapia, la actitud individual de sus padres y los acuerdos tácitos o explícitos que alcanzaban, poco a poco la conducta del niño también comenzó a mejorar. Volvió a reír y a conversar con su padre sin miedo, y empezó a hacerle caso otra vez a Sabrina.

—El domingo vamos a la quinta de Cristian. ¿Quieres venir? —le preguntó Julián mientras salían del cine.

—¡Sí! ¿Me dejarán andar a caballo? —contestó Tomás con entusiasmo.

—Si está su vecino, podemos pedirle que nos preste uno. Son de él, ¿te acordás?

—¿Cami va?

—Seguro que sí. ¿Está bien si también va Natalia?

Tomás se encogió de hombros. Como Julián notó que de verdad le daba lo mismo si Natalia los acompañaba o no, decidió que era el momento de intentar restablecer también ese vínculo.

Le hizo la propuesta a ella mientras leían en la cama antes de dormir.

—Prefiero quedarme acá —respondió Natalia—. Si algunos días Tomás se quiere quedar a dormir en tu departamento, no te preocupes, me voy a lo de mi mamá.

—«Tu departamento», «lo de mi mamá» —repitió él—. Suena a que esta es mi casa y la otra, la de Liliana. ¿Cuál es la tuya? Te sentís en el limbo, ¿no?

Natalia supo que había sido descubierta. No había puesto en palabras hasta ese momento que no se sentía dueña de un lado ni del otro, y no tener hogar la desconcertaba. La incertidumbre que experimentaba desde que Julián y ella se habían separado la atemorizaba, y hasta ahora, aunque habían vuelto a ser una pareja, no había podido superarla. La relación había tenido un punto y seguido, y temía que Julián algún día pusiera un punto final mientras ella soñaba con un «para siempre».

—Estoy un poco perdida —se atrevió a revelar.

Julián suspiró, esperanzado de que algún día sería capaz de ayudarla a vencer esa sensación. Podía comprenderla, porque después del divorcio, él también se había sentido en el limbo por un tiempo. Lo que más quería era que Natalia asimilara que todo lo suyo le pertenecía, porque su lugar cobraba más sentido si estaban juntos.

—Contame: ¿por qué no querés reencontrarte con Tomás? —indagó.

—Por él. Todavía es muy pronto.

—Nati... —murmuró Julián con paciencia.

Ella se mantuvo en silencio un momento. Podía seguir tratando de conformar a los demás infinitamente, como siempre había hecho, o avanzar por el camino de la verdad, le gustara al resto o no.

—Tengo miedo —confesó—. Si tu hijo me rechaza, o si a Sabrina le molesta

que él vuelva a verme, nuestra relación se puede desmoronar de nuevo. Prefiero no correr el riesgo. Estamos bien así.

Julián comprendió el miedo de Natalia y se sintió culpable de habérselo provocado. No tenía modo de demostrarle que nada lo haría apartarse de su relación de nuevo, pero necesitaba que entendiera cuánto la amaba.

—Este estado no es el mejor que podríamos alcanzar, y lo sabés —replicó con calma—. No me olvidé de que tenemos pendiente un tratamiento. Si algún día vamos a tener un hijo juntos, será el hermano de los míos, y quiero que estén unidos. Sería imposible si no lográramos que primero Tomás acepte a la madre de su hermano, es decir, a vos. Camila ya lo hizo. ¿Por qué no lo haría él?

—No vamos a hacer ese tratamiento por el momento. Tal vez en unos años, pero por ahora no —replicó ella. No podía pensar en tener un hijo si no creía en la constancia de la relación—. Por otro lado, si tu hijo no quiere aceptarme, no podemos forzarlo. Él es más importante que nuestra pareja, y está bien que así sea. Me hubiera gustado ser la prioridad de mi padre alguna vez.

—Nati... Cometí un error muy grave con vos cuando Sabrina me apartó de Tomás y de Camila, pero mis hijos no son más importantes que nuestra relación. Aunque el prejuicio sobre los hombres que tenemos hijos y estamos en pareja con alguien que todavía no y lo que hice hace unos meses me jueguen en contra, te aseguro que no hay un primer y un segundo puesto, tanto ellos como vos encabezan la lista. Sos muy importante para mí, y no voy a permitir que Sabrina te asigne otra vez el lugar que ella quiere que tengas en mi vida. El papel de extra no es para vos.

»Soy el primero que se fija en las emociones de mi hijo. Si notara que no está preparado, jamás lo enfrentaría a una situación que lo lastimaría. Sé que él está listo para que intentemos ser una familia. No tradicional, pero sí sana. No me gustaría que el miedo te paralizara. ¿Cuento con tu coraje? Aunque lo que hice me restó credibilidad, ¿podés confiar en mí?

—Puedo confiar en vos, pero no en el desarrollo de las circunstancias. ¿Y si Tomás me trata mal de nuevo? Es un nene, no lo estoy culpando. Solo estoy diciendo que...

—Que eso te lastima, y es comprensible —intervino él—. Pero también estoy atento a tus emociones, y tampoco te sometería a nada que supiera que puede herirte. Estoy seguro de que todo va a estar bien. Tomás ya no es ese nene que te dijo que eras muy linda la primera vez que te vio, cuando subiste al auto para ir a la misma quinta a la que iríamos el domingo. Pero su madre, su terapeuta y yo estuvimos trabajando mucho para que vuelva a ser una persona respetuosa, y sé que lo va a ser también con vos.

»Estás tensa —añadió, frotándole el antebrazo—. ¿Puedo abrazarte? ¿Puedo intentar hacerte sentir que todo va a salir bien?

Natalia asintió, y Julián la abrazó con fuerza. La mano de ella estrujando su remera lo hizo sonreír, y la besó en la cabeza. Su escritora favorita no tenía idea de cuán tierna podía ser a veces ni de cuán agradecido estaba de que ella formara parte de su vida.

El domingo a la mañana, mientras esperaba que Julián llegara con Tomás, Natalia estuvo muy nerviosa. Aunque intentó disimularlo, Camila se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Alguien se metió con tus libros de nuevo? ¿Por qué no me dejás crear cuentas para defenderlos?

—Porque no. Sería deshonesto —replicó Natalia. Prefería que Camila creyera que estaba preocupada por sus libros en lugar de confesarle que tenía miedo de volver a ver a su hermano.

—¡Hasta los políticos tienen *trolls* que los defienden en las redes sociales!

—Pero los escritores no. Los comentarios positivos tienen que ser reales, aunque algunos comentarios negativos sean falsos. Los lectores son personas muy inteligentes y se dan cuenta de todo.

Camila puso los ojos en blanco.

—Bueno, entonces seguí poniéndote mal cada vez que esa escritora frustrada comenta con alguna cuenta falsa que tu libro no vale la pena y que al comprarlo malgastó la plata.

—¿Cuándo tenés los primeros parciales? —indagó Natalia para cambiar de tema.

Camila abrió la boca y se llevó una mano al pecho, exagerando una mueca de

dolor.

—¡Ay, qué mala que sos! —exclamó—. Como no tenés razón con lo de los *trolls* me querés dar dolor de panza. El mes que viene. Por suerte falta.

Natalia rio. No se dio cuenta de que, sin buscarlo, la conversación la había relajado. Camila tenía una energía incomparable que arrastraba a la gente hacia lo positivo.

La tregua terminó cuando sonó el timbre. Entonces, sus labios se transformaron en una línea apretada.

En cuanto vio al niño en la parte de atrás del vehículo, le costó actuar con naturalidad. Abrió la puerta y se sentó en el lugar del acompañante como pidiendo permiso. Se sentía como la primera vez que había subido al Vento negro y había compartido una salida con su alumna y con el niño.

Mientras Camila abrazaba con efusividad a su hermano y lo molestaba despeinándolo, ella apenas se atrevió a murmurar un tímido «hola».

En el viaje descubrió que Julián tenía razón: Tomás ya no era ese niño que le diría que era muy linda, pero tampoco seguía siendo el que la rechazaba negándose a comer lo que ella había preparado y exigía que lo llevaran con su madre. No pedía modificar las letras de las canciones ni hablaba bien de sus maestras, pero contaba anécdotas de sus amigos y estaba entusiasmado porque ese año se irían de campamento una semana. Posiblemente, los cambios se debieran más a que había crecido que a los meses que había perdido el contacto con su padre, y eso era bueno.

Ese día lo pasó mejor con las esposas de los amigos de Julián, pero a diferencia de ellas, quiso presenciar un rato el partido de fútbol.

—¡Qué ganas! —le dijo la esposa de Cristian—. Yo ni quiero ver a mi marido jugar al fútbol. No parece él, sino un hombre de las cavernas. Y cuando se pone a mirar partidos de River, ni te cuento.

—Yo sí voy a mirar un rato —dijo Pamela, la esposa de Jorge—. Además, tengo que ver dónde se metió Ignacio. Tanto silencio de parte de mi hijo es señal de peligro.

Mientras Natalia y Pamela se sentaban en la mesa que estaba junto a la cancha

para mirar el partido, Camila y Octavio conversaban con Tomás entre los árboles.

—Yo quiero que vuelvas a casa, Cami —suplicó el niño.

—Ya te expliqué por qué no puedo.

—Entonces yo también me quiero ir a vivir con papá.

Camila bajó la cabeza. Octavio se dio cuenta de su incomodidad y le acarició la espalda. Eso le dio fuerzas para volver a mirar a su hermano.

—Mamá sufriría mucho si te fueras —respondió.

—Entonces también debe haber sufrido porque te fuiste vos.

—Tenía que hacerlo. ¿Por qué te pensás que te permitió ver a papá de nuevo?

—¿Entonces nunca más vamos a vivir juntos?

—No lo sé.

Esa noche, en la cama, revisó el último mensaje que le había enviado su madre y que todavía no había leído.

¿Cómo te está yendo en la facultad, hija?

Habían pasado tres días de ese mensaje, pero recién esa noche se sintió angustiada. La atormentaba la imagen de su madre revisando su celular, mintiendo con la excusa de que su padre era agresivo e impidiéndole verlo. Pero también la conmovía el recuerdo de su mamá aplaudiendo en los actos del colegio, abrazándola cuando, siendo una niña, se había caído de la bicicleta, y ayudándola a estudiar para los primeros exámenes de la secundaria. Se emocionó al pensar que, a pesar de todo, todavía la amaba. O al menos amaba la ilusión de lo buena que ella podía ser cuando se comportaba de manera justa.

Me está yendo bien, contestó, sin dar tiempo a su mente para arrepentirse. Como pasó de sentirse angustiada a temerosa, le escribió a Octavio. Cuando llegó la respuesta de su madre, unos cinco minutos después, se le anudó el estómago. Abrió el mensaje y evitó leerlo hasta que reunió coraje.

¡Qué lindo que me hayas respondido, Cami! Gracias. Me alegra que te esté

yendo bien. Contame más. Te amo.

Percibió en su madre la misma angustia que había notado en su padre cuando no podía verla, y se echó a llorar. No podía perdonarla, y menos si no le constaba que ella se hubiera arrepentido de sus acciones injustas. Deseaba que hubiera elegido ser la madre que la abrazaba después de que se había caído de la bicicleta y no la que pretendía manipularla. Si de algo no tenía dudas era de que la quería, y no podía luchar contra ese sentimiento.

Mis materias favoritas son Derecho Latinoamericano y Sociedad y Estado. No me gusta mucho Pensamiento Científico, pero supongo que me hace falta para avanzar en la carrera.

Algunos contenidos son útiles, te vas a dar cuenta más adelante. ¿Con quién cursás cada materia? ¿Quedará alguno de los profesores que yo tuve?

Conversaron de la carrera un rato. A Camila le costó relajarse, esperaba que en cualquier momento su madre intentara convencerla de que tenía que volver a vivir con ella y que para ello se valiera de las mismas estrategias sucias de antes, como cuando le decía que por su culpa su hermano estaba sufriendo. Tenía claro que la culpable del dolor de Tomás no era ella, pero aun así le desagradaba enfrentarse a la idea. Por suerte su madre no hizo referencia a dónde debía vivir ni a nada de lo que la había llevado a irse de su casa.

Después de conversar varios días por WhatsApp, se citaron en una cafetería de Capital, en una hora libre de Camila entre dos materias de la facultad. Ella creyó que coincidía con un día que su madre tenía que ir al centro. A decir verdad, Sabrina le había dicho eso, pero había ido solo para encontrarse con ella.

Cuando la vio sentada en una mesa, leyendo unos apuntes, se emocionó tanto, que por un instante sintió en carne propia lo que su ex marido había experimentado por su culpa. Se acercó a la mesa temblorosa, procurando ocultar las lágrimas que pugnaban por acumularse en sus ojos.

—Hola, hija —dijo.

Camila alzó la cabeza, muy nerviosa. Se había puesto a leer, tratando de no pensar en el encuentro, pero no lograba concentrarse. También se emocionó y lo ocultó. Aunque lo negara, era parecida a su madre.

Sabrina se sentó y ordenó un café. Camila cerró el libro y se cruzó de brazos, respaldándose en el asiento.

—Gracias por aceptar que nos encontráramos —le dijo Sabrina—. ¿Qué estás estudiando? —Señaló el libro.

—Sociología.

—¿Tu papá sabía que nos íbamos a encontrar?

Camila entrecerró los ojos, temerosa del rumbo que tomaba la conversación. Si su madre arruinaba el pequeño acercamiento que estaban teniendo, no sabía si podría perdonarla.

—Sí —respondió con el ceño fruncido.

—¿Y qué te dijo?

—¿Por qué lo preguntás?

Sabrina suspiró, consciente de que estaba a punto de desnudar sus sentimientos más profundos. No quería acobardarse; para eso había ido.

—Hace tiempo estoy yendo a terapia. Me ayudó a comprender muchas cosas. En este momento estoy trabajando en mi infancia.

—No entiendo qué tiene que ver eso con papá.

—Tu abuelo, es decir, mi padre, siempre fue una persona muy exigente. Con él, mi mamá no tenía voz. Por eso yo asumí una posición fuerte en la vida, una que me ayudara a sentir que un hombre no me dominaría.

—¿Estás tratando de explicarme por qué hiciste lo que hiciste? Si esa es tu explicación, es una excusa.

—No. No, Cami, no —replicó ella, y ya no fue capaz de contener las lágrimas—. Lo que quiero decir es que, habiendo tenido un modelo de hombre tan duro en mi infancia, no puedo creer haber elegido tan bien al padre de mis hijos.

Camila sintió que los ojos le escocían, pero se mantuvo distante. No quería caer en una trampa.

—Elegiste bien, pero lo destruiste —replicó con toda la frialdad que fue capaz de reunir en un segundo—. Cuando encontraste a un hombre bueno fuiste igual que tu padre.

—Sí. Fue así —reconoció Sabrina, y se secó una lágrima.

—¿Eso es todo? ¿Así justificás tus acciones? ¿Decir esto te hace sentir mejor? ¿Creés que sos una víctima?

—No. Pero es la verdad, y quiero que la sepas. Te pido perdón.

—A mí no me pidas perdón. Pedíselo a papá. ¿Para qué querés saber qué me dijo cuando le conté que íbamos a encontrarnos?

—Para comprobar que lo que estoy descubriendo en terapia es verdad.

—Me dijo que estaba muy bien, porque todos los hijos necesitan a sus madres, y que había esperado que tomara esta decisión durante mucho tiempo. Me aconsejó que fuera abierta para ver lo bueno de vos, y no solo lo malo. Y me pidió que no olvidara que los padres son seres humanos llenos de defectos y errores, pero también de amor.

Sabrina volvió a llorar aunque insistiera con secarse las lágrimas.

—Suenas muy propio de él —aceptó con una sonrisa nostálgica.

—¿Seguís saliendo con Martín?

—Sí, por supuesto —replicó Sabrina, y se sonó la nariz.

—Es desconcertante. Como estás hablando bien de papá...

—Estoy enamorada de Martín, pero eso no significa que no deba reconocer lo bueno de tu padre. Tenía miedo, Camila. Miedo de perder lo que más amo en el mundo, que son ustedes, mis hijos. Y al final hice realidad mi propia pesadilla.

—No parecía. Cuando nos impusiste a Martín por la fuerza, por ejemplo, no se notó que tus hijos fuéramos lo que más amabas en el mundo. Más bien parecía que lo que más amabas era a vos misma.

Sabrina negó con la cabeza.

—Es cierto que no pensé en ustedes, pero eso no significa que no los amara. Como mi historia con tu papá para mí estaba superada, no me puse en lugar de ustedes. Perdoname también por eso.

—Ya pasó. No me interesa que me pidas perdón por nada, solo comprobar que

todo lo que estás diciendo lo sentís de verdad y que es cierto.

—Lo estoy verbalizando... Nunca había podido hacerlo antes. ¿No le parece una prueba fehaciente, futura doctora Aráoz Viera? —bromeó.

Camila al fin rio.

Desde que anunciaron que el avión estaba próximo a llegar a Buenos Aires, Natalia se puso ansiosa. Buscó su cartera debajo del asiento de adelante, extrajo un chicle y comenzó a mascararlo, rogando que no se le taparan los oídos. Aprovechó para guardar el celular y robar la revista de la aerolínea. Habían publicado una breve entrevista que le habían hecho a raíz de su presencia en la Feria del Libro de Bogotá, y quería guardarla de recuerdo. Desde que había publicado su primer libro soñaba con salir en una revista que volara a cientos de destinos, y sabía cuán difícil era que el logro volviera a repetirse.

Volvió a colocar el bolso en un lugar seguro para el aterrizaje, enderezó el respaldo del asiento y comenzó a proyectar el momento en el que tocaran tierra. Desde la noche anterior no veía la hora de estar en su casa. Viajar la ponía nerviosa, en especial si tenía que hacerlo sola; no le gustaba que los vuelos se atrasaran ni las esperas en los aeropuertos.

Desde que se hizo el anuncio hasta que al fin las ruedas se asentaron en la pista de aterrizaje, pasaron más de veinte minutos. Los más largos de su vida, sin contar cada segundo que había estado sin Julián cuando se habían separado. Apartó el mal recuerdo de su mente, no era momento para pensar en algo triste, y se aferró al apoyabrazos mientras la velocidad de la aeronave se iba reduciendo.

Esperar la valija era otro suplicio. Conocía de memoria decenas de historias

de pérdidas de equipaje, y el fantasma de que le ocurriera lo mismo siempre estaba latente. Si perdía su ropa favorita, que era la que por lo general se llevaba cuando iba de viaje, y los regalos de sus lectores, ningún seguro mediocre de los que ofrecían las aerolíneas podría compensarla por el extravío.

Mientras aguardaba a que activaran la cinta con el corazón en la boca, conectó el celular a Internet. El teléfono comenzó a vibrar incansablemente en su mano; la lluvia de notificaciones era el precio a pagar por tener abiertas allí las redes sociales públicas y por haberse desconectado durante un vuelo de seis horas.

Entre todas las cuestiones que tendrían que esperar, encontró un mensaje de Julián.

Ya llegué. Estoy esperándote.

Se emocionó como la primera vez que él le había hablado y respondió enseguida.

Acabo de bajar del avión. Estoy esperando mi valija. ¡Quiero salirrrr!

Jajaja, y yo ya quiero que salgas. Los libros me están robando a mi escritora favorita. Estoy celoso de todos esos lectores que estuvieron disfrutándote. Camila me mostró las fotos que subieron a las redes sociales, ¡se nota que lo pasaron muy bien! ¿Ya están saliendo valijas?

No. Estoy entrando en desesperación.

Tranquila.

¿Mi mamá está con vos?

No. Salí tarde de la fábrica. No pude pasar a buscarla, perdón.

Mejor. Porque con ella en el asiento de atrás no podría comerte a besos. ¡Empezó a funcionar la cinta! ¡Síiii! ¡Quiero mi valija! Por favor, que aparezca mi valija.

Jajaja. Ya viene. Si no, hacemos un escándalo.

Tengo hambre. ¿Qué cenamos?

Dijiste que ibas a comerme a besos.

Jajaja. Te lo tomaste al pie de la letra.

En esas cuestiones no hay metáforas.

Imaginó el tono de voz con que él le diría eso si estuviera hablando en lugar de escribiendo, y sonrió como una idiota. Releyó los últimos mensajes con el corazón latiendo muy rápido y se estancó en el que se habían enviado la noche anterior, cuando se habían despedido después de que ella le contara en un llamado lo hermosa que había sido su presentación. Se habían dicho algo tan sencillo y a la vez tan profundo como «te amo».

Alzó la cabeza para mirar las valijas por primera vez desde que habían comenzado a salir por la cinta, y descubrió que la suya se estaba alejando. Guardó el teléfono de forma acelerada, pidió permiso a unas cuantas personas y con esfuerzo consiguió hacerse del equipaje. Casi corrió a la fila para pasar por la Aduana.

¡La Aduana! Había olvidado que ahí radicaba otro dolor de cabeza. Pensó en el frasco de café colombiano que había comprado para Julián, en las golosinas típicas que le habían regalado sus lectores y en los chocolates que había adquirido para Tomás y para Camila. Si pretendían quitarle la mercadería creyendo que intentaba importarla sin pagar impuestos o que no la había declarado porque excedía el importe permitido, se desharía en insultos.

Llegó a la botonera que determinaba si debía atravesar un control estándar o uno exhaustivo, y un agente lo presionó por ella. Como no podía ser de otra manera, le tocó el control exhaustivo.

—¡Ah! —exclamó, sin poder ocultar una expresión de sufrimiento.

El agente con cara de no haber dormido en mil horas le indicó el camino tétrico de la derecha con una mano. Natalia avanzó, maldiciendo su pésima suerte, y se puso en la fila detrás de unos chicos que llevaban una bolsa con cervezas compradas en el *free shop* y una señora con una valija más grande que ella misma. Para empeorar su estado de nervios, escuchó lo que parecía ser una discusión, y dio un paso al costado para identificar el lugar del que provenían las voces. Dos sujetos morochos peleaban con un agente que retiraba piezas de computadoras de su valija.

Cuando le tocó el turno a ella, depositó sus cosas en la cinta y avanzó convencida de que el café, los chocolates y las golosinas típicas acabarían en el estómago de algún agente de la Aduana. En cuanto a ella, terminaría con un pico de estrés por el mal momento, si era acusada de traficar dulces.

Tanto la valija como la cartera llegaron bastante rápido del otro lado, pero ella se quedó esperando que el agente le hiciera alguna pregunta. Como el hombre ni siquiera la miró, se apresuró a recoger sus cosas y huyó lo antes posible. Al parecer, no había tenido que esperar mucho para que la vida la recompensara por haberla enviado del lado tétrico del control.

Atravesó la puerta de los arribos internacionales con las emociones a flor de piel. No sabía por qué estaba tan sensible, esos días lejos de sus afectos y el cariño de sus lectores de otra parte del mundo la habían conmovido.

Había una multitud acumulada en espera de amigos y familiares. También choferes con carteles con apellidos y promotores que le ofrecían un transporte. Cuando divisó a Julián, tuvo ganas de reír y de llorar. Él la vio un instante después, y sonrió con tanta alegría que, para Natalia, todo se iluminó.

Llegó hasta él esquivando personas y lo abrazó. Julián le tomó el rostro entre las manos y la besó con ansiedad. La había extrañado de manera sobrenatural.

—¿Cómo estás? —le preguntó, tocándole el pelo.

—Contenta de estar en casa —respondió ella.

Él sonrió y recogió la valija. Caminaron juntos hasta el estacionamiento mientras Natalia le contaba que el vuelo había sido bastante tranquilo, pero que atrás se había sentado un niño que le pateó el asiento todo el trayecto.

—¿Cómo te fue? —le preguntó él en cuanto tomaron la autopista.

—Bien. Te conté todo por teléfono.

—No importa, quiero saber los detalles. ¿Qué tal los lectores colombianos?

—¡Divinos! Son muy cariñosos, como los argentinos.

—¿Probaste comidas nuevas? ¿Te llevaron a pasear por algún lado?

—No hubo tiempo para paseos. Tampoco probé muchas comidas nuevas, me la pasé descompuesta casi todo el viaje.

—¿Habrá sido algo que comiste?

—Es probable. Como el vuelo de ida se canceló, me cambiaron a un avión que prácticamente estaba saliendo. Me tocó un asiento del fondo, y para cuando llegó la comida, no había opciones. Tuve que comer un menú raro, un soufflé, o algo parecido.

Julián rio con ganas.

—¡Bienvenida al club «La edad no viene sola»! —exclamó—. Te lo dije: llega un punto en la vida en el que no podés comer cualquier cosa sin sufrir las consecuencias.

—¿Estás contento por eso? —replicó ella, fingiéndose molesta, aunque también estaba riendo—. Sos perverso.

Él rio un poco más y después apoyó una mano en su pierna. La acarició y la miró un instante a los ojos, ya sin rastros de risa.

—¿Ahora te sentís bien? —preguntó.

—Sí. Es raro, se va y viene. Pero ahora me siento bien.

—¿Querés que pase por la clínica antes de ir a casa?

—¡No! Ni loca. No es para tanto, estoy bien. Supongo que tampoco colabora mi nivel de estrés y de cansancio. Primero la Feria de Buenos Aires, ahora esta... Cubrí todas las horas reglamentarias en tres colegios y por las actividades de los libros, casi no tengo fines de semana. Estoy contracturada, necesito

vacaciones. Por suerte, mañana tengo el turno con el traumatólogo y hoy me vas a hacer masajes, ¿no?

—Todos los que quieras.

—Era cierto cuando te dije que tengo hambre. ¿Qué cenamos?

—¿Compro pastas en el negocio de enfrente?

—Sí, está bien. ¿Camila no está?

—No. Esta semana se queda en la casa de Sabrina.

—Hmm... Entonces tenemos el departamento para nosotros solos...

—¿En qué estás pensando? —preguntó él, fingiendo que no entendía.

—En los caramelos de menta que tenemos en el mueble del living.

Julián volvió a reír. Le daban un buen uso a los caramelos del mueble del living.

Al día siguiente, aprovechando que todavía tenía licencia en el colegio por el viaje de trabajo, Natalia durmió hasta tarde. Después del mediodía, asistió al turno con el traumatólogo y le explicó que, como usaba mucho la computadora para escribir y estaba muy estresada, sentía que su cuello y sus hombros eran de piedra.

—¿Le duele la espalda? —preguntó el médico.

—A veces.

—Le voy a pedir algunas radiografías.

Mientras el doctor escribía la orden, Natalia tuvo una duda, y decidió que era mejor plantársela.

—Es improbable que esté embarazada, por eso ni siquiera pensé en hacerme un test casero. Pero ¿podría ordenarme un análisis de sangre para que me lo haga antes de las radiografías? Por las dudas.

—¿Tiene un atraso?

—Sí. Siempre los tengo, por eso no les presto atención —aclaró—. Pero tampoco me hago radiografías, así que...

—No hay problema. Es mejor prevenir que curar.

Natalia asintió con una sonrisa.

Como estaba segura de que no estaba embarazada, y después de haber

solicitado una licencia de cuatro días le daba vergüenza llegar tarde a la escuela, se realizó el análisis de sangre recién el sábado. Como seguía segura de que en cualquier momento le bajaría el período, no retiró el análisis hasta tres días después, cuando tenía una hora para esperar a que le hicieran las radiografías. No había que pedir turno para eso, solo contar con tiempo para leer en una sala de espera hasta que la llamaran.

Retiró el análisis del laboratorio y fue al mostrador para el ingreso a radiología. Abrió el sobre recién cuando estaba en la sala, junto a un niño que lloraba porque no quería entrar a rayos y un hombre con una fractura.

Gonadotrofina coriónica sub unidad beta...

Dejó de leer el título, porque su carrera en Letras no le servía para entenderlo.

Resultado: 688.00

Seguía sin entender. Los números no le decían nada. Salteó varios renglones.

Valor mayor o igual a 5 mUI/ml: Negativo.

Valor mayor o igual a 50 mUI/ml: Positivo.

¿Qué hacía con un 688? La química nunca había sido lo suyo.

Cansada de tratar de adivinar, dobló el papel y esperó a que la llamaran. En cuanto entró, lo primero que le preguntó el técnico fue si estaba embarazada.

—Supongo que no —respondió, y le entregó el resultado.

El chico lo leyó en un segundo.

—Con ese resultado no le puedo hacer una radiografía —dijo—. Ni siquiera debería estar acá adentro.

Natalia rio.

—¡No puede ser! —exclamó, y le arrancó el papel de las manos—. Gracias —dijo, y se retiró. No confiaba en un técnico radiólogo, y mucho menos en su

sistema reproductor.

Volvió al mostrador y pidió que la atendieran en la guardia ginecológica. Después de una hora en la que intentó leer un libro sin éxito, entró al consultorio del médico.

—El técnico de rayos me dijo que por este resultado no podía hacerme radiografías —explicó—. Tiene que haber un error. Pedí el análisis por las dudas, pero es muy difícil que yo esté embarazada.

—¿Por qué? —indagó el doctor, recibiendo el estudio de manos de Natalia—. ¿No mantiene relaciones sexuales?

—Sí, y hace tres años que no nos cuidamos. El problema es que tengo ovario poliquístico y posiblemente un poco de endometriosis, y nunca empecé el tratamiento de fertilización asistida.

—¿Y? —Natalia guardó silencio. La simpatía del médico no la sacaba del asombro. Cuando el hombre rio, doblando el papel para devolvérselo, supo que su vida estaba a punto de dar un vuelco—. Felicidades.

—¿Está seguro? —preguntó. El médico volvió a desplegar el papel y comenzó a señalarle frases del análisis con aire divertido.

—Mírelo usted misma: valor mayor a 50 mUI/ml es positivo. Usted tiene 688. Está dentro del rango de 4 a 5 semanas de embarazo. ¿Entiende?

—No... —masculló ella. Ahora comprendía el resultado del estudio y, habiendo salido de la ceguera, hasta parecía muy sencillo. Lo que no entendía es cómo había sucedido.

—Si el valor es... —comenzó a repetir el hombre. Ella lo interrumpió antes de que se tomara una molestia innecesaria.

—Entiendo. No se preocupe. Gracias —musitó, y se retiró llevándose el estudio.

Cuando salió de la clínica, llovía a cántaros. Pasó quince minutos sentada en el auto, rascando el volante, en estado de *shock*. No tenía idea de cómo alguna vez se le había ocurrido que quería ser madre. ¿Y si le pasaba como con el perro? En el caso de un embarazo, no habría rescatista a la que llamar para que se llevara a su bebé porque estaba sobrepasada y se había arrepentido de tenerlo.

¿Y si no servía para que un ser dependiera al cien por ciento de ella? Lo más probable era que fracasara, porque todavía tenía más características de adolescente que de mujer.

Justo cuando comenzaba a sentirse muy insegura, se le cruzó la idea de que llevaba un Juliancito en su interior, y se murió de ternura. Rio, sintiéndose contenta. Su cuerpo había funcionado después de todo. Tarde, pero seguro. Alcanzar algunas metas le costaba más que a otras personas: enamorarse, tener una vida estable en pareja, quedar embarazada. Finalmente, todo llegaba.

Siempre había sufrido cambios de emociones, pero nunca de manera tan vertiginosa. Pasó de la sorpresa a la inseguridad, de la inseguridad a la alegría, y de la alegría al terror. ¿Qué haría con un hijo? ¿Cómo seguiría su vida a partir de ese momento? Sintió que no podía con ella misma, y supo que debía buscar apoyo antes de sucumbir ante el pánico.

Miró la hora en el panel del coche: eran las cuatro y media de la tarde. Solo tenía dos opciones: ir a la fábrica o esperar hasta la noche. Decidió ir a la fábrica.

Melisa la recibió con sorpresa y la saludó con una sonrisa.

—¿Cuándo sale tu próximo libro? —le preguntó—. ¡Lo estoy esperando como loca!

Después de que Fabrizio les contó a todos que salía con Melisa, ella comenzó a formar parte de sus vidas. En una reunión familiar le había confesado a Natalia que había encontrado el manuscrito inconcluso de *Chinder* y que lo había leído. También le contó que se había sentido muy identificada y le pidió disculpas por el atrevimiento. En lugar de molestarse, Natalia se alegró: ya tenía una fuente para su investigación. Incluso entrevistó a Fabrizio, para obtener una visión masculina del mismo asunto.

Le hubiera gustado quedarse conversando con Melisa de su manuscrito, pero no podía pensar en nada más que en el papel que llevaba en la mano.

—No sé —respondió, como en trance—. Por ahora sigo con lo juvenil, pero en algún momento va a salir. ¿Está Julián?

—Sí, está en la oficina.

—¿Puedo pasar a verlo?

Melisa rio, encogiéndose de hombros. ¿Desde cuándo la mujer de su jefe le pedía permiso a ella, la secretaria, para entrar?

—Sí, claro —respondió—. ¿Querés que te acompañe?

—No, está bien, gracias. Seguro tenés mucho trabajo —replicó Natalia, y se dirigió a la puerta que comunicaba con la sala de máquinas. Había que atravesar una parte para llegar a la oficina de Julián y de su hermana.

Mientras avanzaba, no solo sintió miedo de sus capacidades como madre, sino además de cómo reaccionaría Julián. Si la noticia había sido una sorpresa para ella, no quería imaginar para él.

Golpeó a la puerta, pensando en qué excusa pondría para que conversaran a solas si allí también estaba Claudia. Cuando escuchó el permiso, sus manos se humedecieron. Estaba nerviosa, pero jamás pensó en retroceder.

La expresión de Julián cambió por completo cuando descubrió que no era uno de sus empleados quien entraba a la oficina, sino Natalia. Sonrió de la misma manera que cuando la había visto llegar en el aeropuerto, feliz de que estuviera allí.

—¿Viniste a visitarme? ¡Qué sorpresa! —exclamó. Cuando notó la palidez y la seriedad de ella, su entusiasmo se evaporó—. ¿Pasa algo? —preguntó.

—¿Puedo cerrar la puerta? —indagó Natalia. Por suerte, Julián estaba solo.

—Sí, por supuesto. ¿Qué pasa? —insistió, mientras ella cerraba con llave. Cuando giró para encaminarse al escritorio, él apartó la silla y la llamó con un gesto—. Ya que le pusiste llave, vení conmigo —pidió, señalando sus piernas.

Aunque trataba de mostrarse relajado, estaba desesperado por entender la preocupación en el rostro de Natalia. Mientras ella se acercaba, observó que sostenía la cartera en una mano y que tenía un papel en la otra. Temió que hubiera muerto alguien, o que alguno de sus padres estuviera enfermo.

Natalia dejó el bolso sobre el escritorio y se sentó sobre sus piernas. Él le acarició la cintura, buscando en sus ojos alguna respuesta.

—¿Pasa algo malo? —preguntó con cuidado. Natalia bajó la cabeza.

—Espero que no sea malo para vos. Para mí no lo es. Solo es un poco... atemorizante.

Le ofreció el papel con dedos temblorosos, y Julián lo recogió enseguida. Mientras lo abría, Natalia sintió que se desmayaría. Leyó muy rápido, él sí entendía. Cuando alzó la cabeza, Natalia se estremeció con la profundidad de su mirada. Sus ojos estaban llenos de amor y teñidos de lágrimas. Él sonrió y le acarició una mejilla con una ternura infinita.

—No tengas miedo, mi Nati —le dijo—. Será una gran aventura.

Agradecimientos

Como muchos saben, comencé esta historia en 2014, antes de que se publicara *Camino al placer*, y la suspendí cuando llevaba un 40% escrito debido a que el tema principal era difícil de abordar para mí en ese momento.

Debo confesar que en esta historia ese tema pasó a segundo plano. Por alguna razón, el universo dispuso que el centro de atención fuera otro, y le estoy agradecida, porque creo que el resultado final alcanzó un desarrollo mucho mejor del que yo tenía planeado.

Fue gracias a un hombre cuyo nombre desconozco, pero que en un viaje de tres horas me contó una parte muy difícil de su vida. Quiero rogarle que no baje los brazos y darle las gracias por ser el puente para esta historia y para que volviera a creer en la honestidad de algunas personas.

Cuando comencé a releer lo que llevaba escrito de esta novela y encontré que el relato de ese señor se esbozaba en estas páginas sin que yo lo recordara, inesperadamente se transformó en el destino de este manuscrito. Él hizo catarsis contándome su dolor, y yo canalicé el mío a través de este libro. Es curioso que la historia de Natalia y Julián haya comenzado porque me inspiró un ser anónimo, un hombre que estaba sentado en la mesa de un bar, y que haya continuado gracias a otro. Quizás se deba a que estas novelas, *Camino al placer* y *Camino a renacer*, tenían que ser reales y, en parte, masculinas.

En el camino de escritura tuve algunas dudas. Pude superarlas gracias a los conocimientos legales de las abogadas Jimena y Mirian, la perito psicóloga Marcela y la experiencia contable de Romina. En lo espiritual colaboraron las oraciones de Cristina, quien también mencionó la palabra exacta para completar el título de este libro, la sabiduría de Susana y el entusiasmo de Verónica.

No tengo palabras para agradecerles a Vicky y Dany, dos de las chicas más creativas y generosas que conozco, creadoras del grupo de Facebook donde nos reunimos las Juli Lovers, y a Fabi, por alentarnos siempre. Las lectoras que forman parte de este lugar lleno de buena energía son mujeres apasionadas y soñadoras, divertidas y únicas. Cada día me arrancan una sonrisa, y creo que transmitir alegría es uno de los actos más valiosos que podemos hacer por el otro en este mundo. No miento cuando les digo que las quiero mucho y que este libro no existiría sin el apoyo de ustedes, mis hermosas lectoras que, durante años, pidieron la segunda parte de Natalia y Julián con *hashtags*, memes y mensajes. Sepan que son artífices y protagonistas de este libro.

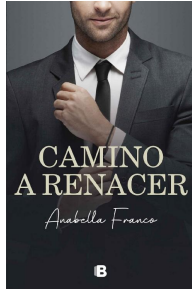
Por último, quiero pedirle disculpas a Sabrina. Ella me contó la situación de una persona muy querida para ella cuando yo todavía no sabía que esta historia tomaría el mismo rumbo. No me gusta que, paradójicamente, cierto personaje lleve su nombre, pero no podía cambiarlo porque deriva de la primera parte. Espero que la denuncia y la lucha que aparecen representadas en este libro ayuden a resarcir eso.

Creo que elegí visibilizar los casos de muchos hombres a través del que yo más amo, del que representa al hombre de mis sueños: real e íntegro, admirable a su manera; honesto y generoso, aun con todas sus imperfecciones, porque necesitaba creer y que ustedes le creyeran. Por eso quiero darle las gracias también a Julián, porque su fantasía me salvó de un momento muy triste de mi vida, y porque él me da esperanza. La esperanza de algo mejor.

Mi amado Juli, tu sufrimiento sirvió a propósitos mucho más grandes que vos mismo. Aquí te entrego a mis queridas lectoras que te venían reclamando desde hace años, con todo mi amor, para que te abracen conmigo.

¡Hasta la próxima!

Anna



Julián y Natalia son una pareja que superó muchos obstáculos, entre ellos el prejuicio social y sus propios temores. Finalmente, salieron airoso. Pero la acción perversa de algunas personas de su entorno y los embates del destino amenazan el vínculo intenso y profundo que nació y creció hasta desbordarlos. ¿Podrán vencer una vez más el peso de la vida? ¿Valdrá la pena estar

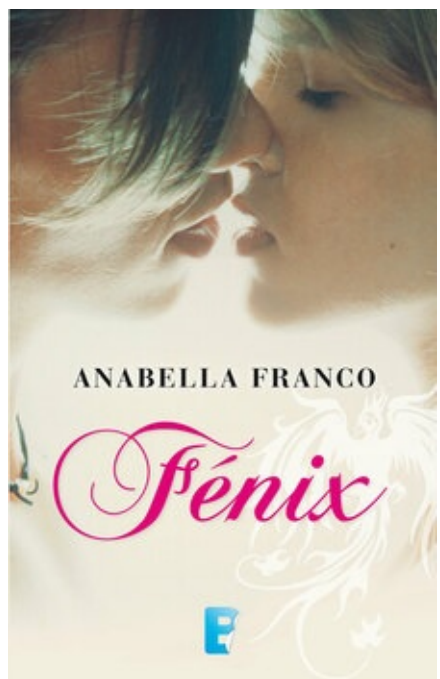
juntos?

Una novela fuerte, de sentimientos hondos y muy realista, con personajes amados por las lectoras. Merece ser leída tanto por quienes ya los conocen como por quienes se enfrentarán a ellos por primera vez en estas páginas. Una novela de superación y de crecimiento. Una historia que podría ser tu propia vida.



ANABELLA FRANCO

Es escritora de novela romántica y ficción juvenil. Nació en Buenos Aires, estudió Letras y Corrección Literaria, y comenzó a escribir desde muy joven, lo cual se convirtió luego en su profesión. Se desempeñó como jurado en diversos concursos literarios y como coordinadora en talleres de escritura. Ganó varios certámenes de cuento y publicó su primer relato en 2005. Es autora de siete novelas románticas (Vergara, 2012-2017). Sus sagas juveniles *Rebelión* (2015) y *Tercera Guerra Mundial* (2017), bajo el seudónimo Anna K. Franco, tuvieron gran éxito en Latinoamérica. Actualmente vive en su ciudad natal y combina sus pasiones más profundas: la enseñanza y la escritura.



Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Franco, Anabella

Camino a renacer / Anabella Franco. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Javier Vergara Editor, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-15-1267-0

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Diseño de cubierta: Diseño de tapa: Raquel Cané

Foto de cubierta: © Getty Images

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Anabella Franco

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-15-1267-0

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me **gustaleer**

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Camino a renacer

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos